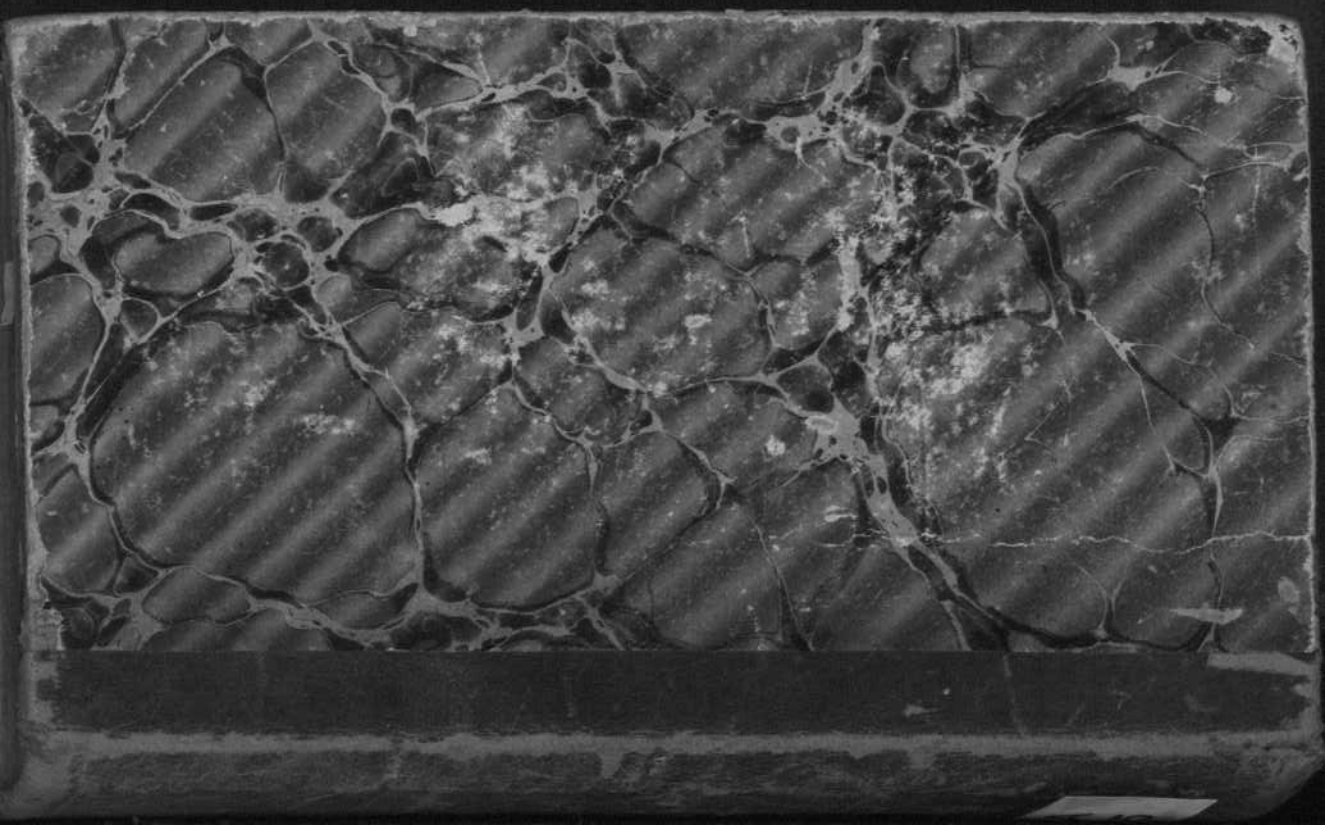

11-2

T. 1114201
C-72009582
R-318392

R 16922

EL
HEBREO DE VERONA.

Novela histórica desde el año 1846 á 1849.

TOMO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

EL 15 DE MAYO EN NÁPOLES.

R 40.204

Pero padre, ¿por qué quereis esponeros á tantas desgracias? ¿por qué tanta inquietud? Por amor de Dios, padre mio, no vayais á las barricadas no os mezcleis con esos alborotadores y turbulentos.

—¡Luisita!... ¿Alborotados y turbulentos, eh?... Turbulentos llamas á los defensores de la pátria, á los sostenedores de las leyes, á los héroes de la libertad? ¡Turbulentos!... Quítateme de delante que estás loca; lo mismo que la beata de tu madre, que te enseña á tratar así á nuestros héroes.

—Padre, os pido perdon; pero no salgais, os lo pido con toda el alma; considerad que teneis mujer

é hijos y un padre decrépito... ¡ah, pobre abuelito!

—No tengo familia, ni hijos, ni padre cuando me llama la defensa y la libertad de la pátria. ¿En dónde pusiste el frasco de la pólvora? tráemelo acá.

—¡Padre!

—¡La pólvora, digo! ¡Por vida de!... ¡la pólvora! ¿No oyes que tocan llamada? esta caja llama á todos los ciudadanos que sienten latir en su pecho un corazon italiano.

En esto Luisita, que era una doncella de 16 años, linda, modesta y graciosa, y que idolatraba á su padre, se le arroja al cuello, l besa, le acaricia y le baña con sus lágrimas. El abuelo D. Genaro, viejo ochenton, estaba dominado por la gota, sentado en un sillon con ruedas, y desde su cuarto, que estaba enfrente, veia aquel contraste de frenesí y de amor.

Doña Cecilia se hallaba aún en su aposento con las criadas ocupada en el arreglo de sus hijos, y no habia reparado en el loco designio de su esposo. Pero Luisita, que la noche ántes habia visto que su padre llevaba de oculto á su cuarto un fusil ingles, y que sabia su entusiasmo por las novedades que se promovian en Nápoles, no lo perdió un instante de vista, y cuando le vió dispuesto á salir de casa, opúsole cuantos obstáculos pudo sugerirle el amor filial, su gracia juvenil, su alma tierna y dulce, y el temeroso afan que la hacia suspirar por la suerte de su padre.

D. Cárlos era un caballero de unos cuarenta años, fogoso y violento, pero de buen natural y muy amante de sus hijos; por lo que al ver que Luisita se le echaba al cuello, sintiendo los latidos de su pecho virginal, cuya fuerza y rapidez indicaban toda la ansia de que estaba poseida, se conmovió en términos que casi se dió por vencido. Luisita, que en los ojos de su padre leia los afectos que le agitaban, emprendió el último asalto diciendo:

—Padre mio, yo no os he de dejar; si quereis salir á combatir, yo iré delante y os serviré de escudo: las balas traspasarán primero á vuestra hija..... Padre mio.....

—¡Déjame!

—No. Veo que quereis que os dé la mayor prueba de mi amor. Vos no quereis que dé mi mano á Tancredo, á quien amo tanto como él me ama y que haria toda mi dicha; pues bien, padre mio; no vayais á las barricadas, y os doy promesa de renunciar á él por respeto á vos y en recompensa de este favor que os pido. Todavía más: consiento en casarme con el viejo marques que tanto deseais, y á quien tanto aborrezco. Yo le amaré, padre, yo le amaré...

Don Cárlos contemplaba sumamente enternecido el heroismo de su hija, y la estrechaba en su seno pronto á decirla: No iré, cuando se oyó un apresurado repiqueteo de la campana, y despues de este otro. Los criados acuden, abren, y entra de improviso el jóven Santilli: se presenta con impaciencia

á D. Cárlos, y sin darle siquiera los buenos dias, ni mirar á Luisita, que habia soltado á su padre, le intimó con altivez que se armase y saliese.

Era este Santilli, un jóven de bella presencia, de hermosas facciones y noble continente, con los cabellos rizados partidos de un lado y olorosos; la barba espesa, negra y puntiaguda, y los bigotes lustrosos y bien arreglados; de manera que su belleza, del género griego, le hacia semejante á un busto de Alcibiades ó de Epaminondas. Este jóven, pues, peroraba en Nápoles así de dia como de noche en las plazas más concurridas y pobladas de la ciudad, para inducir á los hombres laboriosos y pacíficos á la alta empresa de la regeneracion de Italia y á hacer generosos esfuerzos para un sacudimiento. Tenia tan envanecida su elocuencia, que siempre estaba dispuesto á improvisar discursos, lo mismo que las jibias y los calamares que tiñen de hiel todas las rocas en que se apoyan. Así él en las mesas de las grandes posadas como en las de las tabernas; en Toledo, en las ricas fondas, como en la puerta de Cápua entre los freidores y las verduleras; así delante del Castillo como de Santa Lucía, entre los bancos de los vendedores de pescado y ostras; lo mismo en la esquina de los Estudios que en las barracas del Cármen; en todas partes se veia á Santilli perorando.

Cuando Cristina Trivulcia, princesa de Belgioioso, reunió aquellos ciento veinte caballeros andantes que debian navegar en el *Virgilio* á fin de con-

quistar la Lombardía de los austriacos, entónces Santilli, puesto en la popa en el banco del timon, arengó á sus valientes compañeros, como Jason á los argonautas que navegaban por el Ponto, ó mejor, Temístocles á los griegos ántes de la batalla de Salamina.

Cuando los Pezzilli, los Barbarisi y los Bellini quisieron reunirse para ir á palacio como representante de la nacion á pedir al Rey auxiliares de mar y tierra para Venecia, entónces Santilli, predicó tanto, y tanto se desgañitó, que al fin se llevó á una porcion de jóvenes, que se escribieron en la frente las palabras de pueblo, reino y nacion.

Ya podeis figuraros que en el caso presente Santilli delante de D. Cárlos, á quien veia vacilar entre las caricias de Luisita y el amor á las pátrias libertades, empleaba las armas más poderosas del arsenal de su elocuencia; y en efecto, gritó y alborotó como un insensato que era. D. Cárlos lo miraba fijamente; Luisita lloraba y suplicaba á su padre con acciones afectuosas alargando los brazos, cogiéndole las manos y señalándole el abuelo que estaba allí sentado triste y abatido. Pero Santilli cogió del brazo á D. Cárlos, y obligándole á asomarse á la ventana que daba encima de Toledo, gritó:

—Mirad allá abajo los baluartes de la libertad; ved como hierve la obra de los valientes: ya han levantado la barricada de San Fernando, fortificada y dispuesta á recibir el primer ataque de los realistas: las barricadas de la esquina de Santa Brígida,

de la desembocadura de San Jacobo, en la calle del Conde de la Mola, á lo largo de la Caridad y hasta los Estudios, y bajo las gradas de Santa Teresa están corrientes. Valientes de todas las provincias, y principalmente calabreses y cifentanos, todos acuden á la obra. Los que levantan las barricadas de Fuente Medina, y los de Monte Oliveto dan muestras de unas fuerzas de cíclopes.

Los coches de la perezosa nobleza son sacados de las cocheras y arrastrados para que sirvan de parapetos en las barricadas; y jamas con sus dorados y sus bellos y brillantes colores fueron más ilustres ahora, que de instrumentos de la pereza y del lujo pasan á ser baluartes de la libertad. Carros, toneles, bancos, vigas y toda clase de muebles, se amontonan, se enclavijan y consolidan para servir de trincheras á los intrépidos y soberanos defensores de la pátria contra la tiranía. Y tú, D. Cárlos, estabas durmiendo sin pensar en cosa alguna, en tanto que los valientes de la guardia nacional sudaban esta noche ocupados en la grande empresa. A no haber sido así, hubieras visto en medio de nosotros y ayudándonos en esta grande obra hasta algunos diputados de la Cámara y varios altos personajes así italianos como extranjeros. Avergüénzate de tu indolencia, que no quiero llamar cobardía. Romeo, Cecilia, el Florentino, están allí para animarles con la voz y con el ejemplo. Gran parte de las casas de Toledo y de las callejuelas que salen á la plaza y en las encrucijadas, todas están llenas de armas y de

gente armada. Todos los terrados y puntos elevados están fortificados con parapetos, aspilleras y troneras para armas de todos calibres.

Que vengan ahora los viles satélites de la tiranía, y hallarán cuán difícil es atacar á unos pechos libres que combaten por amor á la libertad.

D. Cárlos, al oir este torbellino de palabras fogosas, permanecia atónito é irresoluto, mirando á la calle, en que hormigueaban hombres de pésima catadura, sodiciosos y amigos de lo ajeno: veia unas caras patibularias, unas fisonomías torvas y sedientas de sangre, hombres guiados por las mismas furias infernales. Semejante espectáculo le horrorizaba; sin embargo, en medio de tales sugetos, veia tambien á sus amigos, que pasaban por debajo de sus ventanas, y levantaban los ojos llamándole por señas para que les siguiese. Santilli, habiendo terminado su perorata y viendo que D. Cárlos nada respondia, exclamó:—¿Qué piensas? ¿qué vacilas? ¿qué te detiene? Vamos, adelante: toma el fusil; aquí están las municiones. Vamos.

Aterrorizada Luisita, pónese de un salto en la puerta, cógese al candado, y grita: ¡Oh ladron de padres! ¡Matador de hijos, por aquí nadie pasa!—Pero Santilli, componiendo la fisonomía con una sonrisa infernal y con una gracia de hiena:—Hermosa doncella, le dijo, la patria nos llama, no os opongais á que los héroes la salven; ántes vos misma debiérais armaros en su defensa; ¿no sabeis cuántas hermosas y modestas doncellas se hallan

ahora en las ventanas y balcones con las armas en la mano?

—No es así, replicó Luisita; ni las nobles mujeres, ni las doncellas modestas combaten por la causa de los rebeldes á su Soberano, de los trastornadores de la pátria y enemigos de Dios. Dejadme á mi padre, y marchad á combatir con vuestros alborotadores y con las bailarinas y cantatrices callejeras, únicas mujeres que teneis y que podeis tener en vuestras filas.

En esto óyense ya los disparos de los fusiles en la plaza Real: aquel altanero demagógo, lleno de furor y de despecho, arrójase á Luisita, y la obliga á abandonar la puerta: cógela por las trenzas, la arroja al suelo, abre la puerta, da un empujon á don Cárlos, que le hace saltar por la escalera, y se lo lleva consigo volando.

El dia 15 de Mayo amaneció mortífero y tremendo para la hermosa ciudad de Nápoles, que esperaba alegre festejar la apertura de las Cámaras legislativas del reino. Pero los hombres sábios lo habian ya pronosticado, los buenos lo habian temido, los ofendidos soldados lo deseaban, los desgraciados lo querian: fué un dia sellado por la muerte y predestinado de Dios para salvacion del Rey, de la monarquía y de Italia.

Ya hacia mucho tiempo que las sociedades secretas habian arreglado entre ellos un telégrafo muy particular, al que los conspiradores daban el nombre de *correo blanco*: componíase de pliegos en blanco

cerrados á modo de carta, con sobrescrito y direccion á tal ó cual persona, sellados en el correo de donde salian y en aquel á que iban dirigidas. En estos pliegos, ó en estas cartas en blanco, escribian los conspiradores todas aquellas noticias y demas que les parecia á propósito para inflamar los ánimos de los pueblos engañados por tan pérfidos manejos. No hay necesidad de decir cuánto daño hicieron los traidores á la pátria con estas intrigas y embustes á Nápoles y al reino. Anunciaban victorias sobre victorias de los lombardos sobre los austriacos; describian batallas sangrientas y mortíferas, saqueos, incendios, destruccion y ruina de ciudades, quema de las cosechas, devastacion de los campos, obra todo ello de los austriacos, que amenazaban arruinar completamente á la Italia. Llamábase en ayuda á los napolitanos, diciendo que fuesen allá con ardor, y formando fuertes y numerosas legiones con grandes parques de artillería; que por mar enviasen grandes buques, y que miéntras que el ejército de tierra ocupase la Romanía, la armada navegase con rumbo á Venecia, ó costease el Adriático para flanquear á las legiones.

Esparcianse estas especies por la ciudad con designio de amotinarla y obligar al Rey á alejar de la metrópoli lo mejor de sus tropas; y dejar débil á la plebe para que no pudiese sublevarse y oponerse al ímpetu de los conjurados. Los malvados lograron su intento, y arrancaron la órden de la marcha: dirigióse á Venecia una escuadrilla, y á la Lombardía se

enviaron dos divisiones; la primera bajo el mando del general Juan Statella, compuesta de ocho batallones, de una batería de campaña y de una compañía de zapadores; la otra, casi igual en fuerzas, mandábala el brigadier Nicoletti: un regimiento de lanceros y dos de dragones cerraban la marcha, mandados por Marcoantonio Colona. Guillermo Pepe fué nombrado generalísimo de estos trece mil hombres. Precedian al ejército el Príncipe Luperano, el duque de Albanetto Pallavicino de Prato, y el Príncipe de Colobrano, con otros que fueron enviados como comisionados á la guerra de la alta Italia. La alocucion del Papa de 29 de Abril, al declarar que no queria la guerra con el Austria, cerraba el paso á las legiones napolitanas, el cual despues fué de nuevo abierto por la prepotencia del ministerio Mamiani, que se reia de la alocucion, lo mismo que de la protesta que hizo Pio IX en contrario.

Los tumultos que en Roma se levantaron el 1.° de Mayo con motivo de la alocucion pontificia y el ver arrancado de manos del Papa el último hilo con que gobernaba sus Estados, aumentó desmedidamente la arrogancia y osadía de los conspiradores de Nápoles, quienes aguardaban el momento oportuno para arrojarse á la constitucion que juraron en 29 de Enero, repudiarla, romperla, desgarrarla y arrojar los fragmentos á la cabeza del Rey, á quien estaban resueltos á destronar, y á publicar la república como Gobierno del reino.

El 15 de Mayo habíase publicado la eleccion de

cincuenta pares del Reino, quienes con la Cámara de diputados debian formar el Parlamento; pero estas invenciones tenian por objeto deslumbrar á la ignorante multitud, que no podia penetrar los siniestros designios de los conspiradores; puesto que el 13 de Mayo se levantó en Santa María de Cápua y en Averza una numerosa y amenazadora multitud de rebeldes armados para arrojarse á la ciudad, con el refuerzo y los auxilios que se prometian de las municipalidades del contorno.

Pero los hombres del campo, inalterables en su fidelidad al Rey, despreciaron las inícuas sugestiones, y llenando de susto á los rebeldes, rompieron su ímpetu y desconcertaron sus proyectos.

En Nápoles (donde esperaban como seguro el auxilio de los campesinos) entregáronse á la ejecucion de su funesto intento con imponderable audacia, de suerte que al anochecer 99 diputados, de propia voluntad reunidos en las salas de Monteoliveto, hicieron correr la voz de que se habian reunido para deliberar acerca de la forma del juramento. Esta junta estableció de repente un tribunal, y atrajo tal muchedumbre de conjurados, que no pudiendo caber en las salas y corredores del palacio de Monteoliveto, se derramaron por la escalera y abajo por los alrededores de la fuente hasta el palacio Ricciardi. La fórmula de juramento propuesta era vaga, ambígua y fraudulenta: el Rey debia jurar sin saber lo que juraba; por lo que cuando le hicieron tan pérfida propuesta, contestó con la fran-

queza y realtad propia del Rey Fernando.

—He jurado la Constitucion de 29 de Enero á la faz de todo el reino, y el mes de Mayo no cambiará ni en mis lábios ni en mi pecho lo que una vez he jurado.

Estas solemnes palabras, que debieran haber avergonzado á los rebeldes, sirvieron para que gritasen que era una blasfemia, y declarasen perjuro al Rey y perdido el cetro. Los demagogos de Monteoliveto arrojaron la máscara y con atroces ahullidos atronaron la sala. Que jure el Rey segun queremos, ó de lo contrario que abandone el sólio: en las ciudades y en los campos todos están armados en favor nuestro; ya los cilentanos están á las puertas conducidos por el constable Carducci; los calabreses, basilicanos y montañeses del Abruzzo llegarán dentro de poco; el que no esté de nuestra parte que tiemble.

No contentos con atemorizar á los diputados prudentes y sábios, dirigiéronse á infundir temor á los pares del reino que se habian acogido en casa del Príncipe Cariati, su presidente, enviándoles recados llenos de amenazas.

Miéntras tanto Andrea y Estéfano declararon la Asamblea en sesion permanente; nombraron presidente y secretarios y decretaron la Constitucion nacional. Algunos diputados que dieron en el engaño, no habian asistido á la reunion; una tercera parte ó más de los presentes fueron poco á poco desapareciendo, y sólo los furiosos permanecieron *pro tri-*

bunali en número de unos sesenta, ensalzando al pueblo y echando maldiciones al Rey; ¡insensatos! que no veian que Dios protegia con el escudo de su omnipotencia la lealtad del Rey; al mismo tiempo que hacia caer la férrea vara de su justicia sobre sus cabezas, rompiéndolas como vasos de tierra.

El Rey habia dado expontáneamente la Constitucion al reino, los liberales la aceptaron, y juraron con gran fiesta su observancia; y ahora una gran parte se presentaban perjuros ante el reino, la Italia y el mundo. No obstante, vendrá dia, y acaso no esté lejos, en que los liberales de Italia y de Europa, cambiando los sucesos, calumniarán á ese gran monarca llamándole desleal, y los verdaderos perjuros y desleales serán honrados como modelos de consecuencia y de sinceridad.

Pero así como llegará su dia á la iniquidad, tambien llegará el suyo á la verdad y á la justicia (porque es inevitable que á cada cual le llegue el turno): y entónces calmadas las iras y caida la venda de los ojos de muchos, ve el mundo de qué parte está la fe, y detesta la infidelidad cualquiera que sea la máscara con que se cubra.

Miéntras el Príncipe de San Giacomo anunciaba las firmes palabras del Rey, levantóse en la sala un rumor y clamores terribles y tempestuosos, que la asemejaba á una cueva de leones ó de tigres rabiosos. Entónces se oyó una fuerte voz, salida de en medio de aquellos frenéticos, diciendo:—El Rey

quiere destruir la Constitucion, no hay pues salvacion más que en las barricadas. ¡Mueran los traidores!

—¡A las barricadas! ¡á las barricadas! gritaron desde sus asientos los diputados.—¡A las barricadas! vociferaron los conjurados de última clase.—Inmediatamente salieron de la sala los jefes de la jóven Italia, corriendo por las calles principales, y gritando que estaban vendidos, invitando, desafiando y sacando por fuerza á los faquines y obreros de toda clase, principalmente albañiles, cerrajeros y carpinteros.—Que se toque generala, gritaron algunos de la guardia nacional, que de intento estaban agrupados esperando á que estallase el movimiento. Gabriel Pepe, general de la guardia nacional, irritado al oir tales gritos, quiso oponerse al torrente de los insurreccionados, pero lo derribaron y lo hubieran ahogado á no haberse apartado del tumulto. Tocábase pues la generala por todos los puntos de Nápoles: no habia plaza, calle ni callejon en que no resonase la caja ó la corneta, y donde no se oyesen voces que desde las puertas llamaban á los que se hallaban en las ventanas.—¡Hermanos, á las armas!—¡Estamos vendidos! ¡traicion!—Salid, venid á salvar la pátria.

En medio de aquel infernal bullicio, unos salian, otros gritaban desde arriba diciendo:—¿Qué hay? ¿qué quereis?—Otros reforzaban las cerraduras y candados de las puertas. Pero por la parte de Toledo se empleaban con afan en hacer rodar toneles,

arrastrar vigas, carruajes, y toda clase de objetos, en juntar tablas y maderos de todos tamaños y medidas: uno cava la tierra, otro lleva los escombros en espuertas para formar con ellos terraplenes; otro reune y enclavija los muebles y las vigas formando la armazon de la barricada.

En aquel instante llegan dos pares del reino que iban á la córte.—¡Alto!—Vamos á ver al Rey.—Id á pié; abajo del coche, y que venga acá este.—Dicho esto, desuncen el tiro y arrojan la caja del coche al medio del monton de una barricada, llénanlo de la tierra que llevan en las espuertas, y lo convierten en baluarte. Lo mismo hacen con cuantos coches aciertan á pasar por allí, todos eran al instante cogidos, y llenos de tierra, de estiércol y de piedras, colocábanse en las bocas-calles para servir de parapetos.

Miéntras tanto la guarnicion y los presidios extraordinarios á la una de la noche recibieron órden de salir de sus cuarteles; se situaron de reten en frente del Palacio Real, y tomaron posiciones en las principales plazas de la ciudad. El Rey llama á sus comisionados, y les manda que hagan destruir las barricadas y parapetos. Van, vuelven, tratan de persuadir, de aconsejar, y por último se dice al Rey que se destruirán las barricadas luego que se retire la tropa.—El Rey, bueno y clemente, á fin de evitar todo pretexto de efusion de sangre, consiente, con gran admiracion de todos, y las tropas se retiran. Pero los rebeldes, que no tienen escrúpulo en faltar

á su palabra, viendo que vuelven las tropas á sus cuarteles, siguen adelante en su perfidia con multiplicados esfuerzos.

Pedro Angelo Fiorentino (que despues de haber atizado con todos sus esfuerzos los tumultos de Roma en las primeras jornadas de Mayo, habia ido á Nápoles á aumentar el fuego de la conspiracion), y Bautista La Cecilia, otro furioso conjurado recien llegado, juntos con el calabrés Mileto, soplaban cuanto podian aquel fuego. Estos, habiendo oido á los enviados que parlamentaban con los constructores de las barricadas á fin de que abandonasen sus siniestros designios de envolver la ciudad en sangre y en la guerra civil, respondieron:

—Decid al Rey que ya es tarde; que abdique la corona, que nos entregue los fuertes y que arroje á cuarenta millas de aquí la guarnicion. El pueblo es rey, y sólo debe reinar y dar las leyes.

Al ver tanta locura y delirio, el Rey, firme en su propósito de no querer efusion de sangre, despues de resistirse mucho tiempo á las instancias del caballero Angelo de Epiro, de Noya y de Letizia para que hiciese destruir las barricadas por la fuerza, al fin consintió en que algunos soldados sin armas se acercasen á la primera barricada de la callejuela de Nardones, como otros tantos ciudadanos, á fin de ayudar á derribarla pacificamente. Salieron pues del palacio hasta cincuenta entre granaderos de la guardia real y cazadores, acompañados por el coronel de artillería de Epiro, del coronel Letizia y el

síndico de Nápoles. Cuando los revoltosos vieron á los soldados que estaban inermes, sin que pudiese contenerlos el respeto á los enviados y la vergüenza á tanta deslealtad, como hombres sin fe ni pundonor, se pusieron tras los parapetos, y apuntando los fusiles á la tropa, gritaron:—Atrás villanos; ó de lo contrario os acribillamos á balazos.—Los soldados retrocedieron y se refugiaron debajo de palacio, rabiando de coraje, é incitando á sus compañeros á la venganza de tamaño insulto.

Enfurecidos y rabiosos los artilleros, apuntan los cañones, agitan las mechas, resueltos á derribar y reducir á escombros aquellos baluartes de la rebelion; pero habiéndoseles unido el general Scala, tanto hizo y tales reflexiones les dirigió, que al fin pudo contenerlos. Difundióse la voz de uno á otro cuartel, de uno á otro reducto, y toda la guarnicion estaba echando chispas: de modo que sobre las seis de la mañana se les permitió salir á tomar posiciones. Dos regimientos de suizos, con dos escuadrones de lanceros y dos compañías de zapadores, ocuparon lo largo del castillo, protegidos por la artillería de Forte Nuevo, otro regimiento suizo con un escuadron de lanceros y media batería, estendióse á lo largo del Mercatello: el cuarto regimiento suizo con una seccion de artillería, estacionóse en las alturas inmediatas á los Estudios, hasta la gradería de Santa Teresa de los Descalzos.

Otra seccion de artillería, con una escuadron de lanceros reforzó los pasos de la Vicaría; miéntras

que el segundo regimiento de húsares de la guardia se situó en el Mercado, bajo las troneras del fuerte del Cármen. Pero miéntras que el primer regimiento de granaderos estaba de reserva en los Granilios, un batallon del segundo, dos de cazadores, uno de marina, una batería rodada, el primer regimiento de húsares y un batallon de zapadores compusieron un círculo, parte formando en masa cerrada al rededor del palacio, parte dispuestos en escalones defendiendo la batería, y parte en retaguardia, de reserva, por el lado de Santa Lucía, con gran fuerza en todas las entradas y puertas interiores del palacio Real, á fin de resistir cualquiera sorpresa y defender los aproches.

En medio de estos movimientos, y ante el aspecto de la tropa establecida en sus puestos, continuaron los conspiradores levantando nuevas barricadas, reforzando las construidas y concluyendo á toda prisa las que se hallaban empezadas; de suerte que Pedro Milete, á vista del mismo palacio Real, á las barbas de los soldados, tuvo la osadía de continuar fortificando á Toledo y la grande empalizada de San Fernando, miéntras rabiaban y se llenaban de indignacion los cuerpos del ejército, viéndose despreciados delante de todo el pueblo de Nápoles que habia acudido á ver tales novedades. En esto parecieron trescientos sicilianos, recien desembarcados de un buque de vapor, y se derramaron por las calles y plazas como perros de caza, excitando el pueblo á la revuelta, haciendo mil mofas y des-

precios á los soldados y vituperándoles de mil modos para promover un dia de sangre.

Las cuatro interminables horas que mediaron desde las seis hasta las diez fueron invertidas en tratos y proyectos de pacificacion, cuando en este tiempo el diputado Vicente Lanza, hizo correr la voz por Monteoliveto de que—el Rey habia cedido; que renunciaba á la Constitucion de Enero, que juraria la nueva, que abriria el parlamento, que se quitarian las barricadas, y que la guarnicion debia volver á sus cuarteles.

En consecuencia, un capitan de plaza envió á todos los puestos la órden de que así los infantes como la caballería abandonasen sus posiciones; y volviesen á sus cuarteles. Pero el general Selvaggi, comandante de la Guardia Real, conoció el engaño, viendo que no se derribaban las barricadas, corrió á escape á todos los puestos, y obligó á las tropas á permanecer sobre las armas para cualquier evento, y á no abandonar sus posiciones. Esta franca resolucion fué la salvacion de la pátria, puesto que á las once y cuarto, miéntras los batallones que guardaban el Palacio Real se hallaban descansando tranquilos reunidos en grupos y corrillos, conversando, apoyando el codo en el extremo de los fusiles, levántase detrás de la primera barricada un grito de aplauso y un repentino palmoteo, que hizo volver los ojos á todos, y vieron que dos centinelas de la Guardia nacional desde el recinto de la barricada, dispararon los fusiles sobre el batalion de

granaderos, y desde la ventana del tercer piso del palacio Cirella salieron otros tiros dirigidos á la columna que estaba formada en masa.

Al oir los tiros, las tropas furiosas no pudieron ya contenerse, apuntaron los fusiles á la barricada y en un instante atronaron la plaza y el palacio dos mil disparos. Los oficiales que se hallaban dispersos, al oirlo, corrieron inmediatamente á sus banderas; los generales que se hallaban debajo del pórtico de palacio saltaron á la plaza y se arrojaron á las filas para contener el ímpetu de los soldados; pero fué en vano; porque volviendo estos á cargar sus fusiles, echaron otra descarga cerrada y luego se formaron en columna para emprender el ataque. El ánimo del Rey, al oir las dos descargas, vióse sobrecogido de mil afectos de lástima y de horror.—¡Dios mio! exclamó, ¡hé ahí sangre! ¡Vos sois testigo de todos mis esfuerzos por evitar este trance! ¡Ojalá que la sangre que se derrame de los ciudadanos caiga sobre la cabeza de los que están sedientos de ella y que han provocado su efusion! ¡Dios mio, defender una causa justa, y compadeceos de la ciudad y del reino!

Dios le oyó y atendió á sus paternales súplicas y á sus deseos de hermano y de amigo de sus pueblos. La impiedad y la perfidia temblaron, y valiéndose de los medios más inícuos trataron de arrojar delante de toda Europa sobre el Monarca la culpa y el éxito de aquella tremenda jornada; pero la jornada se disipa ante los rayos de la verdad. El

Rey habia ya cedido á las exigencias de los conspiradores casi todas las prerogativas de la Corona; pero estos querian que les cediese hasta su conciencia. No obstante, la conciencia es más que el reinado y no se cede sino á Dios, que la ha dado lo mismo al Monarca que al más ínfimo vasallo.

Los conjurados querian sangre, y tuvieron sangre; tal y tanta, que en ella se ahogaron y cayeron en el torbellino de la muerte.

Habian empleado toda la noche en poner barricadas en las calles, en fortificar las casas á modo de ciudadelas, y para poder combatir desde las ventanas y balcones, como detrás de los parapetos y aspilleras de un fuerte. Todas las persianas y postigos estaban cerrados y agujereados formando troneriilas; en los parapetos habia colchones en que se amortiguase la fuerza de las balas, y en los antepechos pusieron colchas arrolladas, sacos de arena y almohadas. Si, (como se ve en las grandes ciudades) sucedia que en una casa ó palacio de muchos pisos, viviese en ellos gente honrada y pacífica, los revoltosos pedian que les dejasen salir á las ventanas para poder disparar desde aquel sitio; y si se les negaba, las invadian á la fuerza derribando puertas y destruyéndolo todo: así fué, que muchos abandonaron sus viviendas para refugiarse en casa de sus amigos ó parientes de otros barrios, dejando los muebles, adornos y demas á merced de los amotinados, quienes despues que fueron vencidos y derrotados por las tropas reales, las acusaron de

robo en todos los periódicos de Italia.

Es inexplicable cuánto padecieron las gentes tranquilas en aquel trance; pues las casas estaban llenas de ancianos débiles, enfermos, de muchachas tímidas y medrosas, de mujeres asustadizas, embarazadas ó enfermas: los rostros ceñudos y feroces de los conjurados, que trastornaban los muebles para poner reparos en las ventanas, que desclavaban las puertas y los postigos y hasta sacaban de debajo de los enfermos los colchones para resguardarse detras de ellos al volver á cargar los fusiles, carabinas y pistolas, causaban tales sustos á los habitantes, que os sacaban de juicio. ¡Cuántas mujeres se arrojaban á los piés de sus maridos, cuántas madres abrazaban á sus hijos crueles y enfurecidos, cuántas hermanas se echaban al cuello de sus hermanos suplicándoles con grande instancia que no saliesen á combatir desde las ventanas, poniendo así en peligro á toda la familia! Otras cogiendo á los niños de pecho y á las niñas que lloraban, escondíanse en las bodegas, en los sótanos y en las caballerizas. Otras corrian á los barrios más distantes; otras pedian por favor á los vecinos que vivian á la parte de atrás de Toledo que les acogiesen con toda su espantada familia. En una palabra, todas aquellas calles eran un continuo gemir, un espanto y una desolacion semejante á una ciudad tomada por asalto y puesta á saco por los enemigos.

Pero cuando se oyeron los primeros tiros en las barricadas de Nardones y de San Fernando, los ciu-

dadanos todos se sobrecogieron de un mortal espanto: los que por casualidad se habian agrupado en la plaza real á lo largo del castillo y de Monteoliveto, desaparecieron en un momento, corriendo á sus casas; y muchos fuera de sí se extraviaron, y andaban dispersos sin saber en dónde refugiarse, hallando cerradas y embarradas las puertas, y en todas partes patrullas, caballos á escape, y la artillería que corria á ocupar las bocas calles y las encrucijadas para barrer á metrallazos á los que se presentasen hostiles. En las casas donde faltaba el marido ó el hijo, era imponderable la ansiedad de las esposas y de las madres. Todo era salir á las ventanas, dar voces de lejos, hacer señas con los pañuelos y preguntarse con afan unos á otros l s vecinos.

Al mismo tiempo desembocaban en todas partes los furiosos corriendo á las barricadas, con picas, sables, espadas y otros con falconetes, espingardas, fusiles llegados de Inglaterra y comprados secretamente por los conspiradores, que el dia antes los entregaron á los facciosos. ¡A pesar de todo, muchos porfian todavía en hacer creer que todo aquel tumulto fué obra de la traidora policía, con el fin de envolver á Nápoles en la guerra civil!

Al mismo tiempo en la plaza real, despues de las dos primeras descargas de la guarnicion, el invicto general Carrascosa, viendo que era imposible contener el ímpetu de los soldados, púsose al frente del ataque, ordenó las tropas con los demas generales y

embistió el murallon de San Fernando. Acudió el tren de artillería con sus piezas, y empezó un combate reñidísimo y cruel. Desde el frente de la barricada llovian las balas sobre los que atacaban, pues les tiraban de todos lados y de las ventanas. Entónces el mariscal Ischitella, y los generales Selvaggi, Nunziante y Carrascosa, viendo aquel granizo de balas que salian de todas las ventanas del palacio que da frente á San Fernando, mandaron á los gastadores de la guardia que derribasen la puerta principal de la calle; y logrado esto, lo hizo atacar por el regimiento de Marina, el cual en un instante ocupó las ventanas y terrados, para contrarestar á los que hacian fuego desde las ventanas y terrados de en frente. Pero, habiéndose apoderado á más los granaderos del palacio de la Forestería, protegieron el lado izquierdo de la columna, de los tiros que salian del palacio Cirella y de las grandes ventanas de la iglesia de San Fernando.

Habiendo acudido el primer regimiento de Suizos, se arrojó de frente á la barricada, y replegándose por los flancos, abrió campo á la artillería, que arrojaba balas y metralla haciendo un fuego terrible á los parapetos y á las esquinas de las casas, desde donde hacian un fuego incesante y obstinadísimo, y las cuales se agrietaban y bamboleaban. Hasta la artillería del palacio real disparaba á los pisos altos de las casas circunvecinas, desde las que habian ya herido al general Enrique Stotella.

Las terribles balas derribaban los parapetos, los ángulos y los arquitraves de dichas ventanas, que al caer arrastraban consigo las persianas y los balcones con un horrible estruendo, y juntamente las paredes se derruian, y los revoltosos eran mutilados ó quedaban colgados sosteniéndose á duras penas.

El mariscal Lecca apuntó la batería, y derribó y desconcertó los parapetos, escarpas y contraescarpas de la barricada; y viendo caer la tablazon y envigado, mandó avanzar una compañía de zapadores con los gastadores suizos y los cazadores, los cuales con picos, azadas, azadones, bajo un fuego mortífero que les hacian de las casas inmediatas, despues de una hora de combate y de sangre lograron abrir una ancha brecha en el terraplen. Cayó aquella enorme masa de piedras y maderas con horrible estrépito, al cual siguió un grito de alegría de parte de los soldados, el cual formó eco en todas las filas hasta el palacio Real, y se levantó un clamor de júbilo y de triunfo. Los primeros invaden la brecha á la bayoneta hiriendo á los de la Guardia nacional, que trataban de huir para librarse del furor de los vencedores; pero muchos fueron muertos á bayonetazos y á sablazos que les hendieron el cráneo.

Una vez dueñas de la barricada las tropas, dieron inmediatamente el asalto al palacio Circela, desde cuyas ventanas caia sobre ellas tal lluvia de balas que llevaba su irritacion al último extremo. Así en pocos instantes hicieron astillas de la puerta, y á modo de espumoso torrente inundaron los átrios y

los zaguanes, y se encaramaron á las ventanas del plan terreno, y saltaron á las escaleras avanzando á la bayoneta. Los revoltosos, desde lo alto de la escalera dispararon hácia abajo algunos tiros, y se apostaron en los descansos, en las puertas y en las salidas y corredores. Pero apénas las tropas viéronse muerto algun compañero entre los piés en las escaleras, que arremetieron como leones, y penetraron en las estancias, matando y despedazando á cuantos caian en sus manos con horrible carnicería.

Eran más de ciento los que quedaron acorralados en aquel sitio, la mayor parte forasteros de toda raza y de la hez de la plebe; y de ellos muchos fueron pasados á cuchillo y los demas aturdidos, trémulos y casi sin vida, se escondieron en los rincones, debajo de las camas ó envueltos en los cortinajes, despues de haber arrojado el uniforme de la Guardia nacional los que á ella pertenecian. Los soldados, rebuscando en todos los rincones, sacábanlos de sus escondites, y cogiéndolos por los piés y por los brazos los arrastraban cubiertos de polvo y de telarañas por las estancias, y despues de quitarles las armas y municiones, sin matarlos ni maltratarles los enviaban bajo buena escolta al general Selvaggi y al mariscal Lecca, que les hacian trasladar á una fragata vieja de la dársena, que se estaba desarmando.

Entónces los soldados, dueños de las ventanas y de los poyos del Palacio, y los hombres de la marina en las ventanas de enfrente, hacian fuego á la

segunda barricada teniendo ya limpio á Toledo y ocupado por las columnas que cargaban sobre aquella y contrastaban el fuego de los revoltosos que disparaban de las ventanas.

La metralla de la tropa caia espesa y terrible sobre la barricada y las casas laterales, cuando dos piezas de artillería empezaron á arrojar gruesas balas de á treinta y seis contra la barricada, con cuyo sacudimiento se deshizo y vino al suelo con infernal estruendo, y dejó abierta una espaciosa brecha. Los granaderos penetran por ella con la mayor intrepidez; llegan nuevas compañías á reforzarlos, invaden las casas, hacen prisioneros, desarman á los revoltosos, y todo queda despejado hasta la calle del Carminello. La tercera barricada ofrece menor resistencia á causa de las pérdidas de los insurrectos, se aplasta y desploma sobre sí misma, dejando libre el camino á la tropa hasta más allá de la calle de los Tudescos.

En aquel instante una compañía de granaderos que patrullaba á lo largo de la marina, halló en el muelle de Santa Lucía ó todos aquellos lazarones y pescadores ansiosos del éxito de la lucha, que habiendo sabido el triunfo de la tropa y la destruccion de las barricadas, pusiéronse á gritar con la mayor alegría:—¡Viva el Rey y el triunfo de la justicia!—Y en medio de estas aclamaciones fuéronse á acabar de destruir las barricadas, llevándose cada cual vigas, tablas, ruedas, carros y cuanto les vino á las manos.

Miéntras sucedian los horrores que acabamos de referir en las embocaduras de Toledo, parte del cuarto y del segundo regimiento de Suizos, habiendo oido desde el Cármen los primeros estampidos del cañon, y viendo las señales de socorro en la veleta del fuerte de San Telmo, de Castelnuovo y de Castel del Ovo, marcharon á paso de carga en columna y por batallones á situarse á lo largo del Castillo, llevando entre dos batallones del cuarto y del segundo media bateria de asalto. El mariscal Labrano, que se hallaba en los escalones de la Gran Guardia, manda que el cuarto marche al asalto de la barricada de Santa Brígida, para derribarla y pasar á Toledo á fin de ir luego á reunirse al primer regimiento que combatia los cercos de encima de San Fernando.

Pero luego que entraron en la calle de Santa Brígida con las divisiones de frente, apénas habian andado cincuenta pasos, que de la posada del Lirio de Oro, del monasterio y de las casas que se extendian por ámbos lados, se oyó un indecible fuego de fusilería, y un diluvio de balas cayó sobre las filas de la tropa. Pero esta, avanzando siempre al mismo tiempo que contestaba de frente al fuego de la barricada, disparaba á los lados á las ventanas de las casas, con un fuego vivísimo y nutrido. El ayudante mayor del batallon llamado Eduardo de Goumoens, se abre paso delante de todos, arrójase á la barricada invitando á seguirle á los denodados granaderos, y estos embisten como leones hasta lo alto

de los parapetos. Pero Goumoens muere y estos quedan mal heridos. La compañía de granaderos al ver aquello, sintió aumentar su denuedo y su rabia, y disparó á las ventanas que estaban defendidas con colchones y almohadas; de modo que los que las ocupaban eran poco ofendidos de los sitiadores, al paso que hacian en ellos el mayor estrago.

Estaban ya heridos y fuera de combate los oficiales Federico Konig, Fernando Scafter y Pablo Grand, cuando Rodolfo de Asturter, capitan de fusileros, despues de haber recibido tres heridas, fué llamado por su nombre desde una de las ventanas del Lirio de Oro, y miéntras levantó la cabeza para ver quien le llamaba, le hirió una bala en la frente y cayó muerto.

Viendo el coronel que los soldados no podian avanzar en columnas, mandó la retirada; llevó delante las piezas de artillería, luego adelantó de nuevo las filas arrimadas á las paredes, hizo disparar por escalones á las ventanas, y rompió el fuego con mayor vigor contra la barricada. Parte de los cañones disparaban balas de grueso calibre á esta última, y parte arrojaban metralla á lo largo de las casas dando esta directamente en los balcones, en las ventanas y en los terrados, rompiéndolo y destrozándolo todo. Aquello era un infierno ó un dia de juicio final. Descompuestos los lados de la barricada, se abrieron, y se vió á la Guardia nacional que procuraba cubrir la brecha con faginas y sacos de tierra y vigas para reforzarla de nuevo. Sin em-

bargo, cada bala de á treinta y seis que vomitaba la artillería se llevaba por los aires sacos, faginas, maderas y juntamente los hombres que las defendian. Por los lados á cada metrallazo desquiciábanse las persianas, caian postigos y balcones y resultaban inumerables destrozos.

Ganada por fin la barricada, las tropas se esparcieron hácia Toledo, persiguiendo ferozmente á los desconcertados dispersos y fugitivos revoltosos; pero como desde las ventanas continuaba un incesante fuego de fusilería, fué herido el oficial Federico Rusillon, y el mismo coronel que mandaba desembarazar las calle de los escombros. Retiróse luego á lo largo del castillo, y dispuso que el teniente coronel *di Murato* tomase el mando, que hiciese avanzar el segundo batallon y relevase al primero. Así fué hecho.

Las compañías, rabiosas al ver tantos muertos, se arrojan á lo largo de las casas, embisten los obstáculos y los vencen, y corren por la calle ya conquistada; pero en aquel encuentro terrible se las presentan delante heridos los oficiales Gabriel Eyman de fusileros; Stampfli de cazadores, y el capitan Federico Wattewil. Al ver á sus jefes bañados en sangre y á tantos de sus compañeros muertos, no pudieron contener la rabia y á despecho de las cajas y de las órdenes de los capitanes empiezan el asalto de las casas; y derribadas á hachazos las puertas, arrójanse como perros rabiosos sobre los vencidos, matando á cuantos hallaron con armas sin

dar cuartel, esceptuando á los que, arrojadas las armas, pedian compasion.

A pesar de esto, los periódicos de la *Jóven Italia* llenaron sus columnas anunciando al mundo crueldades, imputando á los soldados del Rey el no haber respetado sexos ni edades, pintándolos tan bárbaros y desnaturalizados que, segun decian, abrieron el vientre á los viejos enfermos, á las jóvenes inocentes, á los mujeres en cinta y hasta á los niños de teta.

Segun ellos, cogian á estas criaturas por las piernas, y las despedazaban ó aplastaban contra la pared, ó les abrian los sesos, ó las ensartaban con las bayonetas, ó en fin, las arrojaban vivas por las ventanas. Pero de lo que hicieron los insurrectos, de la carnicería y estrago que hicieron en las tropas, de los terribles preparativos de defensa que adoptaron, y de la perfidia y traicion con que se portaron, de esto no dijeron una palabra los diarios; y despues de haber sumido aquella noble y pacífica metrópoli en los mayores estragos inundándola de sangre de ciudadanos, lo achacaron á las fieles tropas reales llamándolas homicidas á la faz de Europa. Pero esta conoce perfectamente la perfidia de los conspiradores, que al mismo tiempo que provocan las guerras civiles las atribuyen á los Monarcas á quienes hicieron traicion.

La única víctima inocente de tales furores fué la linda doncella Constanza, hija del marques Vasaturo, pues desde las ventanas del palacio de este fué

de donde se hizo un fuego más horroroso á la tropa.

Por lo mismo, los soldados derribaron la puerta principal, y subiendo furiosos las escaleras para impedir la fuga á los revoltosos, corrieron rabiando de una á otra estancia, buscando por los rincones. Habiendo llegado á un aposento sintieron que alguien huia á otro y cerraba la puerta con llave. Entónces los soldados, en medio de su furia, disparan un tiro á la puerta. Por desgracia la trémula doncella se hallaba reforzándola, y la bala le pasó el pecho y la tendió sin vida en el suelo; con el mayor sentimiento, los soldados al derribar la puerta, vieron en vez de un insurrecto á la infeliz doncella exhalando sus postreros alientos. Levantaron á la desgraciada, cólocáronla en un lecho, arreglaron sus almohadas, y tristes y conmovidos salieron de aquel aposento de muerte.

Hermosa jóven: tú fuiste llorada de las almas francas y nobles, que vieron tronchado en medio del furor civil el lirio de tu adolescencia; pero el encono de muchos (precisamente de los mismos que tan sensibles se mostraron despues á la muerte del docto Prelado Palma, asesinado inocente por mano de los impíos en las estancias del Papa) hizo salir á luz la horrible faz de la calumnia cubriendo de infamia y de vituperio á los fieles soldados de tan bondadoso Rey.

Al mismo tiempo que con tanto esfuerzo se habia vencido en las barricadas de Toledo, los amotinados

que se habian fortificado en Monteoliveto, estaban dispuestos á recibir á las tropas reales en defensa de aquel gran cerco, que por un lado tocaba al palacio Ricciardi, y por el otro al pié de una casa de enfrente, y estaba formado de piedras, maderas y reforzado con bancos, confesionarios, cajas y coches llenos de arenas y escombros. El regimiento de granaderos de la Guardia subió como un torbellino á la fuente Medina, desfiló por debajo de las casas, á fin de dirigir los tiros á las ventanas; y cerraba la retaguardia un numeroso piquete de húsares mandados por el intrépido duque de Sangro: embistió impetuosamente la barricada bajo una lluvia de balas de fusilería que le disparaban de frente y desde las casas. Los gastadores descomponen, destrozan, derriban todo el maderámen que se les pone delante; los zapadores con los picos, palas y azadones, desempiedran y quitan los escombros, destruyendo toda obra de piedra, y al derrumbarse aquel armatoste produce un estrépito y una polvareda tan densa que oscurece toda la calle. Y como desde el palacio Ricciardi, cual desde un reducto, disparaban sobre los soldados, estos penetraron á la fuerza en las casas de enfrente para mantenerles á raya. Pero los insurrectos obstinados, viendo que no podian luchar á tiros, empezaron á arrojar por las ventanas macetas de flores, morteros, pianos, sillones y aceite hirviendo que causaba grande daño á los combatientes. Entónces asestaron á la puerta un cañon, que la derribó al primer disparo, quedando

abierta ancha brecha, por la que entraron los granaderos con ánimo de pasar á cuchillo á cuantos rebeldes cayesen en sus manos; pero la resistencia fué más obstinada de lo que pensaron, pues los que ningun medio veian de escapar, se situaron arriba de las escaleras y en las entradas, y de estos puntos tiraban á los vencedores. No obstante, avanzaron estos á la bayoneta, y recorrieron todas las salas y aposentos, hiriendo y desarmando á los amotinados, que les pedian cuartel.

En medio de aquella barahunda, los insurrectos que se hallaban en la imprenta y el archivo del palacio tuvieron la ocurrencia de pegar fuego á los papeles más secretos; pero así que oyeron el estampido del cañon que derribaba la puerta, huyeron llenos de miedo, descolgándose por las ventanas de la calle Donnalbina y dejando los pliegos y papeles esparcidos por la estancia. La llama que los consumia comunicóse á los estantes inmediatos, de estos á los cortinajes de las ventanas, y resultó un incendio horroroso é inextinguible, que se propagó por todo el barrio (1).

Julio Ricciardi, conde de Camaldoli, ilustre y religioso caballero, fidelísimo al Rey y enemigo de las prevaricaciones de José Ricciardi su hermano menor,

(1) Algunos atribuyen este incendio á otras causas, pero la que dejamos dicha parece ser la más probable, segun informes de personas bien enteradas, y segun lo refirieron muchos en Nápoles.

hacia muchos dias que vivia retirado en una casa de campo; pero su virtuosa hermana y demas honrados inquilinos que habitaban arriba y á los lados tuvieron por milagro haber podido salvar sus vidas, despues de haber perdido todos los muebles, ropas, dinero y alhajas, que fueron pábulo del incendio. Entre estos se hallaba el ilustró Cardenal de Benevento, arrancado aquel dia sacrilegamente de su silla episcopal, de su metropolitana y de su amada grey por obra de algunos desenfrenados, y desterrado para siempee de todo el ducado. Habiéndose retirado á Nápoles, habia alquilado algunas habitaciones en aquel palacio, y entónces asustado por el fuego de la artillería, y sabiendo que habian penetrado en la casa los soldados vencedores, disponíase á presentarse delante de ellos con la cruz episcopal en el pecho. Pero viendo crecer aquel incendio salió apresuradamente con los suyos y halló á los soldados, quienes delante de su augusta presencia, humildes y respetuosos le rodearon, y con él pudieron pasar cuantos rebeldes se habian juntado con disimulo á su séquito.

No pudiendo el Cardenal salir por la puerta de la calle á causa de que desde lo alto de Monteoliveto continuaban los insurrectos su tiroteo de fusilería, fué trasladado á una puertecilla lateral y puesto en un callejon poco seguro, pues las balas penetraban en él por todos lados. En medio de aquella confusion fuese por una callejuela trasversal, y pudo por gran fortuna refugiarse en una tienda de cerrajero,

en donde estuvo gran rato recogido junto á la fragua sin otro vestido que el que llevaba puesto, sin saber precisamente á dónde iria á parar aquella noche con seguridad, despues de haber visto devorados por las llamas sus libros, dineros, ropas y cuanto poseia (1).

Y si tal y tan crítica fué la situacion de este eminentísimo Príncipe de la Iglesia, ¿cuál no debió ser el espanto y ansiedad de tantas matronas y nobles doncellas romanas, de tantos niños y ancianos, no sólo del palacio Ricciardi, sino de todas las casas de los alrededores, ocupadas por los desapiadados alborotadores que tiraban desde las ventanas á las tropas reales? ¿Quién será capaz de referir los llantos, los sustos, los peligros y las atrocidades que acompañaron á semejante tumulto, á tan sangrientos ataques y encarnizadas luchas, en que al entrar los vencedores en las estancias las encontraban llenas de sangre de los heridos, de armas y municiones esparcidas por el suelo, uniformes de nacionales arrojados á las sillas y debajo de las camas, mujeres desmayadas, niños llorando, doncellas temblando y ancianos pálidos y viéndose ya á punto de muerte? La religiosa hermana del conde Ricciardi referia que así que vió invadido el palacio, y que entraban furiosos los vencedores en las habitaciones,

(1) Todas estas particularidades las contó el autor en Benevento el mismo eminentísimo Arzobispo.

no viendo medio de escapar, se echó de rodillas en su oratorio y exclamó:—¡Jesús mio! á tí encomiendo mi alma.—Y sacando de la pared un gran crucifijo, salió con él al encuentro de los soldados, quienes se inclinaron al ver la sagrada imágen y le dejaron el paso libre sin decirle una palabra.

El caso fué que los jefes, despues de haber apaciguado el furor de los soldados, disputábanse el paso, pues todos querian entrar los primeros en los aposentos en donde se habian retirado las familias; y allí, con la espada desnuda y atravesada en la puerta, defendian la entrada, lo cual visto por los soldados ibanse á otras estancias en busca de amotinados. Fué por cierto una generosidad en aquellos guerreros, irritados por tan tenaz resistencia y por la pérdida de tantos compañeros, que sabiendo que aquella habitacion no era de ninguno de los amotinados, sino que la habian invadido á la fuerza apoderándose de las ventanas, al instante devolvian cuanto habian hallado de candeleros de plata, alhajas y dinero, y lo entregaban á sus dueños. Sábese de un suizo que habiéndose llevado un magnífico reloj, cuando al hallarse en la puerta supo que aquella casa pertenecia á un caballero honrado, y que los revoltosos se habian apoderado de ella á la fuerza, volvió á subir la escalera, y entrando á ver al ama le dijo:

—Señora, aquí teneis vuestro reloj, pues nosotros no combatimos para robar las casas de los hombres de bien.—Y queriendo aquella señora re-

gular algunos escudos al soldado, este de ningun modo quiso aceptarlos.

Por lo mismo causa el mayor disgusto ver las infinitas arbaridades que atribuyeron los periódicos de Italia á los vencedores; tales que no se leen iguales en la toma de Famagusta por los turcos, ni de los luteranos del Borbonés en el saco de Roma: por lo mismo debiamos poner la verdad en su punto y en su lugar la fidelidad y la justicia. Pero los valientes que á costa de su sangre sacaron la ciudad y el reino de poder de los rebeldes, deben envanecerse de todos los vituperios que contra ellos pregona la Jóven Italia, al ver al clemente y magnánimo rey Fernando cubierto de nombres oprobiosos, que salidos de tan sucias plumas equivalen al más completo elogio.

CAPITULO II.

LUISITA.

Tres dias ántes de los acontecimientos que acabamos de referir, Bártolo llegó á Nápoles con Elisa, y se apeó en la posada de Roma en el hermoso muelle de Santa Lucía. Se informó de los amigos, y no le pareció prudente permanecer en la ciudad, sino que en tanto que llegaban mejores tiempos, marchóse con su hija á Sorrento donde se hospedó en la posada de la Sirena. Esta posada está situada en una alta peña que se levanta verticalmente encima de un límpido seno del mar, en donde los romanos edificaron antiguamente baños y albercas: los cimientos de estos edificios todavía se ven en la playa y dentro de las azuladas aguas, y entre las yerbas marítimas de que están cubiertos se ve aun la série de cuartitos, los grandes cenáculos, las galerías, los pasillos y las sinuosidades que entre las piscinas, las represas y las fuentes, con agradable

frescura campeaban en aquel delicioso albergue. Del palacio de la Sirena, situado en una peña debajo de la cual se ve el mar, sale un ancho y hermoso terrado ó mirador, y en el antepecho un bello órden de columnas.

Entre estas hay toldos que impiden el paso á los rayos de sol (principalmente cuando cae con toda su fuerza sobre la marina); encima del mismo antepecho vense macetas de flores raras y esquisitas, y alrededor, en las paredes, hay pinturas de perspectiva, y pequeños jardines en lontananza con cuevas en que descansa la vista fatigada de contemplar tantas bellezas naturales como allí se ven reunidas. Así sentándose á comer en aquel terrado, á cada movimiento de cabeza se presentan nuevas y hermosas vistas terrestres ó marítimas. Dirigiendo los ojos á un lado, vése el seno de Sorrento que forma un cerco con varios accidentes de otros senos menores, salidas y recesos formados por la peña cortada y suspendida sobre el mar desde el cabo de *Sculari* hasta el opuesto cabo *de Mont*, y termina en un promontorio que todavia ostenta los puntos adelantados de la maravillosa piscina de Polion.

Enfrente del terrado, da vuelva y se estiende hácia Castellamare el gran golfo, y por la deliciosa ribera levántanse las ricas tierras de la torre de la Anunciata, de la torre del Greco y de Portici, ceñidas de hermosísimos y amenos jardines y verjeles, de sombríos bosquecillos de naranjos, limoneros y cedros, que estienden su agradable verdor por las

faldas del Vesubio, el cual se eleva cubierto de fecundos viñedos, de frutales y florestas, y termina en un cerco ferruginoso de lava, fuego y ceniza. Por el lado del Sarno, se ve por entre los álamos la desenterrada ciudad de Pompeya, y á la izquierda al pié del Resina, como despuntan apénas algunas columnas que indican estar allí sepultada la hermosa Herculano; de modo que al ver tantas bellezas de pórticos, átrios, puentes, tribunas y aposentos con admirables pinturas, parece imposible que se hayan desenterrado y sacado de debajo de tales montes de piedra pomez y de materias carbonizadas.

Las huertas y verjeles de Portici tienen encima la Villa Real, hoy nobilísima sobre todas por habitarla el Vicario de Jesucristo; quien en medio de sus dulces recreos y tranquilo silencio templó la amargura de su largo y cruel destierro, hallando un consuelo en el amor y el respeto del generoso monarca. Pero las huertas y verjeles de Portici se estienden formando una ligera pendiente hasta Nápoles, cuya ciudad vista desde la galería de Sorrento, presentase más allá del golfo, como un pequeño collado blanquecino, cuyas faldas bañan las olas del mar, y da vuelta á la cima de la roca de San Telmo á modo de una diadema real. De allí nace el collado de Vomero cubierto de jardines y de pequeños palacios, que ladea y forma como un marco de deliciosa verdura al rio Chiaia, á las brillantes riberas de Mergellina, y continúa inclinándose suave

y plácido hasta la última punta de Posílipo, donde todavía se ostentan las soberbias ruinas pertenecientes á las suntuosas quintas de los Emperadores romanos.

Fuera de sí Elisa á vista de tales maravillas, estaba contemplando y saboreando tan suntuosa perspectiva, cuando de repente, apartando la vista del lado de Posílipo, preguntó á su padre qué era aquella mancha blanca semejante á una estrella que se levanta de los mares.

—Es la islita de Nísida, la cual se une por medio de un puente de arcos abiertos en el mar á Posílipo, y aquel objeto blanco es un caseron en que se custodian algunos sentenciados por el tribunal del crímen.

—¿Pero si aquello es un pequeño paraiso, esclamó Elisa, y en nada se asemeja á un establecimiento penal?

—Hija mia, aunque fuera cien veces más alegre, claro y risueño, las cadenas y los remordimientos lo convertirian en un infierno; es como el corazon del hombre, el cual aunque viva en los lugares más floridos, amenos y deliciosos del universo, si no tiene limpia la conciencia, permanece tétrico, sombrío, rabioso y sin consuelo; miéntras que el alma buena vive alegre y tranquila hasta en medio de los bosques y desiertos.

—¡Qué hermoso es aquel seno que se ve allá en el fondo!

—Ya te llevaré á verlo cuando venga mejor tiem-

po: allí está el pequeño golfo de Pozzuoli, y más hácia la mano izquierda se ve el vistoso seno de Baia, que un dia hizo las delicias de Agripo y de Augusto.

Allí, precisamente en el punto que te señalo con el dedo, en aquella playa que ves verdear, estaban antiguamente los Campos Elíseos, y aquella punta que se adelanta cortada en el mar es el cabo de Miseno, detrás del cual hay un golfo que servia de puerto á las flotas romanas, que invernaban en él seguras de las tempestades, para luego hacerse á la vela á la conquista del mundo. Esa porcion de mar que se extiende entre el cabo Miseno y las rocas amarillentas, lame las costas de la pequeña isla de Prócida, famosa por la calidad de sus vinos y por las modas griegas que todavía usan de sus vestidos las mujeres, pero principalmente por haber nacido en ella Juan de Prócida, padre y maestro de todos los conspiradores de Italia.

Miéntras que Bártolo despues de comer se recreaba con Elisa en la azotea de la Sirena, deleitándose con la vista de los barquichuelos pescadores que iban y venian llevando las redes, al mismo tiempo oíanse ciertas ráfagas de viento con un sordo rumor procedente del lado de Nápoles, rumor que en nada se asemejaba al saludo de embarcaciones entradas en el puerto, ni á las acostummbradas salvas de las baterías del castillo; pues ese lejano retumbo se estaba oyendo ya desde las nueve de la mañana. Adelantando luego la vista por el golfo,

empezóse á ver levantarse en el centro de la ciudad una gran llama, la que creció horriblemente elevándose hasta las nubes una negra humareda. Entónces los ingleses, alemanes, rusos y otros extranjeros que pasaban su temporada de recreo en Sorrento, acudieron solícitos, y salieron á todas las ventanas y terrados que tenian vista al mar y daban enfrente de la ciudad de Nápoles. El incendio cobraba inmensas fuerzas; y la gente llegaba á la plaza á lo largo de la casa del Taso, que conduce á la marina, y decia llena de susto:

—Oh Dios, el palacio del Rey va á convertirse en cenizas.

Otros sostenian que las llamas salian de más arriba del palacio, y que consumian la aduana de la Nunziatella.—Y nadie decia que estuviese ardiendo el palacio de Gravina.

Los sorrentinos estaban en la mayor ansiedad, temiendo que su amado Monarca fuese víctima de alguna terrible desgracia, y sentian mil zozobras sin saber de fijo el objeto, aunque temian la perfidia de tantos conspiradores como habian acudido á Nápoles procedentes de todas las provincias: y como era una ciudad muy leal y fidelísima al Rey, rogaban en alta voz á la Virgen que cubriese con el manto de su proteccion á esa sagrada capital y apartase de ella toda desgracia. En esto vieron venir por mar á la vela y remo, avanzando rápidamente por el golfo, una densa multitud de faluchos, tartanas, etcétera, cuajadas de pasajeros, los más jóvenes

abatidos y tristes, y los que ántes llevaban barbas y bigotes, ahora iban afeitados y lisos. Por la parte de tierra venian igualmente numerosos coches llenos de caballeros, que tambien iban afeitados y limpios de rostro como una manzana, quienes se apeaban en la plaza con poquísimo equipaje, y buscaban en todas las posadas donde poder alojarse; en términos que luego estuvieron regurgitando de huéspedes todas, lo mismo la de la Sirena, que la del Tasso, que la de Strongoli, que la del Ponte de las grutas, la de la plaza, y de la puerta de San Antonino. Otros se derramaron por todas las quintas hasta la Cucumella, y otros por San Aniello, otros por el llano y otros en fin por las casas de Meta (1).

Los pueblos llenos de curiosidad se preguntaban ¿qué era aquello? ¿qué sucedia? ¿por qué tanta gente, tan á la ligera con escaso equipaje, tan apresurada y poco provista de ropas? Parece que salen de cuaresma con sus vestidos oscuros. Ciertamente debe de haber acontecido una gran calamidad cuando estos jovencitos y estos caballeros de toda edad nos caen como llovidos tan humildes y apesadumbrados.

Pero dichosos los que pudieron ser los primeros en huir del terrible sacudimiento de aquel dia; puesto que la mayor parte de aquellos fugitivos ha-

(1) Todas estas son quintas deliciosísimas y casas de la llanura de Sorrento que se traslucen por entre los bosques de cedros, naranjos y olivos.

bian escapado de las barricadas apénas oyeron los primeros disparos de la artillería ó las primeras balas que cayeron en el parapeto, y vieron caer á metrallazos los balcones, ventanas, persianas y postigos, con tal furia y estrago que parecia el fin del mundo.

Los insensatos, que fueron seducidos por cuatro miserables para que se atrincherasen en las casas, no pudiendo ya salir por las puertas, saltaban por las ventanas y corrian por los callejones excusados y desiertos, dando mil revueltas, corriendo como el viento y escondiéndose donde mejor pudieron. Otros buscaron su salvacion saltando por los tejados, descolgándose desde grande altura ó dejándose caer de piés en las huertas, estercoleros, etc.

Luego los diputados que tenian asiento en las salas del Palacio de Monteolivete, al principio echábanlas de valientes y de invencibles: declaraban á la comision de salvacion pública con poder absoluto é ilimitado; á la Cámara en sesion permanente; á la guardia nacional en todo á la disposicion de la comision; á la Cámara única representante de la nacion; al Rey destituido y sentenciado á muerte, con otras insensateces y absurdos. Pero luego que vieron que el asunto se enredaba, trataron de salir, unos para ciertas necesidades corporales, otros para ir á tomar café; y así uno tras otro fueron desocupando bonitamente la sala. Lo mejor fué que La Cecilia, habiendo buscado no sé qué pretexto para escabullirse, encontróse con el diputado Estanislao

Barracco, quien lo cojió por el cogote y se puso á gritar:—Ya que nos has metido en la danza, maldito tunante, es menester que vengas á bailar con nosotros vivo ó muerto.—Entónces, ganada la barricada y el palacio de Ricciardi, y aterrados todos los demas parapetos del contorno, el general Nunciante envió un comisionado á los diputados mandándoles separarse y los encontró tamañitos y temblando de miedo. El mismo general les envió una escolta, que los protegiese de la furia de los lazzaroni y los acompañase con seguridad á sus casas. Así se hizo; porque el populacho, que en todas partes seguia las banderas de los combatientes, apénas caia una barricada, al instante se agolpaba encima de los escombros y cargaba con las bigas y maderas; pero nunca se echó sobre los guardias nacionales, cuando los vió en poder de las tropas; y por lo mismo dichos guardias, á fin de no caer en manos de la plebe, corrian á refugiarse en medio de los soldados, que los enviaban como prisioneros de guerra á las naves de la Dársena.

Véase en qué triste situacion los conspiradores y los que fraguan conspiraciones se ponen á sí mismos y á la ciudad, que de pacífica, industriosa y alegre que era ántes, en un instante la sepultan entre tantos estragos y ruinas, que no puede rehacerse por muchísimo tiempo. Pero ni aun así cobran juicio, ni ellos, que son los culpables, ni los pueblos, que sufren los trastornos, ni acaso los mismos Gobiernos, que lisonjeándose de evitar ó disipar las

revoluciones con medios diplomáticos y de pura elocuencia, creen luego haber vencido á los rebeldes con arrojarles, á modo de un dulce para entretenerlos, los más sagrados derechos de la Iglesia de Dios, sin ver que una vez devorados estos sienten un hambre más rabiosa y un vivo afan por tragarse hasta las raices del poder civil. Así, apénas acaban de salir de los horrores de una revuelta, caen luego en otra más cruel que la primera. ¡Ojalá que Dios, compadecido de nuestros males, tenga lástima de nuestra Italia, que aún se halla en peligro de nuevos trastornos!

Entretanto continuaba en Nápoles con encarnizamiento el ataque de las barricadas en las puertas de Toledo: en San Giacomo salía del palacio Lieto un granizo de balas de fusil, que dieron muerte al mayor Salis Soglio é hirieron al coronel Dufour, por lo que el valiente general Stockalper hizo avanzar la artillería y disparar al palacio y á las barricadas, derribando y destruyendo toda clase de obstáculos. Por consiguiente, mientras la artillería de Castelnouvo dirigia sus fuegos al teatro y á las casas de San Carlino, el tercer regimiento de suizos daba el asalto al palacio Sirignani y á la posada del Globo, de cuyo punto salieron los tiros que mataron á los centinelas de la Guardia é hirieron al ayudante mayor de Preux.

Las ánsias que durante aquellas horas atormentaban á Luisita no es posible ponderarlas: viendo que saltaba por la escalera su padre junto con San-

tilli á los primeros tiros de San Fernando, levantóse del suelo donde la echó Santilli, y no por esto perdió el ánimo ó se desahogó en lágrimas inútiles; sino que corriendo á la ventana, tanto permaneció que pudo ver á qué barricada se había dirigido su padre. La rabia y la compasion estaban luchando en el pecho de la jóven: por una parte quería sacar del gabinete de su padre una escopeta de dos tiros, de caza, y correr con ella á cubrirle con su cuerpo; pero luego conoció que ni sabia el manejo del arma, ni aquel diablo de Santilli le habria dejado permanecer por temor de que con su presencia se desanimase D. Cárlos, y así estaba sumamente ansiosa. Sin poder permanecer quieta un instante; ora se iba al abuelo, ora animaba á la madre, que llena de susto sollozaba, ya á los hermanos, que tambien lloraban, ya á los criados y mugeres, que estaban tristes y medrosas. Cerró todas las puertas y postigos de las ventanas que daban á la calle, resuelta á no abrirlas á los revoltosos, dado caso de que quisiesen atrincherarse y combatir desde aquel piso, como pensaban hacerlo en los balcones de arriba y de abajo que pertenecian á familias liberales.

Ganadas las primeras barreras por los granaderos, cuando estos se esparcieron por la calle y penetraron en las habitaciones de los insurrectos, la pobre niña estaba temblando de piés á cabeza por la suerte de su padre; pero cuando oyó de más cerca el estampido del cañon, sintió retemblar la casa, y caer á pedazos los cristales; casi fuera de sí á cau-

sa del gran susto, abrió algo una persiana con riesgo de perder la vida, y miró ansiosa si podia distinguir á su padre. Divisó á Santilli que, habiéndose subido á un terraplen, tiraba á las tropas, y vió á los demas que cargaban las armas detrás de los parapetos, y le entregaban á cada tiro que disparaba otro fusil cargado, recogiendo el que acababa de descargar, hasta que le dió en el rostro una bala de metralla, y lo derribó al suelo. Luisita se echo atrás gritando:—¡Vírgen Santísima, salvad á mi padre!—Pero precisamente entónces hirió una bala de fusil á D. Cárlos en el brazo, y cayó á causa del espasmo, sin poder levantarse.

El jóven Tancredi, que estaba tiernamente enamorado de Luisita y que vivia muy cerca de la barricada, apénas vió el suceso desde una abertura, en la cual estaba observando el éxito de la lucha, así como se hallaba en mangas de camisa y en chancletas, corrió animoso, revolvió los muertos, cogió á D. Cárlos, y cargó con él á cuestas, luego atravesando por entre obstáculos lo mejor que pudo, no paró hasta ponerlo en salvo. Llamó á la puerta de la casa de Luisita pronunciando el nombre de esta jóven, y diciendo que le traia su padre. Luisita corre á abrir, y ve aquel grupo; temiendo que su padre esté muerto, da un penetrante chillido y se arroja hácia Tancredi, quien deteniéndola con el brazo estendido, dice:—Alto: no dudes que tu padre está vivo.—D. Cárlos abrió los ojos, y así desmayado, la Luisita lo cogió de los hombros de

Tancredi, y ámbos procuraron ponerlo en un sofá.

Luego, inspirada Luisita por el amor filial, y por su natural penetracion, oyendo tiros debajo y encima del piso, presumió que los vencedores habian entrado á la fuerza en la casa, dando muerte á cuantos se les ponian por delante; de modo que, apénas acababa de reanimarse algo su herido padre, podia vérselo matar en sus brazos. Por lo mismo, cobrando fuerzas su corazon tímido y abatido, dió ánimo á su madre, suplicándola que no llorase, ayudó á vendar apresuradamente el brazo de su padre, lo desnudó, colocóle en la cama y dijo á Tancredi:—Vos permaneced sentado aquí en este lado; y vos, madre mia, en este otro: puso una botellita encima de una mesa, cerró del todo las ventanas, encendió una lámpara de noche, que puso en un rincon, y dijo á todos:—No os movais de aquí, y fingid que mi padre se halla enfermo desde mucho tiempo; y si entran los soldados, rogadles que no hagan ruido: lo demas dejadlo á mi cuidado.

Despues que salió Luisita del cuarto de su padre, puso al abuelo (que impedido de la gota, estaba en un sillon) en la segunda antecámara con una criada vieja á su lado, y un plato de gajos de naranja, en acto de dar de comer al pobre decrépito. En la sala de entrada mandó estender delante de la puerta un blanquísimo mantel en una mesa, y puso en ella bien colocadas una docena de botellas de vino, y en

medio dos grandes platos con lonjas de jamon, queso y frutas propias de la estacion. En los aposentos más retirados colocó á las mujeres y á los hermanitos; mientras que ella tomó en brazos una niña de dos años, hermana suya. Puso junto á la mesa dos criados vestidos con librea de gala, y se puso de rodillas delante de una imágen de Nuestra Señora del Cármen, encomendándosele con fervor. Luego se levantó, abrió una puerta que salia á una pequeña tribuna, y permaneció en pié haciendo caricias á la niña que tenia en brazos.

Mientras Luisita tomaba estas disposiciones y estratajemas, sugeridas por su amor filial, debajo habia un conflicto cruel, tronaba el cañon, la fusilería tiraba descargas cerradas por compañías y por escalones, y los insurrectos hacian fuego desde las ventanas. Pero luego que las tropas reales destruyeron la barricada, se derramaron como tigres al asalto de las casas, y derribando las puertas, subian las escaleras para descubrir á los revoltosos, dar muerte á los que se resistiesen, y hacer prisioneros á los vencidos. Ya puede figurarse el lector cómo invadieron la casa de D. Cárlos. Ya se oian en el piso inferior, cuya puerta hundieron, pasaron á bayonetazos á los que se les presentaron armados, y prendieron y maniataron á los que pidieron perdon.

Una partida habia subido rabiosa al segundo piso, avanzando á la bayoneta; pero cuando vieron abierta de par en par la puerta, y que la noble doncella les salió al encuentro con rostro tranquilo gritando:

—¡Viva el Rey! ¡Vivan los valientes!—Quedaron como atónitos. Luisita añadió en seguida:

—Venid, amigos, á tomar algun refresco despues de tanta fatiga; y cogiendo á un sargento por el brazo, le condujo á la sala de entrada. Con una mano tenia cogida á su hermanita, miéntras que con la otra tomó una botella, llenó un vaso y lo presentó al sargento. Los demas, que estaban ennegrecidos y fatigados de tanto tirar y de destruir las barricadas, se mostraron muy agradecidos; y es inútil decir que apuraron sendos vasos de aquel vino generoso. Los criados estaban todos en movimiento presentando á unos pan, á otros jamon, y á otros frutas; miéntras que Luisita daba á cada uno elogios por su denuedo y por haber salvado á la ciudad. Entónces llegó un capitan, y la jóven le rogó con la mayor modestia y urbanidad que se dignase tomar algun refresco; visto lo cual por este, convirtiendo su furia en agrado, le dijo sonriendo:

—Señorita, ¿cómo no os asustan tantos soldados?

—Quien me ha asustado han sido los rebeldes que disparaban desde las ventanas en el piso de abajo, lo mismo que en el de arriba; pero los fieles y valientes soldados del Rey son para mí como hermanos y bienhechores.

—Con todo, señorita, nos permitireis que registremos, por si acaso alguno de los revoltosos se hubiese refugiado en alguna estancia interior de vuestra habitacion.

—Nos haceis mucha honra, contestó la jóven; pero os aseguro que ninguno de los alborotadores ha bajado á pedir refugio. Venid solamente os ruego que me permitais acompañaros á fin de no asustar á la familia, y principalmente á mi madre que ya está muy triste por la grave enfermedad de mi padre. El capitan hizo seña á dos fusileros para que le siguiesen, y Luisita, no separándose de su lado, lo introdujo en la primera ante-cámara donde se hallaba el abuelo, pálido y medroso, que ya levantaba las manos en ademan de pedir la vida. Pero el capitan con expresion bondadosa le dijo: Tranquilizaos,—y miéntras tanto la doncella le ponderaba la devocion del anciano, diciendo que pasaba el dia orando, y que ella le profesaba gran cariño.

Llegados á la antecámara junto á la estancia en donde estaba el padre de Luisita, está sofocando todo ruido y caminando sobre las puntas de los piés, haciendo seña al mismo tiempo á los soldados de de que la imitasen, dijo:—Ahí dentro se halla mi padre enfermo; y su mal se ha agravado hoy terriblemente á consecuencia de los sustos causados por los tiros.—En seguida se adelantó con cautela, como aplicando el oido á la puerta; la entreabrió lo bastante para que el capitan pudiese ver en medio de la oscuridad de la estancia, alumbrada por la débil luz de una lamparilla, á la madre que daba de beber al enfermo, y á Tancredi, en mangas de camisa, que le sostenia la cabeza.—Así el prudente militar retirándose á un lado, dijo en voz baja:—

Señorita, ya podeis cerrar.—Hízolo así sin inmutarse; y acompañó al capitan á todos los demas aposentos hasta al que ocupaban los chiquillos. Estos, como vieron que entraban soldados, corrieron á refugiarse llorando al lado de las mujeres tambien asustadas, y escondieron la cara en su regazo. Pero Luisita se acercó al mayorcito, le besó en la frente, le hizo algunas caricias y haciéndole volver la cara hácia el capitan: le dijo:—Mira ahí á un amigo, á nuestro defensor, no tengas miedo, nos ha salvado vida. Vamos, alárgale tu manecita.—Las alabanzas de la linda doncella pusieron al capitan tan blando como un guante; y así se adelantó, y dando unos golpecitos con la mano en las mejillas del niño, le besó, y dijo que era ya tiempo de volverse.

Al llegar á la antesala vieron que los soldados despachaban sendas botellas, y Luisita mandó traer otras, animándoles á que bebiesen á la salud del Rey. El capitan le dió las gracias por tantas atenciones, añadiendo que dejaba allí dos centinelas de guardia á fin de que si iban otros soldados no les causasen la menor molestia; ofrecimiento que la jóven admitió de muy buena gana, y le acompañó hasta el extremo de la escalera. Entónces, habiendo quedado esta sola con dos centinelas, hizo poner cerca de ellos una mesita con un botella y les dijo que permitiesen la entrada á los médicos que visitaban á su padre que estaba enfermo. Cerró la puerta y fuese llena de contento, y corriendo al cuarto de sus padres, les besó y abrazó con la mayor efu-

sion, saludó á Tancredi, y arrodillándose al pié de la cama, dijo:—Recemos tres Ave-Marías á la Santísima Vírgen por tan señalado beneficio como acaba de dispensarnos.—Este amor filial de la noble y generosa Luisita enterneció á los presentes casi á punto de excitarles las lágrimas.

CAPITULO III.

REMORDIMIENTOS.

Ya tendrá presente el lector el modo como Babeta fué presa una noche á mediados de Marzo por un comisario de policía que con otros fué á buscarla en la posada de cerca el rio Chiaia; y la echaron mano de un modo tan súbito é imprevisto, que no pudo valerse de dos pistolas que tenia siempre aparejadas para levantar los sesos al que intentase prenderla, como quien sabe que para ello ha dado mil motivos. Al registrar sus baules encontró la policía varios papeles, unos en cifra, otros en caractéres regulares, que daban mucha luz y descubrian no pocas tramas de la jóven Europa, con varios nombres de conspiradores, secretos de gabinetes, traiciones de empleados civiles, de alta policía y de embajada, etc., órdenes para levantamientos, instrucciones para conspirar, avisos para espiar á ciertas personas, mandatos para seducir, para corromper, asustar ó excitar á los antiguos ó

á los recientes conspiradores. Hallaron tambien letras de cambio de grandes cantidades, cartas de recomendacion para personas eminentes, otras cartas en blanco, aunque con su sobrescrito, y en su lugar correspondiente firmadas con diferentes nombres húngaros, ngleses ó alemanes. En ellas escribia Babeta conforme á las instrucciones recibidas del comité de Lóndres, de París ó de Berlin. Las habia tambien que aunque parecian en blanco, estaban escritas con tinta simpática, y se presentaban con toda claridad los caractéres pasando por encima alguna composicion química. Pero la mayor parte á primera vista parecian encargos mercantiles, giro de capitales, letras pagaderas á la vista ó á plazos más ó ménos largos, segun deseaban avisar á los conjurados que obrasen lenta ó apresuradamente atendiendo á la oportunidad de poner en ejecucion sus funestos designios (1).

Al salir Babeta de la posada dió friamente una ojeada alrededor de sí para ver si se le presentaba la posibilidad de escaparse. Pero el coche estaba sobrado arrimado á la puerta, y en ámbos lados de la misma habia dos robustos mocetones. Miéntras uno de estos bajó el estribo, el comisario la hizo subir y tomar asiento; y luego vió que seguian á cada lado arrimados al coche otros vigilantes con gruesos bastones. Subió con ella tambien el comisario, y

(1) La policía halló muchos misterios en estas letras pagaderas á la vista ó á plazo; puesto que iban dirigidas á personas que ni eran banqueros ni tenian comercio alguno.

otros dos hombres ocuparon el asiento frontero, los cuales eran dos carabineros vestidos de paisano. Estos dijeron al cochero que fuese adelante; con lo que el coche fué corriendo la vuelta de la calle de la Victoria y de Pizzofalcone. La jóven no hacia el menor movimiento; pues medio tendida en el asiento en ademan de desprecio, hacia todos sus esfuerzos para reprimir la cruel fluctuacion que agitaba su pecho. No tardó el cochero en seguir una marcha más lenta, y despues de un rato se paró. Babeta miró con ojos torvos por la portezuela, y vió delante de sí un impotente muro, y en un portalon varios hombres; oyó el ruido del estribo que se bajaba; y habiendo uno de aquellos mocetones abierto la portezuela del coche, el comisario dijo:—Señora baronesa, ya puede Vd. bajar.—Decir esto, levantarse Babeta de repente, poner con soltura el pié en el estribo, y cogerla un hombre por el brazo como para sostenerla, pero en realidad para tenerla sujeta, rodeándola inmediatamente una turba de esbirros, fué cosa de pocos instantes, y luego se halló debajo de una boveda.

—¿En dónde estamos? preguntó Babeta á los esbirros.—En la entrada del castillo del Ovo, le contestaron. El comisario y el coche desaparecieron con direccion hácia Santa Lucía. Bajaron el puente levadizo, y por él entraron todos agrupados teniendo en medio á Babeta; y luego se oyó el fragor de las cadenas, y el golpe que dió el puente contra el muro al levantarse de nuevo. Entraron en un largo

pasadizo que establece comunicacion por encima del mar entre la tierra y el fuerte y encima del cual se ven altos parapetos cubiertos de cañones que asomaban sus bocas por las troneras. Cuando llegaron á unos sesenta pasos de un rebellin, los centinelas gritáronles:—¿Quién vive?—La justicia, respondió el principal de los esbirros; con que les dejaron pasar por aquellos oscuros y cavernosos tránsitos, que salen á la esplanada que conduce á lo más fuerte del castillo. Este se halla cercado de fosos y contrafosos, y los muros posteriores en escarpa se levantan encima de un seno del mar cuyas aguas los bañaban hasta una gran profundidad.

Era la noche oscura, las torres se presentaban como espectros sombríos y solitarios sentados en los muros, de donde salian las voces de los escuchas que daban el quien vive, y hacian estremecer de espanto el corazon de Babeta.

Esa alma de tigre, que cuando libre no conocia el miedo ni el desaliento, ahora en poder de la justicia (como sucede á todo malvado) se presentaba humillada, abatida, confusa y dominada por una cobardía y timidez mujeril: los latidos de su corazon eran semejantes á martillazos, doblábansele las rodillas, temblaba de todos sus miembros: erizábansele los cabellos, y bañábale un sudor de muerte. Este antiguo castillo, edificado por Cárlos Anjú, tiene un aspecto sombrío y melancólico hasta en la mitad del dia; así figúrese el lector lo que será de noche, particularmente para un preso que entra

allí con la conciencia agobiada de tantos homicidios y maldades, cuya sola idea horroriza. Aquellos ruinosos murallones, los merlones y troneras, las cornisas negruzcas y cubiertas de yerbas oscuras, que mueve el aire nocturno; los fosos llenos de cardos que se ven tenebrosos á la entrada de las fortificaciones; la vista de las baterías y montones de balas, granadas y bombas en los terraplenes, y en todas partes morteros y cañones, gúmenas, cadenas y faginas para arrastrar las piezas de artillería y para tapar las brechas, todos estos tristes y siniestros objetos llenaban de espanto el corazon de Babeta.

Ninguno de los esbirros decia una palabra, y sólo á grandes pasos con hachas de viento, que atizaban frotándolas en las paredes, de uno á otro reducto, de terraplen en terraplen, la condujeron á un camino cubierto de casamatas, que bajaba y comunicaba con otros tránsitos subterráneos y tenebrosos, alumbrados entónces por la luz de las hachas de viento, que los llenaban de un humo denso y resinoso, por el que salieron al pié de una torre. Subieron por una escalerilla angosta y derecha, y entraron en un corredor con puertas en ámbos lados correspondientes á antiguos y fuertes calabozos. En el fondo de aquel negro recinto detuviéronse delante de una puerta baja y que sólo encorvándose mucho era posible atravesarla; y allí, despues de haber sacado dos grandes manojos de llaves, introdujeron á Babeta.

A la luz de las antorchas presentóse á la vista

una especie de cueva de forma cuadrada, siendo las paredes de grandes y macizas piedras. De ellas pendian acá y allá diferentes garfios, argollas y cadenas: en un rincon y en el suelo veíase un lecho de tablas y encima un jergon y una manta. En otro rincon habia un hueco que servia para las imprescindibles necesidades del preso que ocupase tan lóbrego calabozo; salia de la pared una piedra complanada que hacia las veces de mesita, y encima de ella habia un cántaro lleno de agua; en fin, delante de la puerta veíase un tragaluz con dobles y robustas rejas de hierro en el espesor del muro.

Luego que los esbirros introdujeron á Babeta en este calabozo, y despues de haberle señalado el lecho que le estaba destinado, diéronle las buenas noches y salieron. Oyóse el siniestro ruido de los candados y cerrojos con que aseguraron la puerta, y luego se oyeron más y más distantes las pisadas, y todo quedó en el más profundo silencio.

Babeta permaneció en medio de la oscuridad de su encierro, en pié, sin movimiento y sin ideas, como asombrada y atónita: tenia los ojos sumamente abiertos y fijos, los brazos colgantes, un pié adelante y el otro atrás, tarda la respiracion, el corazon oprimido, temblando toda sin tener conocimiento de sí misma. Hacia rato que permanecia en tal estado, cuando la sacó del mismo un terrible trueno que retumbó espantoso é hizo retemblar la torre.

Ese antiguo torreon en que estaba la cárcel de Babeta hundia sus rofundos cimientos en el mar,

y le rodeaba por todos lados una escollera para que impidiese á las olas destruir con el tiempo los cimientos. Aquella noche en que fué encerrada Babeta en la torre, reinaba un furioso vendabal que agitaba extraordinariamente las aguas del pequeño golfo y las olas azotaban el pié de los muros, haciéndoles retemblar con horrible estruendo. Como Babeta ignoraba á qué parte daba su calabozo, se extremeció toda al oir semejante estrépito, en términos que por poco cae al suelo; tanto fué el susto que sintió pero al oir el fragor de las aguas que se retiraban por las rocas, vino en conocimiento de que su prision daba al mar.

Despues que se reanimó su corazon, nadie puede imaginarse la rabia, el deseo de venganza y la tristeza que se apoderaron de su alma feroz y altanera. Silbaba el viento por entre los hierros de las rejas; corrian por el firmamento gruesos nubarrones, pues el cielo en parte se presentaba sereno y en parte nublado; el mar continuaba rugiendo en la escollera, y de cuando en cuando las olas más enormes venian á estrellarse en el mismo pié del torreon: por lo que la mente de la prisionera luchaba con la rabia, la desesperacion, los pensamientos más violentos y las pasiones más tempestuosas; y si un rayo de esperanza brillaba por un instante, luego se disipaba y volvia el alma de la jóven á hundirse en una oscuridad más negra y profunda. Los primeros pasos que dió Babeta fueron hácia la reja del tragaluz, probó con el pié si habia en la pared alguna

piedra saliente en que apoyarse para subir á él; y habiendo hallado un escalon, se encaramó á él, y estuvo muchas horas contemplando las enormes olas que impelidas por el viento iban á estrellarse en las rocas cubriéndolas de blanca espuma.

Finalmente, débil y fatigada, bajó al suelo y se dirigió á tientas á su lecho; luego envolviéndose con la manta, esperó que el sueño le volviese las fuerzas. Habíasele agolpado la sangre á la cabeza, la cual le hervia y le dolia en extremo, al mismo tiempo que tenia los miembros frios y le temblaban como en la accesion de la calentura; tenia á más la boca seca, la lengua hinchada, una sed abrasadora, un sabor amargo y un ardor que la obligaba á estar con la boca abierta aspirando con afan el aire fresco, que sin embargo no le producia el menor alivio. Ya se volvia de un lado, ya de otro, hasta que vencida la naturaleza por tantos sufrimientos, adormeció su espíritu sumergiéndola en un sueño profundo y angustioso.

Duerde desdichada, que tus delitos quedan velando en torno de tu lecho, y te contemplan con ojos malignos y funestos. Ellos sólos forman tu compañía, y ni los ahuyenta el ángel de la paz, ni te consuela la esperanza en las misericordias que Dios, movido del amor que tiene á sus criaturas, dispensa liberal á los pecadores que levanta un corazon contrito y humillado hácia el pié de su trono. Este benigno Padre de misericordia y de amor tú no le conoces, y sólo te acuerdas de su augusto nombre

para blasfemar de él. María, consoladora de los afligidos, que compasiva y misericordiosa desciende á prestarles consuelo hasta en medio de las cadenas, y en el mismo cadalso, María, decimos, jamas vino á llenar tus lábios de dulzura y de suave esperanza tu corazon. Y ahora en medio de tu soledad, ¿qué te queda? ¡remordimientos y horror!

Entónces la Sicilia hallábase insurreccionada. Nápoles habia ya enviado una armada para domar la rebelion; las sociedades secretas (que habian puesto en la mayor agitacion á toda Europa y conmovido todos los tronos de los Monarcas, miéntras que las naves napolitanas surcaban el mar de Sicilia) en Nápoles mismo, decimos, las sociedades secretas despues de haber arrojado á los Jesuitas, porfiaban en suscitar novedades y otros tumultos aún más peligrosos que los anteriores.

No obstante, los valientes generales y capitanes, con todo el ejército, mantenianse firmes en su fidelidad y adhesion al Rey, y siempre vigilando á los conspiradores, quienes les odiaban en extremo, viendo que no podian lograr atraerles al partido democrático y que jamas lo lograrian; pues en sus generosos pechos se abrigaba hasta virtud y valor para cometer semejante vileza. Esto les contenia mucho más de lo que ellos se atrevian á confesarse á sí mismos; pues si hubiesen tenido noticia de haber sido presa una radical suiza, mensajera de los profundos é importantes secretos del comité central, que la enviaba para excitar conspiraciones, el

miedo de la policía, que entónces estaba ya desempeñada por muchos liberales, no hubiera sido parte para que dejasen de reclamar con amenazas su libertad; pero al ver que las tropas no estaban en disposicion de amedrentarse por sus alborotos, tomaban el partido de mantenerse quietos, esperando mejor tiempo y ocasion más oportuna.

Apénas habia permanecido Babeta media hora en su angustioso sueño, cuando de repente se levanta y se incorpora en el lecho gritando:—¡Ah! ¡quién me ahoga!—Y con los ojos despavoridos y los brazos extendidos hácia delante con el mayor afan hacia mil contorsiones, como quien se esfuerza por desasirse de alguno que le tiene cogida y apretada la garganta. Luego, respirando con menor pena, volvió los ojos hácia la puerta del calabozo diciendo:—Sal pronto de aquí, y déjame en paz.—Apénas acabó de pronunciar estas palabras, que se agitó de nuevo tendiendo los brazos como para defenderse de otro ataque. Era la figura de Cestio, con quien acababa de soñar, y se presentaba tan viva y amenazadora á la agitada fantasía de la jóven, que dispertando le pareció una sombra ó fantasma que le daba vueltas en torno en medio de las tinieblas de la cárcel. La estaba viendo y oyendo; sentia su contacto y sus crueles apretones; parecíale que iba creciendo hasta tocar con la cabeza en el abovedado techo; que con la mano izquierda le señalaba la profunda herida, la cual abriéndose arrojaba podre y sangre que regurgitaba negra y espumosa; entón-

ces la fantasma, recogiéndola en la mano, se la arrojaba á la cara y al cuerpo. Con la mano derecha, tenia levantado el puñal á cuyos golpes fué asesinado. De este puñal goteaba sangre, y cada gota que caia al suelo formaba luego un surtidor, de modo que por todo el calabozo salian chorros de sangre, que luego formaban espumosos arroyo , y estos, entumecidas olas que levantaban el lecho de la desdichada. Entónces se encogia toda y trasudaba, viendo á su víctima que recogia la sangre en el hueco las manos y se la arrojaba al rostro, amenazándola con ahogarla en ella. Por lo mismo la infeliz gritaba y pedíale perdon, cubríase el rostro con las manos, y sentíase mojada y sumergida en sangre hasta la garganta. Horrorizada y falta absolutamente de fuerzas, cayó en un letargo, que duró gran parte de la noche, hasta que oyó al carcelero que á la segunda vela entró á registrar el calabozo.

Al amanecer, la fresca brisa de la mañana la hizo volver en su acuerdo: abrió los ojos, miró en torno de sí, contempló los negros muros del calabozo, y creia aun estar soñando cuando volvió á entrar el carcelero, la dió los buenos dias y la preguntó si algo necesitaba.—Café y mis vestidos.—Os lo traerá mi mujer.—Dicho esto, volvió la espalda, y luego se oyó rechinar los pesados cerrojos, y se presentó una mujer vestida con limpieza, con grandes zarcillos en las orejas, tres ó cuatro sortijas en cada dedo, y un alfiler de plata en la cabeza que le atravesaba el moño y terminaba en dos bolitas de oro.

Llevaba en el brazo una gran cesta, y dentro la ropa blanca, vestidos y chales de la baronesa y una pelisa forrada de raso encarnado, de la que la mujer del carcelero habia quitado los gruesos y largos cordones, por ser peligrosos en aquella circunstancia; como tampoco en toda aquella ropa no dejó ni un alfiler, ni una hebilla; y en los parajes en que eran indispensables sólo se dejaron ligeras cintas muy cortas. En compañia de la carcelera iba con el café y la taza una niña de diez años, hija suya, que se presentaba erguida y alegrilla, con ojos vivos y penetrantes. Esta, como vió á Babeta sentada en su lecho, envueltas las piernas en una miserable manta y el cuerpo en un riquísimo chal que se habia echado encima en el momento de su captura, quedó como sobrecogida, pues jamás habia visto á una gran dama en la cárcel, bajó sus ojuelos, y permaneció indecisa mirando la taza y la cafetera.

La mujer acercóse á la baronesa, y dándole compasiva los buenos dias, añadió:—Señora, en verdad, que la compadezco.... ¡Qué le hemos de hacer, son cosas del mundo!.... Animese y esfuércese.—Y diciendo esto le cogió la mano. Babeta la estrechó entre las suyas, y mirándola fijamente, prorumpió en deshecho llanto que le causó un grande alivio. La niña sintió igualmente que las lágrimas le venian á los ojos, y con ademanes infantiles se le puso al lado presentándole el café sin decir una palabra. Babeta lo tomió á sorbitos y muy despacio, á fin de prolongar el mayor tiempo posible el consuelo de tener

compañía; y miéntras que la mujer del carcelero puso la cesta encima de un escabel, y arregló algo la ropa que contenia, Babeta contemplaba á la niña, y viendo retratada en su fisonomía la sencillez y el candor de la inocencia, probaba en su corazon juntamente consuelo y vergüenza, rabia y remordimientos.

Luego que volvió á quedar sóla se sumergió de nuevo en sus negros pensamientos; miéntras que la niña al salir de allí púsose delante de su madre saltando y diciendo:—Mamá, aquella señora me miraba con unos ojos que me daba miedo; no quiero volver, mamá.—Silencio, Mariquita, dijo la madre, y cuidado que digas una palabra de esto á Anunciata. —No hablaré de ello, pero os digo que no volveré.

Nadie tiene un instinto mas sagaz que los niños para leer en los ojos de los demas; y no hay duda que la pobre niña habia descubierto en las miradas de Babeta el asesinato y la perversidad en aquel no sé qué siniestro y turbado que retrata en la pupila á un alma pérfida y criminal, y que es el elocuente vehículo que hace traslucir el estado de la conciencia. Ademas, los párpados, las cejas y el movimiento interior de las órbitas, tienen cierta expresion, ciertos reflejos y colores que es imposible ocultar á la atencion tímida é inocente de los pequeñuelos. Mariquita siguió otras veces á la madre; pero nunca pudo acostumbrarse á la odiosa mirada de la baronesa; y si alguna vez esta intentaba co-

jerla la mano, la retiraba con esquivez y encogimiento, y nunca se le acercaba, manteniéndose junto las faldas de su madre.

Durante los dos meses y medio que Babeta estuvo en la cárcel, pasaba lo mas del dia sentada junto á la reja contemplando el mar. En los dias serenos veia delante de sí el rio de Sorrento, dando rodeos desde el promontorio de Vico hasta el cabo de Hércules, y de ahí á la Massa Lubrense. Aquellas aguas casi siempre tranquilas, aquel cielo por lo regular sereno, los bosques siempre verdes y las floridas llanuras, al paso que le alegraban la vista turbaban su corazon; porque comparando tanta hermosura y desahogo de la naturaleza en el exterior, al horror interior de la cárcel, viendo tal animacion y vida en los elementos, tanta libertad y frescura en el aire saturado del aroma que despiden las flores de azahar; considerando que al pié de la torre giraban en todas direcciones con toda libertad los peces, y volaban regocijados los pájaros por los aires: en lugar de distraerse y alegrarse el corazon de la prisionera, se acrecentaba mas y mas la soledad y horror de su encierro.

Así no pocas veces cerraba los ojos despechada y enfurecida contra sí misma, contra los hombres y contra el cielo. Y como quien habia crecido en medio del libertinaje de la guerra del Sunderband y era de génio cruel, perverso, aunque hermosa y de bella presencia, pasaba los dias enteros frenética, mal humorada y con el corazon lleno de ponzoña; de ma-

nera que trataba con aspereza al carcelero y á su mujer Cármen, negándoles el saludo y no contestando á sus preguntas.

Desde la reja veia llegar al puerto á toda vela, embarcaciones mercantiles y buques de guerra de todas banderas; y la idea de que eran libres de cruzar á su albedrío el ancho mar aumentaba su despecho y su furor.

Cuando los veia hacerse á la vela, entónces anhelante las acompañaba con la imaginacion y con la vista miéntras podia divisarlas, hasta más allá de Postipo. Si alguna lancha ó barca pescadora cruzaba por delante de la escollera á fin de echar las redes y las nasas, entónces Babeta estaba vigilante, y hácia señas agitando el pañuelo detras de las rejas; pero los pescadores, ocupados en su tarea, ningun caso hacian de ello, ó si tal vez levantaban los ojos hácia la torre no los detenian en ella ni un instante, pues á los lados en las garitas habia los centinelas que la prisionera no podia ver porque se hallaban en los terraplenes laterales de los baluartes.

Pero su mayor tormento era en los dias festivos, cuando cien barquillas con toldos de lienzo blanco y amarillo y banderas coloradas, bogaban por las tranquilas aguas llenas de gente del pueblo, que navegaban por recreo hácia las ostrerías de Mergelina, de Friso y de la reina Juana, en donde desembarcaban al pié de las grutas marítimas, y allí les aguardaban las mesas puestas y cubiertas de verde follaje. Sentábanse y merendaban conchas, ostras,

langostas y calamares, fritos al salir del agua.

Las canciones, danzas y la abundante bebida de los esquisitos vinos del Vesubio, la armonía de las arpas calabresas, los cantos de la Tarantela, y los bailes de las muchachas del Infrascata, del Cármen y de Santa Lucía (1), todo esto aumentaba á un punto indecible las delicias y alegría de esos lugares. Babeta al ver pasar aquellos barquichuelos con tanto júbilo de músicas y de cantos, y á las bellas muchachas hacer broma alrededor de sus padres y hermanos con tanta felicidad doméstica, sentia una tan ponzoñosa envidia, que no tenia un instante de reposo: esta misma envidia le inspiraba un ódio feroz á aquellas bulliciosas y regocijadas comitivas, y hubiera querido que á su vista las tragasen las olas; pedia con su corazon al cielo que se nublase, al viento que desencadenase toda su furia, al mar que levantase tormentas, quisiera que cayesen rayos, que retumbasen truenos y que se hundiesen en los abismos las navecillas, ó que el rayo las redujese á cenizas con cuantos iban en ellas: y en medio de tan atroces ideas miraba con rábia, blasfemaba y maldecia de los hombres y de Dios.

El alma ilustre y religiosa de Silvio Pellico, preso bajo los plomos de Venecia en medio de la paz de su conciencia tranquila y del candor de su virtud,

(1) La Infrascata, el Cármen y Santa Lucía son nombres populares de otras tantas calles de Nápoles.

complacíase con la vista de las arañas y de las hormigas. En su solitario encierro consideraba el arte y la industria de las primeras: contemplaba su araña cual con las sutilísimas piernas tejia la invisible hebra disponiendo la trama y el urdimbre, formando su red delicada, sutil y simétrica, que empezaba en el contorno con mallas anchas y luego las iba estrechando sucesivamente hácia el centro para coger el mosquito ó la mosca. El mismo bondadoso Silvio, cogia al vuelo moscas, y arrancándoles las alitas las echaba en la tela, la cual oscilando con los esfuerzos del insecto para desasirse advertia á la araña cazadora, que estaba siempre en acecho, y se arrojaba instantaneamente á ella: cogiala con las patas delanteras y andando hácia atrás la arrastraba á su agujero.

Tambien las á ries campesinas, las previsoras hormigas, subiendo atrevidas por las asperezas del muro, iban á visitar al preso, de quien recibian migajas de pan en abundancia. Luego las golosillas y corteses hormigas fueron á dar aviso á sus compañeras de que un señor liberal las habia regalado con abundancia comida, por lo que subieron todas procesionalmente, rodearon las migas, y se saciaron á su sabor, llevandose el sobrante con sus tenacillas al depósito de provisiones para el invierno. Velaselas ir y venir, cruzarse, ponerse en órden, formando por compañias, por cuartas, á dos de fondo ó en mileras, con sus guias, sargentos, capitanes, moviéndose hácia atrás, hácia delante ó por el flanco, enviar au-

xiliares, quitar el peso á las más débiles y ponerlo á las más robustas; todo lo cual llenaba de admiracion y de un dulce consuelo al bondadoso Silvio. Veia un Rey del pueblo en una hormiga más corpulenta y fuerte que las demas, la cual casi no trabajaba, pero á ella se dirigian los jefes y comandantes y despues de un misterioso contacto de hocicos, volvian á poner en órden á las trabajadoras de la plebe, ocupadas en el acarreo de las vituallas. Acá y acullá veíanse algunas partidas desocupadas y de reserva, guias y exploradores para escoger el camino más cómodo y fácil, y más allá centinelas y órdenanzas para llevar los avisos.

Contemplando Silvio aquellas diminutas hijas de la tierra, se sumergia en profundas meditaciones de Estado, y se decia: Aquí se ve cómo los modernos que se llaman sábios, calumnian á los Reyes dándoles los nombres de imbéciles y de tiranos. Si una inteligencia reguladora no dirige á los pueblos ó no los corrige, caen en el mayor desconcierto: quitada la armonía de la inteligencia, confúndense todas las clases de ciudadanos, se hostigan, se sobreponen, y recíprocamente se dañan; lo mismo precisamente que si se echase en medio de estas hormigas, tan admirablemente dirigidas por su Rey, un abispon que las desbaratase y dispersase.

Silvio, en medio de la pureza de su corazon, recibia suma complacencia viendo aquellos animalitos; pero el alma envidiosa y criminal de Babeta no podia tolerar los inocentes placeres de la naturale-

za, y la miel se le convertia en acíbar.

A los principios de la primavera llegaron dos golondrinas á albergarse debajo de una tronera de la torre, y Babeta veíalas ocupadas durante todo el dia en construir el nido. Al amanecer cantaban dulcemente posadas en una piedra que sobresalia encima de una ventana, como saludando á la aurora con expresiva y dulce melodía, y luego arrancaban en rapidísimo vuelo por los aires: despues bajaban al mar rozando con las puntas de las alas las crestas de las ondas, y volvian á elevarse y dar mil giros y rodeos, ya de través, ya de frente, ya batiendo las alas, ya manteniéndolas estendidas é inmóviles y cortando el aire con la rapidez de una saeta. En seguida volvian con pajitas y helecho en el pico, y con barro para hacer el nido. Cuando estaban cansadas parábanse encima de la ventana, alisándose las plumas con el pico, y arreglando la cola que extendian en forma de abanico. Componíanse mútuamente las plumitas de la cabeza, y besábanse ó para hacerse cosquillas ó para quitarse las partículas de barro pegadas al construir el nido. Luego cuando tuvieron huevos, empollábanlo muchas horas alternativamente, y la que estaba libre cantaba allí cerca ó revoloteaba alrededor con amorosa solicitud, todo lo cual era un espectáculo que escitaba admiracion y ternura.

Pero no sucedia así á Babeta, que al contemplar aquella paz y amor de familia, se le presentaba más fiero el desórden de sus propios afectos, haciasele

más cruel la pérdida de la libertad y más acerbos los remordimientos que le roian el corazon y turbaban su entendimiento, convencida de sus negros crímenes. Veia con tristeza la vuelta del dia, y con miedo y terror la llegada de la noche, en que se aumentaba la fiera lucha de sus sentimientos. Si alguna vez al anochecer entraba en el calabozo algun murciélago, dando vueltas y chillando bajo la bóveda, sobrecogíala terrible miedo y se encogia todo lo posible; parecíale en su fantasía que el avechucho iba creciendo y extendiendo dos grandes y negras alas, luego adquiria unas dimensiones colosales, y tomaba la figura del espectro de Cecilio ó de otros jóvenes á quienes habia traidoramente asesinado por órden de la secta, principalmente de un jóven argovino de diez y ocho años, hijo único de una viuda: habíale dado una puñalada; pero resbalando el arma, en vez de penetrar por el cuello, le hirió en la parte superior del hombro.

Este desgraciado (llamado por la secta Agatocles) cayó de rodillas, y con las manos estendidas pedíala que no le matase, y que le dejase llegar á su casa; juraba que no la descubriria, y le rogaba que le concediese el favor de dejarle morir al lado de su madre, la cual recibiria su último suspiro y le cerraria los ojos. Dolor y consuelo para una madre que tanto le amaba y tan jóven le perdia; pero Babeta clavándole el puñal en el corazon, dijo: Muere infame,—y lo dejó exánime.

Su espectro pues la seguia á todas partes; aquella

súplica la penetraba hasta lo íntimo del alma, y aquellos gemidos la atormentaban cruelmente. El solitario gorrion con su triste canto encima de la torre ó de las troneras representábale el último gemido de Agatocles espirante bajo su puñal. La voz lamentable de la lechuza, que salia lenta y plañidera de las hendiduras de los muros y de los agujeros de las torres, era para Babeta lo siniestro agüero; y lo tomaba como anuncio de mala muerte. Una noche fué á buscar refugio en los hierros de su reja un buho que huia del viento y de las tempestades y sacudiendo las alas, interrumpió el sueño de la presa. La altiva jóven dirigió la vista hácia el tragaluz y vió los ojazos inmóviles y centelleantes del ave, que le parecieron dos ascuas encendidas en la frente de una sangrienta fantasma, la cual la estaba amenazando, y parecíale que se arrojaba hácia ella para despedazarla. Así cuando, segun el régimen de la fortaleza, entró á media noche el carcelero á registrar los calabozos, encontró á Babeta medio levantada, apoyada sobre los codos, con los cabellos erizados, el rostro pálido, las manos abiertas en actitud de parar un golpe, y todo el cuerpo poseido de un temblor espasmódico.

Por el contrario, otra doncella noble y generosa, de corazon puro é inocente (al mismo tiempo que la malhechora sufria tales tormentos en la cárcel) gozaba del fruto de la admirable conducta que le inspiró el amor filial, con que salvó la vida al autor de su existencia. Luisita, despues de la terrible jor-

nada del 15 de Mayo, habiendo burlado con tal sutileza el justo furor de los soldados del Rey, y dado gracias á Dios por tan inapreciable beneficio, se entregó enteramente al cuidado de su padre. La herida no fué de gravedad, aunque sumamente dolorosa al principio, á causa de la fractura de una esquirla del hueso húmero. Con la asistencia de un hábil cirujano, dentro de pocos dias pudo ya mover el brazo. Vióse que los tendones se hallaban ya ilesos, y no hubo necesidad de otros apósitos que un simple vendaje, y llevar el brazo en cabestrillo para tener un apoyo. De suerte que viéndole Luisita en tan buen estado de convalecencia, para desvanecerle los tristes recuerdos de aquel dia, y principalmente á fin de impedir las visitas de algunos amigos sobrado ardientes, y siempre confiados en que llegaria el dia de las represalias, propuso que marchasen á recrearse junto al hermoso rio de Sorrento, en donde disfrutarian de tan deliciosa situacion y de los placeres de la primavera. Así decia que cobraria más pronto sus fuerzas, y montando en su yegua, por aquellas floridas montañas respiraria el aire más libre y saludable del mundo. Parecieron excelentes á D. Cárlos los cuerdos proyectos de su hija; pero primeramente para satisfacer los íntimos deseos de ésta con respecto á su enlace con Tancredi, de cuyo amor y grandeza de alma estaba enterado, cogió la mano de su bienhechor y dijo:—Tancredi, te doy mi palabra de que Luisita será tu esposa. Procura ser hombre de bien.—Y habiéndole dado un beso pa-

ternal, á últimos de Mayo fuése á Sorrento y hospedose en la Sirena.

Allí comiendo á la mesa redonda con otros forasteros en el terrado que daba vista al mar, con frecuencia habian estado sentadas una al lado de otra Luisita y Elisa, manteniendo alegre é inocente conversacion, conforme al lugar y á las circunstancias, y segun que la ocasion y el tiempo convidaban á esparcir el ánimo alegremente.

Al principio, sentábanse despues de comer junto á la barandilla, y no se cansaban de mirar tan hermosa perspectiva, mostrando la una á la otra los puntos de vista más pintorescos y las riberas más deliciosas; despues, como suele acontecer en unas almas candorosas, cada una daba noticias de sí como entre hermanas, trabando un conocimiento más íntimo, y ponderando recíprocamente sus virtudes con noble emulacion. Era de ver cómo estas dos doncellas conversaban, de modo que se les pasaban las horas sin advertirlo; miéntras que simultáneamente, á la mesa, Bártolo y D. Cárlos alargaban tambien su conversacion sobre asuntos políticos, tomando café ó apurando á sorbos una botella de marsala ó de moscatel de Siracusa.

Muchas veces al anochecer, despues de tomar el te, Elisa se hacia traer el arpa, la cual tocaba con maestría, y en algun sitio descubierto, en medio del silencio de la noche, en vista del mar, que reflejaba los plateados rayos de la luna y lamia mansamente las rocas, difundíase la dulce melodía del instru-

mento. A veces Luisita unía á las sensibles vibraciones del arpa su voz clara y diáfana, y ejecutaba tan agradables gorgeos, que los habitantes de las quintas vecinas salían á las ventanas y los pescadores interrumpían el movimiento de los remos, gozándose en aquella suave melodía que el eco repetía en las rocas y sinuosidades del contorno.

Al ponerse el sol salían de casa, daban una vuelta hácia la aldehuela de la Marina grande, y llegadas á la cima de la alta peña que la domina, desde un templete abierto á los cuatro vientos, gozábanse contemplando á sus piés los tejados de aquellas pobres, pero felices moradas, en cuyas azoteas veíanse extendidas las redes para que se secasen; veían á veces algunas niñas que bailaban al son de tambores y sonajas, ágiles y alegres; mientras que los niños dentro del mar jugaban y daban mil volteretas, semejantes á unos ánades. Subiance luego las dos doncellas al *Capo di monte* encaramándose por una peña desnuda, y allí leían algunas poesías, ó copiaban con lápiz algun grupo de árboles, ó una roca cubierta de musgo, ó algun pintoresco reducto, seno ó cueva de la marina. A menudo montaban un borriquito (y en Sorrento los hay muy ligeros, hermosos y de buena marcha) subían hasta Massa admirando las deliciosas pendientes cubiertas de naranjos y de cedros, que descienden hasta enfrente de la isla de Capri, la cual con sus rocas blanquecinas, que se elevan á grande altura verticalmente encima del mar, forma como el marco de maravillo-

sos cuadros sembrados en todas partes castillitos, torrecillas, quintas, verjeles, jardines cerrados por reducidos valles, ó estendidos por las lomas de las colinas y alturas, de modo que coronan aquel delicioso paisaje desde los baños de Polion, hasta el cabo del pequeño golfo de Pola. Esos tranquilos y pacíficos lugares, sus sencillos habitantes, cuyo corazon está penetrado de religiosidad y de viva y pura devocion á Jesús y á su Santísima Madre; que iban y venian llenos de modestia y de recogimiento desde la iglesia de San Francisco de Paula (al que profesan una profunda veneracion), producian gran consuelo en el corazon de las dos amigas; y preferian aquella vida quieta y sosegada, á la agitada de Nápoles y de Roma, cruelmente revueltas por el incesante torbellino de las conspiraciones.

Pensaba Elisa en los campos lombardos, en que entónces precisamente hervia la rabia contra los extranjeros, y que con el sitio de Peschiera el ejército se habia estendido desde el Mincio hasta el Adige, y estrechaba tan de cerca á Verona, que Cárlos Alberto lo veia desde las alturas de *Busolengo* y de *Somma Campagna*. Y siempre que Elisa recorria con la imaginacion aquellas comarcas, importunábale la idea de Aser, de las vicisitudes de la guerra, y de los peligros de las batallas; la pobrecilla se estremecia, trataba de distraer sus pensamientos hácia otro objeto, y animaba más su conversacion con Luisita; pero al fin, entrando en San Francisco de Paula, iba presurosa á arrodillarse delante del

altar de la Vírgen, pidiéndole por favor que aliviase su corazon de tan molestos pensamientos.

Hablase allí retirado casualmente con algunos otros, aunque pocos, un sábio y prudente Sacerdote, el cual ademas era tan afable y bondadoso, que nuestra jóven hablando con él sentia renacer la virtud en su alma debilitada; y sabiendo que era muy perseguido por los conspiradores, y viéndole tan tranquilo y confiado en la asistencia divina, despues de haber conversado con él hallábase mucho más sosegada y animosa. Algunas veces veia en San Francisco á una distinguida y noble doncella alemana y otras dos hermanas rusas, doncellas muy devotas y generosas, que pasaban los hermosos dias de primavera en Cucumella; y habiendo Elisa entrado en relaciones con ellas, admiraba su virtud, y esas nuevas amigas, le inculcaban sábios consejos que debian conducirla al completo triunfo del ardor juvenil que alguna vez acaloraba su fantasía (1).

(1) La señorita alemana escribió desde Nápoles al autor quejándose muy cortesmente de que al hablar de las dos hermanas rusas, no hubiese hecho mencion igualmente de otra amiga íntima de las mismas, inglesa, que se hallaba siempre en su compañía en San Francisco de Massa. Con el mayor gusto hace el autor esta rectificacion, y añade que ojalá que estas nobles y virtuosas señoritas le hubiesen permitido declarar francamente sus nombres, tan queridos de sus amigos esparcidos por toda Europa.

Tales eran las distracciones de Elisa en su plácida morada en Sorrento; y Bártolo habia encontrado en D. Cárlos quien participaba de sus utopías, sobre lo que tenian largas conversaciones, y pasaba allí los dias en el mayor contento.

Tales eran las distracciones de Elisa en su plácida morada en Sorrento; y Bartolo había encontrado en D. Cárlos quien participaba de sus utopías, sobre lo que tenían largas conversaciones, y pasaba allí los días en el mayor contento.

CAPITULO IV.

BATALLA DE GURTATONE.

Despues que el Rey de Nápoles derrotó y dispersó á los autores de la insurreccion, volvió á llamar su atencion al ejército, que de tan mala voluntad habia enviado á la guerra de Lombardía. Dió este encargo á dos valientes oficiales, con órden secreta dirigida al general Pepe para que se retirase al reino, y le alcanzaron en Bolonia. Extremado furor se apoderó del pecho de ese antiguo promovedor de rebeliones: miró de soslayo á los dos mensajeros, y respondió, diciendo que no era el Rey Fernando quien los enviaba, sino los enemigos de la pátria; que él tenia órden secreta de S. M., de pasar el Pó, y marchar resueltamente á reforzar el ejército del Rey de Cerdeña en la guerra de Italia.—A esto contestaron los enviados diciendo:—Pepe, ú obedeces las disposiciones Reales, ó queda nombrado general en jefe del ejército el general Statella: esta es la órden del Rey.

Guillermo Pepe permaneció firme persistiendo en su negativa: habló en alta voz á los boloñeses haciendo presente su fidelidad á la pátria, añadiendo que ántes de ser súbdito de los monarcas habia nacido hijo de Italia: que la pátria era primero que todos los deberes y afecciones, y que no dudasen que pasaria á la otra parte del Pó.—La guardia nacional le dió vivas aplausos y fiestas, y en seguida ordenó la marcha por Ferrara. Las legiones marcharon de mala gana é incomodadas con el desobediente; así fué que al llegar á Ferrara se negaron absolutamente á pasar el Pó, jurando fidelidad y obediencia á la voluntad del rey. En vano se valió Pepe del desprecio y de las amenazas, pues á excepcion de unos cuantos oficiales que arrastraron tras de sí á algunos soldados, todo el grueso del ejército se atuvo á la órden del rey, y sin retardo emprendieron su vuelta.

Este raro ejemplo de sumision y fidelidad del ejército napolitano fué tanto más glorioso y honorífico, en cuanto era más difícil llevar á ejecucion sus intentos, debiendo atravesar ciudades llenas de conspiradores y de guardias nacionales, que en la retirada de aquellas valientes legiones veian la pérdida del brazo más fuerte de la guerra. Por lo mismo, viendo los capitanes que era peligroso entrar en Ravena y otras ciudades de la Romanía, caminaban formando masas cerradas por los campos, apartados de los caminos reales, y atravesando bosques, pinares y lugares poco frecuentados, en don-

de acampaban con gran molestia por la escasez de vituallas y de forrajes para el ganado. Las sendas de travesía, llenas de charcos, pantanos y hondonadas, dificultaban sumamente el caso de la gruesa artillería, y costábales mucho inducir á los mozos de labranza á que les prestasen el auxilio de sus bueyes, pues aquellos rústicos temian las reprensiones de sus amos; hubo muchos que les ayudaron generosamente en aquel difícil paso; pero luego los liberales les quitaron los bueyes y les dejaron arruinados. Ademas, como las tropas no llevaban consigo las cajas y escoltas militares, estaban faltos de dinero con que comprar en las poblaciones los alimentos necesarios en tan largas y penosas marchas. Así los oficiales, haciendo bolsa comun, procuraron mantener á las legiones, evitando en lo posible que exigiesen á la fuerza aquello de que tenian indispensable necesidad. No hay duda que la famosa retirada de los diez mil, que tanto asombró á la antigua Grecia, no experimentó tantas contrariedades ni presentó tantos prodigios de valor, denuedo y constancia dignos de figurar en la historia, como este ejército de fieles en su largo viaje, en medio del encarnizado furor de los partidos y facciones que por todas partes le amenazaban. De esta suerte, cubiertos de imprecaciones y de maldiciones, y con frecuencia atacados por los pueblos armados, llegaron finalmente á pisar el territorio del reino.

Los asuntos de Lombardía procedian con lentitud de parte de los sardos, con gran clamoreo de los

furiosos demagogos, los cuales viviendo en medio de las comodidades de las ciudades, y haciendo la guerra con simple palabrería desde las tribunas, dirigían cargos al rey, llamándole unos nécio y otros traidor. La primera espada de Italia, decían estos, duerme encima de la almohada, ¿quién habrá que la despierte? Y rabiaban viendo ocioso tanto tiempo á Cárlos Alberto. Pero Nugent (atravesando por entre las legiones italianas que trataban de impedirle el paso del Brenta y del Bachiglione), llegó sano y salvo á Verona para reforzar los escuadrones del mariscal Radetzky. Pero bajo de Vicenza tuvo un horroroso encuentro con las legiones italianas, en que los invictos romanos, despreciando el miedo y la fuga de tantos cobardes, habíanse mantenido firmes en sus banderas, é hicieron conocer al enemigo todo el valor que se encierra en el pecho de los verdaderos ciudadanos de Roma, cual es su denuedo y su impertérrito ardimiento en las batallas. Los hombres de Venecia publicaron sobre ellos justísimas alabanzas, y pregonaron por Italia todo cuanto debía Vicenza al teson de esos valientes.

Pero el dia 29 de Mayo fué fatal á las armas confederadas de Italia; pues en los campos de Curtatone y de Montanara, cerca de Mántua, habiendo avanzado los austriacos contra 4,000 italianos, la mayor parte toscanos, empeñóse un combate tan encarnizado y fiero, que no se vió otro semejante en toda aquella guerra; las brigadas austriacas de Benedek y Wohlgemuth estaban ordenadas enfrente de Cur-

tatone, las de los generales Clam y Strassoldo arriba de Montanara y las fuerzas de Liechtenstein encima de Buscaldo. La juventud toscana fué á atrincherarse en las casas, y parapetaron y fortificaron las puertas con gruesas vigas, tablones y estacas, á fin de que el canon no las destrozase. En la parte baja de las paredes hicieron troneritlas, desde las cuales podian tirar en todas direcciones, y arriba acumularon pesos y proyectiles para defender el asalto de las puertas y el escalamiento de las ventanas. Otros formaron en el campo dispuestos en cuña ó en cuadro, á fin de quebrar el ímpetu de la caballería aussriaca, que les cargaba furiosamente favorecida por la estensa llanura del terreno; otros por compañías escalonadas envolvian por el lado derecho el ala izquierda del ejército enemigo, y el mayor número, parapetados detrás de las zanjas del campo hostilizaban las columnas de frente, y solo cuatro piezas de artillería, situadas en una pequeña altura, vomitaban metralla á los piés de los caballos, y dispersaban á los que iban en masas cerradas á embestir el dique de la débil trinchera donde estaban los cañones. Los austriacos hacian retumbar los aires con cien bocas de fuego en buenas baterías, situadas parte de frente y parte de lado, con obuses y piezas cortas, pero de largo alcance, cuyos continuos disparos aclaraban las filas toscanas y hacian saltar por los aires las municiones y defensas del campo con una destruccion espantosa y horrible. Aquella impotente juventud,

aun en medio de tanta mortandad, combatia firme é intrépida, oponiendo por dique durante cinco horas á aquel impetuoso torrente sus firmes pechos y una voluntad decidida á vencer ó morir.

¡Oh cuántos jóvenes interesantes cayeron en aquel horroroso dia en los sangrientes campos de Curtatone y de Montanara bajo los sables de los húsares, la lanza de los hulanos, y el fuego de la fusilería y artillería.

¡Cuántas lágrimas de afligidos padres sembraban en el césped de aquellos prados y á orillas de aquellos arroyos los fieros estragos de la guerra! ¡Tú lo sabes, hermosa Toscana! Vosotras, madres Aretinas, Pisanas, Florentinas y Sienesas, sois públicos testimonios, pues aun muchas veces estais llorando y todavia manan sangre las heridas de vuestro corazon. Vuestros hijos, que criasteis con tanto afan en vuestro regazo, en cuyos pechos infundisteis el amor de Dios y las virtudes que adornan á la juventud cristiana, vuestros hijos fueron estraviados en las escuelas de Pisa, en donde aprendieron de boca de sus maestros el arte de conspirar, bebieron el veneno de una falsa libertad, que consistia en tener ódio á lo pasado, rábia contra lo presente y el deseo desenfrenado de un porvenir mejor. Pero este, muy léjos de ser mejor, ni aun podia llegar á ser bueno, porque se fundaba en la infidelidad á los derechos de los señores de Italia, en la irreverencia á la Iglesia, en el olvido de las cosas de arriba y en la falta de amor á Dios.

¡Gravísimo y fatal error, en que el hombre, no pensando en sí ni en su salud eterna, arriesga sus bienes y hasta la vida propia por labrarse, bajo el nombre de libertad, las cadenas de la más triste esclavitud que la tiranía más feroz haya jamas introducido en Italia!

Sin embargo, en medio de tantos males como llovieron sobre Toscana, quedóle una gloria que jamas se le ha disputado, y fué la afabilidad, la humanidad, el buen comportamiento y los benévolos modales que presentó la selecta juventud de esa feliz comarca en su paso por la tierra de Lombardía al marchar á la guerra de la Independencia. Los voluntarios que fueron á ella, (esceptuando la hez de los conspiradores) se portaron tan humanamente y con tales atenciones en las ciudades de su tránsito, que atrajeron sobre sí el aprecio y la benevolencia de los mas distinguidos ciudadanos. Y así muchos valientes que se habian arrojado á aquella empresa por un error de entendimiento y por una falsa inteligencia del verdadero amor pátrio (que conceptuaban inherente á todo buen ciudadano), mostraron unos sentimientos del todo cristianos, practicando abiertamente la devocion que habian mamado con la leche.

Pero esto, léjos de perjudicar á su valor y magnanimidad, lo aumentó todavía, pues con la conciencia tranquila lucharon más animosos y se mantuvieron firmes ante el estrago de tanta artillería. El que no moria instantáneamente de un balazo,

sino que aun podia proferir algunas palabras ántes de espirar, no gritaba como un pagano: ¡Viva la Italia! ¡Muera el extranjero! sino que exclamaba: ¡Dios mio! ¡Virgen Santísima, socorredme! Algunos, que heridos en el pecho ó en la frente cayeron en un hoyo, ó fueron arrastrándose hasta el pié de un árbol, lo primero que hacian era desabrocharse el vestido y sacar del pecho una pequeña imagen, ó una reliquia, ó el escapulario de María, lo cual ponian encima de la herida; luego lo llevaban á los lábios y en medio de aquel sagrado beso espiraron en acto de contricion y de amor. Lo mismo que se dijo de Jorge de Pimodan, edecan del mariscal Radetzki, sucedió á los valientes oficiales y soldados piamonteses despues de la batalla de Santa Lucía junto á Verona.

Cuéntase que ántes de enterrarlos, habiéndoles los soldados quitado del cuello los pequeños Crucifijos y medallas de oro y plata, dicho edecan se lo compró; pero luego reflexionando en que eran prendas y memorias de sus queridas madres y hermanas, no tuvo valor para quedarse con ellas, sino que volvió á colocarlas en el pecho de los cadáveres de aquellos valientes y cristianos soldados ántes que los enterrasen en la huesa.

Hasta la caridad reinaba noble, generosa y ardiente en el ensangrentado suelo de Montanara y Curtatone, la cual en medio del mortífero estrago que sufrian las filas toscanas, brillaba con todo su celestial resplandor: así, lo mismo era caer algun

jóven, que en un punto sus compañeros, sin miedo á las balas ni á la metralla del enemigo, acudian á sostenerle y lo llevaban en brazos fuera del campo de batalla, ó lo conducian detrás de algun barranco ó en algun hoyo, ó lo acomodaban detrás de algun robusto tronco de encina ó de olmo.

Entre otras mujeres habia en el campo una jóven llamada Alejandrina, de diez y ocho años de edad, la que tenia la cabeza llena de las insensatas y delirantes ideas de novelistas y de poetas, que durante aquellos años escribieron y cantaron las seductoras y halagüeñas esperanzas de Italia; vióse arrastrada á unos proyectos tan ilusorios como atrevidos, y resolvió tomar tambien parte en la emancipacion de la pátria yéndose con las legiones. Ni el amor de madre y de hermana, ni las amonestaciones de amigos, ni la fatiga y las incomodidades incompatibles con la natural delicadeza de una doncella, pudieron lograr que desistiese de su intento; sino que se dejó llevar por los locos arranques de una imaginacion desenfrenada.

Esta jóven, despues de haberse proporcionado en secreto uniforme y armas, en compañia de un hermano suyo, cuyas opiniones eran de las más exaltadas (fascinado por la furia de Guerrazzi y las seducciones de Pigli y de Montanelli), huyó ocultamente de su casa, echando á rodar por el fango de las marchas militares su original hermosura y profanando en los campos de batalla el santo candor de la cristiana modestia, la cual el menor delito

empaña, y el más leve soplo menoscaba.

El alma altiva y desdeñosa de la muchacha, luego de haberse reunido á las legiones, al bajar de los Apeninos, conoció ya con cuánta ligereza se había dejado llevar de las ilusiones de la fantasía y de los impulsos del corazon. Deploró sola su extravío estando en su duro lecho, en donde recogia sus vagos pensamientos y se reconcentraba en su corazon y en el último repliegue de su adormecida conciencia y sentia su aguijon amargo y punzante, y sus heridas mordaces y acerbas. A la luz de la razon, de ese fatal espejo del alma, veia y apreciaba la divina hermosura de un corazon puro, de un ánimo libre, de un espíritu recto, y el supremo fulgor de su luz que eleva el alma á la imágen y semejanza de la augusta Trinidad, y percibe en sí la presencia de Dios, que la eleva como un trono más fúlgido y alto que el sol.

La pobre Alejandrina, con estas contemplaciones, que es la efusion de la conciencia rebosaban al exterior, cubríase de exquisito rubor, y hubiera querido poner en planta las prudentes resoluciones de la noche; pero al oir las cajas y cornetas que tocaban diana, levantábase impelida por el ardor militar, y caminaba pensativa, imaginándose hallarse á los piés de su madre pidiéndole perdon, ó echar los brazos al cuello de su hermana; otras veces se figuraba hallarse en el templo delante del altar, arrepentida, humillada y postrada á los piés de un ministro del Señor confesando su culpa. ¡Cuántas ve-

ces en las ciudades lombardas, viendo á las hermanas de la Caridad que se dirigian á los hospitales, en su modesto aspecto, en su andar contenido, en sus caras dulces y graves que rebosaban de santo pudor y fortaleza, leia Alejandrina una tácita reprobacion de su propia conducta. Entónces bajaba los ojos como abochornada y confusa, palpitábale fuertemente el corazon, temblaba, poníase colorada y se avergonzaba de sí misma echándose en rostro su flaqueza; pero el amor propio, los respetos humanos, el falso pundonor, la debilidad y el miedo de presentarse en su ciudad, donde la señalasen con el dedo, y de que algun presumido muchacho dijese: —Ved la heroina que ha vuelto por miedo: allí está; á ella.—Todas estas consideraciones, que con tal fuerza influyen en el corazon de los jóvenes, la detuvieron, y marchó animosa con las legiones, mostrándose mas fuerte contra sí misma y contra la conciencia que la amonestaba, que contra el vano espantajo de los humanos respetos que la atacaba en el mismo instante de ir á tomar una buena determinacion.

Llegó la jornada de Montanara y de Curtatone, pero no abatió el ánimo de Alejandrina el estampido del cañon, ni las descargas de la fusilería, ni las terribles cargas de la caballería, que trastornaban las filas toscanas. Al contrario, hasta cuando el temible coronel Reischach, al frente de sus fuerzas se apoderó de la trinchera, combatia Alejandrina valerosamente con el segundo de cazadores formado en

masa, el cual no pudiendo resistir el choque y el estrago de la caballería ligera de lanceros, unos se retiraron detrás de los grupos de árboles, y otros fueron arrojados mas allá de una ancha zanja que atravesaba aquellos campos. Los hulanos, haciendo un movimiento de contrafrente, dieron una vuelta rápida para envolverlos por el flanco; y miéntras que Alejandrina volvia á cargar su arma, la hirió una bala, que entró por la parte del hígado y penetró en el pulmon.

Cayó la doncella de aquel golpe mortal, pálida, desmayada y casi moribunda. Entónces, levantados los ojos al cielo, pedia á Dios arrepentida el perdon de sus pecados, confiada en su infinita misericordia; sacó del pecho un pequeño Crucifijo de oro, que llevaba al cuello pendiente de un cordoncito, y lo aplicó á los lábios imprimiendo en él amorosos besos y repitiendo varias veces: ¡Jesús, tened misericordia de mí!

En esto vino un jóven oficial, encorvándose y separado de las filas, el cual trataba de alcanzar el foso para atravesarlo y reunirse á un cuerpo que permanecia detrás de un barranco para sostener algun tanto aquel desigual combate. Este, como vió á Alejandrina (que creyó ser un mancebo) que se estaba muriendo, se detuvo á su lado, animándola á que no desesperase de su vida, y pasándole suavemente el brazo por debajo de los lomos con el fin de levantarla y colocarla poco á poco en una situacion mas cómoda que la que tenia, puesto que habia cai-

do en un matorral y se hallaba en muy mala posicion. La infeliz doncella se iba poniendo cadavérica, y el jóven con un pañuelo le enjugaba el sudor de la agonía. Quitóle el morrion, y descubrió debajo de él, arrollada una abundante cabellera que lo llenaba todo, por lo que vino en conocimiento de que era una doncella la que habia tomado por un jóven, y esto aumentó de tal suerte su compasion, que le asomaron las lágrimas, alguna de las cuales cayó en la mejilla de la moribunda.

Este oficial era Aser, que despues de las acciones de Treviso y de Vicenza, se dirigió al ejército piamontes, y pasaba con frecuencia de Mantua al Mincio á llevar las órdenes de los movimientos que debian emprenderse á animar á las legiones. En los campos de Curtatone en nada desmintió la fama de su valor y combatió como un leon, admirando la intrepidez y audacia de los toscanos, que por tantas y tan tremendas horas resistieron á un ejército numeroso y formidable. Matáronle el caballo que montaba, y á él mismo dos balas le pasaron el yelmo y otra le rasgó la falda de la ropilla; pero el decido ataque de aquellas columnas, que tantas desgracias causó, obligó á Aser á retirarse del campo de batalla y á juntarse con otros muchos que se encaminaban á Goito.

Alejandrina, que no le conocia, continuaba besando el crucifijo, encomendándole su alma y pronunciando los dulces nombres de Jesús y de María. En seguido volviéndose á Aser le dijo:—Te doy las

gracias, compasivo italiano, por tu caritativo auxilio. Este mismo servicio esperaba hacer yo á mi madre en su ancianidad, pero mi locura me ha conducido á morir léjos de la misma. Jesucristo me lo perdone. ¡Oh cuán dulce es invocar su nombre y esperar en su infinita misericordia! Tengo un hermano en el segundo regimiento de cazadores toscanos (y le nombró). Cuando yo haya espirado, dígnate llevarle este pequeño crucifijo como única prenda de mi amor. Si todavia vive, que lo lleve pendiente siempre del cuello en memoria de su Alejandrina, y si estuviese herido, dile que lo bese, que se encomiende á él y que tenga esperanza.—Dicho esto, inclinó la cabeza en el brazo del valeroso hebreo, cerró los ojos ántes cristalinos, abrió la boca, y espiró.

Al ver Aser á la jóven exánime, despues de haber oido sus últimas palabras y presenciado su piadoso fin y la tranquilidad que se reflejaba en el rostro de la moribunda, sintió en su alma una profunda conmocion y trastorno, ni sabia apartarse del cadáver, ni resolverse á dejarlo insepulto, ni á merced de los groseros enterradores. Así, pues, tomó la generosa resolucion de cojer el cadáver de la jóven y cargar con él acuestas; de esta suerte corrió tanto, que llegó á un sitio seguro y distante del de la batalla. Encontró allí algunos cazadores toscanos, á quienes preguntó por el hermano de la difunta; pero le dijeron que estando combatiendo con valor en las primeras filas, le dió un casco de metralla en

la frente y le hizo saltar el cráneo, esparciendo los sesos por el suelo.

Entónces todos reunidos, formaron con dos fusiles, encima de los cuales pusieron ramas de árboles, una especie de camilla, y llevaron en ella á la jóven á un lugarejo que estaba de allí á doscientos pasos, donde habiendo escavado una huesa en el cementerio, colocaron en ella los restos de la jóven, llorando y cubriéndolos de tierra; quitaron una cruz de otra tumba, y despues de haber grabado en ella con la punta de un cortaplumas el nombre de la difunta y la fecha de su muerte, la implantaron en la tierra.

Es imposible expresar el tumulto y agitacion que Aser sentia en su pecho. Aquella desventurada doncella le presentó la imágen de Elisa, que en aquel instante le embargó todos los sentidos, y exhalando hondos suspiros dilatábase y se desahogaba su corazon, cuyos afectos, aunque no estaban aletargados por las fatigas y lances de la guerra, al ménos se hallaban comprimidos hacia mucho tiempo. ¡Y era de ver aquel noble jóven salir del cementerio con la vista fija en el suelo y con el corazon lleno de negros sentimientos de muerte! Vinole entónces á la memoria la medalla de la Vírgen que habia recibido de Elisa y jurado que la llevaria pendiente al cuello sin separarla de sí ni un sólo instante. Desabrochóse apresuradamente el pecho, metió en él la mano en busca de ella, y encontró que en su carrera y agitados movimientos la me-

dalla se le habia vuelto hácia la espalda: la tomó y besó, y sacando luego del bolsillo el pequeño crucifijo de Alejandrina, lo juntó á la medalla en memoria de la difunta.

Hubo tambien en esta batalla otro invicto y valeroso toscano que dió tan grandes pruebas de valor como de piedad cristiana. Refiere Cesar Scartabelli que un querido discípulo suyo, llamado Rafael Zoi, jóven de altas prendas y de admirable talento, habiendo partido con las legiones toscanas á la guerra de Lombardía, se halló en la batalla de Curtatone.

Aunque en lo más récio de la pelea recibió varias heridas, no obstante seguia combatiendo con un valor verdaderamente italiano: cuando herido en el vientre por una bala de fusil, cayó en el suelo boca arriba. Acudieron inmediatamente los dos generosos Ferrucci, padre é hijo, á prestarle auxilio, y lo levantaron con cuidado del suelo, para conducirle á un lugar seguro. Pero el herido, sintiendo silbar las balas junto á las cabezas de sus queridos amigos, y viendo que las tropas toscanas iban en derrota, dijo á los que le llevaban: Amigos mios, ya veis que no me hallo en posibilidad de defender la pátria: acomodadme pues en un foso, en donde pueda exhalar mi alma en paz ó caer en poder de los vencedores. Así con las lágrimas en los ojos lo depusieron detrás de la márgen de un foso, y no pudiendo hacer más en favor de él, retiráronse tristes, y se pusieron en cobro.

Al mismo tiempo llegaron los austriacos, dueños ya del campo, y habiendo encontrado á Zei tendido en el suelo y bañado en su propia sangre, lo levantaron y pusieron en un carro con los heridos propios y con los italianos, de donde fué conducido despues al hospital de Mántua. En este hospital sus bellos y honestos modales inspiraron tal simpatía en el ánimo del cirujano que le curaba las heridas, que lo miró como un amigo, y aumentó cuanto pudo con respecto á él los cuidados con que no obstante trataba á los demas, así austriacos como italianos. Había al lado de la cama de Zei un jóven sanés, llamado Alfredo Newton, el cual por la amistad contraida con Rafael, tenia su parte en el buen trato del cirujano; de modo que ámbos empezaron á mejorar á ojos vistas, en términos que Rafael pudo escribir dos cartas muy tiernas á sus padres, informándoles de sus heridas y de su estado de prisionero, lo mismo de que su mejoría y del benévolo trato de los austriacos. El cirujano, en atencion á la interesante índole y corte es modales de Zei, y ademas por haber sabido que estudiaba medicina en Pisa, por afician al arte comun á entrambos, quiso que lo llevasen al lado de su propia estancia, para curarlo allí con mayor comodidad y diligencia.

Pero Zei no quiso aceptar tan generosa oferta á ménos que extendiese el mismo favor á su amigo Alfredo, lo cual confirmó al buen italiano en la grande opinion que habia formado del escelente corazon del valiente florentino.

¡Pero ahí este mismo favor fué la causa de su muerte, pues al levantarlo de la cama para conducirlo en brazos á la nueva estancia, la bala, que había penetrado en el interior de las visceras, movióse de su sitio de repente, y acaso desgarró algun tejido vital; pues sobrevino una fuerte inflamacion y cayó el enfermo en una ardiente calentura. Entónces este interesante jóven, conociendo que iba de dia en dia empeorando, recogió su espíritu en Dios y pidió un Sacerdote. Se confesó con profunda contricion, y luego quiso confortar su alma con el Santo Viático, el cual le trajeron, y lo recibió con humildad y fervor, por el gran anhelo que sentia de participar del alimento de los fuertes, que en el gastado cuerpo fortalece al alma inmortal en los umbrales de la eternidad. Luego pidió un Crucifijo para imprimir en él sus lábios; y cuando lo tuvo no quiso apartarlo ni un instante del pecho, en el cual á menudo lo apretaba con ardientes aspiraciones á Dios. Despues de un largo desvanecimiento, vuelto en sí, fué palpando en el lecho, y poniendo la mano en el reloj, lo entregó á Alfredo en memoria suya. ¡Buscaba con los ojos errantes á su madre, que tanto lloró la partida de su amado hijo! No la encontró, dió un suspiro, besó el Crucifijo, y su alma, todavía jóven, subió á la pátria que jamas se pierde, en la que reina una verdadera libertad, donde la ley es Dios, que es todo amor, y en cuyo seno se halla la justa igualdad y fraternidad y comunidad de los bienes imperecederos y eternos.

CAPITULO V.

LAS CÁRCELES DE LAS MUJERES.

Las cárceles de las mujeres suèlen ser por lo regular una cueva de lobas perversas y crueles; de suerte que la pena mayor que puede darse á una criatura humana es condenarla á vivir en aquel infierno. Allí, como en una cloaca pútrida y cenagosa, mora todo delito que procede del ódio, de la verganza, de la ira, de la envidia, de la codicia, y de la disolucion de las costumbres; mujeres que son una sentina de vicios nefandos. La mujer, noble y delicada hechura de Dios, en la que se mostró tan liberal llenándola de dones de la naturaleza y de la gracia, á la que dió una sensibilidad tan esquisita, un hablar tan dulce, un ingenio tan sutil y tanta abundancia de amor y de devocion, la mujer, decimos, cuando abusa del rico y precioso tesoro de sus sublimes prerogativas, conviértese en una monstruosidad horrible y nauseabunda.

Sin embargo, no debe creerse que todas aquellas infelices sentenciadas á la cadena sean tan perversas naturalmente; ó que de buena gana se hayan encenagado en el vicio; pues muchas, acaso la mayor parte, son víctimas de las asechanzas y maleficios de hombres malvados y traidores, que triunfando en ellas de su índole naturalmente dulce, las inducen al mal ó por medio de lisonjas, ú ofuscando su entendimiento. ¡Cuántas jóvenes, que fueron las delicias de sus padres, dotadas de un corazon dulce, de un ánimo casto y puro, tímidas como las palomas, fueron sin embargo por mañiguas artes arrebatadas á los objetos más amados que tenian en el mundo! La vírgen es semejante al lirio, que miéntras vive lozano unido al tallo, bajo el rocío que le cubre de perlas y los rayos matutinos del sol que lo platean y embellecen, en medio de las caricias del blando céfiro, y de los claros cristales de la fuente que lo riegan, en estas circunstancias es la flor más magnífica del campo, el honor y la gloria de los prados naturales y el adorno y hermosura de los jardines cerrados; pero si sus cándidos pétalos, ó su esquisito tejido, se vé desgarrado por una mano vil, entónces vuélvese al instante la más mústia y hedionda flor del suelo. Del mismo modo ciertas almas de hermosas y puras doncellas, que más participan de ángel que de criatura terrena, enredadas, en el lazo de algun impuro amor, son presa de un gavilan; pierden la vida del corazon y los dulces sentimientos de un alma virtuosa; y cayen-

do de su alta dignidad, que las ennoblecia á los ojos de Dios y del mundo, se abisman en negros delitos que ántes, cuando conservaban el pudor, se hubieran desmayado con sólo oir hablar de ellos.

Pero estas desdichadas, castigadas despues por la justicia, siendo más desgraciadas que criminales, mezcladas en la cárcel con otra especie de mujeres envilecidas con toda suerte de vicios, de libertinaje y de delitos, vuélvense tambien de corazon vil y de facciones descompuestas, por el trato y conversacion contínua con aquellas mujeres infames. Ahora, póngase en unas estancias hediondas, oscuras é incómodas, á esa raza de víboras, que se muerden y revuelcan de la mañana hasta la noche, desvergonzadas, ociosas, turbulentas, pendencieras y ébrias, que se echan mútuamente en cara sus maldades, y á menudo se arañan rabiosas y se muerden; y luego dígasenos si no es esto una verdadera cueva de fieras.

Y añádase, para recreo, los rostros negros y ceñudos de los cómitres y carceleros, gentualla áspera y dura, que con voz enronquecida y bronca las echan imprecaciones y maldiciones, y sobre esto con nervios de buey las golpean y maltratan cruelmente.

Y si fijamos la atencion en las asquerosas pasiones de tales hombres y en su avaricia, que les induce á vender, como carne de animales y á tanto la libra, el sagrado depósito que la justicia humana pone en aquellas codiciosas manos, entónces podre-

mos formarnos una idea del serrallo de iniquidad en que se convierte la cárcel y el encierro de las desgraciadas. Las blasfemias, las imprecaciones, las conversaciones torpes y obscenas; la suciedad del suelo, de los vasos y de las camas; la asquerosa vista de insectos en las tablas de los miserables lechos y entre los remiendos y girones de sus andrajosos vestidos; unas mujeres macilentas, con la cabellera suelta ó mal recogida, las uñas largas y súcias, el cútis viscoso y lleno de porquería, de sarna y de nediondez: hé ahí lo que constituye estas cárceles, cuyo sólo aspecto provoca náuseas.

En efecto, tal como acabamos de describirlas, y todavía mucho más repugnantes, son las cárceles de las mujeres, y lo eran igualmente en Nápoles ántes que el alma paternal del Rey Fernando, queriendo traer consuelo á toda clase de gentes, no se olvidó de aliviar en lo posible la miseria de las cárceles; y empezando por los raterillos aprendices de ladrones, á quienes vistió de nuevo y les hizo instruir por los Sacerdotes, principalmente en la doctrina cristiana y en el conocimiento de los deberes religiosos y morales, vino á parar por órden de presos hasta á las mujeres que por debilidad y fragilidad de sexo consideró más dignas de la beneficencia Real. Asimismo, habiendo llamado á las hermanas de la Caridad, les confió las mujeres criminales, recomendándoselas especialmente el ánimo piadoso y augusto de la Reina.

No hay que decir cuán agradecidas se mostraron

aquellas desventuradas al celo de las santas hermanas, que como ángeles celestiales se hallan, en virtud de su sagrada vocacion, siempre al lado de las miserias humanas. Muchas de aquellas mujeres, desde que se apartó de sus oidos el contínuo blasfemar de los carceleros, y de sus carnes el silbido y el golpe del nervio de buey y del látigo que las desollaba, recobraron una nueva vida. Pero las más brutales, viendo que se les quitaba el medio de insultar, de robar á las demas, y de revolcarse en aquel lodazal de vicios y de torpezas, estaban furiosas. Aquí se mostró en todo su realce el carácter sufrido, paciente y perseverante de la caridad cristiana, encarnada en aquellas admirables vírgenes, á quienes Dios destinó para aplacar y humanizar á tales hienas; pues revestidas de un exterior agraciado y afable, con modales dulces y suaves, en vez de exasperar y castigar á las mas licenciosas, no se separaban un instante de ellas, sin hacer caso de las burlas, ó insultos, y hasta de que les escupiesen en el rostro aquellas desvergonzadas, como alguna vez lo hicieron.

Era una edificacion ver á la superiora (jóven en la flor de su edad y de un semblante celestial) presentarse á ellas diciendo á la una:—¡Querida, cómo andas con esos zapatos que se te caen á pedazos! Ven, prueba si te sientan bien un par de los mios. —Y luego llevábala á su cuarto y se los probaba y calzaba con sus propias manos. A otra le decia:—¡Qué hermosa eres, muchacha! lástima que tu ves-

tido esté hecho girones. Yo tengo uno que compré para una jóven, á la cual vistió despues un santo y anciano sacerdote: ven por él.—Y ella misma la ayudaba á ponérselo y se lo arreglaba tan bien, que la pobre presa toda se envanecia. De la misma manera, viendo que muchas iban con el pecho descubierto, aquella alma bendita compró pañuelos para el cuello, grandes y de colores vistosos; y los iba regalando ya á una ya á otra, dando los más hermosos á las más jóvenes, arreglándoselos con su mano, lisonjeándolas y alabándolas por su frescura y gentileza sobre las demas; y aun á veces les presentaba un espejo y decia:—Mira que bien te va ese color encarnado en el cuello: si estuvieses peinada fueras una muchacha hermosísima. ¿Quieres que te arregle el cabello?—Dicho y hecho: con otras hermanas pónese inmediatamente á peinarla, y despues de hacerle las trenzas, le arreglan el moño, en la forma más conveniente y proporcionada á la edad y figura de la que es objeto de tan dulces atenciones. Por este medio las indujeron á peinarse una ó dos veces á la semana, siendo las más hábiles en este ejercicio las encargadas de peinar á sus compañeras; de suerte que dentro de poco tiempo aquella selva enmarañada de cabezas en forma de matorrales, se vió convertida en un jardin elegante y florido. La mujer bien peinada es muy difícil que no se contenga y reprima los movimientos desaforados y acciones de energúmenas, á que se abandonan las mujeres despeinadas, sucias y mal ceñi-

das que por la menor causa riñen en las calles y en las tabernas (1).

Pero la ociosidad las llenaba de hastío, y las volvía iracundas; y como eran de génio malo y holgazan, no querian salir de dicho estado, no obstante que se morian de fastidio y de mal humor, y jamas podian resolverse á remendar sus ropas ó sus medias y camisas, que se caian á pedazos por todos lados. Por lo cual las hermanas, á fin de aficionarlas algo al trabajo (lo cual si llegaban á lograrlo les facilitaria un completo triunfo), dijeron á las más jóvenes y discretas:—Amigas, es menester que penseis en salir de andrajos. Nosotras hemos ido á ver á ciertos honrados fabricantes de tejidos, pidiéndoles que no olvidasen á las pobres presas, y nos han prometido que miéntras tanto nos darán á devanar madejas de algodon para tejer muselina. Es un ligero trabajo, sumamente fácil, pues sólo

(1) Cierto lector de Lombardía, que mira con buenos ojos al *Hebreo de Verona*, parece que se fastidió con todas estas particularidades de zapatos, cabellos y peines, y que hubiera deseado cuadros más grandiosos y con grandes masas de luz, sin que el pintor, á quien el Tiziano, Miguel Angelo y Ticiano, descendiese á esas nimiedades femeniles. Pero el *Hebreo de Verona* es una galería donde hay cuadros robustos y de fuertes colores, y los hay diminutos: ¡tiene el autor que contentar á tantos y tan varios gustos! Sin embargo, procura satisfacer el suyo, pues á trueque de hacer algun bien, describiera hasta las pulgas y los mosquitos.

se necesita ovillar el hilo ó envolverlo en las pequeñas ruecas. Las que quieran dedicarse á esto, con los pocos cuartejos que ganen podrán vestirse con decencia.—Sí, sí, muy bien; venga acá el algodon, y miéntras nos proveeis de devanaderas lo haremos á brazos.—Y la una extendia la madeja entre ámbas muñecas, y la otra ovillaba el hilo; y en el movimiento de las manos se conocia el gusto con que se aplicaban á su tarea.

Conocí muy familiarmente á la heróica doncella Bretona Stilita, condesa de Kersabiech, que acompañó á la duquesa de Berri en todas las vicisitudes de su suerte durante la guerra de la Vendée. Cuando en Nantes hizo traicion á la condesa el infame Deutz, la jóven Stilita se metió con aquella dentro de un escondrijo del camino, á cuya entrada los carabineros encendieron un gran fuego, que convirtió en un horno aquel estrecho refugio. Allí, para poder respirar el aire fresco, un minuto cada una, aproximaban la boca á un respiradero; y la jóven, aunque el calor la ahogaba y estaba bañada en sudor, despues de haber aspirado dos olas bocanadas de aire, cedia el lugar á la Princesa. Y cuando, volviéndose esta, tocó el vestido en el fuego y se le inflamó, Stilita se le arrojó encima sin cuidar de la desnudez de su cuello; y tanto la apretó y revolvió, que puede decirse que le apagó el fuego con las manos. Saliendo de aquel escondrijo por no ahogarse enteramente, fué encerrada la duquesa en el castillo de Blaie, con ella lo fué tambien su fiel com-

pañera, y allí maduró su plan sobre mejora de las cárceles, que luego de verse libre extendió así en Nantes como en otras partes.

Esa ilustre señora, pues, me refirió muchas veces la grande é increible fatiga que debió costarles sacar á las presas de la ociosidad, puesto que la mayor parte se habian precipitado en los vicios que las condujeron al crimen y á la cárcel, precisamente por su aversion al trabajo que las dominó desde su infancia: semejante desidia las entorpeció á tal punto, que por no hacer un punto de calceta empezaron charlando en las puertas; luego se hicieron andariegas y callejeras, hasta que siendo todavía muy jóvenes cayeron en los lazos de algun malvado. Ahora, pues, ¿cuán difícil no les será, despues de una vida holgazana, que al fin las ha conducido á la cárcel, entregarse al trabajo manual cuando sus manos están torpes por causa de tan larga holganza? Vano fuera esperar conseguirlo por otros medios fuera de la accion eficaz y celo sobrehumano de la caridad y de la religion.

Todo cuanto me dijo aquella noble señorita, gloria de la Bretaña menor, que tanto se dedicó con sus hermanas Eulalia y Celeste en la obra de las cárceles, sucedió exactamente en las prisiones de Nápoles, y hubiera continuado á no haberse las hermanas de la Caridad revestido de una paciencia, constancia y longanimidad superior á toda ponderacion. Tomó parte en los santos designios de las hermanas un anciano Sacerdote lleno de celo y de

sabiduría, para ganar almas á Dios. Desde luego se atrajo la estimacion y aprecio de aquellas mujeres abandonadas; y tanto las supo cautivar mediante su humildad y benevolencia, que pudo insinuarse poco á poco en sus corazones, tan duros y adustos, así por la costumbre del pecado como por la exasperacion de los castigos. Pero como en tales mujeres son instables los propósitos, y por su naturaleza y sus hábitos son propensas al vicio, á fin de hallar un modo de hacer que en ellas la razon predomine sobre el apetito, trató de fortalecerlas en la áspera senda de la virtud poniéndoles delante la luz de los buenos ejemplos y el consuelo de la conmiseracion. Con este objeto habló á las señoras más distinguidas de Nápoles, y fácilmente las persuadió á que en ciertos dias señalados visitasen las cárceles para consolar y animar al bien á aquellas infelices; con lo que esas magnánimas señoras, cooperando á la santa mision de las caritativas hermanas, ayudaron cada dia con mejor éxito á la consolidacion de las instituciones que dichas hermanas con su gran caridad y dulzura habian introducido entre las presas.

Los cuartos, que ántes estaban tan puercos y hediondos, los jergones, que nunca se rehacian y eran de paja triturada, se limpiaron, recompusieron y arreglaron de un modo sorprendente. Las estancias, ventiladas con frecuencia, perdieron aquel vaho hediondo que removia el estómago al entrar en ellas; las paredes fueron rascadas y blanquea-

das, y perdieron el tufo de que estaban impregnadas. Para cada jergon se hizo una colchita de muselina, y las camas se pusieron en hilera, colocando encima de cada una un cuadro con la imágen de María teniendo en sus brazos al niño Jesús, que para el alma dolorida y poseida del remordimiento es un objeto de consuelo y de esperanza. Así esas pecadoras cada dia iban probando nuevos sentimientos de paz, que sus desórdenes y vicisitudes habian desterrado de sus corazones hacia muchos años. Las más dóciles y humildes fueron elegidas para que cuidasen del oratorio, y por su turno procuraban mantenerle limpio, arreglado y adornado; y el óbolo, que se quitaban de la boca, empleábase en comprar flores para ponerlas delante del Santísimo Sacramento, ó de la imágen de la Vírgen. El anciano Sacerdote usaba con la mayor asiduidad de las palabras de eterna vida, y se ocupaba en limpiar aquellos gangrenados corazones con el saludable baño de la confesion, único que puede quitar las manchas del alma; y despues que se halla limpia, es el único que puede nutrirla é iluminarla con la luz de la gracia y del amor de Dios, dulce padre y hermano que se halla á la puerta del corazon, donde la espera y llama, y apénas se le abre entra gozoso y causa un inefable deleite, convida al alma pecadora y arrepentida, y le da el beso de paz y la corona de gloria.

Miéntras tanto Babeta, con su alma negra, perversa y agitada por las furias de sus remordimien-

tos y por las espantosas fantasmas de las víctimas que inmoló su puñal, perdidas al fin todas las fuerzas del cuerpo, cayó en una fiebre frenética y en un delirio mortal.

En consecuencia, la llevaron á la enfermería de la cárcel, situada fuera de la puerta Capuana, en donde disminuyendo su delirio, volvió en su acuerdo, y la enfermedad siguió un curso ménos peligroso.

Algun santo Sacerdote trató de acercarse con afabilidad á su cama para decirla algunas palabras afectuosas y llenas de divina dulzura; pero esta mujer perversa, mirándole con altivo desprecio y con gesto burlon, insensible á todo, volvia á otro lado la cabeza, blasfemando entre dientes y mordiendo de rabia las sábanas; resultando de ahí que casi siempre permanecia sola como un perro rabioso, al cual nadie se atreve á acercarse; y hasta las mismas enfermeras sentian hácia ella repugnancia.

Siempre murmuraba, á veces rugia como una fiera: si la comida que le traian no era de su gusto, arrojábala á la cara de la que se la traia; y así tambien los medicamentos se le volvian amargos y no le aprovechaban. Miraba con rabia á las demas enfermas; y si alguna incorporándose en la cama se disponia á orar, ella la despreciaba y odiaba, y con mil gestos y muecas la insultaba, en términos que las presas enfermas llamábanla la hereje y endemoniada.

Pero cuando llegó al estado de convalecencia y tuvo bastantes fuerzas, fué llevada á las cárceles de Santa María de Agnone, y entregada al piadoso cuidado de las Hermanas de la Caridad.

CAPITULO VI.

LA CUEVA AZUL.

Las dos angelicales doncellas Elisa y Luisita, en medio de una estacion deliciosa, teniendo debajo de su mansion el mar límpido y tranquilo, y encima un cielo puro y sereno, rodeadas del verdor de tantos jardines y de los matices y olores de tantas flores, cada dia, ya montadas en borricos, ya á pié, emprendian los mas deliciosos paseos. Así, un dia se dirigieron al llano del desierto, antiguo eremitorio de monjes carmelitas, y provistas de lo necesario para merendar, nuestras jovencitas, desde una eminencia que se levanta entre ámbos mares disfrutaron vivos placeres, siendo el principal la vista de los variados y pintorescos senos de los pequeños golfos que rodean á Sorrento, de las puntas de los promontorios adornadas de palacios que se reflejan en el mar como un inmenso espejo, y al que se desciende suavemente por varios senderos, parte cortados en la roca á la cual flanquean exterior-

mente; y parte formando mil rodeos y escalones en la misma, con entradas y salidas encima de las puntas de las rocas que se levantan verticalmente encima de las aguas, ó siguen por bajas concavidades hasta llegar á la arenosa playa.

Hácia el lado del Mediodia la vista se estiende inferiormente por la silvestre loma del monte hasta el dilatado golfo de Salerno, y abraza un grandioso espacio hasta las lejanas llanuras de Pesto, cuya poblacion levanta altiva las grandes masas de piedra de sus columnas y la majestad de sus templos. Allí Elisa, provista de un magnífico telescopio de Chevalier, examinaba inmóvil y como estática los hermosísimos sitios de la Magna Grecia, de donde vino á Italia tanta gloria para las artes y las ciencias. Más hácia el Poniente se elevan azuladas del seno de las aguas las Sirenusas ó islitas de las Sirenas, en donde en tiempo de los navegantes pelásgicos moraban aquellas encantadoras, que con su dulce canto, su agraciada hermosura y sus lisonjas, atraian á los incautos navegantes, cuando, como Ulises, no tenian una Circe prudente que les advirtiese del engaño, aconsejándoles que se tapasen con cera los oidos y pasasen de largo sin acercarse á tan funestos lugares.

Hallábanse á principios de Junio: salió la aurora sumamente fúlgida, y la mar se presentaba tan llana y lisa, que se asemejaba á un inmenso tapete de raso estendido encima del golfo. Estaba el aire tranquilo y silencioso, y ni un aliento soplaba en las

tranquilas y dormidas aguas, cuando apareció al pié del escollo de San Vicente una pintada navecilla que con el rápido movimiento de diez remos hendia el mar con suma velocidad. En ella iban sentadas Elisa con vestido blanco, y Luisita con vestido de color de rosa, y más hácia la proa Bártolo, D. Cárlos y Tancredi. Dirigianse á la isla de Capri, deseosos de ver la Gruta azul y las ruinas de los soberbios palacios, quintas y baños que hizo edificar Tiberio, para ocultar á Roma y al imperio sus crueldades, su cobardía y sus obscenidades.

Fueron navegando gran trecho, hasta que hallándose cerca del cabo de Hércules, encontraron algunos pescadores y les compraron pescado para aumentar la comida; luego volvieron la proa hácia dentro del mar, y se dirigieron por la tramontana hácia el lado de la isla más lleno de rocas y de escollos: allí se hunde debajo de un peñasco altísimo la caverna azul. Llegados á este sitio, se trasladaron á dos pequeños bateles, que se columpiaban encima de las olas; pues en aquel sitio siempre la mar es algo gruesa; luego se tendieron, para no dar de cabeza en la roca al pasar por la baja bóveda que forma la entrada de la cueva, y pasando delante uno de los barquichuelos, y siguiendo detrás el otro, con algunos golpes de remo penetraron dentro del oscuro recinto; luego, cojiéndose con las manos á las puntas y prominencias de la roca, se internaron en la caverna y volvieron á sentarse los casi asustados visitadores.

Forma esa caverna una especie de templo circular, y su ámbito está tan completamente ocupado por las aguas del mar, que no deja la más pequeña orilla enjuta, ni la menor superficie de roca cubierta de musgo que sobresalga del nivel del agua, sino que á modo de un vivero ó pesquera, toda ella es mar. Así que el visitador se pone de pié en la lancha y dirige la vista á la única entrada de la caverna, por la que recibe la luz, se presenta á su vista una verdadera maravilla, esto es, un color de záfiro muy brillante, que hermosea las aguas y les da la apariencia de perlas azuladas y tan refulgentes, que los ojos jamas se cansan de contemplarlas con admiracion. El incesante movimiento en todas direcciones de las olas cristalinas y azuladas, que forman chorros, cascadas, y como una lluvia de diamantes y esmeraldas, hace que despidan vivísimos reflejos y cambiantes de luz: ráfagas luminosas y brillantes relámpagos azules y plateados, que cruzan por la bóveda de la caverna, y refringen, se reflejan, se cruzan y se descomponen, formando mil variados matices en el ambiente aéreo de la gruta; al que se halla dentro y vuelve los ojos al rededor de sí, le parece estar en medio del resplandor del paraiso, y se estasía, cual si le arrebatase la presencia de Dios y lo elevase en medio de sus divinos resplandores, mezclados con cierta oscuridad misteriosa que sirve como de fondo á los mil juegos de la azulada luz.

Pero nada hay comparable á la admiracion que

causa ver á un muchacho que desde la proa del batel de un brinco se mete dentro del agua. Su caida levanta una trasparente y luminosa espuma, que reviste y envuelve los miembros del nadador, difunde á su alrededor una aureola diáfana y tersa, como formada de líquidas esmeraldas, y brilla como un sol bajo del agua. A cada sacudida que dá con los pies ó con los brazos levanta y despide una vagorosa claridad de una hermosura inefable, y á cada movimiento de cabeza rodéale una corona de luz semejante á una aureola celestial. Acaso en todo el mundo no existe otro objeto más natural y oportuno para dar una idea de la lucidez que tendrán los cuerpos de los mortales en el cielo, en donde lo grosero de la carne sutilizado por la fuerza de la luz, hará trasparente como el aire y radiante la cubierta material de nuestras almas. Este fenómeno, segun se cree procede de la refraccion de la luz, la cual no hallando otro paso que la entrada de la gruta, que está á pocos piés sobre el mar, se descompone y refringe en el agua, difundiendo únicamente el color azul.

Salidos de la caverna, y subiendo otra vez á la nave que debia conducirlos á la playa del ameno vallecito de Capri, apresurando el movimiento de los remos, hendian el agua con rapidez y como rozando con las altas costas que se levantan verticalmente y cuyo pié baten las olas de aquel profundo seno, retumbando dentro de las cavernas, y volviendo á salir revueltas sobre sí mismas y convertidas

en blanca espuma. Llegados á la orilla, vinieron varias muchachas aldeanas, con el traje propio de tales, sumamente limpio y curioso, las cuales apoyaron unas tablas en la orla de la nave, y por ellas bajaron los que iban en ella á un escabel, donde pusieron los pies antes de saltar á tierra para no mojárselos.

Tiene Capri su asiento en una elevada colina, entre dos grandes picos que forman los peñascos. Por el lado correspondiente al valle está cubierta dicha colina de viñedos y de amenísimos jardines y verjeles de naranjos y de toda clase de árboles frutales, dispuestos á modo de anfiteatro hasta debajo de los muros ciclopeos, que á trechos ostentan aun los enormes sillares de las primitivas murallas, restauradas despues por los romanos, y últimamente por los aragoneses. Por el lado opuesto, la pendiente del monte, despues del espacio que ocupa la ciudad, las huertas, algunos bosquecillos de olivos y reducidos campos de trigo, se inclina rápidamente hácia el mar al que se precipita junto al cabo de la Campanella, frontero á la Magna Grecia. Capri presenta el aspecto de una verdadera ciudad oriental, con sus casas sumamente blancas, todas con azotea en vez de tejados, y blanqueadas con una especie de estuco que resiste á la accion del agua y del sol. Tiene algunas fortificaciones y torrecillas almenadas; una catedral, en cuyo tesoro se conservan los bustos de plata de sus santos, y una antiquísima cruz de cristal con esmaltes, que fué sal-

vada milagrosamente de las llamas en un incendio que causaron en el templo unos antiguos corsarios moros con que la redujeron enteramente á cenizas.

La alegre comitiva fué recibida en casa de cierto sugeto llamado D. Juan, pariente de Auriemma, y convidada á disfrutar de la más hermosa perspectiva que cabe imaginar, desde una tribuna ó mirador que en lo más alto de la ciudad domina el deliciosísimo valle de Isola. Levántase por aquel lado solitario y vartical un torreon formado de roca desnuda, en cuya dilatada loma hizo edificar Tiberio un portentoso palacio. Inferiormente al mirador recréase la vista contemplando todos aquellos risueños y deliciosos jardines, que descienden ya suavemente, ya formando mesetas hasta la playa del mar, y suben despues por los lados de dos alturas, escondiéndose entre las rocas. El monte fronterizo conduce por pequeños senderos, que van culebreando, ó forman escalones cortados en la peña viva, á la opuesta ciudad de Anacapri, que tiene su asiento en un sitio yermo y separado del resto de la isla, no ofreciendo más vista que la del mar de que está rodeada, y así se vive en ella con la sencillez de los primitivos pobladores del mundo que antiguamente la edificaron. ¡Dichoso pais que bajo el más hermoso cielo de Italia, vives apartado de los tumultos de que esta se halla agitada hace tantos años, sin que todavia se resuelva á ser prudente y á reponerse de tantos trastornos!

Bártolo, en clase de a ticuario, tuvo ocasion de

contemplar y examinar muchas ruinas con la mayor satisfaccion y gusto; pero Elisa se conmovió á la vista de la Cartuja, que fué un dia la gloria y la opulencia de Capri, la cual sin ella es ahora pobre y desgraciada. Yace el monasterio en un gracioso vallecito cubierto de campos, de praderas, de olivares y otros árboles. Es pequeño, pero de bella arquitectura, y tiene al rededor de sí varios edificios para forasteros, para el lagar, para los establos, etc.; como se acostumbraba en las antiguas abadías, cuyos monjes fueron los primeros maestros que enseñaron á los pueblos de Europa la agricultura y las artes. Al entrar en los claustros se oprime el corazon al ver las grietas y humedad de las paredes, los arcos ruinosos, las bellas esculturas arrancadas de las puertas, los capiteles de las columnas esparcidos por el suelo, y todas las paredes de los corredores llenas de señales, letras y figurones hechos con carbon, por haber sido convertido en cuartel en tiempo de Napoleon. Pero cuando Elisa entró en la gran sala capitular, y vió las bellas pinturas al fresco, consumidas, enmohecidas y en gran parte embadurnadas de negro y de fango por la ignorante soldadesca, que con una escoba se divertia en aquella obra de destruccion, se entristeció, y pensó en la suerte que hubiera cabido á los prodigiosos monumentos de Roma si hubiesen caido en poder de los hombres brutales que se complacen en trastornar las cosas divinas y humanas al grito de libertad.

En el fondo se entra en dos antiguos oratorios

llenos de estucos dorados y de pinturas: los frisos y cornisas están rotos, derrocados los altares y profanados los sepulcros de mármol y las estátuas de los piadosos guerreros que fundaron y dotaron aquella Cartuja, en la que para el reposo de sus almas, oraban los santos monjes.

Elisa salió de este lugar poseida de tristeza; y pasando á visitar las celdas, vió estos desiertos lugares de retiro, de meditacion y de paz derruidos, desenladrillados; los pequeños huertos de las celdas en vez de flores y plantas odoríferas, estaban inundados de ortigas y de yerbas silvestres y venenosas. Dichas celdas con sus terraditos y jardines, en su mayor parte se hallaban encima de altísimos peñascos, cortados perpendicularmente al mar; y debajo se veian amontonadas rocas desnudas, entre las cuales penetraban las olas, cuyo rumor hacia más augusto y severo aquel desierto. Arrimada Elisa á los antepechos, y viendo aquellas imponentes peñas coronadas de celdas, se imaginaba ver á los solitarios como al caer la tarde contemplaban la puesta del sol, que difundia su luz inflamada por las oscuras aguas, y daba á las rocas un color de fuego que las asemejaba al cráter de un volcan. Veia á las paviotas empollando tranquilas su cria en los huecos de las peñas, y otras situadas en las puntas de las mismas, ó emprendiendo su ligero vuelo por encima del mar, reflejando los rayos del sol en su variado plumaje; verdadero símbolo de las santas almas, que despues de haber elevado á Dios sus án-

sias y suspiros en aquella soledad, volaban á las celestiales regiones, en donde brillaban con los excelsos resplandores que sobre ellas derramaba á torrentes el sol de amor.

Elisa volvíase á Luisita, y comparando aquellas celdas pendientes sobre abismos á los solitarios nidos de los alciones, decíale dulcemente:—¡Ay amiga, qué plácida tranquilidad inspira este eremitorio, cuya calma suprema y profundo silencio engendran castos y sublimes pensamientos de vida eternal Hasta el mundo, que es todo bullicio, agitacion y confusion, envidiaba á esos anacoretas la santa tranquilidad del alma, y los arrebató violento de estos peñascos, en medio de los cuales, como los diamantes y las esmeraldas en el seno de las rocas, brillaban á los ojos de Dios.

En uno de los miradores, fuera del jardin de una celda, que correspondia precisamente al frente de otra altísima y enriscada peña (la que abismándose en el mar formaba con el cóncavo peñasco que sostiene la celda, una oscura y profunda caverna) había un jóven de aire sombrío y adusto, que estaba con la vista fija en el abismo, suspirando con afan. Elisa, movida de su buen corazon, hizo seña á su padre y le dijo:—Padre mio, ¿veis allí aquel jóven qué triste parece? Estoy cierta de que es víctima de alguna cruel desgracia: observad cómo tiene los ojos fijos y el rostro pálido y macilento: ¡me causa tanta lástima!... Acaso no tiene de qué comer y se halla en la indigencia. Bártolo se conmovió, y vol-

viéndose á la comitiva pasó con ella de una á otra casita de los antiguos monjes, hasta que llegaron por el jardin al sitio donde se hallaba el afligido jóven. D. Cárlos estaba hablando en el cláustro con D. Juan, acerca de la caza, la cual por Mayo y Setiembre es abundantísima en aquella isla, á la que acuden los animalitos para pasar luego el mar. Las dos doncellas, dándose el brazo, seguian á Bártolo, que entónces mismo acababa de acercarse al jóven y le preguntaba si era natural de Capri ó extranjero.

—Soy calabrés, respondió, y mi mala ventura me arrojó á la guerra de Lombardía como voluntario de la Princesa de Belgioioso, con otros insensatos amigos mios, que abandonaron la carrera de jurisprudencia.

—¿En qué acciones os hallásteis? le preguntó Bártolo.

—En varias: pues con los demas voluntarios italianos recorrí los altos montes de la Lombardía fronteros al Tirol. Permanecí al sereno en medio de las nieves y de los hielos vestido muy á la ligera, y tuve que estar bajo las estrellas haciendo centinela, y de patrulla en las hórridas gargantas y desfiladeros, donde se engolfan los vientos tempestuosos y los huracanes que arrancan las añosas hayas y las más robustas encinas.

Los granizos, las lluvias, las escarchas, los torbellinos eran contínuos, sin que tuviésemos más recurso que echarnos boca abajo al pié de un barran-

co para que los impetuosos vientos no nos arrebatasen en peso por los aires. ¡Cuántos de los nuestros quedaron sepultados bajo la inmensa mole de los aludes! ¡Cuántos fueron arrastrados de improviso por los torrentes, que despues de los aguaceros se derrumbaban por las peñas abajo, por las cataratas del monte, arrebatando con su irresistible violencia troncos de abetos y rocas con espantoso ruido! Pues bien, resistimos á todas estas calamidades.

—¡Pobres jóvenes, decia Elisa, cuánto padecisteis!

—Despues que descendimos del monte, cayeron sobre nosotros nuevos desastres así en los collados como en los llanos. Por la inadvertencia é imprevision de los capitanes y furrieles, carecíamos de todo abastecimiento: así despues de una marcha de diez ó quince horas, entrábamos en una aldea ó lugar en donde otros habian forrajeado ya primero, y no hallábamos ni pan, ni vino, ni cosa alguna con que restaurar nuestras perdidas fuerzas; y á veces los furrieles creian refocilarse gritando:—¡Viva la independencia!

—¿Y qué haciais entónces vosotros, pobres jóvenes?

—¿Qué haciamos? A menudo venian los austriacos á darnos juntamente almuerzo y comida, enviándonos el maná, que nos venia de arriba sazonado con manteca: ¡aquello era un gusto! En fin, así exhaustos, cansados de las largas marchas, y con el

estómago vacío, acontecía que debíamos entrar en batalla durante muchas horas, y retirarnos á la carrera para llegar en medio de la noche á algún lugar, en donde dichoso aquel que podía hallar un poco de paz y de gachas. Aun esto podía reputarse como el menor mal, comparado con los trastornos de cabeza de los charlatanes que nos henchían de libertad y de triunfos á modo de retórica, con frases y palabras estupendas, y como propio de hombres delirantes. Pero ni una sola vez dijeron: Toda la fuerza del soldado consiste en la sumisión á sus jefes, en el órden y en la disciplina. Nada, señor; todo era ensalzarnos como á otros pares de Francia. Fuera en verdad risible si en las altas cumbres del Calfaro y del Lodron, y en los espantosos bosques de Roca de Anfo, no hubiesen venido á desconcertar estos locos alardes los huracanes y ventiscas, que arrancando nuestras tiendas ó barracas, las derrumbaban al cauce de los torrentes, y apagaban el fuego arrojando los tizones por los aires, y haciendo rodar los troncos de la leña medio encendidos á los precipicios; dejando así mudos á los oradores, y á los oyentes ateridos de frío. ¡Cuántas veces con mi amigo y valiente jóven Emilio Dandolo, deplorábamos la solemne locura de tantos voluntarios indisciplinados, que aborrecían á los jefes, porque ellos mismos hubieran querido dirigir á su antojo las compañías: cabezas ligeras, autores de discordia, de odio y de sospechas y malevolencia entre los expedicionarios, que al fin venían á parar á tu-

multos declarados, como estudiantes contra sus maestros!

—Y los hombres juiciosos y valientes, ¿qué hacian?

—Callaban, esperando mejor ocasion, y sufrian con firmeza los contratiempos. Yo, despues de la batalla de la Sarca, en lo más retirado del lago de la Guardia, junto á la hermosa ciudad de Riva, me retiré con la tropa á la márgen derecha del Mincio, donde estuve acampado entre Valeggio y Goito, dando rodeos por aquellas colinas, hasta que despues de la derrota de Curtatone, en otro encuentro que tuvimos con los austriacos, fuí herido.

—¡Pobrecillo! exclamó Elisa: ¿y fué grave la herida?

—Señorita, hubiera caido muerto si un héroe extranjero, perteneciente á las legiones romanas, no me hubiese salvado la vida haciendo prodigios de valor.

—¿Y cómo fué?

—Del modo siguiente: En lo más récio de una refriega que tuvimos con los austriacos, junto é unos sáuces, á lo largo de la ribera del Mincio, faltaba poco para que fuésemos envueltos, cuando un valiente oficial con una partida de cazadores italianos penetró por aquel lado y vino á reforzarnos. Dicho oficial es un príncipe sueco llamado Aser, jóven el más noble y generoso que hay en las legiones; quien en clase de comisario de guerra, favorece en gran

manera la causa italiana, y en las batallas desafía el peligro como un simple soldado.

Habiendo atacado á una partida de croatos, los desbarató; pero cargando sobre nosotros una columna, vino á dispersarnos. Sin embargo, reunidos unos cuantos nos hicimos fuertes detrás de una pequeña altura. Entónces fuimos atacados por la espalda, y ya un cazador tirolés iba á pasarme de parte á parte de un bayonetazo en los lomos, cuando saltó Aser de un barranco, descargó un sablazo en el brazo del tirolés, y desvió el golpe que este me dirigia, que no obstante me hirió en la piel del costado.

Entónces los cazadores se volvieron contra mi salvador, quien se defendia de tres bayonetas con tal valentía, que con el sable hirió á uno en la muñeca y otro en la rodilla; pero al revolverse contra el tercero, le resbaló el pié y entónces este (Elisa se sobresaltó y palpitando estrechó el brazo de Luisita) con su larga y cortante daga iba á clavarlo en el suelo, cuando yo, que habia ya desenvainado el sable, le dí un tajo de revés, le abrí los cascos como una granada y lo derribé (Elisa respiró, y se disipó la opresion que sentia). Levantóse Aser rápido como una pantera, y sin dejar de luchar se fué retirando conmigo y con los demas hasta ponernos en salvo. Me hizo curar el rasguño que habia recibido, y despues le acompañé en otras escaramuzas que ocurrieron al dirigirnos, dando mil rodeos de un punto á otro, á alcanzar al general Durando junto á Vi-

cenza. Pero en un encuentro de caballería se me llevaron dos dedos de un sablazo, y me fué preciso arrojarme al Piacentino, y luego, siguiendo los puntos ocupados por nuestros soldados, ir con pena á curar esta mano mutilada que aquí veis. Pero habiendo entrado por la vía de Ascoli en el reino, fuí confinado por órden del consejo de guerra á esta isleta, donde llegué hace tres dias.

No fué esto lo único, pues en una causa formada despues de la derrota de Cárlos Alberto en Custoza y de la toma de Milan, todos los jefes de voluntarios napolitanos fueron igualmente desterrados á las islas de Ischia, Prócida y Capri, con un escaso socorro diario; y allí (lejos del peligro de nuevas seducciones) pasan tranquilos su incauta juventud; cuando, por el contrario, los que permanecieron en otros estados de Italia se vieron dispersos y sumidos en estrema necesidad: y aquellos á quienes sus heridas ó la estenuacion resultante de los trabajos de la guerra se lo permitieron, se arrojaron despues sobre Roma sitiada por los franceses, y murieron miserablemente bajo las baterías de la puerta de San Pancracio.

Elisa, turbada por la compasiva relacion del jóven calabrés, le dijo:—Valiente mancebo, decidme: ¿y se libró vuestro libertador de manos de los austriacos?

—Sí por cierto: penetró dando mil rodeos en el bajo Polesino, y al fin pudo ponerse en completa seguridad en el campo italiano del general Duran-

do: esto lo supe en Bolonia de boca de otros muchos voluntarios que le vieron en las fortificaciones de Monte Berico.—Entónces Elisa llamó aparte á su padre, y le rogó que diese á aquel infeliz veinte ducados, para que pudiese arreglar algo sus vestidos y demas, y fuése de allí, sintiendo cierto afan que no la abandonó en su viáje de vuelta á Sorrento.

CAPITULO VII.

LA DESESPERACION.

Nos hallamos en Setiembre, y Luisita y Elisa fueron convidadas por dos hermanas rusas en Nápoles, á una fiesta solemne que despues de la Navidad de la Vírgen celebraba la congregacion de Damas de las cárceles. Cada año el anciano Sacerdote, de quien ya hemos hablado, mandaba hacer á las presas ejercicios espirituales durante algunos dias. Al concluir estos ejercicios, el Cardenal Arzobispo celebraba los divinos Oficios, dábales la sagrada Comunion, administraba el Sacramento de la Confirmacion á las que aun no lo habian recibido, y al fin les dirigia una breve plática para confortarlas y animarlas. Terminaba la fiesta con una buena comida, en la que servian á las prisioneras varias nobles doncellas, hijas ó parientas de dichas señoras. Elisa asistió con mucho gusto con Luisita y sus compañeras, y quedó sumamente admirada de aquella sublime y santa institucion.

En el patio interior de la cárcel hay un pórtico corrido por los cuatro lados, y debajo del mismo se hallan las estancias de las presas, cuyas estancias por obra de las hermanas de la caridad se han convertido en talleres, donde las presas trabajan en toda especie de tejidos de algodon, desde las más sencillas operaciones para la preparacion del hilo, hasta la última perfeccion del tejido, adaptando los trabajos á la edad, robustez y circunstancias particulares de cada reclusa: en otras estancias se cose y se borda, se ponen letras de todos colores en las marcas de los pañuelos y se hacen camisas de todas clases, desde las comunes hasta las más finas y delicadas. Las que no tienen disposicion para las labores de aguja, se dedican á la limpieza y aseo y á las operaciones de la cocina. Algunas hacen calceta ó remiendan medias, otras hacen labores de punto, otras, por último, trabajan sartas y collares de abalorios.

El dia en que fué Elisa hallábanse ya todas las reclusas reunidas en la capilla, donde el Cardenal celebraba la Misa; no se veia allí en las puertas esbirros, ni guardas, ni cardeleros, sino un pobre viejo con un mazo de llaves en la mano; dos ó tres ancianas y una hermana que se paseaban, ya por el claustro, ya por los largos corredores, ó ya iban á la capilla con aire modesto y con toda seguridad. ¡Qué conmocion causaba ver á esas pobres pecadoras postradas con la cara contrita y humillada, y todo su cuerpo en un devoto recogimiento, levan-

tarse luego de dos en dos y acercarse al Cardenal que les administraba profundamente enternecido el pan de los ángeles; y luego de recibida la Comunion, cada cual con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza inclinada y la vista baja, volver á su lugar en silencio, y allí dar gracias y bendecir desde lo íntimo del corazon á la clemencia divina que se dignaba visitarlas desde lo alto de la gloria celestial!

¡Ved ase cuánto es el poder de la caridad y de la religion! Esas mujeres, desecho y basura de la sociedad, que perdido todo pudor y todo sentimiento de honestidad, se abandonaron á toda suerte de vicios y hasta de delitos, que habian dado traidoramente la muerte, cual á su marido, cual á su amante, y algunas hasta á sus hijos; que robaron los bienes de los huérfanos; que tomaron parte en latrocinios, maleficios, raptos de doncellas, asesinatos de viajeros, incendios, calumnias, fraudes, perjurios, estupros, adulterios, profanacion de altares y lugares sagrados; que cómplices de falsificadores de moneda y de letras de cambio y de grandes estafas, y que encenagadas en las más horribles maldades fueron la peste y abominacion del mundo: esas mismas mujeres, vedlas aquí arrodilladas, arrepentidas y pidiendo misericordia: aquellos corazones de pantera y de hiena hételos convertidos en corderos; aquellos pechos de bronce, aquellas almas altaneras, miradlas humildes y sumisas ante su augusto Padre. Lo más digno de verse fué cuan-

do este augusto Padre, concluida la celebracion de la Misa, se volvió á ellas, recordóles los piadosos ejercicios y animólas á la perseverancia; cuando les dijo:—¡Oh mis pobres presas, cuánto sufrís! privadas de libertad y de todos los bienes de la vida, apartadas de los objetos de vuestro afecto sin pátria, sin familia, sin honra, sin el auxilio de la compasion del mundo, el cual os desecha, y que despues de haberos adulado é impelido al crimen, ni aun se acuerda de vosotras, como no sea para burlarse ó para despreciaros ó maldeciros: ¡oh pobres reclusas! no desespereis; en mí teneis todavía un padre, aun os quedan algunas amigas y hermanas en estas religiosas, y sobre todo en María Santísima teneis una amorosa madre y en Jesucristo un abogado omnipotente. Animaos pues, abrid los corazones á la esperanza en Dios, que vuelve sus ojos misericordiosos hácia los afligidos y desamparados: ¿y quién más afligido y desamparado que vosotras, amadas reclusas?—Al oir estas amorosas palabras las desventuradas prorumpieron en gemidos tan profundos, y esclamaciones de esperanza, de arrepentimiento y de amor tan ardientes, que los asistentes no pudieron contener las lágrimas.

Al salir de la capilla se sentaron á la mesa segun el órden establecido por las religiosas, y algunas escitaban honda lástima al verlas conducir de la mano á sus hijas, que habiendo quedado huérfanas, debian seguir la suerte de sus madres; y otras llevaban niños de pecho, nacidos en el horror de la

cárcel. ¡Qué lástima ver entre las presas y sentadas á la mesa muchachas de quince y diez y seis años, no obstante reas de muerte, que por no tener la edad que exige la ley estaban condenadas á cárcel perpétua! De estas las habia hermosas, de aire gentil y de suave mirada: ¡maldicion al que las arrastró al crimen!

Otra admirable escena de caridad tenia lugar al mismo tiempo en medio de aquellas infelices. Veinticuatro doncellas, hijas de Príncipes, duques y barones del reino, con sus delantales servian los manjares á las mesas, y los ponian delante de las presas, con acciones y palabras llenas de amabilidad y dulzura. Debieran haber presenciado esta escena los hombres que no creen en la virtud y se hubiera desvanecido su error. Aquellas almas tiernas, ingenuas, cándidas é inocentes; aquellas jóvenes crecidas como las violetas debajo del cesped, refrescadas con el celestial rocío de la piedad, y vivificadas por el sol de toda suerte de virtudes, difundian en torno de sí la virginal fragancia y la dulce claridad del santo temor de Dios que moraba en sus puros corazones.

Las modestas acciones de esas lindas doncellas, su ruboroso semblante, su inocente sonrisa, su mirada comedida, su color virginal y todos sus actos y modales amables é interesantes, hacian al lado de las mesas un delicioso claro oscuro que era el encanto de los que presenciaron este acto. Y el contraste era tanto más notable y lastimoso, cuanto

que en frente veíanse unos rostros y facciones profundamente surcados por las arrugas del vicio y del crímen, y en que se retrataba el remordimiento, la inquietud, el tardío arrepentimiento y el oprobio. Algunas de esas mujeres no pudiendo sostener la vista de los ángeles que las servian jamas se atrevieron á levantar del suelo los ojos, y otras no pudieron tragar un sólo bocado, atormentadas cruelmente por el remordimiento y confundidas por los rayos de la virtud despedida sobre el pecado.

Babeta, que estaba encerrada aparte y era objeto de los más asiduos y pacientes cuidados de las hermanas, habiéndola invitado aquel dia á participar de la fiesta con las demas reclusas, lo rehusó; pero permaneció sola mirándola desde la ventana de una pequeña estancia que daba al claustro. Estaba allí con el codo apoyado en el alfeizar y el menton en el dorso de la mano, con los dedos entre los lábios y mordiéndose las uñas. Llevaba en la cabeza un pañuelo de seda oscuro bajado hasta los ojos. Cuando el Cardenal bendijo la mesa, volvió ella la cara con desprecio; y haciendo una mueca burlona, miró de soslayo la púrpura, y escupió con desvergüenza cual si se hallase en una taberna. Tenia los ojos fijos en aquellas muchachas, que como criadas servian á las reclusas, y este acto sublime de caridad, en concepto de esa mujer altanera y criminal, era una necedad. Todos los desvarios de los Falansterianos, de los Furrieristas, Comunistas y Pan-

teonianos, de Helvecia, de Alemania y de Italia, se presentaban á su imaginacion con su aspecto súcio y feroz que hoy llena al mundo de espanto. Viéndose á sí y á las demas delincuentes en la cárcel, blasfemaba de la justicia divina y humana, repitiendo estas infernales palabras de Desmoulins: «Suprimid la virtud y en el altar de la libertad no ofrezcais otro incienso que el delito. Precisamente lo que los imbéciles llaman delito es lo que debe reinar. Nosotros lo haremos expiar en la sangre de los Papas, de los Reyes, de los Obispos, de los Sacerdotes y de cuantos en Europa aman la virtud. Si no se da muerte á lo ménos á dos millones de retrógados, no es posible organizar un nuevo mundo feliz.»

Ya el lector puede figurarse la rabia de Babeta, viendo delante de sí un Cardenal, cuando hubiera querido matarlos á todos; y al ver aquellas nobles señoras, y las piadosas y amables señoritas, tan afables y modestas, cuando decia ella con Guillermo Marr:—¡Que el hombre debe hacerse salvaje y vivir en compañía de los leones del desierto para que pueda reinar feliz! Ella, que llamaba crímen á la nobleza, á la riqueza y á toda especie de propiedad!

Esas malhechoras arrepentidas eran para ella una burla; pues que hallaba gloriosa la maldad, y consideraba vileza el arrepentimiento! ¡Ella, que veneraba como héroes á los asesinos del conde de Lemberg, del conde de Latour, de Leu, de Lessing, de

Valenstein, de Lazzareschi, y de tantas otras víctimas de las sociedades secretas en Ravena, en Ancona, en Bolonia y en Liorna! Esa alma de basilisco al contemplar á las pobres arrepentidas tan tranquilas y pacíficas bajo el divino influjo de la Religion, maldecia á los Sacerdotes que se la inspiraban y que obraban tal cambio en sus corazones; y hubiera querido verlos morderse y despedazarse como un manojo de serpientes enroscadas mútuamente. Maldecia á las sociedades secretas porque no habian incendiado y destruido el mundo entero para poder reinar solas sobre sus ruinas.

Por fin, llena de rabia, se apartó de la ventana con el pecho despedazado por la envidia, el remordimiento y los afectos más terribles. Ese sublime espectáculo de humildad y mansedumbre cristiana que hubiera ablandado á un tigre, sirvió de mayor tormento á esa alma fiera y obstinada. Esta mujer feroz, cansada, afanosa y rabiosa contra sí misma, se arrancó los cabellos y prorumpió en hondos rugidos, en tales términos, que hirviendo de nuevo su sangre y exasperados sus espíritus vitales, se agolparon á su corazon, y volvió á caer en una fiebre maligna. Otra vez fué conducida al hospital de la cárcel; pero no hubo medio de apaciguar el fuego de la calentura, el cual léjos de disminuir con las aplicaciones de las sanguijuelas, aun al parecer se acrecentaba, pues el corazon ardia dentro del pecho y las llamas se difundian por las venas y causaban en la enferma la más cruel ansiedad. En me-

dio de su frenesí, revolcábase en la cama como un oso cogido entre cadenas, con la boca abierta y sorbiendo un poco de aire que con su frescura calmase el fuego interior en que se abrasaba. Mugia como un toro herido, levantaba los brazos para desahogar su pecho oprimido, y echaba las piernas al aire, arrojando de sí las ropas de la cama y la sábana, sin que nada pudiese contener su furia. A veces apretaba el puño como si vibrase un puñal, y gritaba: ¡No tengo piedad de tí, muere infame! y daba un golpe sobre la cama cual si traspasase el corazon de una víctima.

—Otras veces rechinaba los dientes y decia:

—Jacobo Muller, dame acá el arma, que quiero que muera á mis manos ese infame Leu (1).

En seguida salíanle los ojos de las órbitas, y fluia de su boca una bava mezclada con sangre estravasada en el pecho, y exclamaba:

—¡Ah! ¡Siegvard ha huido de la cárcel! Muy bien; me alegro. ¡Perros católicos, ha escapado de vuestro poder! Yo tambien vengo: Ochsenbein, dame el brazo, y vosotros, Yneichen, Schmidli, ayudadme. Venga acá una lima sorda: yo la tenia metida en el

(1) Jacobo Muller fué el asesino de Leu, valeroso católico de Lucena que excitaba á los primitivos cantones á resistir sin tregua á la impiedad radical y á defender la fe y la libertad helvética. Los nombres que siguen pertenecen á los principales corifeos del radicalismo contra el Sonderbund.

corsé y me la han quitado: ¡ah! pícaros, canalla infame, volvedme el corsé.

—Así, en medio del delirio, miéntras que las enfermeras se habian apartado saltó de la cama y se plantó en medio de la estancia. Las demas enfermas temian que fuese á despedazarlas y pidieron socorro: á sus gritos acudieron dos enfermeras; pero no atreviéndose á acercársele, una de ellas llamó al guarda que estaba aquel dia de centinela allí fuera. Entró este hombron, y cogiéndola por el cuerpo la arrastró á la cama, donde rabiando y debatiéndose con suma tenacidad y furia, se le rompió una arteria del pecho, salió espumosa la sangre y la ahogó. ¡Así murió ahogada en su propia sangre, herida por la justicia divina, la que tanta habia derramado!

La sangre inocente clama sin cesar venganza delante de Dios: los sicarios no pueden escapar, sino que, como Cain, agitados, errantes y víctimas de los tormentos de la conciencia, aunque exteriormente aparentaban estar tranquilos, en su corazon sienten el agudo aguijon del remordimiento, el susto, el temor y el horror los sepultan en las tinieblas hasta que, ó el lazo de la divina justicia les estrangula, ó el arma de un oculto enemigo los mata, ó Dios en su indignacion los coje por los cabellos y los hunde en mala muerte.

Aquellos que segun el artículo XLVI del código secreto de la jóven Italia recibieron órden de la sociedad para matar con bala, veneno ó puñal á algun infeliz, ¿qué premio recibieron por su hazaña? Mu-

chos fueron muertos por otros sicarios para ocultar el primer delito y sepultarlo bajo su sangre.—Quisiera ahora que mi voz fuese oida de toda Italia.—Vosotros, sicarios, que en los años de 1848 y 1849 asesinásteis á traicion á tantas víctimas, decidme: ¿cuántos vivís aún? Y los que sobrevivís todavía á la ira de Dios y de los hombres, decidme: ¿qué vida es la vuestra? Tú, que en Bolonia diste sin compasion muerte á aquel pobre enfermo casi moribundo, con el Sacerdote en la cabecera, con la estola encima del lecho, con la esposa que se arrojó á tus piés pidiéndote compasion por los pocos instantes que aún quedaban de vida al infeliz, dime: ¿estás satisfecho de tu crímen? Y tú, que en 29 de Agosto quitaste la existencia á Angel Stanzani, ¿eres feliz? Y tú, que en 1.° de Setiembre heriste mortalmente á Pedro Brunoli, ¿duermes tranquilo en medio de tus remordimientos? Acaso las sombras sangrientas de Luis Giorai, de Valentin Calzoni, de Joaquin Pasini, de Pedro Campari, de Vicente Orioli, de Rafael Cavazzoni, de los dos Ragazzini, de Baraldi y de los otros trece asesinados en una sola ciudad desde el dia 1.° al 3 de Setiembre, ¿acaso, decimos, no se presentan estas sangrientas sombras cada cual ante los ojos de su respectivo asesino? ¿No le presenta abierta su herida? ¿No le arroja á la cara la sangre espumosa que derramó al suelo? ¿No le remuerde y despedaza continuamente su corazon de dia y de noche? José Mazzini (á que igualmente debe ya haber juzgado Jesu-

cristo) ¿podrá por ventura arrancaros de la mano omnipotente de la justicia divina? ¿Podrá corromper con el dinero de la sociedad secreta á los ángeles que os acusan, al eterno Juez que os condena y á Satanás que hinca en vosotros sus uñas para arrojaros al fuego eterno? Si no creeis estas verdades, ¿por qué pues temblais y perdeis el color? ¿Por qué quisiérais ocultaros á vosotros mismos vuestros crímenes? Y si las creeis, ¿por qué no os arrepentís?

CAPITULO VIII.

EL VIEJO DE LA MONTAÑA.

José Mazzini es tenido en nuestros dias, no sé si diga en la mayor admiracion y opinion de poderoso, ó en el mayor horror y fama de cruel; pero en uno y otro concepto es llamado por las gentes el Viejo de la Montaña, sin tomar en cuenta las diferencias y el capricho que se ve en esta comparacion, sobre lo cual disputan los hombres entre sí. Dicen unos que el viejo Hassan (de cuyo nombre procede la voz asesino) desde su inaccesible peñasco de Alamont enviaba sus satélites á cometer maldades, bajo promesa de que despues de muertos gozarian de un paraiso lleno de riquezas y de lascivos placeres. Por los que otros dicen que Mazzini, impele á sus conjurados á hacer toda suerte de maldades bajo promesa de caer despues en los profundos abismos de la nada. Los primeros añadieron: el Viejo de la Montaña se ocultaba bajo las sombras del misterio,

y no se dejaba ver de nadie, manteniéndose encerrado detrás del doble muro de sus torres, y separado hasta de sus criados: paseábase sólo por sus deliciosos jardines, por sus bosques, á lo largo de las fuentes y pesqueras de aquellos amenísimos cláustros, con guardas en las puertas que no permitian la entrada á nadie.

Por la noche dormia sólo en lo más alto de un torreon, y subia á su cuarto de dormir por medio de una escalera de seda que estaba pendiente del centro de la bóveda, y luego de haber subido la retiraba y tapaba la tronera, asegurándola con barras de hierro. Tenia junto á sí durante la noche dos fieros perros dogos; miéntras que en las estancias más inferiores habia de guardia doce asesinos con las picas preparadas y los puñales desenvainados en el cinto, en acto de dar muerte al primero que se les acercase. Cada bóveda de las doce estancias puesta una encima de otra tenia su abertura, y no habia otra subida que las dichas escaleras de seda, que retiraba el viejo á medida que iba subiendo, y tapaga luego las aberturas con trampas; en algunas habia secretos resortes, que apretándolos dejaban salir súbitamente tenazas que cogian la mano, ó puñales y lanzas que pasaban el pecho del que tratase de asaltar aquellas estancias.

Los otros replican. Pero Mazzini, al contrario, obra á cara descubierta en las mismas populosas capitales de Inglaterra y de Francia; asiste á los convites y festnes de sus amigos; le gusta frecuen-

tar el teatro, los cafes y las tertulias, habla con sus criados; entra en los palacios de los ministros y de los embajadores, y por la noche en su cama y detras de las cortinas, despues de haber cerrado el aposento, duerme sin otra guarda que su buena conciencia, gozando de un delicioso sueño.

Los primeros refuerzan su dictámen añadiendo que el Viejo de la Montaña difundia el terror con su sólo nombre; sus sentencias de muerte eran ejecutadas al momento; y aun cuando sus víctimas se hallasen ocultas en los desiertos de la Arabia, ó en los islotes más solitarios del Caspio, en las más profundas cavernas de las peñas, ó en las inaccesibles cumbres de los montes, ó entre las nieves del Imaus, ó los hielos del monte Tauro, allí eran cogidos infaliblemente y caian bajo los puñales de sus asesinos.

Los sultanes, los califas y déspotas del Oriente, en medio de las delicias de sus harenes, sentados en los blandos almohadones de sus divanes, cubiertos de los preciosos tapices de sus alcobas, metidos en los olorosos baños de agua de rosas, en el instante más dulce de sus placeres, sentian de improviso el frio acero de una hoja damasquina que les traspasaba el pecho, ó estrangularles una soga de seda, ó roerles y abrasarles las entrañas un finísimo veneno.

Respondian los contrarios: El nombre de Mazzini es más nefasto que el del Viejo de la Montaña. Sentencia, y sus víctimas caen en los sitios más

frecuentados y á la mitad del dia, aunque este sea festivo, á vista de los mismos magistrados; hieren en los tribunales y hasta desde los asientos de los jueces, en las pacíficas clases de los establecimientos de educacion, en las cuadras de los hospitales en el acto de aliviar con los medicamentos apropiados las enfermedades de la humanidad; y por último, hieren en el templo de Dios entre la muchedumbre de los que oran, al pié de los altares, en el instante más solemne de los augustos misterios de una religion de paz, de misericordia y de caridad (1). Y prosiguen: El Viejo de la Montaña habia circunscrito sus latrocinios y su terror al Líbano y al Antilíbano, á la Mesopotamia, á la Persia y á la Armenia; pero cuando Mazzini en los tenebrosos conventículos de sus sicarios ha dicho:—Fulano ha de morir—el infeliz designado no halla lugar que le ofrezca seguridad. Los *barberos* de la secta, ó sea la legion de la Muerte, tienen siempre á la vista el artículo 45 del código de sangre que contínuamente les grita al oido:—Si un golpe armado mandado por el comité falla, los miembros del comité son condenados á muerte.

—Ya pueden huir, disfrazarse, esconderse, ó alejarse hasta el fin del mundo, que todo será inútil; pues ó la punta de un estoque, ó una toma de morfina, de arsénico ó de cicuta les quita la vida: á unos

(1) Horroriza el leer en los periódicos el asesinato de un Párroco al celebrar un dia de fiesta delante del pueblo, cometido por un sectario.

al desembarcar en lejanos paises; á otros al montar en un camello en la Abisinia, á otros al correr rápidamente por los caminos de hierro de Virginia, del Misouri ó del Ohio, siempre encuentran quien les pasa el corazon. Alguno se vió asesinado en Guayaquil, otro en California, otro en la Guyana, otro en Travancor, y hasta en la nueva Caledonia.

Todavía añaden: Los famosos jueces francos de Wesfalia, que hicieron temblar la Alemania desde el siglo XII al XIV; que contaban con cien mil inscritos en aquel secreto y tremendo tribunal, en que cada cual era juez y verdugo, no fueron en verdad tan extendidos y sedientos de sangre como los jueces y las sentencias de la sagrada Alianza de José Mazzini. Entre el año 1200 y el de 1370 todos los señores alemanes se unieron para destruir aquella sociedad secreta de Sanwhem; los Emperadores Sigismundo, Alberto y Federico III lograron al fin desarraigarla enteramente; pero la sacra Alianza de Mazzini, como rama del gran tronco del Iluminismo, ha de costarles mucho á los señores de Italia, no diré destruirla, pero hasta podarla y quitarles algunos ramos á fin de que sea ménos peligrosa y mortífera.

Estas fraguas de trastornos y de males en que es fama que sopla Mazzini amenazando á la Italia, le hicieron tan temible á las imaginaciones de muchos, que al oir solamente su nombre sienten un interior extremecimiento, cual si fuese el de un mal génio impregnado de veneno y de sangre, ó un mónstruo

de naturaleza distinta de la humana.

Pero se engañan extrañamente: José Mazzini es como los demas hombres: es persona de talento claro y penetrante, de alma ardiente, de corazon animoso y fuerte, de una voluntad inmutable y obstinada en sus opiniones, de grandes designios y de espíritu sublime y destemplado. Defectos y prendas naturales, que dirigidas y encaminadas á santas empresas, refrenadas por la virtud, dirigidas por la prudencia y corroboradas por la Religion, pudieran haber hecho de Mazzini un varon apostólico, una de las lumbreras de la Iglesia y un hombre temible á los impíos. Este hombre, que desconoce á Jesucristo, á su redencion, á su Evangelio y á su Iglesia, nació de padres cristianos, fué bautizado en Génova, su pátria, profesó la santa ley evangélica, se lavaba por medio de la confesion, y se alimentaba con el divino cuerpo de Jesucristo.

Nació de una honrada familia ciudadana, pues fué hijo del ilust.e médico el doctor Mazzini, catedrático de la universidad, y persona de mucha virtud y saber; amado de sus amigos y de los estudiantes, benévolo con todos, muy estimado, como hombre de antigua fe y de suma probidad. Teníale yo en el mayor aprecio, así como siempre le estaré reconocido por haberme en 1828 curado en la universidad de Génova de una grave enfermedad, mirándome como un amigo. José tuvo dos hermanas, una de las cuales, iluminada por una luz celestial, vuelta la espalda al mundo, voló como paloma al dulce nido

de las esposas de Jesucristo en el santo monasterio de las Turquinas; cuyas mujeres siempre han difundido en Génova el precioso y suave perfume de la más sublime virtud. Allí esta dichosa doncella creció en gran fervor de penitencia y de oracion á Nuestro Señor Jesucristo; por lo que arrebatada en frecuentes éxtasis á celestiales contemplaciones, pedia incesantemente á su divino esposo que nunca la apartase de sus brazos, y que compadecido de la llama que la abrasaba, la llamase á gozar de la embriaguez del divino amor. Por lo mismo Dios satisfizo los sublimes anhelos de aquella alma llamándola á sí al paraiso en lo más florido de su edad, despues de algunos años pasados en la práctica de la mortificacion, purificada ya, y digna de la inmortal corona. ¡Oh santa doncella! ¡tú que desde el seno de la gloria ves ahora el insondable abismo de las divinas misericordias, ruega por tu amado hermano, á quien ves errante y desviado de las sendas que tú seguiste para alcanzar la eterna bienaventuranza!

Otra hermana tuvo Mazzini de salud delicada y de escasa hermosura, aunque de escelente corazon, de nobles sentimientos y de agudo ingenio, á la que amaba bastante, complaciéndose en verla aficionada á las bellezas de la poesía, con que la entretenia á veces leyéndole sus principales composiciones poéticas. Pero tambien esta murió, y José hubo de llorar su prematuro fin. Quédale todavia Antonieta, que está casada, y habiendo, no hace mucho tiempo, perdido su padre, constituye junto

con su madre el único vínculo de los afectos domésticos de José. Ese hombre, cuya crueldad infunde espanto á toda Italia, ama con indecible ternura á su madre, y uno de los tormentos más atroces que sufre en medio de su destierro es vivir lejos de ella. Leí una carta suya, en la que ponderaba á un amigo de la infancia cuán profundo y vivo fuera su gozo si hubiese podido verla y abrazarla en Milan tras tantos años de cruel separacion.

Ahora ¿cómo es posible que ese jóven, criado con tal esmero bajo el techo doméstico al lado de sus padres, educado y dirigido por un discreto Sacerdote en la santa disciplina de la Iglesia católica, cómo es posible, decimos, que haya dado tan profunda caida en el abismo de la impiedad? ¿Cómo se ha despeñado en el precipicio de tantas maldades y de tantas conspiraciones? ¿Cómo se ha desnaturalizado hasta el punto de ser considerado como un genio del mal venido al mundo para terror de los buenos, para azote de la Iglesia, para ser un promovedor de rebeliones y un trastornador y desquiciador de todo órden social y de todo derecho divino y humano? ¡Ese hombre, que bien encaminado hubiera podido ser el bienhechor, el sosten y la gloria de Italia!

José Mazzini es un grande ejemplo para que aprenda la incauta juventud cuán fatal y poderoso es el influjo de la seduccion de las malas compañías y de las peligrosas amistades. Sus primeros pasos por la senda del mal fueron acompañados de remordimientos y de arrepentimiento; ¿y quién sabe cuán-

tas veces hizo propósito de volver al camino de la virtud? ¿Quién sabe cuánto tuvo que luchar y cuánta resolucion fué necesaria para acallar al grito de su conciencia? Quién sabe si todavia al presente siente alguna vez en lo íntimo del corazon una voz que le dice:

¿Vuelve á la Iglesia?—Quien sabe si, á pesar de haber tenido la osadía de haber escrito al Papa, Vicario de un Dios crucificado para redimirnos y redimirle á él tambien:—Santo Padre, si quereis la felicidad de los pueblos, separadlos de la cruz:—¿quién sabe, repito, si al ver una cruz, no se eleva en su alma un rayo de esperanza? Miéntras tanto, ¡cuántos jóvenes de excelente índole cayeron en los lazos de las sociedades secretas, y por su instigacion se precipitaron en las conspiraciones y en toda clase de delitos con grave daño de sí mismos y de la pátria!

Ahí teneis quién es José Mazzini. Pervertido en la universidad cuando asistia á la academia de literatura italiana con el abate Bartora (que tanto le amaba y tanto sintió su estravío), se entregó en cuerpo y alma á las sociedades secretas; y como jóven de talento y entereza, de genio osado é indomable, tomó desgraciadamente como punto de honra continuar en ellas, promoverlas, ampliarlas y hacerlas formidables para todo cuanto se opusiese á sus designios. Y como los Monarcas y la Iglesia son para ellas un dique que refrena su impetuose y furibundo curso, por esto, segun la norma de Weishaupt, declararon

una guerra obstinada y cruel sobre toda ponderacion á los Monarcas y á la Iglesia.

Acaso Mazzini, como jefe de la secta, sea tan terrible y atroz como en su espanto se lo imaginan muchos; pero somos de sentir que con su propia mano jamas ha herido á traicion ni á una víctima inerme; y acaso entre tantos homicidios como desde el año 1847 al de 1849 llenaron de sangre las ciudades italianas, ni uno solo fué cometido por órden propia suya; pues los comités especiales son más crueles, tanto por los rencores de las ciudades, como por ser más débiles que el gran tribunal de Lóndres. Antes leemos en un periódico *La Concordia*, con fecha 30 de Diciembre, que Mazzini escribia á Félix Orsini á Ancona en esta sustancia:—El asesinato no es la República; Ancona se halla ahora á merced del asesinato organizado; es necesario reprimir y castigar.

Sin embargo Mazzini, sin entrar en estas particularidades, dirije todo su esfuerzo y su atencion á las conspiraciones generales; y ya las deja dormir, ya las anima y refuerza cuando están abatidas; las atiza y enciende cuando se apagan, y allí donde se levantan espantosas y amenazadoras las llamas, las sopla é inflama más y más, cual impetuoso viento sopla en el incendio que devora y consume las plantas y árboles resinosos del bosque. Bajo este concepto, Mazzini debe responder ciertamente á Dios y á los hombres de todos los males y horrores, tanto generales como particulares que por causa de las

sediciones y revueltas se acumulan para ruina de las naciones; pero todo esto lo obra Mazzini no en secreto, ni por medio de extratagemas, con disimulo é hipocresía, sino con franqueza, públicamente y por medio de escritos que propaga por toda Italia.

En esto es más intrépido que Weishaupt, su antiguo maestro y fundador del Iluminismo, quien ocultaba en lo más profundo de sus misterios el intento de derribar y hacer añicos de los tronos y de los altares, al paso que Mazzini lo dice y pregona á las gentes á son de trompeta; y mucho más franco que esos hipocritones, que bajo pretexto de órden, de ley y de felicidad pública, ponen esposas de oro en las muñecas de los Monarcas, y cadenas y grillos á los piés de la Iglesia postrados con reverencia de rodillas y diciendo al mismo tiempo con la sonrisa de Judas:—Que los Papas bendigan, y que los Reyes reinen, ¡pero que ni unos ni otros gobiernen!—Mazzini, al contrario, arroja el guante al palenque, desafía á los Reyes y á los Papas, y dice:—Fuera Reyes y fuera Papas: ¡el pueblo es Dios, y como á tal le pertenece la corona y el incensario: ó se lo cedeis buenamente, ó de lo contrario os declaro guerra (1)!

(1) Este paralelo excitó contra el autor, segun el mismo dice, las iras de los *Moderados*, quienes en los periódicos le trataron de *Mazziniano*. Sobre lo cual dice que le prefiere á ellos. «Yo, añade, soy franco, y deseo franqueza: aborrezco la impiedad de José Mazzini; detesto la guerra que hace á Dios,

Dice esto, y obra; y es servido, obedecido y temido de sus hechuras más puntualmente en las más arriesgadas empresas, que lo fueron los tiranos de la Edad media d sus infantes perdidos y de sus lanzas rotas, que se sometian en vida y en muerte á la voluntad de sus señores. De suerte que, cogidos algunos mazzinianos por la vigilancia de los Gobiernos, y encerrados en las cárceles ó acaso ajusticiados, al punto les sustituyeron en sus empresas otros más temerarios que ellos; quitados estos últimos, vienen decididos otros; y así sucesivamente, sin un instante de tregua ni de descanso. Esta actividad y perseverancia es propia para avergonzar á los desidiosos que, rascándose la cabeza y volviendo la vista al cielo, se cruzan de brazos, y van diciendo por Italia, como si fuesen mujercillas:—¿No sabeis que corren en público y particularmente endiablados escritos de Mazzini y se envian por el correo en forma de cartas á los que los quieren lo mismo que á los que los detestan? ¿No sabeis que los mazzinianos están en gran movimiento, recorren las provincias y las ciudades, traen órdenes, preparan nuevas conspiraciones, y amenazan con hacer grande estrago y carnicería? ¡Dios mio! ¿qué será sucesos se nos preparan! ¿Acaso no hemos sufrido

---

de nosotro ? ¡Qué calamidad! ¡Vírgen santa! ¡qué á la Iglesia, á las autoridades legítimas y á todos los órdenes sociales, pero digo que es franco; al paso que los *Moderados* se dirijen al mismo fin que Mazzini, pero con la más pérfida y maligna hipocresía.

bastante? ¡Vemos á veces tales fachas, tales barbas feroces, que se nos comen con la vista!»

Y en efecto, se os comerán vivos si no les oponeis otro dique que vanas palabras é inútiles esclamaciones. Ellos conocen mejor la índole de la gente honrada que ciertos bachilleres que andan disputando acerca del aumento del buen sentido de los pueblos. Haced (Dios nos libre) que estalle el furor de una revolucion, y luego vereis si el buen sentido de los pueblos italianos se levanta á combatirla. En Francia no digo que no; pues los ciudadanos, cansados de revueltas y trastornos, están preparados para sofocarlos en sus principios; pero en Italia, no han padecido todavía bastante para decir á los conspiradores:—Alto ahí. Lejos pronto de nosotros, ó de lo contrario.... ¡Pura broma! El uno huiria por un lado, el otro por otro, este se encerraria en su casa á rogar á Dios; y tampoco faltaria alguno que por salvar la piel gritaria en ellos:—¡Viva!... ¡Muera!...

Mazzini que estaba enterado de todo esto, á principios de 1848 envió sus emisarios á todas partes á Toscana con Torresini, y á Roma con Beltrami; y allí, despues de las asonadas de 1.° de Mayo, empezaron á estrecharnos más y más; y desde entón es, viéndose auxiliados admirablemente por los ministros Galleti, Mamiani y Campello, hicieron prodigios. Todas sus esperanzas se cifraban en la guerra de Lombardía y de Venecia, y prometíanse que al fin llegarian al logro de sus cristianos intentos, haciendo como quien perdona al Papa su Encíclica de

29 de Abril, y llevar poco á poco las cosas á tan buen término, que podrian decirle con la mejor gracia del mundo y como respetuosos hijos:—Santo Padre, ¿quisierais (por una generosidad vuestra se entiende) hacernos algun lugar en el gobierno del Estado, y retiraros (esto sin que os sirva de molestia) á rogar por nosotros en San Juan de Letran? Os lo agradeceriamos infinito. Nos resignaremos con toda paciencia y conformidad al fastidio de gobernar, lo que haremos con afan, y emplearemos todas nuestras fuerzas sacrificándonos por el bien y la felicidad de los amados pueblos de la Iglesia.—¡Oh, qué hombres tan dignos y amantes de la Santa Sede! ¡Qué caridad! ¡qué suavidad! ¡qué mansedumbre! Su celo mereceria elogios de parte del melífluo San Bernardo.

Esto iba disponiendo y urdiendo, parte en secreto, parte en público; pero (como Mazzini escribia á Marrast á Paris) para debilitar el ejército de Radetzki, habia ántes urdido, por medio de sus secretos emisarios, nuevas conspiraciones, y arreglado y preparado nuevas sublevaciones en Bohemia, Hungría y entre los Eslavones, capaces de hacer perder el ánimo al viejo mariscal, de debilitar el ejército y de sembrar la mayor confusion en todos los órdenes del imperio. Al enviar despues Beltrami á Roma, deciale como gran maestro:—Amigo, anda sobre tí: no adelantes un paso sin que ántes hayas tentado el vado. No hagas como Torresini, que es demasiado alborotado, pendenciero y furioso: ¡qué diablo! mo-

dérale. Este, con su furia, va á echarnos á perder las redes, y á romper los lazos ya tendidos; pues la Toscana es ya nuestra. En Roma, procurarás engolfar á los más ardientes: la empresa es grande; pero hemos ya corroido tanto con limas sordas las vigas del Vaticano, que apénas se sostienen, y un buen martillazo bastará para que todo el edificio se venga al suelo. Pon la segur en la raiz, corrompiendo á las masas; si algunos bribones del pueblo están en favor nuestro, déjales hacer y luego verás. Hay muchos que todavia persisten en creer que son buenas para algo las reformas: ¡Infelices! ó todo ó nada. ¿Creen estos que estamos luchando hace veinte años, para luego refrescarnos la boca con un sorbito de reformas? Primeramente sea echado de Italia todo extranjero, y en seguida todos los Reyes con el Papa delante: despues la unidad de Italia y toda del pueblo. Este, que es el Rey y el Papa de sí mismo, no tiene ya quien lo venza.

Estas fueron algunas de las instrucciones que Mazzini dió á Beltrami y á otros emisarios, enviados á últimos del año 1847, y al principio y á mediados de 1848, á todos los estados italianos. Pero en el cielo se hacian otros cálculos muy distintos, y Mazzini no podia enviar sus agentes allá arriba, á esa Roma y á ese Papa, para confundir sus cálculos y desconcertar sus proyectos. Con todo exclamaba:—Dios lo quiere;—y parecia un heraldo á quien Dios hubiese dicho al oido sus secretos, para que los publicase entre las gentes.—Dios lo quiere,—repetian

desde Palermo á Milan los pregoneros de Mazzini.—Dios no lo quiso.—Y ellos pertinaces en poner en todos los folletos impresos en Piamonte, Toscana, Roma y Nápoles:—Dios lo quiere.

CAPITULO IX.

LAS DOS CUÑADAS.

Habia entónces en Roma dos cuñadas, mujeres de dos hermanos, los que vivian en una misma casa, y bajo un mismo techo; ámbas tenian hijos pequeños, y se sentaban á una misma mesa: la una con su marido y sus hijuelos á un lado, y la otra con los suyos al otro; á la testera de la mesa estaba sentado el anciano suegro, y en el extremo opuesto un Canónigo, hermano de los dos maridos.

Era una familia muy rica, en que abundaban toda especie de comodidades; y el viejo era aficionado á la buena comida y á tratarse á lo grande; pues aunque no fuese de alcurnia patricia, no obstante su padre habia sido administrador de las inmensas haciendas de los Príncipes romanos; habia adquirido grandes riquezas con el comercio de granos, de ganado vacuno y caballar, pues tenia grandes vaquerías y criaderos de donde salian las mejores razas de caballos, así de tiro como de montar, siendo el

proveedor en la remonta de la caballería pontificia de dragones.

Muerto este, su hijo cerró los libros del tráfico, y compró para sí grandes haciendas de los frailes, que se vendian á ínfimo precio en los trastornos del año 96; procuró aumentar sus productos, y de resultas de dicho aumento colocó su dinero en los Bancos con grandes beneficios. Sus hijos tomaron por esposa á dos jóvenes interesantes y de rica dote, siendo una de ella heredera por añadidura, lo que la hacia presentarse erguida así en casa como fuera. La esposa del hijo menor era mucho más hermosa y agraciada que la muy rica; pero hacia poco caso de su hermosura y atractivo, cosa rarísima en las mujeres: era una jóven muy sensata y dada á la devocion, frecuentaba la iglesia, sin faltar en nada á las obligaciones de su estado. A la otra, por lo contrario, gustábale el boato, y vestia con gran lujo, presentándose con vistosas galas, joyas y elegante tocado, á fin de llamar la atencion en el teatro, en las tertulias y en las fiestas más brillantes de Roma.

Estas dos mujeres, ámbas de buenas costumbres y afables, así en la familia como delante de los extraños, conservaban toda la apariencia de hallarse entre sí en la mejor armonía y conformidad, y jamas en su trato y modales delante de sus maridos soltaban palabra alguna desagradable, ó que se separase un punto de los miramientos de esa cordialidad exterior que conviene á dos buenas cuñadas. No obstante, la más prudente era algo mordaz y

satírica en sus palabras cuando estaban solas, y la otra incurria en mal humor y caprichos altaneros, que nacian de su carácter altivo y vanidoso. Así, pues, por la más leve causa, la primera soltaba una palabra como al acaso, y la otro replicaba con alguna expresion picante; y miéntras, seguia cosiendo ó bordando, poníase colorada y ceñuda, mostrando un repentino y vivo resentimiento; luego, llamando á su hija Clarita, que estaba retozando allí cerca con su primito, le alisaba y arreglaba los cabellos, diciéndole:—Cuidado que andes desaliñada como una beata. La otra, más dueña de sí, aparentaba no haber oido, y no se inmutaba; ántes alguna vez asomaba en sus lábios una agradable sonrisa.

Pero cuando sobrevino la época tempestuosa del año de 1848, la más aficionada á las diversiones del mundo, en su frecuente trato con jóvenes ligeros y casquivanos, y con hombres de poco juicio y ménos fe, hallábase en las tertulias y en los conciertos de música, rodeada de gente que disputaba con todo calor acerca de las circunstancias del dia en Roma. Despues de una armoniosa sinfonía de Rossini; de una hermosa composicion de Verdi, ó de una dulce melodía de Bellini, recaia la conversacion en la política, y se oian pareceres y disputas tan insensatas y malignas, que dichoso quien salia de allí con un átomo de veneracion al Papa. Las mujeres, por lo regular, tienen un alma bondadosa y dulce; y así como saben apreciar más que los hombres el sumo

bien de la paz y seguridad doméstica, así también allí donde sobrevienen perturbaciones públicas y cambios de estados, acostumbran á inclinarse al partido de la paz y del órden, y se apegan á las instituciones antiguas. Y si entre la inconstancia de las humanas vicisitudes llega á peligrar la religion, el sexo devoto se pone luego sobre sí para rechazar los engaños, las seducciones y los manejos de los impíos. ¡Ay del que hiere á la mujer en un punto tan delicado! En tal caso aguza ella el ingenio, y mantiene la frente erguida delante de los que considera como sus enemigos, con tal intrepidez, que muchas veces les deja con la palabra en la boca, ó los confunde con una severa mirada.

Esto lo sabian muy bien Mazzini y demas agitadores de las sociedades secretas; y todavía más conocian que en Italia, y señaladamente en Roma, la fe y la piedad están profundamente arraigadas en el ánimo de las mujeres. La mujer romana, será si se quiere afecta al gran mundo, de genio sobrado alegre y poco reservada; pero es rarísimo que en el fondo del corazon no conserve encendida la llama de la acostumbrada piedad.

Por lo mismo, esos hombres astutos empezaron por dirigir sus engañosas miras á inculcar en el ánimo de las mujeres, que la actual agitacion tendia á la mayor exaltacion y gloria de la religion; que las reformas que se pedian al Papa junto con la libertad eran favorables al culto divino; que aunque se quitase al Pontífice su autoridad civil, que-

daba siendo siempre el padre de los fieles, y más desembarazado todavia de los negocios temporales; que no tuviesen la menor duda en que Roma seria siempre la capital, y la reina del orbe católico, y por fin, que quitados los malos humores de los súbditos oprimidos por la prepotencia y la ignorancia de los clérigos, seria la metrópoli más feliz del mundo.

Las buenas gallinas se preparaban con el mayor contento á empollar esos huevos, de que debia nacer tanta felicidad; y si algun hombre discreto y probo les dijo lo contrario, y trató de avisarlas con dulzura, de que estaban empollando serpientes y basiliscos, ellas, semejantes en todo á las gallinas cluecas, se encrespaban con las crestas coloradas, batiendo las alas y vibrando el pico, cloqueaban y se arrojaban á los ojos que era una maravilla. Algunos hubieran preferido tener que domar un leon á tener que ver la obtinacion de esas mujeres: tan empeñadas y porfiadas se mostraban en defender su erróneo opinion; y eran en esto tanto tan más peligrosas en cuanto los hombres que las tenian en opinion de nécias, para nada se cuidaban de ellas. Pero el mal fué creciendo en tan desmedidas proporciones, con especialidad en Roma, que despues del triunfo de los aliados y de la vuelta del Papa, al paso que muchos de los hombres rectificaron sus erróneos juicios, la mayor parte de las mujeres porfiaron en su maligno empeño, siendo las más obstinadas y testarudas las pertenecientes al ínfimo pueblo y á la

plebe, á causa de su natural cortedad de entendimiento, y de que no pudiendo comprender los argumentos contrarios, hacian como los niños malcriados que gruñen y desprecian las advertencias de sus padres.

Así las dos cuñadas muy á menudo se enredaban en estas cuestiones; y Laura, que era enteramente del partido blanco, engañaba á Matilde, á la que daba el odioso nombre de negra.

—Yo no soy negra, ni verde, decia Matilde, y haces muy mal en introducir en esta casa, en que siempre dominó inalterable el único color de la paz y de la armonía, estas locuras de blancos y negros: si fuese yo Jacobo tu esposo,...

—¿Y qué harias si fueras Jacobo? replicábale Laura con enfado: lo mejor que puedes hacer es irte á rezar padres nuestros en San Agustin, y dejar á los maridos ajenos que sigan de buen humor con sus mujeres.

—Yo no digo que....

—Tú dices bastante, y Jacobo es un tonto en dejarse conducir por Felipe tu amabilísimo consorte, que es más negro que el carbon. ¡No le toqueis al Papa! Me tiene tan fastidiada, que sino llegamos á una separacion....

—Ya la tenemos en la separacion: de manera que una no puede decir en paz su parecer sin que al momento vaya todo á sangre y fuego; y para apagar ese incendio basta con hablarle mal del Papa, de los Cardenales y de los Prelados. Vamos Laura, ya es

tiempo de que esto acabe: ¿quiénes son los que tienen al Papa y al gobierno eclesiástico en tanto desprecio sino los atolondrados, los impíos y.... y lo diré sin ambajes, los malvados?

—¡Oh papista sin caridad! ¡La santarrona! No hay cuidado de que se confiese de estas palabrotas dichas á unos buenos cristianos. Pero los clérigos tratándose de sus intereses tienen una moral aparte. El que habla mal de ellos, que descubre sus artificios, sus engaños, su ignorancia, su orgullo y sus flaquezas, este es un malvado, un hereje, un impío; y en lugar de reprender á los penitentes que les dan tan calumniosos dictados, les animan y derraman sobre ellos un diluvio de indulgencias plenarias. ¡Muy bien! ¡perfectamente!

—Aquí no hay intereses que valgan, mi querida Laura. La culpa es de los que blasfeman de las cosas sagradas, y no del que llama bribones á los que las blasfeman. ¡Vaya! al oirles, quien tiene la culpa es el Papa en querer mandar en su casa; y gritan que debiera confesarse de ello como de un sacrilegio, y el confesor si tuviese conciencia no debiera darle la absolucion si primero no restituyese lo usurpado.

Esto he oido con mis propias orejas de boca de tus amigos que llevan barbas en punta y rizados bigotes. Ya sabes de quienes hablo, y mejor fuera para tí y para tu alma que no les conocieras. ¡El Papa restituir el Estado, eh! Así pues, el Estado de

la Iglesia es propiedad de los Mamiani, Galletti, Sterbini, Ciceruacchio.....

—Silencio, burlona; tú hablas conforme te dicta el gazmoño de D. Estéban, que te enseña en la escuela de los retrógrados, como un hombre falso que siempre ha sido, y un zorrastron con sotana, hebillas de laton y manteo cruzado sobre el pecho como un santurron ó el Tartufo de Moliere.

—Miéntras me respondas con insultos de verdulera, desde luego te digo que tienes razon.

—No señor: ahora voy á presentarte un argumento capaz de aplastar á tu D. Estéban. El Estado de la Iglesia no es de Sterbini, ni de Ciceruacchio, sino del pueblo. Los Papas no tienen ningun derecho sobre él; al paso que Mamiani, Galleti y demas, son representantes del pueblo, y elegidos por este para representarle.

—¿Ciertamente? Lástima, querida Laura, que no lleves calzones, pues fueras un tribuno de la plebe, y no tendrias rival en esto de representar el pueblo soberano. ¿Con que sí? ¿Qué dirias si en esta nuestra casa nos levantásemos y alborotásemos todos delante del aposento de nuestro digno suegro, y gritásemos:—¡Ea! ya es tiempo de que esto concluya, señor D. Ignacio: vengan acá las llaves de vuestras arcas y vuestros libros de cuentas pues tenemos un derecho á la posesion de vuestro dinero: los poderes son nuestros, los muebles, alhajas de oro y de plata y las joyas de la casa nos pertenecen de justicia; las tierras, las granjas, los graneros y los gana-

dos constituyen nuestra herencia comun; en cuanto á vos, señor suegro, no os queda lugar: permaneced en vuestra estancia, rezar el rosario y no os molesteis más en la administracion de estos bienes, la cual encargaremos á Jacobo ó á Felipe, ó á quien se nos antoje.

—¿Qué te parece, Laura? Y observa que Jacobo y Felipe al cabo son herederos naturales; ¿pero quién ha investido al pueblo con el señorío del Estado? Si tiene derechos sobre el Papa y puede quitarle el Gobierno, ¿por qué no habia de tenerlos tambien sobre los Príncipes romanos? Por qué no podrá decirles:—Señores, tal terreno es nuestro, y queremos administrar sus rentas; estos magníficos palacios son nuestros, y queremos habitarlos y cobrar sus alquileres: estas galerías de estátuas, de cuadros, camafeos, pinturas y vasos antiguos, son patrimonio del pueblo romano?—¿Qué te parece, Laura? Y si añadiesen:—Señora Laura; ¿estos hermosos aposentos, estos ricos y elegantes salones, estas soberbias colgaduras y tapicerías, estos sedantes cortinajes, estos ostentosos muebles, esas agripinas, esos divanes, ese piano, todo es nuestro; y así podeis iros en paz y dejarnos en su posesion?..... Y si luego bajasen á la cochera y á las caballerizas, soltasen los caballos, sacasen los coches, y dijesen al cochero enganche los tiros y súbete al pescante, que queremos dar un paseo por Roma.—¿Estarias muy satisfecha de la célebre doctrina de los derechos del pueblo?

—Esto, señora mia, es ir fuera de camino y tergiversar la cuestion. Estamos hablando de los Clérigos, y me sales con los Príncipes romanos. Los Sacerdotes celebran, rezan en el breviario, y así, que dejen gobernar á los seglares. Jesucristo lo dijo de un modo bien terminante:—Mi reino no es de este mundo.

—¿Conque Jesucristo ha dicho que era de Sterbini, de Ciceruacchio y de los demas mazzinianos? ¡véase qué ignorante soy! Hasta ahora habia creido que Sterbini era un médico de Vico, cuyo principado eran las boticas; y que Ciceruacchio era un carretero, cuyo reino se hallaba en las caballerizas y en la taberna de la plaza de la Oca..... ¿Y son, en efecto, verdaderos Reyes con corona? ¿Y todos los demas pordioseros que aspiran al imperio de Roma están tambien investidos del reino del Evangelio? ¿Y Jesucristo quitó al Papa y á los Sacerdotes las llaves de San Pedro, para dárselas á ellos?..... Regocíjate, Roma, por tus nuevos Reyes, y envanécete porque estos que son ricos van á derramar grandes tesoros, y caerá sobre tí el maná.

—¡Miren ahí la mordaz y la calumniadora..... miren cómo habla de los protectores del pueblo, de nuestros bienhechores, de los fundadores de la libertad romana, que pretenden librarnos de la tiranía clerical!....

—¿De la tiranía clerical dices? No quisiera yo, Laura, que nosotros ni nuestros hijos probasen jamas el liberalismo de esos nuevos Escipiones.

Cuando las dos cuñadas estaban más empeñadas en esa lucha de palabras, y que Laura preparaba á Matilde una punzante respuesta, entró Jacobo lleno de cansancio, y sin sentarse dijo á su esposa:

—¿Sabes, Laureta, que ahora mismo acabo de encontrar á tu hermano Gigio corriendo al cuartel de los bomberos de la Minerva para que acudan inmediatamente á apagar el incendio de su hermosa quinta fuera de la puerta del Pópolo?

—¡Pero Dios mio! ¿cómo ha sido, Jacobo, dime pronto cómo ha tenido lugar esta desgracia? ¡Fuego!

—La cosa más sencilla del mundo: anteayer Gigio en el café de la plaza de Colonna se encontró con la buena alhaja de Federico, quien en un corrillo de mazzinianos peroraba contra la autoridad civil del Papa, ensalzando las ventajas que procuraba á esos siete collados el ministerio laico. Gigio al principio tomaba su café sin despegar los lábios, miéntras que los demas decian cada cual lo peor que podia del Papa; pero cuando Federico dijo:—Vale más el cerebelo de la nuca de Mamiani que todos los grandes cerebros juntos de todos los Cardenales y del Papa,—entónces Gigio no pudo ya contenerse, y meneó la cabeza haciendo un gesto con los lábios; lo cual visto por Federico, se volvió á él como un dragon, diciéndole:—¿Tienes algo que decir en contrario, maldito negro?—A esto contestó Gigio con calma:—No sé por qué los eclesiásticos no

han de tener tanto talento como los legos, y saber gobernar como otro cualquiera que tenga ojos en la cara.

—No; pues la crisma sacerdotal desnaturaliza y cuece sus cerebros, y el hallarse contínuamente entre el *Gloria Patri* les evapora los cascos. Que arreglen pues á las viejas; aténganse á la Misa y á procesion, y déjense de gobernar el Estado (1).

—Con todo no han faltado Papas que enseñaron á gobernar á célebres Reyes y Emperadores, y Cardenales en cuya comparacion fueron niños de la escuela los embajadores y ministros de las más vastas monarquías de la cristiandad. No hay sino leer la historia.

—¡Qué historia! No queremos estar ya más sujetos á unos imbéciles.

—Viendo Gigio que se preparaba una riña, adoptó el partido de marcharse de allí. ¡Pero qué! A la tarde, miéntras volvia de su acostumbrada visita á Aurelia, al desembocar en el callejon del Bollo, vió apostado un moceton con la mano derecha escondida debajo de la casaca en disposicion de darle una puñalada en el corazon.

Pero Gigio, que es tan valiente como honrado,

---

(1) Si tan estupendo descubrimiento se hubiese manifestado sólo en los cafés, aun fuera ménos extraño; pero fué el caso que muchos periódicos publicaron la misma especie de que la crisma quita á los Sacerdotes la aptitud para el Gobierno. ¡Qué profunda filosofía!

sacando de sus faltriqueras dos relucientes cachorrillos, los apuntó á la frente del sicario, y en un instante le obligó á despejar la calle; en seguida dando vuelta por la del Peregrino, se fué á su casa. Ayer, un dia despues, vino Tomás, el arrendador de la quinta, diciéndole que por allí habian pasado dos figuras de las más feroces de la banda de Ciceruacchio; pidieron de beber, y se estuvieron examinando las ventanas del piso bajo. Que miéntras él se fué por vino, Mariquita su hija vió á uno de ellos que clavaba la vista en el establo y en la ventana del pajar. Luego que hubieron bebido, dijo otro:—¿Es esta en efecto la quinta del señor Gigio? Pero Gigio no hizo el menor caso de este significativo lance, cuando esta mañana llega un mozo corriendo á caballo y le trae la noticia del incendio.

Parece ser que habiendo por la noche saltado la cerca exterior, echaron agua ras en la puerta del establo, pegáronle fuego, y huyeron por el mismo camino, puesto que en el jardin se ven las mismas pisadas en opuestas direcciones, y junto á la cerca el terreno está removido y el rosal arrimado á ella está roto.

—¡Tunantes! exclamó Laura (olvidando los dicterios que acababa de prodigar á su cuñada), ¡malvados! ¿así se trata á los ciudadanos? ¿Esta es la seguridad de las propiedades de los nobles? ¡Incendiar las quintas! ¡atentar á la vida!

—Cree, Laura, repuso el marido, que si las cosas van siguiendo á este paso, pronto vendrán á

quitarnos los candeleros de plata de encima de la mesa, los cubiertos de dentro de los estuches, y lo crucifijos y pilas de agua bendita de plata de la cabecera de la cama. Y si Dios no pone remedio, nos incendiarán y derribarán las quintas del contorno de Roma, para vender luego los ladrillos y los conductos de plomo de las fuentes de los jardines. Dejémosles hacer y veremos prodigios.

Jacobo decia la verdad, y en cierto modo fué profeta: Laura pudo ver pocos meses despues con sus propios ojos todas estas trajedias; y acaso tuvo que entregar sus colchones forrados de seda para cubrir los parapetos con que llenaron todas las calles de Roma en la época del sitio; y ademas tal vez vió despojada su rica casa de la vajilla de plata y oro, y de todas las alhajas, joyas y objetos preciosos. En efecto, fué tal el latrocinio público y privado, que si el viejo suegro no hubiese hecho enfardar toda la plata y oro y escondido todas esas riquezas en el fondo de los pozos y en lo más súcio de las cloacas, ahora Laura comeria con cubiertos de laton. No obstante, despues de tales excesos, hay en Roma mujeres tan mazzinianas qus se dejarian robar hasta la camisa por tener el gusto de ver reinar en el Vaticano á Mazzini en lugar del Papa, padre de los fieles, y gloria, lustre y espendor de Roma.

Pero debemos decir la verdad: estas mujeres, ya pertenezcan á la clase media y acomodada, ya á la plebe, quisieran á Mazzini porque apetecen la licencia y quitarse de encima la ley pura y santa,

aunque severa, de Jesucristo; para desembarazar sus conciencias del remordimiento, que las remueve de continuo á consecuencia de su torpe conducta. Si el Papa cambiase el Evangelio, y como Mahoma, que en su ley hizo lícito el placer, dejase obrar sin freno á esas mujeres libidinosas, entónces ni con sus palabras ni con sus hechos procurarian tan funestos cambios de gobierno; pero Mazzini, que pregonando al hombre dios y á la mujer diosa, les dice con su panteismo:

Que no hay código más justo
Que el que hace una ley del gusto.

Mazzini, decimos, se atrae la buena voluntad (ó las simpatías, como hoy las llaman) de nuestras heroinas, que precisamente por esto le prefieren al Papa, y hasta le miran como su dios.

—Hé aquí, dijo luego Laura, los negros son todos como mi querida cuñada Matilde; que cada mañana va á barrer el empedrado de las iglesias, á suspirar delante de todas las Vírgenes, y meter los dedos en la lamparilla de San Agustin y cada ocho dias á husmear en las rejas de los confesonarios, y despues..... despues no tienen el menor escrúpulo en llamar malas mujeres á las que preferian el gobierno de Mazzini al de los clérigos. ¡Malas mujeres! me gusta la expresion. ¿No sabeis, negros de la coleta, que hay mujeres muy virtuosas y muy cristianas y religiosas, que preferirian Mazzini, Rosales, Beltrami y De Boni, á todos estos *Kirie eleison* de manteo, que no saben gobernar? Y no son sólo de nues-

tra opinion mujeres piadosas y virtuosas, sino muchos eclesiásticos doctos y santos.

—Hermosísima Laura, ahora que Matilde ha subido á su cuarto á dar una vista á sus hijos, ¿me permitirás que hablemos entre nosotros sin que nadie nos oiga?

—Muy bien: ¿qué quieres decirme?

—Aquí para entre nosotros, ¿cuánto hace que no te has confesado?

—¿Estás loco? ¿se pregunta esto á una señora?... No me confieso desde..... ¿qué se yo? desde que oigo decir á personas ilustradas que la confesion no es necesaria para salvarse.

—Muy bien, Laura..... ¿Y ese mazziniano tan bien peinadito, aficionado á las bellas artes, y que cada mañana va á casa de cierto escultor..... ¿me entiendes? miéntras que tú, diciendo á Jacobo que vas á Misa, vas tambien allí á ver como adelanta una hermosa estátua?....

—Eres un impertinente.

—Perdon, Laura mia, decíalo por broma. No hay duda que las mazzinianas son todas muy religiosas y dotadas de gran virtud; pero ¡véase qué casualidad! todas ellas, todas, sin escepcion, se asoman tan raras veces á las rejas del confesonario, que seguramente no impedirán que se llenen de orin, ni que las arañas extiendan en ellas sus delicadas telas.

—Dale otra vez: para vosotros los negros la virtud consiste en confesarse, en ir á Misa cada dia, en no frecuentar los teatros, las tertulias, los bai-

les, y en sepultarse vivas en casa con los hijos y los criados, como en los siglos de la bella Gundeberta y de la sábia Burganda de Groninga: ¡oh qué bienaventurados tiempos! Ciertamente estas magníficas ranciedades no hubieran preferido Mazzini al gobierno pontificio. Pero, queridos mios, los tiempos han cambiado: ahora necesitamos del cristianismo civil, humanitario, fraternal, que sabe prescindir del padre confesor.

—¡Hola! ¿con que los más doctos y santos Sacerdotes, que son contrarios al gobierno pontificio (y son tan pocos; que pueden contarse) estos tambien dan p co que hacer al confesor lo mismo que las mazzinianas? Nosotros, no obstante, sabemos perfectamente cual es su doctrina y santidad; y tú misma en el trance de la muerte no los quisieras junto á tu lecho para que te hablasen en nombre del papa Mazzini, y te dijesen:

—Laura, muere en paz: tú eres la diosa celestial, y tu estancia es el cielo: para los panteistas no hay infierno; este es para los negros y retrógrados, muere y vuela á recibir el premio de tus virtudes.

Laura bajó los ojos, y no supo qué contestar, pues todavía sentia dentro de sí un resto de fe romana; pero en Roma en tiempo de la república, y aun ahora mismo, existieron y existen mujeres tan seducidas por la astuta falacia de los mazzinianos, que causa horror oirlas hablar mal del Gobierno pontificio; y entre ellas hubo muchas que recibieron su subsistencia, y la reciben todavía, de la Congre-

gacion de la Beneficencia pontificia, y disfrutan de las pensiones que les han señalado los buenos Prelados por amor á sus padres, que sirvieron al Gobierno: algunas ademas hablaban mal de los Clérigos, precisamente cuando las mantenia y vestia un hermano suyo Sacerdote, y un tio Canónigo les pagaba el alquiler de la casa, ó un primo Prelado sufragaba los gastos de los hijos de las mismas en las escuelas, y les procuraba lucrativas ocupaciones, ó casaba ventajosamente á sus hijas: otras, despues de haberse mezclado en algun corrillo de mazzinianos diciendo pestes del Gobierno eclesiástico, salian de allí y se dirigian á solicitar socorros de algun Cardenal; y luego de haberlos obtenido, teniéndolos aún en la mano, maldecian á sus mismos favorecedores.

¡Cuántas nobles almas, al leer semejantes monstruosidades, no exclamarán en su interior:—¡El autor miente!—Teneis razon, miento.

CAPITULO X.

ERSILIA.

Aser, aunque estaba metido en los abominables ritos de la secreta alianza alemana, y era sumamente activo y diestro en dirigir conspiraciones, con todo, en la práctica estaba dotado de la natural nobleza de los alemanes y de la grandeza de alma que rechaza la vileza, la traicion, y odia profundamente el asesinato. Apetecia la república universal, y dedicaba todos sus esfuerzos al logro y realizacion de este sueño; pero hubiera querido alcanzarlo (si fuese posible en tan pérfidas tramas, cosa que no lo es) con armas corteses; es decir, insurreccionando á los pueblos contra los Monarcas. Durante toda la guerra de Venecia y Lombardía se portó siempre como valiente; y en clase de comisario de guerra y de ayudante de campo, se halló en casi todas las grandes acciones, en el Silo, en el Piave, en el

Bacchiglione, en el Adige, en el Mincio, y en todas partes dió pruebas brillantes de su arrojo y prodigioso denuedo, y de su consumada prudencia.

Pero precisamente con esa conducta heróica parecia decir á los italianos conspiradores:—La mayor parte de vosotros sois unos cobardes, que miéntras alzais el grito hasta el cielo clamando por la independencia de Italia, permaneceis arrellenados en los sillones de las asambleas de Roma, de Nápoles, de Florencia y de Milan, echando á la guerra á los valientes jóvenes, miéntras que os teneis por unos Césares, cuando sólo sois unos Seyanos. Así tambien, peores que los Silas, en vuestros tenebrosos conventículos firmais proscripciones y sentencias de muerte contra ciudadanos que no piensan como vos tros, para que les hiera por la espalda y á traicion el vil puñal del sicario. Y miéntras nosotros combatimos á pecho descubierto y lealmente al extranjero (que aun venciéndonos nos alaba), vosotros en las sombras del misterio designais los mortales acechos que sorprenden traidoramente al pacífico italiano, el cual cae bañado en su propia sangre, herido acaso por quien le debe beneficios, ó por un pariente y hasta por un amigo de la infancia. ¡Qué oprobio! Entre Liorna, Bolonia, Ancona, Sinigalia y otras ciudades italianas, murieron asesinados tantos ciudadanos, cuantos cayeron bajo los cañones, fusiles y sables de los austriacos en el campo de batalla. Y sólo en Italia hubo más asesinatos que en Francia, en la alta y baja Alemania,

en Bohemia y en Hungría todas juntas, á pesar de estar en estos pueblos no ménos enconados los ódios y las pasiones políticas. ¿Qué concepto formarán las demas naciones de la santa causa de la independencia italiana, viendo que entre nosotros es mayor el número de los asesinos que el de los soldados? ¿que mejor sabemos asestar la punta del puñal que que el de la bayoneta? ¿que tenemos un corazon de tigre para degollar en un callejon á un desprevenido ciudadano, y de liebre para combatir con arma blánca en el asalto de una chinchera? ¡Oprobio y execracion á esos infames!

Esto decia á menudo Aser en Roma en el círculo popular, en las ciudades por donde pasaba, y lo escribia á sus semejantes; y cada vez que llegaba á sus oidos alguna nueva víctima de la jóven Italia, se desahogaba con estas generosas invectivas; y aun sucedió muchas veces que tratando con mazzinianos y obrando este sin ninguna reserva en su presencia, libró del desapiadado furor de sus secretas sentencias á no pocos desgraciados. Pero este desprecio subió extraordinariamente de punto en una cruel circunstancia, en que pudo tocar con sus manos y ver con sus ojos toda la infernal y bárbara rabia de los sectarios hácia aquellas personas á quienes odian y temen como contrarias á sus designios.

Hallándose Aser una tarde de Junio en una exploracion muy importante para el éxito de cierta empresa, y yendo á la descubierta con una partida de

cazadores, llegó á un suntuoso palacio situado en una elevada y hermosa llanura, el cual era la quinta de un conde.

Este veraneaba en ella alegremente, y en el otoño se dedicaba á la caza y se recreaba en cabalgatas y otros placeres. Dicho conde aquel dia habia ido á la ciudad; y Aser, despues de haber alojado sus soldados en algunas estancias del piso bajo, fué recibido por el administrador arriba en el palacio en una pequeña estancia con el teniente de la compañía. Los soldados refrescaron como unos príncipes; y luego de terminada la cena, y apuradas varias botellas, fueron á reunirse en un cercano prado para gozar de un fresco airecillo, que despues de puesto el sol meneaba blandamente las hojas de los árboles del inmediato bosquecillo.

A un tiro de flecha del dicho palacio, levantábase con imponente majestad un antiguo castillo del siglo XIII, con sus muros almenados, sus baluartes, sus saeteras, sus torres y demas en un perfecto estado de conservacion, con sus fosos, estacadas, puente levadizo y murallones cubiertos de yerbas solitarias y agrestes. Aser y sus soldados estaban examinando esta antigua fortaleza, cuando llegaron á ellos algunos aldeanos y guarda-bosques del señor, y les dijeron con aire misterioso:—¡Dichoso aquel que pueda hallarlo!

—¿Qué? dijeron los soldados.

—Señores, en este castillo hay escondido un grad tesoro, segun le aseguran todos nuestros ancianos.

—¿Y cómo lo saben vuestros ancianos? ¿Y quién lo puso allí?

—En los tiempos de los galispanos y de los austrosardos, dijo un jefe de guardabosques, hubo en estos alrededores una gran batalla, en que los galispanos llevaron lo peor. Viendo estos que sus contrarios se habian ya hecho dueños de las inmediatas colinas, y que bajaban hácia ellos de todos lados, en medio de la derrota quisieron á lo ménos poner en salvo su tesoro. Con este intento bajaron á los profundos y negros subterráneos del castillo que teneis á la vista, y allí enterraron sus arcas atestados de hermosos doblones españoles. ¡Ahí es una friolera! Mi bisabuelo contó el hecho á mi padre cuando era jóven, añadiendo que un tio suyo ayudó á cavar la tierra, por lo que despues los españoles quisieron matarle; pero tuvo la suerte de escapar de sus manos.

—Entónces, ¿cómo es que, ó tu bisabuelo, ó todos vosotros no habeis ido despues á desenterrarlo? No obstante, pudiérais haber ganado un buen jornal.

—Esto es muy bueno para decirlo; pero, ¿quién será el loco que quiera bajar á ese infierno? Pues habeis de saber que es lo mismo que una boca infernal. Allí, desde que los espíritus se enseñorearon de aquellas cuevas, celosos de tan precioso tesoro, seguramente no habrá mortal que se acerque, y desgraciado de quien lo intentase: vense salir llamas y rayos, se oyen truenos, la tierra tiembla,

quiébranse las piedras y las negras bóvedas se destruyen y dejan sepultado al temerario que se atreve á poner los piés en esas tenebrosas profundidades, ó á dar un golpe de azadon en el suelo que cubre las arcas de bronce.

—¡Cáspita! exclamaron los valientes: tener miedo de los espíritus, de fantasmas y de espantajos. Nosotros somos aquí cuarenta, y bastaríamos diez para desbaratar y hacer volver las espaldas á un ejército de diablos, cortarles los cuernos y arrancarles la cola y las uñas. Con que amigos, ánimo, haced manojos de sarmientos, encenderlos y venid con nosotros.

—Pero señores, mirad que..... con el diablo no valen bromas: si se apagan las luces quedamos sumergidos en las tinieblas, y entónces nos ensartan como cuentas de rosario. A lo ménos id vosotros delante.

—Pronto, gallinas, vengan pronto los haces; ó sino..... Miéntras que los aldeanos fueron á buscar los sarmientos para las antorchas, el jefe de los guardabosques continuaba haciendo todos sus esfuerzos por apartar á Aser de aquel intento; pero Aser decidido á dar aquella diversion á sus soldados, luego que hubieron encendido los haces, dijo: —Adelante; y tu guardabosque, guíanos. Pasaron el puente levadizo y penetraron en el castillo. Despues de haber recorrido su interior, se hallaron en la esplanada junto á un murallon, á cuyo pié se veian montones de escombros y de piedras derrui-

das del muro cubierto de yerbas y arbustos sombríos y melaneólicos, de gramineas y punzantes cardos.

Adelantaron más, y por pasillos y angostas escaleras bajaron hasta debajo de los cimientos de los torreones. Así fueron descendiendo dejando á derecha é izquierda la entrada á las casamatas que comunicaban con las estacadas del contrafoso, á fin de facilitar la salida á los sitiados.

Los soldados al internarse por debajo de las mohosas bóvedas, empezaron á sentir al un estremecimiento, que atribuyeron al frio y á la humedad; pero que realmente procedia de una sombra de miedo. Iban avanzando arrimaditos el uno al otro y casi pisándose los talones, como quien se cree tanto más seguro cuanto más cerca tiene al vecino. Finalmente, despues de multiplicadas revueltas, salieron á un pasillo larguísimo y profundamente oscuro, al que por causa de esta misma oscuridad llamaban los antiguos artilleros la Boca del lobo. En las mismas rocas de los cimientos habian escavado calabozos, cuevas y tumbas en cuadro de siete á ocho palmos, y que apénas cabia un hombre tendido, y algunas eran tan bajas que el que en ellas estaba preso debia permanecer encorbado ó echado en el suelo.

Por el lado del monte estos sepulcros de vivos tenian un respiradero en su parte superior que daba paso á un poco de aire y de luz; pero los que correspondian al interior eran verdaderamente oscuros

y tenian el aspecto de verdaderas tumbas. En ellas encerraban en los siglos medios á los prisioneros de guerra y á los reos de Estado, que ya no volvian á ver la luz del sol y morian de inanicion, de hambre y de desesperacion (1).

Miéntras que los investigadores del tesoro empezaban á horrorizarse á la vista de tan terribles y espantosos sitios, y que su terror se aumentaba por instantes á causa de la oscuridad, del silencio y olor de muerte, de improviso oyeron, ó les pareció oir, un gemido sordo y profundo, y les sobrecogió un susto mortal: los aldeanos iban ya á emprender la fuga, pero los soldados que formaban la retaguardia los detuvieron; Aser desenvainó la espada, y gritó:

—¡Al primero que se mueva lo paso!

Impuesto de nuevo el silencio, paró nuevamente el oido, y percibió un verdadero gemido humano que venia de debajo de uno de aquellos hornos ó calabozos. Cogió un manojo encendido, lo avivó agitándolo al aire, y vió en medio del suelo una gran losa de piedra; acercóse á ella y gritó:

—¿Quién hay aquí debajo?

---

(1) El autor ha visitado varios antiguos castillos, y casi todos más ó ménos tienen estos horrorosos calabozos; pero los que más se asemejan á estos que aquí se describen son los que hay en el antiquísimo castillo de Roberedo, edificado encima de la alta catarata del torrente Lenno, de los condes del Tirol.

Luego oyó una voz lánguida que respondia:

—¡Socorro, cristianos! ¡Bajad por las escaleras del lado y venid á socorrerme!

Aser dijo á dos soldados de los más valientes:

—Seguidme; y cogiendo al viejo guardabosque por el pecho, le dijo: Vé tú delante.

El guardabosque se puso pálido, y se le erizaron sus grises cabellos; pero tuvo que bajar á la fuerza el primero á la tumba. Despues de haber bajado diez escalones presentóse un recinto exágono que formaba lo interior de un torreon, á un lado una puerta cerrada con un enorme candado y una récia barra, que se afianzaba en la puerta y en la roca de la escalera. Aser quitó la barra, dió vuelta á la gruesa y enmohecida llave, y abrió la puerta. Pero ¡qué espectáculo se ofreció á su vista!

Echada encima de un monton de paja súcia y desmenuzada habia una criatura humana que no podia conocerse si era hombre ó mujer: en su cabeza se veia una enmarañada cabellera, que en parte le cubria la cara; y las facciones que podian verse se hallaban tan macilentas y demacradas, que causaba verdadera y profunda lástima. Lo restante de su cuerpo cubríalo á medias una desgarrada manta, que pegada á su cuerpo y consumida por la humedad, se caia á pedazos. Las manos descarnadas y súcias terminaban en unas uñas corvas, y las piernas estaban desnudas, lívidas y llenas de escoriaciones y de costras. La infeliz permanecia en el inmundo lecho, y á su lado no se veia más que un

cántaro de agua y un mendrugo de pan, un pucherito y un crucifijo de laton verduzco y negro en sus partes cóncavas, y lustroso en las partes salientes por el continuo manosearlo y besarlo.

—¿Quién eres? pregunte Aser horrorizado.

—Soy Ersilia, jóven de diez y ocho años, sepultada en este sitio hace diez meses.—Esto diciendo, cerraba los hundidos ojos que despues de tan largas tinieblas no podian soportar la luz de las antorchas; y apénas se iluminó el recinto, que la jóven cubrió su cuerpo lo mejor que pudo con sus andrajos y se incorporó.

—¡Desgraciada! esclamó Aser, ¿y quién fué el mónstruo que te encerró en este sepulcro?

La pobre Ersilia se cubrió la cara con ambas manos, y dijo:—Yo no sé por qué causa fuí encerrada aquí dentro, solo sé que todo nos viene de Dios, el que en su infinita bondad nunca nos abandona, y nos consuela hasta en el sepulcro con las dulzuras inefables de su gracia.

Yo deseaba con ardor consagrarme á él en un monasterio, y fué su voluntad que cayese en esta tumba: he sufrido, he padecido mucho, y si me sacais de aquí sereis el salvador de una inocente.

Aser no entendia este lenguaje celestial y permanecia como pasmado delante de aquel esqueleto de doncella; con todo, no satisfaciéndole aquella respuesta, dijo:

—Te pregunto quién te encerró aquí.

—Creed, señor, que quien me ha encerrado aquí

es más desgraciado que criminal, y le amo y le perdono. Tuvo la desgracia de caer en los lazos de las sociedades secretas; un funesto amigo lo hizo inscribir en la Jóven Italia, y desde entónces se volvió desnaturalizado y feroz. Pedí con amor á ese mi único y querido hermano que se desdijese y rechazase los impíos juramentos, que los detestase y abominase. Creed que le hubiera convencido y persuadido, si aquel infernal amigo y todos los demas sectarios no le hubiesen hecho grandes amenazas manteniéndolo encadenado á sus execrables conspiraciones.

Cierta noche, á principios de Setiembre del año pasado, vino una partida de ellos de la ciudad inmediata, y despues de la cena despidieron á todos los criados. Mi hermano hacia algun tiempo que se hallaba enfermizo, y yo temia que aquella vigilia é incomodidad le perjudicase la salud, pues profesábale un profundo afecto, por considerarle como un padre desde que murieron los mios. No quise dormir, y permanecí en un cuarto inmediato, desde el cual oí una gran contienda y gritería, diciendo:—No; el infame ha de morir, el Comité le condena.—Oí la voz de mi hermano que decia:—¡Es padre de tantos hijos! ¡su esposa le quiere tanto!—Eres un imbécil, respondian los demas: ¡muera el traidor!—Al oir tales palabras, dí un resbalon, y con la sacudida derribé un vaso de porcelana, que cayó al suelo y se rompió con estrépito.—Al oirlo mi hermano, vino de un salto á donde yo estaba, y

con voz sofocada, me dijo:—¿Qué haceis aquí, traidora? Vete al punto á acostar.

Me levanté abatida y me retiré á mi aposento; pero no quise acostarme en toda la noche, sino que la pasé orando con este mi crucifijo en las manos. Al amanecer mi ciego hermeno, perdido el color del rostro y rechinando los dientes de rabia, se abalanza á mí, cógeme por los cabellos, me apunta un puñal al pecho, y me dice:—¿Has oido algun nombre? —No, hermano mio, no he oido ninguno, y caí de rodillas á sus pies, abrazándole las rodillas y jurándole que sólo habian llegado á mí algunas palabras sueltas, pero ningun nombre propio.—Mi hermano se calmó un poco, aparentó creerme y me acarició. Luego me dijo:—Salgamos á dar un paseo, pues necesito respirar.—Y tomándome por el brazo, y dirigiéndonos á la alameda, me condujo á este castillo que se encuentra situado á su extremo. Despues que entramos en la esplanada, me llevó á ciertos corredores interiores, en los cuales hallé á este jefe de guardabosques, quien cogiéndome por un brazo me arrastró, llorosa y temblando en vano, á esta oscura caverna: me encerró, y cada veinte y cuatro horas me descuelga por un agujero de la bóveda un poco de agua y de comida.

Aser dirigió una mirada tan terrible á aquel miserable, que le hizo temblar como la hoja en el árbol.—¡Ah perro! la justicia de Dios te ha alcanzado: exclamó Aser cogiéndolo por el pecho y sacudiéndolo fuertemente contra el muro. Luego, vuelto á la

doncella, se quitó su ropilla militar, y con ella la cubrió, y ayudándola á ponerse de pié, la apoyó en los hombros de dos soldados, que lloraban de lástima, y así poco á poco la sacaron de aquella cueva. Pero Aser dió una fuerte puñada en la cabeza del guarda-bosque, con que lo hundió en el calabozo; luego cerró la puerta con el candado y la atrancó, gritando:

—Ahora probarás el horror de este sepulcro.

Dicho esto, mandó delante un soldado con la antorcha, mléntras que él con otro ayudó á subir á la extenuada doncella.

Los demas compañeros y aldeanos, que estaban esperándoles llenos de asombro, á una señal de Aser se dirigieron hácia la salida de los subterráneos; y haciendo cruzar los brazos de los soldados en forma de sillon, y sentando en ellos á Ersilia, la hizo llevar al Palacio ó quinta, en donde llamó á la mujer del arrendador, y le encargó que inmediatamente acomodase en una cama á la desventurada. Entónces supo de esta mujer, que el amo habia exparcido la voz de que habia enviado su hermana á casa de una tia suya, y decia á sus amigos que recibia de ella frecuentes noticias. Aser se horrorizó viendo la crueldad é inhumanidad de todos los sectarios, y maldijo el instante en que se inscribió en la Jóven Alemania. En pocas palabras escribió aquel horroroso descubrimiento al Obispo de la vecina ciudad, y envió la carta por un ordenan-

zá. A la mañana siguiente, ántes de amanecer, el coche del Obispo se hallaba ya en la quinta con el Prelado y un anciano Sacerdote, el cual, despues de haber dado las gracias á Aser por su bella accion, se apoderó de la doncella é inmediatamente la condujo á un piadoso conservatorio de doncellas, confiándola á la superiora hasta que la justicia proveyese, conforme á la ley (1).

(1) Este es el tercer caso de la misma naturaleza que llegó á noticia del autor, el cual, hasta concertó á una de esas víctivas de la barbárie de los hombres.

CAPITULO XI.

LOS ASESINOS DE ITALIA.

Pero ¿qué diria Aser (quien tenia un corazon de leon para luchar con armas nobles en favor de la libertad y aborrecia hasta tal punto la vileza y el asesinato), qué diria pocos meses despues de la guerra de Lombardía, oyendo tantas muertes crueles de ciudadanos italianos, heridos traidoramente? Los papeles mazzinianos ponen el grito en el cielo, diciendo que el *Hebreo de Verona* es un calumniador vengativo que insulta á los vencidos.—Si estos se tuviesen verdaderamente por rendidos y dejasen en paz á la Italia, esta nacion es tan generosa, que lloraria en silencio á sus hijos asesinados, á las viudas que perdieron sus esposos, á las madres de los que murieron, á los hijos que quedaron huérfanos, y á las familias que permanecen inconsolables; pero, lejos de mostrarse vencidos y pesarosos de las desgracias que han causado á Italia, todavia la amenazan de contínuo con otras más

terribles; y si de algo se arrepienten es de haber dejado ojos con que llorar y voz con que lamentarse.

En cuanto á la nota de vengativo, nos absuelve todo hombre de juicio recto; pues conoce que si hablamos de tales atrocidades, es teniendo á la vista á la noble é ingénua juventud italiana, rodeada de tantas seducciones, lisonjas, fraudes y mortales asechanzas para arrastrarla á los misterios de las sociedades secretas, que son el azote de la actual generacion. ¡Oh si esta noble venganza salvase, aunque no fuera más que á un solo jóven, de los muchos peligros que la cercan! ¡oh si todas las venganzas fueran de la naturaleza de esta, bien pudieran llamarse nobles y santas! Los mismos periódicos mazzinianos, con muestras de sentimiento, confiesan que detestan el asesinato y que se avergüenzan, lo cual les agradecemos tanto más, cuanto que no publicamos el nombre de ningun sicario, sino que estamos acordes en odiar el asesinato, y levantamos el grito contra los extranjeros que los italianos llaman raza de asesinos; protestando en alta voz, que para un solo asesino se levantan cien mil italianos á aborrecerlo con todas veras: y declaramos que el asesinato político nos vino de ultramontes, en donde Weishaup dictó los sanguinarios artículos del código del Iluminismo.

Sin embargo, los asesinatos se cometieron en

Italia, y á nadie calumniamos diciéndolo, detestándolos y deplorándolos, como efecto del furor de partido, atizado en nuestras comarcas por las facciones ultramontanas, y que en los ardientes pechos italianos se inflamó con más cruel intensidad que en otras partes. ¡Cuántas madres, cuántos esposos, cuántos hermanos y amigos hallarán un lenitivo á su dolor, una voz franca, oyendo que se lamenta, que se dirige compasiva hácia aquellas víctimas, y llama y excita hácia las mismas la compasion de toda Italia, honrando con una lágrima y un elogio á los buenos y virtuosos ciudadanos caidos bajo el homicida acero de los traidores, que salpicaron el claro rostro de la libertad con la inocente sangre de sus hermanos!

Dirán acaso, con mofa y envidia, los extranjeros que en Italia hay diarios escritos por plumas italianas, que se complacen en defender al sicario, en limpiarle la sangre que mancha su cara, y la bárbara mano que cayó traidora sobre el corazon del hermano mientras palpitaba de amor patrio; y luego si un pecho franco en honor de Italia escita á nuestros leales jóvenes á que detesten tan negros excesos, ¿le llamará calumniador?

¡Ojalá que la pública fama hubiese mentido, que nuestros propios ojos se hubiesen engañado, que las esposas abandonasen el luto, que ningun hijo se llamase huérfano, que nin-

guna madre penetrase en el desierto aposento á bañar de lágrimas la ensangrentada camisa de su único hijo, la niña de sus ojos y el báculo de su ancianidad!

Algunos pudieron escapar del lazo que se les habia tendino; otros tuvieron la suerte de sobrevivir á sus heridas, y no faltó alguno, que por especialísimo favor de Dios y de su ángel custodio, vió errar el golpe que le asestaron: todos estos viven y son testigos de que si el asesinato fué ménos certero, no fué por ello ménos atroz. El marques Francisco Borbon del Monte, jóven de esclarecido linaje, y de la sangre más ilustre y generosa de Italia, única prenda de sus altos progenitores, excelente esposo, querido de sus amigos, bendecido de los pobres, lleno de patriotismo y de viveza italiana, era coronel de la guardia nacional de un lugar cercano á Ancona. Cuando le intimaron que diese su voto en favor de la Constitucion romana, hallábase á caballo al frente de su legion, y respondió: que habia hecho juramento de guardar fidelidad á su legítimo Príncipe y padre el gran Pontífice Pio IX, y conservarle siempre la misma lealtad y el mismo á él y á la pátria estando dispuesto á derramar por esta sus bienes, su sangre y hasta su vida; pero jamas la fé.

Algunos dias despues, hallándose sólo en su estancia escribiendo á sus amigos, oyó abrir la puerta, levantó los ojos, y vió adelantarse há-

cia él un moceton con la mano derecha escondida en el pecho. El marqués, sin inmutarse, le dijo:—¿Qué quereis de mí á tal hora y así de improviso?—Vengo, contestó con altivez, á recibir órdenes para mañana que es dia de revista.

Cabo, replicó el marques, yo doy mis órdenes al capitan: id pues á verle mañana por la mañana, y él os dirá lo que habeis de hacer.—Mientras este iba adelantando con pasos inseguros y al sesgo, hé aquí que el mayordomo, que le habia visto introducirse ocultamente en palacio, entró detrás de él y se le plantó al lado. Entónces el traidor, serenando el rostro, dijo al mayordomo:—¿Por ventura temes algo por tu amo?—Y separó la mano del pecho. El marques, mirándole fijamente, le dió las buenas noches y lo despidió; luego, volviéndose al mayordomo, le hizo algunos encargos para el dia siguiente.

El asesino bajó la escalera lleno de rabia. Al atravesar el pátio encontró, á la puerta de la cochera á un palafrenero que salia con un cubo en la mano: y el asesino, impelido por una inconcebible sed de sangre dice:—Toma, vil criado, ya que no he podido matar á tu amo, á lo ménos te mataré á ti.—Y le descargó una puñalada en la cabeza y otras dos en el pecho; de suerte que el infeliz criado cayó bañado en su sangre.

Desearia que los filósofos y los que estudian las pasiones del corazon humano, supiesen ex-

plicarme en qué punto de esta entraña reside tan fiera y sangrienta brutalidad, esa sed de estermínio y de asesinato que sólo se satisface matando. ¡Cuán ardiente debe de ser esa rabia feroz de los instrumentos de la jóven Italia, cuando despues de habérseles escapado la víctima señalada, les vemos cebarse en un inocente, que no tiene otra falta que la de pertenecer en algun modo á su amo! Vimos estas bestiales atrocidades en Roma, en 10 de Noviembre de 1848, cuando despues de haber escalado la habitacion del Cardenal Portuense, lumbrera de la Iglesia, que por favor especial de la Providencia habia huido, no pudiendo encontrarle los asesinos para despedazarlo, se volvieron contra su retrato, al que dieron mil sablazos y lo hicieron pedazos; despues se arrojaron á la cama y dieron numerosas estocadas á la colcha, precisamente en el sitio en que solia acostarse el Cardenal.

En Génova vimos tambien el furor de los conspiradores invadir la casa de los Jesuitas de San Ambrosio; y como no hallaran á estos desventurados, acuchillaron y desgarraron á bayonetazos los retratos de los mártires de la Compañía que adornaban el patio y los corredores, añadiendo al furor el sacrilegio. No contentos todavía con tantas maldades, se ensañaron contra el monograma *Jesús*, que es la divisa de la Compañía: este nombre lo traspasaron en los cua-

dros, lo arrancaron de las paredes, de los altares y de las preciosas mesas de mármol. El dia de Pentecostés ¡verdaderamente horroriza! en que nació la Iglesia por las llamas del Espíritu Santo, recorrieron las ciudades fuera de sí, y no pudiendo acuchillar á los Jesuitas, que no se hallaban en Génova, con los puñales y escoplos borraron y destruyeron el nombre de Jesús, que se hallaba inscrito en las paredes y en las puertas de las casas de los ciudadanos piadosos, y devotos de este santísimo nombre. Así, arrimando escalas y subiendo por ellas con grande algazara, como si fuesen á dar el asalto á un fuerte, no buscaban otro enemigo que el nombre de Jesús, y contra este nombre, ante el cual se postra el cielo, la tierra y el infierno, desahogan su insensato encono, lo mismo que los turcos en la toma de Rodas y de Famagusta.

¡Miserables! Vosotros quitásteis á la ciudad su poderoso amparo; le arrancásteis de su frente la corona de gloria, del pecho el móvil de su fortaleza, y del brazo el escudo de su defensa. Génova, que más que otra ciudad alguna de Italia se adornaba, así en sus magníficos palacios como en sus casas más humildes, con la efigie y los nombres de Jesús y de María, tuvo que presenciar tan inicua desolacion. Pero tú sabes, Jesús, que Génova no te arrojó de su corazon; y aunque los impíos te arrancaron de las casas, los genoveses te adoran, te aman y se honran

con tu nombre, y en su dolor, postrados, sólo aguardan el instante feliz en que puedan restaurar tu nombre en sus moradas y reparar con creces tal oprobio.

Despues que el marques Borbon del Monte se salvó por una tan visible proteccion de su ángel cnstodio, que apartó de su cabeza el puñal homicida, tuvo otra prueba maravillosa de la proteccion de la Vírgen. Libre del asesino que debia cortar tan noble existencia, prenda única del amor de sus padres, la marquesa, señora de consumada piedad, junto con el marques Carlos, su consorte, hicieron celebrar un solemne tríduo á la milagrosa Vírgen de San Ciriaco, en la catedral de Ancona. El jóven marques quiso asistir tambien á él; pero apénas hubo llegado á la calle más populosa de la ciudad, se le presentó un sugeto para entretenerle con algunas palabras, conforme estaba convenido, por los conjurados; luego, apretándole traidoramente la mano, se despidió, y el marques siguió su camino hácia la catedral. Apénas habia andado algunos pasos, que un asesino le apuntó una pistola á las sienes, diparó, y le faltó. Aún no tuvo tiempo el marques de dar interiormente las gracias á la Vírgen, que á los tres pasos oyóse otro pistoletazo, y la bala se le llevó un mechon de cabellos. Continúa el jóven impávido hacia el Arco de San Agustin, que se encuentra en dicha calle, y oye el silbido de otra bala que le pasó un palmo por encima de la cabeza.

Así salió ileso de tres pistoletazos que le dispararon á pocos pasos de distancia tres asesinos, á la mitad del dia, en la calle más populosa de Ancona, á la hora del público paseo, en medio de una multitud de pueblo espantado al ver tanta maldad, y al mismo tiempo admirado de tan visible proteccion de María, el cual acompañó á su ilustre conciudadano hasta la catedral, á tributar á su poderosa abogada las gracias debidas á su alto patrocinio. Si en concepto de los periódicos mazzinianos somos unos calumniadores, la historia no tiene testimonios más auténticos.

No fué este el único asesinato cometido en el país más hermoso de Italia, el cual no puede recordar sin extremecerse los bárbaros atentados que contaminaron sus ciudades. Forli todavía llora al Arcediano de su catedral, al venerable y piadoso Francisco Liverani, Cura de Santa María, en Esclavonia, muerto á traicion en la plaza de esta misma iglesia, cuya magnífica portada desde los cimientos y con todo su ornamento habíala costeado de su propio patrimonio: allí, delante de aquel templo, en que diariamente sacrificaba el manso Cordero en expiacion de los pecados del pueblo, en que predicaba la benéfica caridad del Evangelio, donde en el tribunal de la Penitencia acogia con tanto amor á las ovejas extraviadas, les daba ánimo y consuelo, y les infundia la esperanza, y donde,

en fin, hacia tantas y tan abundantes limosnas á la viuda desamparada, al huérfano, á la doncella y al anciano enfermo, que en el amor del Cura hallaba el apoyo de su decrepitud.

Forli tiene aún á la vista el cadáver de Luis Finouci, íntegro magistrado, el cual, al regresar tranquilo al seno de su familia, cayó en manos de un asesino que le dejó muerto en medio de la calle. Esta misma ciudad vió ensangrentada una de sus fiestas populares en medio de la plaza principal, cuando se hallaba más concurrida, y entre las músicas y cantos de los festivos ciudadanos, por un malvado sicario que traspasó el corazon del valiente y leal Halter, comandante del segundo regimiento de Suizos, quien cayó víctima de su fidelidad y entereza en mantener el órden y el imperio de la ley. Tambien fué inhumanamente asesinado á vista de todo el pueblo, á la mitad del dia, en una reunion de ciudadanos, delante de las fondas, el mismo Antonio Paccici, no obstante ser faccioso y compañero de los conspiradores, sólo por no haber sido bastante cruel y feroz, y porque deseaba inspirar á sus desapiadados consócios sentimientos más templados y benignos.

En Favencia, Anibal Rondinini, hombre piadoso, amable y bondadoso, que con tanto amor procuraba el bien de sus conciudadanos, fué tambien muerto á traicion. El inspector Angel Ballardini recibió una muerte lenta, pues le tortu-

raron con treinta estocadas, á los ojos mismos de su infeliz esposa, que abrazando las rodillas del asesino pedíale fuera de sí que dejase á lo ménos á su esposo el tiempo de confesarse. Los tres hermanos Borghigiani fueron asesinados á un tiempo á la presencia de sus desoladas esposas y de sus trémulos hijos, que con sus tiernas manos procuraban detener los golpes de los sicarios.

Sin duda, ó jóvenes italianos, os estremeceis al leer semejantes horrores, que detestan vuestros nobles y generosos pechos; pero ¿creeis que estos desnaturalizados homicidas llegaron de repente á tal grado de barbárie y de ferocidad? De ningun modo: muchos de ellos pocos años antes eran francos, tenian buen corazon y despejada inteligencia, acaso fueron piadosos y amables, y eran la delicia de sus padres, la alegría de sus amigos y la esperanza de la pátria. ¿Quién, pues, les volvió tan desnaturalizados y sedientos de sangre? Un infame seductor, que bajo las mentidas palabras de libertad, de amor á la pátria y de independencia italiana, les arrastró por grados á las sociedades secretas, en las que ligados por medio de indisolubles juramentos, salieron de ellas más esclavos que un perro atado á la cadena, y más fieros que las hienas y los tigres. ¡Oh querida Italia! Mi dulce pátria, abre los ojos á tu daño, compadécete de la parte mas escogida de tus hijos, de tu noble y generosa juventud.

CAPITULO XII.

LAS REPÚBLICAS ITALIANAS.

Elisa, despues de su viaje de Junio á Capri, y ántes de dirigirse por Setiembre á Nápoles, para la fiesta de las reclusas de Santa María de Agnon, estando cerca el término de sus baños, todavia hizo otra deliciosa expedicion por mar. Mimo y Lando, que habian escrito á su tio Bártolo que participase su pronto regreso á la madre; habiendo llegado á Pádua, persuadidos por el general Ferrari con palabras ardientes á que permaneciesen firmes en su lealtad á las banderas romanas, se fueron decididos á no obrar de otro modo. Pero habiendo marchado á la guarnicion de Vicenza, alli permanecieron hasta la rendicion de la ciudad, saliendo ántes de mediados de Julio, y se fueron á Roma, á recibir los afectuosos abrazos de su madre, y los cari-

ños de su hermana. Preguntaron por su tio y por Elisa; y no hallándolos en Roma, y por otra parte no viendo la hora de volverlos á ver para referirles todas las piadosas circunstancias de la muerte de Polisena, resolvieron hacer una excursion á Nápoles. Detuviéronse algunos dias para admirar las bellezas de aquella hermosísima ciudad, la más bella de Italia y acaso del mundo; y luego por el camino de hierro de Castellamare, llegaron á Sorrento, y se hospedaron en la posada de la Sirena, para disfrutar algunos dias en compañía de sus amados parientes, las interesantes perspectivas de aquella deliciosa marina.

Al dia siguiente de su llegada, correspondia la fiesta de la Asuncion de Nuestra Señora, y ya se habia anunciado que el vapor *Duque de Calabria* haria un pequeño viaje de recreo por los alrededores del golfo, recibiendo de las costas y quintas inmediatas á los pasajeros que tuviesen deseo de ir á ver la hermosa fiesta de Pontano, y de llegar tambien hasta Amalfi, á contemplar esa ciudad, que fué la maestra de los primeros navegantes de Occidente, despues de la caida del Imperio romano. Asi las dos doncellas Elisa y Luisita, habiendo madrugado más de lo que acostumbraban, al despuntar el alba habian oido Misa: y vueltas á casa á tomar algo para almuerzo, salieron al mirador esperando que el vapor pasase por Sorrento, contentas y rego-

cijadas con ese viaje (como en toda jóven acontece), y en extremo deseosas de ver nuevos objetos en el del cioso golfo.

El hermoso buque estaba adornado para la fiesta, cubierto de un pabellon de diferentes colores con colgaduras encarnadas, y cortinajes que podian acomodarse segun la direccion de los rayos del sol, para que el calor no molestase á los viajeros. La cubierta se hallaba en extremo limpia, y los metales de la brújula, de la rueda del timon y demas instrumentos y objetos guarnecidos de metal, brillaban como espejos. Encima de la cubierta habia varias alhacenas con esquisitos manjares, confituras, dulces y pastas, distribuido y dispuesto en graciosos grupos, de los cuales se exhalaba suma fragancia, y formaban tan bella vista, que era una delicia; aunque se vendian caros, los pasajeros podian satisfacer el gusto á todo su albedrio.

Hallábanse las botillerías llenas de toda especie de orchatas y aguas heladas de cedro, de limon, de naranja, etc., helados de todas formas y sabores, contenidos en vasos de porcelana y de plata. Y estas horchatas y helados pasábanlos por delante de los convidados, reunidos en el puente y sentados alrededor, los criados con blanquísimos delantales y con guantes pajizos ó blancos.

No contento con esto el capitan del buque, para alegrar más á los napolitanos y forasteros que tomaron parte en aquel paseo marítimo,

puso allí dos bandas de música militar, con ricos uniformes de gala, que alternativamente tocaban las mejores piezas y las más selectas composiciones de los grandes maestros modernos, cuya dulce armonía resonando suavemente en las concavidades de las riberas del golfo, reproducian los sonidos formando un eco muy grato al oido.

Debajo de cubierta, la cámara de popa estaba decorada á modo de un salon régio, con cortinajes de seda de color de perla y de raso de color de rosa, elegantemente dispuestos con cordones y borlas de seda y abrazaderas doradas. En los dos extremos, y colocados debajo de ricas colgaduras, habia dos grandes espejos, que reflejándose mútuamente las imágenes, hacian parecer interminables los fondos, multiplicaban los objetos, y daban la apariencia de una inmensa y espléndida galería al reducido espacio de la cámara. Las paredes estaban embutidas de las más preciosas maderas de América; y rodeadas de sillones y de sofás. Habia dos grandes candelabros de bronce, y se veian tambien alhacenas llenas de preciosa vajilla de porcelana, plata y de cristal. En torno de la cámara se abrian las camas cubiertas de ricas colchas, con blanquísimas almohadas, atadas con cintas encarnadas.

Llegado el buque al seno de Sorrento, fondeó debajo de la posada de la Sirena, y apénas le divisaron de léjos los que habian resuelto for-

mar parte de la espedicion, que bajaron á la playa, y entraron en las lanchas; luego se acercaron á la escala, y subieron á bordo; las dos doncellas, Bártolo, D. Cárlos y los hermanos Mimo y Lando fueron de los primeros que subieron; y habiéndose acomodado parte en bancos y parte en banquillos, se arreglaron en círculo contemplando la mucha gente que acudia á aquella espedicion.

El mar estaba tranqyilo, y solo rozaba ligeramente las olas un fresco vientecillo, que lamiendo la superficie de aquel vasto espejo, formaba en él mil reflejos, mil claros y sombras prolongadas y varias segun la direccion del aire que encrespaba la superficie del agua; vista rara y hermosisima que en los meses del verano suelen ofrecer las aguas de Italia, principalmente desde el cabo Circeo hasta más allá del faro de Mesina, y que convida á los señores de Ultramontes á venir á recrearse en estas aguas, ya navegando en barquichuelos, ó metiéndose en ellas á nado y divirtiéndose de mil maneras.

Levanta otra vez el ancla el buque, y de una á otra punta, de golfo en golfo, se halló entre el cabo de la Campanella y la islita de Capri, en donde el mar siempre se halla algo agitado; por ventura aquella mañana fué siguiendo á la nave una bandada de delfines, que dando saltos, corcovos y arrojando chorros de agua, causaron grande diversion á los navegantes. Pasado la Si-

renusa, el mar se halla rodeado de rocas cavernosas, y de oscuros bosques de un verde sombrío, que elevándose á grande altura por entre las profundas cuevas y recesos, arrojan encima del mar una faja larga y oscura, por entre la cual el buque, con la espuma que levantaban sus veloces ruedas, dejaba una blanca lista que cortaba por el medio la imágen de las rocas y de las selvas retratadas en la sosegada mar. Pero apenas dieron la vuelta á un promontorio, se presentó á su vista el seno Positano, en donde aquel dia habia feria y algazara y gran fiesta entre los de la tierra; quienes apénas vieron despuntar el *Duque de Calabria*, dieron fuego á las piezas de encima del monte, y en lo estenso de su falda hasta la playa dispararon una larga batería y rompieron en una estrepitosa salva, que retumbando por los luceros de las rocas la multiplicaba indefinidamente el eco. A más de esto, en lo alto del peñon se enarboló la bandera real, y al mismo tiempo salieron de la playa una multitud de lanchas adornadas con banderillas, gallardetes y flámulas á fin de trasladar los pasajeros á tierra, pues les aguardaban para alegrar más la fiesta.

Positano está situada á la entrada del golfo de Amalfi, y arrimada á la loma de dos cabos que se adelantan dentro del mar, dejando entre sí un seno á modo de anfiteatro; de suerte que las casas de la parte del golfo se ostentan las

unas encima de las otras, pintadas de distintos colores y con los amenos jardines que tienen en su mayor parte. Despues que se trasladaron á las lanchas los pasajeros que quisieron bajar: rompió una estrepitosa música da charanga en el vapor, el cual puso en movimiento sus ruedas, volvió la proa y se dirigió hácia el cabo que separa el seno Positano del célebre golfo de Amalfi, famoso ya en el siglo X entre todos los puertos de los mares Tírreno y Jónico.

Allí concurrian las ricas flotas cargadas de las preciosas sustancias del Oriente, de perlas de la India, de oro del Eritreo, de trigo de Egipto y de aromas y pieles de la Propóntide; de allí salian las naves á repartir riquezas y placeres á todo el mundo, siguiendo en toda su extension las costas de Italia, Provenza, Francia y España, insultando con sus coronadas proas la desidia y abatimiento del imperio de Bisancio, y reprimiendo la audacia y orgullo de los leños sarracenos. Los buques de Amalfi llevaron los primeros cruzados francos y normandos de Italia á la conquista de la Tierra Santa: los amalfitanos fueron tambien los primeros que fundaron en Palestina el hospital de San Juan, que despues fué de los poderosos y nobles caballeros latinos; y duró mucho más que todas las restantes órdenes de caballería del Occidente. Ya todo el golfo de Amalfi era la flor de la nobleza, del comercio y de la opulencia, cuando lo res-

tante de Italia se hallaba sumido en la ignorancia, en la rusticidad y barbárie de los longobardos, cuya razon era la espada, y que ponian su seguridad en oscuros castillos rodeados de pavorosas selvas.

Estas hermosas riberas contenian un puerto detrás de cada cabo, hacian un arsenal en cada reducto, un jardin en cada ribera y un palacio en cada altura rodeada de amenos valles. Los olivares de Ravello (pátria de Landolfo Ruffollo) abastecen de aceite en los cerros Apeninos á los calabreses, sannitas, vestinos y brucios; los viñedos de Atrani y de Scala, hacen gala de sus dulces uvas de varios colores, con que se hacen preciosísimos vinos de todas clases. En medio del vasto cerco del golfo está situada la tierra de Minori, y más hácia el cabo de Salerno, la de Maiori, encima de las cuales se descubren los maravillosos jardines de naranjos, limoneros y cedros, que forman como un teatro, y ostentan por la parte del mar toda la magnificencia de su verdor, de sus flores y de sus varios y sabrosos frutos; en términos que en esas encantadoras riberas debieron estar antiguamente los jardines de las Hespérides.

Luego Amalfi, como la principal ciudad entre las poblaciones del golfo, era el emporio de todos los géneros que le venian de las escalas del Mediterráneo, desde las columnas de Hércules hasta los puertos de Tiro, de Trípoli y de Asca-

lona, y de los de Jafa y de Trebisonda hasta los de Alejandria y de Creta. Mientras Venecia procuraba formarse hombres y establecer leyes que hiciesen la futura dignidad y poderío que alcanzó con el tiempo, las velas de Amalfi desplegábanse altivas en todos los mares, y sus navegantes pasaban cantando por delante del puerto de Pisa, que yacia olvidado á la embocadura del Arno, y miraban orgullosos los desnudos escollos de Génova.

Pero apénas llegó el siglo XI, vió con asombro que los veloces triremos de estas florecientes repúblicas, les amenazaban en la posesion de las aguas ligurias y tirrenas, y por el lado oriental recorrer el mar Adriático, el Jonio y el griego, las naves de la predominante Venecia. Así que Amalfi, chocando ora con una, ora con otra, fué poco á poco decayendo, y en 1135 sitiada y vencida por la armada Pisana, perdió en un solo dia las riquezas acumuladas durante muchos siglos. Entónces fué cuando los Pisanos tuvieron á gran gloria la conquista del código de las Pandectas, que fué conceptuado por el más precioso tesoro ganado entre el botin; pero los Amalfitanos, otra vez vencidos, en su mortal abatimiento hallaron algun consuelo en no haber cedido al orgulloso vencedor la perla más preciosa y celestial que en su concepto poseia su república: tal era el sagrado depósito del cuerpo del Apóstol San Andrés, hermano de San Pedro,

príncipe de la Iglesia, y Vicario de Jesucristo Hijo de Dios y Redentor del mundo.

¿Quién puede hoy comprender toda la extension de semejante aprecio? ó mejor, ¿quién no se sonrie tal vez al leer que los amalfitanos, vencidos, humillados y despojados de toda su gloria, dignidad y poderio, en medio de tan enorme pérdida se consolasen con haberles quedado la posesion del cuerpo de un Santo? ¿Y que tanto se envaneciesen con la pesesion de este tesoro, que en su concepto ella sola les compensase la sangre de sus guerreros, la ruina de sus murallas y fuertes, el incendio de tantas naves, y la pérdida de todos sus bienes?

Pero el que se sonrie no trae á la memoria los sucesos que han trascurrido en la sucesion de los tiempos; y no viendo más allá del dia de ayer, impregnado del hedor que exhala la carroña de Voltaire, cree que la fé del siglo XII era como la que inspiran ó espiran los moderados de nuestros dias. Esta va vestida de un tejido lustroso y cambiante, es vacilante, flaca y trasparente como el cristal; y quiere dar su voto tratándose de la fé antigua, diciendo que fué robusta y maciza; pero rústica, intolerante y batalladora, siempre dispuesta á bajar al palenque y á romper lanzas con cualquiera que se presentase á atacarla. Los que tienen aquella fé flaca, macilenta y tísica, no son aptos ni suficientes para juzgar la fé sólida é invicta de los Pa-

dres y fundadores de las comunidades y de las repúblicas italianas en el siglo X.

Si en los modernos liberales no renace esa fé robusta de los antiguos, en vano trabajarán por plantar el árbol de una libertad, que hallándose seca y falta de raíces, no puede producir ni flores ni frutos; ántes muy al contrario, el mismo terreno que debiera comunicarle desarrollo y verdor, mediante los jugos vitales con que alimenta á las demas plantas, con esos mismos jugos lo daña y corrompe, haciendo que al menor soplo caiga al suelo cubierto de fango.

Los actuales legisladores prometieron libertad á Italia; pero esta libertad sin Dios se excedió, degeneró, se falseó, convirtiéndose en opresion y libertinaje. Corrobora lo que estamos diciendo la voz franca y leal del marques Francisco Brancaleoni en la sesion de la Cámara de diputados de Roma el dia 10 de Julio de 1848, quien despues de haber preguntado á sus colegas ¿en dónde estaba la justicia que tanto cacareaba Roma constitucional? añadió:—Pero no ménos dsgraciada que la justicia es la libertad, que muchas veces y en muchos lugares veo convertida en licencia. Esta santa palabra, si se me permite emplear aquí tal adjetivo, nadie la ha tomado en el sentido filosófico y natural que le es propio; sino que se ha interpretado como la facultad de hacer cada cual lo qne se le antoja. Con mucha frecuencia se ha visto peligrar el

órden y la tranquilidad; y no podia suceder otra cosa cuando algunos mal intencionados á quienes únicamente favorecia el desórden, con los mentidos nombres de libertad y de progreso han sublevado numerosas turbas, enardeciéndolas con toda especie de razones y de halagüeñas esperanzas; las han arrancado de sus quehaceres, las han sumergido en el ócio inspirándoles el desprecio hácia los ciudadanos honrados, y quitándoles así el saludable freno que tan necesario es para el mantenimiento del órden, de la tranquilidad y de la justicia.

—¿Y qué ventajas hemos reportado? Los trabajos abandonados, los subsidios suspensos, el comercio abatido y sin aliento, el dinero desaparecido y sustituido por papel, aumentados los impuestos, inseguras las propiedades, y en una palabra, un porvenir incierto, oscuro y terrible... ¿Y quereis que el pueblo nos sea adicto, y que se persuada de que queremos arrancar el mal de raiz? Lo que dirá es que tratamos de alucinarlo, que queremos elevarnos sobre las ruinas del antiguo edificio, y que nuestro intento es alimentarle con quimeras.

Las antiguas Repúblicas, naciendo entónces á la libertad, pusieron á esta hermosa Reina una rica y noble corona, engastando en ella como piedras preciosas la sencillez de las costumbres, la honrada y modesta franqueza del corazon, la vida sóbria, las voluntades y deseos llenos de

templanza, la obediencia pública y particular, la continencia doméstica, la frugalidad en la comida, la reverencia á los padres y mayores; y el respeto á las leyes pátrias y á las costumbres y estatutos de las ciudades. Así pudieron las antiguas comunidades ser libres, y con la libertad adquirir grandeza, renombre y poderío. Pero en medio de todo lo dicho, el rubí más brillante que resplandecia en la augusta diadema de la libertad, era la fé con que irradiaba la Republica los claros rayos de Jesucristo, quien queria que esas nuevas instituciones fuesen siervas de la Iglesia, con la cual y por la cual las vivificaba con la llama de una verdadera y segura libertad. De modo que la sencillez y sobriedad robustecian los pechos italianos para defender con las armas y con la inteligencia los fueros de la pátria de los ataques de sus enemigos exteriores; y la religion y la piedad daban mayor fuerza á las leyes, las cuales se arraigaban profundamente y se fortalecian en el santuario de los corazones.

Las revueltas de esos antiguos Estados de Italia no tenian más objeto que libertar la pátria; jamás la política se mostraba hostil á la Religion; sino que pasaban de la Monarquía al Gobierno de los elegidos ó de las curias populares, trasfiriendo al nuevo poder de pocos ó de muchos la antorcha de la Religion, la cual comunicaba calor y luz á todas las instituciones con igual peso y medida.

Cristo y su Iglesia eran dueños de los corazones y del entendimiento de la poblacion italiana, un dia bajo los Otones y los Conrados alemanes, y otro bajo los Cónsules y los Ancianos. De ahí, el primer fruto de la libertad era en todos la humilde y grata servidumbre á Dios, como Soberano Señor de todas las cosas, confesando sumisos y respetuosos ante los altares del Redentor, que de él habian alcanzado el precioso y dulce don de las pátrias libertades, aunque conquistadas con la fuerza de sus brazos y á costa de su sangre y de los mayores sacrificios que pueden hacer los hombres. Las poblaciones marítimas, bajando con las naves al puerto, ofrecian los primeros beneficios de sus géneros al santo patron de su república, y le dedicaban los restos de las vencidas naves, las fuertes cadenas de los puertos, y las banderas y blasones de las ciudades conquistadas: y si habia alguna de las nuevas comunidades que no poseyese todavia algun santo cuerpo de mártir ó de confesor á quien consagrarse, no se daba un punto de descanso hasta obtenerlo, ya como don del Romano Pontífice, ó ya (desacordado intento) sacándolo por engaño ó á la fuerza de las ciudades sujetadas.

No es posible leer sin sentir una profunda conmocion las tradiciones que se conservan, y las noticias segun las cuales sabemos que los venecianos despojaron á Alejandría del cuerpo del Evangelista San Márcos. Los de Bari tuvieron el

cuerpo de San Nicolás de Mira en la Licia; los de Benavente el de San Bartolomé apóstol; los de Salerno el del Apóstol y Evangelista San Mateo; los genoveses las cenizas de San Juan Bautista, y los mismos amalfitanos, el cuerpo de San Andrés. El que lea aquellas historias, como sólo tenga un átomo de fé, no puede contener las lágrimas viendo á unos pueblos intrépidos, guerreros, encallecidos en los trabajos del mar, solícitos del comercio, siempre á las manos con los piratas sarracenos, con frecuencia en lucha con las provincias vecinas y envidiosas de su prosperidad, y siempre en guardia contra las armas de los Emperadores de Alemania, tener no obstante de continuo el ánimo ocupado en la grandeza, lustre y magnificencia de los templos erigidos á sus santos patronos.

Esas Repúblicas y esas comunidades sucumbieron despues de tantos siglos de gloria y de esplendor á las vicisitudes humanas; pero quedan todavía como testimonios para convencer á la moderna incredulidad los soberbios monumentos de la fé y de la religiosidad que animaban á aquellos pechos ciudadanos y á sus instituciones liberales.

Venecia nos muestra aún los portentos de su arquitectura bizantina del siglo X en el templo de San Márcos; Pisa los ostenta del sigle XI en su catedral, edificada bajo la direccion de Boschetto de Dulichio; Florencia su San Juan, San-

ta María del Fiore, Santa Cruz, San Miniato y Santa María la Nueva; Verona su basílica longobarda de San Zenon y su grandiosa catedral; Pádua su San Antonio; Siena su maravilloso Duomo; Luca su San Frediano; Génova su San Lorenzo, y hasta la pequeñas comunidades de Orvieto y de Assisi nos obligan á arquear las cejas delante los nobles monumentos de su escelsa piedad. Ninguna de cuantas ciudades disfrutaron en Italia el régimen comunal deja de conservar alguna augusta memoria de la profunda fé de que estuvieron animadas.

Hasta los tiranos, que validos del fraude ó de la fuerza, destruyeron sus libertades y las esclavizaron, mantuvieron intacta la acostumbrada observancia de la Religion, y aun las excitaron á que aumentasen la majestad de esta misma. Los Bentivolio en Bolonia, los Manfredos en Favencia, los Malatesta en Rimini, los Polenta en Rávena, los Visconti en Milan, los Gonzaga en Mántua, los Ordelaffi en Forli, los Ubaldini en Imola, en Pádua los Carrareses, en Verona los Escaligeros, en Urbino los Montefeltro, y los demas señores de las ciudades y ducados de Friuli, de Toscana, de la Umbría, de Nápoles y de Lombardía, nos demuestran, no obstante, á las claras que por cada roca que ellos fundaron y fortificaron del usurpado señorío, tuvieron cien catedrales, santuarios, abadías y monasterios suntuosos y admirables por su mérito artístico

y sus riquezas. edificados por su viva religiosidad, los que fueron tales y tantos, que en nuestros dias asustarian al Rey ó Emperador de ánimo más generoso y grande.

Estas consideraciones no necesitan grandes y penetrantes talentos, pues cualquiera puede hacerlas y comprenderlas en toda su realidad. Así, no puedo dejar de referir lo que aconteció á un noble jóven pasando por Florencia precisamente en los dias de la república de Guerrazzi. Dicho jóven volvia de París, y despues de haber llegado á Liorna, se fué á Pisa, y luego á Florencia, deseoso de admirar las maravillas del arte y de la naturaleza que hay en esta ciudad. Entre otras cosas, queriendo subir á la famosa torre de Giotto, al lado de Santa María del Fiore, cuando estuvo arriba, vió en un rincon dos grandes astas con dos pabellones mal envueltos en ellas.

Preguntó al conserje de la torre qué significaban aquellos dos largos estandartes, y este le respondió:—Sepa Vd. que son los antiguos gonfalones de la república de Florencia, ántes que esta pasara al dominio de Médicis; pero como hallándose desplegados en el gran salon del palacio, los forasteros los cortaban y desmenuzaban sin miramiento, fueron trasladados aquí arriba y envueltos á fin de conservarlos.—¿Por qué no los desplegais ahora en la plaza? Si nunca hubo mayor oportunidad para esto, es ahora que ha

vuelto la república.—¡Qué! esclamó el conserge con despecho; cuando ondeaba en el aire la cruz y el lirio colorado en estos gonfalones de la antigua república, se edificó esta maravillosa metropolitana; pero la actual república, en lugar de construir iglesias, las quisiera arruinar todas hasta los cimientos.—El jóven calló: admiró el buen juicio de aquel hombre ignorante, y quedándose algo atrás, cortó un pedacito de los gonfalones para conservarlo como memoria; pero luego me lo regaló, y lo conservo como un objeto apreciable.

Con tan religiosos cimientos las comunidades italianas mantuvieron siempre ilesas las patrias libertades; y aunque algunas se vieron agitadas por los partidos que entre si disputaban y se hacian mútua guerra; no obstante, en materia de la religion divina, de la Iglesia, del amor á las santas ceremonias, augustos ritos y leyes de esta misma, en lo que la reconocian por madre y maestra observándolas y ensalzándolas; en cuanto á esto, decimos, no tenian más que un corazon y un entendimiento.

Unos pueblos invictos, guerreros y altivos, se postraban mansos y humildes ante un mismo altar; en las procesiones acompañaban orando un mismo estandarte, y llevaban el tabernáculo del santo patron como en triunfo por las calles de la ciudad. Sus fiestas populares, que aun nos quedan en Italia despues de destruidas las re-

públicas, estaban tan identificadas con la religion, que de esta adquirian su impulso, su animacion y su vida. Las carreras de coches, de caballos y á pie, las regatas, los juegos de cucaña, los fuegos artificiales, las iluminaciones, las cencerradas nocturnas, las ferias, los mercados, y esposiciones artísticas, siempre coincidian con los dias de la consagracion de la catedral ó de su santo patron, etc. Precisamente por esto, dichas fiestas populares se han conservado durante tanto tiempo; pues todo objeto caduco ó mudable que se una é identifique con la religion, se reviste del mismo carácter de perpetuidad que tiene Dios inmortal y eterno. Y aun las mismas comunidades y repúblicas, en tanto se mantuvieron florecientes, gloriosas y fuertes, en cuanto conservaron puro el espíritu de amor á Dios y de su mision y respeto á su iglesia. No reputaron por cosa vil mostrar pobreza de corazon, confesándose siervas de Jesucristo y de su Esposa; así tambien Venecia, Amalfi, Pisa, Génova y Florencia, jamás fueron tan grandes como en los siglos en que todo en ellas respiraba esa sublime servidumbre.

Pero ahora se quiere lo imposible; esto es, constituciones y repúblicas no solamente libres de toda sujecion á una potencia extranjera, sino tambien de la sumision á Dios y á la Iglesia; lo que esencialmente es imposible, pues la verdadera libertad procede del cumplimiento conti-

nuo de la ley eterna que ilustra el entendimiento acerca de la verdad, para que conduzca la voluntad hácia el bien. Pero nunca jamas hubo ni habrá un Gobierno bien ordenado y estable allí donde se erige en rey el principio protestante de la libertad del pensamiento, de las palabras, de la discusion, desenfrenando á la razon particular de toda ley, norma ó guia que la gobierne.

Si en las antiguas comunidades hubiese regido, aunque solo fuera por espacio de diez años, la libertad de imprenta (arte que por su dicha entónces no se conocia) creemos que no hubieran permanecido tan firmes, poderosos y grandes durante tantos siglos. Supóngase en cada una un periódico como *Las Palas*. *D. Pirlone*, *El Pueblo*, *La Bruja* ú otro semejante, y viéramos á Amalfi, Pisa, Génova y Venecia caer á pedázos en poco tiempo. Lo que las mantuvo enteras y robustas fué el espíritu católico, y esa fé viva que respiraban con el aire y que les presentaban á la vista sus monumentos: pues fueron valientes contra los extraños que les atacaban, sábios, probos, parcos y honrados en su conducta doméstica y en el régimen civil, piadosos con Dios, y amantes, así en vida como en muerte, de Jesucristo Redentor y santificador del mundo, Rey y Señor de las repúblicas y de los Estados, y fuente verdadera del poder, grandeza y felicidad de las naciones. Es, en efecto,

digno de la mayor atencion en las comunidades y repúblicas italianas, que precisamente empezaron á ir en decadencia, cuando á impulsos de la relajacion de las costumbres y de una mala política empezaron los ataques contra la Iglesia.

Supuestas, pues, las circuntancias presentes y los principios católicos tan subvertidos y desnaturalizados por el veneno protestante, el cual arranca hasta las raíces más vitales de la verdadera libertad, que vive y se alimenta de la pureza de la fé y de los ejercicios que ella manda, debemos decir que hoy es casi imposible hallar Asambleas y Parlamentos enteramente católicos asi en las bases, como en la aplicacion de las leyes.

De modo que al paso que es muy fácil hallar un monarca profundamente cristiano y religioso que emplee todo su poder en mantener intacta la fé de sus pueblos, es imposible que se halle una república ni un parlamento de iguales circunstancias. Que los hombres íntegros y prudentes comparen lo que digo á la historia, y lo pasado á lo presente.

Pisa, en el apogeo de su poderio, cuando era temida en todos los mares, opulenta en su comercio, y admirada por la sabiduría de su régimen civil, cierto dia hallóse toda en conmocipn desde las desembocaduras del Arno hasta los muelles de su puerto. Díjosele que llegaba su flota

de Oriente. El Arzobispo, dentro de su Bucentauro engalanado con mil adornos, acompañado por las barquillas de todo el clero, iba delante de una prolongada hilera de navecillas, tambien empavesadas y llenas de las personas más distinguidas de la ciudad. Los elegantes triremos, formando una vistosa y sorprendente escuadra, avanzaban desde alta mar hácia el puerto precedidos de la capitana, que habia izado en la popa la bandera de la república.

Aquí pensarán muchos lectores tal vez que esas naves, despues de haber derrotado y destruido las armadas enemigas regresaban vencedoras á Pisa con los despojos de las naciones vencidas, con los encadenados prisioneros, con doncellas esclavas, y sobre esto grandes cantidades de oro, plata, perlas, etc.; ó bien que volvian de las playas de Egipto cargadas de ricas mercaderías de Persia, de las Indias, de Golconda, habiendo dirigido su rumbo desde el puerto de Berenice por el Nilo abajo hasta Alejandría, en donde vendia sus géneros la industria pisana, y luego se esparcian por todas las comarcas del Occidente. En efecto, la multitud de pueblo que salia al encuentro de aquellas dichosas naves, apenas las ve surtas en el puerto y dispuestas con vistosa simetría, postrase de rodillas y con las frentes inclinadas orando en silencio, y no se levantan hasta oir las trompetas que mandó tocar el Arzobispo, quien entonó acompañado nel clero:

Sola digna tu fuisti
Ferre mundi victimam,
Quam sacer cruor perunxit,
Fusus Agni corpore.

Aquella flota, sin embargo, no volvia cargada de oro ni de plata ni de perlas, sino de tierra del Calvario, pues fué á Palestina á cargar este precioso tesoro, destinándola á llenar el Campo Santo que debia guardar los helados restos de los difuntos pisanos. Al lado de la maravillosa basílica de Boschetto habian edificado el vasto y grandioso cementerio, de magnífica arquitectura, con arcos y columnas, y pintado por los más célebres artistas de aquel tiempo; pero esa noble construccion tan grandiosa y magnífica á los ojos de los vivos, no fuera bastante sagrada para los muertos, si no pudiesen poner los miembros fatigados despues de tantas navegaciones y guerras, debajo de la misma tierra que fué ensangrentada por la caridad y misericordia del Redentor del mundo. Aquella tierra debia serles ligera y suave, pues en ella rozaron sus alas los querubines cuando descendieron del cielo á recoger las gotas de la divina sangre, que presentaron en un frasco de oro á la divina justicia para que perdonase al linaje humano.

Aquella tierra pisaron las ensangrentadas plantas de Jesucristo, y se abrió para recibir el extremo del duro madero de la cruz; la misma sostuvo á la Madre dolorosa, que absorvió las gotas

del sudor de la agonía que derramó el Unigénito del Padre, y quedó empapada en la sangre de la redencion: esa tierra, pues, esparcida en profundas capas por el cementerio, hacia dulce y benigna la muerte á aquellos valerosos republicanos.

¡Idea sublime, concebida por la fé, y animada por el amor de aquellos hombres profundamente cristianos! No contentos con volar con el alma inmortal á unirse á Jesucristo, que con su muerte les abrió las puertas del cielo, deseaban tambien que el cuerpo, consagrado con los lavatorios y unciones de los sacramentos, participase del inefable don de la gracia; y para esto cubrianle con una tierra que, mezclada con la sangre divina, comunicaba en cierto modo la divinidad hasta á los cuerpos que, reducidos á polvo, se habian de confundir é identificar con ella.

Que venga ahora Mazzini á predicar á la juventud italiana para que acuda á las puertas de Roma á combatir contra los franceses que vienen á librarla de la tiranía del mismo, diciendo que caerá en una tierra hollada por los Escipiones y los Catones. Y en efecto, dice muy bien y justamente que fué hollada, pues aquella tierra ingrata no cubrió á dichos sus magnánimos ciudadanos; quienes hallaron más hospitalario el suelo extranjero, que supo apreciarles y favorecerles más que su pátria Roma. Estas ideas pa-

ganas que van ahora infundiendo los conspiradores en los ánimos italianos, son frias, vanas y muertas, y en todo ánimo cristiano católico solo pueden dar márgen á conceptos pueriles; á los cuales bien puede la ligereza é insensatez de los incrédulos dar nombres sonoros y grandes, que siempre serán huecos y tan faltos de objeto como de sentimiento.

Con todo, Mazzini tiene mayor tendencia á inspirar el heroismo pagano de Maquiavelo que el cristiano de Dante. Y aquí no será tal vez inoportuna una reflexion, que los jóvenes no pueden ni tratan de hacer, precisamente por haber nacido despues del año vigésimo de este siglo. Treinta años ha que el liberalismo italiano gritaba reprendiendo á la antigua literatura porque era mitológica y gentil; divinizando á Dante, y levantando hasta las estrellas los rústicos cantos de Guido de las Colunas, del bienaventurado Jacobo de Todi y de San Francisco de Asís, porque respiraban el sentimiento cristiano; y nos ponderaba las crónicas de los conventos, y la fé, las costumbres y las virtudes de la Edad Media, buscando siempre la materia de sus escritos en prosa ó en verso en las comunidades italianas, en las cruzadas, en las empresas de los caballeros, en las abadías, y en los castillos de los barones.

Pero luego que con tan falaces ilusiones lograron conmover y levantar la Italia contra las ór-

denes de los Estados modernos, no tienen otra cosa más á pechos ni más resuelta que impugnar y desdecir á la Edad media, á fin de sustituirle un puro paganismo bajo el nombre de Cristianismo civil. De suerte que ahora, á cada palabra dicha en defensa de la Iglesia, en apoyo de su libertad, en honra y alabanza de su maternal autoridad sobre los fieles, en el sosten de sus derechos, al instante nos atruenan los oidos gritando:—Que lo que se quiere es volver la Italia á la Edad media.—¡Verdaderamente no es posible mayor falsedad y engaño! Treinta años atrás Dios nos libre de haber dicho una palabra contra la Edad media; pues lo ménos que podia sucedernos era que se nos llamase paganos á boca llena; y hoy Dios nos libre de decir una palabra para restablecer las leyes más inconcusas del derecho canónico y de la autoridad eclesiástica, pues inmediatamente se grita con furor:—Hé aquí la Edad media. Pero Dios lo dijo: *Mentita est iniquitas sibi*: la iniquidad se ha mentido á si misma.

Ahora Mazzini escribe continuamente á la Italia que si quiere ser *libre* y *feliz*, debe renunciar al Papa y hacerse protestante; Mazzini escribe, grita, se enronquece y se desgañita; pero al mismo tiempo se rie de los tontos que le creen; pues él no quiere á Italia protestante ni católica, da nombres cristianos á su paganismo, y frases ascéticas y místicas á su panteismo: aspira á

la república universal, en que todos los pueblos son dioses; pero será una republica sin leyes ni divinas, ni humanas. Por lo mismo si cada hombre es un Dios, nadie puede subirle encima, nadie enseñarle, aconsejarle, guiarle en sus pensamientos, afectos y acciones. Nadie puede decir no sólo soy Rey, dictador ó triunviro; pero ni juez, ni magistrado, ni cobrador de impuestos, ni de peajes: nadie puede decir con seguridad: este poder es mio; este palacio, este jardin, son mi propiedad; estos muebles, este dinero me pertenece. Si cada cual es dios, todos son amos, árbitros y poseedores simultáneamente. Con la única diferencia, no obstante, que estos dioses de Mazzini quisieran ser señores y que tú fueses plebe, ellos ricos y tú mendigo. Dioses que por un decreto principal de su divinidad, arrancan inmediatamente el séptimo y el décimo precepto del decálogo: no robarás, no codiciarás los bienes agenos. Dioses golosos que se comerian diariamente y se beberian un principado entero. Dioses á quienes les gustan tanto las bailarinas y cantantes, que las harian divinidades del Olimpo. Dioses que quisieran ir en coche, viajar y divertirse á costa de los demas. Dioses de los lupanares y de las tabernas. Dioses que predican la virtud y la templanza; pero que una vez alcanzan el poder se llenan de riquezas y de orgullo, en el palacio de Luis el Grande; en el apostólico del Quirinal, y en el Granducal de los Pit-

ti, como vimos no ha mucho en los bribones de Paris y en los triunviros de la república romana. Dioses que en Viena se habrian albergado en el palacio de los Césares, y en Berlin en el del gran Federico: dioses en fin que predican el comunismo para tragarse el mundo entero.

Las repúblicas de la edad media, que cifraban su bien en Jesucristo y su Iglesia, tenian leyes, cónsules, dogas ancianos y priores, y con esto tenian felicidad, glorias, riquezas y libertad. Pero la república de Mazzini, al contrario, carecerá de hombres y de Dios; pues si cualquiera miserable se reputa dios, entónces el Dios verdadero no existe, y la Europa quedará convertida en un verdadero rebaño de domonios, los cuales gritando:—*Nescio Dominum, non serviam.*—No conozco al Señor, ni lo serviré:—se precipitarian sin freno á los más crueles escesos, robándose de la mano, no el pan, porque no lo tendrian, sino las bellotas, atacándose, hiriéndose y matándose unos á otros, hasta que el más fuerte quedase dueño para reinar sólo en el mundo salvaje del panteismo.

El que desee pues gozar de este delicioso estado, que siga á Mazzini, quien, como Satanás á nuestros primeros padres, dice á los modernos pigmeos:—*Eritis sicut Dii*, sereis como dioses; más generoso en esto que el Anticristo, el cual querrá ser dios él solo.

Pero volvamos á Amalfi con el barco en que va

Elisa, el cual habiendo dado vuelta al cabo Positano, iba surcando el mar tranquilo; miéntras la doncella hablaba de noticias con sus primos Mimo y Lando. Tiene Amalfi su asiento en un vallecito en qua penetrando el mar con una vena de agua que corre en medio de él, se extiende agradablemente por las lomas de dos montañas, en cuyas faldas están edificadas las casas de la antigua metrópoli del Tirreno. El que navega hácia su pequeño puerto, en otro tiempo tan rico y frecuentado por infinitas naves, en vano busca su antigua grandeza, y pregunta pasmado: ¿en dónde está aquella Amalfi que con su opulencia y su temido imperio asombró el Oriente y el Occidente? En efecto, ó el pequeño rio que corre en medio de él, en sus avenidas acumuló inmensas cantidades de troncos, piedras y escombros que rellenaron el ancho bacin de su puerto, ó el mar en el furioso ímpetu de las tempestades, destruyendo los muelles y diques que lo detenian, inundó las playas amontonando grandes capas de arena; ello es que ha desaparecido todo vestigio del antiguo recinto; y ahora ninguna embarcacion puede fondear allí sino que echan el ancla á bastante distancia de la playa.

La misma Amalfi, que no obstante ofrece tan hermosa vista, más se asemejaria á un lugarejo que a una ciudad, si arrimada al monte no descollase la majestuosa catedral, único testimonio de su pasada grandeza; la cual dice al curioso

navegante:—Observa que si los amalfitanos han perdido sus flotas, sus riquezas, y su poder, y juntamente el explendor de sus palacios, de los jardines, de los arcos triunfales, etc.; no obstante conservan su acostumbrada piedad, la cual ni el tiempo, ni las huestes enemigas, ni la varia fortuna pudieron jamas arrebatarle.—Y dice la verdad. pues de más de 50,000 ciudadanos riquísimos que un tiempo albergó, sólo le quedan unos cuantos millares, pobres en su mayor parte, pero industriosos y llenos de urbanidad.

Luego que el *Duque de Calabria* fondeó en medio del seno acudieron á él varias barquillas de Amalfi para recojer á los pasajeros, y en una de ellas fué Bártolo con su comitiva. Los barqueros remaron hácia la playa, y como el agua tiene en la orilla tan poco fondo que no pueden aproximarse ni aun las más pequeñas lanchas, fué necesario que algunos robustos pescadores entrasen en el mar y llevasen en brazos á la arena así á los hombres como á las muchachas: y riendo aquellos y chillando estas, y encogiendo las piernas por miedo de mojarse, fueron llevados en peso á la pequeña playa.

Lo primero quisieron subir á la catedral, que por medio de una escalinata se eleva encima del puerto. Abrese delante un vestíbulo del género de las antiquísimas basílicas romanas; y las columnitas y capiteles muestran un estilo del si-

glo IX al X; sin embargo, el cuerpo principal de la Metropolitana fué reedificado en el siglo XII por Pedro, Cardenal de Amalfi.

Bájase al altar del Apóstol San Andrés por una escalera que da á un subterráneo, el cual corresponde á la gran nave superior, y allí se vé construido de riquisimos mármoles el altar bajo del cual descansa el hermano de aquel sumo Pedro sobre quien está edificada la Iglesia de Dios de un modo indestructible. San Andrés se halla representado en este altar por medio de una grande y hermosa estátua de bronce, abrazado á la cruz que tan vivamente deseó por Jesucristo, exclamando:—*O bona Crux, accipe me ab hominibus et redde me magistro meo!*

Debe saberse que desde muchos siglos el cuerpo, acondicionado debajo del altar con ropas de seda, segun afirman los amalfitanos, trasuda un humor espeso, blanco y suavemente aromático, que ellos llaman el maná de San Andrés: el cual, recogido en redomitas, se distribuye á los fieles. Estos obtienen de él grandes beneficios, curaciones de enfermos deshauciados, y otros auxilios y consuelos espirituales. El año pasado, miéntras el Papa estuvo en Gaeta y despues se halló en Pórtici, monseñor Venturi, actualmente Arzobispo de Amalfi, hizo ver y admirar este prodigioso humor á varios Cardenales y Prelados de la córte pontificia, que fueron á visitar el sepulcro del Santo Apóstol.

A nuestros viajeros se les enseñó despues el tesoro, y ademas los bustos de plata y antiguos relicarios que en él se guardan: vieron el célebre frontal, todo de plata maciza, historiado con magníficos relieves trabajados con el más esquisito gusto por hábiles artistas. El claustro interior está formado de una série de arcos y de columnitas á pares y agrupadas, que demuestran la grande antigüedad del edificio y el tiempo del mayor esplendor y poder de la comunidad de Amalfi.

Habiendo sabido D. Cárlos que aquel dia el Arzobispo habia ido á Maiori, en donde habia una gran fiesta, y que por la noche habia fuegos artificiales, músicas y salvas, resolvió con los demas ir allá en una barca que le habia ofrecido el caballero D. Angelo, hermano del Arzobispo, persona sumamente fina y cortés y antiguo amigo de D. Cárlos. Despues de haber visto la ciudad desde un terradito, gozando de la hermosa perspectiva, y de haber admirado una profunda cueva que hay en el monte por el lado de los capuchinos, bajaron á la playa, entraron en la barca y atravesaron aquel maravilloso seno del mar gozando de la pompa y hermosura de aquellas tierras y jardines que revisten la alegre ribera, una de las más deliciosas de la marina de Italia.

CAPITULO XIII.

LA BATALLA DE SANTA LUCIA.

El dia siguiente, al primer albor que iluminaminaba las más altas crestas del promontorio de Maiori, nuestros navegantes pasaron á una pequeña tartana provista de ocho robustos remeros, que bogando simultáneamente la impelieron con suma velocidad hácia Salento, á donde se dirigia nuestra alegre comitiva. La brisa de la mañana, que procedia algo fria del monte, causaba en el cútis una ligera horripilacion, y la llenaba de diminutas arrugas y blancos granitos; por lo que las muchachas, que llevaban vestidos ligeros, se ponian acurrucadas, mientras que los hombres, frotándose las manos, y levantándose el cuello de la levita, se abrigaban hasta las orejas: pero Mimo y Lando, como jóvenes guerreros, tomaron los gabanes de los remeros, y se los echaron encima de los hombros. Las doncellas se reian y burlaban llamándoles

¡friolentos! pero Lando, volviéndose á Elisa, le dijo:—Vamos, prima, que vale más un poco de paño burdo encima de la espalda que estar tiritando con este incómodo airecillo.—Decir esto, coger un pesado gaban que se hallaba entre los piés de un remero, echarlo á los hombros de Elisa y dar esta un chillido, fué cosa de un instante. Poco á poco, mi linda pescadora, ¿es verdad que es caliente? Haz como yo, aprovéchate de este abrigo que huele algo á alquitran, y si Luisita tiene juicio, hará sin duda lo mismo.

Entonces dijo D. Cárlos.—Sí, Luisita; haz como Lando, sino el aire en el tiempo que tardará en salir el sol te hará tiritar y castañetear los dientes.—Diciendo esto puso encima de Luisita una manta de media lana; y empezaron á chancearse, diciendo que no habian visto en Paris un figurin más elegante para ir al baile. Así en medio de estas chanzas á fuerza de remos iban volando por encima de las tranquilas aguas, hasta que dieron vuelta al cabo de Maiori y entraron en el vasto golfo de Salerno.

La aurora difundia un vivo resplandor anaranjado, y con sus dorados rayos bañaba las playas de Pesto, reflejando en las aguas trémulas del mar, cuando Bártolo, volviéndose á las jóvenes les dijo:—Vamos, muchachas, ya que los amigos de D. Cárlos nos suministraron de qué comer, ahora os toca á vosotras.—Así pues, las jóvenes sacaron de una pequeña cesta la ma-

quinita para preparar el café, pusieron los polvos de este en el filtrador, volvieron la llave, y despues de haber puesto agua en el vaso encendieron el espíritu del vino, y aguardaron á que el agua hirviese Luego abrieron la llavecita, pasó el agua hirviendo por el cedazo, y corrió el café como un riachuelo al vaso inferior. Entre tanto, mientras que se preparaban las tazas, Mimo y Lando cortaron un panecillo con buenas lonjas de jamon, burlándose de los estómagos delicados de sus compañeros, quienes no queriendo ser ménos, despacharon tambien su parte.

Despues que hubieron refocilado algo el estómago, y animado el espíritu con el café, empezaron á saludar al sol naciente, haciendo correr y levantar los toldos para impedir sus rayos, quitáronse de encima los gabanes y pusiéronse en comodidad. Hablaron agradablemente de la hermosura de la ribera iluminada por el sol, de los blandones de blanquísima cera que en gran número ardian ante el altar de Nuestra Señora y de los admirables fuegos artificiales en forma de fuentes que manaban chorros azules, de las ruedas radiantes, estrellas cadentes, cohetes y disparos de bombas y otros mil juegos, en que son muy hábiles los habitantes de aquella comarca.

Bártolo deseaba con impaciencia oir las hazañas de sus sobrinos en la guerra de Lombardía, y volviéndose á Mimo y á Lando dijo:—¿Estuvisteis sólo en la batalla de Venecia, ó bien os ha-

llasteis á más en las operaciones del ejército piamontés contra Verona? Contadnos algo, pues los papeles públicos nos traian siempre los sucesos muy desfigurados, con mentiras tan estupendas y frescas que daba gusto verlas llegar al Capitolio con tanto orgullo y desfachatez, haciéndonos creer que los croatos huian derrotados y desmenuzados como la sal en el almirez. Luego despues, ¿qué será? ¿qué no será? los tales croatos, que estaban sepultados bajo de la tierra, se reproducian como las zetas en el bosque, y presentaban nuevas batallas. Un dia teníamos cortados todos los puentes del Adige, y á los austriacos cogidos en la márgen izquierda; y al dia siguiente los veiamos, como si tuviesen alas, en la márgen derecha, atacando numerosos á las legiones lombardas, ó á las piamontesas; pero siempre (esto ya se supone) destruidos por la metralla y trinchados por la caballería, ó cayendo batallones enteros prisioneros de guerra juntamente con baterías completas de campaña y escuadrones de caballería. Hoy tomada Verona, Cárlos Alberto entra triunfante y se quitan de los fuertes las banderas del Austria con su águila doble. Pero mañana la misma doble águila ha volado ya á las colinas de Busolengo y del Pastrengo, y ataca fulminante al águila pedemontana. Yo no sé á qué vienen esos alardes, ese decir y desdecir, ese hacer y deshacer.

Es lo mismo que la otra mentira que nos im-

primieron diciendo que el Padre Perrone aconsejaba la constitucion romana al Santo Padre, y al dia siguiente gritaban:—Muera el retrógrado.—Por vida, que esto es ser muy tontos.

—Oid, tio, dijo Mimo: es muy cierto que para valientes soldados no hay otros como los piamonteses en opinion de los mismos austriacos; y si hubieseis leido la *Gaceta de Verona*, que de un modo ú otro siempre nos llegaba al campo, hubierais visto que los mismos generales austriacos ponian á las nubes el valor de los piamonteses y saboyardos. No así los papeles piamonteses fueron siempre tan justos y corteses con los austriacos, llamándolos á menudo traidores, bárbaros y crueles; aunque á fin de ensalzar su propio valor, debian confesar no obstante que les oponia firme resistencia el ejército de Radetzki. Por lo demas, querido tio, de todas las contradicciones que leisteis en los periódicos de los insurreccionados italianos, ninguna debe admiraros si atendeis á los hombres mentirosos é ignorantes de la guerra que escribian noticias desconcertadas para los periódicos de aquellos dias, haciendo correr el Mincio á veces hácia arriba, y el Adige por el valle de Brenta.

—¡Oh! dijo Bártolo, de esta nueva geografía que de los montes hace rios y convierte los rios en montes inaccesibles y cubiertos de nieve, muchas veces me reí en Roma en el Círculo

popular y en la tienda de Piccioni. Pero con respecto á las crueldades de los austriacos, creo que las noticias eran verdaderas: como el disparar sobre las mujeres embarazadas, el ensartar las criaturas con las bayonetas, el desollar vivos á los viejos, y otras cosas dignas de eterna abominacion; lo mismo que el incendiar aldeas, y abrasar en sus llamas á los indefensos habitantes; de que es ejemplo la tragedia de Castelnuovo, cerca de Peschiera, aldea ántes tan rica y floreciente, convertida ahora en un monton de ruinas y de tizones apagados, en que fueron abrasados y consumidos los hombres y ganados.

—Despacio, querido tio. Que hasta los historiadores piamonteses que presumen de escritores graves y formales nos pinten estas escenas capaces de hacer extremecer á las sensibles mujeres, y de espantar á las doncellas, no hay que hacer caso; pero que nos lo quieran hacer tragar á nosotros, que fuimos testigos de vista, ciertamente no puede aguantarse, y es sumamente ridículo. Si algunos de estos coroneles mayores, ú oficiales que escriben tales cuentos, hubiesen sido heridos y trasladados á los hospitales de Mántua y de Verona (como el valiente y noble general Aviernoz, que despues de herido quedó prisionero, y el intrépido caballero Vasco, que se arrojó encima de las bayonetas enemigas, y herido como estaba combatia aún hasta la muerte, y como otros valientes oficiales) entónces pon-

drian á las nubes la generosidad y caridad con que fueron acogidos y tratados por los austriacos.

—¡Oh! en cuanto á mí, exclamó Lando, no olvidaré miéntras viva las finezas y atenciones que tuvo conmigo mi croata, la invicta Olga Ukassovich, á quien miraré siempre como una hermana.

—Muchos amigos mios, añadió Mimo, refirieron los afectuosos cuidados que estando heridos, ó enfermos, recibieron de los cirujanos y médicos veroneses que les asistian en los hospitales. Entre ellos se distinguió el doctor José de Borsa, que lleno de humanidad y cortesía italiana acogia y curaba con tal habilidad y amor á los pobres prisioneros heridos, lombardos, piamonteses, napolitanos ó romanos, que estos propalaron por su pátria con infinitas alabanzas la suma benevolencia y cuidado de aquel célebre facultativo. Los trató como hermanos, y conmovido derramaba lágrimas al ver los espasmos que les causaban las heridas y el ardor de la calentura. Nada diré de los Sacerdotes de aquella insigne ciudad, quienes permanecian incansables así de noche como de dia, junto al lecho de nuestros hermanos, haciendo el servicio de asistentes y de enfermeros, con tan caritativo corazon y tan ardiente celo, que al verles tomar la taza y darles á beber con amor, ayudarles á incorporarse en la cama y peinarles, no parecia sino que

eran unas madres cuidando á sus hijos.

—¡Pícaros redactores! exclamó Bártolo, que siempre estaban chillando contra la crueldad de los austriacos; pero tú, Mimo, ¿cómo es posible que de improviso te hayas vuelto más austriaco que el mismo Radetzki?

—Tranquilizaos, mi queridó tio, pues digo lo que es justo, y nada más: en esto no soy sólo, sino que de mi mismo dictámen son cuantos voluntarios cayeron prisioneros y recibieron de los austriacos el mismo buen trato.

—Sí, pero ¿y las crueldades de Castelnuovo? No puedo ménos de extremecerme al pensar en aquellos infelices abrasados vivos dentro de sus propias casas; en los que huyendo caian bajo una lluvia de balas que hacian en ellos atroz carnicería, y en las bombas incendiarias que volaban por los aires con sus chispeantes espoletos, y luego se desplomaban llevando el incendio y las llamas en medio de los aldeanos: cuando las infelices mujeres corrian llenas de espanto con el fuego que prendia en sus vestidos, y los hombres desesperados echábanseles encima, ó derribándolas las revolvian por el suelo y por el fango á fin de apagarlos; pero en vano, pues hinchadas y ulceradas las carnes, las desdichadas en su desesperacion se las arrancaban y morian carbonizadas. Algunas, impulsadas por el tormento del fuego que las envolvia, corrian azoradas alargando los brazos y con los ojos desencajados á re-

fugiarse en las casas y hasta en los establos y en los pajares, y la llama se comunicaba á las materias secas de estos lugares, luego á los muebles, á las personas y las casas, formando todo un torbellino de llamas y de humo: ¡horrible estrago! y miéntras tanto los cohetes á la congreve y las bombas fulminantes, volaban silbando y crugiendo por los tejados, por las calles, y dentro de las casas, y oianse reventar las bombas y las granadas arrojando por las ventanas pez y azufre encendido, que pegándose á los muebles y á las vigas, en poco tiempo quedaban los edificios consumidos por las llamas. Ahora dime: ¿no es esto inaudita barbárie, y un furor infernal? ¡Dios mio! leí que al dia siguiente, habiendo acudido los pueblos circunvecinos á enterrar los muertos, encontraron más de ochenta personas, parte magulladas debajo de los escombros y ruinas de los edificios, y parte achicharradas y carbonizadas por el fuego.

Veianse madres estrechando en el seno chamuscado y denegrido á sus hijuelos, y á estos con las facciones descompuestas, los puños cerrados, las manecitas quemadas, abrazados al cuello de sus madres, las cuales estaban boca arriba, coarrugadas por la accion del fuego y con la cabeza sin cabellos, ennegrecidas y despellejadas. ¡Y esa pobre vieja que quiso refugiarse en una iglesia, se le pegó fuego en los vestidos y cayó envuelta en las llamas, y con ella una so-

brina que llevaba cogida de la mano y que murió tambien abrasada! ¡Y esos hombres desesperados y quemados enmedio de las humeantes vigas del techo! ¡y los bueyes y caballos asados con todo cuanto habia en el establo, y en todas partes ruinas, horrores y muertes! ¿Quién tiene la culpa de tan terribles escenas? ¿No fueron los austriacos?

—Querido tio, tambien me conduelo y participo de vuestro sentimiento; y cuando yo mismo ví de cerca las ruinas, lloré y debí volver á otra parte los ojos; pero toda vez que preguntais quién tiene la culpa de tanto incendio, os lo diré, á lo ménos lo dejaré á vuestro propio juicio. Agustin Noaro, oficial piamontes, con una numerosa partida de voluntarios lombardos y napolitanos, cayó de improviso sobre Castelnuovo, donde fueron sorprendidos cien forrajeadores austriacos y los hicieron prisioneros. Noaro fortificóse en el terreno, rompiendo los caminos que van á Verona, á Mántua y á Peschiera, derribando puentes y árboles para atrincherar los contornos y poner estacadas en todas las bocascalles de la aldea, y haciendo detrás escavaciones profundas y escarpadas con puntas de hierro, palos, etc., para impedir la entrada á la caballería. Hasta aquí Noaro no hizo más que lo que conviene á un capitan prudente y esperimentado; pero al ver que los moradores trataban de desocupar la poblacion y ponerse en salvo ellos,

sus mujeres, sus hijos y sus ganados, se opuso cruelmente. A lo ménos hubiese permitido salir y ponerse en lugar seguro á las mujeres, á los niños y á los pobres viejos; pero nada, á sablazos de llano y á culatazos obligó á los infelices aldeanos á llevar espuertas de tierra, estacas, troncos, faginas, y á trabajar en las barricadas y demas obras de fortificacion. No contento aún con esto, con la pólvora y municiones que sacó del almacen inmediato á Peschiera, los arrojó á á combatir en las estacadas, y mandó que subiesen algunos al campanario á tocar furiosamente á rebato.

Habiendo llegado la brigada de Taxis á desalojar de allí á los lombardos, hallando una tan rabiosa defensa, los austriacos echaron mano de las granadas, de las balas, bombas y cohetes, y de los obuses; por lo que unos destruyendo con el ímpetu de los proyectiles, otros pegando fuego con las materias incendiarias, cuando tomaron la poblacion al asalto, estaba ya medio arruinada. Noaro con sus tropas huyo á Lazize; pero antes hizo poner una larga hilera de pólvora que iba á terminar en el almacen de municiones; y en medio de la fuga le mandó pegar fuego por el jóven Milanés Borsi, y voló el almacen de la pólvora con horroroso estrépito haciendo retemblar la tierra como en un violento terremoto. Esto hizo venir al suelo otros edificios que se hallaban medio derruidos, y que de-

jaron sepultados á muchos infelices aldeanos.

—Pero á nosotros, replicó Bártolo, se nos pintó á los austriacos crueles por pasatiempo y por gusto, asando con asadores á las mujeres y niños de Castelnuovo, como hacen los salvajes antropófagos de la Australia en sus execrables festines.

—Esto son patrañas para los tontos. Sabed que en medio de tanta sangre y de tanto incendio, huyó saltando los fosos una cabrita, la cual cogida por los soldados de Taxis, la llevaron fuerra de la batalla, acariciándola, dándole de comer yerba y diciendo:—¡Pobre animalito!—Así bien podeis creer que si Noaro hubiese dejado salir libres á las mujeres, á los niños y ancianos, los austriacos los hubieran acogido con afecto, y les hubieran prestado consuelo. Pero despues de pintar con tan sangrentos colores los hechos de los austriacos, pintan de color de rosa las verdaderas crueldades que cometian los voluntarios lombardos.

Ya os acordareis de lo que hicieron nuestras legiones cerca de Treviso, cuando pasando por allí el director de policía de Módena y el gobernador de Reggio con el otro pobrecillo de Este, les atacaron y maltrataron horriblemente. En vano les pedian compasion diciendo que eran buenos italianos y no espías, ni traidores; nada pudo salvarles; se les echaron encima como lobos, y á sablazos y á cuchilladas los hicieron peda-

zos, los desollaron, los desgarraron, y para colmo de barbárie, acribillaron sus cuerpos á balazos y los arrastraron por las calles. Nosotros los vimos mutilados y destrozados, con los ojos arrancados de las órbitas y colgantes sobre las mejillas, con los labios desgarrados y truncados los dedos. Los dos generosos y valientes marqueses Patrizzi, que con tal ardimiento combatieron en Cornuda, al ver un hecho tan horrible y atroz, justamente indignados, abandonaron las legiones y no quisieron militar mas al lado de semejantes fieras.

Entónces D. Cárlos, volviéndose á los dos valientes romanos, preguntóles:—¿Acaso alguno de vosotros se halló en la batalla de Santa Lucia, ó en la de cerca de Vicenza?—Habiendo Lando contestado, que en efecto él estuvo en Vicenza en los dos asaltos del 25 de Mayo, y despues de la toma, y que fué testigo del valor de los romanos, Mimo añadió:—Yo podré daros ámplias noticias con respecto á Santa Lucia, pues poco despues fuí al campo piamontés con Aser; y el intrépido de Roussy, oficial de artillería que combatió con tanto denuedo en la batalla de Rivoli, al pié del obelisco erigido por Napoleon, me esplicó hasta las más nimias particularidades: estos informes aun fueron mayores despues que hablé con algunos prisioneros de Geppert, que en otros encuentros cayeron en poder de los piamonteses.

—¡Muy bien! dijo Bártolo. Vamos Mimo: ya que

has venido á ser otro Jenofonte, otro Polibio ó otro Vegecio en punto á estrategia, cuéntanos especificadamente los lances de esa batalla que, segun se dice, tuvo trazas de un torneo, y que fué sostenida con tanto valor como caballerosidad por los denodados ejércitos del Rey Cárlos Alberto y del mariscal Radetzki.

—En efecto: pero si los austriacos, hallándose en las peores circunstancias por la sublevacion general de la alta Italia, supieron no obstante combatir como valientes y vencer, los piamonteses no fueron ménos valerosos y denodados, aunque conducidos con ménos inteligencia á la batalla. Los generales en primer lugar no conocian el terreno: y marchando por caminos reales y otras anchas sendas á extenderse y escalonarse en la Cruz Blanca y en Santa Lucía, no pusieron su atencion en los campos, los cuales son en toda aquella línea unos pedregales: todas las piedras y guijarros se arrojan á las márgenes de los barbechos y novales en todas direcciones, y forman esclusas, zanjas y montones que impiden extenderse las columnas; maniobrar la artillería y escuadronarse la caballería. Desde esta parte de Capri en Santa Agueda, y desde más allá de Lagaguano hasta San Máximo; y en la izquierda desde la hacienda del abogado Belviglieri hasta Bussolengo, las paredes de las cercas se cruzan y confunden en todos los puntos, y ademas los viñedos y nume-

rosas arboledas aumentan todavía los obstáculos; sin embargo, debia extenderse de frente la línea de batalla y en conos; pero en lugar de hacerlo así, hicieron formar las tropas por escalones y en varias líneas de poco fondo.

A todas estas desventajas del órden de batalla se agregó un error gravísimo: y fué que los edecanes no comunicaron con la velocidad debida las órdenes expedidas por los generales, á quienes mandaba el Rey que á las seis de la mañana estuviesen todos alineados en los puestos que se les designaba; por lo mismo, habiendo retardado sus movimientos por ignorancia de dichas disposiciones, no acudieron pronto con las retaguardias y las reservas á sostener las fuerzas, y estas cedieron primero en el ala izquierda y luego en el centro.

Esto supuesto, ya podeis figuraros que fué una batalla de las más grandes y peligrosas que han visto los campos italianos, desde las de Massena y de Napoleon. Al despuntar el alba, las legiones reales descendieron alegres y decididas de las alturas que hay entre Goito y Pastrengo.

El ala derecha hácia Santa Lucía, mandada por el general Ferrere con las brigadas de Acqui y de Casale, escoltadas por la caballería de Olivieri, y reforzadas con dos baterías. En el centro, hácia San Máximo, habia el capitan general Bava con el Rey Cárlos Alberto, las brigadas de Aosta conducidas por el general Sommoriva

y los guardias del general Biscaretti, el batallon de Realnavi y la compañía de Graffini: formaba el frente de este centro la vanguardia, compuesta de la caballería de Sala y de las brigadas de Cuneo y de la Reina, mandadas por el animoso duque de Saboya, con los generales de Aviernoz y Trotti. El ala izquierda se extendia hácia la Cruz Blanca, y la mandaba el general Broglia, con la tercera division, flanqueada por la caballería del conde Robilant. La artillería estaba toda bajo las órdenes del valiente duque de Génova.

El mariscal Radetzki, salido de Verona, opuso á la division de Broglia el invicto de Aspre. A la derecha de Santa Lucía oponíase el ala izquierda, firme y decidida por las excitaciones del general Wratislaw, del magnánimo jóven Francisco José, archiduque y futuro Emperador, y del archiduque Alberto; el general Clam mandaba el ala izquierda, situada en Tomba. El mariscal Radetzki con su centro hacia frente al del Rey Cárlos Alberto; de modo que fué un espectáculo grande y hermoso el que ofreció la lucha del más noble caballero de Italia con el antiguo héroe del Imperio: lucha muy digna de tan famoso teatro, en donde se disputaban la palma, el valor con la prudencia, el ardimiento con la experiencia, el Rey soldado con el denodado guerrero, y el experimentado capitan con el reflexivo al par que activo anciano. De este modo el

campo de batalla cojia todo el ángulo que forma el Adige, entre el Chievo y Tomba, ocupando el terreno frontero á Verona, desde los fosos de San Zenon hasta la Puerta nueva, y rodeándolo por debajo de las alturas de la Cruz Blanca y de San Máximo.

El dia 6 de Mayo, pues, cuando los campos se hallan más floridos, la yerba más ufana y las frutas más sabrosas, cuando los pájaros celebran sus amores, bajo un ambiente tibio y sereno; los hombres, cuya fiereza se resiste al más dulce influjo de la naturaleza, del sitio de la estacion primaveral, se presentan rabiosos á disputarse la gloria de matar y de regar con sangre el risueño aspecto de los campos y las límpidas aguas de los arroyos. Empeñada la batalla al amanecer, el ala izquierda piamontesa se arrojó con ímpetu á la Cruz Blanca para forzar las trincheras del general de Aspre. La brigada de Saboya, á las órdenes del general Ucillon, hizo avanzar dos batallones del segundo regimiento y uno del primero al mando del coronel Mollard; pero habiendo hallado el obstáculo de la intrincadísima selva de morales, y las cortaduras naturales que cruzan aquellos campos, quedó paralizado el ímpetu de la embestida. Con todo, llegaron á la cima del último monton de piedras, donde les recibió con un torrente de fuego la artillería apostada y firme para recibirlos. Aclaráronse las filas, más no cejaron; ántes, varios oficiales para infundir

ánimo á los soldados, se arrojaron intrépidos al medio de las filas enemigas, con tal prontitud, que Cárlos de Ferax, hijo del general, cogiendo de improviso el brazo de un teniente austriaco, le arrancó de la mano la espada.

Pero inundados por un diluvio de metralla y de fusilería, y flanqueados de continuo por los cazadores, que les hostigaban de frente y por los flancos, despues de una hora de un choque terrible, las columnas de Bruglia debieron retroceder. Vióse entónces la intrepidez del capitan de Ivoley, el cual, mal herido como estaba, arrojando sangre y cubriéndose la herida con una mano vibraba su terrible espada con la otra, hasta que cayó en el campo, y aún gritaba animando á los soldados. Allí fueron heridos los capitanes de Coucy y de Fauerqes, con otros valientes que resistian esforzados á fin de sostener á la brigada de Saboya, puesta en desórden y derrotada por la impetuosa acometida de los Asperianos que con la artilleria, el fuego de las columnas, y las cargas de la caballería húngara y de Bohemia, pusieron en completa derrota á toda el ala izquierda.

Miéntras tenian lugar en la Cruz Blanca estos sangrientos conflictos, el centro atacaba las filas del mariscal, que impávidas y firmes ponian en apuro á la vanguardia; la cual para librarse de su terrible fuego, sin retroceder, se soslayaba por el flanco hácia Santa Lucía. Este movimiento

quitó en parte un escudo á la brigada de Aosta, que á modo de parapeto se opuso de un lado al torrente de los dragones, que estrechándose y arremolinados, cargaban á los escuadrones de la caballería Real. Estos hacian cúanto podian para resistir á semejante fúria. Veíase á aquellos hombres poderosos y valientes venir á las manos, con las espadas largas y rectas, hiriendo de punta y de corte, parar los golpes y descargarlos fieros en los yelmos, cortando las cimeras y deshaciendo las carrilleras. Los dragones de Aosta llevaban yelmos de acero, que en su base estaban rodeados de una tira de brillante piel de becerro marino, y en su cimera relucia la cruz de Saboya, hecha tambien de acero.—Los dragones austriacos llevaban sus yelmos de cuero barnizado, con las junturas cubiertas de laton; pero tanto los unos como los otros ningun caso hacian de tales defensas; sino que sacudian una lluvia de tajos, reveses y mandobles con tal ardor, que traspasaban los pechos, los carrillos, las facciones y las cabezas, quedaban hendidos y despegados los hombros, y los brazos venian abajo, sin que nada pudiese resistir á tan tremendas cuchilladas.

Cruzábanse, confundíanse, rechazábanse, y ya separándose, ya estrechándose, multiplicaban las cargas, y se revolvian formando ya grupos, ya hileras, con un estrépito y un choque de espadas y movimiento tan continua y

terrible, que no puede imaginarse una más encarnizada pelea.

El valiente general Sommaviva hizo adelantar su brigada amenazadora; pero el jefe de la artillería austriaca, volviendo las piezas contra las filas avanzadas, aclaró, desconcertó é hizo estragos en aquella pobre infantería, á la cual no le valió cambiar de frente, ni combatir en columna, ni soslayarse; pues las brigadas del archiduque Segismundo y del general Wohlgemuth, la embistieron por todos lados, sin embargo de que el cuerpo de los guardias le guardaba la espalda.

El Rey, firme é impávido en medio de tan furioso estrago, oia silbar en torno de sí aquel diluvio de balas, veia á los carabineros que formaban su escolta, con los morriones acribillados y sus caballos heridos; sin embargo, con la mirada y la atencion siempre fijas en los movimientos y evoluciones de parada ó de avance, etcétera, veia á la caballería y á la infantería subir y bajar rápidamente por aquellos montes de piedra al asalto de las trincheras; al tiempo que los zapadores desembarazaban con sus palas y azadones los montes pedregosos que obstruian el paso, y derrumbaban los escombros en las zanjas, preparando el camino á la artillería volante, que salia precipitadamente y corria casi con temeridad á plantar sus piezas en medio de las primeras filas enemigas.

Observó el Rey que el esfuerzo del combate habia llevado el centro del mariscal hácia su ala izquierda de Santa Lucía, en donde los austriacos, mas conocedores que él del terreno, en parte se habian atrincherado en el burgo, y en parte estendido gradualmente y en masas cerradas, con la caballeria en las dos alas y con la artillería parte al frente, y parte á los lados y detrás de los parapetos y troneras hechas en los muros.

Allí fortificaron las casas y el recinto con trincheras, reductos y fosos; pues desde aquel punto podian hostilizar al enemigo por todas partes, teniendo á donde retirarse y hacerse fuertes. Así, viendo los piamonteses la dificultad del asalto, y no obstante, queriendo forzar y vencer al enemigo atacándole por el flanco ó por la espalda, resultó mayor violencia y ardimiento en el choque, y ambos poderosos ejércitos hicieron prodigios de valor.

Las tropas de los generales Ferrere y Passalacqua aun no se hallaban en sus puestos, gracias al retardo de las órdenes; por lo que un batallon de las Guardias, escitado por los gritos de sus oficiales que precedian animosos á la colun na gritando:—¡Animo! ¡adelante!—se metió impetuosa debajo de los reparos de Santa Lucía, y desafiando el fuego volcánico de la artillería y de la fusilería, cargó con entereza, sin parar hasta que estuvo debajo de los muros. Otros regi-

mientos de las Guardias, superando todos los obstáculos de los reductos, fosos y parapetos dispuestos para la defensa, se encaramaban por las empalizadas y prominencias con la agilidad de las ardillas, cogiéndose á todo estremo de viga, á toda piedra saliente, etc.: hasta subieron á los alfeizares de las ventanas, en donde cogian por el cañon el fusil de los enemigos y se lo arrancaban de las manos: tal grado de intrepidez y de arrojo obligó á los mismos generales austriacos á elogiarlo diciendo: ¡Cuán glorioso y grande es lidiar con tan valerosos contrarios!

La acometida, el ímpetu y el choque de las tropas reales, fué tal al rededor del cementerio de Santa Lucía, que parecia no haber otro conflicto en los demas puntos, y que todo estuviese concentrado debajo de aquellos muros, ántes pacífico y sagrado abrigo de los muertos, y ahora fortificados y convertidos en ciudadela y en teatro de sangrienta y encarnizada lucha. Un caballero jóven de Castelnuovo llamado Torrazzo fué el primero que se arrojó con el mayor denuedo al pié del muro, y con tal agilidad y sangre fria puso los piés y las manos en los agujeros hechos por las balas de cañon, que en un abrir y cerrar de ojos se halló encima de la muralla: á su vista se animan y arrojan tambien como leones los valientes de las Guardias, el alférez Lacosta se encarama y planta en el muro la cruz de Saboya, y luego es imitado por los más se-

dientos de gloria que lo inundan y escalan por todos lados, y en el mismo cementerio, en medio de las cruces y de las urnas cinerarias, se empeña la más sangrienta refriega á la bayoneta. Los austriacos desocuparon el cementerio para apoyarse en las columnas del centro; pero pronto reforzados, volaron al asalto y reconquistaron el terreno; sin embargo, viendo que se habia reunido la division de Arvillars á la de Ferrere, otra vez emprendieron la retirada.

En esto llegó la nueva de la derrota de los piamonteses en la Cruz Blanca, y en vista de ello, temiendo el Rey que en el ímpetu de la victoria cayesen sobre su flanco y espalda las columnas de Aspre, hizo tocar retirada. Entónces el mariscal (que con la calma del piloto cuando más arreciaba la tempestad estaba en acecho de toda coyuntura favorable) apénas vió que las tropas Reales desamparaban las fortificaciones de Santa Lucía, mandó entrar de nuevo á los suyos, para fortificarse otra vez aumentando las defensas. Pero el alma compasiva y paternal de Cárlos Alberto sentia el más vivo pesar al considerar los muchos heridos que quedaban prisioneros de guerra, y rabiaba sin saber qué resolver: miraba con severidad á sus generales, y daba vueltas con su caballo, como si dijera;—¿Y habremos de dejar á tantos valientes que por mí derraman su sangre abandonados en poder del enemigo? ¿Quién curará sus heridas? ¡Generales! ¡Soldados!

Eran las tres de la tarde cuando se vió llegar á toda prisa la brigada Regina y la de Cuneo conducidas por el duque de Saboya, quien gritó:

—Señor, los valientes de Cárlos Alberto no serán presa del enemigo.

Esto dicho se arroja furioso á Santa Lucía; rompe y arranca las empalizadas y estacadas, envia, como perros al toro, los batallones más animosos y robustos, los que diezmados por el fuego de la artillería se estrechan y por encima de montones de cadáveres se lanzan fuera de sí á las casas, á las plataformas y á los muros del cementerio. La caballería de húsares, cargando ferozmente á los batallones Reales, hacia estragos, derribando á los soldados con el empuje de los caballos, rompiéndolos á sablazos, pisoteándolos y magullándolos; pero los piamonteses se mostraron firmes, y sin desanimarse por tan duro choque de los imperiales, se reunen y estrechan; y lanzándose como panteras al asalto por todos lados, los toman por tercera vez con tanta fúria, que los de Radetzki son arrojados de sus puestos.

Entónces el mariscal, que por la derrota de la division de Broglia habia juzgado exactamente el éxito de la batalla, envió por su edecan el intrépido jóven Pimodan, al general Wratislaw, la órden de acudir con todas sus fuerzas al recobro de Santa Lucía.

La tierra temblaba bajo la trepidacion de tan numerosa caballería, de tantos batallones de infantes, del acarreo de las piezas de artillería y del choque estrepitoso de tan empeñado combate. El archiduque Francisco Giuseppe animaba á los soldados con la voz y con el ejemplo, permaneciendo tranquilo y con impávida serenidad en medio de las balas de cañon, que le pasaban por todos lados, tronchando los árboles y sembrando el suelo de ramas. Miéntras tanto el archiduque Alberto hizo embocar las columnas por una estrecha senda; pero una batería piamontesa, oculta detrás de la espesura de las moreras, rompió de improviso un terrible fuego de metralla que destruyó cuanto se le puso delante. Una nube de tierra y de ramaje cubrió al impertérrito archiduque; una bala mató el caballo del conde Wratislaw, y otra agujereó el vestido del ayudante del mariscal y le rompió la vaina de la espada.

Sin embargo, los austriacos continúan avanzando bajo los reparos de Santa Lucía; el teniente coronel de Leitzendorf con el general Salis y Pimodan se arrojan al frente de un batallon de granaderos del archiduque Sigismundo y de algunas compañías del regimiento de Geppert, y con sus gritos animan á los soldados; quienes atacan furiosos á la bayoneta á las tropas reales, que los esperan á pié firme é impávidos. Leitzendorf cae mortalmente herido; al general

Salis una bala le traspasa el pecho y lo derriba del caballo; coge la mano del ayudante de Radetzki y le dice:—Amigo, haz que me lleven á..... y no pudo pronunciar otra palabra. Al ver aquello, irritados los cazadores, se ocultan detrás de las columnas y se echan sobre la brigada de Cuneo; los italianos de Geppert les siguen de cerca y caen bajo un fuego terrible y sostenido; pero un batallon de Prohaska, con los cazadores del conde de Koppal, hendió y rompió la brigada Real, la cual en su dispersion envolvió al duque de Saboya y corrió á refugiarse en la línea del centro.

El mariscal volvió á apoderarse de Santa Lucía, mientras que el ejército entero de Cárlos Alberto cayó y se declaró en completa retirada. El general Clam, que se hallaba en la estrema izquierda sobre Tomba, notando el desconcierto de las tropas reales, marchó apresuradamente á cogerle la espalda, y á cargar furioso sobre la retaguardia; pero no sostuvo el choque, sino que huyó en dispersion; y á no haber sido por la densa selva demora les que sombreaban todos esos campos y que á cien pasos impedia la vista de tanta derrota, los austriacos no sólo hubieran podido cortar la retirada al ejército de Cárlos Alberto, sino hacer en él una horrorosa carnicería.

Así terminó aquella famosa jornada, la cual en sentir de los inteligentes fué una de las batallas

mejor ejecutadas y más hábil y valerosamente conducidas que han visto nunca los campos de Italia: en ella el valor, la habilidad, la audacia, la disciplina y el talento militar, brillaron á un tiempo para gloria de ámbas partes combatientes.

—¡Cuidado Mimo! esclamó Bártolo ¿qué alabanzas merece el desnucarse, el romper brazos y piernas, mutilar dedos, traspasar al prójimo, cortarle la cabeza, magullarle, henderle y despedazarle? Estas son gracias propias de perros rabiosos, y tú hablas de ello como de un baile bien ejecutado, ó de un concierto de música tocado á la perfeccion.

—¿Qué quereis, tio? cada cual tiene sus gustos, y no falta quien mire esas cargas, asaltos, y confusion de la refriega como una danza con su medida y compás y su armonía música, y á tan terrible matanza da el nombre de baile marcial, por la admirable armonía y habilidad en todos los movimientos y evoluciones.

—¿Oyes Elisa? No te parece estar oyendo á tu viejo maestro frances pasando el arco por su violin y decirte:—Vamos, señorita, resbalad el pié: saltad: las puntas hácia fuera; paso de tercera, salto hácia atrás; este brazo vuelto con aire; esa cuarta no va bien; ese paso bien marcado; esa tercera más ágil y limpia. ¡Vaya! ahora se nos viene tu primo con la danza marcial; y habla de ella con tanto placer, que la boca se le hace agua.

Esto son frases y dicciones inventadas por los hombres á modo de figura retórica *per contraria*: así al Cabo de las Tormentas se le dió el nombre de Cabo de Buena Esperanza, á fin de no espantar á los navegantes: del mismo modo la guerra se ha llamado danza, y no matanza, que es el nombre que le conviene y le cuadra. El caso es que austriacos y piamonteses están acordes en llamar á esa sangrienta batalla de Santa Lucía, una accion brillante: lo mismo que se llamó un torneo caballeresco al conflicto de 29 de Abril, en que el general Wohlgemuth fué atacado cerca de Bussolengo por el segundo cuerpo del ejército Real.

Wohlgemuth era sólo, y sostuvo aquel terrible encuentro por espacio de cuatro horas con un denuedo prodigioso, apoyándose en el Adige á fin de no verse envuelto por el enemigo; pero no llegándole socorro de Verona, se vió precisado á replegarse hácia la izquierda, cambiando el frente, altivo é indómito con los cazadores de Zabel y con los croatos de Knesewich; cuando un escuadron de caballería emprende una impetuosa carga sobre los cazadores, los cuales agrupándose y formando en cuadro con toda la prontitud posible, asestaron las bayonetas al pecho de los que les acometian. Mandaba esta caballería un oficial que rompió atrevido por medio de un batallon con intento de arrebatarle la bandera; pero él y su caballo cayeron acribillados

á balazos, y por una carta que despues se le encontró en los bolsillos se vino en conocimiento de que era el jóven marques de Bevilacqua. Quedó pasmado al ver semejante ardimiento el general Wohlgemuth, y dijo á los soldados:—Debemos envanecernos de tener que pelear contra unos caballeros de tanta valentía; y en verdad siento en el alma que hayamos muerto á este jóven de un corazon tan grande y animoso y de tanta nobleza y génio guerrero.

—¡Por vida de! añadió Bártolo, que en Custoza, tuvimos los piamonteses tan fiera derrota, que muchas nobles matronas lloran aun los hijos que allí perdieron, ó que fueron estropeados, ó que cayeron prisioneros. Imposible es, sobrinos mios, que os formeis una idea de la rábia y despecho que se apoderó de mi corazon al considerar tanto estrago y carnicería hecha en la juventud romana; siendo objeto de mofa y de sarcasmo en toda Roma, por causa del conde Mamiani, que celebró aquella accion como la más ilustre victoria, haciendo echar al vuelo todas las campanas de las siete colinas.

—Parecia la noche de Navidad: todo el mundo saltaba de la cama y se asomaba á las ventanas exclamando:—¿Qué es esto? ¿qué noticias hay?—¿se ha pegado fuego al Capitolio?—No; en Montecitorio.—¡Dios mio qué desgracia!—Nada: es la famosa victoria ganada por Cárlos Alberto, cuya noticia acaba de traer el correo: los aus-

triacos han sido completamente derrotados y no queda ni uno en toda la tierra de Lombardía. Verona está en poder del Rey, ¡Viva la Italia! ¡mueran los estranjeros!—¡Qué diablo! ¿y por esto era necesario asustar á toda Roma?—¿Qué es este campaneo? preguntaban los montesinos, mi mujer está toda convulsa, y creo que va á abortar.—Y mi hija se ha desmayado, ¿qué puede significar ese doblar de las campanas? ¿En dónde está esa Verona?—¡Allá arriba, léjos!—¿Mucho más léjos que Nápoles?—Muchisimo: está más allá del Narni, más léjos que el Terni.—¡Por vida!..... ¡y nos vienen á fastidiar á nosotros!..... Supuesto que Verona está tan léjos, es imposible que nos oigan aunque se rompan las campanas á puro doblarlas,—Al mismo tiempo se disparaban los fusiles y escopetas en las ventanas y terrados, lo que producia un ruido y un bullicio que al parecer el mundo se habia vuelto loco.

—¿Te acuerdas, Mimo, dijo Lando de aquellos tres diablos que disparaban en nuestra calle? mientras que en las ventanas de enfrente se oian lloros de niños, chillidos de mujeres y de niñas, murmullos y lamentos de viejas, que parecia un infierno. Al mismo tiempo recorrian las calles varias turbas con hachas de viento gritando:—Arriba á los campanarios, tañed las campanas, infames; y por que en Gesu tardaban algo, empezaron á golpear la puerta gritando:—Arriba, tunantes, al campanario; sino iremos nosotros.

El pobre campanero sale á la ventana y dice: —Tened un poco de paciencia; dejad que me vista y voy al punto al campanario. — La respuesta fué un tiro que le disparó uno de aquellos satélites de Ciceruacchio, y la bala silbó en las orejas del pobre campanero, y rompió un vidrio y el marco. Como la bala hubiese dado seis dedos mas abajo, el pobre habia concluido, y en vez de subir al campanario, al dia siguiente hubieran doblado por él á muertos. A la mañana siguiente la gente se levantó temprano, y se esparció por las calles y plazas á informarse de lo sucedido, y adquirir pormenores sobre aquella gran victoria. ¡Victoria dije! No, sino vencimiento, desconcierto, derrota, dispersion y fuga confusa, abandono de artillería, provisiones, forrajes y bagajes en el campo; los soldados corriendo afanosos, fatigados, abrasados por el ardor del sol, muertos de hambre, y reuniéndose cerca de Milan abatidos y desanimados tras de diez y seis horas de fuga y de esterminio (1).

(1) Algunos han creido ver un anacronismo en esta narracion del campaneo de Roma, hecha por Mimo y Lando á Bártolo; pero tal vez no fijaron su atencion en que hallándose Mimo en la batalla de Santa Lucia y Lando en la toma de Vicenza, la primera fué en Mayo y la segunda en Junio, y la derrota de Custoza tuvo lugar á últimos de Julio; asi los dos hermanos se hallaban ya en Roma á mediados de Julio, y el campaneo de Mamiani fué el 31 de este mes en la noche de San Ignacio.

Mientras esto decia Lando, el barco que los llevaba a Salerno habia llegado debajo de las hermosas alturas de Citara, que cubiertas de plantas vivaces, estienden su plácido verdor por las lomas y pendientes, ofréciendo entre ellas la más hermosa vista las casitas blancas que se muestran al través del ramaje, como doncellas asomadas á la ventana, y presentan por toda aquella ribera una deliciosa y risueña vista llena de variedad y de atractivos. Citara, Baiti y Vietri en parte se estienden hácia arriba de la costa, y en parte bajan hasta el mar formando senos, rodeos y recesos, y á sus faldas los pescadores dirigen sus barquillas por las tranquilas aguas del holfo.

Llegados á Salerno, desembarcaron, y despues de haber visitado y admirado los vastos edificios que adornan á esa industriosa ciudad, subieron á la antigua catedral, honrada con el sagrado depósito del cuerpo de San Mateo apostol y evangelista, é ilustre por contener el sepulcro del grande San Gregorio VII, que habiendo muerto en el destierro que le valió su formidable entereza, descansan allí en paz sus fatigados huesos. Allá arriba de aquella arca reside la sombra de ese varon magnánimo, y hace ocho siglos que ve cuál se desenvuelve el plan que formó con su robusto brazo y la profundidad de su talento. Vió llegar á las estrellas la altura del pontificado romano, estender sus brazos á

los cuatro punto cardinales del globo, y acoger bajo su manto esplendoroso á las naciones bárbaras, que descansando seguras bajo esa sombra, deponian las armas de las manos, dejaban sus toscas costumbres, la fiereza del corazon, la sed de sangre, la ira, el ódio, la venganza y la traicion con que eran impelidas á despedazarse mútuamente.

Bajo su manto se vió nacer, crecer y consolidarse la libertad de las comunidades de Italia; se vió surcar el mar á los guerreros de Occidente para ir á conquistar el Calvario; se vió á Roma vestir la más noble capa, ceñir las tres coronas, difundir la luz de las ciencias y de las artes, del comercio, de la legislacion, de la nobleza y cortesía católica por todas las playas ultramontanas, y formar de la ántes rústica Europa esa sublime sociabilidad de gentes, de ciudades, de provincias y de estados que comunicó todo sabor y luz de sabiduría religiosa y profana á todas las gentes del mundo.

Pero de tres siglos acá, la santa sombra de Gregorio mira con vista torva y desdeñosa cuál crece, se robustece y da fétidos frutos la perversa planta de la heregía, que germinó en el ponzoñoso pecho de Lutero; ve cómo su sutil veneno penetra comunicando sordamente la muerte, y cual corroe y rompe los dorados hilos de la admirable tela que á costa de mil padecimientos de terribles luchas, del destierro y de la muerte,

habia urdido y preparado para el sostenimiento de los Monarcas y las franquicias y felicidad de los pueblos cristianos.

Ve la memoria de sus sublimes hechos contaminada por un enjambre de aduladores de los Príncipes, infectos de la peste de la heregía, que introduciéndose en las Córtes, diariamente han ido desarraigando del pecho de los soberanos el respeto y obsequio á las sacrosantas leyes de la Iglesia y la filial armonía con el que es cabeza de la misma; han menguado el honor y la dignidad de la augusta silla romana, desde cuyo excelso trono Gregorio, Alejandro y Eugenio amonestaron, corrigieron y castigaron, anatematizando para bien de todos á los contumaces Enriques y Federicos, Emperadores; y á tanto han llegado los aduladores mordaces y rastreros, y á tal punto han llevado su petulancia, que han suprimido y borrado del número de los Santos á Gregorio, cuyo solo nombre era para ellos un rayo que los hundia en el cieno de que salieron.

Pero esa misma sombra radiante de divina luz, ha visto por esto á los monarcas reducidos á tal apuro, que han llegado á desear la conducta austera y rígida de Gregorio; quien al paso que castigaba á los que eran culpables, era siempre un padre.

Así desde que los Príncipes cristianos se han separado del respeto y confianza en el Vicario de Jesucristo, los pueblos se han separado de la

obediencia y respeto debido á sus señores; y ha sido forzosamente lógico que los que desconocieron el alto orígen de su autoridad, debiesen recibirla como un favor de la plebe insensata y bárbara.

Gregorio desde su sepulcro de Salerno vuelve la vista tranquilo y severo alrededor de sí: recuerda á Enrique en hábito de penitente pisando la nieve de la peña de Canosa; oye la trémula voz que pide perdon, y que clama desde aquella profundidad: ¡Padre, pequé, recíbeme á tus piés arrepentido; vuelve á bendecir á tu hijo suplicante: imprime una vez en sus mejillas bañadas de lágrimas el beso de paz!—Y Gregorio lo acogia en su paternal seno, besábale y ponia la augusta mano en la cabeza inclinada, bendiciéndolo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Gregorio recuerda este acto que hizo levantar tan alto el grito á los hombres malignos que hace ocho siglos están ladrando. Pero despues ha visto Gregorio á los aduladores del poder Real, quitada la máscara que cubria su negra traicion, armar contra los Reyes á los pueblos amotinados: ha visto facciones de hombres miserables, fraudulentos y perjuros, no con entrañas de padre, sino de tigre, anhelar, no la mejora de los Reyes, sino su sangre. Vió á los Cronwel arrastrar á Cárlos I al cadalso; á los Robespierre llevar á Luis XVI á la guillotina; vió los Tronos

hechos astillas, los Reyes proscritos y prófugos mendigando un asilo que los proteja de las plebes desenfrenadas.

Descansa en paz ¡oh gran pontífice! pues los Reyes de la tierra, vencidos por la luz que procede de lo alto de los cielos, conocen que la Silla de San Pedro es la columna en que se apoya su autoridad, el escudo que la protege, la luz que la vivifica, la inteligencia que la gobierna y la inmortal diadema que la corona. Dios se ha servido precisamente de los mismos que con mayor lisonja les acariciaban, á fin de mostrar á la Real grandeza que sólo puede confiarse en la Iglesia, que en tanto verá á los pueblos pacíficos y obedientes bajo la sombra de su autoridad, en cuanto esta misma autoridad se asocie, se introduzca y se ingiera en la autoridad divina de la Esposa de Jesucristo y de la cabeza que la gobierna.

Los Monarcas están ya enterados acerca de las cenagosas fuentes de que nacen las rebeliones: saben donde Louvel afiló el puñal que hirió al duque de Berry, de dónde le vino á Fieschi su ferocidad contra Luis Felipe, en dónde se enardeció Sefeloge contra el Rey de Prusia y Merino contra Isabel II de España. Cárlos Alberto conoció que se tramaban asechanzas contra su vida; sabia todas las tramas que se urdian para arrancarle la autoridad real; y hasta el dia 10 de Marzo de 1845 me dijo á mí mismo:

—Amigo, no me quieren ya en este Trono, me lo han jurado y me alcanzarán.

No, San Gregorio; los monarcas no quieren ser juguete de un puñado de conspiradores que se dan á sí mismos el nombre de pueblos y de naciones: sino que corren á salvarse en el puerto de la Iglesia; ya ves la Capitana del Emperador Francisco José, que pone en manos de Pio, tu gran sucesor, el entero depósito de las leyes del Imperio. Consuélate, oh santo pecho, y verás surtas con el áncora de la paz en este puerto de salud y de felicidad á todas las naves de los monarcas cristianos.

CAPITULO XIV.

LA TOMA DE VICENZA.

Asi que D. Cárlos hubo visto cuanto la hermosa y rica ciudad de Salerno ofrece digno de la atencion del curioso, creyó aprovechar el tiempo acompañando á los de la comitiva hasta la Cueva, y allí descansar por la noche para visitar al amanecer del dia siguiente el antiguo y famoso monasterio que dió nombre á la ciudad y á todo el contorno. Asi, pues, en medio de un suave airecillo que soplaba en los collados, y hacia la aurora más fresca y cristalina, caminando por aquellas alturas, gozaban del canto de las avecillas, que de rama en rama saltaban y revoloteaban, y luego huian volando á los vallecitos y refugiábanse á la sombra de los plátanos y de los arbustos, que á la espalda de una alturita crecian á lo largo de un arroyo, y mitigaban el ardor de los rayos del sol. Despues de haber pasado por las colinas cubiertas de viñedos y de

olivares, entraron en las gargantas de los montes, los que á medida que subian se estrechaban, formando valles poblados de enebros, lentiscos y nogales, y arriba eran sombreados por olmos, encinares y tilos hasta las cumbres, las cuales presentaban un cuadro oscuro con la multitud de espesos pinares, abetos, alerces y tejos, árboles todos adustos y erguidos que crecen entre los peñas y en las cumbres de los montes, donde son combatidos por los vientos y las borrascas que silbando por entre las robustas ramas forman una agreste é imponente armonía.

Llegados al sitio más solitario y selvático, vieron por entre los espesos bosques relucir las cruces del monasterio, el cual, como huyendo de todo lugar descubierto, está metido en la gran concavidad que forma una enorme peña, cuyo extremo más saliente lo cubre del todo, sirviéndole en parte de techo. Así el edificio se halla debajo de la roca, como las tropas de los romanos bajo la testudo que formaban con sus rodelas al dar el asalto á las murallas. La misma peña por la parte de la iglesia adelanta una punta tan aguda, que penetra atrevida en lo alto de la nave formando una grande prominencia, la cual parece va á desplomarse; tambien supo el arquitecto afianzar en ella los arcos de las bóvedas, y dar así á ese magnífico templo, pendiente de la elevada peña, un aspecto enteramente original y nuevo.

La iglesia es espaciosa y desahogada, con tan bellas proporciones de arcos y de bóvedas, que á primera vista el alma se eleva hácia Dios en medio del solemne y religioso silencio que allí reina, y de la soledad de que está rodeada. Por un lado da á un profundo valle de alerces y hayas; por el otro está pegada al arco de la cueva; detrás del coro se abre un valle hondo, cubierto de bosques, y más y más oscuro á medida que va subiendo: verdadera morada de los santos anacoretas que en el siglo VIII, en aquellas yermas y agrestes soledades, pasaban al abrigo de estrechas chozas sus dias y sus noches orando y mortificándose, léjos del trato de las cortes longobardas y del furor de las guerras que los Príncipes de Salerno tenian continuamente con los duques de Cápua y de Benevento. Debajo de esas bóvedas y en su parte más declive descansa en paz hace mil años el santo fundador de la Abadía, y á modo de átrio del venerando sepulcro se abre la capilla que cobija en torno de las paredes los cuerpos de otros santos monjes que florecieron posteriormente y dieron tanta celebridad y gloria al monasterio de la Cava.

Elisa y Luisita no pudiendo entrar en los claustros é interior de la abadía, quedáronse en la iglesia á oir el oficio conventual cantado por el Abad; y se conmovió su devocion al ver con los cirios y el incensario en la mano á tres muchachos salvajes de Nueva Holanda llegados con las misiones:

consideraban el influjo admirable de la religion de Jesucristo, que no solamente amansa y apacigua á esos antropófagos (cuyo mejor alimento es para ellos los miembros de sus prisioneros de guerra, asados en las brasas, y hasta las carnes de los ancianos padres constituyen para ellos la mayor delicia de sus festines,) sino que les inspira tanta humanidad y blandura que, los convierte al pie de los altares en corderos de Dios llenos de amor y de sublime y celestial caridad. El solemne y majestuoso son de los órganos, los profundos sones, las suaves melodías y las notas agudas, concertando con el ruidoso acompañamiento de los bajos, en medio del augusto silencio y la dignidad del sitio, comunicaban una elevacion é inefable rapto á toda alma, que la ponia como extática ante la presencia divina (1).

Los cuatro viajeros fueron recibidos por el monje destinado á ese fin con suma cortesía y agrado; los acompañó en la visita del monaste-

(1) Estos muchachos salvajes vinieron á Europa con los misioneros benedictinos que fueron los primeros en llevar á Australia la fé de Jesucristo. El primero le trajo el Sr. Serra á Roma á la Propaganda; pero como este clima parece nocivo al temperamento de aquellos pueblos, el jóven Benito murió al cabo de un año. Por lo mismo los demas fueron enviados á la Cava, en donde el aire de los montes puede serles mas favorable.

rio, y principalmente puso á su vista los preciosos tesoros del archivo.

Allí se custodian puestos en el mejor órden los pergaminos de diplomas longobardos, normandos, franceses y españoles, desde el año 790 de Jesucristo hasta el de 1,500. Rara é inapreciable coleccion, que es una fuente perenne de la historia de Italia: á ella acudieron los historiadores de la Edad Media, y acuden todavía de continuo á investigar las más recónditas particularidades de aquellos oscuros siglos, animados por la finura, ciencia y particular agrado del monje Cornet, encargado de la guarda é ilustracion de tan rico tesoro. Allí vieron códices preclaros, ediciones admirables, miniaturas hechas con sin igual delicadeza, y otros objetos tan preciosos como raros.

Al salir de la Biblioteca, quisieron observar el pavoroso recinto que desciende hasta la raiz de la peña, y por arriba forma un arco que se esconde á la espalda del monte: parece que á cada instante va á desplomarse sobre el monasterio, encima del cual se extiende cubriéndolo de una majestuosa oscuridad. Al salir de allí, y habiéndose despedido del monje que les habia acompañado, bajaron á la iglesia, y con las dos jóvenes subieron otra vez al coche; dejando detrás de sí aquellos sitios montaraces, los bosques, derrumbaderos y estrechas gargantas, que de una á otra altura se allanan suavemente, y se

abre un hermoso horizonte, lleno de risueñas colinas cubiertas de viñas, de saúcos, de avellanos, higueras y palmeras.

Desde la ciudad de Cava fueron por el camino real hasta Nocera, y de ahí bajaron hácia la izquierda á visitar en Pagani el sepulcro de San Alfonso de Liguori, en donde admiraron el temple dulce y benigno de su santidad, y recibieron el gran consuelo y firme esperanza de la vida eterna que se exhalaban de aquel sepulcro para robustecer sus cristianas virtudes. Ese amable Santo reunió en sí tanta doctrina, tanta caridad y tan humano y discreto desenvolvimiento de las leyes de amor y de los documentos de la mansedumbre de Jesucristo, que cualquiera que bebe en la pura fuente de las soberanas sentencias de Alfonso, bebe los consuelos que refrescan y fortifican la virtud cristiana en los enfermos y abatidos pechos de los pecadores. Elisa pidió al Santo que le diese fuerza para gobernar los afectos del corazon, para que no se estralimitasen á excesos de insensatas y falaces fantasías, que al fin conducen á un abismo, siendo ya tardío el llanto é inútil el arrepentimiento. Luisita pidió su gracia y bendicion para su próximo enlace con Tancredi, y la virtud de prudencia para gobernarse discretamente en la árdua senda de mútuos deberes que se le abria delante, sembrada de rosas que al menor soplo se deshojan, quedando únicamente las agudas y punzantes espi-

nas ocultas bajo la frescura y la fragancia de tan hermosas flores.

Despues de un corto camino, llegaron á la estacion del camino de hierro; luego se hizo oir de lejos el áspero silbido del vapor, y volaron rápidos á Pompeya, en donde habian resuelto comer, y despues visitar esa admirable ciudad, enterrada durante tantos siglos, y ahora en gran parte sacada nuevamente á luz. Por consiguiente, despues de haber comido se dirigieron por una altura, y entraron en la senda que corresponde á las antiguas murallas.

Subian contemplando las grandes piedras que formaban el empedrado y los escalones, examinando los puentecillos que en los grandes aguaceros dan paso á las avenidas de las aguas, dejando enjuto el camino para los ciudadanos, cuando al llegar al estremo de dicha calle, entraron en un ancho espacio y se encontraron de lleno en medio del foro de Pompeya.

Alli el espectador queda asombrado al ver las inmensas series de columnas, la majestad de los templos dedicados á los dioses tutelares, la gravedad de las curias, la sublimidad de los tribunales, los asientos de los senadores, las salas de las Asambleas, las tribunas de los parlamentos, las bases de las estátuas ecuestres, los nichos en que se cobijan los gloriosos bustos de los guerreros, magistrados, poetas y de otros ínclitos ciudadanos que engrandecieron su pátria ó con

sus obras ó con sus talentos. Más allá hay el palenque para los juegos de la lucha, del pugilato y de la carrera: aun se ven los sitios de los censores, y de los maestros de gimnástica que guiaban á la juventud ávida de gloria para que se distinguiese en las pruebas del gimnasio.

Mas abajo hay el doble teatro, y en otra parte el anfiteatro, el hipódromo, las natatorias, los pórticos de los paseos y de los mercados, los campos militares, y el circo agonal para las carreras.

Toda la ciudad presenta á la vista del espectador un tétrico aspecto de soledad, de silencio y de desolacion, al ver las casas sin techumbres, las largas calles desiertas, las fondas abandonadas, los talleres vacíos de operarios, las plazas solitarias, secas las fuentes, las pesqueras hendidas y abrasadas, en todas partes insignias, escritos y rótulos en griego y en latin encima de las tiendas y almacenes de géneros; y dentro de las mismas los nichos enterrados, los estantes rotos, las tinajas de aceite llenas de fango, las ollas del vino cubiertas de arena y de cascajo, los hornos desmoronados, las muelas quebrantadas y las pilas rotas y arrancadas de su sitio.

No ménos desconsolador es el espectáculo interior de las casas, sin embargo de que eran admirables por su belleza y elegancia, conforme al gusto griego y á la delicadeza de las artes de que hay abundantes muestras en las portadas, en los

impluvios, peristilos y habitaciones. En todas partes se ven hermosísimas pinturas de paisajes de perspectiva, de caserías, de valles, fuentes y bosquecillos, con caprichos nuevos, toques atrevidos, colores vivísimos, encendidos y resplandecientes de luz, tales como si ayer se hubiesen acabado de pintar, y barnizados con las gomas más cristalinas. Y todas estas admirables bellezas se hallan esparcidas por los triclinios, tálamos, galerías, estancias, debajo de los pórticos y en las bóvedas que no se hundieron bajo el inmenso montón de cenizas que cubrieron y enterraron á tan desgraciada ciudad.

El viajero que la contempla, ve tantas comodidades y tal abundancia de placeres, delicias, recreos y voluptuosidad, y que ya desde mucho tiempo tenian sepultadas en el olvido de su dignidad á las almas inmortales de aquellas pobres gentes.

Así envueltas en el cieno de toda torpeza y vicio natural, habian ofendido á Dios, hasta que con su eterna justicia quiso descargar su omnipotente brazo y sepultó la ciudad, con los hombres, los muros, las plazas y los monumentos públicos y particulares.

Hoy estuvo floreciente, hermosa como una esposa engalada para la fiesta, con sus alegres ciudadanos, con su inmenso tráfico, sus populosas plazas, sus frecuentadas curias, sus animados juegos, diversiones, espectáculos y teatros,

con sus placeres, regocijos, bailes diversos y frecuentes, sus infinitas lascivias y torpezas; y á la mañana siguiente esta misma ciudad, reputada por verdaderamente feliz en toda la Campania y el Sannio, se verá enterrada de repente, sin que quede de ella vestigio sobre la tierra por espacio de mil setecientos años, hasta que un dia el genio de Cárlos III la sacará de las entrañas de la tierra para terror y escarmiento de los pueblos que se olvidan de Dios, y le posponen á los gustos corrompidos de la carne.

A este mismo punto quisieran conducirnos algunos políticos modernos, que animados del espíritu protestante, sueñan en una felicidad puramente terrena, cenagosa y corroida por el ponzoñoso gusano del interes, del placer, de deseos destemplados, y de esperanzas traidoras, cuyo gusano roe sin cesar las raices, las ramas y los frutos acerbos de una sociedad que jamas eleva su pensamiento al cielo, ni aspira á la eterna bienaventuranza de los fijos de Dios.

Bártolo y su comitiva no se cansaban de admirar aquellos nuevos y extraordinarios lugares, las encrucijadas, las calles largas y rectas, y en cada plazuela una fuente con sus grifos y mascarones, con el caño en la boca; y dentro de las casas, los patios cuadrados con surtidores y pilas en medio, que debian alegrar y esparcir la frescura en el pórtico que los rodea; salones pintados, comedores estucados, corredores con pe-

queños pilares; y en todas partes la gracia en la invencion y dibujo de figuras espresivas y que parecen estar en movimiento, en un fondo azulado ó rosado ó anaranjado, con tan bella disposicion de contornos, de grupos, de escorzos y de rebajados, que en verdad llenan de admiracion al que los contempla.

Los pavimentos, formados de piedra cornalina, onice, sardónica, diaspro, amatista y ámbar, presentan los más hermosos mosáicos, que bañados con agua por el que sirve de guia, reproducen los más brillantes colores, y se ven en todas partes representadas historias, figuras caprichosas de animales, peces, aves, hojas dispuestas y entrelazadas con arte; de suerte que en aquellos pavimentos, paredes, atrios etc., todo respira la la gracia del talento griego y de la escuela de Atenas.

Así siguiendo, llegaron fuera de los muros de la ciudad, en donde á cada lado del camino se estiende una série de silenciosos sepulcros de mármol de los pompeyanos, que edificaron en honra de sus queridos difuntos aquellos ciudadanos para quienes poco despues debia ser toda la ciudad un vasto sepulcro, en que debian caer vivos, abrasados y envueltos por la ardiente lava del Vesubio. Hay allí hermosísimas urnas cinerarias, con inscripciones, adornos y bajos relieves; otras forman templetes, otras nichos, otras túmulos, obeliscos, etc. Estos vasos cine-

rarios, estaban cubiertos con sudarios de amianto, que contuvieron el cadáver antes de quemarlo en la pira, y que despues recogió sus cenizas y sus huesos, veíase más allá una capillita consagrada á los manes, luego un cipo aqueróntico, y despues un sarcófago con las furias en los ángulos de la losa.

Mientras Bártolo y su comitiva daban vueltas en torno de las mansiones de los muertos, dijo D. Cárlos:—Amigos, me encuentro algo acalorado y cansado: ¿no os parece que fuera bueno sentarnos y descansar un rato á la sombra de este noble monumento?—Y habiendo convenido todos en que era lo mejor que podian hacer, las dos jóvenes plegaron sus sombrillas, se desataron las cintas de los sombreros, y se hicieron aire con los abanicos; mientras los hombres soplando y limpiándose el sudor con sus pañuelos, se tendieron apoyados en el codo derecho, con las piernas cruzadas, las casacas y chalecos desabrochadas y las corbatas flojas y desatadas. Cuando Bártolo se hubo refrigerado algo, á beneficio de cierto airecillo que, bajando de las faldas del Vesubio y humedeciéndose en el Sarno soplaba alrededor de los sepulcros, dijo á Lando:—Contigo tenemos todavia una cuenta pendiente, y debes pagarnos una deuda.

—Tantas deudas tengo encima y tan pegadas á mí, que de ningun modo puedo desecharlas: ademas tambien crecen al sol como á la sombra,

y en todas estaciones producen siempre frutos nuevos, por lo cual, querido tio, no sé si nunca podré pagarlas.

—Sin embargo, ahora páganos la última que contrajiste en el barco; pues si te acuerdas, á la entrada del golfo de Salerno te pedimos noticias acerca de la toma de Vicenza, y tú nos las prometistes circunstanciadas. Así, pues, á la sombra de estos sepulcros, bajo los muros y cerca de las puertas de esta ciudad desenterrada; en medio de las fúnebres memorias de sus ruinas y del silencio que en ellas reina, puedes muy bien referirnos los tristes lances de aquella ciudad, la más hermosa y elegante de todas las tierras de Venecia, que padeció tantos estragos de la guerra, tantos incendios, derrumbamiento de edificios, y vió por sus hermosas calles tantos muertos y tales horrores.

—En efecto, querido tio, con sólo recordarlo el corazon se oprime, y os aseguro que si por una parte me dejó admirado el valor de los voluntarios romanos, por otra no me fué dado contener las lágrimas ante el espectáculo que se ofreció á mi vista despavorida.—Luego, sentándose enfrente de uno de los sepulcros, añadió:—Supongamos que esta piedra sea la cureña de un cañon, y que vosotras estais en el campo encima del Monte Berico, en donde estaban colocadas nuestras baterías.

Al oir esto las muchachas se arrimaron una á

otra, haciendo como si se tapasen los oidos; y á más Elisa dijo á su primo:

—Cuidado, mira que somos mujeres y que tus cañonazos nos van á espantar de veras.

—¿Sí, eh? pues sábete, Elisita, que en el asalto de Vicenza ví á más de una doncella cargar las piezas, nivelar el cañon, empujarle á la tronera y pegarle fuego con la mecha: tambien encontré á otra en una batería, arrojada entre las ruedas y partida por su mitad por una bala de á treinta y seis: á otra herida en el pecho miéntras se bajaba á limpiar el fogon de una pieza de grueso calibre, y cayó abrazada á la misma, de modo que daba lástima, y yo mismo la separé todavía palpitante. Era hija de un ingeniero, quien corriendo á buscar á la jóven, llegó precisamente cuando yo acababa de separarla del cañon y estaba buscando con la vista á un artillero que me ayudase á trasladarla detrás de las faginas de la plataforma. Aquel infeliz padre, cuando la vió ensangrentada, con la palidez de la muerte, y la cabeza pendiente sobre el pecho, despidió un grito terrible, se arrancó los cabellos, pateó, levantó los ojos al cielo y se arrojó temblando al querido cuerpo, levantándole la cabeza, enjugándole el sudor de la muerte y exclamando:—¡Oh Beatriz, dulce hija mia! ¿así me dejas?

—Pero yo apartándole un poco de allí, le dije:—No hay que perder tiempo: la artillería enemiga vomita la muerte; sus balas causan estra-

gos; los austriacos han superado nuestras trincheras; por consiguiente, coged á vuestra hija por la cabeza miéntras que yo la sostendré por los piés.—Esto diciendo nos la llevamos detrás de la estacada de un reducto de circunvalacion; pero apénas habíamos andado algun trecho y subíamos un parapeto para bajar detrás de una casamata en donde se hallaban los cirujanos, cuando una bala de carabina austriaca hirió al desgraciado padre en la rodilla derecha, y le hizo caer sobre la hija: al golpe abrió esta los ojos, vió á su padre sobre su pecho, y exclamó: ¡Dios mio! Al mismo tiempo dos gastadores que subian á la plataforma para colocar una pieza que defendiese los parapetos de una batería inferior, corrieron á separar al herido: yo pues cargué con Beatriz á cuestas, miéntras los dos levantaron al padre; y tanto corrimos detrás de la escarpa de un contrafoso, que llegamos á un lugar seguro.

Sin embargo, apénas pusimos á Beatriz encima de paja, que murió al lado de su padre. Este, durante la cura que le hicieron los cirujanos, no se acordó del dolor ni de su estado, esclamando solamente:—¡Beatriz, hija de mi alma, hija de mis entrañas!

Pero dos compasivos legionarios romanos, cubrieronla con una túnica, la sacaron de allí y la llevaron á una pequeña iglesia que hay al pié del monte Berico.

—¡Pobre jóven! esclamaron Elisa y Luisita; ¿pero como es posible que esas muchachas tuviesen tal furor por ir á la guerra? Cuando oíamos decir que en las legiones habia semejantes muchachas, no lo creíamos ¡y hé aquí que las empleaban hasta en la artillería!

—¿Y crees tú, Elisa, dijo Lando, que si Polisena se hubiese encontrado en el asalto de Vicenza, no hubiera ayudado á los artilleros? Sin ninguna duda; y sabes que algunas hubo que al ver caer muertos á los artilleros, corrían á las piezas, agitaban las mechas y traian los cartuchos para la carga, tapaban el oido del cañon con el dedo y lo limpiaban. Pero la mayor parte eran hijas de Vicenza y acudian á salvar la pátria; como en caso semejante lo hicieron las mujeres en Maestrich, en Misolongi y en Zaragoza.

En cuanto á las ciudadanas, dijo Bártolo, el entusiasmo patriótico y lo urgente del peligro puede merecerles la fama de magnánimas; pero esas mozuelas con basquiña y puñal, en verdad me remueven el estómago; todo lo que es afectado y contrario al órden natural, ó causa horror ó excita la burla, como sucede con los abortos y los mónstruos. Yo hubiera querido que en la guerra de Italia todos hubiesen seguido el sistema del Rey Cárlos Alberto, que segun se dijo, echó de las legiones italianas á todas las mujeres, diciendo que se volviesen á la rueca. El amor de la pátria en la mujer no debe nunca pasar de

animar á los guerreros á defenderla, de curar á los heridos, y siendo verdaderas cristianas, de rogar á Dios que los proteja y alcance la victoria. En obsequio á la verdad debemos decir que entre las mujeres romanas hubo poquísimas que tuviesen semejante delirio, y si hubo alguna fué el deshecho y la hez de la plebe.

—Y por tales se les reputaba, contestó Mimo; así los jóvenes discretos, no obstante sus pocos años, sentian por ellas desprecio y ásco, y ninguno de los que eran bien criados les decia una palabra, mirándolas como cosa súcia y repugnante.

Luego prosiguió Lando su relacion diciendo:

—El asalto de Vicenza nos costó muchísima sangre, y fué terrible el sostenerlo, pues en toda la guerra de Venecia no hubo otra accion que pudiese comparársele, y aun no sabemos á qué apuros podrá verse reducida Venecia si se empeña en el altivo propósito de resistir el asedio. En Vicenza enardecio el combate el valor de los suizos, que se habian situado en las baterías de Monte Berico, y mantenian hasta tal punto á raya al ejército austriaco, que se conceptuaba imposible apoderarse de los formidables é inaccesibles reductos.

Elévase el Monte Berico encima de Vicenza, de modo que la domina toda y la embellece, pues descuella con majestad en su cima un templo de suma magnificencia; en la parte superior de este

templo se ostenta en el aire una atrevida cúpula, y en su centro se levanta una hermosa cruz. Está dedicado á la Vírgen, que lo llena con su soberano resplandor; contiene preciosas riquezas artísticas, obra de los mejores ingénios de Italia, tanto con respecto á estucados, como á obras de mármol, de escultura y de pintura, de un mérito muy raro y esquisito. La Vírgen se halla custodiada por los siervos de María, que edificaron al lado un convento, lleno tambien de preciosas pinturas de la escuela veneciana, y entre ellas precisamente hay el imponderablè cuadro del Banquete del Peregrino, que presenta la copa de oro á Gregorio Magno, obra admirable de Pablo Veronés, en que se descubre tanta maestría en la invencion, tanta magnificencia de columnas, de salas, de rebajados y de léjos, que es verdaderamente una maravilla.

En este cuadro se ven comensales de facciones divinas, de alto continente, de modales distinguidos, de noble mirada y de superior grandeza y majestad; en especial el rostro de Jesucristo peregrino, y el del Pontífice Gregorio, que se hallan en medio de la mesa acompañados de los Príncipes convidados á aquel espléndido festin.

El genio del Veronés, que en otras obras a veces se excede en la magnificencia de los trajes y ropajes, en esta solemne composicion produjo tanta riqueza de ropas y de adornos, que sus colores parecen perlas diluidas en el resplandor

del sol: así sus cambiantes despiden ráfagas y reflejos, y los pliegues de sus hermosos tejidos de púrpura, de raso, de amaranto, y de los velos de oro y plata, parece que chispean de luz: las figuras, tan bien imaginadas y agrupadas, presentan en el desenvolvimiento de los pliegues de sus mantos y sobre vestas el profundo conocimiento del pintor en la naturaleza de los diferentes tejidos, y de las modificaciones que esta imprime en los pliegues; los cuales son anchos en las ropas de brocado, de terciopelo, etc., y delgados y cortados en los tejidos ligeros de las tocas y telas finas, sin dejar de estar perfectamente arreglados á las formas que revisten ó encubren.

Aquella real mesa se halla cubierta de abundantes manjares; criados y donceles suben y bajan con trinchantes, mesitas y platos: unos derraman el vino en los cántaros; otros lo trasladan á las botellas y á los vasos. Las alhacenas se ven provistas de toda especie de vajilla de oro y de plata, cincelada con gusto, con bajos relieves que representan historias y arabescos, y con bellos esmaltes. En las bases de las columnas vénse varias figuras de capricho: y finalmente, un perro lebrel aguardando que de tanta abundancia se le arroje algun pedazo de carne, ó se le dé á roer algun hueso ó algun mendrugo de pan.

—¡Por la Virgen exclamó Bártolo, este lienzo debe de ser un prodigio, y lo ménos deberá coger todo un lado del salon real.

—Así es, contestó Mimo: y existen muy pocos de tan vastas dimensiones y de tanta magnificencia: coge él solo todo el frente de un salon regio; de manera que al entrar, al instante se presenta á la vista y deja admirado al espectador.

—Pero es menester volver al monte Berico, observó Lando, porque cuanto más nos ocupemos en las bellezas artísticas, y en obras de tanto mérito, más sensible nos será verlas destruidas y desoladas por los estragos de la guerra. Desde el llano de Vicenza arranca una galería, enfrente de la cual se ve, como arco de triunfo, un monumento de esquisito trabajo, erigido por el rey de los arquitectos Palladio: con él se junta una hermosa série de arcos formando un pórtico, que se estiende á lo largo del monte por entre bosquecillos y jardines, hasta la plataforma que cupa la basílica. Aquí precisamente plantaron los suizos las baterías de la parte de Castel Rombaldo, á fin de defender aquel estrecho paso de las hostilidades del enemigo; los demás se dirigieron á la esplanada y terraplen frontero á los prados, á las aldeas y huertas que rodean la ciudad de Basano por la parte de acá de Bacchilione, y por la otra hácia abajo á la aldea de Capri.

Las baterías, los reductos y las municiones conducíanlas con todo el arte de la moderna estrategia, reforzando las ofensas de flanco y de frente, y haciendo escarpas y declives interiormente. En todos los parapetos habia espacio pa-

ra poder alinearse dos filas de infantería, á fin de mantener á raya al enemigo y recibirle con la bayoneta calada en el asalto. En fin, no faltaba ninguna de las obras necesarias para defensa, para socorro y para retirada. De suerte que nuestros ingenieros y demás oficiales facultativos podian envanecerse de haber construido tan inaccesibles fortificaciones, tales que por mucho tiempo se acordarán de ellas los austriacos.

—Y aun creo, dijo D. Cárlos, que lo restante de la ciudad fué tambien fortificada con grande habilidad.

—En todas partes: en las cortinas, baluartes y terraplenes; pero donde eran más acumuladas y robustas las obras de fortificaciones fué en las puertas, en donde se habian acumulado todos los recursos del génio armándolas con obuses y piezas del mayor calibre capaces de desbaratar á los sitiadores. Los suizos estaban situados en las baterías de monte Berico; en las murallas y en las puertas de San Bártolo, de Santa Lucia del Castillo, y principalmente en la puerta de Paduana hallábanse las legiones romanas, que hasta el 20 de Mayo resistieron el primer ímpetu del general conda de Thurn, que marchaba en masa desde Fonteniva hácia Verona con el ejército de Nugent.

—¡Cómo! interrumpió Bártolo; el 20 de Mayo fué una correría de hulanos, una escaramuza insignificante.

—Muy al contrario, fué una accion tan decidida, que el conde de Thurn debió ceder el terreno con no poca pérdida; y queriendo á su paso y á modo de diversion apoderarse de Vicenza, la vanguardia de los Banatos de Temisvar, con un escuadron de hulanos, mandado por el jóven oficial conde de Zichy, embistieron las primeras casas de los suburbios; pero nuestros cazadores les saludaron desde las ventanas con un fuego de carabinas que hizo retroceder á los Banatos. Entónces Zichy se apeó de un brinco del caballo, cogió un fusil, y animándo á los soldados, los volvió á conducir al trance; saltó el primer parapeto; pero le hirió en el mismo instante una bala encima del ojo izquierdo, y fué rodando al foso con el cráneo abierto.

Entónces sobrevino el conde de Thurn con refuerzos y renovó el asalto; se arrojó á las casas, las tomó y siguió adelante; juntósele el general príncipe de Schvarzenberg, y poniéndose á la cabeáa de las columnas, animó sus tropas bajo un diluvio de balas de fusil, de metralla y de proyectiles de grueso calibre. Sin embargo, estos dos generales se arriesgaron tanto, que murieron algunos de sus ayudontes. Situáronse alineadas en el muro nuestras legiones, y en las huertas superiores hicieron en ellos horrible destrozo; en términos que el general Thurn, se vió obligado á mandar que tocasen retirada y marchar cabizbajo á la retaguardia del general Durando,

que le siguió con sus legiones, de suerte que los granaderos de Piret y de Kisky y la gruesa artillería les obligaron á entrar de nuevo en Vizenza.

El dia 23, creyendo que estábamos descuidados, habiendo hecho un contrafuerte por órden de Radetzki, se nos dió el asalto con el mayor ímpetu y arrojo; pero recibiendo un vivísimo fuego de frente y de flanco, y viendo á los suizos y á las legiones que estaban preparadas para recibirle valerosamente, creyó prudente no arriesgarse más, y marchó á Verona.

Cuando el mariscal Radetzki se vió reforzado con el ejército del Tagliamento, empezó á tomar sus disposiciones y á preparar sus intentos, y siendo como era muy previsor, conoció que ántes de venir á las manos con Cárlos Alberto, debia quitarse de enmedio la guarnicion de Vicenza, que podia atacarle por la espalda; por lo que dando vueltas acá y allá, y tanteando por algun tiempo las posiciones entre Mántua y el Mincio, dando á entender que acampaba en el pais Mantuano, y al propio tiempo guardando á Verona, lograba contener al Rey. Al mismo tiempo encargó bajo el mayor secreto al general Hess, que preparase un órden de ataque sobre Vicenza; y el dia 5 de Junio movió el campo, difundiendo la voz de que iba hácia Pádua, y destacando dos brigadas hácia Verona, y haciendo desfilar á la vista de las avanzadas piamontesas, hizo creer

que el ejército se habia retirado á Verona. Sin embargo, apénas entraron en la ciudad por la puerta Nueva las dos brigadas, que por la puerta Vicentina salia el general Culoz, con dos baterías y cinco mil cuatrocientos soldados de la guarnicion.

Marchó Culoz con la mayor rapidez por San Bonifacio, y despues (¡cosa en verdad increible!) se arrojó con toda la artillería hácia arriba de los montes de Arcugnana para ir á salir por encima del monte Berico. Hay allí tales precipicios, derrumbaderos y escabrosidades de toda especie, que apénas pueden subir las cabras; así fué que los soldados subieron á gatas, agarrándose á cualquier eminencia con manos y piés, y á menudo cayendo y desnucándose: los caballos, al ver á sus piés tales precipicios, temblaban y se afianzaban con los cuatro piés en los puntos salientes del suelo.

Pero cómo se efectuó el trasporte de los cañones y los carros de municiones, pareceria imposible si los montañeses no atestiguasen que en los parajes en donde los gastadores no podian allanar algo la escabrosidad del terreno, los carros eran llevados en brazos con cuerdas, rozando dos de las ruedas la orilla del camino, y las otras dos al aire encima del precipicio; así si caia un caballo, como sucedió alguna vez, cortaban de repente los tirantes y le dejaban derrumbarse al abismo. Por último, el dia 10 des-

pues de media noche, así los hombres como la artillería de Culoz, hallábanse ya en las rocas más culminantes que dominaban á Monte Berico.

Miéntras tanto el mariscal Radetzki, habiendo vadeado el Adige en Legnago, el 8 se hallaba en Montagnana, y el 9 por la tarde acampó debajo de Vicenza. Al amanecer del dia siguiente, vistos desde los reductos de Monte Berico dos grupos de tiradores del Tirol, primeramente los nuestros se espantaron; pero luego les apuntaron los cañones, y por último se tranquilizaron diciendo:

—Pronto desplumaremos á esos pocos gerifaltes, y los clavaremos como espantajos en las puertas y muros de la ciudad. Sin embargo, al ver que se iban engrosando en la cuesta las tropas y aumentando las compañías y batallones, se pusieron á la defensiva, poniendo al frente los suizos de Latour, la tercera legion romana bajo la escolta de Gallieno; los tiradores mandados por Ceccarini, y la compañía de los hermanos Fusinato, al mando de Máximo de Azeglio, en cuya mano no es ménos poderosa la espada que el pincel y la pluma. Los austriacos se destacaron con el mayor ímpetu hácia abajo por la pendiente del monte, atacaron los primeros recintos, se plantaron debajo de ellos, y cogiéndose de los matorrales y malezas rompieron los terrones á culatazos y subieron á gatas por las escarpas, por las estacadas y parapetos, con tan

impetuosa furia y fiero desbordamiento que derriban á nuestros legionarios abajo de la pendiente, los desalojan de los puntos que ocupan, y bajan como furioso torrente á atacar las baterías.

Entre tanto las baterías que hacian fuego desde los reductos á los batallones que bajaban del monte de Aracugnana, vieron con asombro plantados encima de los precipicios cañones, como llovidos del cielo; puesto que en su sentir era imposible á todo humano esfuerzo haberlos subido por aquellos escollos. De esto resultó terror y pasmo en los nuestros, y gran destrozo de nuestras fortificaciones por el fuego de las baterías austriacas.

El coronel Del Grande, desde lo alto de un campanario, vió incendiado un gran reducto de tablas y de vigas, que defendian Gallieno y de Azeglio, y como, herido ya este, los austriacos, despues de haber vencido las primeras defensas, atacaban los reductos en medio del más terrible fuego. Fué una fiera lucha á la bayoneta y pecho contra pecho entre los suizos y los sitiadores. Al verla Del Grande, baja precipitadamente y manda reforzar la puerta Paduana. El general Culoz desciende tambien con el cuerpo de sus tropas, y arroja á los suizos detrás de las trincheras; luego, haciendo alto, espera á que el mariscal ataque á la ciudad por la parte del llano.

Entónces bajan las baterías hasta la mitad de la cuesta, y disparan á la gran plataforma que

descollaba sobre las demas, desbaratando y destrozando cuanto se les pone delante. El coronel Reischac, con sus tropas, embiste una formidable obra de tablas y vigas amasadas con tierra y formando declive, la cual ocupaban los suizos en masa; y tanto se empeñó, que subió el primero con dos oficiales; pero apenas llegaron á su parte superior, fueron derribados y acribillados á balazos. El general Culoz hizo embestir á sus soldados más decididos, y dentro de pocas horas quedaban espugnadas todas las obras de defensa. No hay tregua ni descanso; sino que inmediatamente se empeña nueva pelea en la plataforma: los cazadores de Koppal se arrojan al asalto, se encaraman por las escarpas, cojiéndose á la maleza, á los arbustos y á los puntos prominentes del terreno; saltan arriba, y se introducen por las mismas troneras: el coronel Koppal, con otros muchos oficiales, son mortalmente heridos; el capitan Jablonski se lanza como una flecha, y se apodera de la plataforma.

Elévase de todos lados un grito de júbilo. Con todo, (fuerza es decirlo) abandonados los suizos de los legionarios, sa refugian en la basílica, cuyas puertas cerraron y afianzaron con barras y con cuanto pudieron haber á las manos; siguiéronles los cazadores con Oguliner y los demás batallones: rompen, derriban y destrozan las puertas, y empieza en la iglesiá una sangrienta y encarnizada lucha. Los suizos se arrojan des-

esperadamente hácia la puerta, y se hacen fuertes detrás de los pilares, en las capillas, y detrás de los confesionarios. El templo de Dios se baña en sangre que inunda el marmóreo pavimento y ensucia los altares; en estos mismos se combate, y las balas traspasan las sagradas imágenes, desmoronan las columnas y los estucados. La capilla de Nuestra Señora, tan rica, preciosa, estimada y venerada en toda Venecia, conviértese en reducto y baluarte contra los que embisten; los cuales derriban las verjas, las rompen. y con las espadas siembran la muerte en los que se ampararon detrás de los altares. Finalmente se retiran los suizos por las puertas laterales, dejando el templo cubierto de cadáveres, de sangre y de desolacion.

—¡Dios mio! exclamó Elisa; ¡Vírgen Santísima! ¡qué carnicería hecha delante de vuestros mismos ojos! ¡qué horror! y cuando esto sucedia, ¿en dónde estabas tú, Lando?

—Primeramente acudí corriendo con la legion á resistir al enemigo en el primer recinto; ganado este por los austriacos, lo abandonamos y nos replegamos al segundo, donde durante dos horas resistimos el ímpetu de los granaderos croatos que nos ponian en apuro. Nuestros soldados estaban muertos de sed, de hambre, de afan y de calor; en vista de lo cual Gallieno me envió á forrajear á las aldeas vecinas, y á Monte Berico en busca de pan y vino con que refocilar

á la tropa. ¡Oh, Elisa, qué desperdicio y desolacion! no solo las casas, sinolas quintas y palacios de los grandes hallélos, no diré saqueados, sino destruidos por algunos malvados que se mezclaron en las legiones, y que de este modo recompensaron la buena acogida que antes les dieron los vicentinos. Y como el ataque de los austriacos fué repentino é imprevisto, los ciudadanos, huyendo del ardor y tumulto militar, habíanse refugiado fuera de las ciudades en las aldeas inmediatas sin llevarse provisiones, ni cosa alguna de lo necesario.

Encontré, pues, robadas las despensas, revueltos los guardas-ropas, las cantinas con la vajilla enteramente desportillada, rotas las jarras, robado todo comestible y derramado por el suelo el vino y el aceite; en las estancias forzadas las cómodas, los armarios, los bufetes y cofres, y el dinero robado, que no parecia sino que habia pasado por allí una turba de beduinos. Los nobles y preciosos salones con pinturas de Ticiano, del Tintoreto, de Pablo Veronés, de Giorgione y de Guiambellino, enteramente desmantelados, y los cuadros destrozados á bayonetazos y sablazos, colgando sus girones de las cornisas. Los sofás y sillones cubiertos de magníficos damascos y tapices preciosos, estaban hechos pedazos, y abiertos y desgarrados con los sables para ver si acaso habian escondido entre la lana ó las crines algun dinero; los admirables tapices

de Flandes arrancados y esparcidos por lo suelo; rascados y borrados los frescos de las paredes; estrellados los grandes espejos de Paris y de Murano; las hermosas mesas y muebles de maderas raras con bellos embutidos, cincelados y dorados, hecho todo añicos y esparcido por el lustroso pavimento compuesto de mosáico; rotos los pianos de Viena y las arpas de ébano y de marfil; y los cristales de los grabados de Morghi, Bartolozzi y de Volpato rotos.

¿Qué diremos de los retretes de las señoras con todos los objetos femeniles desbaratados y dispersos? Desencajados los armarios en que se guardaban sus vestidos; estos rasgados y pisoteados, y todo revuelto y echado á perder, así las guarniciones como los mantos de terciopelo, los vestidos de raso, de felpa, y los finísimos y blanquísimos lienzos. En uno de esos templetes de la mujeril vanidad, encontré á un pobre tirador, que habiéndose refugiado allí, herido tal vez en busca de trapos y de vendas, estaba exanime tendido al pié de una agripina inundando de sangre los bellos adornos de agata y de malaquita. A otro encontré en un pequeño palacio no muy distante, que al subir la escalera cayó muerto, y quedó atravesado apoyando la cabeza en un escalon.

Cuando vi que en Monte Berico estaba del todo perdida la suerte de Italia, corrí á la puerta Paduana, y me mezclé con las legiones, comba-

tiendo todos contra el esfuerzo de los batallones húngaros, bohemios y moravios, que rugian como leones al rededor de nuestros parapetos. Pero ninguno de nosotros, bajo una lluvia de balas, se movió de su puesto, cual si nos hubiesen clavado en el suelo. En el contrafuerte de la puerta, un metrallazo mató á nuestro coronel Del Grande é hirió al mayor Morelli.

El batallon de Ancona, los carabineros y nuestra compañía, animados por sus capitanes, formaron como un muro de bronce encima de los parapetos, en las trincheras y en las empalizadas del terraplen; nadie afloja, nadie cede; no obstante, se hallaban en ayunas, hacia un calor abrasador, y el trance era terrible.

Pero mientras que las filas romanas sostienen gloriosamente por espacio de tantas horas el choque del ejército del mariscal, el general Culoz, dueño ya de las alturas de la esplanada y de la gran plataforma de Monte Berico, planta una batería encima de la desventurada Vicenza con setenta piezas de todos calibres. Aun cuando esta ciudad no hubiese contenido más que el teatro Olímpico, obra magnífica de Palladio, y el marmóreo palacio de Su Señoría, hubiera debido considerarse como ciudad sagrada y digna de respetarse en todo asalto; pero á más de esto estaba llena de palacios de Serlio, de Sansovino, del mismo Palladio, de San Micheli, edificios de un mérito sorprendente; tenia templos de ma-

ravillosa arquitectura, y los más preciosos monumentos de las Bellas Artes: ¿Pero acaso la culpa fué de los austriacos?

—No, dijo Bártolo: los austriacos, dueños por espacio de más de treinta años de la ciudad, la embellecieron; por consiguiente, la culpa de tales estragos es de aquellos que pusieron á los austriacos en la precision de reconquistarla. ¿Y preguntais quién tiene la culpa?

—Ya podeis figuraros, setenta bocas de fuego vomitando llamas, balas bombas y proyectiles incendiarios, cubrian la ciudad de una humareda tan espesa y negra, que no dejaba paso á los rayos del sol, y envolvia los estragos en una terrible oscuridad. Oiase el estrépito producido por el desquiciamiento y ruina de puertas y edificios, la caida de los techos, el derrumbamiento de las murallas y la explosion de las bombas; alaridos, llantos, gritos, gemidos por todas partes y desplome de bóvedas, de arcos y de tejados; y hendianse y se resquebrajaban las paredes más macizas, y con frecuencia reventaban las bombas precisamente en los lugares en donde se habian refugiado algunas despavoridas familias; y allí los cascos herian, mutilaban brazos y piernas, destrozaban pechos y cabezas; los padres caian muertos al lado de los hijos, los cuales heridos y aterrorizados á nadie podian pedir socorro.

Jamás olvidaré un triste caso ocurrido en el acto de la capitulacion. Iba yo de ronda, cuan-

do al pasar por una calle oimos salir de entre los escombros de una casa incendiada un gemido y doloroso llanto, el cual procedia de una casita elegante: derribamos la puerta y despues de haber subido dos tramos de la escalera, ya no pudimos seguir adelante, puesto que se habia venido abajo un tramo entero. Abrí una puerta, y se presentó á mi vista un espectáculo desconsolador; habianse hundido dos cielorasos uno encima de otro, derribados por una bomba de á ciento. Una madre, que en el instante de la catástrofe estaba sentada junto á la ventana, permaneció arriba en un pedazo de techo que dejó de hundirse, al propio tiempo que dos tiernas niñas y un muchacho de cerca de diez años, con una camarera, que se hallaban en medio de la estancia se abismaron envueltos entre escombros y quedaron heridos, quebrantados y magullados abajo en el piso inferior.

Es imposible pintar la ansiedad de aquella madre, la cual se agarraba á cuanto podia prestarle apoyo, á fin de poder inclinarse y mirar abajo á sus hijos, á quienes llamaba á voces. Ellos en medio de la ruina clamaban pidiendo socorro, y debajo de la nube de polvo que levantó el desplome, trataban de desembarazar y sacar de bajo de los escombros un brazo, ó una pierna, etc. Cuando yo entré, hacia más de una hora que se encontraban en tan desesperada situacion, y especialmente una de las niñas no te-

nia casi aliento para gritar. Procuré dar ánimo á la pobre madre, y miéntras envié dos soldados á buscar una escala de mano, con los demas que iban conmigo procuré sacar á las desgraciadas criaturas de en medio de aquel destrozo. La camarera estaba enteramente magullada, y con un ojo arrancado; el muchacho sólo tenia encima algun cascajo; pero la mayorcita tenia una mano rota y una pierna acardenalada. La segunda estaba oprimida por gran cantidad de tierra amontonada; pero no habia mezcladas grandes piedras, por lo que no resultó ningun miembro roto. Despues que arrimamos la escala y bajamos por ella á la madre, besaba esta á sus hijos y los estrechaba en el seno llorando á lágrima viva y desmayándose. Se los quitamos de los brazos, los condujimos á las estancias interiores, y los colocamos en la cama. Al salir de allí fuimos en busca de un cirujano, quien sin duda les curó las heridas y les asistió hasta su completa curacion.

Miéntras que las legiones romanas combatian con el mayor encarnizamiento en las puertas y en las murallas, los vicentinos, viendo la destruccion y ruinas que sembraban en la ciudad las baterías de Monte Berico, enarbolaron bandera blanca; y el general Durando (resistiéndose Galleti, que decia no haberse perdido aun un palmo de terreno) pidió capitular. Fué parlamentario de nuestra parte Alberi con Ruspoli, y

se convino con el mariscal de Aspre en lo siguiente: 1.° Salida de las legiones con todos los honores de guerra; 2.° Que durante tres meses la guarnicion no haria armas contra los austriacos; 3.° Vicenza fué recomendada á la generosidad del mariscal.

A la mañana del 11 de Junio el general Hess ratificó y firmó la capitulacion por el mariscal Radetzki; y el coronel Casanova por el general Durando. Despues de mediodia salieron las legiones con banderas desplegadas. Los austriacos miraban con gusto nuestros ligeros uniformes y la marcialidad de nuestros cazadores con sus hermosos penachos; pero cuando vieron pasar á los suizos, no pudieron contenerse que no les gritasen en su lengua alemana:—Sois una falange de valientes.—Veianse hasta heridos marchar con la cabeza vendada y los brazos en cabestrillo, y los oficiales austriacos les estrechaban la mano y les daban cumplidas alabanzas.

No faltaron sin embargo algunos ayndantes del mariscal, que al vernos salir de Vicenza con tambor batiente y el arma al brazo, murmuraban de que se nos hubiesen concedido pactos tan ventajosos, y decian:—¿Se habrá pues derramado tanta sangre de valientes para que esos héroes de teatro pasen por delante de nosotros como en triunfo y con ademan altanero? Pero cuando vieron que aquella misma noche el mariscal envió apresuradamente el ejército á Verona, y al dia

siguiente observaron que el Rey (que aun los creia en Vicenza) se aproximaba á la ciudad para combatirla, admiraron la prevision del mariscal, quien estendiendo el ejército bajo la esplanada de las murallas obligó al Rey á retirarse.

—El viejo es muy astuto, dijo Bártolo: lo que él quiso fue apoderarse de Vicenza para tener guardadas las espaldas, y luego acometer de frente á los piamonteses hasta arrojarlos á Milan y de allí á la otra parte del Ticino. Pero dime, Lando; ¿es cierto que á vuestro regreso fuisteis recibidos en Roma como los cónsules antiguos que subian triunfantes al capitolio despues de haber vencido en las Galias, en Germania y en la Britania?

—Es muy cierto. El Senado romano, con los príncipes y duques y un numeroso pueblo, nos salieron á recibir hasta Ponte Molle, ciñéndonos coronas de laurel y arrojándonos ramilletes desde las ventanas.

—¿Entónces qué hubieran hecho si en vez de perder á Vicenza hubiéseis asaltado y conquistado á la misma Viena? Sin embargo, supe despues que algunos malvados, sin duda para mostrarse dignos de aquellos laureles, negándose á ir á los alojamientos que se les designaron, tomaron por asalto la Casa profesa de Gesu, y se acuartelaron allí, cometiendo irreverencias y excesos con los objetos sagrados. En la puerta de

este cuartel fué muerto alevosamente el Sacerdote Jimenez cuando iba á ver á dos hermanos suyos.

En esto se levantó Lando; y viendo que el sol descendia al horizonte, invitó á la comitiva á salir de Pompeya y volverse á Castellamare por el camino de hierro. Llegaron al anochecer; tomaron un coche, dirigiéndose al cabo de Scurati, y por entre las lozanas huertas de Meta bajaron á Sorrento. Aqui permanecieron aún algunos dias los dos jóvenes divirtiéndose con su tio y prima; luego fueron á Nápoles, y despues de haber emprendido varias escursiones á Puzzuoli, á Baia, al cabo de Miseno, á Caserta y al Vesubio para ver el cráter, regresaron otra vez á Roma.

Bártolo, terminados los baños de Elisa, que le aprovecharon muchísimo, pasó gran parte de Setiembre en Nápoles para asistir á las bodas de Luisita con Tancredi, las cuales fueron sumamente lucidas y alegres, diciendo todos los amigos y conocidos que aquel enlace era el fruto del más ardiente y esquisito amor filial; y disputaban cuál de los novios habia hecho mayores servicios al padre: si Tancredi cogiéndolo herido del pié de la barricada, exponiéndose enmedio de tan horroroso fuego y llevándolo fuera del lugar de la lucha, ó Luisita, que lo recibió salvo en sus brazos, y con tanta prevision le preservó de los nuevos peligros que podia correr en su misma casa.

Antes de entrar en Roma permaneció Bártolo algunos dias en su hermosa quinta de Albano, á donde fueron á visitarle varios amigos y conocidos. Vió que el horizonte se presentaba más y más tempestuoso; que el partido republicano se insolentaba y metia más ruido que nunca sin freno que lo reprimiese; que al Papa no le quedaba ya más que una débil sombra del poder temporal, y que hasta su autoridad espiritual, si no se le disputaba abiertamente, al menos se le coartaba de mil maneras, con mil astucias y con una sorda impugnacion bajo fingida modestia. Si el Cardenal vicario hubiese querido poner remedio á algun escándalo, al dia siguiente hubiera visto escritos y pegados á todas las esquinas de Roma, insultos y maldiciones al santo tribunal, y hasta amenazas á su escelsa persona.

Solo por haber mandado justamente llevar á la cárcel á un desenfrenado jóven que habia cometido execrables torpezas, la hez del vulgo, que se habia introducido en las filas de la guardia nacional, levantó un furioso clamoreo por toda la ciudad, de manera que parecia amagar un general levantamiento.—¡Cómo se entiende esto! ¡un nacional romano en la cárcel! ¡Así profana nuestro uniforme ese tribunal ostrogodo! Que ande con cuidado el señor Cardenal en lo que hace: ha pasado ya el tiempo de la persecucion, de las inquisiciones y de los alguaciles vestidos de color violado ó de escarlata. La guardia cívi-

ca desde hoy más es la encargada de velar por las buenas costumbres de Roma. Jóvenes esposas no temais que vuestros maridos os acusen al Vicariato: la civilizacion engendró la libertad; y aquellos grandes pecados que antes fueron materia para el Santo Oficio, ahora está averiguado que son como confites para endulzar la boca: la moral de la presente civilizacion dista muchísimo de ser tan agreste y adusta como la de los Sanchez y de los Castropalao. ¡Viva la libertad, que libró al mundo de la negra boca del infierno!

—Poco á poco, decian por lo bajo los hombres de bien de Roma, al oir levantar tanto el grito á estas nuevas blasfemias; poco á poco: ¿con qué, por la sola razon del uniforme de cívico tendremos que aguantar y cosernos la boca cuando algun malvado cometa fechorías si este pertenece á la cívica?

—Hay los presidentes de Riones, contestaba algun curial que acaso le oyese; tenemos la policía, existen los tribunales; ¿qué necesidad hay, pues, del Vicariato? Que examine á los confesores y les dé sus licencias; pero que no se mezcle en lo demas.

—En ejecto, decian otros; cada cosa á su tiempo..... ¡Vaya! el tribunal del Vicariato, en nuestros dias en que se ha secularizado todo, el Gobierno y la administracion..... es cosa muy extraña.

—¡Desdichados! decia en un corrillo un Capellan de San Pedro; ¡locos de atar! ¿Con que cada cosa á su tiempo?..... Precisamente ahora es el mejor tiempo para el Vicariato..... y si tuviéseis nada más que un grano de sal en la mollera, conoceriais que en la actualidad debiera tener más fuerza y autoridad que nunca el Vicariato para limpiar la ciudad de tantísimo pícaro como se nos ha venido encima de todos los paises. Decidles á esos paganos que quisieran fuese la ciudad de los Escipiones y de los Brutos, que aun en el tiempo de esos mismos ciudadanos el vigilar las costumbres del pueblo romano era peculiar de un tribunal especial. Pero ellos quisieran una Roma pagana, no hay duda; aunque sin Sacerdotes, y estoy por decir sin Dios.

—Muy bien, D. Alejandro; pero entre tanto véase qué alboroto se ha movido por ese buen mozo que el Cardenal ha tenido á bien poner *in domo Petri*.—¡Qué gritos de: ¡fuera! ¡lo queremos! ¡mueran los Sacerdotes!

—Ya lo veis: mueran los Sacerdotes: posponen el Sacerdote á un libertino: ¿qué digo? Creo que lo pospondrian al mismo diablo.....

—Silencio, D. Alejandro, que no son estos tiempos para hablar así: es necesario morderse la lengua: sobre todo sabeis que ya os tienen un ódio mortal, y si..... Dios nos libre á todos.....

—Pero..... pero, señor mio, ya he echado la capa al toro; y á más, poco podrán quitarme:

soy viejo, y el vivir en medio de tanta iniquidad es para mí peor que la muerte.

—Vaya, que estimais en poco la piel.

—La estimo en mucho; pero es una carga pesada cuando veo lo que pasa hoy entre nosotros. Al fin vereis á donde iremos á parar; pues me suben á las narices ciertos humos de república que me sofocan como un hálito del infierno.

—Don Alejandro, perdonad si os digo que soñais: ¿no leeis en todos nuestros periódicos, hasta en los acalorados, los sentimientos más profundos de reverencia y homenaje al Papa?....

—¿Profundos, eh? como los que hacian derramar lágrimas á los arrepentidos en la comunion de San Pedro *in Vinculis*. Las fingidas de estos las han hecho derramar muy amargas al más generoso de los Padres.

—Sí, pero no puede negarse que le respetan y honran.

—En efecto la honra del *Ave Rabbi*. Voy á referiros un caso que viene aquí como de molde. En una rica comarca del Boloñesado, hace muchos años existia un monasterio de buenos religiosos. Hallábanse en cierta ocasion reunidos los Padres en el coro cantando con gran devocion, cuando de sopeton se les presentó una partida de ladrones con escopetas de dos cañones. Adelantóse el capitan, y haciendo una cortesía al Abad, dijo:

—¡Oh santos varones y siervos de Dios, que

tambien rogais por nosotros pecadores; caigan sobre vosotros las bendiciones del cielo; pero suspended por cortos momentos el canto, y venid con nosotros.—Así los llevaron á las celdas, y habiéndoles hecho abrir las arcas y los cofres y apoderándose de todo el dinero, volvieron á acompañarlos á la iglesia delante de una célebre imágen de María, sumamente rica por las abundantes y preciosas ofrendas de los devotos.—Allí los ladrones mandaron al monacillo que encendiese dos cirios á la sagrada imágen, añadiendo:

—Nosotros somos tambien buenos cristianos y no queremos que se descubra la efigie de la Vírgen sin hacerle el honor debido.—Así lo hizo temblando el monacillo, y cuando los ladrones la vieron descubierta se arrodillaron y rezaron una salve; en seguida subieron al altar, la despojaron de todas las joyas de oro, de perlas y de piedras preciosas, y luego de haberlo metido todo en sus morrales, bajaron al suelo, se arrodillaron otra vez y luego se marcharon.

Ahora, viniendo á nuestros asuntos, ¿no es esto precisamente lo que pasa entre nosotros? Despojan al Papa de toda autoridad legítima, y á cada despojo precede una genuflexion.

—¡Oh! si es por esto, se ha acabado para ellos el Carnaval; pues ahora la alta y poderosa política del conde Rossi, nuestro primer ministro, los mantiene á raya: el órden, el sosiego público y la

seguridad personal han reaparecido en Roma; y cada dia se arraigan más.

—¡Sois muy cándido! Cuidado, que si ha acabado el Carnaval para esos glotones, no empiece para nosotros la Cuaresma. Una de dos: ó tienen ellos esperanza de que el conde Rossi ha de serles favorable, y le dejan arreglar á su gusto la ciudad y el Estado; ó el conde está decidido á chocar con ellos y se romperá la cabeza: de todos modos, siempre resultará que habrán vencido. En cuanto á mí, os digo que esto me huele á república que me apesta, y estos humos me hacen estornudar.

—Estornudad, D. Alejandro, que nosotros os diremos: Buen provecho..... Así D. Alejandro con las manos á la espalda se fué meneando la cabeza y murmurando:

—¡Buen provecho!.... No os doy más tiempo que un mes, y luego vereis.....

CAPITULO XV.

GENEROSIDAD Y GRATITUD DE LA JÓVEN ITALIA.

Razon tenia D. Alejandro cuando exclamaba: dentro de un mes vereis..... pues como anciano, y que habia visto posarse muchos cuervos en la cúpula de San Pedro desde el año 1786 hasta el presente, sabia á dónde se dirigian los intentos de los conspiradores italianos. Conocia por varias señales que estos señoritos señalaban á copas y jugaban á oros, y que saliéndoles fallido el juego una y dos veces, barajaban los naipes y empezaban de nuevo la jugada; arriesgando las primeras puestas para recobrar el dinero con grandes creces.

El viejo Capellan habia visto claro que los pisaverdes querian á Roma hermosa, rica y santa, y cantarle debajo de las ventanas.—¡Oh hermosa estrella! tú eres nuestra.—Ya los músicos estaban prontos, y para que el concierto estuviese completo, habian convidado á los mejores maestros de música, y ya Sterbini, Mamiani y otros

habian ido á la grande orquesta de Turin; en donde llevaba el compás por procurador José Mazzini, que sabia acompañar el bemol en fefaut con ciertos golpecitos cortados que salen limpios de la garganta en do-re-mi, y punzan la yugular en fa-sol-la.

Las esperanzas del reino itálico que habian hechado vástagos tan vivaces en los collados de Valeggio y de Pastrengo, se secaron en las alturas de Custoza, y se marchitaron completamente bajo de los muros de Milan. Con todo, el Rey Cárlos Alberto tenia mucho que hacer en su propia casa para librarse de ciertos amigos de Italia que de todos modos le querian obligar á dar á Radetzki una repulsa por haberle quitado tan descortesmente el dulce de la boca. Aquellas voces, ahullidos, y hasta amenazas que le dirigian, no para persuadirle, sino para empujarle y lanzarle á una nueva guerra con el Austria, se repetian en todas partes: guerra por aquí, guerra por allá, este era el clamor general.

La Toscana hacia el tenor con las Cámaras piamontesas; miéntras que Roma hacia el bajo, formando un bello terceto. El ministro de la Guerra Campello representaba el dios Marte, empuñando la más enorme trompeta que jamás salió de los talleres de Vulcano, y espresaba con tremendo sonido ¡guerra! ¡guerra! Guerra, repetia el eco en los siete collados; ¡guerra! clamaba el Círculo popular; ¡guerra! el café de las Bellas

Artes; ¡guerra! se estornudaba en el estanco de Piccioni; ¡guerra! gritaban en el teatro Argentino las Camilas, las Marfisas y las Meridianas de Roma; ¡guerra! proclamaba *La Palas*, y ¡guerra! el *Don Pirlone*. En fin, bebiase guerra en los frasquitos de Orvieto y en las botellas de Genzano y de Velletri. Comiase guerra en las cocinas de Lepri. en el Falcon, en el Angelito y en las fuentes de Trevi, de Termini y de San Pedro, y se absorvia guerra hasta con el aire que se respiraba (1).

Así con justo motivo pudiera creerse que Roma en peso habia acudido á las armas; no obstante, ¿quién lo diria? Roma permanecia tranquila como una balsa de aceite, contemplando al ex ministro de la guerra, que para descansar mejor, creyó prudente retirarse á Espoleto; al ministerio Mamiani que evaporándose como esencia de rosa, dió lugar á otro ministerio, el cual asomó para desaparecer luego enteramente de la escena política; y por último, el conde de Rossi que habia salido á la ventana, y observando en torno de sí vió acumularse gruesos nubarrones, y pronosticando á fuer de buen adivino, levantaba su varita en ademan de creer conjurar la tormenta.

¿Y qué significa esto? ?Que Roma no deseaba

(1) El *Angelito* y el *Falcon* son posadas de Roma en donde los aficionados hallan buena comida á todas horas.

mas guerra que gritos y silbidos, sin arriesgar el pellejo. No pocos estarian tentados á afirmarlo: y precisamente la picaruela de la *Palas*, que tenia una lengua muy suelta y aguda, decia bien alto y sin ambajes:—«Es menester convenir que si en Roma se ha discurrido y hablado mucho, se ha obrado poquísimo.

Hechos y no palabras, obras y no gritos. ¿De qué sirve gritar mueran los austriacos, mientras permanezcamos encerrados bajo el techo doméstico? ¡Oh romanos, sacudid vuestra inercia, que ahora es tiempo de obrar! La Europa tiene fijas sus miradas en el Capitolio; mostraos dignos hijos de la señora del mundo.» (22 de Setiembre de 1848.)

Pero la *Palas*, despues de haber atizado á Roma y declarado acerbamente que la libertad de Italia no se logra con las manifestaciones, ni con los banquetes, ni con las marchas de cuatro en cuatro, ni con las achas de viento; sino con las armas, la pícara se acurrucó debajo de un gran banco en la imprenta de Puccinelli, y se estuvo quietecita para la felicidad de Roma.

Pero he ahí que un valenton, mirando su corona de laurel, ganada en la pérdida de Vicenza, empezó á infundir ardor en algunos viejos granaderos de la Cruz roja diciéndoles, encaramado en un pedestal del jardin de Gesú, en donde estaban acuartelados:—¡Soldados de la legion de Vicenza! este nombre debe infundir en vuestros

pechos un santo ardor en favor de la independendencia de Italia.

Venecia es el último baluarte que la defiende; Venecia, desde la bloqueada laguna, dirige sus miradas á los valientes del Tiber, esperando que acudan á socorrerla. Partamos, pues, que ella nos tiende los brazos.—Dicho esto, nuestro hombre baja del pedestal, y vase con sus amigos á comer á la posada de la *Alcachofa*, en donde habia un hábil cocinero capaz de freir el sol.

No obstante, el coronel Galleti debió partir con la legion; y vióse luego á la *Palas* saludarle con mil halagos y albricias, y enviar detrás de él otra legion de buenos agüeros. Pero luego la bribonzuela añadia en su número de 6 de Octubre:—«La legion romana va delante con mucho órden y disciplina; el coronel se porta con toda la debida prudencia; en fin, ya no volverán á producirse los desórdenes de la antigua legion.» —¡Y cómo se expresaba este periódico! Si don Alejandro, siendo como era de genio descontentadizo, hubiese dicho, no otro tanto, pues á esto nadie se hubiera atrevido en aquellos dias, sino simplemente algo contra aquellos campeones, de seguro que el pobre hombre no hubiera llevado más la capa pluvial en el coro de San Pedro, ni entonado las antífonas y responsos, pues le hubieran arrojado escalera abajo hasta rompérsele las costillas. En cuanto á la *Palas*, podia decir cuanto quisiese, que siempre

era bien recibido, y siempre hacian la corte á este periódico los conspiradores, como que les abria todos los caminos para llegar al logro de sus intentos.

Y como la señorita no habia encontrado tal vez en los ropavejeros del Olimpo todas las ganzúas necesarias para abrir ciertas puertecitas secretas, se entró en Setiembre por la casa de *D. Pirlone* (1), el cual se habia provisto de los instrumentos necesarios para abrir ciertas cerraduras, aunque estuviesen aseguradas con resortes, barras ó cualesquiera precauciones; de suerte que podia abrir, no digo las puertas de la república, sino hasta los más ocultos secretos de las arcas del Tesoro público de Lóndres. Cuando esto no bastase, tenia *D. Pirlone* un surtido de llavecitas sumamente agudas, que los hábiles cerrajeros de la Jóven Italia llaman:

Estoques, estiletes, verduguillos,
acerados puñales y cuchillos.

y que penetran hasta los ventrículos del corazon. Con tales herramientas la *Palas* y *D. Pirlone*, dirigidos por el gran fraguador de conspiraciones el *Contemporáneo* (2) penetraban á des-

(1) *D. Pirlone* era un diario de caricaturas políticas que empezó á salir en Roma el 1.° de Setiembre de 1848.

(2) El *Contemporáneo* era otro periódico demagógico que excitaba á los romanos á declararse en abierta rebelion para llegar directamente á la república; sus redactores eran Sterbini, Agostini y Torre.

hora de la noche en las tribunas del Parlamento, donde se encontraban cinco ó seis jefes de la conspiracion, y allí rodeados de la soledad y silencio de la noche preparaban los argumentos para ventilar en público la nueva apertura de la Cámara. Por lo regular la *Palas*, como mujer y parlanchina abria la discusion, diciendo:—Señores y amigos, en este breve rato de descanso no es menester perder el tiempo en tratar de sistemas de economía pública; pues ya se sabe que los gastos de la guerra pasada, los de la guerra presente y más aun los de la guerra venidera, no los hemos de pagar nosotros. En cuanto á mi, como Diosa que soy, no tengo pecunia y vivo de nectar y de ambrosia: el amigo *Pirlone*, como buen salteador, toma, pero no dá; y el *Contemporáneo*, ó no tiene donde caerse muerto, ó sus campos son tan estériles, que no pagan impuestos: por consiguiente, pagarán las prebendas de los Prelados, los beneficios de los Canónigos, el patrimonio del Clero, las dotaciones de los monasterios, las pensiones de los Príncipes y los caudales de los ricos ciudadanos. Suplirán los objetos de oro y plata de las iglesias, las campanas, las ofrendas de los santos, las joyas y alhajas de las efigies de la Vírgen, y las limosnas de las almas del purgatorio. Esta es indudablemente la mejor economía política.

—Pues entónces, ¿de qué hemos de hablar?

—Tú, *Pirlone*, naciste ayer. En efecto, ¿cuánto há que saliste á luz con tus caricaturas? Poco más de un mes. Por consiguiente eres novicio y tienes poca experiencia comparado á la *Palas*, que ya existia ántes que hubiese libertad de imprenta, deslizándose así un poco de contrabando por las calles, por los cafés y las tabernas de Roma. Así debemos hablar de ese desgraciadísimo Estatuto de Marzo otorgado por el Papa, que bajo la capa de franquicias constitucionales nos ha cortado las alas á la libertad. Mamiani la ha ha hechado de valiente y de buen italiano, y tanto dijo con palabras dulces, que hasta llegó á expresar en alta voz esta idea:—Que el Papa ore y bendiga, y nosotros gobernemos.—Pero cuando quiso desplegar el vuelo nuestro alcon halló que los negros le habian puesto los grillos; luego lo ataron, pusiéronle el capillo, y así lo sacaron de la halconeria hasta que le creciesen de nuevo las alas. Si estas le crecen sacará la cabeza del capillo, y os juro que aunque en palabras sea contrario de la república, con su constitucion pura y democrática llegará á un Gobierno más popular que mi popularísima Atenas (1).

---

(1) Terencio Mamiani fué más astuto que los demas; pues al paso que gritaba contra la república, queria una constitucion pura; es decir, que no queria espantar con las palabras, y sólo

Luego observó el *Contemporáneo*:—En efecto, pero el conde Rossi lleva otros designios; y hasta verse sentado en el primer escaño nos obligará á pesar nuestro á tragar el Estatuto de Marzo, el cual, aunque se le haya dado un baño de miel se atraganta y ahoga, al paso que la verdadera libertad es muy liquida y sabrosa.

—El conde Rossi, replicó *D. Pirlone*, tiene trazas de zorra; pero tambien hasta las zorras viejas caen en la trampa, y tú no ignoras que tenemos trampas, lazos y redes muy sutiles y de todas especies, de que es muy difícil librarse.

—Es cierto: pero entre tanto el astuto conde se ha encajado tres carteras; y ya tú sabes que con una sola hay bastante para redondearse un hombre; con que figúrate..... ¡con tres!.....

—Hagamos de manera que no le pesen demasiado, esclamó la *Palas* con cierta risita sardónica, y mirando las manos del *Contemporáneo*, que se limpiaba los dientes con la punta de un puñalito damasquino. (*Palas del 22 de Setiembre*)

—Calle la lenguaraz, gritó el *Contemporáneo*: esperemos á ver de donde sopla el viento; por otra parte, no debemos olvidarnos de nosotros mismos. Tú, *Palas*, búrlate algo de este Par de

---

atendia á los hechos. Así es que los mamianistas (de los que aún hay muchos en Roma encubiertos bajo mil falsas apariencias) son los peores enemigos del Estado.

Carrará, y á cada acto de su Gobierno grita, chilla, inventa siniestras intenciones, malos designios; apela al buen sentido del pueblo romano, diciendo que está indignado al ver tanta contumacia en el Carrarés.

Luego, tú, amigo *Pirlone*, le dedicas unos cuantos epigramas y algunas caricaturas: erizale los cabellos, alárgale la nariz, y elévale la estatura hasta igualarlo con el coloso de Neron que se halla en el Capitolio. Dibújale al lado un transtiberino puesto de puntillas, midiéndole la nariz con una caña, y gritando: ¡Qué nariz! ¡qué nariz!—Represéntalo tambien en traje de sacristan con un gorro pontificio en la cabeza, un par de hebillas en los zapatos y un apagador de luces en la mano. Si quieres puedes ponerle un incensario, del cual salgan nubes de humo; y detrás de los cortinajes del presbiterio, haz que asome la cabeza de Mazzini, el cual con el humo del incienso va fabricando la República que en sentir de los negros y de los Curas es cosa de humo y de aire. Pero bajo las manos de Mazzini el humo se condensa, adquiere consistencia y al fin se consolida: Mazzini sopla en él, y como otro Pigmalion, le anima y vivifica hasta que al fin le hará grande y poderoso.

Despues yo atenderé á las cosas más sustanciales é importantes, yo contrariaré todo lo posible los gritos, los bandos y las órdenes de este nuevo Cerion, triplicado con sus tres carteras, y si

una tras otra no le cerceno las tres cabezas, de lo Interior, de Hacienda y de Política, que me emplumen.

—Pero para esto te falta el arrogante Hércules de Sterbini, observó la *Palas*, el cual se halla en Turin, dudando y vacilando con los demas sócios mazzinianos; yo no sé que están haciendo en el Dora. Mi padre Júpiter me tuvo dentro del cerebro, del cual nací completamente armada, blandiendo la lanza y sacudiendo el yelmo; pero estos ¿qué cosas están madurando en sus cabezas que sean grandes é importantes?

—Tu, *Palas*, eres la sabiduría de Júpiter; los demás tienen en sus cerebros la sabiduría de Mazzini, y darán á luz la felicidad de Italia; es decir, una república tambien armada de pies á cabeza: Sterbini y los demás valientes la custodian, y Ciceruacchio la lleva por todas las puertas de Roma, y le da á beber en las tabernas el vino que le ha de comunicar fuerzas y decision para las futuras batallas; la Guardia nacional le hará centinela en su palacio, y los carabineros.

—¡Oh! los carabineros, esclamó *D. Pirlone* encasquetándose el sombrero hasta las cejas y embozándose con la capa, en cuanto á los carabineros, no quisiera yo que me la maniatasen á nuestra tierna república y que me la pusiesen bajo llave en algun castillo; pues siendo aun Rossi mi-

nistro de la policía, los tendrá prontos á la primer señal que les haga.

—No te asustes, replicó el *Contemporáneo*.: ¿crees tu que todos los carabineros querran obedecer á Rossi? Tienen muchos oficiales que desde antiguo son amantes de la república, y hace algunos años que pertenecen á su córte: no solo esto, sino que desempeñan destinos y cargos de alta importancia; así es fácil que nos sean de grande utilidad, y si los demas oficiales, brigadieres y soldados fieles al Papa no andan como quisiéramos, no faltarian medios de atarles las manos.

—Hablas perfectamente, amigo; pero el arma de los carabineros es la que nos mete más miedo, pues son muy astutos, y saben en donde nuestro diablo tiene la cola.

—Muy bien; pero déjalo estar.

—¿Hay algo más que preparar para la próxima dieta nacional?

—Es necesario que nuestro diablo nos lleve á Liorna como ha llevado á Guerrazi.... Y el dia 2 de Setiembre .... ¡qué alboroto! Lionetto Cipriani queria arreglar á los lorneses poco más ó ménos como nos quiere arreglar el conde Rossi. Despues que llegó á la ciudad una numerosa guarnicion, Lionetto se nos descolgó con una órden mandando cerrar todos los círculos; pero los conjurados salieron tambien en busca de soldados gritando:—¡Ea, soldados, que sois la flor

más florida de Toscana, queridos amigos de la libertad, todos somos hermanos!—Y puf: besos y más besos á la francesa, que dejaban en cada mejilla como un sinapismo, y cuyo ruido se oia desde la cúpula de Santa Julia. Unos los acarician, otros los toman del brazo y los llevan á las tabernas á beber de ese vino sustancioso de Quianti ó del brillante de Pontevedra: hermanos por acá, hermanos por allá.—Vamos, otro vasito, —y miéntras que los soldados sellaban la fraternidad con el vaso en la mano, los conjurados rasgaban con sus estiletes las órdenes del gobernador, y por la noche los círculos rebosaban de gente.

Al dia siguiente Lionnetto dió la consigna á las tropas de que cargasen las armas con bala; y en efecto así lo hicieren, pero se negaron rotundamente á tirar á sus hermanos del buen vino y de los ruidosos besos. Salió un poco de caballería y los carabineros. Pero ¡buen remedio! entónces se produjo un contínuo tiroteo desde todas las esquinas, mataron á los pocos caballos y arremetieron furiosos contra los pobres carabineros gritando:—¡Mueran los enemigos del pueblo!—¡Viva la república!—Y Liorna era un infierno. Acuden los cónsules de las naciones extranjeras, y tanto dijeron é hicieron que restablecieron un poco la calma.

Luego enviáronse mensajeros á Florencia: Liorna quiere la dimision del ministerio mode-

rado, y aclama desaforadamente para sustituirlo á Guerrazzi, á Montanelli, á Pigli y otros del partido democrático. Así se lo concedieron: entónces fiestas, júbilo, bailes; pero al mismo tiempo en un Gabinete perfumado están vistiendo en secreto á la señorita Constituyente y á su lado hacen lo mismo con la República. Ya estas dos graciosas muchachas tienen arreglado el peinado y se acomodan el gorro frigio, cálzanse las lindas sandalias, afilan el puñal de Bruto y la segur, y cortan las haces de los lictores: en seguida, en medio de la confusion me las sacarán bailando de la casa de Guerrazzi, y en cuatro brincos estarán en Pitti para decir al gran duque:—Señor mio, idos en paz.

Ahí vereis, amigos, el modo como se ha de obrar igualmente en Roma. Gritemos sin cesar, abrevemos á los soldados, tronemos contra el ministerio Rossi: atribuyámosle el designio de arrastrarnos á los brazos de los Cardenales, á las uñas de la policía de Nardoni y bajo el predominio del despotismo clerical; exclamemos:

—¡Ay de nosotros! la libertad se ha convertido en humo; la independencia de Italia se ha desvanecido como un sueño; Roma será muy en breve otra Nápoles, y el Rey bombardeador y el Emperador de Austria nos gobernarán en nombre del Papa!—En una palabra, es menester vociferar; y si no basta esto, calumniar, blasfemar, ello es necesario emplear el hiérro y [illegible]

fuego que corten y destruyan la gangrena hasta sus raices; de otra suerte estamos perdidos, puesto que el conde Rossi en un viejo zorrastron de Luis Felipe, y puede apostárselas al mismo Guizot y á Thiers en el arte de engañar á los pueblos.

Ni aun basta esto al grande objeto que debemos proponernos: no hay que hacernos ilusiones: el poder del Papa es todavia vivaz y fuerte en Roma. Los romanos si viene el caso dirán mal del Papa, así como por broma, por costumbre, ó por capricho; pero no toqueis á él, porque entónces se enfurecen y fueran capaces de hacernos algun mal juego. Por lo mismo es necesario reflexionar este asunto con mucha madurez.

—¡Oh! dijo *D. Pirlone*; si es por esto, los *barberos* de Mazzini están ya esparcidos por todos los puntos de Roma, y andan provistos de navajas muy afiladas y de jabon espumoso y odorífiro para reblandecer la piel: y hace tiempo que nos hacen oir su voz diciendo que: «Los negros anden con cuidado, pues de ló contrario.....» y aquí erízanse sus bigotes, cierran los puños, y hacen como que asestan al pecho de un enemigo un..... ¿estamos? Amenazan con minas subterráneas capaces de hacer volar por los aires calles enteras, y enseñan el aguarás para bañar las puertas y pegar fuego á la mitad de Roma. Di pues que los negros se están quietos como la

codorniz que se vé encima un perro que en ella tiene clavados los ojos.

—No basta, amigos, dijo *El Contemporáneo*: nuestros emisarios están en movimiento: Mazzini se halla bien enterado de todo, y se mantiene sobre aviso; de modo que ha entrado en ciertas deliberaciones que..... Por el Congreso de Turin lo sabemos todo. Ahora Sterbini tardará poco en volver: Ciceruacchio ha puesto ya en movimiento sus lansquenetos: en los batallones de la Guardia nacional hay no pocos de los nuestros: tenemos una porcion de muchachas animosas que valen un Potosí; y hasta los mozalvetes del batallon de la Esperanza pondrán sus manecitas y ayudarán á tirar del cerrojo y á abrir la puerta á la República. Todo nos viene á pedir de boca: y el conde Rossi con toda su policía, ó nada sabe de ello, ó no hace caso teniéndonos por niños; pero no sabe que es triste cosa tener que habérselas con muchachos que primero obran que piensan; primero arrojan la piedra y luego avisan; y ya tienes la cabeza rota ántes que puedas levantar la mano para reparar el golpe.

—Hacia ya algunos dias que Bártolo se hallaba en Roma, visitó á varios amigos antiguos, y se pasmaba viéndolos tan mudados en el sólo espacio de cinco meses que mediaron desde Mayo á Octubre.

Muchos á quienes tenia en concepto de adictos

al Papa, y que como el mismo Bártolo deseaban las reformas, como favorables al aumento de la religiosidad y del bien público; aunque querian que las tales reformas viniesen del Pontífice y no de los conspiradores; ahora los hallaba de un sentir enteramente opuesto. Así decian: que el Papa se mantenga quieto y deje hacer á los laicos: de los laicos debe venirnos todo lo bueno: sabiduría celestial, reglas esquisitas, dinero en abundancia, paz y libertad omnímoda.—Esta última debia ser en su concepto la fuente de toda suerte de felicidades: por ella las selvas debian destilar leche y miel: las fuentes manarian plata, oro y perlas; las ocas cantarian como los cisnes, y los asnos gorgearian como los ruiseñores. Al contrario, de los Clérigos sólo podian venir desgracias y calamidades, y la pérdida del amor de Dios y del prójimo. Aseguraban que Roma podia ser santa sin Papa, piadosa y devota sin Iglesia, augusta sin Vaticano, y grande sin Cristo.

A Bártolo parecíale estar soñando. Encontraba acaso un amigo y decíale:—Adios, Cayetano, ¿cómo va?

—Muy mal, miéntras nos gobierne un Clérigo.

—¿Te burlas? ¿pues qué mal te han hecho los Clérigos?

—El mayor que pueden.

—Hablarás acaso por los cincuenta escudos al mes que sacas de la cámara para poner en el papel

unas cuantas conclusiones; por los veinte que te embolsas con presentarte dos veces al mes en palacio; por los quince que te mamas en la Datería, y por los veinticinco que te sorbes en la Obra del Santo Espíritu?

—Y bien, ¿es todo ello más que unos ciento veinte miserables escudos mensuales?

—En efecto, es una miseria en que vives de muy buena gana, y para que sea mayor vas á menudo á ver al Cardenal A y al Cardenal B, y así sucesivamente hasta la Z, lamentándote (¡pobrecillo!) de esta miseria, y recibiendo el socorro de una porcioncilla de escudos.

—¿Acaso me dan algo de lo suyo?

—Y dime: ¿los seglares en el Gobierno te darian algo suyo propio? Primero arrebañarian para sí, que no son nada tontos; despues para sus mujeres, para sus hijos, para sus hermanos, para sus cuñados, para sus amigos, y hasta para el gata de la casa.—Conque, amigo; buenos dias.

El bueno de Bártolo se restregaba los ojos para ver si en efecto se hallaba en Roma; el buen hombre no se acordaba que él mismo en el año 47 habia ayudado á impeler la nave para que al fin fuese á parar á un mar sin fondo y sin orillas. Asi se fué á casa de su cuñada á desahogar la indignacion que le causaba cuanto veia. Al entrar le preguntó Adelaida.—¿En dónde dejaste á Elisa?

—Preguntad mas bien á dónde me he dejado

á mi mismo; pues me he perdido, y por mas que me estoy palpando el cuerpo para reconocerme, no puedo dejar de tenerme por completamente estraviado.

—Pero ¿qué ha sucedido que te hallas tan fuera de tí? ¿algun nuevo desengaño tal vez?

—¡Antes mejor dijeras nuevos engaños cada dia? Sábete Adela que Cayetano, el mismo que corria como un desesperado conmigo á Montecaballo á las bendiciones del Papa, que tanto dinero gastaba en comprar flores y antorchas para festejarle, que llevaba en sus vestidos la divisa blanca y amarilla; que iba conmigo preguntando por todo Roma á dónde habia ido el pontífice para ir á verlo y aclamarlo con mil vivas, teniéndose por el hombre mas feliz del mundo siempre que podia recoger alguna de sus sonrisas, Cayetano pues ahora le tiene un odio endiablado.—¿Y esto te asombra? Antes debieras preguntar si antes le amó verdaderamente, y si le veneraba en lo íntimo de su corazon; ó bien si en secreto estaba aliado á alguna maligna secta..... Ten entendido, Bártolo, que no hay como ellos para tener una consumada hipocresia: saben mudar á su gusto la espresion de la fisonomia, disimular lo que sienten y aparentar perfectamente otros diversos sentimientos, sin que jamás sus acciones ni sus palabras se desmientan ni dejen de estar del todo adecuadas al objeto que se proponen.

Mientras que Bártolo estaba conversando con Adela, entró Mimo diciendo:

Precisamente, querido tio, iba en busca vuestra, y no habiéndoos encontrado en casa, dí una vuelta por la plaza Colona, dirigiéndome por la calle de Condotti á la plaza de España para veros, pues tengo que consultaros acerca de un asunto urgente.—Dicho esto se fueron al cuarto de Mimo, quien añadió:—Esta mañana ha venido un jóven prusiano á traerme una carta de Aser, la cual dijo haber recibido de su mano, con expreso encargo de entregármela con toda seguridad; pero es de tal naturaleza que debo comunicaros su contenido. Oid:

«Mi querido amigo: Ya sabes que cuando la toma de Vicenza me hallaba en Venecia para contrarestar al general Pepe, á fin de que no tomase algun partido desesperado, y á moderar á Manin, obligado por aquel viejo Napolitano á querer nada ménos que la completa ruina de la noble y escelsa metrópoli del Adriático; pero viendo que estos se mantenian pertinaces (aunque dispuestos siempre á salvar el pellejo), sin hacer caso de la muerte, de las angustias y de la extrema desolacion de tantos ciudadanos que son el pueblo más ático y noble de Italia, compadeciéndome de Venecia y de sus preciosos monumentos, me fuí á Banato. Allí, enmedio de aquellos rústicos, pero valientes y hospitalarios magyares, permanecí algun tiempo reflexionan-

do á mi sabor en las esperanzas, temores, deliberaciones y progresos de la guerra de Italia desde el año de 1847 hasta el presente.

—No ignoras, Mimo, con cuánto ardor deseó su independencia: por ella soporté fatigas, gasté dinero, y dediqué á este objeto mis haberes y mi persona con el mayor ahinco; sin embargo, con gran pesar mio confieso que al fin he debido convencerme de que el pueblo italiano no conoce ni aprecia la verdadera y divina libertad que hace felices á los Estados. Ya viste los excesos y locuras que se hicieron en Roma, Nápoles, Toscana, Piamonte y Lombardía; y á todos estos actos, propios de beodos, dió el nombre y grado de libertad. Pareciame estar viendo una turba de muchachos desenfrenados que salian saltando y alborotando de la escuela, fuera de sí de gozo por haber logrado un dia de fiesta á fuerza de importunar al maestro con gritos, silbidos y alboroto. ¡Luego en la guerra, qué no hicieron! Dios nos libre, su solo recuerdo irrita.

Si exceptuamos el valiente y disciplinado ejército piamontés y los pocos napolitanos del primer regimiento, los demas voluntarios italianos, hablando en general, eran un hato de furiosos, algunos de los cuales se arrojaban á las mismas bocas de los cañones con el furor del oso, que en su ciega arremetida da de pecho en las picas y venablos de los cazadores: no obstante, se lla-

maban valientes, como si el valor consistiese en un furor loco, mas bien que en cierta nobleza y magnanimidad guiadas por la prudencia y la circunspeccion.

Pero todo esto, si tú quieres, fué el primer hervor que hace el mosto en el lagar, que arroja fuera, removiéndolo todo, las impurezas, y con el solo olor embriaga al que se acerca. Pero esta fermentacion y frenesí en los pueblos vienen á terminar en cansancio: y mucho mas en Italia en donde los pueblos, no lo dudes, son indiferentes ó contrarios á todas estas novedades introducidas en nombre de la nacion por la hez y escoria del populacho. Con todo, los tenaces conspiradores no se desaniman ni cesan de maquinar nuevos trastornos y ruinas: y aun has de saber que la mayor tempestadse prepara contra Roma. Los mazzinianos trabajan con todo su ahinco para encontrar medio de llegar al último nudo; y luego, ó desatarlo con astucia, ó romperlo con la fuerza, ó cortarlo con la violencia

Hazme el favor de informar de esto en secreto á Bártolo, para que ántes provea para sí y para su angelito de Elisa.....

—¿Pero qué es lo que ha de suceder? dijo Bártolo interrumpiendo; hasta ahora no ha habido mas que fanfarronadas de nuestros pisaverdes.

—Oid, tio, replicó Mimo:

«En Roma amenaza un gran golpe de mano: el partido mazziniano está cansado de estatutos y de constituciones, y quiere acabar de una vez con los términos medios. Encubrirá bajo bellas palabras sus determinaciones; pero está resuelto á derribar todas las instituciones de Italia. Prudhon, Ledru-Rollin y Luis Blanc, salieron de Francia con las manos en la cabeza: por lo mismo, Mazzini quiere mostrarles que sabrá hacer en Italia la completa revolucion que se frustró en Francia, en Austria y en Prusia.

»Ya Liorna se prepara, Génova está pronta; Roma, que está ménos sobre aviso, verá de repente caerle encima una tormenta terrible. Dí á Bártolo que salga de Roma y se traslade á un país más tranquilo; como por ejemplo, á Vevey ó á Roll en el lago Lemano, aunque el mejor punto fuera Ginebra.»

—Pero Aser nos amenaza con un cataclismo; exclamó Bártolo entre chancero y aterrorizado. ¡Qué diablos! ¿y tú lo crees?

—Tio, no sé qué decir; pero en seguida añade Aser cosas de gran cuantía:

«Los mazzinianos han resuelto firmemente deshacerse del Papa, de los Cardenales, de los Prelados y de todo el Clero; ó lo logran ó se abandonan á los mayores excesos.

Vosotros, como hombres de bien, no conoceis á estos demonios: son capaces de minar á San Pedro, al Vaticano, al Quirinal, y á todo cuanto

poseeis de bueno en Roma; y si no lo hacen, no es por falta de voluntad; pero sabed que teneis ahí en Roma más barriles de pólvora que cúpulas y campanarios, y más cajas de puñales y de estoques que de cirios. Y tú tampoco te dejes cojer desprevenido; pon en cobro tu vajilla de plata, y que Bártolo haga lo propio: que quite todo objeto de valor que tenga en sus quintas de esos alrededores; que venda hasta sus caballos, y que se vaya. Mañana parto á la guerra de Hungría. Saluda á Lando. Adios.

Panscowa, 2 de Octubre de 1848.

Tuyo, *Aser.*

Despues de haber leido tan oscura carta, Bártolo vacilaba entre dos opiniones; esto es, creia, ó que Aser habia recibido agravios de algunos principales del Círculo romano, y queria atribuirles tan diabólicos intentos, ó que le habian informado mal de los asuntos de Roma, obligándole á creer todo el mal que vaticinaba.

No hay duda, dijo á Mimo que son estos avisos muy funestos; pero ahora el Papa está más seguro de su autoridad que durante el ministerio Mamiani, que le habia arrimado á un rincon como mueble viejo; al paso que el ministro Rossi parece que verdaderamente está decidido á restablecer el órden y la firmeza en el estado: cortar las alas á la licencia de la imprenta; reanimar algo á los buenos, estinguir la deuda públi-

ca y aumentar en mucho el crédito del tesoro.

No se olvide que Bártolo llevaba á menudo anteojos con vidrios de color de rosa, y veia de este alegre matiz todos los objetos. El conde Pelegrin Rossi tenia en efecto tales intenciones; pero sus enemigos hacian otras cuentas muy diferentes. Habian ya vuelto del Congreso de Turin los que fueron enviados á él: en Roma se notaba cierta agitacion y movimiento; todo era ir y venir, y preguntarse:—¿En fin, qué se hace?—¿No sabes que el conde Rossi nos amenaza con todos los medios represivos?

—¡Pues esto faltaba!

—¡Oh, aun no hemos llegado á la mitad! Yo mismo he visto fabricar las mordazas para los que blasfemen.—Al que diga por ejemplo: Por via del dios Baco, la mordaza;—al que hable mal de un clérigo, la mordaza al instante;—al que censure á un peregrino que trata de sonsacar los cuartos, jugándolos á la loteria, la mordaza.....

—¡Señor misericordia! ¿Así tendremos que ponerlas á medio Roma?.... ¿Y nada más?

—Está tambien designado cierto número de azotes para otras faltas de la misma naturaleza que las espuestas.

—Me resuelvo, pues, á no decir una palabra.

—Esto es nada aun: sabe que el conde Rossi pretende valerse de los tormentos del Santo Oficio. Yo he visto con mis propios ojos ir de no-

che algunos carros, y detenerse á la puerta del terrible palacio; y estos carros iban cargados de tenazas, garfios, mordazas, cuerdas, poleas, ruedas, mazas y martillos para torturar, dislocar y triturar los huesos, y unas jaulas grandes de hierro con puntas de acero en su interior, de manera que el paciente no pueda arrimarse á niugun lado sin clavarse algunos de aquellos puñales (1).

—Estoy temblando: ¿entonces los tiempos del Papa Sixto serán miel y manteca en comparacion de los que se nos preparan? ¿Y el conde Rossi quiere hacerse el verdugo de Roma y meterla en una hoguera?..... ¿No habria medio de meterle á él en alguna de estas jaulas con puntas de clavos, ó de aplicarle las tenazas y los garfios y quebrantarle los huesos?

—No te dé cuidado, que nuestra Inquisicion sabrá alcanzarle y cortarle los vuelos.

—Voy corriendo á las posadas del Jardin, de la Rivera, del Triton y del Peregrino, y á cuantos conocidos encuentre allí, que nunca faltan en gran número, voy á darles una racion de conde Rossi capaz de hacerles erizar los cabellos.

---

(1) Esto no son chanzas puestas para dar animacion al diálogo, pues las oimos decir en Roma con toda formalidad no pocas veces: el pueblo es siempre el mismo, crédulo como los niños; y los malvados abusan de esta credulidad.

Otros esparcian la voz de que en el castillo se disponian los calabozos para encerrar á los diputados; que se habia resucitado la antigua policía; que no querian ya más Gobierno secular; que los Clérigos invadian todos los tribunales y desempeñaban todos los destinos; y que iban á echar de Roma á todo extranjero. Al mismo tiempo, esto producia una sorda agitacion, un murmullo y un terror general: el que observó al pueblo de Roma en los primeros dias de Noviembre, vió una situacion oscura, negra y siniestra.

Mientras se esparcian entre la plebe de Roma tan pérfidas calumnias, y estas necias invenciones contra el ministro tomaban cuerpo y realidad en las tabernas, cafetines y bodegones del populacho, en los lavaderos entre las mujeres, en las turbas de escavadores del Foro romano, etc., los archimandritas de la Jóven Italia, fraguaban otras intrigas y maquinaciones á fin de lograr sus execrables deseos.

En Turin se habia resuelto firmemente como punto principal establecer la república, á pesar de todos los obstáculos; en Liorna, en un banquete que dieron á los enviados romanos los más furibundos conspiradores, quedó determinado que si el ministro Rossi se mantuviese firme en su propósito de contrariar el espíritu revolucionario, se le quitase de en medio á todo costa: en otra comida celebrada en Frascati se formuló el asunto de un modo más categórico:—Que

muera Rossi bajo el puñal.—¿Cuándo?—A la apertura de la Cámara.—¿Dónde?—Al subir al coche, ó al subir la escalera, ó al entrar en el salon.—¿Y quién dará el golpe?—Uno sólo no basta; pues pueden sobrevenir mil circunstancias imprevistas y estorbarlo: y si el golpe se frustrase, entónces adios, todas nuestras esperanzas se desvanecerian como el humo: serán tres.—¿Quiénes?—Sáquense á la suerte.

Más de veinte sicarios estaban dispuestos á toda maldad: todos eran criminales que habian cometido asesinatos, hombres de alma feroz y sin la menor sombra de conciencia, á quienes nada les importa la vida ó la muerte. Al dia siguiente á media noche reuniéronse en la cueva de Esquilino: y entre ellos compareció el que dirigia la conjuracion: metió los nombres en una bolsa, la sacudió, la meneó y revolvió; pero ántes de sacar de ella las cédulas que los contenian, echó una mirada al rededor de sí, y á la luz de una antorcha examinó todos aquellos rostros. Creo que Catilina, la noche en que estuvo rodeado de los jóvenes homicidas á quienes queria encargar el asesinato de los senadores y el incendio de Roma, no vió delante de sí unos satélites de ánimo tan fiero, de facciones más siniestras y lívidas y de ojos más torvos, que los que vió nuestra conjurado.

El nuevo Catilina, pues, clavándoles la vista, dijo: Jóvenes, Roma, ó mejor Italia, está en

nuestras manos: de la punta de vuestros puñales debe salir la libertad: nacida de sangre será más hermosa, y ganada con el acero más fuerte. Acercad los puñales, cruzadlos, y decid:

—Si aquel á quien designe la suerte se arrepiente ó flaquea, muera bajo estos puñales.—Jurad.—Juntaron los aceros, cruzáronlos, hiciéronlos chocar unos con otros, y juraron esclamando: Muera Rossi.—Entónces el terrible presidente de aquella reunion de asesinos levantó la bolsa que contenia los nombres y sacó tres: los leyó, y despidió á los restantes, quedando solo con los que habia designado la suerte.

Esta antigua cueva tenia comunicacion por su fondo con otra tambien espaciosa y profunda. El presidente levantó la antorcha, y se llevó á los tres á esa segunda cueva. En ella les aguardaba otro hombre con otra antorcha: en el suelo habia extendida una sábana que cubria unos bultos. El que tenia la antorcha la entregó á uno de los tres, y levantó una porcion de la sábana, con lo que se descubrieron tres cadáveres amontonados. En seguida dijo á los dos sicarios; Coged un cadáver y ponedlo encima de esta piedra.

Era este un cirujano de la sociedad secreta, y dijo á los tres criminales: — Si quereis que la víctima caiga muerta á vuestros piés, es necesario que dirijais un golpe firme á la arteria carótida: cortándola se corta la vida, y el hombre muere instantáneamente.—Dicho esto tomó el

dedo de uno de ellos y lo colocó en el cuello del cadáver, añadiendo:—La carótida es esta, descarga el golpe y córtala.—El sicario apretó el puño, dió una puñalada y la cortó con limpieza.

—¡Perfectamente! exclamó el malvado cirujano, ya puedes graduarte de sangrador. Venga otro cadáver: ahora hiere tú; ten presente que la arteria está inmediata al tendon; héla ahí debajo de la oreja; no puedes errarla.—¡Así! ¡muy bien!

El mismo ensayo se hizo en el tercer cadáver. Despues prosiguió el cirujano:—¡Invictos muchachos! es necesario que no olvideis que para herir en el cuello debe hallarse este al descubierto, á fin de que la corbata ó el cuello de la casaca no sean un obstáculo.

Para esto uno de vosotros dará un golpe en la espalda al ministro, y en el instante en que vuelva la cabeza para ver quién se lo dió (posicion que da sumo realce á la arteria), tú le herirás con firmeza; luego saca el puñal, confúndete entre la multitud y escápate (1).

---

(1) En el periódico titulada la *Balanza* de Milan, en su número del 13 de Marzo de 1851, dice que se llevó solo un cadáver del hospital al al teatro Capranica, y que en él á media noche se hizo el ensayo.—Tambien lo oimos referir así en Roma; pero del modo que queda dicho arriba nos parece de mejor orígen.

Mientras que esto obraba envuelta en las tinieblas esta escuela infernal, última razon de las sociedades secretas (tan corteses, liberales y generosas en la apariencia), los demás conspiradores paseábanse por Roma con la frente erguida y con cierto aire que decia claramente: Roma es nuestra.

Algunos delatores hicieron llegar á oidos del ministro que se tramaban asechanzas contra su vida: avisábanlo de lo que se habia resuelto en Turin, en Liorna, y en Frascati. El conde, ó se burlaba, ó lo despreciaba.—El creer en la vileza es propio de viles; las almas grandes y fuertes la desprecian.

Entretanto *La Palas* y *D. Pirlone* soltaban ciertas frases, como quien dice algo sin querer decirlo, en tono provocativo y como de mofa; pero con el objeto de tantear el espíritu del pueblo, y hacer ver que estaba dispuesto á novedades; ó más bien arrojando, así como por casualidad ciertos indicios semejantes á enigmas para dar á entender á los conspiradores que residian léjos, que el golpe debia darse el dia 13 de Noviembre al medio dia. Pues sépase que el dia 13 *D. Pirlone* se chanceaba como Fanfulla en Florencia ántes de la conjuracion de los Pazzi, y escribia: «Ya os acordareis que dijo el Poeta:

De la cuna al sepulcro hay solo un paso.

»Lo que es ahora se equivoca, y es menester

»taasponer las palabras, é invertir la frase di»ciendo en estos precisos términos:

Del sepulcro á la cuna hay solo un paso.

»Ahi tenemos tambien la Escritura que nos »dice lo mismo:—*Beati mortui qui in Domino resurgunt.*

Y á propósito de estos propósitos, hablo yo, digo y pienso: »De hoy á pasado mañana, van dos dias, si no me engaño .... es un paso..... no hay duda, pasará.....

Date il segno, chi va la?

Deputati..... Bene sta

Y más abajo el pérfido encogiendo los hombros dice mirando de soslayo á los que pasan:— »Yo nada sé. Preguntadlo á quien lo sepa: bus»cad, preguntadlo á otros, porque yo no sé na»da.»—Y continúa hablando de música discor»dante, de ahullidos, silbidos, chillidos, de lle»var en triunfo por Roma.» ¿Habráse visto jamás tanta imprudencia, tanto disimulo y tanta malignidad?

Entre tanto pasó el dia 13: el conde Rossi habia tomado todos los pasos, ordenado la distribucion de guardas en las bocas-calles, puesto vigilantes en todas las entradas, y extendido cuantas medidas eran capaces de impedir toda criminal tentativa y coger á cualquiera que intentase perturbar el órden. Roma estaba llena de carabineros, los cuales tenian el santo y seña secreto para librarse de todo enredo, para saber

de antemano los pasos de los conspiradores, y echárseles encima: pero el conde no veia el puñal que pendia sobre su cabeza, y confiaba en los carabineros, entre los cuales habia no pocos conspiradores. El dia 15 debia tener lugar la apertura de la Cámara. Ya el ministro habia preparado el discurso que debia dirigir á los diputados, en que daba cuenta de lo que se habia obrado, y de lo que deseaba hacer en lo sucesivo, tomando de ahí ocasion y materia para disipar los infundados temores de muchos, ofreciendo restablecer el órden despues de la pasada licencia, animar á los débiles y activar á los indolentes.

Habia leido ya el discurso de apertura al Papa, que lo aprobó en todas sus partes, y se prometia buenos resultados; aunque no disimulaba á Rossi la dificultad de la empresa, la perfidia de los contrarios, ni la incertidumbre del éxito. —Padre Santo, respondióle el ministro. Dios defiende la justicia y dirige al bien sus intentos. Dadme vuestra bendicion, y mientras viva seguiré impertérrito combatiendo la iniquidad y defendiendo vuestra autoridad y la gloria de la Santa Sede romana.

Los conjurados emplearon la noche antecedente al 15 en misteriosos manejos, en dar secretos avisos y en señalar los puestos que debian ocupar los ejecutores de la traicion. Cierta señora distinguida (como si supiese lo que pasaba)

escribió muy de mañana á Rossi descubriéndole la trama, y diciendo: Que si iba á la Cámara no escaparia de la muerte. Pero Rossi se mantuvo firme en su propósito. Entró á recibir la bendicion del Pontífice ántes de salir. Este se hallaba triste, y le dijo:—Conde, no vayais, considerad que los pérfidos de todo son capaces.—Son más cobardes que pérfidos, contestó Rossi.—Y dicho esto bajó para meterse en el coche, cuando se le presenta monseñor Morini lleno de ansiedad y medio muerto, y le dice:—Señor conde vuestra obstinacion os pierde, considerad que os aguarda la muerte en la escalera de la Cancillería.—Señor, le respondió, el deber me llama y Dios me protege.

Salió de palacio acompañado de Righetti, sustituto del ministerio de Hacienda, y se dirigió á la Cancillería, en donde creia que estaban apostados muchos carabineros disfrazados. La plaza estaba llena de caras agitadas y sérias.—Ahí está, ahi está: el mismo es, decian entre sí al verle algunos charlatanes. Entró el coche en el pórtico del palacio, y el ministro se apeó con semblante tranquilo y franco: vió muchas turbas que se habian aproximado de todos lados, y pasó por enmedio; al llegar á algunos pasos de la escalera oyó silbidos y gritos de facinerosos; pero sin hacer caso de ello siguió adelante.

Al poner el pié en el primer escalon siente que le dan de improviso un golpe en un costa-

do: vuélvese á ver de quién procedia, y al mismo tiempo la fria y acerada punta de un puñal penétrale en el cuello y corta la vena yugular. —Esclama:—¡Dios mio!—Sube tres escalones y cae desmayado. Rodéale la turba de los conspiradores; detrás gritaban: ¿Qué hay?—Y muchos responden en voz baja: Silencio, silencio, no ha sido nada.—Righetti y el familiar levantan en peso la víctima, y la llevan á la primera estancia arriba de la escalera: lo colocan en un sillon, exhala un gemido y espira.

Una voz anunció á la Cámara la muerte del primer ministro: pero ninguno volvió la cabeza, ni levantó la vista, ni manifestó la menor alteracion, sino que lo mismo que si se les hubiese noticiado la muerte del gran Visir de Constantinopla, cada cual continuó hablando ó escribiendo en su banco. Los embajadores y los ministros, al ver tanta infamia y desfachatez en los diputados, se salieron de aquella cueva de conspiradores, y les siguieron los diputados de Bolona, de quienes era sócio el asesinado ministro.

Roma quedó aterrada y llena de estupor ante un acto que la manchaba de sangre en concepto de toda persona humana y civilizada; pero los conspiradores, insultando el público duelo, llevaron por la noche en triunfo y á la luz de las antorchas, paseándolo por el Corso, á un malvado que representaba al asesino. Iba sen-

tado en hombros de una plebe feroz, la cual señalando la mano del sicario, que llevaba levantada estrechando un puñal ensangrentado, cantaba acompañada de una multitud de soldados y paisanos que se abrazaban mútuamente, unos versos, los cuales decian:

Bendita la mano
que á Rossi mató (1).

Estremézcase el lector: no contentos aun, llevaron bailando como caníbales el asesino debajo de las ventanas donde estaba la desconsolada viuda, y los hijos del difunto, y allí cantaron el triunfo de su asesinato.

Refirió cierto jóven romano, que hallándose solo leyendo el *Contemporáneo* en un rincon del café inmediato á San Cárlos, al mismo tiempo estaba junto á la puerta un desconocido en ademan pensativo y taciturno: veinte minutos despues de la muerte del conde Rossi, vió venir un jóven de pelo rubio, de facciones descompuestas, de color macilento, ojos despavoridos y acciones convulsivas.—El que estaba á la puerta le dice:—¿Está hecho?—Y el otro contestó con voz entrecortada:—Hecho está.—Inmediatamente salen y desaparecen ámbos.—El jóven romano creyó que era el matador, esperado

(1) *Benedetta quella mano, que il Rossi pugnaló.*

allí por el desconocido que debia facilitar su fuga.

Al mismo tiempo que las turbas bailaban en el Corso, los conspiradores aprovecharon el momento de la angustia del Papa, de la confusion de las autoridades superiores, y del susto de la ciudad, y reunidos en el Círculo popular, sentado Sterbini *pro tribunali*, con Pinto, Spini y otros caudillos de la conjuracion, se declararon inmediatamente constituidos en *Comité de salvacion pública*: bajo tal concepto expidieron órdenes y decretos á todos los empleados, al comandante del Castillo, á las milicias, etc. y todos doblaron cobardemente la cerviz. Llamaron una guardia y centinelas en su palacio, y se enviaron dragones de á caballo que fuesen á llevar las órdenes del Círculo á todos los ángulos de la ciudad.

¿Y el Papa? ¿ese Príncipe generoso que habia sacado á todos esos infames de la cárcel y de las cadenas? ¿ese amoroso padre, que de corazon les habia perdonado sus pasadas conspiraciones, y al que habian jurado eterna fidelidad y gratitud? ¡El Papa! ¿Quién se acordaba del Papa? El Gobierno, arrancado de sus manos por el asesinato, se habia trasladado al Círculo popular, sólo que los astutos miembros de este Círculo conocieron que su autoridad era de pura farsa, y trataron de imponer los ministros que debian gobernar el Estado; sin embargo, pensaron obrar de tal modo con respecto al Papa, que pareciese

ante el público que tales ministros eran de su voluntaria eleccion. Por consiguiente, despues de haber buscado los hombres que debian proponer al Papa para el ministerio, todos conformes con las instrucciones y propósitos de los conspiradores, formaron la lista para presentarla al Papa, á saber; con los modales pacíficos y obsequiosos que suele usar una partida de ladrones con el inerme pasajero á quien pide la bolsa.

Querian unos ministros demócraticos. *D. Pirlone* trajo las pequeñas balanzas de platero, y la *Palas* las mantenia en equilibrio. En uno de los platillos habia la república con todos sus puñales y sus sacos para meter oro, plata y perlas: no se trató de la verdadera libertad, del sosiego, del órden, de la seguridad de las propiedades y de las personas, y principalmente de la religion romana. En el otro platillo el *Contemporáneo* iba poniendo las personas que debian entrar en la lista de los nuevos ministros. Puso un reformista, y el plato se levantó mientras que el de la república vino abajo: pusieron un constitucional segun el sistema de Gioberti, y resultó lo mismo; pusieron despues un constitucional á lo Palmerston, y sucedió otro tanto.

Ponen en el platillo á Mamiani y se establece el equilibrio.—Muy bien.—Ponen luego á Galletti, Sterbini, Campello, etc. Aun pesaba la república casi ménos que estos republicanos; no obtante, se

les reputó dignos de la eleccion ¡y si al Papa no le acomodan!..... ¡hem!.....

El dia 16 por la tarde me fué preciso salir para un asunto particular, y pase el Tiber en la barquilla: pero apenas llegué á Longara, ví venir del palacio Corsini dos coches á todo escape; en el primero iban un guardia cívico y un labriego; el segundo iba vacío. Pasaron por delante de mi como un rayo, y ví que se pararon junto al palacio Salviati, en donde habia un misterioso retiro de la sociedad secreta. Pasé de largo; pero aun no habia llegado á la puerta Septimia, que oí de lejos un gran ruido como de descargas de fusilería. Me detuve, pregunté á algunas mujeres que habian salido á las ventanas qué era aquello, y me contestaron que no lo sabian. Entré en la casa á donde me dirigia, y el dueño al verme esclamó:—¡Vos aquí, señer! ¿Acaso no sabeis que los conjurados, roto ya todo freno, disparan al palacio del Papa para entrar á la fuerza, y dar muerte á todos los Prelados y palatinos que hallen dentro? Ni aun me detuve á preguntar la causa; sino que volví la espalda y me dirigí otra vez apresuradamente hácia el Tiber para llegar pronto á mi casa y encerrarme dentro.

En Longara se presentaban objetos de lástima á cada paso: todo era grupos de Sacerdotes que huian á esconderse y mujeres que salian á las ventanas y á las puertas, golpeándose la cabeza,

arrancándose los cabellos y gritando:—¡Oh Dios, van á matar al Papa, y luego convertirán á Roma en un vasto sepulcro! ¡ah perros!—¡Y mi marido, decia una, que se halla en el trabajo hácia Trevi!—Y el mio tambien en Pilotta, decia otra; —acaso se los hayan llevado en medio de los tiros: bien le decia yo que hoy no saliese de casa: ¡Vírgen Santísima!—Y mi hija, que se halla en el telar! Y así una buscaba al esposo, otra al hijo, otra al hermano, y todas se hallaban en la mayor ansiedad.

Yo me dirigí pronto á la barca, que en aquel instante volvia á la orilla:—Señor Camilo, digo al barquero, llevadme de aquí.—Al mismo tiempo un tropel de mujeres medrosas y llorando querian arrojarse á la lancha.—Pero el barquero dijo gritando.—Voy á amarrar la barca.—Yo salté dentro, y dije:—Señor mio, llevadme á la otra orilla, y despues haced lo que gusteis. —¿Pero si nos hacen fuego del castillo?—Adelante, que Dios nos protegerá y San Pedro: pasadme á la otra parte.

Dicho y hecho: las mujeres se agrupan; un buen Sacerdote de Albano ó de Ariccia me coje por el vestido diciendo:—¡No vuelvo más á Roma! ¡no, nunca más! Y dirigiéndose á mí, añadió:—¿Quisiérais hacerme el favor de acompañarme hasta mi casa?—¿En dónde vivís?—En el campo de la Flor.—Y yo en la plaza Farnesia; por consiguiente, venid y os acompañaré.—Al

llegar á la orilla opuesta encontramos á dos guardias cívicos que venian de Santa Ana de los Brescianos fuera de si, y exclamaban en medio de un corrillo:—¡Infames suizos! ¡Tirar á la Guardia cívica! ¡Por vida de!.... Pero les ha costado caro..... Les hemos arrancado de las manos las alabardas á esos viles; y si hubiésemos podido entrar en palacio, hubiéramos hecho de ellos cecina.

El Sacerdote que iba conmigo se les acercó y preguntó:—¿Qué ha sido?—Ellos se volvieron como dos basiliscos.—Hola, señor Clérigo imprudente; idos á vuestra casa, y no querais que se os haga el mismo juego que á Rossi.—El Sacerdote se fué tan de prisa que no se veia dónde ponia los piés. Yo permanecí quieto detrás de la gente, y oí decir en alta voz á aquellos demonios encarnados:—¡Maldito sea! Hemos acabado las municiones, y ahora que hemos venido á llenar las cartucheras, nos volvemos á luchar de nuevo. O el Papa cede, ó de lo contrario, le hemos puesto á la puerta una llave que es capaz de abrir el Paraiso: tambien en la puerta del palacio que da á las cuatro fuentes hemos colocado faginas, rociándolas con aguardiente y pegándoles fuego; de suerte que miéntras los bomberos arrojaban por dentro arroyos de agua, nosotros echábamos torrentes de fuego.

Y habeis de saber que los tiradores de la Universidad corrieron al convento de San Cárlos, y

desde el campanario tiran á los palomitos del palacio; de modo que apénas saca alguno la cabeza, son tan certeros los tiros, que al instante cae muerto. Deciame no há mucho uno de esos tiradores (que tambien habia ido por más municiones) que monseñor Palma, secretario de la literatura latina, queriendo acaso mirar á la puerta del palacio que ardia debajo de sus ventanas, sacó un poquito la cabeza por fuera de la celosía, y él le apuntó tan bien, que la bala le entró por la frente, y le vió caer muerto instantáneamente (1). ¡Ojalá que asomasen la nariz todos los Prelados que uno tras otro dejarian el alma en el alféizar! Yo me los comeria vivos, y aquí me caiga muerto si no tengo deseos de lavarme las manos en su sangre, y beberla en su mismo cráneo.

No dudeis que desde los terrados de la Consulta, del pedestal de los caballos de la gran fuente y de la callejuela de Scanderbek se tira al palacio hasta dentro de las ventanas de la estancia pontificia; y tal vez, ¿quién sabe si algun Cardenal ha visto ensangrentada la púrpura? Yo les mataria á todos, á esos tiranos de Roma. Si el Papa no nos concede cuanto querémos, hoy

(1) El escelente y docto Palma hacia poco que habia sido nombrado secretario de las letras latinas; y aun no habian pasado quince dias desde que se habia alojado en palacio: ¡este honor le costó muy caro!

es el dia en que correrá la sangre en el Quirinal: degollaremos á los Cardenales á vista misma del Papa, y le mataremos á él tambien en medio de los embajadores de Francia, del enviado de Rusia, y de los demas representantes de las Potencias que han acudido presurosos á rodearle. Nosotros no tememos á nadie; queremos libertad, y la tendremos (1).

Habia entre el grupo una aldeana jóven y bien parecida, la cual al oir á aquel furioso, encendiéronsele los ojos, se le plantó delante y dándole en el rostro con sus cinco dedos cargados de anillos, dijo sofocada y rechinando los dientes:—¿Tambien quereis matarnos al Papa, eh? Pues mirad, allí está la cúpula de San Pedro, que os deshará los hocicos con las llaves.

Los malvados se hicieron una seña, y el más atrevido se disponia á acariciar á esta muchacha diciendo:—Vaya, hermosa, ¿cómo te has exasperado? Pero la jóven echó mano de la aguja del moño, y exclamó:—Mira, buena alhaja, que

---

(1) Estos alardes se oian por las calles públicamente, y muchos de los que soltaban semejantes denuestos debian su trabajo en las bellas artes y su subsistencia á la Iglesia. La humana ingratitud no puede presentarse de un modo más brutal y odioso. Pero hasta los mismos brutos se muestran agradecidos á los que les dan el pan. Semejante proceder es exclusivo de las sociedades secretas.

si llegas á tocarme....! Acaricia á la cuerda que ha de ahorcarte. Dicho esto se fué murmurando:—¿El Papa, eh? ¡Matar al Papa! ¿Y nuestros hombres no son ya los romanos de otro tiempo? Si á mi pobre padre, que en paz descanse, le hubiesen hablado de matar al Papa, hubiera hecho añicos á esos viles.....

He querido de intento referir yo mismo este asalto, contra lo que acostumbro, para que no se diga que he sacado el hecho de boca de alguna vieja; cuando, segun se ve, lo supe de aquellos malvados que entónces mismo venian del Quirinal, en donde habian disparado á las ventanas del Vicario de Jesucristo: y de los mismos oí estas palabras:—Si el Papa no cede, es muerto, pu s le mataremos en brazos del Padre Eterno. ¡Insensatos! Dios le protege, y él os reducirá á polvo y aventará vuestras cenizas.

Ahora los infames dicen que fueron allá pacíficamente á pedir el nombramiento de los ministros, y que la causa de tanto escándalo fueron los suizos que tiraron al pueblo. ¡Pacíficamente! Fueron allí algunos miles de hombres, guardias nacionales, dragones, carabineros, aduaneros, soldados de tadas armas y de todos grados, populacho pagado, ébrio y feroz. Galletti presentó con audacia é hipocresía las demandas de los conspiradores.

El Papa respondió que no queria recibir la ley de sus súbditos, y se mostró firme á pesar de las

reiteradas demandas de Galletti. Entónces el infame salió á un balcon, y excitó á todos aquellos furiosos, diciéndoles que el Papa era el señor, y que no queria que sus súbditos le impusiesen la ley.

Un espantoso rujido fué la respuesta de la turba de desalmados: Galletti volvió á los piés de Su Santidad pidiéndole que calmase al pueblo exacerbado, y el Papa dijo:—Mañana sabrán mis determinaciones.—El malvado se asomó de nuevo y gritó:—Mañana.—No, ahora mismo, contestó la multitud, y en un instante corrieron á armarse, mientras que los que ya estaban armados asaltaron el palacio: todo esto fué obra de un instante. Entónces fué cuando los suizos cerraron y atrancaron todas las puertas del palacio; en vista de lo cual los rebeldes pegaron fuego á la puerta de las Cuatro fuentes, y trataron de escalar las ventanas. Los suizos hicieron fuego para dispersarlos, y de ahí nació el conflicto; los suizos que estaban de centinela en la puerta principal fueron atacados, y un moceton de la Esperanza arrancó á uno de ellos de la mano la alabarda.

Despues que los suizos se encerraron en el palacio, uno de los rebeldes corrió á la Pilotta, gritando:—Venga un cañon, arriba, al palacio; ayuda, tira, adelante.—Así llevaron una pieza de artillería á la plaza del Quirinal y la apuntaron á la puerta principal, con la mecha encendi-

da y prontos á aplicarla. Los más rabiosos estaban en la creencia de que el Papa saldria á la tribuna (desde la cual tantas veces les habia dado su bendicion) para calmar el tumulto y tranquilizar los ánimos, por lo que habian hecho situar un asesino detras de la estátua de Pollux, con la carabina preparada para tirar al pecho del Pontífice apénas saliese este para hablar al pueblo.

Tal vez impulsado de su magnanimidad y celo paternal hubiera en efecto dado este paso; pero el arcángel San Miguel, escudo de la Iglesia de Jesucristo y de su cabeza visible, le inspiró otros intentos.

¿Puede tenerse ahora la menor duda, en vista de unos testimonios tan claros y evidentes, de los perversos designios de las sociedades secretas? De la alegria del perdon pasaron á las protestas de gratitud, á los juramentos de fidelidad, al llanto de ternura, á los ofrecimientos de perder la vida; luego á las súplicas de alguna reforma, de la reforma á las franquicias, de las franquicias á la libertad, de la libertad á la licencia, de la licencia al desórden, del desórden al desenfreno de toda maldad y felonia, hasta llegar al asesinato del primer ministro de un Soberano tan generoso, hasta al ataque del palacio pontificio, y hasta á las amenazas de muerte hechas á su mismo bienhechor y padre.

Esta es la escala que por grados ha ido subien-

do el lector, al seguir la narracion del *Hebreo de Verona*. ¡O tú, alma noble que me has acompañado hasta aquí en mi largo y trabajoso camino, tú has visto con que engañosa fe, con que disimulado mentir, con qué encubierto fraude y felonía llevaron á cabo su artificioso plan hasta engañar á la Italia entera, la cual aplaudia las joviales y mansas seducciones, que despues se convirtieron en conmociones, sublevaciones, tumultos, revoluciones y furibundos ataques!

Con esta astucia querian llegar á la república; y despues de alcanzado este objeto, y cuando tuvieron en sus manos el Gobierno de Roma, vimos erigidos en el Capitolio, como dioses de la república, el asesinato, el latrocinio y el sacrilegio, que fué siempre la obscena *Trimurti* de las sociedades secretas: á ella se han entregado y consagrado con nefando culto de sangre.

Desde Weishaupt hasta Mazzini, la historia no es más que el desenvolvimiento del *Iluminismo*, que germina, florece y fructifica en todos los pueblos; y sus frutos son siempre y en todas partes la desolacion, el exterminio de toda ley, órden y principio civil, natural y divino. Francia fué la primera que probo sus funestos efectos, que en seguida contaminaron y envenenaron á toda Europa. Despues vinieron las repúblicas de la América meridional, en gran parte originadas de las sociedades secretas: luego los

trastornos de Portugal y de España, y por último nuestra Italia: feliz al ménos en que la venenosa planta no echó muy hondas raices, y si produjo flores y dió algun fruto, todos saben cuán áspero y acerbo fué; tanto que aun causa dentera y tiene enfermizo y fuera de juicio al Piamonte.

CAPITULO XVI.

EL PEREGRINO APOSTÓLICO.

Durante el terrible asalto del palacio apostólico del Quirinal, los embajadores y legados de los monarcas cristianos acudieron á guardar y proteger la sagrada persona del Pontífice. Eran estos el duque de Harcourt, embajador de Francia, Martinez de la Rosa, embajador de España, el conde Spaur, ministro de Baviera, De Migueich-Venda da Cruz, ministro de Portugal, el conde de Bouteneff, ministro de Rusia, el señor Liederkerke, ministro de Holanda, el señor Figueiredo, encargado de negocios del Brasil; el señor de Maistre, secretario de la legion de Bélgica, y el señor de Canitz, secretario de la legion de Prusia; quienes viendo el cañon apuntando á la puerta, y la furia de aquelles caribes, aconsejaron al Papa que para que terminasen los escesos á que se habian entregado los rebeldes, les

concediese lo que con tan abominables medios querian arrancarle.

Volviéndose el Papa con sereno y firme semblante á aquellos enviados que le rodeaban con muestras de profundo respeto, dijo:—«Señores, vosotros sois testigos de la atroz violencia que me hacen los rebeldes; consiento por pura necesidad en sus inícuas demandas, á fin de impedir mayor derramamiento de sangre; pero protesto ante vosotros y delante de vuestros soberanos, de que me veo forzado pérfidamente á hacerlo.

El dia siguiente, no contentos aquellos malvados con tantos sacrilegios, intimaron con furor que los suizos dejasen de dar guardia en el palacio, y que se les sustituyese la Guardia cívica; puesto que los que hicieron fuego al pueblo no eran dignos de guardar al Príncipe.—Roma no no puede tolerarlo.—Así los fieles suizos, despues de quitarles las divisas y las armas, se vieron confinados al Vaticano; y la guardia cívica tuvo la osadia de poner centinelas, no sólo en todas las puertas del palacio, sino al pié de las escaleras y hasta en las antecámaras del Pontífice, á modo de esbirros ó de espias, que tenian sitiado al Vicario de Jesucristo en el sagrado de su habitacion particular. Siempre recaia el turno de esta guardia en la chusma y en los más perversos conspiradores, los cuales espiaban con disimulo cuanto se hacia, y luego llevaban á los

jefes de la conspiracion la noticia de lo que notaban en palacio.

Miéntras tanto el Papa envió secretos comisionados á los Cardenales, encargándoles que se pusiesen en salvo de cualquier modo que pudiesen, para librarse de las garras de los facinerosos, pues eran capaces de los más terribles atentados para herir y exterminar á la Iglesia. Así se apresuraron con ayuda de sus fieles criados á salir ocultamente de Roma, de modo que los rebeldes no pudieron sospecharlo ó impedirlo. No hay necesidad de decir cuántas guardias pusieron en las puertas de la ciudad y alrededor de los palacios, ni los infinitos riesgos que corrieron los Príncipes de la Iglesia para librarse de las asechanzas y astucias de sus brutales perseguidores.

Uno de los Cardenales vigilados, y á más destinado ya al puñal de los sicarios, varon de los más respetables del Sacro Colegio, no hallando otro medio de sustraerse á la cruel persecucion de tales verdugos, vistióse en trage de cazador, y así pudo huir del peligro. Una mañana, apénas empezaba á vislumbrarse la aurora, sacó la cabeza por una puertecita de detrás de su jardin, y viendo que la calle estaba desierta, se fué con un perro de caza hácia la plaza Barberina. Cubrianle las piernas unos borceguíes acampanados, llevaba una ancha chaqueta y un sombrero de grandes alas á lo Bolivar, un cinturon, el zurron

y una escopeta de dos cañones, completaban el propio trage y arreos de un cazador.

Al llegar á la fuente de la Concha, sentóse en un pilarcito, y el perro le arrimó el hocico á las piernas, miéntras él le hacia caricias. Todavía alboreaba, cuando se presentó un calesin, y dentro del mismo un jóven cazador ingles, quien le dijo:

—Amigo mio, hacedme el favor de subir conmigo, que hace una mañana muy buena para matar becaciues.

Pero luego que llegaron á la Quinta de Ludovico en la puerta Salara, viendo el Cardenal que se acercaban unos guardias cívicos, pellizcó con disimulo una oreja del perro, el cual rechinaba los dientes y gruñia; con lo que mantenianse los cívicos á respetuosa distancia; y luego deseándoles buena caza, se fueron más que de paso á la otra parte del puente Salaro. Al hallarse á más de dos millas de este puente, el Cardenal halló un coche que le aguardaba, y dirigiéndose por los Abruzos fué á refugiarse en Nápoles.

Otro Prelado, al ver continuamente rodeado su palacio por los satélites de Ciceruacchio, se valió de otra estratagema, que tuvo el mejor éxito. Su despensero hizo entrar en el patio un carro de carbon, é hizo vestir á su señor el trage de boyero de Sabina; los cuales todavía visten á la antigua moda de los montañeses; esto

es, con un vestido de pieles. El Cardenal, pues, se puso unas pieles de cabra en los mulos y en la espalda, unas polainas de cuero atadas con hebillas en las piernas, y en la cabeza un gorro frigio de lana oscura; de modo que tenia el aire de un primitivo Ausonio; tomó una pica, y salió cuando ya anochecia, sin que ninguno de los vigilantes entrase en la menor sospecha.

Otros dos Eminentísimos, algo más jóvenes que los antecedentes, viendo cerradas todas las salidas y guardados todos los pasos, se arreglaron un traje propio de los Ernicos: cubriéronse las piernas con dos pedazos de tela gruesa, la que sujetaron con una larga trencilla de cuerda, y con ella se ataron bajo los piés dos suelas de piel de cabra, como se usa entre ellos; pusiéronse un sombrero agudo, adornado con cintas, y entre ellas una pluma de pavo; y cogiendo una maza y poniéndose en la espalda un morral lleno de pan, salieron por la puerta Mayor. Encontraron con frecuencia varios espías de la sociedad secreta, quienes creyéndolos gente de Sonnino y de Piperno, no les pusieron obstáculo; y así huyeron más allá de Liro, y se pusieron en salvo.

No hay que decir todas las angustias, peligros, disfraces, asechanzas y traiciones de toda especie, á que se hallaron expuestos los Príncipes y Prelados de la Santa Iglesia; en términos que acaso no vió Roma desde los tiempos de

Constantino hasta acá, una persecucion tan brutal y feroz.

No contentos esos hombres inícuos y crueles con poner en tal conflicto á unos personajes tan respetables así por su edad como por su saber, por su clase, por su prudencia y por sus grandes virtudes cristianas, todavía añadieron la mofa y los más fieros insultos que pueden imaginarse.

El temerario *D. Pirlone*, dice en uno de sus artículos burlescos: «¿Se han escapado? Pues bien, si se han vestido, como dicen, para escaparse con el traje de mozos, es señal de que han creido que un mozo de caballeriza, debe ser más respetado que ellos.» (20 de Noviembre de 1848). Y en sus caricaturas pinta á los Príncipes de la Iglesia arrojados por un asesino con una escoba; y este va gritando:—Afuera la basura.—No hay duda que un mes despues estos infames barrieron de los palacios de los Cárdenales y de los Prelados el oro, la plata, los adornos y alhajas preciosas, y los cálices y mitras con perlas, arrojaron los muebles por las ventanas, y arrastraron á algunos por el fango de las calles, robaron de las caballerizas los caballos, sacaron de las cocheras los ricos coches, y llevados á la plaza hicieron pedazos los forros de seda y de terciopelo y los bronces dorados, que vendieron á algun judío.

Despues hicieron de ellos una hoguera y le

pegaron fuego, bailando alrededor de la llama como sátiros ébrios y delirantes. Causaba horror ver al populacho coger los cercos de hierro de las ruedas y las demas piezas en medio de la gritería y blasfemias de soez multitud.

Despues del asalto del Quirinal y el torpe bloqueo que en el mismo palacio del Papa habia establecido la guardia nacional, este tenia intencion de salir á pie, atravesar las calles de Roma é ir á habitar el Vaticano; pero al reflexionar en que una gran parte de la plebe romana estaba seducida y comprada por los rebeldes, y que los buenos ciudadanos no se habian atrevido á salir abiertamente á jurarle fidelidad; la que podian, sin embargo, conservar viva y entera dentro de sus corazones, pero no manifestorla en público por temor de los sicarios, se abstuvo de efectuar este paso.

En esta situacion, reunidos en consejo los enviados de los romanos y el Cardenal ministro de Estado, creyeron que lo mejor que podian hacer era librar al Pontífice de tan angustioso conflicto, conduciéndolo secretamente á otra parte. El Papa vacilaba entre dos extremos: por una parte creia que su partida impulsaria á los rebeldes á toda clase de excesos, de rapiñas, horrores y sangre; y por otra sabia que el dia 27 debia haber otro tumulto más terrible para obligarle á renunciar solemnemente al Gobierno temporal de los Estados romanos, y su vida corria el ma-

yor riesgo; pues se habia referido á un palatino que más de cien sicarios estaban dispuestos á ejecutar el execrable juramento.

Precisamente cuando más perplejo estaba el Papa en sus incertidumbres, recibió de Francia una carta que le dirigió el Obispo de Valencia con fecha de 15 de Octubre, con un pequeño envoltorio, sobre el cual el venerable Prelado le decia.

—«Que contenia el Copon que el Sumo Pontífice Pio VII llevó pendiente del cuello, y dentro de él el Santísimo Sacramento con que se consoló y confortó en el viaje que hizo hasta Valencia. Que á Su Santidad debia serle muy grata aquella memoria, y así que usase de ella para su consuelo en cualquier parte en donde Dios en sus altos designios dispusiese.»

Quedó el Papa dulcemente admirado de aquella coincidencia, al parecer fortuita, pero sin duda dispuesta expresamente en los profundos designios de la infinita sabiduría, reguladora en el número, peso y medida de todos los sucesos, hasta de los que parecen más nímios ó insignificantes. Entró un instante en la capilla, arrodillóse lleno de fé delante del santo tabernáculo, oró, derramó lágrimas, y se levantó plenamente convencido de que debia marcharse. El conde Spaur, ministro de Baviera, presentóse el dia 20 al Cardenal Antonelli, secretario de Estado, para saber si Su Santidad estaba resuelto á partir; y

habiéndosele contestado afirmativamente, el conde se ofreció á conducirlo á Gaeta, en donde se hallaba aguardando á Su Santidad un buque español, que luego lo trasladaria á las islas Baleares, segun los deseos que el mismo Pontífice habia manifestado.

Despues que el conde tuvo esta contestacion, habló largo rato al duque de Harcourt, y quedaron convenidos en el modo de llevar á ejecucion tan delicado proyecto de suerte que se guardase el más absoluto secreto. Con este fin se convinieron con el mayordomo secreto de Su Santidad, llamado Filipani, caballero sumamente fiel, adicto y diestro, para poner en órden el reducido equipaje extrictamente necesario para el viaje del Papa, y poco á poco debajo de la capa lo llevaba al conde, quien lo encerraba en un armario de su estancia sin que nadie lo viese. Hasta el dia 21, el conde no lo confió á su esposa; en cuyo dia la llamó aparte y le dijo en confianza que habia sido elejido juntamente con ella para librar al Vicario de Cristo de las asechanzas de sus rebeldes súbditos, que olvidados de Dios, del honor y de toda humana probidad, lo tenian prisionero en su habitacion, y en sus crueles y fieros ánimos formaban planes de muerte y esterminio de la Iglesia. Si Dios pues le concediese la gracia de llevarlo sin daño fuera de los confines de Roma, la augusta persona del jefe de la Cristiandad se hallaria fuera de

todo riesgo, libre en sus acciones; y la Iglesia saldria de la angustiosa situacion en que se hallaba.

Fácilmente se concibe el golpe que recibió la condesa al oir estas palabras. Esta señora era hija del conde Giraud y viuda de Dodwell, tenia mucho talento, y estaba dotada de ánimo fuerte y varonil. El dia 16 de Noviembre por la tarde, viendo que su esposo no volvia, y temiendo las perfidias de los rebeldes, sin asustarse ni entregarse á inútil llanto mujeril, sacó de la estancia del conde dos pistolas, metióselas en el manguito, y se dirigió en busca de él para armarle y que se defendiese. Habiéndola encontrado en tan fiera disposicion un amigo suyo, le dijo:

—¿A dónde vais, condesa, así sola y con aire tan resuelto?

—Voy á llevar dos pistolas á mi marido, contestó.

El amigo no pudo disuadirla de tan arriesgada determinacion, sino tomándole las pistolas y dándole promesa de subir al Quirinal en busca del conde. Tranquilizóse despues cuando el conde de Bouteneff escribió á su esposa que avisase á las de los ministros de que aquella noche la pasarian en el Quirinal con el Papa.

Pero la condesa Teresa, sabiendo que la Providencia habia elegido á su esposo para una tan noble mision, al paso que se envaneció por la honra y gloria que le resultaria, se asustó al

considerar los peligros que le rodeaban, las asechanzas puestas al Pontífice, y la insaciable sed de sangre y de destruccion que animaba á sus crueles enemigos. Sabia que estaban tomados todos los pasos; que los astutos espías se introducian en todas partes; que mil oidos y otros tantos ojos estaban sin cesar reconcentrados en el Quirinal; que si oliesen por desgracia lo que se intentaba, seguirian como sabuesos las pisadas del Pontífice, correrian tras él como lobos cervales, y alcanzándole fuera de Roma desahogarian su rabia y no se libraria tampoco el conde de la sangrienta saña de los caribes.

Sin embargo, elevaba devotamente á Dios su su corazon; y miéntras se ocupaba en arreglar los vestidos, ropa blanca y varias alhajas, llenando los baules y maletas, en lo íntimo de su pecho oraba al Señor diciendo: Señor, tú que ves el apuro en que se encuentra mi alma, tú que con inmensa sabiduría velas para la salvacion de tu Vicario en la tierra, haznos la gracia de que podamos librarle de tantos peligros como le amenazan. Pero algunas veces cedia á la flaqueza humana, y se estremecia imaginándose la posibilidad de un repentino ataque al coche: veia separar á su marido del lado del Papa, echarlo al suelo y coserlo á puñaladas. Durante los tres dias y tres noches que precedieron á la fuga, no pudo probar un bocado ni pegar un instante los ojos; y si acaso se adormecia, al punto la asal-

taban mil funestas fantasmas que la obligaban á saltar de la cama despavorida.

Todo esto lo supe de boca de una amiga suya, á quien se lo refirió la misma condesa en Nápoles; y añadió que tenia á más una fiebre oculta y reconcentrada en sus venas, la cual á menudo la hacia sudar y la aniquilaba; con todo, hallándose entre los de su familia, con su padre ó con sus tres hermanos, que todos los dias la visitaban, ponia todo su conato en aparecer tranquila y en dejar satisfechas las preguntas que les dictaba su afecto.

La víspera de la partida, estando sola en su estancia, con el corazon oprimido, y no sabiendo cómo desahogar su pecho, volvió los ojos á una hermosa efigie de la Vírgen de la Ayuda, que tenia en su oratorio, encendió dos cirios y se arrodilló delante de la misma. En su oracion le recomendó el Pontífice y el conde, se recomendó á sí misma y á su familia, derramando tan abundantes y dulces lágrimas, que se sintió sumamente aliviada.

Al mismo tiempo el embajador de España envió sus instrucciones á las marinas, entre Neptuno y Terracina, para que hiciesen las señales convenidas al despuntar la embarcacion en el horizonte. El duque de Harcourt debia distraer la atencion de las centinelas fingiendo que entraba á recibir la acostumbrada audiencia del Papa; el Cardenal ministro de Estado debia par-

tir disfrazado muchas horas ántes con el señor de Arnao, secretario de la embajada española; Filippani debia ir, como hacia de ordinario, á traerle la cena á palacio: en fin todo estaba dispuesto para la tarde del dia 24.

El conde Spaur habia ya esparcido la voz de que debia partir á la córte de Nápoles para asuntos de su Soberano; la condesa Teresa habia dicho ya á su familia y á otros que saldria por la mañana con su hijo Maximiliano y con el ayo, y que aguardaria al conde en Albano; que aquel dia debia arreglar algunos negocios del difunto Sr. Ohms, de quien era albacea. El conde dijo á su esposa que seguiria el camino á lo largo del lago Albano, que la avisaria de su llegada, y que ella en el coche de viaje fuese á reunírsele fuera de Aricia. Al partir tuvo la condesa un ligero contratiempo, puesto que uno de sus hermanos, Guardia noble, al verla sola con el hijo y el ayo, de todas maneras quiso acompañarla. No te irás sola, le decia, cuando hay tales trastornos, pues pudiera acontecerte alguna desgracia.—Ella lo resistia todo lo posible alegando mil razones y escusas, hasta que se determinó á despedirlo cortesmente diciéndole:—Que era mujer para valerse en todo caso de las pistolas del conde, y que le hacia el mayor agravio reputándola por débil y medrosa.—Así partió con cuatro caballos de las postas.

Al dar las cinco de la tarde, segun se habia

convenido, llegó al palacio del Quirinal el coche del duque de Harcourt, y éste subió á la audiencia del Papa; pero luego que hubo entrado en el cuarto del Pontífice, besádole los piés y recibido su bendicion, se sentó á leer los diarios mientras que el Papa se retiró á su estancia á quitarse el hábito Pontifical. Filippani, que le aguardaba, extendió encima del lecho el vestido negro de clérigo. El Papa le miró, levantó los ojos al cielo, dos lágrimas corrieron silenciosas por sus augustas mejillas, y se arrodilló al pié de la cama con la cabeza entre las manos orando. ¡Oh! ¡qué palabras debia decir en aquellos instantes el Vicario de Cristo al Eterno Padre!— ¡Dios mio! Ya ves que me asemejo á tu unigénito Hijo, que por los abundantes beneficios é infinitas gracias y favores hechos á su pueblo, fué compensado con la ingratitud, la infidelidad y las persecuciones hasta ser clavado en la cruz. ¡Oh Dios! Mira á tu Vicario, al jefe guarda y padre de tu Iglesia, obligado á ausentarse de sus hijos para salvar la vida en las lejanas playas, en medio de mil mortales asechanzas. Socórreme, guíame y dame seguridad. Y tú, María, madre de Dios, á tu amor abandono mi destino.

Dicho esto púsose de pié, y así continuó orando, y mirando fijo el hábito que no era suyo, asomáronle otra vez las lágrimas. Pero Filippani le dijo:—Animo, santísimo Padre: tiempo habrá para orar; ahora los instantes son preciosos.—

El Papa se quitó la estola de púrpura, la besó, la dobló, y púsola al pié del crucifijo: despues le ayudó su mayordomo á quitarse el blanco vestido, el cual cubrió tambien de besos. Nadie pudo comprender mejor la profunda amargura que sintió en aquel acto el venerable Pontífice que los que contribuyeron á desnudarle de su santo hábito, sustituyéndole otro, que aunque pobre y humilde, le cubrió en su asilo.

Despues que se hubo puesto el hábito clerical, entró de nuevo el duque de Harcourt, echóse á sus piés, y recibida su bendicion, le dijo: —Santísimo Padre, partid seguro: la Divina Providencia os inspiró esta determinacion, y la misma os conducirá á su feliz cumplimiento.— Despues se dirigió el Pontífice por ciertos tránsitos ocultos á una puerta secreta, llamada de los Suizos, la cual daba á la escalera del salon. Llegado allí, y hecha seña á un fiel familiar que estaba de acecho fuera, resultó que este en medio de su confusion se habia olvidado de abrirla. Al ver tan inesperada contrariedad, no decayó el ánimo del Santo Padre, no obstante de hallarse en evidente riesgo de ser sorprendido. Filippani volvió atrás corriendo, y buscó la llave. Habiéndola encontrado, volvió inmediatamente á la estancia, y encontró á Su Santidad arrodillado en un rincon y absorto en la oracion. Hubo algun trabajo para abrir la puerta; pero al fin, corridos los cerrojos, abrieron, baja-

ron ámbos la escalera y entraron en el coche. Tambien aquí fué admirable la Providencia; pues uno de los palatinos que le acompañaba, despues que abrió la portezuela y bajó el estribo, distraido, se arrodilló, como solia; pero el Papa subiendo le dijo:—¿Qué haces? Levántate que no te vean los guardias.

El pobre hombre se levantó confundido por su distraccion. Tambien en palacio entraban de absoluta necesidad en el secreto más de veinte y cuatro personas: no obstante (¡cosa maravillosa!) todos fueron tan fieles y discretos que ninguno de los conspiradores llegó á concebir la menor sospecha.

Llevaba Su Santidad un ferreruelo oscuro, sombrero redondo y bajo y una gran corbata de color subido encima del collarin de Sacerdote. Filippani llevaba debajo de la capa un sombrero de tres picos, un paquete de cartas que contenian los mayores secretos del Pontífice, los sellos, el breviario, los pantuflos con cruz, un poco de lino y una cajita con medallas de oro y con la efigie del Papa. Al salir Filippani de palacio, como acostumbraba á hacerlo todas las tardes, saludó á los dos oficiales de la guardia. —Felices noches, amigos.—Felicísimas Filippani.—Adios.—Y siguió adelante por la calle de Tre Cannelle. Pero como todo estaba lleno de espías, y temia que le siguiese alguno de los conjurados, hizo dar al cochero mil rodeos por

diferentes calles, hasta que al fin se dirigió hácia el Foro de Trajano y subió por la calle Alejandrina hasta el Coliseo, y de allí por los Feniles á San Pedro y Marcelino, en cuyo sitio se hallaba aguardando el conde Spaur sumamente ansioso por su tardanza. Allí el Papa volvió la vista á la iglesia, que era su antiguo título cardenalicio, exhaló una profunda aspiracion hácia estos dos grandes mártires, subió al coche del conde, estrechó la mano á Filippani, y se dirigieron silenciosamente hácia Letran.

Cuánto sufrió el corazon del Pontífice al pasar por delante de aquella Basílica, *Caput et Mater omnium Ecclesiarum Urbis et Orbis*, en donde, precisamente en Noviembre de 1846, tomó triunfalmente posesion del Pontificado en medio de los vivas y aclamaciones de Roma y de los felices augurios de un pueblo arrebatado de alegría y de amor. Ahora, sin embargo, en medio de la oscuridad de la noche, del silencio y del horror de la fuga, contempló el severo é inmóvil obelisco, levantado ante sus ojos cual terrible sombra para guarda del templo del Redentor y que parecia decir:—Parte, ó gran Pio, que el Redentor te protege; tu silla es más sólida y firme que la base que me sostiene: yo caeré, pero tú quedarás en pié.

El gran Pio entónces saludó la cruz que descuella en el aire en la cúspide del obelisco, entró con el alma en el santuario, la humilló á

Dios, y cobró ánimo y resolucion para cualquier contratiempo que pudiera sobrevenirle. Llegó el coche á la puerta de San Juan.—¿Quién vive?—El ministro de Baviera.—¿A dónde va?—A Albano.—Pase.—Y el Papa se halló fuera de Roma: volvióse á mirarla; suspiró, y triste y silencioso prosiguió su camino hácia los collados albaneses. El arcángel que le acompañaba, y que leia en los designios de la Providencia los futuros destinos del primer Pastor, leyó que un año y medio despues, volveria á entrar por aquella misma puerta, que entónces dejaba sólo y fugitivo, con el mayor triunfo que jamás pudiese haber gozado algun Pontífice á su vuelta á Roma.

Por la mañana habia llegado á Albano la condesa, la cual estaba zozobrando entre inquietas esperanzas y temores. Llamó aparte al jóven Maximiliano, y le dijo:—¿Te atreverás á quitar los faroles á nuestro coche sin que nadie lo advierta?—Maximiliano hizo una seña afirmativa con la cabeza, bajó al patio y, como hacen los muchachos, empezó á juguetear por allí hasta que cuando se le presentó la ocasion se deslizó rápidamente á la caballeriza y quitó los faroles. Pero dan las siete, las siete y media, y el criado del conde no parece, con lo que la condesa siente mortales angustias, diciendo al ayo y al hijo:—Orad, orad: pues debeis saber que mi esposo debe librar al Santo Padre del poder de

los rebeldes: yo le espero, ha pasado la hora y no llega, orad de todo corazon.—Ambos quedaron pasmados. En aquel instante llegó un buen señor, el cual habiendo tenido noticia de la llegada de la condesa á Albano, iba á cumplir con ella haciéndole una visita. Ya podeis figuraros la situacion de esa señora, que sentia faltarle las fuerzas para hacer los cumplimientos de costumbre, que á veces respondia fuera del caso, y tenia el oido solo atento al menor ruido por si le anunciaba la llegada del mensajero. Afortunadamente la visita fué breve: al fin llegó el criado, los caballos estuvieron prontos, y la condesa al subir al coche preguntó al cochero: ¿Por qué no encendía los faroles? El pobre hombre se escusó diciendo, que no los habia encontrado: la señora le riñó, pero dijo:—No importa ya encontraremos otros en Velletri: postillones, adelante; y se pusieron en camino.

En Roma el embajador de Harcourt se detuvo en la cámara del pontífice hasta que á su parecer debia estar bastante lejos de Roma. Cuando salió el embajador, entró un prelado con un gran paquete de papeles para dar cuenta de los negocios; tras este, un camarero secreto para rezar el oficio con Su Santidad: á la hora acostumbrada entráronle la cena; y finalmente, se dijo que con motivo de hallarse Su Santidad algo resfriado deseaba acostarse, y entonces se despidió las personas de la antecámara y á la guardia de honor.

Despues el conde Spaur llegó más allá de Ariccia, y se detuvo cerca de la fuente que hay en el camino real de Nápoles junto al santuario de Galloro; y se apeó con el Papa para aguardar á la familia. Hacia de esto pocos minutos cuando se les presentaron cinco carabineros que hacian la ronda por la carretera, y apénas vieron á nuestros viajeros, les preguntaron urbanamente quienes eran. El conde respondióles:—Soy el conde Spaur, ministro de Baviera, que voy á Nápoles para asuntos de mi Soberano, y ahora estoy aguardando el coche de viaje que viene con mi familia.—Los carabineros dijeron que los caminos eran seguros; pero no obstante se ofrecieron á acompañarle. El ministro les dió las gracias, pero no se movieron. El Papa se habia apoyado en la estacada que se hallaba en el borde del foso, y permanecia en ademan tranquilo esperando el resultado.

Por fin llegó el coche de la condesa tirado por seis caballos; y al ver ésta al Papa y al conde rodeados de carabineros, se asustó sin saber qué pensar de ello: y viendo que uno de los carabineros estaba cerca del Papa con el codo apoyado en la empalizada, estuvo casi á punto de desmayarse. De todos modos, luego que pasó el coche, el conde introdujo en él todos los objetos de que ya hemos hablado, y la condesa, volviéndose á Su Santidad, dijo con voz tranquila: —Pronto, señor doctor, entrad.—Subió el Papa

al lado de la condesa, y el conde se colocó en la delantera con su camarero Federico, llevando cada uno dos pistolas para cualquier evento.

Dentro del coche, iba la condesa á la derecha, teniendo enfrente á su hijo Maximiliano. A la izquierda iba el Pontífice, y enfrente el ayo, Sacerdote llamado Sebastian Liebl. Al principio todos permanecieron silenciosos, pues el respeto les obligaba á contener hasta la respiracion, y oprimidos sudaban por estar tan inmediatos al Vicario de Jesucristo. Pero cuando el Papa, rompiendo el silencio, dijo:—Animo, pues llevo conmigo pendiente del cuello el augusto Sacramento, en el mismo copon en que lo llevó Pio VII cuando, arrebatado de su redil, fué conducido á Francia; Jesucristo está con nosotros, Jesucristo será nuestra egida, nuestro guia y nuestra salvacion.

A oir estas expresiones, todos movidos por un repentino impulso hubieran querido postrarse de rodillas; asi levantados permanecieron atónitos sin atreverse á decir una palabra; pero el benigno Pontífice animóles de nuevo refiriendo los pormenores de su salida de palacio, y la especial providencia de Dios que hizo vencer todos los obstáculos y cegó á sus enemigos. Realmente miéntras el Papa se dirigia libre á Gaeta, los malvados que le asediaban hasta en sus mas interiores antecámaras, daban centinela con el fusil al hombro, y los sables desenvainados,

creidos de que le tenian prisionero y que harian de él cuanto se les antojase.

Pero cierto Prelado de Cámara, como vió abierta la portezuela secreta, empezó á gritar fuera de sí:—¡Su Santidad ha huido! ¡El Papa ha huido!—Oyéndole inmediatamente el conde Gabriel, cogióle por un brazo y le dijo:—Silencio, señor, si no quereis que nos hagan pedazos á todos.—Estas palabras le atemorizaron, y no volvió á chistar. Los centinelas ignorando lo sucedido continuaron dando la guardia toda la noche en torno del nido del águila, cuando esta habia desplegado su vuelo, y desde lo alto se reia de su necedad.

En Genzano, el conde hizo adelantarse un postillon á modo de correo para que apresurase la reunion de caballos en la posta; y en Velletri encendieron los reverberos del coche. El Papa, despues de dirigir las primeras corteses espresiones á la condesa para darle ánimo, volvióse á D. Sebastian y rezó con él el *Itinerario* de los clérigos y otras oraciones. A media noche tomó unos gajos de naranja para refrescarse, y despues de haber pasado las Lagunas Pontinas durmieron un rato.

Llegaron á Terracina á eso de las cinco, y media hora despues pasaron libremente los confines, sin dar con ninguna ronda curiosa, ni con algun insolente cobrador de impuestos.

Su Santidad al tocar en los últimos límites del

reino levantó los ojos á Dios, entonó el *Te-Deum*, que rezaron alternativamente, y despues con el Sacerdote dijo el oficio divino; de modo que estaba ya muy lejos de los confines, antes que los pérfidos conspiradores que rodeaban de guardias el palacio hubiesen notado su falta. Mientras tanto los malvados del Círculo romano formaban planes perversos para quitarle enteramente el Gobierno del Estado, y arrojándolo del palacio, encerrarle en el antiguo claustro de Letran en clase de Obispo de Roma. El infame papelucho de *D. Pirlone* lo daba ya por concluido, y gritaba con aire de mofa á sus hermanos de Nápoles:—Hemos tenido un 15 de Mayo, el palacio Gravina, los suizos, etc., etc. Como vosotros lo empezamos el 15; pero no hemos sido tan menguados que hayamos querido darlo aquí por terminado: el 15 es número siniestro, por lo que la obra debia cumplirse el 16, y así se ha hecho.

Y más abajo presentó el dibujo de un San Pedro vestido de harapos, con el gorro de pescador en la cabeza, sentado en un barquillo remendando las redes, y debajo leíase la inscripcion:—¡Costumbres antiguas!—En el Círculo popular otros más furiosos pateaban, levantaban los puños, meneaban la cabeza, y gritaban como dementes:—Es menester que el papado se destruya enteramente; de lo contrario el Obispo de Roma siempre será tenido por Papa: esta es una supersticion indeleble, y por lo mismo es nece-

sario que arranquemos hasta las raices, de otro modo siempre volverá á retoñar, á florecer y fructificar.—Otro saltó encima de una mesa, y dijo:—Santa es tu opinion: hermanos, pasado mañana damos otro asalto á la colmena: cortada la cabeza á la abeja reina, se dispersa todo el enjambre, y por cuanto se haga, jamas vuelve á reunirse para fabricar la cera y la miel.—¡Muy bien! ¡Viva el Círculo romano! ¡Muera el Papa!

Almas condenadas, ¿qué hareis mañana cuando os digan al salir de la crápula—El Papa se ha ido y se ha puesto en salvo?—Su Santidad habia escrito algunas líneas al marques Sacchetti, portero de palacio, para que por medio de Galletti avisase su partida á los demas ministros, les recomendase la paz de Roma y se le confiase la custodia de los sacros palacios apostólicos.—Al oir semejante noticia, quedaron los demagogos como heridos de un rayo: miráronse estupefactos unos á otros, y conocieron que se habia acabado todo para ellos; que podian arrojarse á cualquier intento desesperado, pero como quien se precipita en un abismo, que arrebatado por el torbellino acaba al fin por sepultarse en él.

En Roma todos se hallaban en el mayor aturdimiento; por las calles la gente se miraba y se introducia en los corrillos, diciendo:—¡Y el Papa!—¿Qué?—Se ha marchado de Roma.—¿De veras?

—De veras.—¿Cuándo? ¿De qué modo?—¿Cuándo? Desde esta noche; pero ¿quién puede saber cómo ha sido? Dicen que se ha descolgado por una ventana de la Panadería.—¡Imposible! Si habia un centinela en el pequeño patio.—Nada de esto, sino que ha bajado al jardin, y ha salido en traje de hortelano por la puerta de debajo de la galería del Cónclave.—¡Qué! No puede ser; precisamente habia más centinelas que ventanas: y miraban á todos la cara como si en ella llevasen los pasaportes.—Un pícaro decia:—Se ha escapado haciendo de cochero del embajador de Francia.—Eres un majadero, contestóle un buen labriego: el Papa no viste la librea de nadie; ántes apuesto un vaso de vino de Orvieto que estos fanfarrones del penacho colorado se lo habrán dejado escabullir por entre los bigotes. Así les huyese del cuerpo el orgullo de que están llenos, y que los ciega hasta el punto de hacerles pasear con el fusil al hombro haciendo centinela á los barrenderos de palacio. Viva Pio IX, que ha sabido abandonar esta Babilonia de miserables que tenian el atrevimiento de pasearse por sus antecámaras como chambelanes. ¡Oh qué chasco!

Otros exclamaban:—¿A dónde habrá ido? Los más decian: A Civitavechia, á fin de embarcarse para Francia.—Esta noche ha salido el duque de Harcourt para embarcarse en el *Tenaro*.—(Y esto fué verdad, aunque no para Marsella, sino para Gaeta.) Sobre esto, tambien salian á relu-

cir mil invenciones y mentiras.—Ya han vuelto los postillones desde Castel de Guido; y por cierto que han ganado una buena propina.—Otro decia:—He hablado con Sandrone, que es el arriero: el Papa salió con dos caballos, y otros cuatro le aguardaban en la posada de Pepetto, en la segunda subida fuera de la puerta de Cavalleggieri, y recibió por recompensa una gregorina; el Papa iba con uniforme de general frances.—Todo esto es falso, replicaba un tercero: ¿me lo direis á mí, que conozco á Menicuccio el posadero de fuera de la puerta Portese y que lo ha visto con sus propios ojos?—¿Cómo visto?—Vamos ahora mismo á casa de Menicuccio á beber un frasquito, y lo sabremos de cierto.—De esta suerte unos decian que habia salido por la puerta de San Pablo; otros por la puerta Pia, y otros por la Tiburtina con direccion á Subiaco.

Mientras esto se decia en Roma (y nosotros lo oimos) en las calles, fondas, cafés, y otros lugares públicos, el Pontifice continuaba su viaje con toda felicidad. Sin embargo, habiendo llegado á Fondi, advertido de que con la velocidad de la carrera se habia puesto fuego en una rueda delantera, debió detenerse un rato para echar en ella agua y untar de sebo los ejes. Cuando abrió las cortinas, se quitó los anteojos y la corbata oscura, hubo quien le miró con atencion, y luego dijo á su vecino:—En verdad

que me parece el mismo Papa.—Vaya, que estás soñando.—Pues te repito que es el Papa: ¿no lo ví yo mil veces?—En esto estuvieron prontos los caballos, y partieron. Pero quedó el pueblo tan convencido de que habia pasado por allí el Papa, que al dia siguiente, habiendo llegado á Fondi los dos Prelados Pacifici y Fioramonti, secretarios de las letras á los Príncipes y de las letras latinas, decianles los aldeanos:—Señores, ustedes son de la córte del Papa, que pasó por aquí en la mañana de ayer, y vais á reuniros con Su Santidad.

Cuando Su Santidad estuvo cerca de la Mola de Gaeta, fueron á su encuentro dos caballeros; uno de ellos era el Cardenal Antonelli en traje seglar, y el otro el caballero Arnao, secretario de la embajada de España; y habiendo hecho con la mano señales de contento, y manifestando en todo su semblante la alegría que experimentaban por verle llegado felizmente, le siguieron hasta la quinta de Cicerone, en donde se apeó. Allí inmediatamente dió gracias á la Divina Providencia y Bondad por haberle protegido y llevado sin peligro á un reino tranquilo, perteneciente á un Soberano tan magnánimo y piadoso. Al medio dia sirviéronle la comida en un aposento separado del que ocupaba el Cardenal Antonelli; al mismo tiempo que la familia de Spaur estaba sentada á la mesa en la sala de la posada. Desde allí escribió una carta al Rey Fer-

nando, anunciándole haber llegado felizmente á sus Estados, y diciéndole que su objeto era dirigirse á Gaeta. El conde Spaur fué el encargado de presentar la carta á su majestad, y al punto estuvo preparado para partir.

Tomó el ligero coche del caballero Arnao con su pasaporte español; y á Arnao le entregó el suyo bávaro, encargándole que hiciera sus veces con el Papa, y que con toda la familia lo acompañase á Gaeta con el nombre del ministro Spaur. Partió el conde á las dos de la tarde, corriendo la posta, y llegó á Nápoles á las diez de la noche. Apeóse en casa del Nuncio Garibaldi, diciéndole que al instante le acompañase á palacio y se sirviese presentarlo al Rey Hecho esto, y entregada á S. M. la carta del Pontífice, causó esta tal sensacion en el Rey, que prorumpió en llanto de pesar y de alegria; de pesar por el extremo apuro á que habian reducido al Vicario de Jesucristo sus pérfidos é ingratos súbditos; y de alegria por el honor que le resultaba de recibirlo en su reino. Sin perder un momento corrió gozoso á la habitacion de la Reina, que se habia acostado, y de los hijos que ya dormian, y les gritó:—Levantaos pronto, pues tenemos el Papa en Gaeta: esta misma noche debemos ir á ponernos á sus piés y á darle muestras de nuestra satisfaccion.

Dicho esto, envió al punto los mayordomos de palacio á los guardaropas y otros á las tiendas de

los negociantes á comprar ropa blanca para vestirle, raso encarnado para las estolas y encajes de Flandes para las sobrepellices. Luego, él mismo fué al guardaropa, y sacó de los armarios calzoncillos de seda blanca, finísimas camisas de holanda, sábanas, toallas, colchas de seda, y pieles de lobo cerval y de armiño para cubiertas de cama; pieles de oso y de pantera para alfombra, y cortinajes carmesíes para las ventanas. Tomó la más hermosa vajilla de plata, de oro y de porcelana, y lo arregló con los candeleros, palmatorias y candelabros de gala, diciendo:—Que venga todo á bordo, y luego en Gaeta escogeremos lo mejor.—¡Tenemos con nosotros al Papa! ¡el Santo Padre está aquí!—Y brillaba en su rostro el contento, la devocion y la piedad. Mandó á algunos cientos de granaderos de la Guardia Real que se embarcasen lo más pronto posible en otro buque, y que le acompañaran para hacer el dia siguiente los honores y la debida guardia á Su Santidad.

En medio del ir y venir de los criados de Palacio, y de las luces que se veian pasar y repasar por las ventanas, por los pasadizos y tribunas, y del movimiento de la Guardia Real, las calles, que á aquella hora tardía estaban casi desiertas, empezaron á llenarse de curiosos, que preguntaban:—¿Qué hay?—¿Qué sucede?—Y se aglomeraban en torno del Palacio, de manera que fué necesario doblar las guardias.—No hay

duda, decian, que habrá habido algun gran tumulto en las Calabrias y en la Basilicata. El Rey huye á Gaeta, las tropas se preparan á marchar para reprimir la rebelion.

Así, en un instante, hacianse en Nápoles mil pronósticos; pero el gran secreto no transpiró absolutamente.

En la quinta de Cicerone, entre tanto, el augusto peregrino hallábase en disposicion de partir á Gaeta; pero temia la extrechez que de las calles del Burgo no permitirian el paso al voluminoso coche; por cuyo motivo tomaron dos carruajes extrechos y altísimos; en uno de ellos subieron con mucho trabajo el Cardenal Antonelli, el caballero Arnao, y el hijo del conde; y en el otro fueron el Papa, la condesa y D. Liebl. Llegados á la puerta del fuerte, y presentados los pasaportes, intimóseles que se presentasen inmediatamente al comandante. Entraron, y fueron conducidos á una habitacion llamada del Giardinetto (que no hay otra mejor en aquella ciudadela) donde se acomodaron lo mejor que les fué posible. El Papa tuvo para sí una pequeña estancia; otras dos fueron ocupadas por la condesa, D. Sebastian y el jovencito, las cuales para ello desocupó la familia del que les dió albergue.

Así arreglados, el Cardenal y el caballero Arnao se presentaron al gobernador del fuerte. Era este un general suizo llamado Gross, que durante la rebelion de Sicilia era comandante del

fuerte de Palermo: hombre de severa disciplina militar, de pecho firme y duro, y de una fidelidad tal, que ántes que ceder el fuerte á los rebeldes, lo hubiera volado con él y con toda la guarnicion, si el mismo Rey no le hubiese mandado salir y embarcarse para Nápoles.

Llegado que hubo allí, y diciéndole el Rey: —Estoy muy satisfecho de vos,—él le respondió: —Pero no estoy nada satisfecho de V. M., puesto que me ha hecho salir de una plaza confiada á mi fidelidad.

Este era el temple del comandante Gross, á quien se presentaron los dos viajeros, quien viendo que el pasaporte decia: Conde de Spaur, ministro de Baviera, su familia y séquito, les habló en aleman. Figúrese el lector cuál quedarian sorprendidos los dos al oir que les hablaba en este idioma. Miráronse como pasmados, y el caballero Arnao respondió: Señor comandante; hace tantísimo tiempo que vivo en Roma, que hablando siempre en italiano y en francés, he olvidado del todo la lengua alemana.

Esto hizo entrar en sospecha á nuestro hombre de que ni era aquel el ministro de Baviera, ni habia ninguno entre los que le acompañaban que tuviese la menor relacion con la legacion bávara. El primer pensamiento fué meterlos á los dos en la cárcel como espías. Sin embargo, considerando que con él venia su esposa, hijo y familia, suspendió la ejecucion de su propósito,

y luego que le dejaron plantó dos centinelas en la plazuela de la habitacion, y poco despues les envió bajo la apariencia de una visita á dos oficiales de policía.

Cuando los anunciaron, el Papa se retiró á su pequeña estancia, y la condesa y demás mantuvieron conversacion con dichos dos oficiales, quienes hicieron mil preguntas sobre los sucesos de Roma, sobre la situacion del Pontífice y el desenfreno de los revolucionarios. Disculpáronse de aquella visita, diciendo que como habian entrado en el reino algunos Cardenales disfrazados, no habiendo podido recibírseles con los debidos honores, era necesario tener la vista en las personas que llegaban en aquellos dias desgraciados para la Iglesia. Esto diciendo miraban fijo á los de la comitiva; pero no viendo ningun indicio que les aclarase su sospecha, se despidieron de mala gana, y fueron á ver al comandante que les trató de poco perspicaces.

Por la tarde (era sábado), solicitó el huésped la Misa en la iglesia de la Anunciata para el dia siguiente á las siete; pero el Papa, á fin de que no le viesen, quedóse en casa con D. Sebastian, pesándole de no poder al menos asistir al santo sacrificio; y por poco habria tenido que celebrar encima del escritorio de su estancia: lo cual hubiera sido un ejemplo propio de los siglos mas crueles ver al Vicario de Cristo, con la potestad suprema conferida por Dios sobre la Iglesia, ce-

lebrar el augusto sacramento sin hábitos, ni altar, ni cirios, ni misal; con un vaso por cáliz, y consagrar como los griegos con pan fermentado.

¡A tal extremo llegó la Iglesia, que un Papa en la mitad del siglo XIX, estando en plena paz y libertad del culto católico, tuvo que hacer lo que no hicieron en las Catacumbas los Linos, Clementes, Cletos, etc., en medio de las fieras y terribles persecuciones de los mas crueles Césares!

Realmente nuestros revolucionarios llevaron la Iglesia romana á un punto á donde no llegó en los tiempos de Neron, de Decio y de Diocleciaciano.

A lo menos en las mas profundas y tenebrosas catacumbas de Hermeto, de Calisto, de Hipólito, de Ponciano y de otros cementerios de los mártires, la Iglesia de Roma celebraba los oficios de los venerandos misterios de nuestra redencion con el mayor lustre que podia; mientras que en la Pascua y en Pentecostés del año 1849; bajo el terror de la impía república de Mazzini, las sagradas basílicas, no solo no vieron al Sumo Pontífice celebrar los divinos sacramentos, sino á ningun Cardenal, Obispo y casi ningun canónigo (pues la mayor parte se hallaban fugitivos, ó estaban ocultos en los mas secretos escondrijos), los cuales no se atrevieron á oficiar. En la basilica Lateranense ofició por Pentecos-

tés el solo Canónigo Pergoli (1): en la Vaticana, algun Canónigo muy de madrugada y casi de oculto.

Por otra parte, algunos malos Clérigos vendidos á la república (que no creia en Dios) celebraron por la misma las sacras ceremonias en San Pedro, añadiendo al desamparo el sacrilegio y la mofa. Todos los templos de Roma estaban desiertos, y con gran trabajo se encontraba Misa en los dias festivos. Llevaban el Santísimo Sacramento Sacerdotes vestidos de seglares en una cajita suspendida al cuello, y desgraciados de ellos si hubiesen dado indicios de ser Sacerdotes, pues de seguro hubieran ido á las cárceles de San Calixto, ó de detrás de la Régola, ó en los calabozos del Santo Oficio (2).

---

(1) La muerte arrebató á este digno Canónigo en la flor de su edad á las esperanzas de la Iglesia romana y al amor de sus padres. Fué un jóven franco, piadoso, de mucho talento, de afables y corteses modales; querido de sus amigos y respetado de los buenos.

(2) Los diarios Mazzinianos de Génova publicaron que cuanto aquí se refiere es pura calumnia; pero apelamos al testimonio de los mismos romanos, y decimos que no solo los sacerdotes no se atrevian á mostrarse por las calles y por las iglesias, sino que hasta las mujeres, los hombres de bien y los señores hacian lo mismo. En frente de mi asilo tenia una iglesia de las más célebres de Roma, y hubo mañana en que no ví entrar á nadie absolutamente.

En Gaeta, á eso del medio dia, la condesa fué á visitar al comandante con el Cardenal y el caballero Arnao: y el Papa se quedó en casa con D. Sebastian, á rezar el oficio hasta completas. Mientras estaban hablando juntos, y la condesa referia al comandante que en la Mola habian llegado á su esposo despachos del Papa dirigidos al Rey que le obligaban á partir inmediatamente para Nápoles, y que para llegar más pronto habia tomado el coche y el pasaporte del caballero Arnao, lo cual habia dado lugar á la equivocacion del dia ántes, llegó á toda prisa una ordenanza diciendo :—Señor comandante, la veleta de la Roca señala tres barcos de vapor de Nápoles.

Contestaron que los pliegos vinieron sellados, y que no procedian de Nápoles, sino de Roma, en donde Su Santidad se hallaba en gran conflicto.

Poco despues llegó otro mensajero con la nueva de que en uno de los tres buques ondeaba la bandera Real. El comandante queda atónito, y hace preguntas y más preguntas, pero sin sacar ningun fruto. Miéntras presentaba el chocolate á aquellos señores, llega jadeando otro enviado y dice:—Señor, el Rey va á entrar en el puerto. Al oir el comandante este nuevo aviso, exclamó: —Señores, ¿qué misterio es este? ¡Perdonad! pues debo acudir á mi Soberano.—Dijo y los plantó en seco. El Cardenal y el caballero le siguieron

al puerto, cuando el Rey habia ya entrado en el esquife é iba á subir al muelle. El comandante corrió á prestarle sus homenajes; pero el Rey, sin responderle, le preguntó:—Pues bien, ¿en dónde está el Papa?

—¡El Papa! repitió el comandante sin saber lo que le pasaba. El Papa, señor, no está.

—¿Cómo que no está? Pues debe estar.

—Señor, se hallará á bordo de aquel vapor frances (y era precisamente el *Tenaro*), llegado esta noche; y el temerario disparó triplicada salva contra toda costumbre marítima, en que no se dispara hasta despues de haber arriado la bandera; y yo queria corresponderle con bala; gracias á Dios que no lo hice yendo á bordo el Papa.

En esto se adelantó el Cardenal Antonelli, y d scubrió al Rey el secreto, con lo que este volvióse al comandante y le dijo riendo:—Muy bien, mi querido Gross, sois un buen vigilante: teneis el Papa en el fuerte, y aun no lo habeis advertido.—¡Oh qué perspicacia!

Ya puede el lector figurarse el estupor de Gross, quien miraba en torno de sí como trascordado. Al mismo tiempo, el Rey habia dispuesto que la Reina fuese con los Reales hijos en derechura al Palacio, en tanto que él, para entretener á la multitud que crecia por momentos á su alrededor, caminaba lentamente para dar lugar al Pontífice de dirigirse á Palacio. Ya el

Cardenal y el caballero Arnao habian ido con este intento á buscar á Su Santidad en el *Giardinetto*; y el Papa tomó el sombrero tricornio y el baston de D. Liebl, y fuése á la mansion Real, donde apenas llegó que vino á reunírsele el Rey.

No hay palabras capaces de expresar el noble y sublime espectáculo que ofreció ese encuentro. El Pontífice máximo, fugitivo de la rabia cruel de aquellos hijos suyos á quienes habia hecho más beneficios, refugiándose en esa generosa monarquía, y el piadoso Monarca postrado á los piés del gran huésped, movido por mil afectos, bañado de lágrimas, besando, abrazando y estrechando los sagrados piés del Vicario de Jesucristo, entregándose y consagrándose del todo á su servicio, con toda su familia y sus Estados; esto no hay pluma capaz de relatarlo, ni corazon, no siendo noble y religioso, que pueda comprenderlo.

La Reina, en lo alto de la escalera, arrodillada con sus hijos, repitió los homenajes dirigidos al Padre de los fieles, y los corteses y cordiales ofrecimientos del Rey. Pero una vez que se hallaron dentro del palacio, el Rey Fernando le abrió del todo su corazon con la mayor elocuencia que le inspiró el amor de hijo y la nobleza de Monarca. Díjole que permaneciese en Gaeta, sin querer correr los riesgos de una larga navegacion á paises lejanos de Italia. Que daria márgen á los recelos y á la envidia preferir una na-

cion á otra, cualquiera que se eligiese, la cual entraría en competencia y concurrencia con otras que aspirarian igualmente al bien y á la gloria de poseer al Jefe de la Cristiandad: estos inconvenientes no se hallaban en Gaeta, morada pacífica y segura, cercana á los Estados romanos, de suave clima, en medio de un pueblo fiel, guardado por robustas fortificaciones; con trescientos cañones en las baterías, y el ánimo del Rey y su ejército decidido á la defensa de su sagrada persona. Que no se moviese de allí; pues la Italia, bendecida por él, pronto recobraria la paz, y se tendria por feliz en no haber perdido ni un instante su Pontífice, gloriándose de haberlo conservado para más prósperos destinos y de verle de nuevo tras la tempestad sentado más alto todavía en la cátedra de San Pedro en el Vaticano.

Al oir estas palabras, inspiradas por tan nobles y justos sentimientos, consintió el Papa en permanecer en Gaeta, mostrando al generoso Monarca toda la grandiosidad de su alma agradecida, la exaltacion de la Iglesia de Dios, la corona de mérito que le preparaba el divino Redentor, y las bendiciones que en abundancia derramaria el cielo sobre su real familia y sobre su reinado. Regocijóse el Rey Fernando al ver tan grata condescendencia; y la Reina y los Príncipes postráronse de nuevo á sus piés repitiendo las muestras de su gratitud y del inefable gozo

que sentian sus corazones con la posesion del Vicario de Jesucristo.

El Rey dió pronto las órdenes de que dispusiesen habitaciones para los Cardenales y Prelados de la córte, y dejando su palacio al Papa, se volvió con la Reina y la Real familia á otro pequeño palacio poco distante, desde el cual iba diariamente á visitar á Su Santidad, y á comer en su compañía con la Reina y los Príncipes.

El vapor español tardó algo en llegar al puerto; y viendo que el Pontífice estaba resuelto á permanecer en Gaeta, ancló en la rada, donde estuvo surto algunos meses, con otros que fueron llegando de todos los reinos de la cristiandad: así la rada se llenó de embarcaciones que presentaban una hermosísima vista. Hasta despues de la entrada de los franceses en Roma, habiendo ido yo á Gaeta, llegué á punto que daba fondo en la bahía una grande nave americana; y su almirante, con los demas oficiales, fueron á inclinarse delante del Papa, suplicándole que tuviese la condescendencia de honrar á su buque con una visita, con lo que fuera el más afortunado de cuantos surcan el mar con bandera de los Estados-Unidos.

Acogió el Papa cortesmente la demanda, y al punto se dispuso el esquife real para llevarle. El muelle estaba cuajado de gente: era cerca del medio dia y en la canícula, y el Rey acompañó

en medio de un calor sofocante al sumo Pontífice, desde el palacio hasta el muelle con la cabeza descubierta; y aunque el Papa le rogó y hasta le instó para que se cubriese, nunca quiso hacerlo.

Hallábase con él el conde de Trápani, su hermano, tambien con la cabeza descubierta, y ambos al acompañarle se mantenian distantes y algo detrás. Llegados al puerto, y habiendo ayudado al Papa á bajar al esquife, el Rey fué invitado á sentarse en la popa con Su Santidad; pero no lo consintió, y se sentó en el banco de bordo, teniendo en frente á su hermano; y ni uno ni otro se pusieron jamás el sombrero. Esta reverencia conmovió á los asistentes los cuales no podian contener las lágrimas.

Apenas empezó á remar la lancha pontificia, que las muchas naves que habia en el puerto hicieron subir y alinear á los marineros en los obenques, gavias y vergas, y la milicia en el puente; estaban los mástiles del todo empavesados, y sus banderas y gallardetes de infinita variedad de colores, agitados por el viento, formaban un espectáculo sumamente agradable. Al pasar la lancha del Pontifice, todas las naves hicieron salva dando vueltas con un estruendo y aparato que simulaban un combate naval.

Mientras que cada dia era mayor la reverencia, obsequio y amor del Rey hácia el Papa, en Gaeta los embajadores y ministros de todas las

córtes de la cristiandad lo rodeaban, y á porfía de parte de sus soberanos honraban á su sagrada persona. Muchos Cardenales que huyeron de las asechanzas de los revolucionarios se juntaron á la córte Pontificia, y con su púrpura, dignidad, virtud y sabiduría la hacian más ilustre y majestuosa á los ojos del mundo estupefacto y gozoso al ver la divina aureola que resplandecía en torno del Jefe de la Iglesia de Dios hasta en el árido retiro de una roca, en el dolor de una tribulacion, en la humildad, pobreza y suprema desolacion del destierro.

Estas honras y formalidades que se observaban al rededor del Sumo Pontífice formaban un verdadero y luminoso contraste con los oprobios, desenfrenada petulancia, protervia é insensatez de los que en Roma porfiaban en despreciar y maldecir de la sagrada persona de su libertador y padre y de la santa Silla Pontificia, que ellos esperaban (contra lo decretado por Dios) derribar en el fango y destruir para siempre.

Desde luego, desalentados los demagogos con la imprevista y oculta partida del Papa, enmudecieron; despues, para desmentir la fama que gozaban de trastornadores, sostuvieron la ciudad en suma tranquilidad la cual ciertamente (haciendo callar sus murmuraciones y sugestiones) fué siempre pacífica hasta mas allá del deber, dejándose desde un principio dominar por

un puñado de estraviados y de malvados que podia dejar aplastados, si no hubiese caido en una punible indolencia y pereza.

En los primeros dias de su abatimiento enviaron embajadas al Papa, las cuales fueron desechadas; probaron hipócritamente mil medios de coger á Su Santidad en los lazos de falsas promesas; pero cuando vieron que el Pontífice distaba muchísimo de querer darles oidos, empezaron á gritar diciendo:

—Que la cabeza de la Iglesia, el gran Padre de los fieles era prisionero del tirano; que los actos, protestas y anulaciones que en Gaeta habia publicado contra todo edicto, forma, ley ó estatuto de los usurpadores de los Estados romanos era subrepticio y de ningun valor, efecto ni autoridad; y ¡ay! de quien se atreviese á obedecerlos ó á prestarles fé y reverencia.—Y para darlo á comprender mejor á la plebe, *D. Pirlone* publicó una brutal caricatura, en que se veia al Papa metido en una jaula pendiente de un fuerte de Gaeta; y el Rey en acto de tocar un organillo con la inscripcion siguiente:—Así debes cantar.

Así, precipitándose de una en otra maldad, soltado el freno á su carrera de perfidias, instalaron un Gobierno provisional, despues la Constituyente romana, y por último la República, declarando y decretando solemnemente el abogado consistorial Carlos Armellina:—Depuesto el Papa de toda autoridad, dominio, jurisdiccion y

señorío temporal del Estado de Roma, el cual recae en el pueblo romano, verdadero señor de sí mismo, fuente de toda autoridad, principio de toda dominacion y esencia de toda ley. La República reconocia al pueblo por su Dios, á él se consagraba con toda religion y culto, y le serviria con devocion; por él los Padres conscriptos derramarian hasta la última gota de su sangre, y perderian por él la vida.

Entonces que Roma proclamaba tan negras blasfemias, y los infieles desterraban al Pontífice de las tribunas, predicando ellos en el capitolio, todo el orbe católico daba claros testimonios de la más profunda veneracion al mismo Vicario de Jesucristo, peregrino en Gaeta: á él dirigian sus homenajes los corazones de los fieles de la comunion católica, protestando reconocerle y reverenciarle, no solo como cabeza visible de la Cristiandad, sino tambien como Soberano señor de Roma. Llegaban al glorioso lugar de destierro del Pontífice cartas desde los más remotos y escondidos paises del Océano, en donde solo desde poquisimo tiempo se habia plantado la cruz del Redentor entre los antropófagos de las islas Marquesas de la Australia y de la Nueva Caledonia, para consolar al afligido Padre en su tribulacion, para glorificarle en sus humillaciones, honrarle en los ultrajes y oprobios de que le llenaban en Roma algunos desapiadados villanos y nefandos hijos.

La China, la Tartaria, la India, la Armenia, la Mesopotamia, el Líbano, la Moldavia, la Servia, el Egipto, Argel, los Estados de América desde el Canadá hasta Chile, la Europa desde la extrema Noruega hasta Cádiz y Lisboa, todos y en todas las lenguas del universo alababan y exaltaban al invicto Pontífice, mostrándole el respeto y amor de sus corazones en expiacion del ódio y del escarnio de los revolucionarios de Roma, á quienes condenó Dios á la abominacion, al horror, á la execracion y á las maldiciones de todo el mundo (1).

Esta soberanía de Roma, que le disputaban rabiosamente algunos súbditos infieles (soberanía tan antigua, que precede á las ínclitas donaciones de Pepino y de Carlo-Magno), á despecho de los Mazzinianos que proclamaron que jamas renacería, fué luego proclamada solemnemente por todas las coronas de Europa como la más antigua, legítima, inconmutable y de imprescriptible posesion de que pueda jamas vanagloriarse el derecho de propiedad en todas las

(1) Todas estas cartas se han publicado en Nápoles en el periódico titulado *La Civiltà Cattolica*, y serán un peremne testimonio á las generaciones presentes y á las venideras de la suma veneracion é íntimo amor que el Episcopado, el Clero y los Príncipes de toda la cristiandan tuvieron al inmortal Pio IX, Vicario de Jesucristo en la tierra.

naciones cristianas. Y aun ahora, que ven con sus propios ojos al Papa conducido por Dios y por el valor de las monarquías católicas á la Silla apostólica á gobernar como Soberano, siguen no obstante porfiando en negar la luz que les da en el rostro, gritando como el loco del Pireo, que Roma pertenece aun al señorío de los Triunviros, y desde Lausana están mirando con el telescopio de la República romana, y esperando que asome de nuevo en el Capitolio el gorro colorado ostentándose en la torre del Quirinal.

CAPITULO XVII.

DESPRECIO Y PARTIDA.

La tarde del asesinato del conde Rossi, hallábase Bártolo en casa de Adelaida sumergido en una tristeza y pesadumbre tan cruel, que á Elisa le costaba muchísimo con todas sus caricias distraerle. Pero Lando, como muchacho que era todavía, aunque bastante desengañado de ciertos errores y delirios políticos, viendo que el tio estaba tan pesaroso, le dijo:

—Vaya que al fin y al cabo no era Rossi un cordero sin mancha, y si los conspiradores se han vengado cruelmente, habrán tenido sus motivos y su objeto.

—Eres un loco, replicó Adelaida; ¿te parece que porque Rossi no murmuraba el Padre nuestro, fué con razon degollado? ¿Acaso no era en la Cámara el primer ministro del Papa? ¿No se ocupaba esclusivamente en los intereses del público?

—Pero eran unos intereses que no gustaban á los señores del Círculo popular y por esto le quitaron el trabajo abriéndole un ojal en el cuello.

—¡Ah muchacho! ¿tú tambien gastas chanzas sobre el crímen? Y no sabes que matando estos á Rosi, quisieron dar muerte al Gobierno del Papa, derribarlo por el suelo, y ponerle encima otro, el más inícuo y perverso?.... ¿Y tú te atreves en presencia de tu madre á salir con chanzas tan inoportunas?

—Perdon, mamá, lo dije solo por distraer algo la tristeza de mi tio; y no para.....

—Bártolo, como absorto, y sin prestar atencion al diálogo, se volvió á Mimo y dijo:—¡No hay duda que Aser te escribe como un profeta! Hé ahí el gran golpe que debia caer sobre Roma; ya no queremos Cardenales, no queremos más Papa; son palabras de Aser; palabras muy significativas. Mimo, vende mis caballos lo mejor que puedas: en cuanto á la plata hay un medio de cobrar su peso: Gigi, el ta ador del Monte Pio, es un verdadero hombre de bien que por los amigos se echaria al fuego; por lo mismo si yo le digo:—Gigi, aquí tienes mi vajilla y demás objetos de plata, préstame por ellos la cantidad que consideres justa, estoy seguro que no me engañará de una onza, y de esta suerte lo tendré en sagrado depósito.

—Pero, cuñado mio, dijo Adela, ¿qué estás

diciendo de caballos, de Monte Pio, y de Gigi? No dudo que estas son palabras dichas sin objeto y al acaso.

—El objeto, querida Adela, me lo ha espuesto Aser; y hariais perfectamente en salir vos tambien de esa cueva de lobos. No, no permaneceré más en Roma ni pintada, pues veo que van á llover sobre ella desgracias y calamidades sin cuento. ¿Qué cosa habrá sagrada para esos mónstruos cuando no respetan la vida de los ministros? Sin embargo, querian ministros laicos: ¿y era por ventura Rossi clérigo, fraile ó jesuita? No obstante lo matan por jesuita; puesto que ser fiel al Papa es para ellos un jesuitismo digno del puñal.

—Elisa toda asustada, dijo:—Pero, papá, ¿qué es lo que escribe Aser? ¿qué temores son los suyos? ¿qué novedad es esta?

—Aser, hija mia, nos profesa amistad, y quiera vernos libres de la tempestad que nos está amenazando: por esto escribe:—Salvad á Elisa.—Sabe que está en el secreto de todos los manejos, intentos y maquinaciones. Que de algunos años acá nos tienen revueltos y trastornados; y con el relój en la mano puede decir sin equivocarse la hora, el minuto y el instante de los misteriosos desórdenes y de todas las más secretas determinaciones. Adelaida, creedme; venid con nosotros y pronto tendreis ocasion de daros el parabien por ello.

—Muy bien; pero ya sabeis que no soy dueña de mí misma, y que mi esposo no se decidirá tan de ligero á abandonar á Roma. No obremos precipitadamente; y si mi esposo no quiere salir de la ciudad, al ménos lograré que me permita alejar á mis hijos de este infierno. Hijos mios, aunque estais ya desengañados acerca de las inícuas intenciones de muchos, con todo, vuestra ligereza, el ardor juvenil y más que todo los respetos humanos pueden aun mucho en vosotros, y me hacen temer una desgracia.

—Sí, mamá, dejadnos partir con el tio, pues en efecto podríamos correr algun peligro. Ya nos propuso Nardo ir mañana no sé á que faccion de la Guardia cívica en el Quirinal. Nardo es un pícaro de cuatro suelas que tiene el diablo en el cuerpo, y nos habló de llevar los fusiles cargados con bala; por lo que procuré escusarme y deshacerme de él diciendo:—Mi querido Nardo, se me ha vuelto á abrir la herida, y apénas puedo mover el brazo. Mimo se escusó con un agudo dolor de muelas, y con que precisamente á la mañana siguiente queria que le arrancasen una que tenia cariada.

—Perfectamente, dijo Adelaida: hijos mios, mañana sereis discretos y no saldreis un instante de casa: estas paradas con los fusiles cargados, son propias de malandrines, y ocultan algun plan infernal.

Siendo ya de noche, Bártolo con Elisa volvió-

se á su casa, y como vivia en el Corso, se encontró con la bacanal del matador de Rossi, al cual llevaban triunfalmente, gritando, ahullando y vociferando como demonios. No hay necesidad de decir cuál fué la indignacion de Bártolo; quien vuelto á su casa, cuando pasó por allí aquella turba de hombres sanguinarios oyóles que gritaban:—¡Afuera las luces!—y vió palafreneros, criados y criadas en las ventanas, sacando luces de la cocina y de la sala. Y si alguno tardaba, ó porque los amos estuviesen fuéra, ó porque los criados tenian miedo; se oian terribles silbidos y gritos de ¡mueran los negros! y arrojaban piedras á las ventanas rompiendo los cristales y celosías. Por lo que Bártolo mal de su grado debió sacar á los balcones sus candeleros de plata, y ver con sus propios ojos al infame sicario llevado en hombros de un fagin de Ripetta, con el brazo levantado y en la mano un puñal ensangrentado. Al rededor bailaba una turba soez, y cantaba:—¡Bendita la mano! acabando con el estribillo de Mueran los clérigos, mueran los Cardenales; y mas de una voz gritaba:—¡Muera el Papa!—¡Viva Jesucristo democrático!

Y los simples de Roma que ahora leen estas espresiones infernales, y todas las comarcas de Italia que las ven descritas, como admirados hacen la señal de la cruz, y dicen:—¿Es posible que los hombres lleguen á un estremo de perversi-

ded tan fuera del órden natural, humano y civil?—Y llaman á nuestro *Hebreo* un tejido de falsedades, reunidas por la malignidad, el ódio, la envidia; y el pobre *Hebreo* se encoge de hombros diciendo:—A la república os espero; y si jamás en vuestra vida oisteis hablar de latrocinios, crueldades y sacrilegios que puedan compararsé, ó que de mucho igualen á lo que hicieron en Roma los honrados mazzinianos, el *Hebreo* está contento de llevar la pena de tales dicterios. Y si dice, repite y grita con todas sus fuerzas, que las sociedades secretas no dieron ni pueden producir mas que escesos y maldades de toda especie, no es envidia ni vileza lo que le obliga á levantar tanto la voz, sino el deseo de ilustrar á la juventud italiana, á la que han perdido los zorros que se fingen sus amigos.

—Está muy bien: tantas veces has dicho esto mismo, que te haces pesado, y sobre todo te disculpas con hombres que están sordos.

—El *Hebreo* no se desanima porque no se le escuche, pues maneja bien su mondaorejas; y si alguno, para no sentir este mondaorejas, se tapa los oidos con ambas manos, no será culpa del *Hebreo*. Quédale tan poco que vivir, que puede disimularse si muere gritando: ¡al lobo!

Figúrese el lector cuán abatido quedaria Bártolo con la luz en el balcon presenciando tan soez y brutal espectáculo; pero es imposible que nadie se forme una idea del tumulto que agitó

su corazon y su sangre al dia siguiente al oir los tiros del palacio apostólico y al conocer el peligro que corria el Papa, y la rabia de los conjurados; al ver el baile que hicieron la noche antes por el Corso, la algazara movida alrededor del Círculo popular, al ver doblar sus guardias como se hace con el Rey, y al oir el galope de los dragones arriba y abajo de las calles llevando órdenes y despachos á todas las autoridades públicas, como si tuviese Roma un Emperador poderosísimo, que habiéndola tomado por asalto la gobernase á su voluntad y á su antojo.

Bártolo no podia dominar sus pensamientos ni sus miembros; iba, venia, hundíase en un sillon respiraba con fuerza como para desahogarse de la opresion en que estaba; daba un salto, poníase de pié y llamaba á Elisa, la cual acudia y preguntábale qué se le ofrecia. No la respondia, y esclamaba:

—¡Ah perros! Luego se iba á otra estancia y decia:

—¡Aser dijo la pura verdad! ¡Infames, no querer al Papa y tirar á sus mismas ventanas! Y la pobre Elisa respondia:—No será cierto; habrán tirado á los suizos.—¿Cómo que no será así? ¿No vi yo á D. Felipe con una bala en la mano que habia dado en la pared de la antecámara del Papa, y que le cayó á los piés mientras estaba hablando con el Cardenal Soglia? ¿Y otra no dió en el marco de una ventana y de rebote cayó al la-

do de un guardia noble? ¡A los suizos, sí, á los suizos!

Esto diciendo, gesticulaba delante de un grande espejo, que reproducia su imágen enfurecida y fuera de sí. En aquel instante llegó Mimo, y dijo:

—¿Sabeis, tio, quién ha apuntado el cañon á la puerta del Quirinal?

—¡Cállate; no quiero saberlo! no quiero contaminarme, pues no puede ser otro que el mismo Satanás.

—Pues ha sido aquel amigo vuestro que en 1847 venia con vos á la pequeña quinta; que tuvo aquella escena con D. Pablo, el cual diciendo que los vivas salidos de ciertas bocas feas le gustaban poquísimo, y que le parecian hipocresías que al cabo vendrian á parar en el *crucifige*; él ya le echó encima el dicterio de clerizonte y de hombre sin caridad; jurando que los vivas salian del corazon, y que los festejos al Papa eran sinceros y nacidos del reconocimiento por haberles quitado las cadenas del destierro; que Dios era testigo de la pureza de sus intenciones, y que en adelante el decir Papa era sinónimo de bendicion, alegria, felicidad; y en fin, que era este uno de los mayores triunfos de la Religion. Pues bien, tio, ¡qué intenciones tan puras! ¡qué triunfos! Pues este amigo de las lágrimas y de la conmocion del Papa le apuntaba el cañon para destrozar la puerta y entrar

con el puñal desenvainado á renovarle las pruebas de su reconocimiento y gratitud.

—¡Oh Mimo! la execracion, no sólo de Italia sino del mundo, será el pago de su maldad: ellos acabarán de ensuciar y desacreditar con sus actos perversos la causa de la libertad: á fuerza de perfidias lograrán establecer una libertad prostituta, y cuando lo habrán logrado, será causa de su misma destruccion y de su muerte. Mimo, disponlo todo para nuestra partida: ve á buscar al fabricante de carruajes para que venga á visitar la berlina de viaje, pues debe hacer en ella algunas reparaciones, y reforzarla á fin de que pueda resistir el ímpetu de las bajadas y pendientes de los Alpes, para lo que es necesario que examine y recomponga todas sus piezas y que haga una renovacion completa. Mimo, procura que todo se haga bien, pues sabes cuán medrosa es Elisa.

Mientras tanto Bártolo empleó los pocos dias que le quedaban en poner en buen órden sus negocios: pidió á un primo suyo, que vivia muy estrecho con el padre á causa de tener en la misma casa á dos hermanos suyos casados, si queria pasar á vivir en la de Bártolo como si se la hubiese alquilado; dio á guardar á Adelaida y á su cuñada muchos objetos preciosos, encerró en algunas estancias retiradas los mejores muebles, arregló las cobranzas con sus procuradores, arrendó á un amigo suyo con secreta reserva la

quinta de Albano, y luego tomando letras de cambio para Génova y Ginebra, aguardó el instante de ponerse en camino.

A cada nuevo Cardenal ó Prelado que oia haber salido de Roma ocultamente, Bártolo suspiraba las malas nuevas que corrian por la ciudad le abismaban en la tristeza y en un negro laberinto de funestos pronósticos: iba á San Pedro á orar, y salia de allí triste pensando que acaso no podria volver: veia ciertas caras patibularias que le espantaban, y decia para consigo mismo ó á algun Sacerdote amigo que acaso encontrase: —¿No veis qué caras de asesinos? ¿pero de dónde salen estos infames?—Del infierno, contestaba el amigo, y seguia su camino lleno de susto y de rábia.

Pero á la mañana del dia 25 de Noviembre cuando supo la huida del Papa, levantó los ojos al cielo y dijo:—¡Oh Providencia divina! la cabeza se ha salvado: nosotros somos la cola, la cual aunque se mutile, el cuerpo conserva aun la vida.—¿No sabes, Elisa, que el Papa se ha ausentado, y que está salvo? Dios nos ayudará tambien á nosotros.—Corrió á casa de su cuñada; saludóla, llamó á los sobrinos, envió Mimo á la posta por cuatro caballos, tomó deprisa alguna comida, y dadas las doce partió á Civitavecchia, y al otro dia se fué á Liorna.

Llegados al puerto, rodearon al buque de vapor una multitud de barquichuelos, todos con

bandera tricolor y con el retrato de Guerrazi en la popa, y en algunos ondeaba la bandera encarnada, haciendo alarde de flamante republicanismo.—Movian un bullicio, un choque de remos y una gritería de:—¡Viva la independencia italiana!—Señores, á mi, venid á mi lancha.—Anda tú, maldito negro, decia un mal encarado barquero á otro; no, señores, no vayan con él que es un ladron enemigo de la Italia.

Entónces pasó la barca de la sanidad, y gritaba al bribonazo de la bandera roja. En medio de tal alboroto, Mimo saltó á un esquife, lo hizo acercar á la escala del muelle é hizo embarcar á los suyos; luego mandó remar hácia el *Aguila negra*.

Durante aquellos dias parecia Liorna una caverna de fieras: blasfemias, ahullidos, agrupamiento de facinerosos, y homicidios cometidos á mansalva. El gran duque habia enviado sus magistrados á calmar la tempestad; pero cada dia iba peor, y veíase pasar faquines, y toda la pillería del puerto por delante de las fondas mordiéndose los dedos y diciendo:—Hé ahí esos ricachos que se comen nuestro dinero: pronto vendrá el dia en que hincaremos las uñas en vuestros talegos, en vuestros paños y sedas, en los dorados, en las cajas; y entónces á raja tabla, á quien más pueda arrebañar: ¡picaros ricos, ladrones de nuestro sudor y de nuestra sangre!

Bártolo no podia contener su indignacion; y

despues de haber tomado un bocado apresuradamente, se recogió á bordo, y en la cámara de popa hablaba con sus sobrinos acerca del comunismo, tan bien preparado en Liorna, y de aquellas fachas que metian miedo. A las cuatro de la tarde levaron el ancla, y tuvieron mar gruesa toda la noche, la cual pasó Bártolo al lado de Elisa, que se mareó en términos que provocó cuanto tenia en el vientre. A eso de las nueve de la mañana dieron fondo en Génova, y habiendo embarcado el equipaje en un bote, y dado órdenes para el desembarco del coche, se arregló todo en la posada.

Tomó un hermoso cuarto que daba al mar, que ofrece allí una maravillosa vista, por el sin número de naves ancladas en el puerto Real, y formando como largas y rectas calles, por las que van, vienen y se pasean barquichuelos y lanchas que conducen pasajeros y mercaderías á tierra: por todas partes vese grande animacion y vida, y un incesante movimiento; pues el genovés es trabajador y activo por naturaleza, avisado, sagaz y muy industrioso; no descansa, ni se espanta de cosa alguna, ni jamás se cansa, ni le arredra la mala fortuna.

Por esta índole suya, toda nervio y actividad, lo creyeron los revolucionarios sumamente á propósito y fácil de insurreccionarse, y una vez insurreccionado, creyéronle muy propio para llegar á todos los escesos

á que querian conducirle; y así como el pueblo genovés está lleno de fé, y es sumamente devoto de la Vírgen, es tanto mas tenaz que el pueblo napolitano, cuanto es mas agudo su ingenio y mas ardiente su ánimo; por lo mismo los perversos se valieron de todos los esfuerzos imaginarios para arrancarle del corazon la fé; y por espacio de treinta años estuvieron trabajando para este objeto. El nido secreto de mazzinianos que Genova abrigaba en su seno, se valió de mil manejos para insinuar su veneno é introducirlo en los grandes palacios, en las ricas fondas, y en las casuchas de Pré, de Portoria, del Muelle y de Rebeca, en donde esparcidos sus agentes por todos los barrios mas populosos, seducian á la plebe, á los marineros, á la milicia, y á los jóvenes, y por mas que hiciesen ó dijesen los celosos sacerdotes, nunca pudieron sacarlos del camino de su perdicion. De esta corrupcion debian nacer los mas fatales frutos de toda suerte de libertinaje y disolucion, que es el camino que conduce á la infidelidad.

Quitaron las efigies de la Vírgen, que desde tiempo inmemorial se hallaban encima de las puertas guardando la ciudad, y algunas de ellas, en especial la de los puentes de la marina, eran tenidas en gran veneracion por el pueblo: con lo que los faquines de puerto Franco, del puente Spinola y del puente Real, que al salir y al entrar se volvian hácia los Bancos, y por la tarde

acostumbraban encomendarse y reverenciar á la Guardiana y Reina de Génova, no la vieron ya descollar en las altas capillas llenas de campanas y de cirios.

A los nobles llenábanles la fantasía de la antigua libertad y grandeza de la república; procurábase enconarlos contra los austriacos, diciendo que nada tenian que ver con los genoveses; pero su intento principal era ponerles mal contra el gobierno piamontés.

Los jóvenes ricos, ociosos, é ignorantes, se tragaban fácilmente las peores doctrinas, endulzadas con la esperanza de verse nuevos senadores en las aulas llucales. Los comerciantes y ciudadanos de la clase media, llena de talento y amante de novedades, fueron extraviados mediante ciertos libros que derramaban los más funestos errores por aquella noble ciudad, que algunos años ántes fué tan religiosa, morigerada y pacífica.

Bártolo, que no conocia á Génova sino por las maldades que cada dia se imprimen allí en los diarios Mazzinianos, teníala en el fatal concepto de impía, desenfrenada y entregada á toda suerte de vicios y torpezas; casi no se atrevia á sacar á Elisa á la calle, temiendo que el aire infecto no mancillase su virginal pureza. Así quedó muy maravillado cuando entró á visitar los templos de San Siro, de la Anunciata, de la Vid y de San Lorenzo, y los vió llenos de un nume-

roso concurso; los confesonarios rodeados de penitentes, y los Santos altares dispensando el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo á numerosos fieles.

Habiendo subido á Nuestra Señora, vió este santuario tan rico, adornado y radiante de luces; y en todas partes pendientes ex-votos de oro y de plata: la santa Imágen cubierta de joyas, y el pueblo arrodillado con aquella confianza de obtener gracias propia de los íntimos sentimientos del corazon. Elisa no se cansaba de visitar los Santos lugares; fué varias veces á *Oregina*, y quiso subir á visitar á Nuestra Señora del Monte y á San Francisco de Paula, en donde Mimo y Lando, desde la plazuela que hay delante de la iglesia, contemplaban con mucho gusto los palacios que se veian á sus piés, el puerto, la dársena, la pequeña marina y el cuerno de Levante, en el cual se presenta con gran majestad la basilica de Cariñano.

Despues de haber permanecido algunos dias en Génova y de haber visitado y admirado sus grandezas, aunque era por el invierno, entraron no obstante en las suntuosas quintas de Pulcevera y de Bisagno, las que conceptuaron dignas de grandes Reyes y de Emperadores.

Finalmente, partió Bártolo la vuelta de Novara, desde donde se dirigió á Arona en el lago Mayor. Aquí, enamorado de la belleza del sitio, trataba de introducirse en el áspero paso del

Simplon; pero le disuadieron de su intento los hombres prácticos del país, tanto porque hubieran hallado las nieves altísimas hasta las cumbres, como porque la delicada doncella no hubiera podido resistir los rigores del frio á 4548 metros de elevacion que tiene el llano del Hospicio, con otros 1500 de cumbres superiores, horribles y espantosas, asiento de hielos eternos que aumentan la intensidad de las heladas. Por lo mismo, Bártolo se albergó cerca del rio, y resolvió pasar el invierno en ciertas habitaciones en que daba el sol, que se retrataban en las límpidas aguas, y desde las cuales la vista descubria toda la extension del lago.

Cuando hacia buen tiempo y el cielo estaba sereno, se trasladaban á la roca de Arona, en donde hay la jigantesca estátua de San Cárlos, que nació allí, y se enseña aún con grande veneracion su estancia convertida en oratorio. Elisa alguna vez iba sola, y sentada en alguna áspera roca gozaba del sol, de la vista del lago, y de las graciosas colinas, complaciéndose en respirar el mismo aire que respiró tan gran Santo, y rogándole por el errante Pontífice y por la paz de la Iglesia de Roma. ¡Pobre Elisa! Sus pensamientos iban tal vez errantes por el Danubio y por la Moldavia: imaginábase las terribles batallas de los fieros Szekleros, y de los agrestes Otokanos; palpitaba y temblaba al considerar los peligros que corria Aser, y que su imaginacion le repre-

sentaba peleando con las capas rojas de Jellachich, de corvas cimitarras y largos y poblados bigotes; y llena de susto arrodillábase, y oraba á San Cárlos pidiendo que le protegiese en los terribles encuentros de aquella horrible guerra.

Algunas veces la sorprendieron los primos en medio de esta plegaria; y al verla triste, pálida y con los ojos húmedos, le decian:

—Pero tú te abandonas á una excesiva tristeza; confiemos en Dios y vivamos alegres.

Luego, para distraerla algo, añadian:

—¿Quieres apostar que subiremos á la cabeza de San Cárlos y que sacando las manos por sus grandes ojos, desde alli te saludamos? Dicho esto, hacian arrimar las escalas al pedestal, y entrando por un pliegue del sobrepelliz, subian por ciertas escalinatas de mano hechas de hierro que se hallaban en el interior del coloso, hasta el cuello, y de este á la cabeza, y se sentaban en la nariz: tambien, sacando los brazos por los ojos y desplegando al aire un pañuelo, le hacian mil señales.

Cuando el lago se hallaba tranquilo, Bártolo con su hija y sobrinos daba los mas agradables paseos que pueden imaginarse; ya á Belgirate, ya á Stresa, ya á las Islas bellas y hasta á Pallanza, á Intra, á Magadino, y á Belinzona; penetraba á veces en el Varés y recorria los hermosos castillos, y á menudo por el camino de

Novara llegaba hasta Olegio. Pero llegado el Carnaval, creyó que su pequeña comitiva tendria el mayor placer en hacer una escursion á Milan, y así tomando los pasaportes, se trasladó á esta ciudad por el puente de Bufalora.

CAPITULO XVIII.

LA REVISTA.

Milan presentaba todavía el aspecto de una ciudad vencida y humillada, muy diverso de su natural fisonomía alegre y festiva; como una dama que se levanta convaleciente de una grave enfermedad, en cuyo rostro se pinta la indisposicion de los revueltos humores, y la vida abatida por el ardor de la calentura que la condujo á las puertas de la muerte. No obstante, aun en medio de su languidez y abatimiento, presentaba el semblante de una gran señora que conserva su hermosura y nobleza hasta en medio de la palidez y del desaliento. Así, ni Bártolo, ni Elisa, ni sus primos se cansaban de admirarla y ensalzarla por una de las más bellas y magníficas ciudades de Italia.

Cada dia presentábanseles objetos nuevos y estupendos, empezando por el Duomo y acabando en el arco del Simplon; y miéntras se dirigian

á este último punto, pasaron por el Campo de Marte en ocasion que se efectuaba una gran revista de la guardia austriaca.

Elisa no se cansaba de mirar las evoluciones y maniobras hechas con tanta regularidad y órden, admirando el desfile, el modo de correrse, de reunirse en masa, ó estenderse en columnas, ó escalonarse por compañías, ó en cuadros, ó en hileras triplicadas.—Padre exclamó: ¡qué soberbios soldados! ¡qué instruidos y disciplinados! ¡qué hermosos uniformes! ¿No me digisteis que en Milan estaban los austriacos? ¿pues dónde están? Y estos hombres de altas estaturas, tan tiesos con sus gorros de piel de oso, ¿quiénes son?

—¿Quiénes son, hija mia? son los austriacos.

—¿Es posible? Acaso *La Palas*, *D. Pirlone* y *El Contemporáneo*, con todos los demás periódicos de Roma, Toscana y el Piamonte, no los pintaban súcios, raquíticos, remendados, cayéndoseles á pedazos el vestido, y con la camisa puerca encima de la casaca? ¡Pero estos todos son robustos y llevan sus bellos uniformes limpios y nuevos!

—Lo de los periódicos fueron chanzas, hija mia, y mentiras desvergónzadas que nos repetian cada dia aquellos héroes.

—Pero decidme, padre mio: ¿los croatos estarán encerrados allí en el castillo, no es así? De esta suerte no podrán recorrer las calles de Milan para robar á los niños, para ensartarlos con

las bayonetas, y despues comérselos asados. ¡Infelices criaturas! ¡Ah, perros infames!

—Hoy parece Elisa que estés soñando. Estos hombrones tan bien uniformados son húngaros y croatos.

—Como tambien, añadió Mimo, esos dos batallones que están ahí son los *Iluinos*, croatos de Carlstadt: esas compañías de hácia el castillo, son el segundo regimiento de los *Ottoccianos* de *Ottochaz*. Ese florido batallon del centro, es de los *Bánatos* del regimiento 12.° de *Tarascowa* en *Temeswar*: ¡ved qué mocetones y qué estaturas gigantescas! ¡qué altivos, y qué aire tan silvestre! Más acá, tambien hácia la izquierda, se ven los *Ogulinos* todos de raza croata, gente decidida, áspera y aguerrida, firmes en sus puestos, y duros é incansables en las fatigas: ¡bien sufrimos su encuentro en el Tagliamento, en Trevisa, y en Vicenza!

En esto cesaron las evoluciones, y las columnas hicieron alto para descansar un rato. Dos generales con el gobernador y sus edecanes, estaban á caballo apartados conversando, y felicitándose con los coroneles por la exactitud y órden en los movimientos y en las maniobras de las tropas; cuando hé ahi que un gentil ginete se separó del corrillo y se dirigió haciendo corvetear á su caballo al coche de Bártolo. Este oficial jóven llevaba uniforme de húsar con hermosísimos adornos, con su chaqueta de pieles

echada sobre el hombro izquierdo, y sujeta al cuello con una cadenilla de oro; llevaba morrion de fieltro colorado, con visera y cordones trenzados pendientes del mismo, que le caian sobre la oreja; la casaca del uniforme tenia el pecho cruzado de cordones con borlas, los pantalones, de grana encendida, estaban adornados con arabescos sobrepuestos que formaban delicados dibujos; pendíale á lo largo del sable el guarda-pliegos adornado con bordados é insignias, suspendido de tres delgadas correas de marroquí encarnado con hebillas de oro, El aire noble del ginete, y el ver que se dirigia hácia el coche, llamó vivamente la atencion de Elisa y de los demas que la acompañaban.

Al acercarse vieron que se sonreia: luego que llegó, estrechó fuertemente la mano de Lando y le dió dos golpecitos. Entónces Lando esclamó:

—¡Ah, Olga!

—Y el gentil caballero edecan, inclinándose para saludar á Elisa, á Bártolo y á Mimo, dijo:

—Lando, ¿cómo estás aquí? ¿Es tu esposa esta señorita? ¡Te juro que tuviste buen gusto, pues es hermosísima!

—No, contestó Lando; es mi prima: este caballero es su padre y mi tio; y este es Mimo, mi hermano. Todos saben que te soy deudor de la vida; y mil veces hemos celebrado tus buenos servicios, y el amor y cortesía con que me tratáste: tu memoria no se ha apartado jamas de mi

alma; tú me volviste á los amantes brazos de mi madre, á mi familia y á mis amigos.

—Lando, no puedo permanecer aquí más tiempo; ya lo ves; ¿en dónde vives?

—En San Márcos.

—Muy bien, hasta mañana.

Estrechó Olga la mano á Elisa, que habia quedado atónita; y á todo escape fué en un instante á reunirse á su general. Nuestros romanos la siguieron con la vista casi sin pestañear; tal y tan repentino fué su pasmo. Al dia siguiente, que salieron á ver á Brera, conforme lo habian proyectado, compareció Olga embozada en una gran capa blanca con tiras encarnadas, y debajo la casaquilla azul con los cordones de oro á lo largo del pecho, y su gran sable en el costado. Hallóles que acababan de sentarse á la mesa, y fué grande el regocijo de todos. Viendo Elisa que Olga se inclinaba para besarla, y en su traje no pareciéndole que fuese mujer, se puso toda colorada y bajó los ojos; lo que dió mucho que reir á Bártolo y á los primos; y Mimo le dijo chanceándose:

—Vaya, Elisa, ¿no tienes miedo de dejarte besar por oficiales con sable?

—Sí, replicó Elisa; el sable me causa miedo; pero Olga no, pues nos salvó á Lando; y si con el sable hiere al enemigo, con la bondad y nobleza de su corazon reanima á los heridos y les cicatriza sus heridas. Mientras esto decia, Olga se

sentó á su lado, poniéndose el sable entre las rodillas: visto lo cual por Elisa, cojió como por broma el puño, y probaba á desenvainar la hoja; pero así que vió su corte, gritó: ¡Dios mio! Y apartó la mano diciendo:—¿Cómo lo haceis, Olga, para manejar este acero tan pesado, y cómo teneis corazon para descargarlo á la cabeza de la gente?

Y Olga contestó:

—Sabed, hermosa doncella, que las jóvenes croatas son de un temple muy distinto del de las delicadas doncellas de Italia; y allí donde veais un pueblo en que las mujeres son aptas para la guerra, bien podeis decir que sus hombres son sencillos, sobrios, libres, castos, sufridos en la pobreza, duros en el trabajo y las fatigas, y fieles á sus deberes.

—Esto mismo decia yo en Roma á muchos amigos, dijo Lando, pues queria convencerles de su falta de razon en decir tanto mal de los croatos; ¿pero sabeis lo que me sucedió? En el café de los Espejos un lombardo me reprendió ásperamente diciendo:—Tú eres enemigo de la independencia de Italia, con tus alabanzas de los austriacos.

—¡Oh amigo Lando! replicó la hermosa Olga, creedme: los austriacos no tienen la menor culpa de que los italianos con tantos esfuerzos y con tanto ruido, desde los Alpes hasta Sicilia no llegasen á hacerse independientes. Los sables y

espadas de los austriacos no son mas cortantes que los de los italianos, ni las balas de nuestros cañones son de hierro y las vuestras de estopa; sino que las causas de sus derrotas han sido dependientes de ellos mismos, y los austriacos no tienen culpa alguna. ¿Cómo se quiere que unos pueblos tan corrompidos tiendan eficazmente a su independencia, cuando ignoran qué cosa sea la libertad? Gritando, blasfemando, jurando no es como se hacen independientes las naciones; y ya que hablamos de blasfemia, te diré yo tambien una, capaz de obligar á que se tapen los oidos todos los italianos que se hallen á distancia propia para oirla; y esta es:—Que hasta que se conviertan en croatos, no harán jamás que la Italia sea por sí misma una nacion confederada.

—¿Qué estais diciendo, Olga? esclamó Bártolo.

—Digo, y repito, que si los italianos no reaniman su fé y no se atienen estrictamente y con lealtad á la santa Iglesia; si no se despojan de su afeminacion é indolencia, de la ligereza y del lujo que los devora; si no vuelven á la sobriedad y templanza de sus antepasados; y principalmente si no dejan las iras, las envidias, los intereses municipales, los Brofferi, los Guerrazzi, los Mazzini y los Mamiani, con toda la turba de los moderados piamonteses, toscanos, romanos y napolitanos, pueden muy bien contar por nulo el pais. Ved lo que yo entiendo por volverse croatos: esto es, ser todos hombres de un

mismo modo de pensar, de una misma creencia, de igual voluntad y de un mismo obrar; y no niños mudables á todo viento.

Véase ahora á la república romana pavoneándose con su libertad, metiendo en la cárcel, oprimiendo, empobreciendo á los particulares, robando el tesoro público y haciendo guerra á la Iglesia. Ya vereis cuál será el desenlace de esta farsa. Pero, señores mios, dejemos estas cosas repugnantes. ¿Qué haces, Lando? ¿me cumpliste la promesa en Loreto?

—¡Sí la cumplí! si por cierto: y sabe que rogué por tí á Nuestra Señora, é hice celebrar en su altar diez Misas por tu felicidad y por el bien de Fanni, del padre y de toda tu digna familia. Ni aun asi creí haber pagado tu afecto y tus servicios, sino que mandé hacer un corazon de oro, dentro del cual metí un pedacito de pergamino, y en él escribí tu nombre y el mio con la señal de la salvacion que tuve por tí.

Olga, sumamente conmovida, dijo á Lando:—Vosotros los italianos sois generosos hasta en la piedad: te doy infinitas gracias.—Y añadió:—¿Has visto al Papa despues de tu regreso? Cuando pienso que esos pícaros se prometen ser libres, obligando al Papa á espatriarse, digo entre mí con alegría:—Ellos afilan las espadas de toda la cristiandad en la piedra de San Pedro, y los segarán como al heno de los prados.

Entónces se levantó Elisa, y entró en su cuarto, del cual sacó un gran camafeo engastado en oro que representaba el majestuoso semblante de Pio IX, y lo llevó á Olga diciendo:—Querida amiga, ese retrato sea la prenda de mi amor y de la admiracion con que te miro.—Olga se puso de pié respetuosa, tomó la venerable imágen, la puso en la frente y en el pecho, y dijo á Elisa: —Este precioso don me acompañará mientras viva, y despues quedará en mi familia como una memoria de tu amistad.

Lando le dió unos bellos y preciosos rosarios de malaquita, engarzados en oro y bendecidos por el Sumo Pontífice, que Olga recibió con extraordinario aprecio; además le encargó que entregase de parte suya á Fanni y á su padre, como una memoria, dos grandes medallas de plata, en una cajita en que estaba grabada la efigie del Papa. Bartolo quiso tambien presentar á la hermosa doncella una pequeña imágen de oro, que representaba á Nuestra Señora de la Concepcion en un globo de lápiz lázuli y un pedestal de cándido alabastro de Volterra. Luego Mimo, como jóven y soldado, le regaló dos pistolas de Paris, con los cañones damasquinos y la caja con adornos de oro que en la culata terminaban en un precioso rubi. Olga le dijo con agrado:—Ojalá, Mimo, que Dios me conceda la gracia de poder emplearlas en defensa del Papa, y entónces se verá si tengo buena punteria para herir

en el corazon de sus enemigos.

Dicho esto se levantaron todos, y juntamente con Olga visitaron el palacio de Brera; y como á la vuelta pasasen por debajo del palacio de Greppi, dijo Elisa:—¿Por qué está abierto y agujereado por todas partes?—Olga entónces, dirigiéndose á Lando y á Mimo, dijo:—Ahí teneis, amigos, una nueva demostracion de lo que acabo de decir; y es buen testigo ese albergue del concepto que forman de la libertad los revolucionarios italianos. Ese granizo de balas fueron tiradas al infeliz Rey Cárlos Alberto por los héroes lombardos que le obligaron á sacrificar la justicia en una guerra contra el Emperador, señor legítimo de ellos: siéndole contraria la suerte de las armas en Custoza, y despues cerca de Milan, querian pagarle con darle muerte, y gritaban que era traidor á la Italia, por la que se habia sacrificado con sus hijos reales y la flor de su ejército. ¿Y no obstante, qué casta de gente era aquella? Hombres cuyo sólo modo de combatir era charlando en las tribunas y en las plazas de Milan, en tanto que Cárlos Alberto exponia la vida; ¡y luego en recompensa querian apedrearle! Y todavia estos italianos sueñan con la independencia de Italia y con su renacimiento, cuando en ellos está muerta la fé y todo noble y generoso sentimiento del corazon. Si tú, Lando, ó tú, Mimo, dijeseis en alta voz á la Italia esta incontestable verdad, mil voces se le-

vantarian despreciándoos y llamándoos italianos bastardos. Pero yo, siendo como soy croata, puedo decirlo sin ningun miramiento, y peor para ellos si no me escuchan y atienden.

CAPITULO XIX.

LA VOTACION.

Pasado el Carnaval volvióse Bártolo de nuevo á Arona, en cuyo punto recibió pésimas noticias de Roma, donde desde el dia 9 de Febrero habíase proclamado la República, establecida y cimentada en la base triangular del latrocinio, la injusticia y el sacrilegio. Un jóven de buen humor envió á Mimo una carta describiendo la votacion de la Constituyente romana para la eleccion de diputados; y á pesar de lo fastidiado que todo esto tenia á Bártolo, no obstante tambien le hacian reir las necedades de los charlatanes del Círculo popular.

Habiéndose, pues, anunciado en Roma con palabras altisonantes y campanudas que finalmente habia llegado aquel gran dia preconizado de todos los profetas, en que el pueblo romano debia recobrar su entera libertad y el dominio de sí mismo, le invitaban á reunirse en comicios, y á dar su voto, nombrando á la persona que les pa-

reciese más apta para representar su libertad y su grandeza en la Asamblea nacional.

En todas las esquinas de Roma se veian grupos leyendo este gran anuncio é invitacion para ir á votar, y si alguno no sabia leer, daba un golpecito al hombro del vecino, diciéndole:—¿Me haria Vd. el favor de explicarme lo que dice ese papel de la esquina?—Y el otro, con toda su ignorante sencillez, le respondia :—En verdad que no entiendo una palabra; pero presumo que será algo de malo para nuestros bolsillos.—Otro, alargando la cabeza por entre los hombros de los demas, abre cuanto puede la vista y los oidos para no dejar escapar ninguna de las observaciones y comentarios que sobre ello estaba haciendo un viejo enfermero del hospital de San Giacomo:—¡Oh! ved ahí, decia á un corrillo de albañiles y peones que volvian de su trabajo, mirad: nosotros romanos, sangre troyana, hubo un tiempo en que mandábamos á todo el mundo: á todo el mundo, ¿no lo sabeis?

—¿Hasta á la América?

—Silencio, ignorante: entónces la América aún no habia venido al mundo.

—Perdonad: ¿conque nació más tarde?

—Si entónces no estaba, claro está que nació despues. Por consiguiente, nosotros, señores del mundo, hasta ahora hemos sido esclavos del Papa y de los eclesiásticos: ahora volvemos á ser libres y señores de nosotros mismos.

—Y del mundo tambien, ¿no es verdad?

—Vamos, hermanos, este anuncio nos dice que debemos nombrar á nuestros representantes, es decir, á los diputados de la asamblea, que nos arreglen un gobierno libre é independiente.

—Y en este Gobierno, ¿quién manda?

—Alguno habrá de mandar en nombre de la nacion.

—¡Vaya! teníamos un Papa que nos mandaba en nombre de Dios: ¿y es la nacion alguna princesa?

—La nacion sois vosotros, romanos, que sois el pueblo más noble del universo?

—Así pues, la nacion nos hace nobles, como por ejemplo condes, marqueses, etc.; ¿y nos dará tambien escudos y gregorinas?

Y otro decia.—Oiga, señor mio: si la nacion manda, y nosotros somos la nacion, es claro que todos mandamos: entónces dígame, ¿quién obedece?

—Manda la ley, que se hace obedecer por todos.

—Esto es otra cosa? ya que hemos de obedecer, mas valiera obedecer al Papa, que era tan bueno con todos á y quien esos condenados han pagado en tan pérfida moneda!—Y uno tras otro fuéronse á comer los guisados, pocos ó muchos, que les habian preparado sus mujeres.

Mientras tanto veíanse recorrer las calles carretones llenos de papel, y detrás algunos hom-

bres con grandes ollas llenas de engrudo y en la mano pinceles, con que entapizaban las fachadas enteras de los palacios y las paredes laterales de las iglesias con inmensos pliegos, en que estaban impresos en varias columnas los nombres de todos los romanos de los catorce distritos de Roma. Era en efecto muy divertido ver aquellas interminables listas de nombres, en que cada cual se alegraba de hallar el suyo, y de poder decir al volver á su casa á su mujer:

—Mira, ¿no sabes que han impreso mi nombre? No solo el nombre sino hasta el apellido, profesion, etc. Hubo uno que no sabiendo leer dijo al inmediato:—Señor Canónigo, tendriais la bondad de mirar si en el distrito de Régola se ve el nombre de *Toto Stricca*.

—Hijo, ved que Toto es un diminutivo corrompido de Antonio, y Stricca será un apodo: debeis decirme vuestro verdadero nombre de familia ó apellido.

—Ciertamente este apodo me lo pusieron siendo muchado; pero mi apellido es *Guarda*.

—Muy bien: así os llamais Antonio Guarda: á ver si os encuentro en la lista...., Distrito de Régola..... parroquia de San Paulino. Luego, el Canónigo murmuraba entre dientes varios nombres al correr la lista..... ¡Ah! ya le tenemos: aquí está: Antonio Guarda, de oficio tripero.

—Cabal: ¿y mi mujer está tambien ahí escrita?

—No, amigo, aquí todos son hombres: ¡pues no faltaba más sino que las mujeres pudiesen elegirnos diputados!

Y un viejo que estaba á su lado le dijo tambien en voz baja:

—No obstante, señor Canónigo, considere que de tantos votos ha de salir una mujer, que será la señora República. Ya la estoy viendo en estas listas nacida y hermosa. Fijad la atencion en los títulos y profesiones añadidos á los nombres. Mirad: este es (¿quién no le conoce?) el Príncipe Don Marcoantonio; y debajo inmediatamente, ved á su mozo de caballeriza. Ese es el duque Don Cárlos, y debajo el *faquin* del droguero: aquel es Arzobispo y su inferior Pippo cardador de seda: el de más allá es (¡oh infames!) Cardenal, y tras él sigue Cencio, carbonero. ¡Hasta los Cardenales confunden con la plebe! ¡A los príncipes de la Iglesia ponen en clase de electores de unos diputados que quiten el Gobierno al Papa! ¡Y á tan excelsa dignidad llamarla profesion! como quien dice de profesion farmacéutico, fabricante, carpintero ó carcelero. Paréceme, en efecto, que estoy leyendo como cuando era jóven, el proceso de Luis XVI, en que aquellos malvados le preguntaban:—¿Cuál es vuestro nombre?—Luis.—¿Y vuestro apellido?—Capeto.—¿Y vuestra profesion? Rey. Y Roma ve repetirse estas mismas vilezas: se agrupa curiosa á las esquinas, lee, se sonrie, se frota las manos; ¡y no llo-

ra, ni siquiera le salen al rostro los colores de la vergüenza! Le está muy bien cuanto le sucede.

Despues que permanecieron durante algunos dias expuestas al público dichas listas, se anunció enfáticamente que tal dia se presentase cada cual á dar su voto para la eleccion de los diputados; y fuera en verdad la cosa más ridícula que puede creerse ni imaginarse, si no lo hubiesen visto con sus propios ojos los romanos. Siendo Sterbini ministro de Obras públicas habia comprado los votos de toda la plebe de los trabajadores del comun: mandó venir á Roma á cuantos trabajaban en las carreteras y caminos de Torre de Quinto, que ascendian á algunos centenares, y que se les vió entrar por la puerta del Popolo con sus zapas, azadones y picos al hombro, y entregárseles en la plaza las papeletas con los nombres escritos que debian presentar en la mesa de Monte Citorio. Lo mismo se hizo con los pobres de la Beneficencia que eran escavadores de antiguallas en el Foro Romano Lo mismo con los soldados de todos regimientos, y tambien con todos los empleados públicos que no tuviesen valor para perder sus sueldos y sus empleos.

Era una confusion y un barullo imponderable el que formaban tantos aldeanos como por la mañana salian con sus aperos para trabajar en las viñas de los suburbios, á quienes se les

presentaban los guardas de la puerta diciendo: —Antes de salir es menester que vayais á votar. Aquí teneis la papeleta escrita.—Pero nosotros tenemos que hacer, y nos hareis perder medio jornal: ¿quién nos lo pagará despues?—¡Oh villanos mal criados! Por ahí no se sale.—Y los pobrecillos daban media vuelta y se iban á dar el voto de malísima gana.

Los cívicos armados recorrian las calles y las plazas en busca de votantes. Los que muy de mañana salen á vender aguardiente, á la vuelta de una esquina sentianse agarrar por el pecho.... Alto: ¿has votado?—¿Qué quereis?—Los lacayos, carreteros y mozos al pasar el vendedor de aguardiente querian beber un vasito ó dos y pagarlos mañana.—¿Si he vaciado, decís? muy poco; ó sino ved que poco falta para que esté llena la botella.—Ven acá, bruto; no digo si has vaciado, sino si has votado para la Constituyente.—La Consistente, ni la conozco, ni nunca la he visto. —Toma la papeleta, y llévala al palacio Salviati.—¿Es para que me den la propina?—Justamente.

A los hortelanos y verduleros que estaban con grandes cestos de ensalada, coles y rábanos, decíanles los guardas:—Sábete que antes de ir á la plaza, es menester que te presentes con esta targeta á la votacion: ¡cuidado con que faltes!—¿Qué votacion?.... Yo me voy á mis negocios.—¡Ah cobarde! Vente conmigo á votar.—¡Y el as-

no, ha de votar conmigo!—El asno eres tú, majadéro.—Y esto diciendo le amenazaba con el sable.—¡Estos son accidentes de la votacion! exclamaba él hortelano, y seguia adelante con la papeleta en la cinta del sombrero.

De esta suerte impelian á la fuerza á la mesa de la votacion á todos los fruteros, pescadores, ropavejeros, á cuantos vendedores gritan por las calles la venta de sus géneros, y á toda la chusma de la plaza Navona y de la Montanara; y era un gusto verlos ir libremente á empujones y como verdadero pueblo soberano á la mesa de los que recogian los votos, y al mismo tiempo leer en las esquinas de Roma:—Que el pueblo, lleno de su dignidad, sintiéndose ya bastante maduro para su renacimiento, y dotado de ilustracion civil, acudia alegre y glorioso á elegir á sus representantes.

¿Pero cómo ha de ser? estaba el pueblo tan impaciente por ir á votar, que no pudo reunirse el número suficiente de votos que marcaba la ley. Con todo, no se apuraron por tan poco los padres de la pátria: hacian ir los mismos plebeyos á votar á diferentes distritos; forjaban nuevos apellidos; hacian votar á los difuntos: tomaron los nombres de las criaturas de los libros parroquiales; algunos cívicos, en vez de una papeleta, echaban treinta en la urna, con los nombres de las criadas, lavanderas y nodrizas.—¿Tú como te llamas?—Angela.—Ellos ponian

Angel.—¿Y tú?—Dominga.—Pues Domingo; y con estos medios llegaron finalmente á reunir el número de votos que era indispensable, y condicion *sine qua non* de la Constituyente romana.

Pero lo bueno fué cuando sentados *pro tribunali* empezaron á leer con voz estentórea los nombres de los elegidos: á menudo habia en las papeletas ciertas bromas muy impropias de un pueblo ya maduro para arreglar sus propios destinos. En una papeleta se leia:—Elijo al Papa Sixto que os encabestre.—En otra: Elijo al tio del diablo que venga á freiros á todos.—Otra:—al Maestro Titta (que era el verdugo).—Otro: Elijo la soga que os ha de ahorcar con todos los impíos.

—Y por este estilo, otras mil bufonadas, simplezas, y hasta amenazas de venganza sobre los nuevos, inicuos é impíos tiranos de Roma.

Cuando los escrutadores advirtieron en estas tretas, empezaron á aflojar, y levantándose con mucha gravedad de sus asientos aquellos magistrados de comedia dijeron al pueblo: Que habiendo muchas papeletas escritas con tinta sumamente clara, con caracteres incorrectos y llenas de garabatos, harian privadamente el escrutinio, y luego se publicaria su resultado.—Este resultado fué que salieron diputados los mismos candidatos que habia propuesto *La Palas*, *Don Pirlone* y el *Circulo popular*, y que se veian escritos con carbon ó lápiz en todas las paredes, y

en papeles colorados, verdes y amarillos pegados con engrudo en las esquinas.

—La carta en que se daban estas noticias á Mimo, terminaba diciendo:—Ya sabes, amigo, que nosotros los jóvenes somos inclinados á reir; así te digo que con nuestros compañeros, que tu ya conoces, nos divertimos grandemente en el acto del escrutinio; ellos al oir nuestras carcajadas se incomodaban é irritaban y rabiaban; pero ni podian negar el motivo, ni llamarnos retrógados á causa de nuestros bigotes.

Esto resulta, amigo, de querer obligar al público á hacer lo que no entiende, lo que equivale á hacer cometer las mayores necedades y locuras. No se crea que la cosa terminó aquí; esto no fué más que el exordio, lo importante fué la proclamacion de la república roja flamante, con acompañamiento de salvas de artillería, campaneo, procesiones, *Veni Creator*, Misas con música y *Te Deum laudamus*; ni más ni ménos que si acabase el Cónclave de elegir un nuevo Pontífice.

Adios, querido Mimo: saluda á Lando, y le dirás que sucesivamente si tengo comodidad os escribiré los hechos de la república una, indivisible y eterna.

Tuyo, ALDOBRANDO.

Al oir Bártolo los enormes excesos cometidos por unos hombres cristianos contra el Vicario de Cristo en la tierra, erizábansele los cabellos, y

dándose golpes en la frente se irritaba contra si mismo, porque fué tan ciego que no vió lo que los patanes y labriegos veian claro con su recto juicio natural; esto es, que los malvados, con la más refinada hipocresia, solo trataban de subvertir el órden en Roma para hacerse señores de ella con el nombre del pueblo romano. Por lo mismo, no veia la hora de pasar los Alpes y ponerlos de por medio entre él y la extraviada Roma é Italia.

Estaba ya á fines de Marzo cuando se puso en camino para la Suiza; y cuando llegó á Baveno junto á las enormes peñas de granito, y vió las inmensas rocas cortadas verticalmente encima de profundos precipicios, al contemplar sus escabrosos lados, de los que se sacaron las majestuosas columnas de la basílica de San Pablo; suspiró, reflexionando en medio de sus tristes pensamientos en que así como aquel portentoso edificio, debido á la piedad de Constantino, fué, segun es fama, consumido por las llamas que echaron en él los sectarios que han jurado la destruccion de todo lo grande y sagrado que hay en Italia; así temia que los republicanos tratasen de incendiarlo de nuevo, aun antes que la Iglesia romana lo viese concluido despues de tantos tesoros y trabajo como en él se han empleado.

Ciertamente no iba fuera de camino, pues aquellos hombres feroces, no sólo tenian inten-

cion de pegar fuego á San Pablo, sino que ya habian dispuesto y enviado por el Tiber una barca llena de cáñamo, estopa y trementina para efectuarlo. Pero cayó en manos de los franceses que, advertidos á tiempo, corrieron á posesionarse del templo y pusieron en él una numerosa guardia.

De Baveno subieron al valle de *Ossola*, que se abre en otras gargantas y precipicios hácia lo interior de las agrestes pendientes de los Alpes, en que por todas partes corren rios y torrentes, que los riegan y fecundan, produciendo sustanciosos y abundantes pastos para el innumerable ganado que pace por aquellos yermos. Desde las hermosas alturas de Domo, desde sus verjeles y hermosos campos, pasaron á Crevola, en donde habiéndose apeado del coche, se arrimaron á las barandas del altísimo puente que hay encima del valle, y echaron la vista al oscuro torrente que muge, hierve y azota los pilares de los grandes arcos, cuyo aspecto causa horror.

Desde allí, llegados á los primeros límites de las inconmensurables cumbres del Simplon, entraron en los angostos desfiladeros del valle de Varzo, aldea medio abismada bajo el ímpetu de los torrentes, y el derrumbamiento de las peñas, que cayendo sobre las chozas de aquel lugarejo las aplastaron sin dejar el menor rastro de ellas.

En los valles inferiores al Isella, que forman

el confín sardo, atravesaron algunas galerías abiertas en las mismas peñas pendientes sobre abismos: en donde Napoleon (que allanó y construyó el asombroso pasaje de Helvecia á Italia) no pudiendo levantar murallas, rompió por medio de minas las rocas, y abrió pasos hasta entónces insuperables á las armas extranjeras. Allí desde aquellas profundidades se levanta la vista con terror á las formidables cimas del monte; y uno dice:—¡Yo con mi coche debo llegar allá arriba! y se llena de pasmo; pero una vez ha llegado, cuando ve levantarse sobre él otras alturas interminables del monte, que parecen arraigarse en otra creacion superior. Pero así que se han subido las escabrosas pendientes, y superado las terribles peñas y los espesos y oscuros bosques, se presentan otras pendientes y otros más remotos peñascos que se levantan terribles y espantosos erizando las puntas de sus eternos hielos en medio de las vortiginosas nubes que contínuamente los oscurecen.

Con todo, aquellas altísimas cumbres están coronadas de hayas y de pinos, que cortan los leñadores montañeses, arrojan los troncos al fondo de los valles, y luego los torrentes los arrastran hasta el lago Mayor. Alguna vez sucede que al caer los gruesos troncos se detienen al través de una roca ó en el pico saliente de un peñasco, en cuyo caso (parece increible) los temerarios leñadores se hacen bajar atados con

larguísimas cuerdas desde las altas crestas para quitarlos; de suerte que se ven pendientes en el aire como las águilas y los buitres; y al verlos los viajeros se espantan y bajan la vista aterrorizados.

En medio aquellos montes de espantosas y sobrepuestas cumbres baja, y parece que se derrumba desde las neveras que las cubren el Monrosa, el cual desde tantísima altura extiende y encajona sus faldas en los abismos de las del Simplon, á mano derecha del que por él sube. Bártolo volvia la vista alrededor de sí, como quien teme verse sepultado en las profundidades de un Océano sin fondo; y luego mirando hácia arriba veia encima los sobrepuestos montes, amenazando caer y aplastarle. Caminaba Elisa embozada y como acurrucada debajo de su pelisa de pieles de marta zibelina, y la pobrecilla, al estruendo de los aludes, que desprendiéndose de cuando en cuando se precipitaban haciendo retumbar los ecos de los oscuros senos de los montes, y las gargantas y cavernas de los valles, se extremecia y sudaba de espanto. Pero cuando llegó á la última abertura de aquella parte de los Alpes, que Napoleon hizo construir entre dos precipicios, quedó tan maravillada del sublime espectáculo que se presentó á su vista, que se apeó del coche, y desde el primer puente quiso contemplar el abismo de aquella oscurísima hondonada, por la que bulle un torrente entre hor-

ribles gargantas, y rompiendo sus aguas en las rocas, se convierte en espuma y se aleja por aquellas asperezas. Despues pasó el puente y entró en la galería, la cual al llegar á su mitad da vuelta hácia la derecha y recibe luz por una hendidura; por cuya circunstancia puede leerse escrita en grandes letras esta inscripcion grabada en la piedra;—*El Emperador Napoleon la abrió con el tesoro de Italia en el año* MDCCCV.

En la sierra de Gunz (primera frontera helvética) detuviéronse algun tanto para ver el salto sorprendente de la cascada de Alpirubach, la cual se derrumba por las cortadas peñas y profundos barrancos, y en parte toma el color de las sombrías tintas de los grupos de tejos y alerces que tiene cerca, reflejándolas á la vista del que la contempla; al paso que en los puntos en que le da el sol, por medio de la refraccion de sus rayos presenta los colores del arco iris; y allí donde se detiene un momento en su caida hierve y espumea, despidiendo un aire sutil que exparce una espumosa niebla por grande espacio en derredor.

Así subiendo y aumentándose á su vista los inmensos cúmulos de hielo, fué necesario descomponer el coche y poner la caja en una narria de abeto, y las demas piezas, con el equipaje, en otra más sólida y de mayor resistencia. Así subieron á las últimas y más elevadas cimas, en donde desde gran trecho se halla muerta toda

vejetacion, hasta de los árboles más silvestres y que más se resisten al frio y á las más furiosas tempestades. Arriba por un lado cristaliza la nevera de Roospod; por otro centellean las rajaduras azuladas de la de Balmen Glecer, con aquel horror que suele producir verla humear en húmedos torbellinos, formando los cárdenos y amenazadores nubarrones que envuelven los agudos obeliscos de hielo y las escabrosas faldas de esas ferruginosas crestas. En torno todo es soledad, silencio, montes de nieve sobre otros montes de nieve, é inferiormente abismos, cataratas y furiosos torrentes, cuyo sordo bramido se percibe debajo de la densa niebla que cubre aquellos negros y profundos báratros.

Bártolo paróse en el Hospicio, que levanta sus altas paredes rodeado de nieve por todos lados, y en sus alrededores es mirado como un faro de salud para los asediados viandantes; y tomando de la narria en sus brazos á la aterida Elisa, la llevó dentro á las estufas, en donde mediante una taza de té hirviendo avivado con un poco de ron, se rehizo completamente. Pero luego, volviendo á emprender la marcha, despues de haber pasado el llano de aquellas extraordinarias eminencias, preséntase un nuevo panorama de valles que atraviesan grandes escabrosidades y van á terminar á lo largo de las márgenes del Ródano, al pié de Briga.

Mientras recorrian las inclinadas lomas de esta

parte de los Alpes, de repente se desprende de la nevera de Balmen Glecer un peloton de nieve, que impelido de su propio peso, rodando por la acumulacion de las nieves inferiores, las levanta, revuelve, aglomera y une consigo; y cuanto más corre, más se engruesa y aumenta, mugiendo, saltando y precipitándose, y llevando delante un torbellino de viento, retumba y rompe todo obstáculo; arranca y destroza los más robustos robles, los bosques de pinos, y los revuelve y los pega á su enorme masa, y rompe los mismos peñascos con tal furia y estruendo, que hace retemblar los montes vecinos.

Al ver esto los postillones, acostumbrados ya á los aludes, se arrojaron prontos á la ancha galería que costea la inmensa ladera del monte, y allí aguardaron que el ímpetu se lo quitase de encima y le hiciese arremolinar hasta el abismo. Despues salieron por la otra abertura de esta galería, pasaron por una segunda, y luego bajaron á toda prisa hasta llegar á la casa de postas de Berixal, á dos tercios de la gran pendiente de los montes. Elisa, tanto por el susto que recibió con la caida del alud, como por el aire glacial y la incomodidad, el cansancio de la carrera, y el terror que le causaron los torbellinos y la impetuosidad de los vientos, estaba pálida, estenuada y temblando; de modo que con trabajo pudo recobrarse junto á las estufas.

Aquí se le presentó delante una jovencita de

cabellos rubios y de graciosos y modestos modales; de ojos alegres, de cara afable y espresiva, con sayas de paño verde adornadas por delante con lazos encarnados, conforme á la usanza de aquellas montañesas. Esta empezó á darle ánimo en parte con señas y en parte por medio de algunas palabras en frances. Luego le cogió las manos, y restregándolas con rapidez la removió toda. En seguida fuése al hogar, en donde habia un gran vaso de leche hirviendo, y llenando una buena copa con bastante azúcar, se la dió á beber.

Miéntras que Elisa bebia, decia en aleman á una hermana suya mayor que derramaba la leche para los señores:—¡Qué rostro tan angelical! ¡Pobrecita! hacerle atravesar así los montes en medio de un clima tan riguroso.—Y miéntras esto decia, le alisaba los cabellos y se los arreglaba con una gracia y un amor admirable. Bártolo se conmovió, y Elisa, no sabiendo cómo pagarle tanta afabilidad, se quitó del cuello una crucecita de oro y la puso al de la amable montañesa, diciéndole en frances:

—Que el Papa la habia bendecido, y que la llevase al pecho en memoria suya.—La buena montañesa dió un brinco de alegría, besó con devocion la cruz, estrechó la mano de Elisa, y fuése corriendo á enseñársela á la madre, al padre, que era el maestro de postas, y á los hermanos, haciéndola besar á todos, diciendo que

el Papa la habia bendecido, y que se ganaban indulgencias.

Luego que hubieron dsscansado y refociládose lo bastante, marcháronse por la bajada de Briga, á cuyo punto llegaron en breve, y allí descansaron y se albergaron permaneciendo todo el dia siguiente. Despues continuaron costeando el valle del Ródano, y llegaron á Sien, despues á Martiñi y á San Mauricio, jefe de aquella legion de mártires tebanos que prefirieron perder la vida á perder la fé de Cristo. Despues de haber pasado la frontera del canton católico del Vallés, se trasladaron por el Ródano al canton protestante de Vaud, y siguiendo por el ámbito del lago por Aigle y Villeneuve, llegaron finalmente á la hermosa ciudad de Vevey, en cuyo punto habian resuelto permanecer algun tiempo para recobrarse completamente de las molestias é incomodidades del camino.

CAPITULO XX.

EL PRECIPICIO.

En los más encumbrados y horribles riscos de los ásperos montes de Unterwalden, subia de roca en roca encorvado y afanoso un atrevido cazador. Llevaba la escopeta á la espalda, y un gorro de piel de marta, sujeto á la barba mediante una correa; llevaba pendiente del costado el cuerno de la pólvora y un pequeño puñal en la cintura. Acababa de ver á una reducida manada de gamuzas arrojarse por las puntas de una enriscada peña enfrente del sitio en que se hallaba; y movido del deseo de derribar alguna, encaramándose por la peña, agarrándose á las raices de los arbustos y á cuantos objetos podian ofrecerle un escaso punto de apoyo.

Habiendo llegado lleno de fatiga y bañado de sudor á lo más alto de la peña, entónces, seme-

jante á un gerifalte, echando una ojeada alrededor de sí para descubrir la presa, vió la manada de gamuzas, parte pasar por entre las ramas de unos fresnos, parte como pendientes de las puntas de las peñas, y algunas saltando de roca en roca, miéntras que una de ellas, á modo de escucha ó de centinela, estaba en uno de los picos más altos, encorvada y agrupadas sus cuatro piernas con la cabeza erguida y los ojos vivos y vigilantes.

El diestro cazador preparó su escopetá, levantó el piedegato, apunta, dispara, penetra la bala en el costado de la gamuza, y la derriba en un hondo precipicio que se hallaba debajo de la peña. Pero cual fué su espanto cuando al querer bajar á buscar su presa, se vió como suspendido en el aire, pues observó que la roca en que se hallaba estaba enteramente aislada, y en todo su alrededor cortada perpendicularmente encima de inmensos precipicios. El ardor con que iba en seguimiento de la caza no le permitió ver todo el peligro que habia en la bajada.

Desde arriba de aquellos riscos no veia ningun punto en que pudiese apoyar los piés al bajar; por todos lados estaba la peña cortada perpendicularmente; y aunque vió á trechos los pequeños troncos y puntos salientes que le habian facilitado la subida, conoció claramente que no podian servirle absolutamente en la bajada; y al mismo tiempo en lo profundo del precipicio

rebullia el abundante torrente que procedia de las elevadas cumbres, y que saltando de peña en peña y de una á otra garganta iba á confundir sus aguas con las del lago de Valdstetten. El jóven cazador á semejante vista sintió recorrer todo su cuerpo un general estremecimiento, y pálido, abatido, con las rodillas débiles y cansadas estaba mirando con cierta estupidez las rocas, sin atreverse tampoco á levantar los ojos al cielo en donde le parecia estar suspendido, ni bajarlos á mirar tan negras honduras que le hacian horrorizar.

Por lo mismo, encomendándose á Dios y suplicándole que en tan crítica y peligrosa situacion le protegiese, se quitó los zapatos, los ató uno á otro y se los puso al hombro: enseguida, sentándose en la cresta de uno de los formidables peñascos, y apoyando el talon en un poco de ramaje de acebo, fué descendiendo con suma lentitud: luego observó algo más abajo una punta de la roca, y en ella apoyó el otro pié, y se dejó resbalar: más abajo habia un montoncillo de musgo, y golpeando en él con la culata de la escopeta, escavó un hoyo en que pudiese apoyar el talon; y con este medio repetido algunas veces y utilizando todos los accidentes del terreno y de la escasa vegetacion, llegó á descender unas dos terceras partes del barranco. Estaba bañado de un angustioso sudor; no osaba respirar, y sólo exhalaba tristes suspiros. En ciertos

puntos de su descenso erizábansele los cabellos y se estremecia.

Por último pudo llegar á un grueso carpe, cuyas corpulentas raices culebreaban por dentro de las hendiduras de la peña, de que salia horizontalmente, y luego torcia el resto del tronco y las ramas hácia arriba, y allí; cual si hubiese hallado un puerto, se puso en él á horcajadas, y respiró.

Pero filtrando las aguas por las rendijas de la peña, y juntamente removida esta por la accion de las nieves y los hielos, estaba medio arrancada de sus naturales estribos. Así poco á poco, con el nuevo peso que se le habia añadido, empezó á vacilar. El triste jóven se abrazó lleno de espanto al tronco del árbol, y el terror y la angustia le sorprendieron tan de repente, que ni aun pudo exclamar: ¡Dios mio! sino que al mirar bajo de sí el oscuro precipicio, cierra los ojos y queda desmayado; de suerte, que no sintió desmoronarse la peña y caer con todo el árbol en el torrente.

Al desprenderse la roca se hendió y fué resbalando algun trecho; pero con el choque y por su propio peso se partió, y con gran furia y arrancando cuanto se oponia á su caida se derrumbó con grande estrépito en el agua, y el árbol con ella. Las aguas del torrente á tan enorme choque se arremolinaron y retrocedieron, levantando inmensa espuma, y dando tales bra-

midos, que el eco resonó por todos los valles y concavidades del contorno.

Las águilas, los azores, los buitres, que empollaban en los altos riscos, al oir tan repentino estruendo, huyeron espantados batiendo las alas y dando terribles graznidos, y se levantaron hasta las nubes, cerniéndose encima de los abismos de aquellos montes sin atreverse á posarse en parte alguna; aullaron los lobos; mugieron los osos saliendo de sus cuevas, y los ciervos y las cabras huyeron amedrentadas por las selvas. El árbol y el cazador que con él estaba abrazado, se hundieron en el torrente, y el remolino que produjo la caida volvió á sacarlos á la superficie.

Este desgraciado jóven era Aser, que hacia cosa de un mes se habia retirado de las desesperadas guerras de Hungría, y para dar á su ánimo agitado algun descanso estableció su residencia primero en Lucerna, y despues de Schwitz, en las montuosas aldeas de Unterwalden. Salido de Pulkowa, cuyos pueblos se mantenian adictos al Emperador, y habiendo ido á las regiones de los Maggiares, recorria las comarcas para favorecer los designios de los magnates, ó jefes, ó barones del pueblo maggiar y húngaro sobre la dura guerra que querian hacer al Imperio. Vió, pues, ó le pareció ver claramente, que los motivos que les impulsaban tenian unas miras enteramente opuestas al ob-

jeto de las sociedades secretas de toda Europa; y que los barones húngaros, muy léjos de tender en sus grandes y guerreros esfuerzos á la libertad y á la igualdad, segun los intentos de los demócratas, guerreaban, al contrario, en defensa de las prerogativas de la antigua nobleza del reino, que tenia jurisdiccion y señorío sobre los vasallos de sus comarcas.

Mazzini, pues, que aborrecia al Austria como á la perpétua auxiliadora de los antiguos órdenes europeos, y altiva defensora de toda autoridad legítima contra las rebeliones de los pueblos, habia irritado mediante toda clase de estímulos el orgullo de los barones húngaros y maggiares, para que se sustrajesen, como él decia, á la servidumbre del Imperio. Pero Mazzini, con todos sus consocios, que sólo deseaban distraer las fuerzas del Austria (solícita de reprimir las sublevaciones de las provincias) con el fin de enervarla y debilitarla para las guerras de Italia, vió frustradas sus previsiones; pues no tomaron en cuenta ni el génio guerrero de los generales austriacos, ni el valor de sus ejércitos, ni la velocidad de sus movimientos, ni la confusion, ineptitud é impericia de los insurrectos italianos, los cuales fueron disipados ántes que se levantase la Hungria, y que la Transilvania con otros Slavos volviesen la espalda á aquellas revueltas. Tampoco, á pesar de su sagacidad, conoció Mazzini la índole de los barones húngaros y tran-

silvanos, los cuales eran de carácter diametralmente opuesto al de sus proyectos republicanos.

Acaso creyó que la Hungría estaba poblada de húngaros en todas sus partes: en ellas la plebe estaba deseosa de instituciones libres, de leyes propias y de estatutos salidos de su pueblo, y de vivir libre tanto de Rey extraño como de magnates domésticos; pero en esto Mazzini iba completamente engañado. La Hungría se compone de barones y de alguna gente de raza huna y maggiar; todo lo demas es gente allegadiza y de extraño linaje, atraida por la fecundidad del suelo, la abundancia de aguas, la riqueza y munificencia de los magnates y del tráfico de las ciudades y tierras que tienen gran comercio así al exterior como en el interior del reino. Por cuyos motivos hormiguean en Hungria servios, suecos, dálmatas, eslavos, valaquios, bohemios, transilvanos, bosnios, croatos, griegos, rusos y alemanes, lo que constituye una mezcla de sangre, de razas, de lenguas, de trajes y de costumbres; de modo que cada cual, al paso que conserva su propio carácter y circunstancias, ofrece alguna mezcla de las de los demas, con la multiplicidad de ideas y de voluntades propias á la índole é intereses de tanta gente advenediza.

De estas causas resultó que la guerra de Hungría se habia promovido y encendido por los solos magnates, que ningun deseo tenian de romper el yugo del imperio para iniciar una liber-

tad popular, que ni ellos querian, ni aquella aglomeracion mal concertada de pueblos deseaba; sino para sujetar á la plebe y á los aldeanos á una servidumbre de que les habia librado el Emperador, quitándoles el vasallaje tributado á los barones y asegurándolos bajo el escudo de la ley.

No obstante, el mazziniano *Don Pirlone*, en su número de 1.° de Marzo de 1849, pinta locamente su *reverso de la medalla*: en él se ve un húngaro que con una clava derriba al Emperador, y poniéndole un pié en el pecho le dice: Sea para gloria de los pueblos y para muerte de los tiranos. Si los pueblos húngaros hubiesen vencido al Emperador, hubieran vuelto á ser vasallos de los grandes feudatarios del reino, los que ejercian desde mucho tiempo grande influjo sobre el pueblo de las ciudades; al paso que siendo vencidos por el Emperador, tienen más libertad que si hubiesen salido vencedores.

Conoció Aser estas miras de los barones, y lo sintió, pues él consideraba la libertad bajo muy distinto aspecto: veia que Mazzini no sacaria de esta guerra otro fruto que el de inquietar al Imperio, y los magnates el de volver á imponer la servidumbre á los pueblos. Esto le daba grande inquietud, pues en las guerras de Italia veia un desenfreno de libertad, que por lo mismo debia volverla débil y de poca consistencia, y hacerla caer finalmente en los lazos crueles de algunos

demagogos, que la destruirian y cambiarian en una esclavitud la más vil y abyecta que jamás se haya visto: veia que las guerras de Hungría, aunque diferentes en sus causas apreciables, no lo eran en su resultado. Pero reflexionaba justamente que el volver á caer los húngaros bajo el señorío de los magnates era, al ménos para ellos, volver á sus señores naturales, que les habian acogido á la sombra de sus castillos como propiedades naturales y patrimoniales, reconstituyendo el Gobierno patriarcal bajo la autoridad del magisterio paterno de los pueblos de Oriente; miéntras que al contrario los italianos, cayendo bajo las garras de los demagogos, se darian para que los desollasen unos miserables tiranos, que salidos del fango de la plebe más soez, querian levantarse para mandar á sus amos.

Recorria Aser los alrededores de los castillos de los magnates, tanto maggiares como húngaros de primera sangre; y se confirmaba mas y mas en su sentir; pues los barones no ocultaban hipócritamente sus designios, ni los cubrian con el velo del misterio; ni los envolvian en un cúmulo de palabras y de gestos fingidos; y muy al contrario decian y proclamaban claro y en alta voz que sus intenciones eran restablecer las antiguas baronías paternas sobre las antiguas familias del pais. En los castillos veia que se tributaba honor y respeto á los retratos de los mayores; en sus salas de armas se custodiaban las

banderas ganadas á los otomanos, y en todas partes, en los corredores como en los pórticos, ostentábanse antiguas armaduras, plumajes, yelmos, alabardas, y el terrible *pallacio*, ó grande espada nacional. En todas partes se presentaban con brillantes colores los blasones y divisas solariegas, con los motes y divisas de justadores; y en las paredes los premios ganados en los torneos, cuernos de caza, cimeras, celadas y corazas, todo ello tan reluciente que bien daba á entender el espíritu noblemente y guerrero de que estaba animado el señor del castillo. Objetos eran estos capaces de poner espanto á la Jóven Italia, si acaso los hubiese visto algun mazziniano.

Toda la servidumbre llevaba en su librea los colores del baron respectivo; y á la entrada del castillo habia el guarda de la torre con la alabarda al hombro, y en su cintura pendiente el gran guarda-pliegos bordado con las armas del señor. En algunos castillos todavia se levanta al anochecer el puente levadizo y tienen agua en el foso: en otros al salir el sol se saluda con algunos cañonazos á la bandera que ondea en la cima del asta, ó las cuatro que hay en las torrecillas de los ángulos del castillo. Durante la comida los criados sirven á sus señores el vino y los manjares con actos tan profundamente respetuosos como si lo hiciesen á un verdadero monarca, y llevan su librea tan rica-

mente adornada de oro, de botonaduras, cordones y borlas, que les caen encima del pecho y de la espalda, que bien claro demuestran la grandeza y señorío feudal de los barones. Las estancias veíanse ricamente adornadas; en ellas se andaba sobre alfombras de Persia y pieles del Tibet: sentábanse en otomanas de terciopelo bordado en realce con adornos de oro y de plata.

El ébano, el marfil y las maderas preciosas y raras de los muebles, salen de los más célebres talleres de París y de Viena. Vasos del Japon y de la China, porcelanas de Sevres y de Dresde con dorados y pinturas esquisitas, y perfumes de los más odoríferos que se destilan en Damasco y Alepo: todo esto contribuia á dar una maravillosa esplendidez á sus moradas.

Viendo Aser toda esa pompa y mangnificencia de los magnates, pensaba en los conspiradores de la Jóven Italia que soñaban con la república y el comunismo para la Hungria, y no veian en la altivez de los barones y en el respeto de los colonos una prueba irrefragable del error en que estaban. En efecto, allí siempre que los aldeanos se presentan á sus señores es con los brazos cruzados en el pecho, la cabeza baja, el cuerpo inclinado, y con palabras sumisas y que no conocen la contradiccion: allí el señor impone los tributos, señala los trabajos de acarreo y las labores, pone límites á los terrenos destinados para pastos, señala los bosques privilegiados del

castillo y los que han de servir para parques y para la caza de cetrería, los terrenos para la cría de caballos, para picaderos; y lo mismo hace con los pastores, labradores, boyeros, y nadie se atreve á chistar para contradecirle.

El alegre y gentil tirolés que en el *Diario de los Debates* nos describe los campamentos de la guerra de Hungría en 1848 y 1849, hablando del gran magnate de Polocsai, nos cuenta la suma libertad de que gozan sus colonos. Dice que en medio del otoño hace ir á su castillo los mozos y doncellas casaderas, y los hace alinear en la sala los unos enfrente de las otras. Luego se presenta él en traje de gran gala con los vestidos cubiertos de oro y los botones de diamantes, con espuelas de oro, grandes cordones y cintas de diferentes órdenes de caballería que adornan su pecho; y adelantándose con toda gravedad, empieza á pasar revista de aquel batallon de jóvenes. Luego acercándose al primer jóven de la línea, le dice:—András (Andrés) la Mariksa (María) ha nacido expresamente para tí: la tomarás por mujer. Y tu Yanksi (Juan) eres tan buen mozo y bien plantado, que Hanksa (Ana), muchacha muy gentil y hacendosa, te conviene perfectamente: te casarás con ella y te irá muy bien.

Así, mirando ya á uno ya á otro, miéntras que á alguna pobrecilla le palpita el corazon y se encomienda á Dios para que le toque el jóven

que ella desea, el magnate combina los consorcios segun su soberana voluntad, acompañando siempre la eleccion con muchos elogios de las partes contrayentes; lo cual hace bajar los ojos á las doncellas, que se ruborizan, ocultan la cara y miran con disimulo si el marido que les ha elegipo su señor es de buena presencia. Pero si acaso algun buen Polksi (Pablo), dice con franqueza al señor que Hiranksa (Irene) no es de su gusto, y que desea la mano de Ilya (Elena), el magnate se retuerce los bigotes, hace sonar las espuelas y manda al guarda que de á Polksi 25 latigazos, y luego le otorga á Ilya, que con tal aumento de dote debe serle más querida.

Asi, pues, este mismo conde Polocsai, con tales sentimientos democráticos, fué de los primeros que enardecieron á los maggiares y á los húngaros para emprender la guerra contra el Emperador; y de condes y barones de esta especie de republicanismo está llena la Hungría: no obstante, nuestros italianos sublevados veian que la república levantaba la cabeza en las corrientes del Sava, del Danubio, del Hunna y del Moldava con aquel regocijo con que la hubieran visto salir limpia de las frescas y dulces aguas del Olio, del Pó, del Arno, del Tiber y del Sebeto.

No obstante, si la Hungria lidiaba en apariencia por la libertad y en realidad por el feudalismo, no sucedia lo mismo en Viena, pues Aser,

despues de haber visto los preparativos hechos en Hungría, quiso averiguar tambien de cerca si las libertades ingertas en el grande árbol del Imperio, iban á dar frutos ménos ásperos y amargos que en Italia. Pero fué á Viena ántes que los eslavos de Jellachicch llegasen á acampar bajo los muros. Vió que los profesores de estética infundian en el corazon de los jóvenes y poetas de la universidad vienesa, no un ardor marcial, sino áscuas encendidas de ira, de rabia y de furor bestial y diabólico, que los embrutecia hasta un punto inconcebible.

Despues del fiero asalto dado al palacio del gobernador, y de la tortura y asesinato de la Tour, invadieron las comarcas de Viena como un torrente de fuego, que inflama, consume y reduce á pavesas cuanto encuentra; y lo que no toca lo abruma, revuelve y destroza con su furia y su violencia la tempestad que le precede y ayuda por todos lados. Viena se habia convertido en el cráter de un volcan, que vomita llamas, humo y piedras, y derrama la encendida lava por todos los lados del monte; la cual cruje, levanta espuma y refleja los terribles relámpagos á gran distancia en derredor. Los académicos de la grande aula habian erigido en ella un nuevo magistrado, que se llamaba Gobierno democrático de Viena, á cuye frente figuraba el doctor Tansenau, Claises, Frank, Schutte, Messenhaser, Jellinek y Eckart, hombres fecundos, locuaces,

astutos y de talento; pero al propio tiempo turbulentos y facinerosos, violentos, sin humanidad, sin ley y sin Dios.

Estaban rodeados de una turba de acaloradísimos poetas, romanceros, cómicos, trágicos, dramáticos y críticos, con todo el arsenal del romanticismo, de que estaban llenos los altos cerebros de la alta literatura germánica. Las guerras metafísicas, en las que en lugar de los frios derechos se ventilan inflamadas opiniones, son guerras salvajes, feroces y más propias de demonios que de hombres; puesto que los hombres que á las fuerzas del cuerpo añaden el ímpetu del espíritu, caen en el orgullo, en el ódio y en la rábia que les impele hácia un enemigo que contraría sus ideas y las combate para hacerlas enmudecer, para sofocarlas y extinguirlas.

Este tempestuoso mar de jóvenes furibundos y frenéticos, agitábase, hervia y llevaba sus espumosas olas á la posada *Zur Ente*, la que los rebeldes habian trasformado en el palacio democrático del escelso Gobierno: encima de todas las escaleras se veian carabinas, montones de balas de artillería en las mesetas ó descansos, y sentados en los escalones tiradores de la Academia, cansados del ejercicio y de la parada, tendidos, acurrucados, recostados, encogidos con la barba entre las rodillas, pálidos, ahumados, súcios de sangre, de polvo y de sudor.

En las aulas todo era ir y venir, agitarse y

rabiar; una eterna confusion y bullicio de arengadores, de charlatanes y alborotadores, que parecia aquello un infierno. Proyectos, astucias, estratagemas, ardides, traiciones, de todo desesperadamente se hablaba.

Aser se introducia en todas partes, conversaba, adquiria noticias, deducia, conjeturaba, y de tanta algazara, de tantas maquinaciones, esfuerzos, iras y furores, sólo sacaba en limpio que la revolucion de Viena, parte vendria á caer por sí misma, y parte seria sofocada por el valor disciplinado y tranquilo del ejército imperial. Decia que con respecto á esta guerra la de Italia era un juego; aunque hallándose animada del mismo espíritu de confusion y de horrores, no podia producir igualmente sino estragos, destruccion y desquiciamiento de todo; semejante á un incendio que se apaga envuelto en un torbellino de chispas y humo, que no deja tras de sí más que tizones, y los muros resquebrajados y ruinosos. En aquella amotinada juventud veia una mezcla de ambicion, de bondad, de exaltacion, de picardía, de valor y de fanfarronadas, y de un furor loco y brutal.

En tanto que Aser revolvia en su mente todas estas consideraciones, y compadecia desde lo íntimo de su corazon á aquella juventud, arrastrada á cometer tales barbaridades á impulsos de una fiebre que le habia inoculado en sus venas el aire emponzoñado de las sociedades secre-

tas, supo que, roto el armisticio, despues de haber insultado la bandera blanca que ondeaba en los muros de Viena y en el campo imperial, los jóvenes académicos atacaron de improviso á los primeros batallones de Jellachich. Esto produjo el desprecio y la vergüenza en el ánimo noble y generoso de Aser, y maldijo la falacia de los conspiradores, que arrojan la piedra y esconden la mano bajo la capa de la perfidia.

Entonces oyó un rumor sordo á lo último de las calles, que gradualmente iba aumentándose hasta llegar á ser una verdadera tormenta: oye abrir ventanas y puertas, y una confusa gritería. Observa, y vé venir una multitud de gente, llevando encima de unas angarillas á un jóven tirador de la Academia. Uno de los conspiradores que lo vió caer muerto de un balazo en el pecho, se lo llevó á un sitio apartado, y despues de mutilarle las manos y los piés, las orejas y la nariz, abriéndole la túnica en el pecho, y traspasándolo, y magullándolo enteramente, y esparciendole grumos de sangre en los cabellos, en seguida se puso á gritar:—Jóvenes vieneses, héroes de la pátria, venid corred, ved el inicuo destrozo que los viles croatos de Jellachich han hecho en este nuestro hermano, mártir de la libertad de Viena. Llamaron á varios jóvenes tiradores, quienes extendiendo el cadáver encima de unas angarillas, poniendo á sus piés los mutilados miembros, así despedazado y sangriento,

precediendo una bandera negra, de crespon y tocando una caja destemplada, lo llevaron en hombros, y lo pasearon por las calles más concurridas de Viena.

Era de ver las oleadas del pueblo que se agitaba en torno de las angarillas, y que al contemplar el horroroso espectáculo que presentaba aquel desventurado, exhalaba hondos alaridos, haciendo mil gestos de desesperacion, y llorando á lágrima viva! Hombres, mujeres y niños, todo el mundo se deshacia en imprecaciones contra los imperiales: miraban al cielo rechinando los dientes y amenazando con los puños; y las doncellas, rompiendo por entre la multitud, se arrojaban con los cabellos sueltos y esparcidos; y al arrimarse á la camilla besaban la bandera, y derramaban flores encima del difunto, exclamando:—¡Muera el tirano! Era cosa en verdad muy terrible de ver, y que encendia más y más la rabia de las turbas; las que corrian á todas partes á armarse y á resistir á las tropas sitiadoras; las cuales despues de recíprocas muertes, y de derramar rios de sangre, haciendo estragos y sangrientas ruinas, tomaron la ciudad, y la recorrieron victoriosamente entre los amontonados cadáveres, los incendios y todo cuanto puede inspirar de sangriento la más estremada rabia.

Aser no pudo sostener por más tiempo semejante vista, y partió de allí tocando con sus ma-

nos que la obra de las sociedades secretas es la obra del demonio, activa y poderosa tan sólo para destruir la paz del mundo, y causar la ruina de todo cuanto toca con el aliento.

Vuelto á Presburgo, y habiendo recorrido á Raab, Pest y Moor, vió ciudades muy fortificadas, las cuales no contentas con haber restaurado sus murallas y fuertes, nada habian descuidado de cuanto podia dificultar el acceso y la sorpresa del enemigo. No satisfechos aun, encastillaron las cortinas, pusieron empalizadas en los fosos, y caballos frisones; abrieron puertas de socorro, aumentaron las ofensas, obstruyeron los pasos, cortaron los caminos, y pusieron toda clase de obstáculos, dejando los almacenes vacíos de vigas, tablones y herramientas, etc., etc. Con todo esto, á la aproximacion de las tropas imperiales, Kossuth, ni por medio de salidas, ni por medio de la defensa, se opuso á su entrada; sino que de repente dejó abandonadas unas plazas tan fortificadas y casi inespugnables, trasladándose al campo abierto y dejándolas en poder del enemigo.

Aser conoció el objeto de semejante táctica, y vió que los ciudadanos de Presburgo, de Pest y de otras ciudades, no eran favorables á la guerra; y Kossuth temia que esos hombres comerciantes, artistas y oficiales, industriosos, pacíficos y amigos de una vida cómoda y bien acondicionada, habrian enfriado el ardor de las

milicias; al paso que en el campo, al lado de tan numerosa caballería, con los Tschiques ó pastores armados, con los Honvaeds, ó cuerpos francos, podria hacer frente y fatigar á las huestes imperiales; lo cual le salió á medida de sus deseos. Fué horroroso en la batalla de Schwechat ver al general Moya con 20,000 guerreros, siendo los más de ellos caballería maggiar, dar una carga á los Szekleri, los Lickani, los Raisi y los Ottockani de Jellachich, y al primer encuentro estrecharlos y desconcertarlos. Los caballos ligeros italianos de Kress volvieron tres veces á la carga, y otras tantas fueron rechazados con gran pérdida; pero los coraceros de Auersperg, cubiertos de oscuras corazas de hierro, con cascos de cuero y yelmos de acero con crines de caballo, cayeron tan estrechamente unidos sobre las filas de los húngaros, que primero los desordenaron y luego los rompieron y desbarataron.

Aquellas centellantes murallas de acero atacaron con tal union á los gallardos y robustos ginetes, ondeando mil penachos al viento, chocando con violencia los pechos de sus caballos con los de los húsares, y llegando desde luego á la espada corta como rayos, que dieron lugar á la más tremenda pelea que se haya jamás visto: chocaban las armas, cruzábanse las espadas, empujábanse, derribabánse, retumbaba el suelo al ímpetu de tantos caballos, cercenábanse cabe-

zas, cortábanse brazos, y traspasábanse los pechos: al continuo é irresistible choque de esas manos armadas, empinábanse los caballos, acoceaban, respiraban llamas por las narices y bañaban de espuma los muslos de los ginetes enemigos: ¡tal fué el ímpetu con que las corazas bohemias hendieron las filas de los húngaros!

Renovóse allí una de esas sangrientas refriegas de la Edad Media; pues desordenadas y derrotadas las filas de los maggiares, se dispersaron por aquellas estensas llanuras; pero luego, reunidos en cuadrillas, en grupos, en pelotones y en compañías, volvian á la refriega, batallando de dos en dos, de tres en tres, ó de cuatro en cuatro, etc., sin cesar en la lucha hasta que unos ú otros eran derribados. Finalmente los húngaros debieron ceder el campo y retirarse, siendo esta una de las primeras batallas en que los sublevados midieron sus fuerzas con las del Emperador.

Asomaba entónces un invierno riguroso y cruel, las nevadas eran abundantes y frecuentes, y habiendo sobrevenido lluvias y luego un tiempo sereno, resultó que los campos de Hungria estaban del todo cubiertos de hielo: no obstante, continuaba aquella encarnizada guerra como en los meses más suaves de la más bella estacion, acampando y permaneciendo las tropas bajo las escarchas y los hielos, ateridas del frio, y las más de las noches hallaban los centinelas con los

miembros rígidos y muertos de frio por el viento del Norte que les helaba la sangre en las venas.

Con todo, cada dia habia nuevos encuentros, escaramuzas y refriegas encima del hielo: los caballos resbalaban y venian al suelo con sus ginetes, que se rompian los huesos en la caida; y aunque les alcanzase el enemigo, el frio no les permitia manejar la espada, ni levantar el piedegato de la carabina ó de las pistolas. A menudo, á los que caian en alguna emboscada, gritábanles:—¡Daos prisioneros!—Y al ir á coger al enemigo no podian cerrar el puño, pues el frio les habia entumecido los miembros. Otros de intento se entregaban prisioneros para que los llevasen al fuego del campamento: tanto era el rigor de la estacion.

Aser, que por las guerras, y más aun por los manejos de las sublevaciones italianas, habia penetrado acaso el espíritu que anima y gobierna á las sociedades secretas, y en este sentir le confirmó el movimiento de Viena, vió que la guerra de Hungría, aunque de aire caballeresco de parte de los barones, no obstante, reunido Bem ó Kossuth, se habia convertido con la union de estos fieros sectarios en una guerra impía é inhumana. Los transilvanos por divisiones y rabia de partido se hacian una guerra mortal; ciudadanos contra ciudadanos, padres contra sus hijos, hermanos contra hermanos, y amigos contra antiguos amigos: sin perdonar ningun me-

dio, y empleando asechanzas, ardides, crueldades, furores y nefandas traiciones (1).

La guerra de Hungría rebosaba tambien de valor y de infamias; pues Kossuth tenía sus legiones de valientes llenas de la hez del reino, rompiendo las cadenas de los que se hallaban en presidio, en galeras y de toda clase de forzados, y abriendo las puertas de la cárcel á los ladrones y asesinos. Estos, obrando vilmente en los encuentros en campo abierto, rapaces en el

(1) El *Mensajero de Transilvania* publicó el número de personas sacrificadas al ódio y al furor de los rebeldes, que fueron:

Por sentencia de los tribunales revolucionarios fueron sentenciados á muerte.	449
Por órden de los jefes de los insurgentes murieron sin ser juzgados.	779
En la invasion hostil de los revolucionarios en varios paises fueron muertos. .	3611
En los combates con los rebeldes solamente de paisanos fueron muertos. .	1263
Total.	6102

Todos estos ciudadanos murieron por el delito de querer permanecer fieles al Emperador, su legítimo Soberano. De este número los 5680 fueron varones, 363 mujeres, y 59 muchachos.

El que quisiese calcular los hombres que murieron, ó asesinados ó en accion de guerra, de necesidad, de miedo y de pesar en Italia en los años de 1848 y 1849, hallaria que fueron diez veces más que en Transilvania. ¡Y aun hay quien desea estas delicias, fruto que otras revoluciones reproducirian!

saqueo, feroces en la venganza, descomedidos en su vanagloria, no daban cuartel al enemigo que peleaba en el campo como leal guerrero.

Semejantes indignidades irritaban el alma generosa de Aser, y mil veces se arrepentia de haber cooperado en tan pérfidas y lamentables agitaciones de Europa, á la que él, dando fé á los astutos agitadores pertenecientes á las sociedades secretas de Alemania, trataba de procurar una regeneracion y una libertad franca, noble y provechosa para los pueblos. Pero ahora veia claramente que en vez de libertad alcanzaban guerra, pobreza, ódios, tumultos, desesperacion, estragos y destruccion de todas las buenas instituciones así religiosas como civiles. A estos escesos añadia Aser el remordimiento de tantos estragos inútiles, de tanta sangre derramada por la libertad como humeaba en el suelo de Italia, de Prusia, de Austria y de Hungría, que clamaba al cielo venganza sobre los pérfidos conspiradores que la hicieron derramar á torrentes por su sola ambicion, su codicia de dinero, su ódio contra Dios y contra todo cuanto hay de sagrado en los cielos y en la tierra. Deploraba el estado de la justicia oprimida, de las leyes conculcadas, de los vínculos sociales rotos, de las gentes deslumbradas y alucinadas por mal intencionados charlatanes, que abusaron cruelmente de los nombres sacrosantos de justicia, verdad, religion, virtud, leyes, órden y libertad, á fin de envol-

verlas en sus redes y sumirlas en las mayores calamidades.

Maldecia á los cobardes que, guarecidos en los antros en donde tramaban sus execrables conspiraciones, llenos de la sustancia de los pueblos, hacian cortar los más preciosos vástagos de la incauta juventud, para que les sirviese de escabel á su soberbia y ambicion, y con pié sucio y maligno la hollaban para subir á tiranizar á los padres que sobreviviesen á la destruccion de sus hijos en el campo de batalla. Oia el doloroso y cruel llanto de las madres, que protestaban ante Dios y los hombres afirmando que les habian robados sus hijos de los brazos unos ladrones que recorren el mundo para inundarlo de sangre y cubrirle de huesos humanos. ¿Qué les queda ya que robar á los impíos y malvados despues de haber robado la fé, arrancando de la mente y del corazon de los jóvenes las buenas costumbres, y quitándoles junto con la vida hasta el honor y el alma?

Aser sintió correr por sus miembros un frio que le hizo extremecer, cuando en medio de tan graves consideraciones, hallándose á caballo con algunos otros emisarios, á quienes él precedia algun tanto, al atravesar un valle selvático, vió sentados en lo más denso de la arboleda una partida de Honvoedos, que con las manos sucias de sangre, estaban devorando con afan manteca con pan de centeno que habian robado á los al-

deanos. Sus caballos estaban atados á las ramas de los árboles, y ellos, haciéndose del ojo, decian:

—¡Vaya unos golpes que les hemos dado á esos dos petulantes húsares!—Otro añadia:—¡Querer pelear con nosotros! ¡y dos contra tantos valientes! ¡Por vida del diablo que les hemos dado tales cortes y tales heridas con nuestros sables, que no habrá sastre que se los componga!

Otro decia luego:—Deja que se coman los lobos á esos húsares de carne dura. Sin embargo, acaso hallarian más blandas y buenas para roer las manos del cadete jovencito, de rubia cabellera y de piel blanca como las doncellas de Viena. ¡Qué hermosas manecitas: llevaba en los dedos una sortija que sin duda debió de regalársela alguna señora sentimental: como que dentro del escudito se veia una porcion de pelo. ¡Pero véase qué altivo muchacho! al cortarle las manos con mi sable, no soltó siquiera un ay! nada. Pero ahora que le he despojado y colgado así encueros de un árbol, estoy seguro que llamará á la mamá.

Fué este desventurado un jóven tiroles llamado Luis Rulow; que yendo en compañía de cuatro húsares del Tirol, cayó en una emboscada de Honvoedos, ladrones, bandidos y facinerosos que Kossuth habia sacado de los presidios y asoldado para la guerra de la independencia.

Estos pues, cogieron á dicho jóven por sorpresa, y despues de haber muerto á dos de los tres húsares que iban en su compañía, querian que les dijese en donde estaba su capitan; pero el jóven permaneció mudo. Echaron mano de las puntas de las espadas, y le dieron punzadas en términos que su cuerpo por todas partes manaba sangre; pero él siempre silencioso: viendo este empeño en callar, los asesinos le cortaron las manos, le desnudaron y le colgaron de un árhol.

Aser, al atravesar el bosque, lo vió desde alguna distancia, pálido, con los ojos cerrados y los labios abiertos. Iba á acercársele por ver si hallaba medio de reanimarle, cuando vió que subia por allí con grande ímpetu una numerosa partida de caballería Siresia, la cual, avisada por el húsar que pudo escapar de los bandidos, acudian allí para escarmentarles. Este fué para Aser el último peso que hizo caer la balanza.

Una guerra tan salvaje y bestial le causó un hondo remordimiento, el cual trató de sofocar en las sublevaciones de Italia; pero se lo acibaró más y más la vista de los estragos de Viena, y por último, venció en las de Hungria. Desde aquel punto tomó la firme resolucion de romper enteramente con las sociedades secretas, peste, maldicion y azote de Dios para el siglo en que vivimos; plaga tan grande y universal, que ninguno de los siglos anteriores fué tan castigado

por la ira de la divina justicia desdelos tiempos del diluvio hasta el presente.

Bien sabia Aser que desde el punto en que dejase de ocultar semejante resolucion, su vida habia acabado, pero como fuerte y generoso, quiso anteponer la muerte á una existencia pasada entre maldades, sedienta de sangre y obstinada en el crimen. Por lo mismo aparentó tener negocios que le llamaban á Pest, y desde ahí se dirigió al Austria, y de una á otra provincia pasó por fin á los Grisones.

Desde este pais, escribió secretamente á Mimo, en Roma, participándole que á fin de gozar de algun reposo pensaba ir por algun tiempo á los pequeños cantones de Suiza, en donde, despues de tan varias y crueles vicisitudes como habian agobiado su alma, pensaba pasar algunos dias de sosiego en medio de aquellos bondadosos montañeses.

Dijo que le escribiese á Lucerna, desde cuyo punto le enviarian la carta á Uri ó á Schwitz, segun hubiese indicado á su corresponsal. Al mismo tiempo le rogaba que se marchase de Roma.

Recibió esta carta la madre de Mimo en Roma, y se la envió á Arona pocos dias despues que se habia puesto en camino, y desde aquí á Ginebra, en donde se la entregó el banquero de Bártolo. Entónces, á principios de Mayo, hallán-

dose divirtiendo Aser en los montes de Unterwalden, dando caza á los cabras silvestres y á las gamuzas, le ocurrió la terrible caida que lo precipitó y sumergió en la corriente.

CAPITULO XXI.

EL PADRE CORNELIO.

Aser, así que volvió en sí del aturdimiento que le causó su profunda caida, abrió los ojos despavoridos cual si se hallase en el oscuro y negro tártaro; extendió los brazos para cogerse de alguna cosa, y le pareció poner las manos en los lados de un féretro. Con ojos descarriados é inseguros miró en torno de sí, y se figuró estar sepultado en un gran panteon de piedra maciza ó de granito. Sobre su cabeza vió una gran roca de piedra rojiza y escabrosa; á un lado huecos y puntas salientes de la peña; á la derecha una profundidad oscura que comunicaba con otras rocas sobrepuestas, en que reflejaban algunos débiles rayos de luz, y detrás de estas otras rocas pendientes, estalágmitas y estalácticas, y por último, á lo léjos un estrecho respiradero, por el cual penetraba un rayo del sol, que se perdia y amortiguaba en las asperezas de la caverna.

Desde ese misterioso agujero, volvió Aser la vista á su sepulcro, y vió allí al pié de su féretro dentro de la concavidad de una peña, una pequeña lámpara de hierro, cuya macilenta luz le permitia ver la estrecha sepultura en que estaba metido. Pero lo que más le dejó maravillado fué divisar debajo de dicha lámpara un venerable anciano sentado en una piedra: los nevados cabellos le caian bien arreglados por las sienes hasta los hombros; su larga poblada y blanca barba, dividida en dos porciones, cubríale enteramente el pecho; su rostro algo descolorido estaba sin embargo lleno de vida; tenia los ojos dulces y serenos fijos en un libro, y movia silenciosamente los labios; pues en aquel sepulcro el silencio no era interrumpido ni aun por su respiracion lenta, tarda y comprimida.

Mirábale Aser atónito, viniéndole á la imaginacion la idea del patriarca Abrahan, en cuyo seno creia estar descansando despues de haber perdido, sin saber como, la vida; pues no se acordaba ya, ni de la cortadísima peña de la que no pudo bajar despues de la caza, ni del encorvado árbol al que se habia abrazado, ni el desquiciamiento del peñasco, ni el derrumbamiento y profunda caida que lo sumergió en los abismos del torrente. Solamente, lleno de incertidumbre y de temor, examinábase á sí mismo, y no sabia explicarse cómo se hallaba pendiente del cuello un largo rosario terminando en un

crucifijo; ni como tenia la cabeza vendada y lo mismo todo el brazo izquierdo. Sentiase el cuerpo quebrantado, con un agudo dolor de cabeza, un vivo y doloroso escozor en una pierna que tenia despellejada, con grande ardor y picazon en el muslo, que le llegaba hasta el hueso, causándole un tormento insoportable.

Aterrorizado al hacer tan funestos descubrimientos, prorumpió en un profundo suspiro, y probó lleno de afan á incorporarse: pero tan molido y quebrantado estaba, que no le fué posible efectuarlo; y sólo despues de aquel suspiro vió que se levantaba en pié el anciano, el cual se le puso al lado, le cogió suavemente la mano, y le dijo en aleman:—Animo, hijo mio, veo que has vuelto en tí de tu deliquio, pues hace cuatro horas que no has dado señales de vida, y entre tanto he permanecido al lado de tu pequeño lecho orando á la Virgen de Einsiedeln para que te volviera el uso de los sentidos, y mediante su poderoso auxilio recocobres la salud.

—¿Y quién sois vos, ángel de salud? dijo Aser con voz flaca y débil. ¿Quién os ha enviado? ¿en dónde estoy? ¿estoy vivo? y si es cierto que vivo, ¿por qué me hallo sepultado como difunto? Si en verdad estoy muerto, ¿cómo es que veo, hablo y os oigo hablar de vida y salud? Siéntome del todo quebrantado y doliente, en términos que no puedo menear ni un dedo; y no puedo acordarme de qué manera he venido á parar á tal esta-

do de enfermedad y de magullamiento.

—Es verdad, vives, hijo mio; este sitio no es una sepultura, sino una cueva, ó por mejor decir, una concavidad escondida en la parte quebrada y áspera de una inmensa caverna, que se interna llena de tenebrosos laberintos por las entrañas del monte desde el cual caiste al inferior torrente. Las aguas te arrojaron abrazado estrechamente al tronco de un árbol, que revolviéndose entre los remolinos del agua, se atascó entre dos rocas, en donde se quedó, y tú tambien. Al estruendo que hizo el peñasco en su terrible desplome, salí corriendo de la caverna para ver si acaso habia tenido lugar alguna desgracia en algun pastor ó cazador de los montes circunvecinos, y ví revolverse y atravesarse un árbol envuelto por la espuma del torrente, por entre la cual pude ver parte de tus vestidos: arrojeme al agua, me abracé á las ramas del árbol y te arranqué de él por fuerza (de tal manera estabas abrazado á él), y habiéndote sacado fuera del remolino, te volví boca abajo para que pudieses vomitar el agua de que estabas lleno, y te froté bien desde la cabeza á los piés; pero viendo que no dabas señales de vida, cargué contigo á cuestas y te llevé á la entrada de la caverna, esperando que volvieses algo de tu desmayo. Pero conociendo que esto tardaria mucho en verificarse, te llevé dentro, y subiendo de roca en roca, y penetrando de una á otra concavidad, te tras-

ladé á esta cueva desconocida de todo el mundo, á la que se llega por una eminencia, y que hace muchísimo tiempo me sirve de ermita, donde gozo de una vida enteramente separada del mundo.

—Con que ¿es posible que habiendo caido de tan asombrosa altura no me haya despedazado enteramente? Pues habeis de saber que al bajar de un altísimo peñasco, al que neciamente habia subido á cazar gamuzas, ahora me acuerdo que, faltándome la peña debajo de mí, fué tal el susto, que me desmayé, y no me acuerdo de nada más.

—Con razon te asombras, y por lo mismo debes bendecir á Dios y á tu ángel custodio que te sostuvo en medio de tan espantosa caida, puesto que al fijar yo la vista en el punto del que se arrancó la peña, me estremecí de espanto. No obstante, si exceptuamos una contusion en la cabeza, de la que fluia sangre, una pierna y un muslo dilacerado, y un brazo lleno de rasguños, en todo lo demas de tu cuerpo no hubo hueso roto ni dislocado; lo que debes atribuir á especialísimo favor de la Vírgen Santísima, y consagrarte á ella durante los dias que te queden de vida.

Entónces Aser le dijo:—¿Y cómo habeis venido vos, mi salvador y bienhechor, á vivir en esta cueva, ó mejor en esta tumba?

Entónces el venerable anciano le respondió: —Hijo mio, sabrás como soy Sacerdote católico,

y Cura de una aldea no muy distante de aquí. En el acento de tu pronunciacion me pareces extranjero, y en la medallita y pequeño crucifijo que llevas pendiente del cuello veo que eres católico; así sabe que vivo en este escondido sitio para librarme de la muerte y conservarme, si es la voluntad de Dios, para mejores tiempos para el bien de mis fieles y amorosas ovejas. En la injusta guerra que promovieron los radicales de los grandes Cantones contra el Sonderbund de los Cantones primitivos de las Selvas, me reuní al celo de las parroquias de Saarnen y de Altorf, para animar á los montaneses de Unterwalden y de Uri y de Schwitz á mantener firmes así la libertad que juraron nuestros padres en Grutli, como la fé católica, la sencillez de nuestras costumbres, y la viva y sincera piedad que fué siempre el más bello adorno y la gloria de los pequeños Cantones helvéticos de la montaña.

Sin duda tienes noticia de que, abandonados de toda la Confederacion, extraviada y corrompida por el espíritu diabólico de las sociedades secretas; sin hallar proteccion en los Monarcas católicos, que ahora degradados y escarnecidos deploran en vano su indolencia y su desidia; entregados á nuestro propio valor y pequeñez, vimos caernos encima toda la Helvecia y llenarnos de desolacion. Dios, hijo mio, en los impenetrables arcanos de su sabiduría, de su providencia y de su bondad infinita, permitió que

sus hijos fuesen vencidos por los impíos que hacen en nosotros guerra á Jesucristo y á su Iglesia; nos quiere siervos, aun cuando con el valor de nuestros mayores compramos al precio de nuestra sangre la libertad de la Suiza, que ahora nos carga de cadenas y nos atormenta en las niñas de nuestros ojos al probar por todos los medios arrancarnos del corazon la fé en Jesucristo, la veneracion hácia su Vicario en la tierra, la devocion á los santos, el amor á las virtudes cristianas y la dulce sujecion á la Iglesia.

Ahora los impíos radicales, no satisfechos con las crueles vejaciones que nos causan por todos los medios posibles, ponen sus manos sacrílegas en los altares, y amenazan de muerte á los ungidos del Señor que más afan y empeño ponen en mantener viva y ardiente en los pechos de los fieles la llama de la religion y de la piedad. Yo, por pura bondad de Dios Nuestro Señor, tuve el honor y la gloria de merecer su encarnizado ódio, y se han valido de todos los recursos para perseguirme y castigarme á causa del celo que he empleado para animar á mis feligreses á cederlo todo á los impíos, excepto su acostumbrada piedad. ¡Qué no pensaron y pusieron en práctica mis pueblos para librarme de las asechanzas, de las emboscadas, de las astucias y lazos de mis enemigos y de la Iglesia! Hasta que un viejo montañes conocedor de esta

cueva, ignorada hasta de los más osados pastores, los cuales muchas veces se han refugiado en esta caverna sin haber jamas penetrado en este escondrijo, me llevó hasta aquí una noche para que estuviese seguro.

Aquí, hijo mio, vivo hace ya mucho tiempo. estudiando y orando, saliendo en medio de la oscura noche á dar los auxilios espirituales á los enfermos, á confortarlos mediante la administracion de los sacramentos, y á animarles en la agonía de la muerte. Doy mi bendicion á los matrimonios de los jóvenes, bautizo á los recien nacidos, y algunos domingos celebro ocultamente la Misa en alguna casita, á algunos pocos y escogidos parroquianos, á quienes doy la comunion con mi propia mano entre las lágrimas que hacen brotar de sus ojos las dulzuras del cuerpo de Cristo. Cada noche viene una jóven, ó mejor un ángel, que animada de un valor divino, no temiendo las tinieblas, ni los malos pasos, ni el fragor de los torrentes, ni los aullidos de los lobos, por senderos ocultos me trae las necesarias provisiones para el dia siguiente; y te aseguro que el generoso afecto de mis feligreses me sirve de gran consuelo en esta soledad. Dicho esto, el benigno Sacerdote se acercó á una pequeña despensa, y sacando de ella una botellita de vino antiquísimo del Rhin, presentó un vaso á Aser, diciendo:—Anímate, que esto te dará fuerzas.

Aser miró fijamente á su salvador, le estrechó la mano, y llorando de ternura dijo: Beberé á vuestra salud y felicidad.—Pero no pudiendo levantar el brazo á causa de la hinchazon que le causaba profundo dolor, el buen Sacerdote púsole una mano debajo de la cabeza y se la ayudó á levantar, y luego le hizo beber con una caridad paternal. Esto conmovió más y más al jóven hebreo que era de animo tan noble. Despues que hubo bebido, díjole el Sacerdote:—No creas que quiera tenerte sepultado en esta cueva, pues necesitas espacios y muchos cuidados para curar. Cuando sea de noche vendrá Anita con las provisiones, y entónces te llevaré yo á su cabaña, en donde su madre te cuidará como á un hijo: miéntras tanto procura descansar.—Y dicho esto, el Sacerdote se volvió á sentar al pié del pequeño lecho á terminar el rezo de maitines.

Aún no habian trascurrido tres horas, cuando Aser, despertando de un poco de sueño, puso los ojos en la abertura en la que vió ya ántes la estrecha faja de luz que hacia penetrar por ella el sol poniente, cuya abertura en aquel instante dejaba entrar ciertos relámpagos que se perdian en las sombras, y que luego reaparecian y se estendian nuevamente: despues oyó un silbido, y poco á poco vió adelantarse por una separacion ó hendidura de la caverna una doncella, la cual penetró en aquella especie de tumba, lle-

vando en la mano un farol, que habia encendido en la primera revuelta de la caverna. Llevaba en la cabeza un pequeño cesto cubierto con una servilleta, la cual estendió en una meseta que formaba una salida de la misma roca. Despues se arrodilló á los piés del venerable Sacerdote, y lé pidió su bendicion. El ministro de Dios, mirándola fijamente, dijo:

—Que Dios te bendiga, hija mia, y te recompense con abundancia tu caritativo comportamiento.

Anita le cogió la mano, la besó con mucha gracia y amor, y le dijo:

—Padre, mi hermano me encargó que os diga que mañana es el cuarto aniversario de la muerte de mi padre, el cual cayó herido en la batalla de Lucerna, en el puente del Emmen, ¡y que tanto padeció! Pero murió en mis brazos, y con mi madre cerramos los ojos al pobrecillo. (Diciendo esto no pudo contener las lágrimas. Así pues, mi hermano desearia que esta noche celebráseis el santo sacrificio en nuestra cabaña. Todo está ya preparado, pues ya sabeis que soy la sacristana, y el alba y el amito acaban de salir de la colada.

—Vendré, hija, le dijo el Cura; pero tú debes adelantarte un poco, y decir á tu madre que prepare secretamente una cama en el cuarto de detrás de la cocina; pues tengo aquí un pobre cazador que ha caido en el torrente desde la

cima de un peñasco, el cual tiene necesidad de sus caritativos servicios. Mirale ahí, en mi reducido lecho.

Levantó Anita los ojos, y vió entre las sombras una cabeza vendada que la sorprendió y asustó; pero el Padre Cornelio la animó y le dijo que marchase delante, que él la seguiria luego: con que Anita se fué apresuradamente á su casa. Entónces nuestro respetable anciano, envolviendo á Aser en una esclavina, y cogiéndolo en sus brazos fué dando varios rodeos por la caverna hasta que se halló al aire libre. Luego lo colocó encima de una piedra y con toda la comodidad posible lo trasladó á sus hombros: en esta disposicion siguió un camino á lo largo del rio, despues entró en una áspera cuesta, y hallando en ella un sendero que culebreaba por en medio de una espesa selva, intrincóse en varios vericuetos y pasos angostos por entre barrancos y malezas, contento con el dulce peso de su caridad.

La luna casi llena derramaba su claridad, que penetraba por las entretegidas ramas, y á trechos veíanse ciertas ráfagas de incierta y pálida luz, que aumentaban el horror del escabroso bosque, de la sombría soledad, de los silbidos del viento por entre las ramas de los abetos y las puntas de los riscos, y del lejano murmullo de las aguas de los Alpes, que saltando de roca en roca, se abismaban en el torrente.

Aunque Aser se sentia muy doliente y quebrantado, no podia creer lo mismo que estaba viendo, que se hallase en hombros de un Sacerdote cristiano, llevado con tan sublime caridad, en medio de unas circunstancias tan horrorosas, por senderos tan selváticos y con tal riesgo: todo sin conocerle, tratándole con tanto amor, y haciendo por salvarle cuanto pudiera la más tierna y solícita madre. Comparaba semejante conducta á la desnaturalizacion de los filántropos de las sociedades secretas, al ódio que alimenta contra sus propios hermanos, amigos y parientes; al afan, la codicia de dinero y la sed de sangre de que estaban animadas; y admiraba más y más la caridad cristiana, que siempre está pronta á socorrer al que lo necesita, sin preguntar ántes quien sea; pues como vea sufrir á alguno, está dispuesta á darle auxilio.

Entregado Aser á estos bondadosos pensamientos; habiendo salido de la selva á un espacio abierto, vió encima de sí en una alturita varias luces que aparecian y desaparecian, por lo que conjeturó que estaba cerca de la hospitalaria cabaña. En efecto, dichas luces se veian por las ventanas de esta misma al pasar de uno á otro aposento. Habiendo llegado, por fin, fatigado el anciano Sacerdote á la era, le salió al encuentro Anita, y le fué alumbrando con un farol. En el umbral de la puerta estaba ya la madre, que los introdujo dentro, y con ayuda de la hija probó

á descargar al Sacerdote del enfermo jóven. Pero el Párroco, teniéndolo abrazado estrechachamente, dijo:—Permitidme, hijas mias, que yo mismo lo deponga en la cama. Vos, Magdalena, alumbradme.

Hecho esto, colocado con precaucion Aser en el lecho y bien abrigado, añadió:—Oh mi buena Magdalena: no olvideis que es hijo mio, y que os ha sido recomendado como si en él vierais la persona de Jesucristo, quien aprecia cual si lo hiciésemos á él mismo, cuanto se hace en su nombre en favor del prójimo.—Y volviéndose á Aser, dijo:—Hijo mio bendito, Magdalena te servirá de madre, y ya verás cuán servicial y bonbadosa es para los enfermos.—Dicho estó salió á saludar al viejo Guillermo, quien en su avanzada edad de noventa y seis años aun gozaba de claro entendimiento, tenia un corazon generoso, y era un padre de quien recibia consejos toda la comarca.

Encontróle sentado en un rincon de la cocina, rodeado de los sobrinos, á quienes hacia rezar las oraciones de la noche. Volfangio, tenia ya diez y seis años, era buen mozo y robusto, de modo que se cifraban en él las esperanzas de la familia; Eduardo tenia trece, Ida ó Iledeburga once, y Trude ó Gertrudis era una niñita de siete. Todos estos muchachos, pues, estaban arrodillados al rededor del tio. Este estaba sentado en un antiguo escabel de nogal con respaldo

y brazos, á modo de una silla curul; cubria sus cabellos blancos como la nieve un gorro azul. Recorria con los dedos unos rosarios de cuentas gordas de coco, largos, ensartados en hilo de alambre, muy relucientes de tanto usarlos, y que terminaban en un crucifijo de laton, en una medalla de Nuestra Señora de Einsiedeln, otra de la santa Verónica, y otras varias.

Pero este mismo hombre que ahora manejaba los rosarios, en su juventud supo manejar tambien la carabina, y las *Ave-Marias* no menguaban de un ápice el valor de su alma firme y llena de amor pátrio, de caridad y de fé. Así en 1797, cuando los republicanos franceses, en nombre de la libertad querian sujetar á esos liberalísimos cantones, fué Guillermo uno de los más animosos compañeros de Luis Redig, descendiente del vencedor de Morgarte, quien al frente de diez mil pastores de los pequeños cantones, combatió con denuedo á la perfidia republicana, del mismo modo que los hijos de estos se unieron al Sonderbund para oponerse á la felonía de los suizos radicales.

Veia Guillermo recorrer las falanjes de los invictos pastores al Cura Mariano Herzog y el capuchino Styger, del mismo modo que ahora sus hijos y sobrinos han visto al Sacerdote Cornelio (que entónces le visitaba) y otros generosos ministros del Señor, animando á los intrépidos defensores de la fe y de la libertad. Ellos bendije-

ron las armas que Guillermo y sus compañeros manejaron denodadamente en Wollrau y en Richtenschwyl junto al lago de Zurich, para romper y desbaratar á un ejército tres veces más numeroso que el suyo. Guillermo y sus compañeros detuvieron al enemigo en Kussnacht, Immensée y Mongarten, hostilizándole de continuo, y matando á los impíos regicidas desde las altas peñas, desde los barrancos y las cuevas y detrás de los gruesos troncos de los abetos, de los pinos y de los alerces, de donde jamás se disparó una carabina que no acertase el tiro.

Así, pues, este anciano, habiendo hacia algunos años dejado pacer los rebaños en los altos pastos de los montes, dedicóse enteramente al cultivo de un huerto que ocupaba los tres lados de la cabaña, y toda su delicia consistia en cultivar, podar y arreglar las plantas de modo que al extender sus ramas difundiesen sombra á los senderos. Tenia tambien mucha variedad de árboles frutales y otros de ornato, flores y arbustos de las más hermosas especies, y hortalizas arregladas á todas las estaciones, todo regado por abundantes y cristalinas aguas. Así este hombre maduro y juicioso, dirigia la casa con suma prevision, prudencia y agrado, en términos que hasta los niños le profesaban grande afecto. Del mismo modo, con respecto á los negocios comunales, á causa de su inflexible rectitud é innato amor á lo justo, por su rara discrecion y

prudencia en el consejo, y su prontitud en dar auxilio á los terratenientes, era mirado como el padre del pueblo.

Cuando llegó el Padre Cornelio al lugar en que el respetable anciano rezaba sus oraciones con los sobrinos, se detuvo algunos instantes y aguardó en pié y en silencio á que terminase: al mismo tiempo el muchacho y las niñas volvíanse de cuando en cuando á mirarle de soslayo, y Gertrudis hasta le sonreia. Entónces dijo el Sacerdote:—¿Cómo va Guillermo? ¿cómo estais?

—Los tiempos son malísimos, padre Cornelio; los radicales rugen á nuestro alrededor con la boca abierta y las uñas afiladas para despedazarnos y comernos vivos. ¿Cómo he vivido tanto tiempo para ser testigo de la servidumbre de la pátria y de la persecucion de la fé? En Wollrau recibí una herida de bayoneta en el pecho, y en Mongarten un balazo en el muslo, y no sólo no me fué dado morir en el campo de la gloria y de la fé, sino que herido como estaba continué combatiendo á los perros que querian con tal empeño arrebatarnos la libertad, nuestra Iglesia y nuestros Sacerdotes. Y ahora hé ahí que volvemos á las andadas. Al ménos en 1797 nuestros tiranos eran extranjeros, cuando ahora nos vemos despedazados por las garras de esos renegados suizos, nuestros hermanos, los cuales se llaman cristianos y nos hacen la guerra solo por

arrancarnos á Cristo del corazon; pero Cristo vive y reina en nosotros, y no permitirá que los impíos hijos del Belial de las sociedades secretas logren sus pérfidos designios.

Miéntras Guillermo estaba hablando, llegaron ora dos ora tres parientes y amigos, á fin de asistir al aniversario de Rodolfo; así que entraban besaban la mano silenciosos al Párroco, estrechaban la del anciano, y tristes y arrimados á las paredes, con los brazos cruzados y en pié rezaron el rosario. Cornelio entró en una estancia en la que habia un altar portátil, y allí estuvo confesando hasta las dos de la noche, tanto á los de la familia como á los demas.

Magdalena permanecia continuamente al lado de Aser, á quien trataba con todos los cuidados, delicadezas y atenciones que le inspiraba su alma compasiva y llena de caridad en favor del desgraciado. Primeramente le untó con ungüento simple las contusiones, le lavó con vino las partes laceradas, y puso en ellas bálsamo antiguo, haciendo en seguida los vendajes necesarios. Despues le dió un caldo sustancioso; y arreglándole el cuerpo encima de almohadas de pluma, por razon de dolerle todo él, le suplicó que viese si podia conciliar el sueño. Anita habia ya arreglado lo necesario para la celebracion del Santo Sacrificio: cogió frescas flores, con que hizo olorosos ramilletes para colocarlos en vasos de cristal de varios colores, los cuales puso en

el altar con hermosa simetría. Este, por temor de los radicales, consistia en una sencilla tabla puesta encima de dos bancos, con una cavidad en el centro para colocar la sagrada lápida. Así, concluida la Misa se deshacia todo, volviendo la cavidad hácia abajo, y sólo parecia una mesa regular de cocina. Escondian el cáliz y la sagrada piedra en un pequeño armario, hecho disimuladamente en la pared del granero.

Semejantes estratagemas vimos nosotros en Roma en los dias de la República, cuando las familias devotas y generosas daban asilo á algun Sacerdote, á fin de librarle de la cruel persecucion de los impíos. El solo indicio de uno bastaba á esos campeones de la libertad para insultar, forzar, robar y encarcelar á los que piadosamente hospedaron á algun eclesiástico. Y en efecto, el bonete del Sacerdote y el breviario encontrado en el jergon, y luego alguna carta que aclaró más el estado sacerdotal y religioso del padre Juan Pedro Secchi, le valieron ser preso y arrojado á una oscura y fétida cárcel en medio de ladrones y de estafas: despues fué trasladado á otra cárcel, y durante el largo camino tuvo que sufrir mofas, insultos y vituperios de toda especie: tuvo que verse escupido y silbado, debió oir cantares atroces, gritos de muerte y hasta la misma muerte debió ver delante de sí cuando le apuntaron los fusiles para arcabucearlo. Yo mismo, miéntras duró el sitio de Ro-

ma, que fué por más de dos meses, tuve que celebrar diariamente encima de un armario; y esto de oculto y con tantas precauciones, que dos niños de la casa, de diez y doce años, nunca lo notaron; y era cosa de ver aquella piadosa y modesta familia asistir al Santo Sacrificio, y comulgar á menudo á puerta cerrada y en medio del más completo silencio, como antiguamente en las catacumbas en tiempo de las persecuciones.

Celebrada la Misa, lo primero que hacian mis virtuosos huéspedes era quitar los adornos del altar y esconder el cáliz, con la misma cautela y ansiedad con que los ladrones ocultan el fruto de sus rapiñas: así la sagrada piedra poníanla debajo de una cama, como que formase parte del enladrillado. Cierto dia en que una turba de fieros republicanos fué á saquear á algunos inquilinos que vivian en los pisos superiores, las mujeres corrian á mi cuarto, y habiendo encontrado junto á mi cama un librito de Kempis, se lo escondieron en el pecho, temiendo que no fuese indicio de vivir allí un Sacerdote.

Estos mismos ardides piadosos y estos mismos temores tenia la bondadosa Anita, en su cabaña de la pendiente de Sarnen, de resultas de la rabia infernal que animaba á los radicales suizos, hermanos primogénitos de los radicales romanos, contra todo lo que es santo y piadoso en Jesucristo. Y hasta ahora en el instante en que estoy escribiendo, esta querida jóven continuará

teniendo oculto el cáliz y los sagrados ornamentos sacerdotales, con toda solicitud para librarlo de la rapiña y de los oprobios con que incansables los radicales atacan la devocion, la morigeracion y la religiosidad de los piadosos montañeses de los pequeños cantones de las selvas.

Cuando el Padre Cornelio terminó la Misa y hubo dado la Comunion á aquellos animosos é invictos cristianos, se dirigió á ellos, y con breves y ardientes palabras, hizo el panegírico de Rodolfo, muerto en defensa de la libertad y de la fé: habló con honor y alabanza de los demas campeones que murieron en la batalla de Lucerna, ó de resultas de sus heridas: despues con noble generosidad y cristiana sublimidad amonestó á los oyentes á perdonar á los perseguidores, y á rogar á Dios para que se conviertan los vivos, y para el descanso de las almas de los difuntos, diciendo:—En esto, amados oyentes, se diferencian los hijos de las tinieblas de los hijos de la luz, que es Jesucristo: los primeros se alimentan de vanidad, altanería, dominacion, rapiña, ódio, envidia, venganza y crueldad, al paso que los segundos sólo respiran amor y caridad. Estas dos palabras encierran todo el espíritu de la luz; en ellas estriba todo nuestro consuelo en la tierra, todas nuestras esperanzas en la muerte, y nuestra bienaventuranza eterna en el cielo. Pero no creais sin embargo que al perdonar á los radicales os sea lícito fraternizar con ellos.

Dios os libre de caer en este grande error, que el Apóstol prohibe bajo penas eternas; porque el que trata con el lobo contrae sus perfidias, y el que anda con la zorra contrae sus mañas: y estos son muy astutos, lisonjeros y malignos, tanto en sus actos como en sus palabras. Y por lo mismo que nosotros los Sacerdotes mantenemos á nuestros fieles prevenidos contra sus asechanzas, por esto claman que no tenemos caridad, que estamos animados de ódio y de venganza, y á nuestros clamores los llaman mal intencionados, rabiosos y desvergonzados. Dejémosles desahogar como quieran su despecho; pero mantengámonos separados y sin comunicarnos con ellos. ¡Ojalá que se convencieran de esta necesidad tantos jóvenes incautos, que ántes fueron inocentes y buenos cristianos, y ahora se han vuelto malos é impíos.

Dicho esto, quitóse las sagradas vestiduras, oró, levantóse, se despidió de los asistentes, y ántes de regresar á su caverna se fué poco á poco á la estancia de Aser para verle y darle su bendicion sin dispertarle. Pero habiéndolo hallado despierto, le estrechó la mano, la cual quiso besarle Aser, como vió que los demas lo hicieron; y habiéndole manifestado su deseo de que tuviese un buen descanso, y dándole ánimo y esperanzas, le prometió venir á verle á menudo en lo más oscuro de la noche. Aser le dió las más sinceras y profundas muestras de gratitud

por los beneficios que conocia haber recibido de él, y que no podia ménos de manifestarle su corazon generoso y noble. Poco despues el Padre Cornelio volvióse otra vez sólo á la caverna, y toda la familia fuese á acostar; excepto Magdalena que queria permanecer al lado del enfermo. Aser de ningun modo quiso consentirlo; pero habiéndole dicho ella misma que dormia en el cuarto inmediato al lado de Anita, y prometídole el enfermo que si algo ocurria llamaria, vino por fin en ello Magdalena, y se dió por vencida. Le arregló nuevamente la cama, le dió á beber un sorbo de agua con zumo de frambuesa, y se fué.

A la mañana, Aser, tras un breve y sosegado sueño, dispertó siendo ya muy claro, y empezó á dirigir la vista en torno de sí. Vió una estancia hecha con las paredes de madera ó de tablas bien ajustadas, formando cuadros por medio de reglas y de cornisas, con adornos muy bien combinados. Pero lo que más atrajo su atencion fué ver pendientes de las paredes y simétricamente colocadas, varias especies de armas, tanto antiguas como modernas, las que pertenecieron á guerreros de aquella casa. En la pared del lado izquierdo veíase pendiente de una clavija de boj una ballesta en perfecto estado; y debajo estaba escrito en una tablilla blanca y con los negros caractéres alemanes lo siguiente:—Ballesta que manejó Conrado el Intrépido en la batalla de

Morganten, en defensa de la libertad helvética. —Allí cerca, descansando en un escabel y arrimada á la pared, veíase una grande alabarda con la inscripcion correspondiente que decia:

Alabarda que manejó Volfango el Magnánimo en la batalla de Sempacb. Encima de dos abrazaderas de acero habia tendida una gran tizona, cuyo puño formaba una cruz de hierro adornada de plata, y la inscripcion siguiente:—Grande espada de Alberto el Nervudo, la cual usó en la batalla de Grandson contra Cárlos, duque de Borgoña, opresor de la libertad helvética.—Más allá se veia, suspendida de una especie de cuerno de gamuza, una pesada maza de hierro, cincelada con mucha regularidad en toda la extension del mango, la cual terminaba en una grande esfera de hierro con relieves, y erizada de puntas recias del mismo metal. En el extremo del mango habia una cadena por la que se ataba al brazo, del cual la tenia suspendida el guerrero cuando blandia la pica ó la espada. Debajo de esta terrible clava se leia :—Clava de Ulrico el Leon en la batalla de Morat, en la que pereció Cárlos el Temerario. Ulrico y su hermano Alberto fueron bendecidos por el beato Nicolás de Flue en su eremitorio de Rauft. La bendicion de los santos da fuerza á los valientes. En otra pared figuraban culebrinas, falconetes, gerifaltes, esmerejones, espingardas, etc., y varias armas de fuego con sus accesorios de hor-

quillas, espoletas, rejillas y mechas, usadas por los valientes de la familia en los siglos XVI y XVII en las guerras de Cárlos V y de Rodolfo contra los luteranos, en las de Flandes contra los calvinistas holandeses, y en Francia contra los hugonotes, militando siempre los pequeños cantones suizos en auxilio de las monarquías católicas y contra la herejía. Por último, vió tambien Aser la gruesa carabina del viejo Guillermo, que le sirvió contra los republicanos franceses, y debajo esta inscripcion:—Carabina de Guillermo el Invicto, en las batallas de Vollrau, Richtenschwil, Kussnacht, Immensea, Morgarten y Art, en favor de la independencia helvética en Abril y Mayo de 1797.—Finalmente, habia la carabina de Rodolfo el Atrevido, bajo la cual, por temor de los opresores radicales, leíase tan solo:—Carabina de Rodolfo, herido en la batalla de Lucerna, y muerto al hacerle la extraccion de la bala en Mayo de 1845.

Maravillábase Aser viendo unido en esos cristianos unâ fé tan entera y un valor tan constante, y se decia:—Estos sí que amando la verdadera libertad de la pátria, son magnánimos y valientes. Las sociedades secretas, bajo el nombre de libertad, aspiran á la tirania universal, y sólo cuentan en su seno almas torpes, viles y feroces, vencedores en la mentira, y valientes en la traicion.

Mientras revolvia Aser tales pensamientos, en-

tró Magdalena, y viéndole despierto, le saludó con un «Guárdeos Jesucristo.» A lo que Aser no dió otra respuesta que estrecharle la mano, cual si quisiese besársela, y guardó silencio. La bondadosa enfermera preparó nuevo bálsamo, que le dió nuevas fuerzas para la curacion de las heridas; le untó con ungüento los cardenales de las contusiones que salian al exterior rubicundos, con lo que se quitó el dolor y la hinchazon.

Despues le dió leche con azúcar, que le reanimó mucho, y le aseguró con dulces y suaves expresiones que no tardaria en estar del todo curado. Mientras tanto, si lo tenia á bien, le harian compañía las hijas con los muchachos, que dirian en comun las oraciones de la mañana. A lo que contestó Aser que se lo agradecia muchísimo, y tendria en ello la mayor complacencia.

De allí á poco, pues, presentóse Anita con los hermanos y hermanitas, que al principio tímidas y ruborosas, no se atrevian á levantar la cabeza; pero luego que vieron que Aser se sonreia mirando á Volfango, y que acariciaba á Eduardo, se animaron. Anita le saludó con las palabras habituales entre aquella gente diciendo:—Alabado sea Jesús.—A lo que Aser sólo le respondió:—Buenos dias, bienhechora mia.—Así la vivaracha Ilda, tiró á Anita del vestido diciéndole al oido:—No responde: *in Ewigkeit*

(por siempre sea alabado); ¿qué significa esto?— Anita le dió un pellizco para que callase, por lo que Ilda se puso en un rincon taciturna. Entónces Anita, habiendo hecho arrodillar á los hermanos y hermanas, y habiendo hecho cruzar las manecitas á Gertrudis, empezó á rezar el Padre nuestro, el Ave María y el Credo; y en seguida los actos de Fé, Esperanza y Caridad.

Aser se sintió sumamente conmovido viendo en aquellos sencillos corazones traslucir una piedad y devocion, tan ingénuas y cándidas como propias de la inocencia; y viendo á Volfango, ya muchacho crecido, robusto y lleno de fuego, estarse allí tambien tan humilde y reverente, no acababa de admirarse de la sublimidad y escelencia del espíritu divino que inspiraba á aquellas almas vírgenes para librarlas del torpe y abyecto ataque de las pasiones mundanas, que destruyen toda virtud, estirpan todo buen sentimiento del corazon y apagan todo buen ardor noble en el pecho Terminado el rezo; todos rodearon el lecho de Aser, haciéndole mil preguntas infantiles; y como la pequeñita Gertrudis no podia llegar á la orilla de la cama, se ingenió de modo que encaramándose á una silla quiso tambien dar su manecita al huésped; el cual le sonrió con mucho agrado. Así enredando, como niña que era, vió relucir un objeto debajo de la camisa del enfermo, y adelantando la mano no paró hasta que cogió la medallita y el crucifijo

de oro que este llevaba pendiente del cuello: de lo que se mostró muy contenta, lo enseñó á sus hermanos y hermanas, se lo aplicó á la frente y lo besó, queriendo de todos modos que los demas la imitasen.

Este rasgo enterneció á Aser en términos, que no pudo contener las lágrimas, y la niña, cogiendo la medalla de la Virgen, la acercó á los labios del enfermo para que la besase. Anita, viendo sus lágrimas, le dijo;—¿Señor, os sentis malo?

—No, respondió; pero las gracias de esta niña me conmueven sobremanera, pues veo que en esta casa la dulzura y la bondad son innatas, señal infalible de que reina en ella la gracia de Dios.—Entónces oyó que los muchachos anunciaban que venia el abuelo Guillermo, el cual hacia ya mucho tiempo que se habia levantado; pero que ántes de salir de su cuarto hacia largo rato de oracion. Cuando Aser vió entrar al venerable anciano, levantó el cuerpo, é inclinando la cabeza y alargándole la mano, le dijo:—Padre, la caridad del Sacerdote Cornelio me concedió, en medio de la desgracia que sufrí, la dicha de gozar de vuestra hospitalidad, y de la admirable familia de que estais rodeado.

—Buen jóven, le respondió Guillermo; nuestro reverendo Padre Cornelio me refirió anoche el terrible caso que te ha sucedido: yo, como viejo, inmediatamente lo he reducido á lo mo-

ral, imaginándome que tú acaso habrás hecho como tantos otros jóvenes, que arrastrados por sus violentas pasiones, tratan de encaramarse á las mortales alturas de las sociedades secretas, á caza de una insensata libertad, la que apénas alcanzan, que ya se les desliza por entre los dedos, y luego al bajar de la altura á que imprudentemente subieron, ven que es imposible, y que bajo sus piés se abre un abismo que se los traga en sus más profundos senos. Tú, hijo mio, en tu caida material, por particular gracia de María, hallaste pronto el socorro en la caridad del Padre Cornelio; al paso que á los miserables que caen en el fondo de los infernales conventículos de las sociedades radicales, sólo el brazo de un Dios omnipotente puede librarlos.

Miraba Aser al anciano, y debajo de las ropas de la cama temblaba todo su cuerpo. Habiendo advertido Guillermo su alteracion, le dijo:

—¿Cómo has venido á ser nuestro huésped?

A lo que contestó Aser:

—Soy italiano, é hijo de Verona. Siendo todavía muy jóven, fuí llamado á Hamburgo, al lado de un tio, opulento banquero, é hice varios viajes á Suecia, Noruega y Dinamarca; seguí toda la Alemania, la Italia y la Hungría, desde cuyo punto me dirigí por fin, con el objeto de dar algun descanso á mi ánimo fatigado, á los montes

de Suiza, único recinto de paz, de concordia, de verdadero valor y de verdadera libertad que existe en toda esta desventurada Europa.

—Todo debes agradecérselo á las sociedades secretas: ¿pero crees tú, buen jóven, que nosotros seamos libres? Ya habrás podido verlo esta noche, en que el Padre Cornelio ha celebrado la Santa Misa de *Requiem* para mi Rodolfo con aquel secreto con que hace años tenian los radicales sus conciliábulos en las cuevas.

Ahora ellos se reunen en público y á la luz del sol, bailando en medio de sangre y hollando ébrios las cadenas con que han aherrojado á la libertad helvética. Del mismo modo que nuestros demagogos con la libertad quisieran echar de nuestros valles la Religion de Jesucristo, así los demagogos de Roma gritan libertad en el Capitolio y esclavitud en el Vaticano. Ve ahí al Vicario de Jesucristo en la tierra, arrancado por el Arcángel San Miguel de las garras de los impíos, desterrado y errante en suelo estraño, y ya que no pudieron hincar las uñas en su sagrada cabeza, le insultan con los mayores vituperios y las más torpes infamias. Oye cuál resuenan por toda Europa los dicterios y los sarcasmos contra las frentes coronadas. Y los pueblos, ciegos en medio de semejantes excesos, se rien y hácense muecas aplaudiéndolo; y los que todavía no han logrado la inefable dicha de las sediciones y rebeliones, se deshacen para obtener una libertad

que les ahoga y revienta ántes aun de acabar de tragarla. Pero esos malvados saben azucarar tan bien el cebo y dorar tanto la píldora, que los pueblos la tragan con el mayor afan; pero apénas la tienen en la garganta que los sofoca sin que siquiera puedan exclamar: ¡Dios mio! tanto les corta el aliento y mata toda fuerza vital ciudadana. Perdóname, noble huésped, si acaso con mis palabras ensangriento más la herida de tu corazon; pero yo que hace más de cincuenta años que combato por una libertad que disfruté, y que tan cruelmente me arrebataron, no puedo contenerme. Teníamos la simple y pura democracia, en cuyos consejos cada cuál daba su voto, y todo ciudadano era Rey, puesto que era señor de sí mismo, elegia sus gobernantes y todo el mundo era igual ante el Estatuto, la ley, las costumbres pátrias y la justicia. No habia ambicion de predominio, ni afan de enriquecerse, ni acto alguno presuntuoso y tiránico: no se veia licencia, ni arrogancia, ni anhelo de sobreponerse uno á otro; pues todos éramos iguales en grado, en voto y en el escrutinio; de suerte que la eleccion de los magistrados no se hacia por medio de regalos, ni con fraude ni astucia, sino mediante el resultado franco, noble y leal de la votacion.

Siendo pobres y contentos, libres y respetuosos, dóciles y fuertes, amantes de la pátria, de la religion, del Papa y de nuestros Sacerdotes,

¿qué nos faltaba? ¿qué régimen puede darse más libre que el nuestro? Con todo, vinieron los radicales con supercherías bajo el nombre de una libertad pagana á arrebatarnos á Cristo y hacernos esclavos de Belial.

Aser por un lado sentia los mayores remordimientos; al paso que por otro se alegraba de haber tan francamente resuelto romper nefandos y mortales lazos con que desde tanto tiempo tenia encadenada el alma. Dios habia vuelto ya hácia él sus ojos misericordiosos, y sentia poderosos impulsos, y un bien desconocido que de contínuo alumbraba su entendimiento. Para animarle, añadió lo que al parecer era casual, pero que en realidad fué Providencia divina; esto es, que la gentil Anita, cada dia, despues de comer, iba con Eduardo y las hermanitas á tenerle compañía á fin de que no le dominase el fastidio y melancolía de la soledad: y como aquella era la hora en que tenia costumbre de enseñar el Catecismo de la doctrina cristiana á sus hermanos, continuaba esta santa práctica en la estancia de Aser, creyendo ingénuamente causarle placer.

Aser, incorporándose algo en la cama, prestaba profunda atencion á aquellas nuevas lecciones, y de cuando en cuando enarcaba las cejas y sentia palpitarle el corazon y uno que otro estremecimiento: ya contemplaba á Anita, tan hermosa como modesta, enteramente ocupada

en enriquecer los virginales entendimientos de los niños con la misteriosa doctrina, que á él, aunque no la entendia, pareciale un asunto tan importante y sublime, que le llenaba de admiracion y de asombro. El misterio de un Dios único en tres personas; del Verbo eterno que compadecido del linaje humano, se encarnó, descendió de los cielos, y vivió en la tierra, en la humildad, la pobreza y el dolor, parecíale tan inconcebible que el entendimiento más sutil no podia penetrarlo. No obstante, volviendo la vista al gracioso Eduardo y á la vivaracha Ilda, veia que esos dos queridos niños recibian devotamente tan profunda doctrina, y sin entenderla prestábanle no obstante la fé íntima que parecia arraigada en ellos y haber germinado con todo vigor; y no podia atribuirlo más que á una luz del alma que no hallaba él en sí propio.

Pero en lugar de dicha luz, sentia revolverse en su interior, como las agitadas olas del mar, ciertos pensamientos discordantes entre sí, que ya tristes, ya alegres, ya como rayos luminosos en medio de profundas tinieblas, le causaban sumo afan y fatiga.

Despues que al salir Anita quedaba solo; sentia una fiera lucha de felices propósitos y de malos estímulos para que continuase en el ódio á Jesucristo que le circulaba por las venas; y esta lucha y dura batalla le fatigaba tanto que

sudaba, y como para huir de si mismo, trataba de distraerse por medio de mil pensamientos impertinentes y vagos; pero luego, sin advertirlo, volvia á llamarle su corazon, que latia fuertemente, y le alumbraba con ciertos rayos de luz que le parecia llevaban consigo una dulzura, paz y consuelo, que le ponian de acuerdo consigo mismo atrayéndolo hácia el seno de Dios Recibia de esto un gozo inefable y veia reflejada en su alma la imágen de la Divinidad, á la que reverenciaba en sí mismo, y la levantaba y ensalzaba á una esfera tan noble y celeste que nunca llegó á ella su mente.

Con el trascurso de los dias, íbase instruyendo mas y mas en el Catecismo de la doctrina cristiana que Anita iba esplicando á sus hermanos; y aunque se presentaban mas claras al entendimiento del jóven las divinas verdades, con todo, su corazon continuaba rechazándolas. Cuando Anita terminaba su leccion, pedíale el librito, y aparentando preguntar á Eduardo y á Ilda las lecciones anteriores, lo recorria de nuevo, y se complacia oyendo al niño y á la niña responderle tan francamente; pero su mas agradable entretenimiento era hacer subir á Gertrudis de pies encima de la silla, y con el libro en la mano ayudarla á rezar el *Vater unser* (Padre nuestro) el Ave María y el Credo y al mismo tiempo lo aprendia el de memoria, y lo rezaba á porfía con la niñita. Anita se reia, y la bondadosa Magda-

lena se edificaba viendo un jóven tan cristiano y devoto. Pero cierto dia sobrevino un caso, que trastornó toda la familia.

CAPITULO XXII.

SOR CLARA.

Bártolo, despues de haber descendido del Simplon, como dejamos dicho, habia llegado á Vevey con Elisa y los sobrinos; y hallando sumamente agradable el sitio, estuvo algunos dias disfrutando de las bellezas del lago, en que se retrata la hermosa ciudad; recorrió sus amenos contornos, que á principios de la primavera ostentaban toda la hermosura de las plantas, árboles y flores; visitó el castillo de Chillon, situado en un peñasco aislado en medio del lago; entró en sus oscuros subterráneos, y vió dos calabozos en que el duque de Saboya tuvo entre cadenas á Bonivar, caudillo de los calvinistas y promovedor de la rebelion de Ginebra y de Losana. La alcaidesa, que era calvinista, volvióse á Elisa, y le dijo:—¡Ved, señorita, cuán crueles son los católicos! ¿Qué os parece? Esta maciza

columna con este anillo de hierro, mantenia firmes los grillos á los pies de Bonivar, quien solo podia alejarse lo que le permitia la longitud de la cadena: ya veis como del mucho revolverse por el mismo sitio, el suelo está gastado, como lo hacen las bestias que dan vueltas en torno de uña noria.

—Querida mia, respondió Elisa; todas las cárceles de aquel tiempo eran tan oscuras, estrechas y horrorosas como esta: aquí no se trata de crueldad de católicos, pues lo mismo la tenian los católicos que los protestantes.

—Ya; pero ese duque de Saboya fué más malo que un dragon.

—No hay duda que vuestro Calvino despachaba más pronto á sus enemigos quemándolos vivos en la plaza de Ginebra; y su mayor rasgo de compasion, era acabarlos con el veneno.

La alcaidesa, que no sospechaba tanta erudicion en la jóven, calló, y hacia entrechocar el manojo de las llaves, mirándola y alabando su hermosura, su talento y sus dotes de una perfecta doncella; pero en su concepto era demasiado papista é intolerante.

Bártolo disfrutó en Vevey otro agradable entretenimiento, tal que le hizo alargar su permanencia allí por algunos dias, y despues volver con frecuencia desde Ginebra. Fué el caso, que mientras que Elisa hacia muy de mañana sus oraciones y lecturas, Bártolo y sus sobrinos die-

ron una vuelta por la hermosa plaza, y habiendo dirigido la vista al lago, retiráronse al café á leer las gacetas. Allí encontraron un jóven con los cabellos bien peinados, la barba abundante y cuidada con esmero, de corta estatura y de ojuelos vivarachos y perspicaces, el cual, en actitud sosegada y pensativa, estaba como reflexionando en la lectura de varios periódicos sobre las noticias, y comparándolas entre sí, principalmente en las que hablaban del estado de Italia y de Roma.

Este jóven, que llevaba el nombre de Baltasar Mambrum, era un eclesiástico italiano y uno de los más insignes oradores de Italia, el cual, habiendo huido de las persecuciones de Romanía y refugiádose en el canton de Vaud, vivia allí como seglar, tanto en lo respectivo al traje, como á su comportamiento. Alquiló un hermoso cuartito, cerca de la habitacion de una vieja Esther, calvinista, en donde hacia algunos meses que vivia desconocido de todos.

Fué tan prudente y discreto, que nadie en la casa le sorprendió jamás rezando en el Breviario, pues para el rezo se encerraba en su estancia, y una vez lo habia terminado, metia el Breviario bajo llave en una cajita de viaje, la que guardaba encerrada en un armario.

Hallándose, pues, D. Baltasar en el café, así que oyó hablar á nuestros tres forasteros, en su habla dulce y clara conoció que eran romanos,

por lo que acercándoseles cortesmente les dijo: —Señores, estoy viendo que sois romanos, por lo que si no es en mí sobrada osadía, desearia haceros algunas preguntas acerca de los asuntos de Roma, pues en medio de estos calvinistas y rabiosos radicales es inútil hacer semejantes preguntas. Asi Bártolo como los dos sobrinos le estuvieron observando minuciosamente, y su aspecto les pareció tan noble y franco, que habiéndoles inspirado confianza empezaron á referirle por extenso el asesinato del conde Rossi y el asalto del Quirinal, hasta la secreta partida del Papa, añadiendo cuanto les habian escrito sus parientes y amigos respecto á los desórdenes, iniquidades, locuras y perfidias de los republicanos de Roma. Sobre todo ello hizo D. Baltasar tan profundas y prudentes reflexiones, que asi Bártolo como sus sobrinos le conceptuaron persona de importancia, y le preguntaron con toda urbanidad si se habia apartado de las revoluciones de Italia por alguna causa especial.

—Tal vez por la misma causa que vosotros, contestó. ¿Quién puede ver con calma trastornada y desconcertada la paz y la libertad de las naciones, encadenándolas y haciéndoles guerra juntamente los impúdicos ciudadanos bajo los nombres sagrados de paz y de libertad? Yo soy de la Romania, y aunque hombre de estudio y de retiro, no puedo sin embargo librarme del ódio, de la maldad y vengativa saña de los que ensor-

deciéndonos hace dos años gritando desaforadamente libertad, no dejan al ciudadano libre ni aun en sus pensamientos, ni en el secreto doméstico y de familia.

Así, pues, amenazado de muerte, y viendo mi casa rodeada de sicarios, pude, únicamente por un especial favor de la Providencia, escapar de sus puñales. Aquí, en un país contaminado de heregía, y gobernado por radicales, paso mis dias en paz, sin que nadie me cause la menor molestia

Continuó Bártolo por algunas mañanas probando el excelente café de Mr. Gutter y en conversacion con D. Baltasar, sin tener la menor sospecha acerca de su estado eclesiástico, hasta que viendo que era hombre tan prudente y sabio, y tan firme en las buenas y virtuosas costumbres, le convidó á su casa, en la que fué acogido con suma cortesía y agrado de parte de Elisa, la cual le tuvo por consejero en toda particular ocurrencia. A menudo, despues del almuerzo, navegaban hasta la ribera de Lossana á Morgues, á Roll, á Nion hasta Versoix, teniendo la mayor delicia en costear aquellas verdes y lozañas márgenes llenas de viñedos, de que se saca el dulcísimo Clarete, que forma las delicias de la mesa de Ginebra.

A veces, volviendo á mano izquierda, subian otra vez hasta Clarens, Montreux y Villeneuve;

ataban la barquilla al famoso escollo que parece á quien lo mira desde la desembocadura del Ródano que está flotante en el agua. En medio de él se arraigó un árbol colosal, que estendiendo sus largas y densas ramas presta su sombra á un templete construido á su pié. El anchuroso é intrincado ramaje, de un hermoso verde, hace este sitio tan bello y delicioso, que visto de lejos parece un hermoso cedro dentro de un gran vaso, el cual, como en un espejo, se retrata en las tranquilas aguas del lago.

Bártolo quiso visitar tambien la Meilliere, en donde Jacobo Rousseau, bajo la sombra de los graciosos árboles compuso su *Nueva Eloisa*. La serenidad y alegria del cielo, lo ameno de los campos, lo agradable de tanta verdura, lo florido y lozano de los verjeles, la riqueza de los árboles frutales, la cercania de las límpidas y sosegadas aguas del lago, y el lugar tranquilo y solitario, frecuentado de alegres y variados pajarillos, convidaban al grave filósofo á una paz de que no pudo gozar, pues en medio de una naturaleza tan risueña, su alma se hallaba agitada de continuo por sus impetuosos afectos.

Allí, en donde otra persona de ánimo más humilde hubiera cantado los placeres de la vida campestre, la alegria de las fiestas pastoriles, los dulces coloquios de afectos inocentes, y las suaves melodias de los cantares de las tiernas aldeanillas, el impío Rosseau no supo sacar de

unos objetos tan puros, sencillos y halagüeños, mas que ponzoña y muerte.

Elisa, al volver los ojos en derredor de las paredes de la habitacion, las vió enteramente llenas de nombres ingleses, alemanes, franceses, rusos é italianos, que, como peregrinos que visitan un santuario, querian dejar memoria de su venida; y no satisfechos aun con escribir el nombre, añadian sentencias, versos, máximas impías, nécias ú obscenas, sacadas de los escritos de Juan Jacobo: veianse tambien por todas partes en los bosquecillos y alamedas grabados en la corteza de los árboles nombres de los que tributaban culto homenaje al filósofo. De manera que este, que habia arrancado á Dios del corazon de sus lectores, fué para ellos como una deidad, á la que tributaban una adoracion idolátrica. Indignábase Elisa viendo tamaña profanacion, por lo que dijo á D. Baltasar:—Os aseguro que habiéndome Polisena dado á leer la nueva Eloisa, á la primera ojeada que eché en el prefacio del mismo Juan Jacobo, donde dice que ninguna doncella honesta puede leer aquel libro sin deshonrarse, lo arrojé lejos de mí con enojo y horror.

Sin embargo, añadió D. Baltasar, ¿cuántas doncellas seducidas, y cuántos jóvenes incautos no se alimentan aun con estas lecturas? ¿Creeis, Elisa, que tantas jóvenes como sin pudor se unieron á las legiones italianas para ir á la guer-

ra, no fueron escitadas á una resolucion tan insensata por la lectura de estos perversos escritos en que se inflaman las pasiones juveniles, los torpes amores, los agitados deseos, las destempladas esperanzas, las furiosas determinaciones, las funestos designios y toda especie de partidos desesperados?

El pecado las persigue; el remordimiento las atormenta, el corazon se les subleva, la imaginacion las arrastra y la perfidia de los corruptores las pierde; por lo tanto se hacen odiosas á sí mismas, luchando entre el pudor que las enfrena, y el ardor y afan de libertad que las arrebata; de ahí el llanto de las madres, el desconsuelo de la casa, la vergüenza de las hermanas, la tristeza de los padres, que tarde advierten su ceguedad y descuido en no darles una buena educacion, en vez de enseñarles únicamente lo que puede hacerlas brillar en el mundo cuando debieran inclinar su ánimo á la piedad, á la devocion y á la sencillez de las costumbres cristianas, único medio de preservar el corazon de las jóvenes.

—¿Pero creeis que los escritos de Rosseau sean leidos de muchos? Yo he oido decir en Roma mil veces que los libros de Voltaire y de Rousseau son prohibidos y que ya nadie se cuida de ellos.

—No lo creais, pues se leen más de lo que se piensa; y el que habla asi repite sin conocerlo

la leccion que recibió de los hombres astutos, quienes para mantener cerrados los ojos de los que debieran tenerlos abiertos propagan este error. A más de esto, sabed, Elisa, que los libros que hoy se leen por moda son la quinta esencia destilada de los escritos de Voltaire y de Roussaau, con la añadidura de una fraseología cristiana que hace más sutil, penetrante y mortal el veneno.

—No entiendo, dijo Bártolo, cómo los suizos quisieron divinizar á este filósofo guiados más bien de inclinacion á él y á sus impías doctrinas que de nobles sentimientos en favor de la verdad y de la justicia.

—Ahora, replicó D. Baltasar, sufren á costa suya las terribles consecuencias de semejante conducta; pues en sustancia el radicalismo no es más que unas deducciones prácticas de los principios sembrados por Rousseau, cultivados por los que porfiaron en admitirlos como flores dignas de embellecer sus ingenios, y no como frutos que atosigasen su sangre, corrompiesen sus humores y quitasen la vida. Pero, como era de ver, los resultados fueron contrarios á tan necias presunciones; pues amamantado con las falacias del Hombre salvaje de Rousseau, del hombre que tiene derecho de adoptar el culto que más le guste, y del *Contrato social*, no faltó en Helvecia quien con gran daño de la misma, predicó las naturales consecuencias del socialismo,

del comunismo y del panteismo. El principio de la perfectibilidad del género humano tuvo por inmediata consecuencia la felicidad ilimitada del hombre. De ahí el quitar de por medio cuantos obstáculos se opongan á ello. Y así como el primer dique es la ley divina, y el segundo la ley natural, de la que se desprende la ley humana y civil, así tambien para ser felices concluyeron fieramente con Magary «que conviene infundir en los trabajadores suizos un vivo deseo de placeres; pintandoles con los colores más apropiados á su ignorancia la miseria que los consume.»

—Verdaderamente, exclamó Bártolo, que si por un lado se aviva el deseo de una felicidad que se cifra en los goces, y en realidad no les resulta ni tienen más que motivos de afliccion, los pueblos deben arrojarse á todo para alcanzarla.

—A lo que se arrojarán nos lo dice á continuacion el mismo Magary. «Echad pues mano de todos los medios que están en vuestro poder: que se clame contra los que reinan y contra los Sacerdotes. Destrúyanse estos dos móviles de la antigua sociedad humana, y vereis luego lo que quedará de sus ruinas.»

—Aquí las malignas miras se dirigen á cortar la raíz, dijo Mimo: ahora veo lo que significa la palabra radical, esto es desarraigar hasta las últimas raices de la Religion y de la autoridad, ó

lo que es lo mismo de toda ley divina y humana. Ahora comprendo cómo desde el hombre salvaje de Rousseau se va á parar al hombre bestial de Magary.

Júntense tambien á este Santo Padre del radicalismo el poeta Harro Harring, Wilhem, Breindestein, Weitling, Schimid, Beker y todos los demas doctores que prepararon la libertad y la felicidad de que ahora goza la Suiza.

Oyendo esto Bártolo, dijo á Elisa:—¿Y hay locos en el mundo que todavia suspiran por esa libertad que nos quisiera hacer tragar Juan Jacobo? ¡Buena delicia á fe mia, felicidad de puercos y de fieras! Dejemos la Meillerie para los que tengan inclinacion á levantarse la tapa de los sesos, como el amante de la Nueva Eloisa.

Despues de haber permanecido en Verey algunos dias más, se fueron por fin á Ginebra en el pequeño buque de vapor *El Aguila*, que diariamente surca el lago Lemano, y llegados á la vuelta de Bergues, aportaron allí y se hospedaron en la posada de la Corona, en un cuartel que correspondia al lago, en frente de la islita de Juan Jacobo Rousseau: de modo que con solo asomarse á la ventana se presentaba á la vista un pequeño paraiso: pues las límpidas aguas del lago inferior, el verdor y aspecto pintoresco de los tilos que sombrean la isla y de los sauces llorones que doblan suavemente sus

espesas y largas ramas á la orilla del lago, la densidad y hermoso y tierno verdor de la menuda yerba que entapiza el prado, en cuyo centro se levanta encima de un pedestal la estátua del filósofo ginebrino; la majestad del puente de hierro que abarca los dos anchos ramales del Ródano; la hermosa variedad con que están pintadas las graciosas casitas que costean el lago á uno y otro lado del puente, y debajo de ellas unas deliciosísimas riberas, todo esto forma un espectáculo que encanta á la vista.

No hay que decir cuánto se recrearia Elisa; la cual habia colocado su mesita de labor cerca de la ventana que daba á un pequeño mirador con baranda de hierro fundido, dorado y pintado de vivos colores; y pasaba allí muchas horas leyendo ó trabajando una hermosa franja, que deseaba regalar á la iglesia católica de Ginebra para guarnecer una toalla de altar, y miéntras estaba ocupada en esta labor, gustábale oir leer, unas veces á Mimo y otras á Lando, historias así antiguas como modernas que le causaban el mayor placer.

A veces tenia puesto en el telar un hermosísimo tafetan blanco para bordar en él con colores y oro un pequeño conopeo para cubrir el copon en el tabernáculo.

Con su mucha habilidad en esta clase de delicadas labores, bordó cadenillas y lazos con hermosísima disposicion de claros y de sombras en

las verdes hojas, en los pétalos de las rosas y de los lirios, con granitos de oro que formaban preciosas espigas y otros esquisitos dibujos; de manera que parecian disputar la palma á la misma naturaleza: tan buena mano tenia Elisa en esos trabajos mujeriles, sin los que las nobles doncellas permanecen desocupadas y ociosas, y no saben cómo emplear las mejores horas del dia, como no sea en acicalarse, siendo un embarazo para las familias de sus maridos.

Bártolo, durante los primeros dias de su llegada á Ginebra, llevó á Elisa á ver las curiosidades que hay allí, las cuales son muchas y de gran mérito é importancia; y en las frescas madrugadas del resto de Abril daba á menudo algunos paseos por el contorno, visitando las numerosas y agradables quintas, llenas de jardines y de bosquecillos, sombríos recintos, viveros de peces, floridos prados, campos, cabañas y granjas llenas de ganado, sitios juntamente de recreo y utilidad; pues los ginebrinos saben unir maravillosamente lo dulce con lo provechoso, lo que deleita la vista con lo que enriquece el granero y la despensa.

Júntese á esto que esas quintas durante la primavera se alquilan á muy buen precio á los forasteros de ultramontes, con los deliciosos jardines, donde esas personas amantes de los placeres (no conociendo ni apreciando otra felicidad que la que reciben por los sentidos) gozan á su

sabor de la dulzura que les entra por los ojos ó por los demas órganos de sensacion. Para esto están rodeados de los objetos más á propósito y recorren las sendas más sombrias, los recintos más gratos, los más deliciosos bosquecillos, las chozas, los pabellones, los kioskos y los templetes cubiertos de vides, hiedra, corimbos, campanillas, balsaminas y otras enredaderas sembradas de bellas flores de varios colores, como suelen verse en las plantas de esta especie, tanto del país como exóticas.

De ahí, pues, resulta que los jardines que rodean á los edificios, unos deleitan la vista y otros al olfato despidiendo su fragancia, que penetra en todas las estancias sin necesidad de llevar á ellas jarros de flores y ramilletes.

Ademas, todo el mueblaje respira delicadeza y voluptuosidad; puesto que para esos protestantes que quieren el paraiso en la tierra, lo ordinario y lo comun no sirve para su delicadeza: los colchones no deben ser de lana bien destriada, sino de aire y que cedan suavemente al delicado peso de esos hombres voluptuosos, para quienes un lecho de rosas fuera demasiado duro. La misma elasticidad deben tener los sillones, las otomanas, las agripinas, todo debe ser con muelles, reunir todas las comodidades y satisfacer á todas las exigencias del goce: en términos, que algunos sillones terminan en un arco en lugar de piés, de modo que el que se sienta en

ellos pueda columpiarse y conciliar el sueño. Figúrese si esta gente querrá creer en el purgatorio: siéntanse encima de aire, de aire alimentan su cerebro, y en aire creen que se resuelve el alma despues de la muerte.

A Elisa, aunque acostumbrada en casa de su padre á todas las comodidades de la vida, causábale hastío ver tan refinada delicadeza y tales deleites, propios para enervar el ánimo, debilitar la inteligencia, y que abaten los espíritus lo mismo que el cuerpo, de modo que no pueden ya elevarse á nobles y generosos afectos.

Al mismo tiempo Mimo y Lando exclamaban: —¡Qué vida tan insípida la de los que pasan sus dias aletargados en esas delicias de serrallo!

—¡Oh Elisita! decian alguna vez chanceándose, qué bueno es hundirse en esta otomana (y se echaban en ella con abandono), y con un cigarrito habano estarse fumando sin pensar en cosa alguna, y

Viendo saltar ligeros cervatillos,
y los peces nadar de aqueste rio
y en el cielo volar los pajarillos!

¡Cierto que es una vida de héroes! respondió Elisa; ¿y con estas armas querrias hacer renacer la Italia?—¡Oh! si es por esto, dijo Lando, nuestros republicanos redimieron á Roma columpiándose en sillones, en cuya comparacion son nada los de estas quintas ginebrinas.

Créeme, Elisa: los triunviros y los diputados

del Capitolio se arrellanan perfectamente en ellos con la panza al sol. ¿Por ventura Mazzini no ha hecho y hace aun las revoluciones de los pueblos blandamente sentado, mientras que los que por él son incitados é inflamados, van á esponer su vida en medio de los cañonazos y de las puntas de las bayonetas y de las espadas? ¡Esta si que es habilidad! Desde Ginebra envió á hacerse fusilar en Annecy á Ramorino con sus valientes; en tanto que él se estaba pasando la mano por la barba, sentado en una agripina, precisamente aquí en esta posada de la Corona. ¿Y no echó la antorcha incendiaria de la revolucion á la Valtelina estando sentado con toda comodidad hablando de noticias? Sin embargo, visto el mal éxito, se marchó hasta que encontró otro sillon en que pudiese arrellanarse á sus anchuras. ¡Y en Milan! Mientras que Cárlos Alberto combatia en el Mincio, en Pastrengo y en Santa Lucía, Mazzini gritaba sentado:—Cárlos Alberto es un cobarde que bosteza y duerme, y sin cuidarse de la libertad de Italia está haciendo el amor á Radetzk: levantaos, milaneses, pues es necesaria la república: ¿es cosa de que hayamos de caer del yugo de un Emperador al de un Rey?

Sin embargo, apenas vió á Cárlos Alberto fugitivo de Custoza, que ni aun tuvo tiempo para decir:—Espera:—sino que puso los pies en polvorosa inmediatamente, y ¡adios Milan! que voy

á buscar otro sillon. Ahora lo tenemos en Roma repantigado en la silla pontificia; pero si se verifica lo que escriben que se sueña en Paris de que los franceses están resueltos á ir á Roma, veremos á Mazzini dar el reclamo á todas las perdices que pueda reunir en Italia y mandarlas á ser víctimas de los cazadores de Vincennes, mientras que sentado en el Capitolio enviará coronas cívicas á los valientes defensores de Roma, hasta que viendo al fin la ciudad espugnada por los franceses, cuando estos entren por una puerta, saldrá él por otra.

—Y así salvará la piel, dijo Bártolo.

—¡Oh! añadió Mimo; vos no conoceis á esos maestros de revueltas: tienen alas en los piés. Ya vereis cómo, vencida Roma, Mazzini se irá á otra parte á promover rebeliones y á hacer matar á otros millares de perdices; mientras que él se estará pavoneando en algun anchuroso y blando sillon.

A esto dijo Lando:

—Acuérdome de aquel trastiberino, que invitado por Sterbini á que fuese á combatir en Lombardía, le miró con gesto malicioso, y con aire socarron le dijo:—¿Y vos, señor D. Pedro, por qué no vais á hacer la guerra? Id, señor mio; y despues.....—Es que yo hago la guerra con la pluma, le contestó.—Pues señor, replicó el trastiberino; y los tontos van haciendo servir su barriga de tintero, en el cual los austriacos

mojan las puntas de las bayonetas. Muy bien, señor D. Pedro, conservad vos la pluma, que yo conservaré el tintero.

Elisa, con su natural candidez, y compadecida de tantos jóvenes engañados, dijo:

—¿Pero cómo permite Dios que esos conspiradores hagan morir á tantos, mientras que ellos no sólo viven, sino que son felices y prosperan en el mal del prójimo?

—No digas esto, replicó Bártolo. ¡Felices! no quisiera por cierto ser de ellos. Si viven, es porque Dios los emplea como cirujanos para cauterizar las llagas del mundo, las que sin estos hierros y estos botones de fuego se corromperia y gangrenaria el universo, que se veria contagiado por todos lados. ¿Qué ganaria el Dios todopoderoso con quitarlos del mundo? ¿Nos faltan acaso fiebres, espasmos y ataques apoplé ticos capaces de despacharlos á todos en pocos dias? Los quiere vivos para que el mundo se acrisole, para hacer mayores las pruebas de los buenos y el triunfo de la Iglesia. El por qué los deja vivir, es uno de sus inescrutables designios. Bendigámosle y adoremos y respetemos su inapeable sabiduria y providencia, que no alcanza á penetrar ningun mortal.

—Sabed, tio, dijo Lando, que valeis tanto como el Padre Onofre, y tal vez mas. Para predicador no os faltaria nada.

—Y tú para burlas, eres un portento.

Elisa, cuando estuvo un poco arreglada en su nueva morada de Ginebra, su principal deseo fué ir á ver al Cura de la iglesia católica á fin de conocerle; pues D. Baltasar le habia hablado de él como de un varon fuerte y prudente. Así una mañana, pidiendo á Lando que la acompañase, fuese por la calle de los Canónigos (1) á la iglesia. Al hallarse al extremo de la calle, y al dar la vuelta, quedó admirada de encontrar una hermana de la Caridad, la cual volvia tranquilamente al hospicio.

Era de noble estatura; su rostro, bajo del velo de la modestia, tenia cierto no sé qué de franco y varonil; sus ojos se inclinaban al suelo, pero cuando los levantaba tenian un color castaño brillante, propio para hacer bajar la vista á cualquiera que la mirase con altivez: llevaba el cuerpo derecho, y al alterno movimiento de sus pasos oscilaban las grandes y blancas alas de su escofieta, tenia las manos metidas dentro de las anchas mangas, y le pendia del pecho un delantal azul oscuro, sujeto á la cintura por medio de una lustrosa correa: á un lado pendíanle unos rosarios de cuentas gordas de coco, engarzadas con alambre; en cada gloria habia mezcladas varias medallitas, y en el remate un crucifijo de laton: en el otro lado llevaba colgante un manojo de llaves que al andar producian cierto ruido chocando entre sí.

Elisa observó que todos cuantos la encontra-

ban al paso se inclinaban y descubrian la cabeza; los niños al verla bajaban los ojos y se detenian; las muchachas le tomaban la mano, y ya las unas, ya las otras, cogian los rosarios y besaban las medallas y el crucifijo. Admirada Elisa al verlo, pensando que se hallaba en una poblacion protestante cual era Ginebra, declarada enemiga de la Iglesia romana, no sabia qué pensar de ello: no obstante, si hubiese sabido quién era la mujer objeto de tantas atenciones, hubiera cesado toda su admiracion.

Era la hermana sór Clara, célebre y tenida en alto concepto en toda Ginebra, no sólo por los católicos, sino por los mismos protestantes. El Abate Vaurin, que en los tiempos de Napoleon (cuando Ginebra formaba parte del Imperio frances y era capital del departamento de Lermano) obtuvo del Emperador una iglesia católica libre é independiente, y entró en los más osados proyectos para arrancar los dientes á esa Ginebra, que tan encarnizadamente mordia á la Iglesia romana, y que se llamaba por antítesis la Roma del Evangelio. Asi el mismo Vaurin,

---

(1) En Ginebra, aunque es país calvinista donde se derribaron los altares y arrojaron de él á los ministros católicos, el pueblo conserva los nombres antiguos de las calles; asi todavía hay las calles de los Canónigos, de San Antonio, de San Pedro, etc. Monumentos que Dios conserva para recordarles su apostasía.

sosteniendo que el Imperio frances era católico, y que como tal tenia derecho á tener allí templo y culto; tanto hizo, que logró su intento de romper los obstáculos que le oponian los ginebrinos; y aun en el Congreso de Viena de 1815 no paró hasta que obtuvo que se confirmase el decreto de Napoleon.

Como despues, con el trascurso de los años parecióle haber arraigado su plan de modo que podia resistir á nuevos embates, sintiendo que tantos jóvenes católicos no tuviesen quien cultivase su entendimiento y su corazon, á lo mejor llamó para maestros de los niños á los hermanos de la Doctrina Cristiana, y para la educacion de las niñas fué á buscar á las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul. Para que nada tuviesen que oponerle los ginebrinos, las alojó en una casa, señalándoles un barrio con puerta á la calle para recibir las educandas que acudiesen á la escuela.

Era superiora de estas religiosas, sor Clara, mujer vigorosa y animada del mismo celo y del mismo temple de alma que Vaurin. Como en los hospitales militares de Paris habia tratado de contínuo con los granaderos de la Guardia imperial y los sabia gobernar y mantenerlos á raya como el más valiente general del ejército, despues que llegó á Ginebra y echó en torno de si una mirada observadora, dijo:—Senor Abate Vaurin, aquí es necesario espacio abierto para

poder tomar vuelo, lo que jamas podrá ser miéntras que estemos encerradas en una colmena como las abejas.

—¿Y qué modo tendreis de hacerlo, dijo el Cura, cuando estos fieros calvinistas apenas nos permiten asomarnos á la ventana, cuando ménos tomar el vuelo?

—Es necesario cogerles con el cebo de la caridad: yo tengo conocimientos en farmacia; permitidme tener una bótica; sé tambien de cirugía; dejad que visite á los enfermos pobres, y yá vereis cómo acuden los ginebrinos á este reclamo.

—Condescendió el abate Vaurin, con el buen deseo de Sor Clara, la proveyó de todo lo necesario para abrir una botica, tratando de que no la faltasen las mejores sustancias medicinales, con todos los instrumentos y aparatos para las operaciones químicas y farmacéuticas. En fin, sor Clara trabajó con tal ardor en lo concerniente á la botica, como á la asistencia de los enfermos, y fué tanto lo que la ensalzaron los pobres, que hasta los mismos protestantes recurrieron á la caridad de la hermana; de suerte que no habia quien fuese herido ó contuso, por cualquier causa que fuese, que no acudiera á sor Clara. No hay necesidad de decir todo el amor, dulzura y agrado con que trataba á sus enfermos esa mujer magnánima: tenia una coleccion de bálsamos para restañar la sangre, para mitigar el

dolor, para sacar las espinas clavadas en la carne, para cicatrizar las heridas, limpiar las úlceras, madurar y hacer supurar los tumores de todas clases, que padecen los pobres por sobra de fatiga y de duro trabajo, y los ricos por demasiado alimento y ociosidad. Sabia poner perfectamente los apósitos y vendajes en las fracturas de los huesos y en sus luxaciones, lo mismo que sangrar, aplicar ventosas, enderezar por medio de planchitas de acero, tablitas y placas redondas el espinazo, que tal vez en las doncellas suele torcerse ó encorvarse, y del mismo modo sabia enderezar los piés torcidos, cualquiera que fuese esta especie de deformidad.

En las calenturas y demás enfermedades era constante en la asistencia de los pacientes, siendo incansable en sus cuidados de curar, de consolar y velar noches enteras á sus enfermos, y cuanto mas grave ó desesperado era el caso, tanto mas vivo y ardiente era el celo que la movia. Por consiguiente es imponderable el respeto, veneracion y amor que se grangeó de parte de los ginebrinos, quienes en ella veian un ángel de caridad; resultando, como dije, que la reverenciaban tanto los católicos como los protestantes, y que le profesaban un afecto estraordinario, considerándola como madre del pueblo los niños y las niñas, que la rodeaban continuamente, y besaban sus rosarios.

Viendo esto Elisa, se le puso al lado y le dijo:

—Perdonad reverenda, ¿son católicos todos estos que al veros os saludan cordialmente?

—No, contestó; los mas son protestantes.

—¿Cómo pues los niños besan vuestros rosarios y vuestras medallas?

—No es nada estraño, señorita: los niños naturalmente son católicos: y solo la falsa doctrina de sus ministros los hace herejes, lo mismo aquí en Ginebra que en todas partes. ¡Pobrecillos, me quieren tanto! Se me arranca el corazon al verlos de tan buena índole, y que luego, cuando mayores y dedicados á algun oficio, sus compañeros los pervierten, los ministros del error ingertan la herejía en sus corazones, les desnaturalizan y les apartan del bien á que estaban inclinados desde su primera adolescencia. Señorita, es menester rogar á Dios mucho por ellos: ¿sois acaso francesa?

—Soy romana, y hace pocos dias que he llegado á Ginebra; así tengo un vivo deseo de visitar la iglesia católica y de conocer al reverendo Cura párroco, que me han dicho ser persona de grande talento y de un celo ardiente para ganar almas á Dios.

—En efecto: por esto le estimaba sobremanera el abate Vaurin, apóstol de Ginebra, y asociado al admirable Marillie, obispo de Friburgo é invicto mártir de la brutalidad radical. Venid conmigo, señorita: precisamente voy á buscarle, pues tengo una enferma que tiene suma necesi-

dad de sus auxilios.—Así hablando, llegaron al hospicio de las Hermanas de la Caridad, y habiéndola introducido en su laboratorio de farmacia, encontró en él otras religiosas que curaban á varias mujeres pobres diferentes afecciones de cirujía, con ungüentos, ceratos y emplastos, siendo una edificacion ver á las jovenes novicias que acababan de salir de las dulzuras del mundo, aplicarse con tanto afecto á tratar tan repugnantes males como si tratasen con perlas y piedras preciosas, ó suaves y olorosas flores.

Maravillábase Elisa de una caridad tan sublime, que no viendo más que á Jesucristo en aquellos infelices, lo más difícil y asqueroso era para ellas una taréa agradable. Cuando vino el Cura habló con él Elisa largamente, y luego acompañándole sor Clara á visitar la iglesia, la invitó esta á que fuese á verla con frecuencia, lo que le prometió Elisa con mucho gusto.

Mientras tanto el banquero de Bártolo le remitió varias cartas llegadas, parte á Arona despues de su partida, y parte directamente de Roma. Entre las primeras habia una, como dijimos, de Aser á Mimo, en que le avisaba de su llegada á Suiza. Fácil es de ver cuánto se alegró, lo mismo que Lando, con la esperanza de volverle á ver: inmediatamente le dirigió la contestacion á Lucerna, como Aser se lo habia prevenido; pero esta contestacion fué remitida á Uri, mientras que Aser se hallaba enteramente que

brantado y enfermo en casa de la bondadosa Magdalena, procurando curar de las contusiones y desolladuras resultantes de su terrible caida. La pobre Elisa, sin querer confesárselo, tenia el corazon más enfermo que nunca, y aunque se lo negaba mil veces al dia, la desmentian los imprevistos movimientos del mismo: así que oyendo que Aser habia podido escapar de todos los peligros dé la guerra de Hungría, habiendo ella rogado tanto para que Dios le protegiese, fué extraordinaria su alegría, y dió infinitas gracias al cielo.

Sin embargo, como dueña de sus afectos, por muy inocentes que estos fuesen, procuró esforzar su ánimo y obligarle á no desear más que lo que viese ser recto, justo y agradable á Dios, sujetando á su voluntad la natural inclinacion á que la inducia la innata generosidad, nobleza y gratitud de su corazon. Así, si ántes de cuando en cuando hacia alguna visita á sor Clara, ahora que era mayor la lucha de sus sentimientos multiplicó las visitas, y de intento se entretenia en largas conversaciones.

Un dia, entre otros, viendo sor Clara el cándido y suave natural de Elisa, le dijo:—Señorita, sois italiana, y yo apenas sé balbucear vuestro hermoso idioma; por lo que desearia pediros una buena obra. ¡Quién sabe si Dios quiere que salveis una alma perdida! Y si lo alcanzais, ¡dichosa vos! La sangre de Jesucristo, derramada para

la redencion del mundo, si podeis convertir á esa alma que la desprecia, hará que brillen en vuestra frente sus eternos rayos..... En medio de otras enfermas, tengo una jóven italiana, ó mejor un dragon infernal, que está muy mala y blasfema de Dios y de los Santos como un demonio, á pesar de que empleo todos los recursos de la caridad para amansarla.

Esta mujer sirvió en clase de soldado en la guerra de la Independencia; aunque fuera esto lo ménos malo; pero desde un principio fué uno de los más atroces sicarios de la sociedad secreta; de modo que me confesó haber muerto con sus manos en Romania á varios Sacerdotes. Es tan desnaturalizada é irascible, que en el hervor de la calentura se agita y revuelve en la cama, bramando como una fiera y diciendo: —Si tuviese aquí un Sacerdote para degollarlo y beber su sangre, parece que hallaria un alivio á la sed devoradora que me abrasa.—Jamás la dejo sola, sino que de contínuo la vigila y hace compañía alguna de las hermanas; pero cuanto más la acarician, más aumenta su perversidad. Sobre todo al acercársele el Párroco ó algun Vicario, tiembla, se enfurece, oculta la cara y se revuelve como una víbora, y para no verlo siquiera se cubre la cabeza con la sábana y se echa boca abajo: tan endiablada y rabiosa es su saña contra los Eclesiásticos.

Vamos á verla Elisa: ¡quién sabe! acaso el ha-

bla natural de una compatriota pueda ablandarla, ó suavizar al menos su fiereza.

Dijo Elisa que lo haria de muy buena gana, que la acompañase y que estaba pronta á hacer lo que le pedia, con lo que sor Clara se fué. Vivia esta furiosa encima de la muralla junto á la calle de San Antonio en una casa altísima; en donde, despues que subieron varias escalas de maderas muy pendientes y oscuras, entraron por fin en un cuarto y hallaron en un miserable lecho á la desdichada. Precisamente cuando entraron, una bondadosa hermana de la caridad acaba de presentarle un brebaje, el cual no habiendo gustado á la rebelde enferma, se lo arrojó á la cara, y la paciente religiosa se enjugaba en el instante en que adelantándose Elisa, le dijo:

—Buenos dias. ¿Cuál es vuestro nombre?

—Me llamo Ursula, por la gracia del demonio, respondió. Oh hermosa señorita, á lo menos vos hablais italiano; y me alegro, porque esas monas (mas bien que monjas) me tienen aburrida con su contínuo—Ouí, Ma chére Urseline, prenez donc, calmez vous donc, y dale con donc y mas doc:—que se vayan al diablo. La lengua italiana es otra cosa: ¿y vos sois realmente italiana? ¡Viva la Italia! ¡Viva la independencia!

—Sí, hermana mia, soy romana; y habiendo sabido que estabas enferma, he venido de buena gana á hacerte una visita.

—Mil gracias, hermosa señorita: ¿cómo os llamais?

—Me llamo Elisa; hace pocos dias que me hallo en Ginebra; y mientras permanezca aquí, si no os ha de ser molesto, vendré á veros con frecuencia.

—Lo estimaré en mucho; pero ante todo, clarito, no me vengais con clérigos, que los aborrezco de muerte.

—Vendré con alguna hermana: ¡son tan buenas! Sor Clara ha sido la que me ha acompañado aquí, y me ha dicho que os quiere mucho. ¿Y vos, cómo os hallais en Ginebra?

—Yo vine desesperada. Habeis de saber que militaba en las legiones italianas, y hasta me hallé en varios encuentros con los austriacos; de suerte que en la accion de Cornuda caí prisionera de guerra con otros muchos, y me enviaron á Carintia. Como nunca quise vestir el jubon de terciopelo negro, y sayas encrespadas como las otras, cuyo traje era más propio de bailarinas de maroma que de soldados, sino que vestí un traje completo de hombre, lo mismo que nuestro alférez la señora Polisena; así tambien despues que caí prisionera, al llegar á Klangenfurt, dije que era mujer, y compré algunos vestidos con que mudé de traje. Así, pues, dejándome, como mujer, mayor libertad los austriacos que á los demas prisioneros, y vigilándome muy poco, una noche me escapé diestramente,

y atravesando campos y montes tanto anduve de uno á otro pais, que fuí á parar al Tirol austriaco; y cogiendo por los montes, sin comer más que pan y leche que me daban los pastores, no paré hasta haber pasado la frontera de los Grisones.

Allí, creyéndome segura, estuve vacilando entre dos proyectos: ó alistarme en las filas de los radicales, ó procurarme la vida mediante algunas labores, en que tengo mucha habilidad; y habiendo encontrado algunos italianos liberales militando con los suizos, me aconsejaron que adoptase el segundo partido; por lo que habiendo logrado cartas de recomendacion para cierto fabricante de paños de Ginebra, y habiéndoseme facilitado algun dinero, vine aquí en clase de bordadora de flores de oro, y de seda de colores. Con todo, hablando con franqueza, como me abandoné á la desordenada bebida de aguardiente y otros licores, se me inflamó la sangre, y hace más de un mes que me hallo enferma.

Elisa le dijo:—¿Con que habeis servido con la señora Polisena?

—Sí por cierto: era una jóven que valia un Perú, me amaba y me hacia frecuentes regalos, pues era liberal como un Rey, y franca como un cosaco; no tenia escrúpulos, sino que echaba unos votos tan redondos como una bola; por lo cual los soldados la obedecian como á su coronel. ¡Ello es cosa de verla en una batalla! Algu-

nos cívicos de alfeñique al oir los primeros tiros quedaban desmayados; pero Polisena les hacia volver en sí descargando sobre sus espaldas el hasta de la bandera y gritando:—¡Adelante, cobardes! el italiano no cede, y el romano ha de vencer ó morir.

—Y hasta algunas veces, plantando en el suelo la bandera, cogia una carabina y disparaba como el mas diestro cazador de Unterwald.

—Decidme por favor: ¿habeis tenido noticias de su paradero?

—No. ¿Acaso la conoceis? La última vez la ví combatiendo en una cruel batalla con los soldados de Nugent, y luego no he vuelto á verla, ni tenido noticia de ella; ó murió ó quedó prisionera.

—Mi querida Ursula, replicó Elisa, la valiente Polisena fué herida en la accion y por la noche murió. ¡Pero tú ignoras cuál fué su muerte! Y diciendo esto se le asomaron las lágrimas.

—¿Llorais, señorita? dijo Ursula, mirándola fijamente y sintiéndose algo enternecida. ¿Seriais su hermana, amiga ó parienta?

—Fué mi amiga mientras vivió, y aun estoy cierta que despues de muerta su alma se acuerda de mí. Pero no sabes cuán dichoso fué su fin: ¡felices nosotras si llegamos á morir con tan buenas disposiciones y con tan profundo arrepentimiento de nuestros pecados! En seguida le refirió todas las particularidades de este su-

ceso con tanta dulzura y enternecimiento, que aquella furia, no obstante su dureza, no pudo tampoco contener las lágrimas, y cogiendo la mano de Elisa la suplicó que al dia siguiente volviese á verla.

Tambien sor Clara, que entendia el italiano, quedó muy conmovida. Al dia siguiente, pues, volvió Elisa, llevando á Ursula camisas y otra ropa blanca, con algunas conservas propias para disolverse en agua; le proporcionó algun dinero y la trató con mucha amabilidad.

Así Ursula se reanimó y se amansó, hablando tranquilamente con su generosa bienhechora, de modo que de un dia á otro se le desprendian las duras escamas de su piel de dragon, que la hacia tan áspera y salvaje contra Dios y contra los hombres. Una mañana, habiendo ido Elisa muy temprano, halló una hermana que habia velado toda la noche á la enferma, y le dijo:—Hermana mia, volveos á casa, pues necesitais descanso, que yo mientras tanto haré las veces de asistenta, y decid á sor Clara que no se incomode, que yo permaneceré buen rato con Vrsula.—La monja se retiró.

Elisa prestó algunos servicios á la enferma, y viendo que sus ansias se aumentaban, le dijo con amor:—Querida, hoy se te ha agravado algo la calentura. ¿Por qué no has de ponerte en paz con Dios, confesándote? Créeme: te procuraria

un grande alivio, y luego me darias las gracias.

—No puedo, señorita, dijo Ursula; me es absolutamente imposible. Vos teneis un alma inocente, y por lo mismo no podeis comprender cuál sea la desesperacion que de continuo me roe las entrañas anticipándome los tormentos del infierno. He cometido delitos y males atroces, inauditos para las almas puras: esta mano que estrechais con tanta bondad es una mano de sangre, y cuando con las vuestras bienhechoras é inocentes me tocais, siento que se estremece todo mi cuerpo, que me hormiguea la sangre en las venas, que acude á mi corazon, y le oprime y le sofoca. Señorita, esta mano dió muerte á traicion á varios Sacerdotes, ¿cómo quereis que llame ahora á un Sacerdote para que me absuelva de tantas iniquidades? La sangre que derramé pide venganza al cielo, y no hay perdon para mí ni en este mundo ni en el otro.

—Querida, dijo Elisa con acento dulce, á pesar del profundo horror que sentia en su corazon: ¿no sabes que la misericordia divina es infinita, y que es superior á todos los pecados del mundo. ¿No sabes que al ver un corazon verdaderamente arrepentido y contrito, la piedad divina se derrite como el alma del amante en la boca de la esposa que ve espirar en sus brazos? ¡Oh! ¡Jesús te perdona, Ursula, está cierta de que te perdona!

—Señorita, Jesús me aborrece, pues que he huido de él para entregarme al demonio. Hasta el año 1840, en que tenia yo 18, despues de una mision que hicieron los Pasionistas, me habia dado al Señor, y entregado en prenda mi corazon ofreciéndole entrar religiosa en las Capuchinas: opúsose mi padre por no tener que desembolsar el pequeño dote. Al mismo tiempo, en Agosto volvió mi primo de la Universidad graduado de bachiller en medicina: frecuentaba tanto mi casa, y al fin tanto se me aficionó, tanto dijo, y tanto lloró, que no pude negarle algun amor, pues lo contrario me parecia crueldad.

Continué sin embargo frecuentando los sacramentos: el confesor me ponia delante de los ojos el peligro de alejarme del Señor; á quien no supe sacrificar el trato acostumbrado con mi primo.

Poco á poco mi devocion se fué entibiando; y de la tibieza á la frialdad, de esta á la libertad del trato y á la caida fué toda la pendiente á que me impulsó el propio peso que me precipitó en el abismo.

Luego no pude ya levantarme: el amor que tenia á mi primo convirtióse en delirio, en frenesi: los artificios de que nos valimos para ocultar mi falta, fueron atroces, estuvo en un trís que no perdi la vida. Mi primo se hallaba secre-

tamente afiliado á la Jóven Italia, y viéndome perdida por él y ciega para cuanto era su voluntad, me hizo suscribir en dicha sociedad, á la que me ligué por medio de horribles juramentos. Señorita, veo que perdeis el color y con razon; pues desde entónces fuí una hiena, y no me arredró el cometer las mayores maldades; pues que como mujer, hallándome ménos sujeta á la vigilancia de los magistrados, era el alma de todas las intrigas, conspiraciones y fraudes; procuraba la espendicion de los impresos clandestinos; tenia el depósito de las correspondencias más secretas, del dinero para la paga de los conjurados, para comprar otros, para animar á los frios, y para recompensar á los sicarios.

Yo misma en los casos más delicados servia con mi propia mano á la sociedad, desembarazándola de las personas que más la aborrecian; por lo que con mi mano dí muerte á Sacerdotes y á otros honrados ciudadanos, sin que la justicia pudiese conocer nunca al matador: pues siempre conservé un exterior honesto, continuando mi asistencia á la iglesia. Llegado el año 1848, mi primo halló pretextos para llevárseme á Roma, diciendo que en esta ciudad habia caido enfermo un hermano mio que estudiaba en la Sapienza. Allí conocí los jefes de la Jóven Italia, y me inicié en los infernales misterios de la secta; juré ódio á todo lo más sagrado. Ahora Elisa, ¿cómo es posible que me libre de la mal-

dicion de Dios, y que mi sangre misma no clame contra mí (1)?

—No, mi querida amiga, replicó Elisa toda conmovida: la sangre de Jesucristo, precisamente fué derramada para borrar la mancha del pecado. Si tu sangre llama al demonio, la de Jesucristo clama á Dios. Permíteme, Ursula, que llame á un Sacerdote: entrégame tu alma y se la disputaré al demonio.—Al decir esto se echó Elisa amorosamente al cuello de la enferma, y la besó con efusion. Ya más tierna Ursula, habiendo reflexionado un momento, y abrazando á Elisa, exclamó:—Señorita, disponed de mí.

Miéntras que Elisa y Ursula lloraban juntas y se cubrian de besos, llegó sor Clara, y Elisa le dijo:—Hermana mia, tened la bondad de llamar al Párroco.—Respondió sor Clara que hacia poco que acababa de entrar en una casa inmediata á visitar á otro enfermo. Llamáronle, pues, y despues que llegó y dió ánimo á nuestra enferma, sor Clara y Elisa se retiraron á otra estancia á orar. Despues de un largo rato salió el Sacerdote y dejó á la enferma sumamente consolada.

---

(1) De estas mujeres homicidas las hubo no sólo en Roma con Garibaldi, y con las partidas de bandidos y de sicarios, sino tambien en otras ciudades, y eran cómplices en los delitos más atroces. De los sacrilegios cometidos en aquellos dias tenemos en Ursula un nuevo testimonio.

El mal fué agravándose de dia en dia: el Párroco la asistió sin descanso, la confortó con los Sacramentos de la Iglesia, y espiró bendiciendo á Elisa que la habia reconciliado con Dios.

CAPITULO XXIII.

LA CUEVA FELIZ.

Mientras que Aser oia la leccion del Catecismo que Anita daba diariamente despues de comer á sus hermanitas, é iba recogiendo en su mente cuanto se decia acerca de unos misterios tan grandes y sublimes, haciéndoselo á veces repetir, á modo de ejercicio, ya por Ilda, ya por Gertrudis, sucedió un caso, como dejamos insinuado, que vino á turbar la calma de esta virtuosa familia. Anita, leyendo un dia, entre otros, estando presentes la madre y Volfango, la epístola de San Juan, Aser se sentó en la cama, y se mantenia apoyado en varias almohadas, tenia toda su atencion concentrada en la escena que tenia delante; escuchaba sin respirar, con los ojos fijos y sin pestañear; veia á los niños y á las niñas compuestos y recogidos escuchando las sublimes palabras del Apóstol, con las manos cruzadas y la vista baja; á Magdalena, enteramente inclinada en ademan de suma reve-

rencia, y cómo si estuviese á la presencia del mismo Dios, que hablaba en las Sagradas Escrituras.

Anita acababa de leer: que Jesucristo es la luz, que el que camina con él anda en la luz y su sangre nos limpia de toda mancha de pecado; y en seguida añadió:—Hijos mios, esto os escribo para que no pequeis; y si no obstante alguno cayese en el pecado, tenemos por abogado para con el Padre á Jesucristo, que es justo y propiciacion de nuestras culpas. Iba á continuar cuando Aser de improviso exhaló un profundo gemido, y empezó á temblar y á estremecerse, erizábansele los cabellos, murmuraba, estaba bañado de sudor, se revolvia en la cama, y daba todas las señales de la más terrible ansiedad. Corrió con afan Magdalema y le preguntó qué mal le habia sobrevenido; pero él seguia revolviéndose y debatiéndose sin contestar una palabra, y con los ojos sumamente abiertos. Anita acudió por el otro lado, y procuró calmarle, y Volfango al pié de la cama le estaba contemplando aterrorizado. Por fin, Magdalena, enjugándole el sudor y arreglándole la ropa de la cama, le dijo con indecible ternura, y como al oido, que tuviese confianza en ella, que le abriese su pecho y le manifestase sus penas.

Entónces el infeliz jóven, suspirando y con afan le dijo:—Llamadme al Padre Cornelio: ¡oh si tuviera aquí al Padre Cornelio!—Y Magdale-

na respondió:—Calmaos, señor Aser, que esta noche Anita debe traerle algunas provisiones, y le pedirá que venga: ya sabeis cuanto os ama; y aquí vendrá con mucho gusto.—Y diciendo esto le enjugó otra vez el sudor y le acarició como á un hijo, con que le tranquilizó algun tanto; y habiendo enviado sus hijos á otra estancia, se quedó con él la mayor parte del dia. Tranquilizábase un buen rato, pero luego volvia á su primera agitacion. En los intérvalos de trégua estrechaba con ambas manos la medallita y el pequeño Crucifijo que llevaba pendientes del cuello, apretábalos contra su pecho, aplicábalos en la boca y en la frente con afan, con incesante alternativa de calma y de tempestad. De ningun modo pudo Magdalena enterarse de las causas que le ponian en un estado tan fuera del ordinario, y que producian tan misterioso trastorno y agitacion.

La niña Gertrudis sacaba la cabeza por entre la puerta, y tal vez se adelantaba hasta cerca de la cama; pero viendo que Aser tenia la cara hinchada, y que la miraba fijamente, y sin sonreir segun acostumbraba, no atreviéndose la pobre niña á acercársele, corria á buscar á Ilda y lloraba.

Por la noche entró Anita y dijo:—Aser, ahora me encamino á la cueva; ¿quereis que diga algo mas al padre Cornelio?—Decidle que le espero sin falta.—¿Y nada mas?—Aser volvió á rugir, y

luego casi sofocado gritó:—¡Oh Dios, líbrame!— Por lo que asustada la jóven se fué; y durante todo el camino le pareció que tenia delante de sí aquellos ojos inmóviles, aquel rostro inflamado, los cabellos erizados y la frente contraida, creyendo oir en la negra selva aquel terrible ¡Dios mio! que pronunció Aser en medio de su delirio. En medio de esta alteracion, y toda temblando llegó á la caverna, y el sacerdote apenas la vió le dijo:—¿Qué tienes, Anita?—A lo que respondió la jóven:—Padre, ha sobrevenido á Aser un funesto accidente que le ha trastornado muchísimo: delira, os llama, tiembla y grita:—¡Oh! si tuviese aquí al padre Cornelio! ¡llamadme al padre Cornelio!

—¿Cómo es posible? hallábase ya muy mejorado; con todo, tal vez alguna de las contusiones de la cabeza se halle en estado de supuracion y sea causa de su desvarío. ¿Le sale acaso sangre por los oidos?

—No; pero suda, respira con afan, aprieta los puños de modo que parece va á sostener una lucha, tanto se agita y revuelve haciendo mil contorsiones con el cuerpo.

—Muy bien, hija: ahora voy á comer un poco de pan y de leche, y luego vendré contigo.—Dicho esto, comió un bocado apresuradamente, y enviando delante la jóven, la siguió, rogando á la Virgen que se dignase concederle la curacion de aquel hijo suyo. Llegó en medio de la noche,

y encontró á Magdalena que le esperaba á la puerta, y que en breves palabras le refirió todo lo sucedido durante el dia, añadiendo que todavía el enfermo era presa de la mayor agitacion y violencia de movimientos. El venerable Sacerdote dijo: Tú, Ana, vé á acostarte, y vos, Magdalena, esperadme en la cocina, y orad.—En seguida fuése al cuarto del enfermo.

Aser al verlo dió en un acceso de alegría, y así que el padre Cornelio se le acercó, echóle los brazos al cuello y le dijo con voz ahogada: —Padre mio, Cristo ha vencido; Cristo quiere reinar en mi corazon; Cristo borra los pecados, y está en el cielo abogando con el Padre Eterno en favor de mi miserable alma. ¡Dios mio, qué batalla!

—Calma, hijo mio, calma, le dijo el Sacerdote estrechándole la mano con una de las suyas, enjugándole el sudor y acariciándolo con la otra: tranquilizaos algo, y despues hablaremos.

Despues de haber descansado un instante sentado al lado de la cama, miró el Padre Cornelio al enfermo, diciendo:—Vamos á ver, ¿qué novedades hay?

—Una gran novedad, Padre mio, respondió Aser, volviendo la vista en derredor para cerciorarse de que estaban solos.—Padre y bienhechor mio, le dijo Aser, sabed que no puedo resistir el movimiento de la gracia que me inunda, y el demonio me ataca con furia como el tigre que se

ve arrancar la presa de la boca. No os turbeis, padre mio, yo no soy cristiano.

—Es decir, respondió el Sacerdote, que te has entregado á la corriente impiedad de los radicales; los cuales, á pesar de llamarse cristianos, reniegan de Cristo con sus obras perversas, y haciendo la guerra al culto cristiano y á sus ministros.

—Tambien soy impío, y por añadidura hebreo, no bautizado.

El buen anciano, sin desconcertarse, y con una serenidad angelical, le volvió á coger las manos y le dijo:—Muy bien; ¿pero serás cristiano y piadoso, no es cierto? Y que rabie cuanto quiera el diablo.

—El me hace rabiar á mí, padre mio, pues esta mañana, oyendo leer á Anita que Jesucristo es la luz, que lava los pecados, y ruega al Padre por los pecadores, fuí inundado de tanta luz, que tomé la resolucion de hacerme cristiano. Pero apénas acabé de tomarla, que sentí en mi mente como un torbellino que me excitaba á blasfemar tan rabiosamente de Jesucristo, que desde entónces, completamente trastornado, no he gozado de un instante de reposo. El demonio me agita con mil remordimientos y me espanta con terribles fantasmas, que me embisten, me amenazan y me oprimen de un modo terrible. Estoy con ellos en incesante lucha cuerpo á cuerpo, parando sus golpes, dirigiéndoles mi ar-

ma al costado y volviéndola en todas direcciones para herirles de muerte. Ellos rugen en torno de mí como leones, me apestan con su aliento, me horrorizan con su rostro fiero y airado, y yo les amenazo diciendo:—Cuando esté aquí el Padre Carnelio os aguardo.—Estas palabras les enfurecen más, sacan espuma por la boca, se estremecen, y se agitan como malditos.—Así os suplico, padre mio, que no me abandoneis en tan crítico trance.

—Hijo, respondió el santo anciano: aunque los demonios saquen las uñas y rechinen los dientes, no pueden arañar ni morder al que los combate en nombre de Jesucristo: y todos sus esfuerzos son una prueba de su debilidad.—Observa (y mojando el dedo en agua bendita que habia en una pila al lado de la cama, le hizo luego la señal de la cruz).—Observa como con esta arma, aun cuando hubiese una legion de ellos, huyen precipitadamente.

Aser, al oir estas palabras, cobró valor y lloraba de dulzura; entónces contó al Sacerdote que Anita, sin que lo supiese ni pudiese sospecharlo, iba todos los dias instruyéndosele en el Catecismo; y en prueba rezó Aser el Padre nuestro, el Ave María y el Credo, con los diez Mandamientos, los actos de Fé, de Esperanza y de Caridad, oyendo lo cual el Padre Cornelio, probaba una verdadera satisfaccion, y bendecia á Dios como autor de todo bien, y que por cami-

nos tan inapeables sabia conducir los hombres á los altos fines de su infinita misericordia.

En seguida Aser le contó en pocas palabras sus aventuras, diciendo que pertenecia á la sociedad de la Jóven Europa; que habia contribuido á los trastornos de Italia, de Alemania y de Hungría; y como Dios le habia iluminado al ver los inícuos proyectos de la sociedad, y los pérfidos y horribles medios que emplea para conmover y destruir todo órden divino y humano en el mundo. Aser, en su corazon, habia roto toda relacion con los impíos, y formado un firme propósito de resguardar su vida, y al mismo tiempo de no abrir la boca sino para maldecir sus funestos y malignos empeños, y de no mover la mano sino para destruir y anonadar, si fuese posible, los pérfidos planes de las infernales sociedades que son la peste del mundo.

El anciano mártir levantó los ojos al cielo, prorumpió en dulce y tierno llanto, y exclamó:

—Yo te doy gracias y te bendigo, Señor mio Jesucristo, por haber guardado para mí este inefable consuelo: ni la soledad, ni la contínua noche y el horror de los peñascos, bajo los cuales vivo sepultado, ni la furia de los tiranos que me amenazan con la muerte, pueden disminuir la alegría de mi alma. Señor, vos sabeis que la pena mayor de vuestro siervo es no poder cor-

rer como ántes en busca de las ovejas; y hé aquí que me enviais á mi cueva un leon para que lo convierta en cordero; un gavilan para cambiarlo en paloma.—Dicho esto, y viendo que Aser tenia entre sus manos el Crucifijo de oro, se lo tomó y se lo aplicó á la frente diciendo:—Que esta cruz te bendiga en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Esta cruz que llevas pendiente del cuello (no sé por qué causa), y esta imágen de María, que acaso mirabas como un amuleto contra hechizos, fueron para tí un escudo de diamante en los ataques que te dió el infierno. Continúa, Aser, estudiando el Catecismo; que yo te traeré otro libro precioso; no digas á nadie quién eres, aguarda á que estés curado, y tén confianza en la dulcísima Madre de Jesucristo..... ¿Pero cómo ha sido que la lleves pendiente del cuello?

—Padre mio, fué una jóven cristiana, un ángel á quien salvé la vida, que me la dió como piadosa recompensa cuando salí de Roma para una guerra, que fué tan desgraciada como era injusta. Despues, el pequeño Crucifijo me lo dió una pobre moribunda que espiró besándolo en los campos de Curtatone: yo, aunque hebreo é impío, porque amaba á la una y tuve compasion de la otra, puse, sin quererlo, al cuello los signos de mi eterna salvacion.—Nuevo motivo, respondió Cornelio, para adorar los admirables secretos de la divina Providencia, la que se vale á

menudo de ligeras, y á veces de contrarias causas para llegar á sus altos fines. Ahora descansa tranquilo, y procura desde mañana en adelante acompañar, á lo ménos con el entendimiento y el corazon, las oraciones que vienen á rezar los niños cada dia en tu estancia.

Dicho esto, salióse; y habiendo encontrado á Magdalena ansiosa de saber noticias acerca del repentino trastorno del enfermo, le dijo:—Hija mia, nuestro enfermo se halla tranquilo; si le vieseis pensativo, habladle de Dios; procurad no dejarle sólo mucho tiempo: ¿qué quereis? es jóven, extranjero, de alma generosa; y los jóvenes tienen momentes terribles; son como la fiebre del leon, que en ellos sólo se calma mediante la oracion: oremos, pues, Magdalena, y esperemos. —Esto dicho, la saludó, la dió su bendicion, derramó agua bendita en el cuarto del viejo Guillermo y de los niños, y se fué tan consolado, que la alegría no le dejó ver que una ráfaga de viento mugia en las escabrosidades del monte con truenos que retumbaban por los cóncavos valles, y así fué atravesando la selva hasta llegar á su retiro.

Aser, aunque sosegado, hallábase no obstante pensativo, y los niños, que naturalmente son muy sagaces en descubrir y penetrar los íntimos sentimientos de los que hablan con ellos, conocieron que Aser experimentaba en el fondo de su corazon un cambio que se le traslucia en

los ojos y en el semblante. Por lo mismo Ilda y Gertrudis, parecia que redoblasen sus inocentes caricias, buscando todos los medios para distraerle de su tristeza; y ya la una, ya la otra, traianle del jardin ramilletes de flores, que arreglaban en vasos, ó las deshojaban y cubrian con sus hojas el lecho, principalmente de pétalos de rosa y jazmin. Volfango salia á cazar con su escopeta, y ya regresaba contento con un par de faisanes monteses, con una liebre y hasta con un gamo, contando al enfermo todos los lances de la cacería con increible gozo de este último.

Tambien Anita, que segun la costumbre de las muchachas del pais era muy diestra en encaramarse por las rocas y peñas del monte, habiendo visto un nido de francolines, en un hueco de alto risco, se encaramó y cojió el nido, y poniéndolo en su delantal lo presentó á Aser, siendo los pequeñuelos bastante crecidos; de modo que el color amarillo del pico iba cambiándose ya en un reluciente color de coral y empezaba un bello plumaje á sustituir á su lanosa peluza. Aser los acarició y dijo á Anita que se los criase.

En medio de estos dulces pasatiempos, no menguaba un punto en nuestro enfermo la aplicacion con que estudiaba el Catecismo, y gozaba de la conversacion del viejo Guillermo, á quien hacia varias preguntas acerca de las prácticas cristianas, y le escuchaba con tal atencion, que ni respiraba ni pestañeaba. El buen viejo, viéndole

tan afable y atento, mezclaba en la conversacion mil ejemplos de aquellos montañeses llenos de fé y de cristianas virtudes, refiriéndole las antiguas tradiciones helvéticas del altísimo monte de Pilatos, de sus torbellinos, truenos, rayos, granizo y humareda de que está rodeado; de la maldicion que Dios fulminó sobre las cimas de aquel abismo al que se arrojó Pilatos despues de haber condenado á Jesús, para hundirse en las cavernas del infierno. Le contó la historia del ermitaje de Nuestra Señora, llamada precisamente por esto la Vírgen de Einsielden; la de las ocho columnas del templo de Sachslen; y sobre todo, la de Nuestra Señora del Pasajero.

—Hijo mio, díjole una vez: no lejos de aquí existe un santuario de la Vírgen de la Ayuda, situado en la hendidura de una altísima peña que ántes se llamó el hoyo del diablo.

La entrada de este hoyo ó profundidad tenia las orillas formadas por la misma roca, y tan estrechas, cortadas desigualmente y escabrosas, que apénas podia entrar el pié por el agujero que formaba dicha entrada: encima de ella estaban suspendidos enormes peñascos, tan resquebrajados, inclinados y sobrepuestos unos á otros, que á cada instante amenazan derrumbarse y dejar aplastado al pasajero. No obstante, siendo necesario pasar por este sitio para trasladarse al opuesto monte, era un paso sumamente peligroso, y muchos viajeros al hallarse en medio del

desfiladero eran arrojados al abismo por el desplome de alguna roca. Es fama que los demonios hacian continuamente centinela en aquel mal paso, y unas veces bajo el aspecto de gigantes amenazaban al viajero; otras en forma de buitres le rodeaban con gran ruido de alas; otras en figura de lobos aullaban y saltaban de roca en roca con la boca abierta para despedazarle; de este modo, asustado el pasajero, dábanle vahidos y resbalándole el pié se precipitaba en el abismo, rodando por entre las puntas de las rocas y barrancos hasta que se hacia pedazos y era pasto de las rapaces águilas. Cuando no podian vencer su firmeza por estos medios, se valian de otros, llenando el cielo de rayos, truenos, ventiscas y tempestades, que parecia que se iba á hundir el monte.

Tales sucesos tenian tan amedrentados á los montañeses del contorno, que no sabian qué hacer, cuando un viejo pastor lleno de fé, gritó:—¿Conque hemos de dejarnos aplastar todos por los demonios en aquellos negros abismos y profundos barrancos? Coloquemos la imágen de María Santísima en el paraje más horrendo de estos precipicios: sólo María puede afirmar el suelo bajo los piés de los pasajeros.—Todos convinieron en esta idea, y algunos albañiles, despues de haberse celebrado una Misa, la cual oyeron, se entregaron á tan arriesgada empresa. Así sostenidos por medio de unas cuerdas, ó por

medio de troncos ó agarrándose con grapones de hierro, fueron ahuecando en la peña, hasta que hubo espacio suficiente para una capilla; y habiendo levantado paredes alrededor, erigieron un altar y pusieron en él la bendecida imágen de Nuestra Señora, la cual por esto se llama del Pasajero.

Pues desde entonces juntáronse las peñas, se arraigaron y consolidaron, de manera que nunca más se desmoronaron y faltaron bajo los piés de los transeuntes. Así pues, tú, hijo mio, que caiste de tan alto con la peña y el árbol en que estabas cogido, cuando estés bien curado es preciso que visites á Nuestra Señora del Pasajero, por cuya proteccion dejaste de morir destrozado en el abismo.

Cada dia se notaba en Aser una visible mejoría, y al mismo paso se animaba su fé; así habiéndole examinado el Padre Cornelio de doctrina cristiana y hallándole bastante instruido, le pareció que no podia dilatar más la administracion del sacramento de vida eterna. Aser le habia pedido por favor que esto se hiciese de modo que aquella hospitalaria familia no viniese en conocimiento de que habia albergado en su casa á un judío; y así el Sacerdote ideó el modo de efectuarlo tácitamente y en secreto.

Ya hemos dicho que un pastor tenia conocimiento del escondite del anciano Sacerdote; pero halló á dos viejos, y bajo palabra de guardar

secreto les condujo á la caverna, y de allí por medio de revueltas hasta el pequeño recinto en que tenia su retiro, y les dió cita para la noche siguiente y los despidió.

Despues que vino Anita á traerle el cesto de provisiones como de costumbre, le dijo el Padre Cornelio:—Hijita mia, Aser se halla en muy buen estado. y tiene ya bastantes fuerzas; por lo mismo, haz de manera que mañana á la noche venga contigo hasta la entrada de la caverna, en donde le estaré aguardando. Tú lo dejarás conmigo, y te volverás á decir á tu madre que no se moleste esperándole, que yo volveré á acompañarle despues de la media noche. Dios te bendiga, Anita, y te recompense tu caridad.—A la mañana siguiente arregló el ministro todo lo necesario para el bautizo: cerca de la lámpara colocó un crucifijo, y á los piés del mismo una Vírgen: encima de una salida de la peña puso el vasito del sagrado crisma, la sal y el velo, y á otro lado la pila del agua lustral, y una concha para recogerla y derramarla en la cabeza del neófito.

Aser se despertó y levantó tempranísimo; de modo que Magdalena, oyendo que se levantaba, y acechando por la puerta, lo vió de rodillas orando delante de una Vírgen de los Dolores (que estaba suspendida cerca de la cama), en la cual tenia clavados los ojos y derramaba abundantes lágrimas, que excitaron las de Magdale-

na, profundamente enternecida. Cuando las niñas estuvieron levantadas, quiso Aser rezar con ellas las oraciones de la mañana, y con Ilda y Gertrudis repetia los Misterios, los Preceptos y las explicaciones del Credo, los Sacramentos y las Obras de misericordia. Salia al huerto y se paseaba mirando al cielo, despidiendo á menudo suspiros y exclamaciones que se oian desde la casa; y Gertrudis cogia algunas rosas y corria retozando y arrojándoselas, á fin de alegrarle, por cuanto le creia poseido de profunda melancolía; pero viendo que se sonreia y la acariciaba, quedaba contenta, y saltaba y brincaba á su alrededor. Luego en la comida, viendo que no podia probar bocado, todos le animaban á que comiese, presentándole ya uno, ya otro manjar con entrañable cariño, mientras que Magdalena estaba tácitamente reflexionando sobre tal novedad, pues le pareció ver una extraordinaria conmocion, efecto de algun oculto y misterioso suceso que no podia ella adivinar.

Llegada la noche, habiéndole Anita dicho que se arreglase y dispusiese para salir, entró Aser á ver á Magdalena para decirla que la visita que iba á hacer al Padre Cornelio era para él causa de la mayor satisfaccion y alegría; le estrechó la mano, se la besó afectuosamente humedeciéndola con una lágrima, la cual conmovió en gran manera á aquella piadosa mujer. Luego que salieron Aser y Anita de la caba-

na y se dirigieron por el bosque, decíale aquel: —Rogad por mí: ¡oh, qué bueno es el Señor!

Y Anita lloraba y oraba sin saber por qué, aunque experimentaba una grande dulzura interior. Por fin, llegados á la entrada de la caverna, se adelantó silenciosamente el Padre Cornelio, saludó y dió gracias á la bella jóven. Cojió á Aser por la mano, y sin hacer ruido subió de una á otra cavidad, y de uno á otro agujero, hasta que llegaron á la pequeña cueva; y dando vueltas alrededor de esta, llegaron á la estancia feliz en la que Aser debia ser regenerado en Jesucristo.

Encontró allí á los dos pastores en actitud séria y devota, á quienes dijo el ministro:—Hijos mios, Dios en nuestro sepulcro quiere resucitar para la vida eterna á este venturoso mancebo: aquí en medio de esta desnuda cueva, en medio del nocturno silencio, y en la escabrosidad de estas peñas, se han reunido los ángeles de Dios para acompañar al Espíritu Santo que está á punto de descender de los cielos para infundirse en el alma de este jóven bendito. Todavía no está bautizado, y vosotros sereis sus padrinos y testigos en la sagrada fuente.—Luego, dirigiendo á Aser una breve exhortacion á fin de reanimar más y más su fé, repitiéndole las instrucciones que ya le habia dado las noches anteriores, puesta la estola y vuelto hácia el catecúmeno, le dijo:

—¿Qué solicitas de la Iglesia de Dios?

—La Fé, respondió.

—¿Qué te otorga la Fé?

—La vida eterna.

—Si deseas, pues, entrar en la vida eterna, cumple los mandamientos: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con todo tu entendimiento, y al prójimo como á tí mismo.—En seguida sopló tres veces en frente del catecúmeno, y dijo:—Sal de este jóven, espíritu inmundo, y haz lugar al Espíritu Paráclito. —Despues le persignó en la frente y en el pecho, diciendo:—Recibe la señal de la cruz así en la frente como en el corazon: toma la fé de los celestiales preceptos, y sé tal en tus costumbres, que te hagas digno de ser templo vivo de Dios. —Luego, añadiendo las protestas de los adultos, le impuso las manos en la cabeza orando; y bendiciendo y exhorcisando la sal, le puso cierta cantidad en la boca, diciendo:—Cornelio, Aser, María, recibe la sal de la sabiduría, y que sea para tí propiciacion de vida eterna. Amen. La paz sea contigo.

En seguida de haber exhorcisado al demonio y dícholo:—Yo te exhorciso, ó espíritu inmundo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, sal y abandona á este siervo de Dios; y amenazándole en nombre de Dios omnipotente, persignó á Aser diciendo:—Por esta señal de la santa Cruz que pongo en tu frente, guárdate, maldito, de atreverte jamás á violarla.

Despues de haber cumplido con estas y otras tremendas ceremonias, dijo:—Cornelio, Aser, María, ¿renuncias á Satanás y á todas sus obras?

—Renuncio, contestó Aser, y lleno de una santa indignacion, añadió:—Y renuncio no solo á Satanás, sino á los diabólicos juramentos de las sociedades secretas: á sus inicuos intentos, á los pérfidos medios que emplean, y me desdigo, rompo, huello, abjuro, detesto, abomino y maldigo cuantas promesas, lazos y sacrílegos juramentos hice en los conventículos de los impíos enemigos de Dios y de los hombres.

Los dos montañeses, al oir estas palabras, quedaron horrorizados, y se miraban uno á otro temblando; pero el ministro, levantando algo la voz, continuó:—¿Crees en Dios Padre omnipotente, criador del cielo y de la tierra?

—Creo.

¿Crees en Jesucristo su único hijo, señor nuestro, que nació y padeció?

—Creo.

—¿Crees en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia católica, en la remision de los pecados, en la resurreccion de la carne y en la vida perdurable?

—Creo.

—¿Quieres ser bautizado?

—Sí, quiero.

Luego, el Padre Cornelio le bautizó conforme

al rito, y despues le dió un abrazo con toda la efusion del corazon, y le anotó en el libro de bautismo, é hizo firmar á los testigos llorando de ternura.—¡Oh! exclamó, ¿cómo en vez de dos testigos, que por ahora no deben hablar de lo que han visto, no tengo aquí presentes á todos los cantones de los bosques, y lo que aún fuera mejor y más saludable, á todos los radicales de Suiza? ¿Cómo no ven estos cuán dulce es volver al seno de Jesucristo, gozar de su divina gracia, animarse en el Espíritu Santo, vestir la cándida túnica de la inocencia y beber el agua de vida eterna? ¡Miserables! ¡Estando en su mayor parte ya bautizados, perjuran á Dios para entregarse al demonio! ¡Jesucristo les hizo libres dándoles la libertad de los hijos de Dios; y ellos, cambiando tan noble y escelsa libertad por la libertad carnal de los jumentos y de las fieras, se hacen esclavos de Satanás, y se vuelven perversos como él, en daño de la Iglesia y de todo órden social!

Dicho esto, el santo y venerable Sacerdote tomó por la mano á Aser, y le condujo con los dos montañeses hasta la entrada de la caverna, en donde los despidió dándoles su bendicion; en seguida acompañó al neófito hasta la casa de Magdalena, á donde llegaron muy ántes de la media noche. Anita, que habia pedido á su madre que la dejase esperar la llegada del Padre Cornelio, se adelantó modestamente, presentó á

los huéspedes algun refresco; y el Padre Cornelio con alegria le dijo:

—Muy bien, hija mia; has obrado perfectamente trayéndonos algo con que restaurar nuestras fuerzas, lo cual nos servirá de cena; pues has de saber que en mi cueva no uso otra cena que esto.—Viendo las dos mujeres tanta alegria como brillaba en los rostros así del ministro como de Aser, y particularmente de este último, cuyos ojos despedian rayos de gozo, quedaron pasmadas sin atreverse á dirigirles más preguntas. Entónces el Padre Cornelio dijo á Anita:

—Tú, sacristana, harás de modo que mañana esté arreglado el altar, y vendré á celebrar la Misa, y á daros la Comunion, pues termina el mes de María, y debemos darle las gracias por la curacion de nuestro amigo Aser, y satisfaceros mediante el convite celestial la hospitalidad y caridad que con él habeis usado, puesto que desea volver pronto á sus negocios.

—Las buenas cristianas, al oir semejante nueva se entristecieron y prorumpieron en llanto; pues sentian muchísimo que se marchase tan pronto; y tanto rogaron, que cedió á sus tiernas súplicas de que permaneciese aun un par de dias en su casa. Despues de haberles hecho esta promesa, el Padre Cornelio se despidió, y los demas se fueron á acostar, excepto Aser, que tenia el corazon tan lleno de celestial consuelo, que pasó toda la noche en oracion, suspirando

dulcemente y dando gracias á la bondad divina de haberle librado de la muerte del cuerpo y del alma por los medios paternales de su Providencia. La noche siguiente comulgó en la mesa del Padre Cornelio, y fué tanta la conmocion de su alma al recibir en su interior al cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, que no hizo más que llorar, excitando al propio tiempo las lágrimas de los circunstantes, en especial del viejo Guillermo, quien despues de concluida la Misa decia:

—¡Oh Santa Madre de Dios, esperanza y auxilio de los cantones católicos! haz que nuestra juventud sea tan fervorosa como este nuestro huésped, y no tendremos que temer el furor y cruel tiranía de los radicales.

Anita habia ya arreglado una cama para el Padre Cornelio, rogándole que tuviese la complacencia de pasar con ellos la noche y el dia siguiente; que no dudase que la Virgen le protegeria y guardaria de las asechanzas de los radicales; que Volfango haria la ronda en el bosque, y Eduardo alrededor de la casa, y que todos estarian de centinela; que de todas maneras ella tenia un escondite dentro del pajar, el cual nadie fuera capaz de descubrir.

El Padre Cornelio respondió:—Di más bien bondadosa jovencita, que Dios oirá tu inocencia; y es tan grande el consuelo que tendré en pasar algunas horas en compañía de Aser, el cual pron-

to nos dejará, que lleno de confianza en el Señor me quedaré de buena gana.

Dicho esto, las mujeres se retiraron á dormir, miéntras que el Padre Cornelio pasó gran parte de la noche al lado de Aser, instruyéndole en las prácticas de la vida cristiana, las cuales anotaba el jóven en un libro de memorias. Luego Aser le dijo:—Padre, demasiado conozco las perfidias de las sociedades secretas, las que juran la muerte del que se retira de ellas por cualquiera causa que fuere, y con muchísimo más encono si se sale de ellas por abrazar la vida cristiana. Yo sé casos terribles y atrocidades propias de fieras cometidas en más de una persona, principalmente en jóvenes, quienes muchas veces saliéndose de quicios y tomados del vino en parajes públicos hablan sin discrecion á sus compañeros descubriendo en confianza amistosa uno ú otro secreto: pero, á la hora que están más descuidados les traspasa y mata el puñal de un sicario.

Un iniciado que se le vea en compañia de un Sacerdote de celo y de saber, es considerado como reo de alta traicion; y un generoso jóven conocido mio, el cual, aunque pertenecia á la Jóven Italia, y tenia en la misma un grado importante, como no se abstenia de acompañar en público y dar el brazo á un pariente suyo octogenario, arcipreste de una catedral, una noche que se paseaba sólo, se le echó encima un sicario,

que estaba escondido en una maleza, y le mató de un pistoletazo. ¿Pero qué necesidad tengo de citar casos particulares? Yo mismo, que por mi gran desenvoltura he ejercido varios destinos en la sociedad, y estoy enterado de sus más tenebrosos misterios, sé que difícilmente podré librarme del hierro, del fuego ó del veneno (1).

—¿Pero quién podrá, dijo el Padre Cornelio, venirte espiando tan de cerca que pueda saber que has abjurado tan execrable sociedad? Guárdalo para tí, y esto basta.

—No bastara aunque me sepultase toda vida la en vuestra tumba; pues tienen ojos de lince, y todo es claro y patente á esos satélites del demonio: el haber abandonado de repente la guerra de Hungria, haber venido á los Cantones de Sonderbund, son cosas que no pueden ocultarse á esos hombres astutos; y aun en este instante en que estamos hablando, ¡quién sabe cuántos me siguen los pasos!

—Hijo mio, ten confianza en Dios; no hagas, como decia el Apóstol, tu alma más preciosa que tú, y no temas á los que solo pueden matar

(1) En las *Memorias de Leonello* (que el autor está publicando en la *República romana* y que sirve de apéndice al Hebreo de Verona) se ven expuestos prácticamente los inícuos misterios de las sociedades secretas y los medios que emplean para destruir á los que las abandonan por convertirse á la Iglesia.

el cuerpo, pero no tienen poder para dar muerte al alma. Anda prevenido, mantente en la gracia del Señor, ofrécete á él todas las mañanas y todas las noches, y vive tranquilo.

—Padre mio, no solo no me espanto, sino que me tendria por dichoso muriendo en el ódio y en la venganza de esos miserables; por lo mismo he resuelto vivir públicamente y con franqueza como cristiano, y suceda lo que suceda. Vos rogad por mí, y recibid las gracias que os doy de todo mi corazon por el beneficio de haberme vuelto la vida, y más aún la salud eterna que he recibido de vuestra caridad, y ojalá que nuestro Señor Jesucristo os dé la recompensa igual á vuestro merecimiento.

El santo Sacerdote le echó los brazos al cuello, le besó paternalmente y llorando le bendijo: despues se retiraron á tomar algun descanso. Fué aquel dia una fiesta para toda la familia. Anita preparó la cantidad necesaria de manteca, miel y natilla. La comida fué espléndida, y entre las viandas figuró un gamo muerto á manos de Volfango, pichones sacados del nido por Eduardo y otras carnes en abundancia. Llegada la noche, el Padre Cornelio salió ocultamente para que el amor que tenia á Aser no venciese su resolucion de no permanecer más tiempo; llegó á la caverna, y otra vez ocupó su cueva.

¿Quién podrá explicar el sentimiento que tuvieron dos dias despues los generosos huéspe-

des de Aser cuando este se despidió de ellos, las caricias de los niños, los halagos y gracias de Ilda y de Gertrudis, las calladas lágrimas de Anita y los suspiros de Magdalena, á quien le parecia que iba á perder un hijo querido? El anciano Guillermo, estrechándole en su pecho. le dijo:

—Aser, tú has traido la bendicion sobre mi familia, ve y que Dios te acompañe y la Vírgen te proteja y te libre más bien de la libertad que del furor de los impíos; tú eres jóven, valiente y osado: únete á los defensores de la Iglesia; jura en tu corazon ódio y guerra á los dogmas de la impiedad; los impíos no pueden tener dicha jamás.

Aser les prometió que volveria á verles, aceptó que Volfango y Eduardo le acompañasen por espacio de una legua, y luego se despidió de ellos, á fin de no alejarlos demasiado de su casa. Llegado Aser á Svitto, encontró allí las cartas que le enviaban de Lucerna, y entre ellas la de Mimo, que le escribia desde Ginebra, en la que le daba noticia de su llegada con Bártolo, Elisa y Lando, con lo que ya es de suponer cuanto le palpitaria de contento el corazon. Inmediatamente contestó Aser á su amigo, refiriéndole su descenso y despeño de la roca al torrente, y su milagrosa salvacion, con todas las circunstancias del caso: en seguida decíale que ántes de mediados de Junio iria á verlo: que entre tanto tu-

viese la complacencia de entregar, junto con sus humildes respetos, el incluso billete á Elisa.

Esta, cuando Mimo le entregó la carta se aturdió, y se puso colorada y pálida sucesivamente; despues fuese á su padre y le pidió permiso para abrirla. En efecto la abrió, y viendo la firma de Aser, estuvo vacilando y sin atreverse á leerla. Al fin se resolvió á ello, y palpitándole el pecho leyó lo siguiente:

«Señorita:

»Estoy seguro de que extrañareis muchísimo que me haya atrevido á escribiros; pero os estoy tan obligado, que me consideraria el hombre más ingrato del mundo si no os manifestase el más profundo agradecimiento de que es capaz mi corazon. Elisa, vos en Roma me hicisteis presente de una medallita de oro para que la llevase conmigo en memoria de haberos salvado en la funcion del Foro de Trajano. Fué para mí un objeto precioso que ni un instante he separado de mi. Pero la imágen de María que en ella hay impresa, me ha servido de un poderoso escudo en medio de mil peligros, y principalmente en la terrible caida que hice al desgajarse una peña bajo mis piés, con la cual fui despeñado á un profundísimo abismo. De él me sacó un santo Sacerdote; de modo que á esta caida y á la sublime caridad de ese ministro de Dios debo el conocimiento de la vida eterna.

»¡Oh Elisa! ¿me permitireis que venga á turbar un instante la pureza, el candor y la piedad de vuestra alma, á fin de que luego le haga probar la alegria de que es capaz en la inocencia que la embellece y que irradia la divina luz? ¿Me perdonareis si os confieso que, á más de ser hebreo de nacimiento, fuí un impío por mi perfidia y un guerrero enemigo de Dios por mi soberbia? Desde aquí os veo palidecer, temblar y caeros el papel de las manos á causa de vuestro horror y desprecio. ¡Oh, por Dios! sostenedle algo más hasta que os diga que ahora, gracias á vos y á la misericordia divina, soy cristiano y arrepentido; que la angustia me agita, y me consume un profundo dolor; lloro amargamente mis extravíos y las vituperables acciones en toda clase de males en que empleé los tristes años de mi vida. ¡Soy cristiano, Elisa, soy cristiano! participo tambien de vuestras esperanzas, de vuestros deseos, de vuestros sacramentos, de la comunion de los Santos y del gozo del Señor.

»Hasta ahora mi vida ha sido una cadena de remordimientos, de perturbacion, de ódio, de envidia, de rabia, despreciándome á mí mismo bajo el velo de un exterior afable y gentil, al cielo y la tierra, á Dios, que aun no conocia, y á los hombres á quienes miraba con menosprecio. Ahora estoy reconciliado conmigo mismo, y veo las cosas bajo un color y aspecto muy diverso, y en los hombres veo la verdadera fraternidad que

las sociedades tienen siempre en los lábios, pero que interiormente la aborrecen.

»Elisa, gozad del fruto que sembrasteis, y que estoy cierto que lo regasteis con vuestras lágrimas, le alimentasteis con vuestros votos, y le animasteis con vuestras oraciones; pues el corazon me anuncia que sin estos socorros, jamas hubiera podido salir de mi humillacion y levantarme á tanta altura. ¡Ojalá que el Señor multiplique en vos las gracias que os tributo! y es tanta la seguridad que tengo de vuestra benevolencia, que me atrevo aun á pediros otro favor.

»Sabed que despues de mi caida fuí acogido en un estado de quebrantamiento doloroso por una generosa familia, en la que hay una doncella de vuestra misma edad y candor, que me prodigó los cuidados de la más delicada y sublime caridad. Así desearia de un modo ú otro mostrarle mi agradecimiento; y no pudiendo recompensarla con dinero ó vestidos, puesto que en su casa están muy ricos, deseo á lo ménos hacerle algun presente devoto, de que está muy deseosa su piedad. Si tuviéseis ahí alguna reliquia, alguna hermosa imégen de la Virgen pintada en miniatura en marfil, ó algunos rosarios bendecidos del Papa, os diria que no sintiéseis privaros de ello por amor del Señor, quien os lo recompensará con largueza: con objeto de recogerlo tendré la satisfaccion de venir dentro de

poco. No me olvideis en vuestras oraciones, ofreced mis servicios á vuestro señor padre y creed en el afecto de

ASER.»

Apenas pudo Elisa leer los últimos renglones de esta carta, tan empañados tenia de lágrimas los ojos; y eran tan fuertes los latidos de su corazon, que le faltó poco para que no se desmayase por causa de la alegría, de la piedad, de la admiracion y por una multitud de varios y encontrados afectos. Pero así que concluyó su lectura, arrodillóse delante de Nuestra Señora de la Piedad, que tenia en su gabinete, y se deshizo en acciones de gracias por tan alegres nuevas y por tantos favores como habia hecho á Aser, suplicándola que le hiciese probar toda la dulzura que trae consigo el amor de Dios. En seguida se levantó, se fué á su padre y á sus primos, y les dió á leer la carta, observando en sus rostros el mismo asombro y satisfaccion que sentia ella misma.

Mucho hablaron de este suceso, especialmente los dos jóvenes; y Mimo lo consideraba como sumamente extraño, atendida la índole de Aser, que no prometia un cambio tan repentino. Pero Lando replicó:—No hay duda que era altivo y desdeñoso; sin embargo, en todas sus acciones se traslucia un alma noble y grande, un entendimiento recto y un corazon franco y leal, así

en las palabras como en los hechos; de suerte, que considerado esto, no se hace tan extraña su magnánima resolucion. ¿Te acuerdas, Mimo, cuando la guerra, qué indignacion sentia al ver ciertas bajezas y tantas villanías cobardes como hacian muchos cruzados? Ahora entiendo por qué decia á menudo sin explicarse más:—Esa cruz llora en vuestros pechos, y el que no cree en ella la honra más que vosotros.—Y cuándo se hablaba de algun asesinato cometido en las ciudades de Italia por los sicarios, se ponia encendido su rostro por el horror que esto le causaba; y decia que aquello era una vileza y crueldad, indignas de italianos y de hombres valientes y honrados; ademas, cuando oia tan contínuas blasfemias en las legiones, y especialmente las terribles maldiciones dirigidas contra Jesucristo y la Vírgen, Aser se extremecia; llamaba á los blasfemos lenguas de demonios, y se lo increpaba como un hecho execrable y perverso.

Mimo fácilmente participó del parecer de Lando, con respecto á la rectitud y grandeza de ánimo de Aser, y Bártolo probaba el mayor consuelo y satisfaccion. Estuvo pensando Elisa en la demanda que le dirigia el neófito, y buscando entre objetos de devocion, encontró un rico brazalete de granates, que tenia en la hebilla un finísimo camafeo de concha oriental, representando la efigie del Papa; otro brazalete de gra-

nos de lapizlázuli que formaban una decena de rosario, y el grano que correspondia al Padre Nuestro, era un ópalo de clarísimas aguas; varios pequeños rosarios de coral abrillantado; otros de diaspro colorado con los granos intercalares hechos de turquesas y de amatistas; pequeños crucifijos de oro, y una hermosa miniatura de la Vírgen de los Dolores con marco de filigrana; objetos todos bendecidos por el Papa; los que Elisa arregló en una cajita de marroquí, que puso aparte, reservándola para Aser.

Hecho esto, corrió á ver á sor Clara para referirle todas sus satisfacciones, pidiéndola que en sus oraciones rogase á Dios que el nuevo cristiano fuese digno de tan alto presente de la gracia; que conservase la pureza de la blanca túnica de inocencia que vistió en el santo bautismo, y por fin que Dios le librase de todo peligro, así del cuerpo como del alma. ¡Oh! Elisa tenía mucha necesidad de rogar y hacer rogar á Dios, con respecto á esta última gracia, y tal vez más por ella misma que por Aser. ¿Era esto una luz superior? ¿era un presentimiento? ¿un recelo nacido del amor, ó un celo y solicitud de la caridad? ¿Era, por ventura, en aquella hermosa alma virginal un compuesto y un resultado de todos estos afectos reunidos?

CAPITULO XXIV.

LAS ÚLTIMAS CARICIAS DE LAS SOCIEDADES SECRETAS.

Despues que Aser hubo despachado algunos negocios en Svitto, visitó con suma devocion el santuario de Nuestra Señora del Ermitaje, é hizo celebrar una misa por el insigne don de la gracia que habia recibido del Espíritu Santo, y por su advenimiento á la fé, recibió la Sagrada Comunion, la que le infundió grande dulzura, consuelo y grandes fuerzas de alma y de cuerpo para adquirir las costumbres y las virtudes cristianas. Al salir de la Iglesia, siguióle una vieja de los Alpes, la cual acercándose humildemente, pidióle una limosna por amor de la Vírgen; Aser con la mayor benevolencia sacó la bolsa y le dió un escudo, diciendo:—Hermana, rogad por mí.—La vieja levantó hácia él sus ojos centellantes, y le dijo con voz argentina y sonora: —Firme, señor mio, no vacileis: Cristo os aguarda; el último latido del corazon sea para Cristo,

por Cristo y en Cristo.—Dijo, y con paso ágil y rápido, volvió á entrar en la Iglesia, y se puso arrodillada en un rincon delante de la imágen de María.

Viendo Aser aquel rostro animado, aquel andar libre y suelto, oyendo sus palabras cortadas, quedó pasmado y reflexionaba en el sentido que encerraban; pero cuanto más reflexionaba más se confundia: por último se volvió á una mujer que llevaba de la mano á una hija suya, y Aser le preguntó quién era aquella pobre vieja que acababa de hablarle.

—¡Pobre de mí, replicó la mujer, y no pobre de ella! Es la vieja Valburga, que hace treinta años que vive delante del altar de Nuestra Señora, y no sale hasta la noche cuando se cierran las puertas del santuario: reparte entre los pobres todas las limosnas que recibe, y ella se mantiene solo con pan duro y agua, y duerme en un establo encima de sarmientos: es una santa y un alma bendita de Dios, la que ha revelado á los Cantones de los Bosques, todas la iniquidades, sacrilegios y persecuciones de los radicales. El padre Cornelio de Alpuach lo sabe, pues ha venido varias veces á consolarla: ella se lo dijo todo ¿entendeis? y ahora no se sabe qué se ha hecho de aquel venerable Sacerdote, y los radicales andan buscándolo para darle muerte: aunque Valburga le dijo:—No os tocarán en un cabello.

Al oir esto, quedó Aser muy conmovido, y volvió á entrar en la iglesia para pedirle alguna explicacion de sus palabras. Buscó un rato por entre la gente, y al fin la vió en un rincon con los ojos fijos en la imágen de María Santísima, con el rostro encendido é inundada en dulce llanto, tan extasiada, que habiéndosele puesto delante, ni siquiera reparó en su presencia; y habiéndola llamado en voz baja por su propio nombre, no le respondió. En vista de lo cual, Aser, poseido de respeto, se retiró, y vuelto delante del altar y consagrándose de nuevo á la Santísima Virgen, le pidió su bendicion y se fué con el corazon tan consolado, que no cabia en sí, por lo que dirigiéndose á caballo hácia Svitto, prorumpia en el camino en aspiraciones llenas de amor, diciendo:—¡Oh María! no una, sino mil vidas que tuviera os las consagraría gustoso para que me recibiéseis en el número de vuestros bienaventurados siervos!

Pocos dias despues de estos sucesos, púsose en camino para volver á ver á sus amigos Mimo y Lando, á quienes habia escrito que ántes de ir á Ginebra, se detendria algunos dias en Vevey para arreglar algun asunto. Llegado á Losana, se albergó en la posada de Gibbon, y al dia siguiente partió para Vevey. Era la hora de la comida, y habiendo Aser tocado la campanilla desde la antesala, entró de los primeros, y vió una magnífica mesa espléndidamente guarneci-

da, con grandes vasos de flores en el centro y jarros bien dispuestos: en las alhacenas grandes rimeros de fuentes y de platos y rica vajilla de plata: los criados en traje negro de paño de Francia con guantes blanquísimos y toallas de Flandes bajo del brazo, todos dispuestos á servir á los forasteros. Estando Aser junto á la mesa, entraron los demas huéspedes apresurados, y cada cual tomó su asiento. Apénas se sentó él tambien, que volviéndose á la derecha, vió sentado á su lado un jóven sajon, con quien mantuvo en Dresde y despues en Berlin muy estrecha familiaridad. Así, habiéndole tocado con el codo, le dijo:—Hola, Cayo Mucio (1): ¿cómo estás aquí?—El otro, haciéndose el distraido, lo mira, y como extrañándolo, exclama:—¡Es posible! ¿tú aquí, Aser? Creí que te hallabas en Hungría.—¿Qué quieres? dijo Aser: ya sabes que no tengo residencia fija; sino que voy á donde mis asuntos me llaman.—Muy bien: agente más sutil y activo que tú, no se hallará entre mil. Despues de comer fumaremos un cigarrito.—Dicho esto, comenzaron á comer con buen apetito.

Aser miró alrededor y vió reunidos en la mesa redonda una multitud de personas, que hácia el

(1) Ya hemos dicho que los *iluminados de la jóven Europa* se conocen entre sí con nombres supuestos, por lo regular sacados de las repúblicas de Roma y de Grecia.

fin de la comida hablaban cada cual con su vecino, cada cual en su respectivo idioma, por lo que vió que habia allí ingleses, rusos, franceses, italianos, españoles y de otras naciones extrañas. Aser, dirigiendo la vista al otro lado de la mesa, le pareció distinguir unas facciones conocidas, por lo que tocando á Cayo Mucio, le dijo:—Observa allí á mi izquierda en el octavo asiento, y dime: ¿no te parece el que lo ocupa el mismo Apio Mamilio nuestro conocido?—En efecto, contestó Mucio: ¿cómo habrá sido que figure entre nuestros comensales? Mira cómo con sus barbas erizadas, con su mirar ceñudo y trágico está taciturno y distraido: apostaria que está ahora imaginando algun drama de *Ricardo Corazon de leon*, ó de *Conrado el Cazador*, ó la aparicion de algun espectro rúnico en las encantadas selvas de la Escandinavia. ¡Qué hombre tan original! Dicho esto y terminada la comida, cada cual se levantó de la mesa. Mucio se fué de puntillas detrás de Mamilio, y tapándole los ojos Aser, le dijo:

—¿Quién es el que te tapa los ojos?

—No son manos de terciopelo por cierto, sino de cordoban y apestan con su hedor de tabaco; y deshaciéndose con un súbito movimiento de cabeza miró con unos ojazos atónitos á Aser y á Mucio.—¡Qué demonio! ¡Adivínanos! ¿Qué haces aquí? ¿Has caido de las nubes?

—Del sétimo cielo, dijeron los amigos.

—Del cielo de Belcebuth, replicó Mamilio; ¿has visto sus angelitos? Ea, dadme un cigarro y salgamos al balcon.—Mejor será en el pequeño jardin, dijo Mucio.—Pues al jardin, debajo del kiosko de doradas balsamitas.—Y dicho esto fuéronse á fumar al fresco bajo la verde sombra de aquel solitario recinto.

Allí se sentaron alrededor de una mesa de mármol gris con piés de hierro, y Aser dijo á Cayo Mucio:—Dime, amigo, ¿no debieras estar ahora en Roma al lado de Mazzini para tener informado al comité de Prusia, y no venir aquí cuando la olla hierve más que nunca en el Capitolio?

—Hierve tanto, contestó, que se derrama y arroja ceniza y chispas á los ojos de los que se acercan á atizar el fuego.

—Con todo, Mazzini tiene en la mano la espumadera y le quitará la espuma como debe y segun su provecho.

—¡Si le quita la espuma! Yo te juro que no se hallará un espumador más diestro ni aquí ni en las Indias: con una mano empuña la espumadera, y con la otra el cetro. Con la una espuma toda la moneda que existe en la vasta extension de los Estados romanos, y cuanta plata, oro y pedrería hay en las iglesias de Roma y en las cómodas y armarios de los particulares. Espuma con tanta actividad y porfía, que manda hacer escavaciones en los huertos, en las cantinas,

y hasta en los albañales; abre y hace desempedrar los muros y los pavimentos, descubre y escudriña los sepulcros, y en las huesas de la plebe en los cementerios, esperando siempre hallar tesoros enterrados por los romanos; y miéntras saca á raja tabla de los ciudadanos oro y plata á montones, les da en cambio billetes de Banco dibujados con mil arabescos y rasgos que adornan al águila, y luego en ellos está escrito cien escudos, y desde esto cantidad los hay de ménos valor, hasta de cincuenta, diez y cinco cada uno. Y como tambien la moneda de los pobres es de buena plata, la recoge igualmente Mazzini, en términos que no hallareis en Roma una peseta; pero en su lugar hace imprimir billetes de cuarenta hasta diez bayocos. Así es un contento ver á la plebe republicana ir á la tienda á comprar pan y á la taberna á buscar vino, y no teniendo el panadero y el tabernero bayocos para cambiar el billete, se van despues de haber comido y bebido de balde, en medio de los dicterios que arrojan los vendedores al rey Mazzini.

—¿De qué rey hablas? acaso es más que un triunviro democrático? Ay de tí si te oyese Mazzini.

—Quita allá: Mazzini tiene la democracia en la lengua, y el realismo en el corazon, y bien se le demuestra en la cara grave y majestuosa, en su miradas lentas y sosegadas, en su cuerpo

erguido y ademan resuelto, y por fin en su andar y en su actitud séria y ostentosa; de modo que al verlo cualquiera lo llamaria el Napoleon de Roma hablando con respeto, pues se tiene á sí mismo en tan alto concepto, que acostumbra á decir hablando entre amigos:

—Napoleon sólo alcanzó el imperio á fuerza de carnicería y de sangre, como lo atestiguan Montenotte, Arcola, Rivoli y Marengo; pero yo subí al primer puesto del Estado llamado por aclamacion, y hecho en el Capitolio primeramente ciudadano romano, y despues fuí creado triunviro; de modo que nada tengo que envidiar al mismo Carlo-Magno que fué declarado patricio por el mismo pueblo.

—¡Macarrones! ¿puede darse mayor humildad y modestia que la suya? No hay duda que el Rey Pepe es digno de la corona de hierro! ¿Os acordais de cuando bajo el nombre de Strozzi hizo publicar en Berna en lengua alemana, italiana y polaca:—«Nosotros, hombres del progreso y de la libertad, creyendo en la igualdad y fraternidad, cuya asociacion no puede estar verdadera y libremente constituida sino entre iguales, pues toda desigualdad trae consigo violacion de independencia; creemos que la libertad, la igualdad y la fraternidad, deben establecerse y mirarse como objetos sagrados, etc., etc.....?» ¿Os acordais?

—Nosotros lo tenemos muy presente; pero no

así Mazzini que lo tiene ya olvidado. Yo con mis propios ojos le he visto pavonearse en los dorados salones del palacio apostólico con la frente erguida y al mismo tiempo hablando de libertad á los tontos, y obrando como tirano con los hombres prudentes á quienes considera enemigos suyos y reeccionarios, segun llama él á los que desean el restablecimiento de la autoridad legítima.

—Perfectamente: no le va mal un poco de realismo.

—El ya se encasqueta la corona sin decir como Napoleon: «Dios me la ha dado; hay de quien la toque,» sino que exclama: «Yo me la puse; cuidado del que ponga en ella un dedo.» No pocas veces Junio el polaco, Bruto el colones, Lucio el Bavarés y yo, que como sabes, eramos enviados secretos á Mazzini por nuestras respectivas asambleas, le ibamos á visitar muy de mañana, y nos recibia en la mesa con un excelente café, en un salon tapizado de damascos encarnados, y los techos adornados con soberbias pinturas al fresco, el pavimento enladrillado con preciosos mármoles, cornisas doradas y ricamente esculpidas, lo mismo que las portezuelas de unas pequeñas tribunas con cortinajes, en cuyo centro en la parte superior, brillaban las armas pontificias, colgaduras de terciopelo carmesí guarnecidas de galones de oro, y de paño purpúreo, en cuyo centro estaban

bordadas en realce las llaves de San Pedro, y alrededor de la sala magníficos sillones entapizados con las llaves de oro bordadas en los respaldos y las águilas y dragones de Pablo V, todo lo que formaba el conjunto más espléndido y rico que puede imaginarse: y Mazzini habitaba en aquellas régias estancias con una majestad y un entono que parecia un verdadero Monarca.

—Y solo falta allí el dosel y la cruz en asta para que sea un verdadero Papa.

—Nosotros nos aficionábamos tambien á ello pues ya el uno, ya el otro le deciamos de intento:—Yo os recomiendo á fulano, dadle un buen empleo en la policía ó en el tribunal; ya sabeis los méritos que ha contraido con la jóven Europa.

—No puedo, hermano, nos contestaba, no puedo; la república debe pensar en los romanos.

—¿Cómo que no podeis? ¿No sois acaso omnipotente? Vuestra modestia y discrecion quedan satisfechas con la palabra triunviro; pero en realidad sois el Rey de Roma. Y aqui nuestro Pepe se sonreia, pasábase la mano por los cabellos como para ver si en efecto llevaba puesta la corona, y luego bajando la mano y alisándose la barba respondia con aire de importancia:—Veremos, lo reflexionaremos, etc.

—Pero tú siempre has sido y serás un burlon.

—De ningun modo me burlo; el caso es que

siempre que se le trata de Rey ó se le llama vuestra real majestad, se lo traga con tanto apetito que estoy cierto que en mi vida probó mejor bocado. Hay un comisario que es el brazo derecho de Mazzini; á cada sacerdote que hace prender, busca un par de candeleros de plata robados á las iglesias y dice á Mazzini.—Acabo de libraros de un enemigo, y como sois nuestro Rey, creo que teneis autoridad de darme esas frioleras de sacristía. Y Mazzini le contesta:—Tómalas y pórtate bien. No dudeis que entre estos y Zambianchi despachan alaededer de San Calisto á cuantos eclesiásticos les caen en las uñas. Sabrás tambien, Aser, que el otro dia me incomodé terriblemente con Mazzini, precisamente por un Clérigo, el cual tratábase con una familia que me albergaba; y habiéndole cogido un par de perros de aduaneros de Zambianchi, yo tuve luego noticia del caso y fuí inmediatamente á ver á Mazzini y á pedirle la vida de aquel miserable; pero, ¿sabes qué me respondió?—Mucio, este será otra víctima sacrificada á la república: en cuanto á mí no me mezclo en esas tonterías.

—¿Cómo tonterías? La vida de un ciudadano que se quiere matar á traicion, la considera tu realismo como la de una pulga que se mata con la uña?—Y volviéndole la espalda lleno de rábia, fuíme á San Calixto, regalé una buena propina á aquellas dos fieras, me entregaron al

Clérigo y lo conduje á salvo. ¡Qué horrores! ¡Y Roma baila en medio de ellos ébria y loca! En cuanto á mí, voy á Berlin, y para mi tranquilidad referiré al comité el modo como andan las cosas en las siete colinas. ¡Ves qué modelo de libertad y de igualdad se pretende presentar á la Europa! ¡Pobreza, escesos, tiranía y sangre!

—Esto nada tiene de particular, respondió Aser; nuestros jefes son todos de una misma calaña: hablan de libertad á todas horas, pero cuando han derramado la cosecha en sus graneros, entónces enciérranla con llave: y si acaso dan muestras de concederla en las palabras, es la misma que el gato concede al ratoncillo que tiene en la boca, al que deja en el suelo y se entretiene jugueteando con él: pero si este prueba á dar algun salto, el gato le hinca las uñas, le da un mordizco y se lo zampa.

—Tienes razon de sobra, dijo Mamilio, que hasta entonces fumaba su cigarro sin hablar una palabra. Aser, tú hablas muy bien:—*los jefes son todos de una misma calaña*;—son unos malvados, asesinos, hambrientos de carne humana. Vosotros sois verdaderos amigos, y por lo mismo puedo hablar con toda seguridad, pues entre vosotros es imposible la traicion. Sabed, pues, (y aquí miró alrededor y bajó la voz) sabed que el comité de Vurtemberg me intimó dar muerte á Pluvio Valerio, uno de los más francos y valientes sostenedores de la libertad germáni-

ca, como sabeis. Si hubiese habido para ello una causa justa, hubiérale muerto de buena gana; pero el caso fué, que le querian matar injustamente.

—¿Y qué podian achacarle, siendo como era el más fiero sostenedor de la *sacra alianza*? No fué el mismo que viajó hasta Astrakan á matar á Cayo Calpurnio, que habia declarado los secretos de la sociedad, y luego en la plaza de Danzich tiró un pistoletazo á *Veturio* por haber dicho á su mujer que avisase á su hermano para que evitase la rabia del *Comité* que deseaba su muerte?

—Con estos, amigo, no valen merecimientos; vosotros no ignorais que Valerio á los suyos añade los de su padre y los de su abuelo, que fueron de los primeros discípulos de Weishaupt; y á más extendió en la Alemania superior la secta de los *iluminados*, de la cual formamos nosotros una rama. Su padre despues se juntó á los *iluminados* de Rusia, de Prusia y de Baviera, fué de los primeros que conspiraron contra Napoleon, y se le debió gran parte de la desgracia sufrida en la batalla campal de Leipsik, cuando Napoleon, formando su ejército un gran cuadro, y habiendo enviado doce mil bávaros á protegerlo desde la cima de un collado, estos volvieron las bocas de los cañones hácia el mismo cuadro. Pues bien, Valerio es de noble sangre turingia, pero pobre, pues su padre derrochó y redujo á

nada su gran patrimonio en servicio de la secta; por cuya causa este valiente muchacho trató de enriquecerse por medio del matrimonio. Presentósele una ilustre doncella, dotada de relevantes prendas, y por añadidura heredera de cuantiosos bienes, tanto en haciendas como en dinero, que estaba depositado en el Banco de las ciudades Anseáticas; pero siendo ella católica, quiso que Valerio criase en el catolicismo hasta á los hijos varones.

—¿Y para qué las haciendas, las casas y el dinero, dijo Mucio, vengan á casa de Valerio, hace ir á Misa á su mujer y á sus hijos?

—Entónces perjudica terriblemente á nuestros paladines de la libertad, replicó Mamilio, y tanta indignacion causó esa conducta en la Asamblea, á la que llaman traicion de Valerio, que decian:—Ese mentecato, vencido por las monadas de su mujer, se hará cristiano, besará Crucifijos y Vírgenes, se llevará á su casa un perro Sacerdote, rezará oraciones y acaso venga á bendecirnos con una botella de agua bendita. Muera el traidor.—Entónces, echadas suertes, me tocó á mí mismo llevar á ejecucion la sentencia. Traté de mil maneras de disculpar á Valerio, diciendo que solo habia obrado atraido por la rica dote, que su fé era firme, y que apostaba mi cabeza que nunca faltaria á sus juramentos; que no olvidasen la garantia que tenian sobre esto en la muerte que dió á Calpurnio, á quien

siguió tan obstinadamente á Astrakan: en fin, que le perdonasen en vista de sus necesidades. Pero ellos respondieron:—Eres un loco: á tí te toca ejecutar, y no perorar en defensa del reo.

Entónces Valerio viajaba por Italia en compañía de su esposa, y á su vuelta, al cabo de muchos meses, de repente se me intimó que fuese á sacrificarle al ódio y á las sospechas de la secta, principalmente cuando supieron que se habia dirigido con su esposa á Nápoles y despues á Gaeta.—Ciertamente, decian, este nos ha denunciado al Rey, ha besado los piés al Papa, y se ha conjurado en nuestro daño con los Cardenales. Anda, Mamilio, y despáchale pronto.

Desde la ciudad se habia trasladado á un suntuoso castillo propio de su esposa, á fin de pasar allí la primavera en medio de sus deliciosos jardines, en sus parques y bosquecillos; pero apénas acababa de llegar, habiendo salido á la caza del ciervo, tanto se fatigó, que le sobrevino una pulmonia sumamente aguda. Yo me presenté allí precisamente en el primer periodo de la enfermedad y fuí recibido con mucha cortesía por su mujer, que es un ángel de gracia, de hermosura, y de todas las virtudes que pueden adornar á una mujer piadosa.

Así pasaba la mayor parte del dia al lado de mi amigo, y parte consolando á la condesa Alejandrina. Pero como los jefes del comité supieron que la enfermedad era grave, acudieron

al castillo bajo capa de amistad y de oficiosidad, y, ya uno, ya otro, permanecian de centinela en el cuarto del enfermo á fin de que no penetrase allí ningun Sacerdote, y de que su mujer no le convirtiese á la Iglesia romana.

El Capellan, que era un Sacerdote viejo, estaba siempre acechando en la antecámara; y la condesa tenia con él largos coloquios, y cada vez que le dejaba por ir á prestar algun auxilio á su esposo le decia:—Orad, D. Norberto, orad. ¡Oh! si la Virgen Santísima nos hiciese la gracia!...

Yo así lo espero de Nuestra Señora. —La condesa no se guardaba de mí ni sentia desconfianza alguna, pues me veia hablar familiarmente con D. Norberto, que era un ministro lleno de celo, y á más muy instruido en historia natural, y especialmente en geología, en que habia hecho profundos estudios. Así fué que como hace muchos años que me recreo en esta ciencia, la conversacion del Sacerdote me era sumamente agradable.

Cierto dia, que me hallaba en un gabinete inmediato leyendo los *Puritanos* de Walter Scot, estaba la condesa en íntimo coloquio con don Norberto, y se quejaba de que el baron de *Lands* y el médico Gerardo no dejaban un instante sólo al enfermo, de suerte que ella no podia hablarle de las cosas del alma; y si alguna vez le de-

cía alguna buena palabra de Dios, inmediatamente ó el baron ó el médico la alarmaban diciendo:—Condesa, silencio por caridad, no le agiteis, el mal es grave y necesita quietud.—En vista de lo cual continuaba diciendo á D. Norberto:—Mi respetable señor, yo hago todo cuanto puedo; y tengo un gran pesar. Figuraos que no pudiendo otra cosa, le he puesto debajo de la almohada una medallita de la Concepcion, la misma que se apareció al hebreo de Ratisbona, y que lo convirtió á Jesucristo.

A más, me lleno de reliquias los bolsillos de mi delantal, y unas veces, so pretexto de arreglarle la cama ó de acomodarle las almohadas, se las pongo disimuladamente encima de modo que le toquen; y siempre llevo la de la Santa Cruz y de San Pablo Apóstol, que como sabeis, es su nombre. ¿Creeis que no pueda yo obtener la gracia de su conversion? ¿Sabeis además de qué ardid me valgo para tocarle con el agua bendita? Lo que es rociarlo ó bendecirle no; pero ántes de acostarme tomo mi pila de agua bendita, me mojo los labios con la misma agua, y luego corro á besar á mi esposo en la frente, de manera que con ese santo contacto ahuyento á los malignos espíritus: ¡ojalá que asi pudiera ahuyentar á sus falsos y crueles amigos! Pero aún no desespero, Sr. D. Norberto.

—¡Oh mujer verdaderamente celestial! exclamó Aser sin poder contenerse. ¿Quién no se sen-

tirá conmovido viendo una fé tan viva (1)?

—Yo, replicó Mamilio, os confieso mi flaqueza, lloré y juré que aunque fuera en ello mi cabeza, no mataria yo á Valerio. Así tambien, despues de haber tenido una favorable crisis, su fiebre abrasadora empezó á mejorar, despues entró en convalecencia; y el medicastro y el baron volviéronse á la ciudad; de suerte que quedé yo solo á hacer compañía á la condesa Alejandrina, que me lo habia rogado con instancia. Entónces la ayudaba á leer á Valerio los buenos libros que ella me entregaba para que le entretuviese algunos ratos. Curado que fué, le dije:—Valerio, es preciso que vayas á Francia, puesto que estos aires no te convienen.—El me entendió, y ha partido ya á Paris, á donde pienso ir á encontrarle á fin de preservarle de las asechanzas de la secta.

Los tres amigos, despues de haber hablado largamente en el *kiosco* del jardin del *Gibbon*, salieron á visitar la magnífica catedral y el nuevo puente que hay en el pequeño valle y establece comunicacion entre las dos partes de la ciudad. Vueltos despues á la posada, Aser queria despedirse de Mucio y de Mamilio, diciendo:

(1) No fué solo Aser que se conmovió, sino que yo mismo, escritor que conozco á la condesa Alejandrina, y me hallé miéntras así hablaba en la antecámara de Pablo, no pude reprimir las lágrimas.

—Adios, mañana me embarco en el pequeño vapor que viene de *Belrivaggio* y me iré á Vevey.—Precisamente nosotros llevamos tambien esta direccion; así podremos ir juntos.—Está muy bien, dijo Aser, y luego se retiraron á sus respectivos aposentos. Al dia siguiente por la mañana se fueron al lago, y habiendo pasado el barco de vapor se embarcaron para Vevey. Miéntras navegaban y estaban fumando en la cubierta, dijo Mucio:—Yo quiero ir á ver la bella cascada de *Pissevasce*, donde algunos años atrás los héroes de la *Jóven Suiza* recibieron buenas tundas de los montañeses del alto Vallés.—Buena idea: yo iré tambien. ¿Y tú Aser, no eres aficionado á esas magníficas vistas que presenta la naturaleza?—Mucho, respondió; y aun pienso acompañaros.—Habiéndose puesto de acuerdo sobre este punto, llegaron á Vevey, y se hospedaron en la deliciosa posada de las *Tres Coronas*.

Aser fué luego al correo á ver si habia cartas para él, y en efecto encontró una de Mimo y otra de Lando, todas alegres y llenas de enhorabuenas; pero dentro de la primera de las dos halló inclusa otra de Elisa, como así se lo avisada su amigo. Aser se sintió sobrecogido de profundo respeto, su corazon se le oprimió percibiendo como un sacudimiento eléctrico.—¡Una carta de Elisa! exclamó; ciertamente la debo á mi conversion al cristianismo, y á haberle hablado de su medalla de la Vírgen.—Tomando la carta,

leyó tres ó cuatro veces su sobrescrito; despues, dándole vuelta para quitar el sello, aun se detuvo algunos instantes á contemplar el mismo sello puesto por la misma mano de que habia salido el don de su salvacion: con lo que dicho sello lo formaba una áncora atravesada por una cruz y en torno esta inscripcion.—*Sufrir y esperar.*—¡Sí, Dios mio! exclamó: ¿quién no sufrirá de buena gana si despues de la cruz sigue tanta esperanza? ¿Si Elisa tan jóven y delicada *espera* por qué *sufre*? ¡Ah! no hay mas que los cristianos que levanten tan alto sus pensamientos, que hasta tal punto ensanchen su corazon y cuyos efectos abrase una llama tan pura.—Diciendo esto, abrió la carta y leyó lo que sigue:

»Muy señor mio:

»Mis palabras no pueden expresar todo el contento que experimenté, que inundó mi pecho y lo arrebató dulcemente al leer que habeis entrado en el gremio amoroso y maternal de la Iglesia de Jesucristo. Aser, ignoraba que erais hebreo; sólo sabia que os debo la vida; y si este motivo me unia á vos con lazos de eterna gratitud, ahora que sois hermano mio en Jesucristo, que inspira en vuestro entendimiento una misma fé que al mio, que os comunica mis esperanzas, que enciende en vuestro corazon la caridad del Espíritu Santo (que contínuamente pido para mí al Señor), ahora mi agradecimiento se

convierte en amor de hermana, se eleva á la llama celestial que á todos nos identifica en el adorable corazon de Jesús, fuente de toda la felicidad del hombre. Aser, amad á Dios y os será dulce cualquier sacrificio, suave toda pena, ligero el mayor esfuerzo y agradable toda tribulacion; pues, dignaos creerme, la verdadera paz se encuentra únicamente en Dios: ella excede á todos los demas bienes y renace más sosegada y tranquila tras las luchas que agitan nuestros corazones.

»Vos os entregásteis á tantas fatigas, penalidades, grandes peligros y viajes y á tantos negocios y guerras como sostuvísteis, y todo ello por lograr una libertad que no es más que esclavitud; por lo que estoy cierta que sufrireis con magnánima resolucion por la verdadera y noble libertad del corazon cristiano, seguro de alcanzar la palma de la victoria.

»Estos son mis votos; y si he de hablaros francamente y como á hermano, siempre he rogado al Señor por vos; y no le pedí otra cosa sino que vuestro bello corazon aprendiese á amarle. El Señor me ha atendido, y vos sois suyo: bendito sea para siembre.

»Papá os aguarda en nuestra casa, y estoy segura de que viniendo de Ginebra querreis uniros á nuestra pequeña familia, seguro de que os recibiremos, no como huésped sino como estimado y deseado hermano.

He podido preparar los rosarios y otros objetos de devocion que me envió á Arona la buena mujer que los fabrica, y que tuvo medio de hacerlos bendecir por el Papa en Gaeta; espero que serán útiles y del gusto de esas excelentes suizas, que tendrán una prueba de vuestra galantería y religiosidad. Hasta que nos veamos. Adios.

ELISA.»

Aser al leer esta carta, no cabia en sí de contento: paseábase agitado por la estancia; luego se detenia y pasaba la vista ya por uno, ya por otro período; y continuaba andando pausadamente y leyendo:—«ahora que sois para mí un hermano.»—Y se enjugaba el sudor, y se aumentaba su afan, y ponia la carta encima de una mesita. Daba tres pasos, cogíala de nuevo y leia.—¡Qué alma, exclamaba entre sí; qué alma del Paraiso!—*Aser, amad á Dios*, me dice.—¡Oh, ella le ama verdaderamente! Señor, haced que yo tambien os ame, y que pueda probaros mi amor con la vida y con mil vidas que tuviera. Mil veces he puesto en peligro esta vida nefanda, y á mil riesgos por las iniquidades de las infernales sectas; por lo que es muy justo que ahora, arrepentido, desafie el furor de todas las sectas del mundo.—Y diciento esto, conoció que le animaban nobles sentimientos de sacrificio con inefable consuelo de su corazon.

Siendo ya tarde, fueron á llamarle los amigos.—Conque, dijeron; Aser, ¿vamos mañana á *Pissevasce*?

—Como gusteis, respondió.

Al dia siguiente, desde muy temprano, bajaron al lago, y tomando una barquilla de cuatro remos, dieron la vuelta á *Villanueva*. Llegado que hubieron á esta poblacion, dijo Mucio:—Vosotros entrad ahí en el café mientras voy á buscar un cochero.—Dicho esto, dió una vuelta por la plaza, y despues de haber hablado á varios cocheros, contrató uno diciendo:—Somos tres, y queremos un coche cubierto para ir á la cascada de *Pissevasce*; pero es necesario que la marcha sea apresurada, pues esta noche queremos estar de regreso en Vevey.—Está muy bien, dijo el cochero, y me dareis tanto: ahí está el coche.

—Pues vete á enganchar los caballos, y ven á encontrarnos en el café.—Estando así convenidos, Mucio volvió á donde estaban sus amigos, y tanto él como Mamilio bebieron gran cantidad de *ron*. Llegó el coche, subieron los tres, y adelante.

Pasaron rápidamente las hermosas torres del *Aguila* y de *Bex*, yendo hácia San Mauricio; y llegados á este punto, dijo Aser:—Vamos, amigos, bajemos á ver el antiguo templo en donde está sepultado ese magnánimo jefe de la legion Tebea, pues tengo grandes deseos de verlo, por

habérseme dicho que es una iglesia antigua, en que hay una excelente pintura que representa al Santo en trage de guerrero romano.—Como gustes, dijeron los compañeros de Aser; en cuanto á nosotros, nos mueven muy poco la curiosidad semejantes antiguallas, y te esperaremos en el coche. Aser corrió á la Iglesia, adoró el Santísimo Sacramento, y dirigiéndose á la capilla del Santo y arrodillándose, le rezó una oracion diciendo:

—«¡Oh héroe de Jesucristo, que para no renunciar á vuestra fé preferiste ser muerto con todos vuestros fieles atletas del Señor, dispensad desde el cielo vuestro poderoso patrocinio á este nuevo soldado de Jesucristo; haced que á vuestro ejemplo muera yo ántes que olvidarle!» —Hecha esta breve oracion, salió prontamente y fué á reunirse á sus compañeros.

Unos veinte minutos despues llegaron á gran trote á una senda que conducia á una hermosa casita, encima de una altura sombría, junto á la márgen del Ródano. Aquí Mamilio abrió la portezuela y gritó al cochero:—«¡Ea, para!—Decir esto, detenerse el cochero y saltar Mamilio á tierra, fué cosa de un instante.—No te muevas, dijo al cochero; nosotros dos vamos á esta casita; tú, no obstante, llévate á nuestro compañero hasta la cascada de *Pissevasce*, y cuando la haya visto, volved con él á este sitio, y aguardadnos un instante, que nosotros luego volveremos;

y está cierto que no os haremos esperar; pues como sólo tenemos que visitar á un amigo, pronto habremos concluido y estaremos ahí en el camino.—Mamilio cerró luego la portezuela y dijo al cochero:—Adelante,—y el coche siguió adelante.

Oíase ya el ruido del agua que se despeñaba desde las altas rocas del monte, y cuyo estruendo reproducian más pavoroso los ecos de los valles, y luego se divisaba la niebla que levantaba la espuma al estrellarse en las peñas, y dándole los rayos del sol al soslayo reproducia los brillantes colores del arco iris con hermosísimos matices y cambiantes que embelesaban la vista del curioso. Cuando despues de haber pasado el puentecillo estuvieron delante de las plateadas aguas del rio, que despues del gran salto se extendian reflejando bellísimas vislumbres, el cochero se paró y dijo al forastero:—Señor, ya hemos llegado.—No oyendo respuesta se bajó, y mirando por las vidrieras: —¡Qué demonios, dijo, si está durmiendo!—Entónces, atando las riendas, se apeó de su asiento, abrió la portezuela, y vió un hermoso jóven con un gorro cuya visera le cubria hasta la nariz, y tenia la barba medio hundida en la corbata,—Vamos, caballero, gritó el cochero, despertad que ya hemos llegado.—El otro seguia mudo. Entónces el cochero baja el estribo, sube al coche, le levanta el gorro y exclama:—¡Oh Dios mio, es muerto!

Era este el desgraciado Aser, si puede llamarse desgraciado á ese generoso neófito, muerto en lo más ardiente de su fé y en el primer candor del alma purificada por las aguas del bautismo, que todo lo limpia en Jesucristo. El ojo agudo y sumamente perspicaz de la secta, si bien ignoraba acaso que Aser se hubiese convertido al cristianismo, habia no obstante descubierto que habia desobedecido á las órdenes de sus infernales conciliábulos; que habia abandonado la Hungria en donde segun la ley de su voluntad debia obrar con la mayor actividad, y que habia ido á ocultarse en los pequeños cantones. El mismo ojo satánico le habia visto en Lucerna, en Uri y en Svito, entrar en las iglesias y tratarse con nuevos amigos, por lo que entraron en graves sospechas sobre su conducta, y cuando él ménos lo pensaba le vigilaban sin cesar desde Presburgo hasta Uri. Del mismo modo que el tierno gamo que pace tranquilo en el desierto prado, y no ve detrás de las rocas del opuesto monte al hambriento buitre que tiene clavados en él los ojos; y apénas se ha puesto á rumiar el pasto con los ojos cerrados, que de improviso le cae encima, le hinca las terribles uñas y el corvo pico, le desgarra el costado y le arranca el corazon.

Los dos sicarios que seguian la pista á nuestro jóven, habian tomado sus medidas y precauciones para no dejar trazas de ellos á la justicia

(dado caso que en el país de Vaud, bajo el Gobierno comunista que lo oprime actualmente, no hallasen mas bien ayuda, guias é instrucciones para la fuga.). Era muy cierto que Mucio venia de Roma, y Mamilio vino en su compañía. Lo que Mamilio contó de Valerio y de la condesa Alejandrina es un hecho cierto; pero en que no tuvo participacion ninguna ese malvado, sino otro no ménos infame que él, quien indujo á Valerio á que viajase acaso para cogerle con mayor seguridad fuera de Alemania.

Esos dos malhechores (segun averiguó despues la policía de Paris) haciendo como que dormian esperaron á que Aser tambien se adormeciera, y en el momento oportuno el que estaba sentado á frente le pasó varias veces el corazon, mientras que el que estaba sentado al lado, al primer golpe le aplicó el pañuelo á la boca apretándole fuertemente la cabeza en el rincon del coche. Cuando fué cadáver, le apuntalaron bien las piernas en el asiento de enfrente, le apretaron los almohadones en los costados, y en el lugar designado mandaron parar al cochero. Detras de la casita estaban atados á los árboles de un bosquecillo dos caballos: así luego que dieron el golpe subieron á ellos, y á través de los montes descendieron al Ciables. De ahí dieron la vuelta á Vionnas, San Guindolfo y Evian, y en seguida se dirigieron á Bouneville; y por Roche, y abajo por los valles de Saboya, entraron por Mont-

melian, á lo largo de Isere, en el Delfinado, á Grenoble, y de ahí á Paris.

El dia anterior á este suceso, Bártolo dijo á sus sobrinos:—Aser no puede tardar mucho á llegar á *Vevey*: salgamos á recibirle—Mucha satisfaccion tendremos en ello, respondieron Mimo y Lando. Elisa, ¿no vendrás tú tambien de buena gana? Bien puedes dejar á tu hermana Clara por algunos dias.

En cuanto á mí, dijo Elisa, vendré con el mayor gusto; y en ello nada ciertamente tendrá que decir la hermana Clara, pues es una buena amiga, y quiere todo aquello que puede serme agradable.

Convinieron, pues, en embarcarse muy de mañana en el vapor, navegar á lo largo del lago, desembarcar en Villanueva, y dormir en San Mauricio para visitar ese famoso santuario. En efecto así lo ejecutaron. Llegados, pues, á San Mauricio y despues de haber visitado el templo, dijo Mimo:—¿Por qué no vamos mañana á ver la cascada de *Pissevasce*? Tú, Elisa, que tan aficionada eres á la pintura y tanto te deleitan las hermosas vistas me agradecerás despues el habértelo propuesto.

—¿Y por qué no? dijo Elisa: ya desde ahora te doy las gracias: aunque no sé si podremos llegar á tiempo para la vuelta del vapor porque debe trasladarnos de Villanueva á Vevey.

—No te dé cuidado, pues aun le adelantare-

mos una buena hora; y aunque así no fuera, con una barquilla de cuatro remos volaríamos por el lago como golondrinas, como lo hicimos la última vez que fuimos desde Vevey á ver al señor Baltasar, quien se alegrará mucho de volvernos á ver.

A la mañana siguiente, Elisa quiso oir Misa y comulgar en el altar del santo Mártir, en donde oró por sí misma, por su padre, y por el pobre Aser, para que le infundiese en el alma la constancia que fué en él tan invicta, lo mismo que en sus generosos compañeros que en aquellos campos sacrificaron tan noblemente su vida por Jesucristo.—Ya sabeis, ¡oh gran Santo! decia Elisa, que ahora le juventud para mantenerse fiel á Dios se halla casi tan expuesta al martirio, como en los tiempos cruelísimos de los Emperadores romanos; ó es aun mucho peor, á causa de las lisonjas y sútiles asechanzas de los impios, que abusando de las augustas palabras del Evangelio, atacan á los Sacerdotes y á la Iglesia, promueven rebeliones en los pueblos, y les impelen á acometer mil excesos. Yo os recomiendo este nuevo cristiano, conservadle la inocencia bautismal, y dadle valor en la agonía de esta vida.

¡Pobre jóven! no sabias cuán á tiempo hiciste tus plegarias, cuánto bien harian á esa alma bendita, cuánta fuerza le infundirian en su breve lucha, en que con el corazon traspasado no

le quedó más tiempo que el preciso para exclamar: *¡Jesús!* en el instante de entregar su alma al Criador.

Salió Elisa de la iglesia; almorzó con la familia, y subiendo al coche, se dirigieron á ver la cascada, entónces que dándola los rayos del sol oblícuamente, se presentaba mucho más hermosa. Mientras iban adelantando, vieron un coche parado en medio del camino, y Lando dijo:

—Ahí están otros forasteros que habrán venido á gozar de tan magnífico espectáculo. Mientras te hallabas en tu cuarto arreglándote para nuestra expedicion, ví pasar por delante de nuestra ventana precisamente ese mismo carruaje, que me pareció lleno de viajeros.

Hallábanse ya á corta distancia del coche, cuando vieron al cochero que se dirigia hácia ellos, sólo, con las manos en la cabeza, pálido, con la vista despavorida y el horror pintado en el semblante.

—¿Qué es esto, Mateo? preguntóle el cochero que conducia á Bártolo y á su comitiva, y que le conocia: ¿qué tenemos? ¿por ventura has volcado á tus viajeros en el foso?

—¡Ah! gritó el primer cochero: ¡auxilio! ¡socorro, Pepe! ¡me han asesinado!—Pepe se paró, y el otro cochero llegó jadeando y le dijo:—Has de saber que llevaba desde Villanueva tres forasteros; dos de ellos se han apeado en la casita de *Gerad* diciéndome que fuese con el otro com-

pañero á *Pissevasce*, y que á la vuelta subirian otra vez. Con que llego, deténgome, llamo al viajero; pero nadie me responde. Creyendo que dormia, me apeo, abro la portezuela, y.... ¡Dios mio, estaba muerto!

—¿Es posible? esclamó Pepe. Entónces Mimo y Landó saltaron del coche, y lo mismo hicieron Bártolo y Elisa: los dos jóvenes corrieron á ver lo que habia; abren la portezuela y dan un paso atrás despidiendo un alarido. Elisa con las rodillas trémulas y el corazon palpitante acudió tambien con Bártolo, y á la primera ojeada que dieron en el interior del coche, vieron y reconocieron á Aser con la cabeza inclinada sobre el hombro derecho; pero Mimo y Lando habian entrado ya en el coche y tocaban á su amigo en la frente y en las manos, esperando que acaso fuese un simple desmayo: luego quitándole los vestidos y desabrochándole la camisa vieron que tenia el pecho traspasado con nueve heridas de aguja de alpargatero, en torno de las cuales solo se veian nueve gotas de sangre cuajada. Pusiéronle la mano en el corazon para ver si aun latia, pues no hacia el más ligero movimiento; pero conservaba algun calor miéntras que las manos y la frente estaban frias.

Conoció Elisa su medallita pendiente del cuello de Aser; pero cuando vió las heridas de la sangre cayó desmayada en brazos de su padre, el cual, enteramente trastornado, la sacó del es-

tribo, á donde habia subido para ver al jóven, y ayudado de Pepe la llevaron al coche. Mimo y Lando gritaron:—Tio, ¡ya no hay esperanza! Hora es de volvernos á San Mauricio, y que el cochero de Aser nos siga.

Bártolo fuera de sí, gritaba:—¡Elisa, hija mia, Elisa! Lando corrió al rio y trajo agua en su sombrero para rociar á la jóven, miéntras él sollozaba y esclamaba —¡Aser, pobre Aser! Cuando Elisa vuelva en sí..... ¡Pobre Elisa!..... ¡Infames, mónstruos! (1)

(1) El suceso que acaba de referirse es verdadero hasta en sus menores circunstancias, y nos demuestra claramente la perfidia de las sociedades secretas; así los jóvenes (prescindiendo de la grande ofensa que hacen á Dios y de la escomunion de la Iglesia en que incurren) debieran temer dar su nombre á unas sociedades tan crueles, en que una vez entrados, no pueden ya salir sino con pérdida de la vida.

Pero *El Hebreo de Verona* es una novela.—¡Ojalá lo fuera! de buena gana nos dejariamos llamar mentirosos.

OBSERVACIONES.

El autor ha puesto al fin de esta obra un discurso en que, figurando varios coloquios entre algunas personas responde á la crítica, tanto en lo que ha dichó sobre ella como en lo que pudiera decir, y de este discurso vamos á extraer lo más sustancial para satisfacer á los reparos que puedan haber ocurrido al lector.

Basta leer el *Hebreo* para no dudar de que levantaria mucha polvareda tanto en Italia como en otras partes, que se suscitaria numerosos enemigos, y que se pondria el grito en el cielo para desmentirle, para desacreditarle y para ridiculizarle. Lo primero no ha sido muy fácil, por cuanto los hechos referidos son en su mayor parte públicos é innegables, y los demas están fundados en datos y pruebas irrefragables; pero no así el desacreditarle calumniando las intenciones del autor, y atribuyéndole faltas que no cometió.

Desde luego se le atribuyó falta de caridad; sobre lo cual dijo el periódico publicado en Génova con el título de *Italia libre*: que no contento con las declamaciones generales, el autor echa mano de las estocadas directas, nombrando personas, dirigiéndoles dicterios y burlas, bailando soberbio como el Iroqués alrededor de un enemigo vencido.

A esto se responde diciendo que no hay falta de caridad en publicar las mil hipocresías y mentiras con que se ocultan planes capaces de arruinar naciones enteras. Que muy léjos de arrepentirse de los estragos ocasionados, los autores de ellos todavía se envanecen públicamente por medio de la prensa en mil periódicos, gloriándose y pavoneándose de tanta perturbacion y ruina, á lo que dan los nombres de renacimiento, salud pública, felicidad suprema; luego si ellos mismos se dan á conocer con orgullo, no falta á la caridad quien los nombre particularmente, como se hace en el *Hebreo*, y aun de llamarles astutos, fraudulentos y enemigos de Italia, para abrir los ojos á los incautos y evitar á muchos grandes desgracias.

Otros al contrario han dicho que se habla nominalmente tan solo de aquellos que andan ya impresos en los papeles públicos; y de los demas se habla de un modo tan oscuro, que el lector anda como á tientas. Así dicen: ese Bártolo, por ejemplo, ¿quién será? Mimo, Lando, Po-

lisena, Babeta y tantos otros personajes, nadie es capaz de adivinar quiénes sean. En cuanto á esto muda los nombres y acaso los lugares, pero jamás el tiempo de los sucesos; se conoce claramente que siempre tiene á la vista *un hecho y una persona* en particular; pero la oculta al público, y en esto hace muy bien; el sugeto á quien realmente corresponde, al leerlo dice: «Esto se dice por mí.»—¿Y quién sabe á cuantos les habrá sucedido?

Tambien se ha dicho que en el *Hebreo* se refieren cosas increibles é imaginarias. Ya se ha visto en el prólogo que con respecto á sucesos particulares anécdotas, etc, el autor ó fué testigo presencial ó las supo de otros; y en lo que respecta á los sucesos propiamente romanos, toda Roma fué testigo de su verdad, pues fueron tan públicos y manifiestos y pasaron á la vista de tantos millares de personas, que es imposible faltar á la verdad cuando hay tantos que pudieran contradecirlo. Roma puede atestiguarlo á todo el resto de Italia que no lo vió, y téngase entendido que aún no se refiere la milésima parte de lo que Roma vió en aquellos infelices dias.

Lo mismo puede decirse con respecto á los dichos y el lenguaje usado en varios diálogos del Hebreo; como en los de Ciceruachio y otros paladines de la república: el autor no hace más que reproducir palabra por palabra sus dichos,

sus peroratas, sus chistes, sus sentencias y argumentos. En esto el autor dice que lo oyó y leyó, y muchísimos hicieron lo mismo; y aun la mayor parte de ello anda impreso en periódicos y folletos.

Se ha creido que Babeta es un mónstruo imaginario, y que Cestio no fué asesinado en Monreal. El hecho es cierto, y lo mismo da que sucediese en una iglesia que en otra: así leyóse tiempo atrás que en la iglesia de Maguncia fué muerto un Sacerdote en el altar por un sicario, en el acto de celebrar la Misa delante del pueblo reunido. De estas almas infernales las hay en las sociedades secretas más de lo que pueden creer los hombres honrados y buenos cristianos.

Si Babeta es persona real y no imaginaria, nos lo dicen los periódicos que tiempo atrás nos anunciaron la captura de otros dos tigres semejantes que todavía están en la cárcel. Una de ellas era jóven de 25 años, la prendieron vestida de hombre con dos pistolas en los bolsillos, y un puñal destinado á dar muerte al Párroco: esta fiera habia pegado fuego y reducido á cenizas cuatro casas que le habia designado la sociedad. Era esta mujer tan proterva y desnaturalizada, que decia á los jueces en pleno tribunal:

—Sí, quiero matar al Párroco, y como me vea fuera de vuestro poder, le mataré; sin embargo,

aunque yo no pueda será muerto tambien.—¿Es posible mayor porfía en el crímen?

El caso que se refiere de la infeliz Ersilia, enterrada en los tenebrosos subterráneos de un castillo, es el tercero en su clase que llegó á conocimiento del autor; y no solo esto, sino que el mismo confortó á una de estas víctimas de la crueldad de los malvados.

Los personajes de esta relacion (salvo siempre los que campearon en la historia de las últimas revoluciones, que en efecto, son los mismos, en parte nombrados y en parte presentados bajo nombres supuestos) son tambien verdaderos, pero se han reunido en ellos á fin de dar unidad otros varios hechos que tambien son positivos. El autor ha imitado á ciertos pintores, los cuales tienen por modelo unas hermosas cabezas de hombre ó de mujer, y estas mismas en el cuadro de Cleopatra pertenecen á Marco Antonio y á la Reina de Egipto, con los trages egipcios y romanos; y las mismas cabezas en el cuadro de Pablo y Francisca de Rímini, representan estos personajes con trajes italianos de la Edad Media. Así dichas cabezas son reales y verdaderas, y los hechos que representan son tambien históricos, sin que se diferencien más que en los vestidos, en los movimientos, actitudes, ornato y disposicion del cuadro. Del mismo modo en los personajes de Bártolo, Elisa y Aser se ha figurado, ya un suceso acontecido á Cárlos, otro á Camila,

otro á Livia, otro á Francisco, otro á Juan, etcétera; y sin embargo, son sucesos reales, conocidos ó vistos por el mismo autor que los recogió y adoptó á los personajes de su obra. Así la jóven salvada del atropello de un caballo es cierto, el duelo de los dos locos en el banquete lo es tambien, y lo mismo lo son el precipicio y caida del cazador, la caverna del sacerdote y la muerte cruel de Aser con todas las circunstancias con que se refiere, etc., etc.

Se ha criticado en el autor del Hebreo el que en esta relacion muéstrase más inclinado á los austriacos que á los italianos, haciendo que Olga diga mil vituperios contra Italia. Pero olvidan que en las batallas ha puesto siempre frente á frente el valor de los austriacos y el de los italianos; en prueba de ello, léase la batalla de Santa Lucía y la capitulacion de Vicenza, con otras muchas acciones de los lombardos, toscanos, romanos, y especialmente de los piamonteses.

Otros de opiniones muy semejantes á las del autor, han hallado sin embargo poco conforme el fin que da á ciertos personajes del *Hebreo*, y le han dicho:—¿Cómo es eso que nos haceis morir *in osculo Domini* á todos los pícaros más redomados, Polisena, que fué más perversa que el mismo demonio, muere no obstante como una Santa Margarita de Cortona; y hace derramar más lágrimas muriendo á los lectores que Umbellina con toda su vida celestial: Alejandrina

muere en Cartatone besando un Crucifijo: Cestio muere con el *Jesús* en los lábios: Aser con la inocencia bautismal, y hasta la misma energúmena Ursula se convierte: ¿qué os parece? ¿No es esto decir: junta mientras vives un haz de toda especie de yerbas, que luego cuando mueras se te volverán olorosas flores?—A esto contesta que el mundo debe estar muy contento de esas muertes; pues en medio de tan horrorosos delitos, es muy dulce para las almas cristianas ver ciertos golpes de la Divina Misericordia: no se dude que la lectura de estos hechos hace muchísimo bien. Pero prescindiendo de esto, la muerte desesperada de Babeta vale por todas, y es en efecto el fin ordinario que tienen esos grandes malvados de quienes vemos no pocos en los hospitales morir en medio de la mayor desesperacion.

Vamos á la última observacion del autor á los que esclaman:—¿Así es como se pinta á la gente? Véase al pobre Aser, á quien deseábamos ver esposo de Elisa, muerto ahí en el coche como un leon que duerme en su caverna! ¿Y qué fué de aquella interesante doncella? ¡pobrecita! ¡dejarla en medio de su desmayo! Cierto, parece hecho á propósito para burlarse del lector. Al menos se nos hubiese dicho si tuvo funestos efectos su dolor, si se hizo hermana de la Caridad en Ginebra, ó si volvió á Italia con su padre. ¡Pero nada!

El autor responde, pues, que si Aser ha muerto no puede remediarlo, que si Elisa se desmayó, tampoco él pudo impedirlo; en cuanto á lo que sucedió despues, dice que tengan paciencia, que él quiere mucho y con justicia el bien de Elisa por sus sentimientos delicados y religiosos: el que tiene tanta virtud como Elisa, sabe en medio de los mayores infortunios mantener el ánimo firme buscando en la voluntad de Dios aquel consuelo y fortaleza que en vano se busca entre los hombres. Con todo, promete en otro escrito satisfacer la curiosidad en cuanto á Elisa y á Bártolo (1). Con respecto al Hebreo, siendo el objeto de esta obra descubrir á la Italia la perfidia de las sociedades secretas ilustrándola completamente, y persuadir á la juventud italiana (si Dios le hace esta gracia) á que no se deje seducir por sus insidias, ni engañar por sus falaces promesas, hase conseguido el objeto llegando hasta la última caricia hecha á Aser; por lo que raazonablemente no puede exigirse más.

El Hebreo de Verona es, pues, la historia del sucesivo desarrollo de las obras de las sociedades secretas presenciado por el mismo autor.— Desde la muerte de Gregorio XVI hasta el asalto del Quirinal, nos ofrece una muestra, aunque en *pegueña parte*, de las traiciones, maldades y

(1) Véase el apéndice que sigue á continuacion.

perfidias que tramaron contra la Italia, contra los Monarcas, contra el Sumo Pontífice y contra la Iglesia de Dios esas sociedades secretas conjuradas para la ruina del mundo, y que Dios ha enviado á nuestro siglo como el mayor castigo que ha sufrido el mundo desde la aparicion del arco iris que extendió en el cielo, despues del diluvio, como signo de paz y pacto de reconciliacion entre Dios y el hombre.

Esas sociedades que tantos males han maquinado en la oscuridad de la noche, ocultas bajo el tenebroso misterio de sus conciliábulos, han envuelto en una red sutil á toda la tierra, insinuándose en todas las clases del pueblo. El *Iluminismo*, que las anima, les dá forma y las gobierna, es el misterioso y poderoso *Leviatan* que dá vuelta en los continentes y en los océanos, tumultuoso, iracundo y cruel, y juntamente astuto, silencioso, aéreo, y más sutil y rápido que el fulgor del relámpago que serpentea en los más profundos abismos de la tierra y la conmueve y trastorna hasta en las raices. Ya parece dueño del mundo y lo toma por suyo, siendo inaccesible á todo poder humano.

Sólo el dominio cristiano podia domar á esta gran bestia destruyéndola y anonadándola desde su salida del infierno; pero en lugar de esto la acariciaron, la halagaron, le echaron para que comiese bienes y libertades de la Iglesia, la santidad de la enseñanza, testamentos, ma-

trimonios, magistrados y leyes. Parece que Dios, á fin de castigar nuestras culpas, haya cegado sus corazones, obturado sus oidos y cerrado sus ojos para que los derribasen, rompiesen y esterminasen. Ahora la simple política no logrará jamas hacerle enmudecer ni encadenarlo, puesto que rompe las cadenas, y derriba las piedras de las torres que le aprisionan: es fuego y abrasará, es viento y derribará, es torbellino y hará trizas todos los obstáculos que el poder humano le oponga.

Sólo la Iglesia católica puede vencerle y castigarle en nombre de Jesucristo; pero si las monarquías cristianas no se abrazan estrechamente á esta columna; si continúan obstinadas creyendo que pueden combatir al gran mónstruo con los solos medios de una sabiduría contraria al Espíritu Santo, que es la verdad, se engañan lastimosamente. Solo cristo y su cruz pueden anonadar el poder de las sociedades secretas, cualesquiera otras armas serán inútiles. O el mundo se persuade de esto, ó de lo contrario quedará esclavo de este formidable poder *donec desolentur civitates absque habitatore, et domus sine homine, et terra derelinquatur deserta*, como Dios lo amenaza por boca de Isaías.

FIN DEL HEBREO DE VERONA.

REPUBLICA ROMANA.

(APENDICE AL HEBREO DE VERONA.)

I.

CÁRLOS Á BÁRTOLO.

Marzo de 1849.—Por la carta que Aldobrando escribió á Mimo visteis claramente, mi querido Bártolo, la *suma libertad* con que el pueblo romano dió sus votos en las elecciones para la Constituyente; y estoy seguro de que os reiriais de veras cuando nuestros regeneradores hallaron elegidos en varias papeletas á muchos *diputados* de que podian sacar poco provecho; como, por ejemplo, el carnicero de Trastiber que obtuvo más de cien votos; pero Aldobrando nada habló absolutamente de los alborotos que hubo en la Cámara antes de salir á luz la república, entre los del partido de Mamiani y los de Mazzini; aquello parecia en efecto lo que sucede en las escuelas del colegio romano en las lu-

chas entre *Romanos* y *Cartagineses*. Tales, y aun mayores eran las provocaciones entre los dos bandos de constitucionales puros y de republicanos. Cada uno tenia sus dos cónsules al frente, y los legados, los alféreces, los tribunos, los centuriones, los heraldos y los draconarios, de modo que daba gusto verlos cual se ostigaban dando golpes en el suelo con las lanzas, gritando *contra te*, mas bien *te*; y luego una contienda y una lucha terrible y ruidosa.

Los *Mamianistas* gritaban y juraban: «que en adelante no podia ser más claro para cualquiera que tenga ojos, que el pontificado romano no puede ya inmiscuirse en el régimen temporal del Estado: quédese con el espiritual, que con razon le compete, y no maneje otra espada que la del querubin; pues la de los Escipiones no deben empuñarla manos acostumbradas á la cruz y al báculo pastoral. Este es asunto ya juzgado; aunque es preciso obrar con la prudencia italiana, y no con la irreflexion de unos calaveras. La sola Constituyente romana es (y que se me perdone la comparacion) como el capítulo de un convento; los Frailes no tienen otra voz que la del Padre guardian; pero cuando se trata del Archimandrita se recurre al capítulo general. Lo mismo nosotros: necesitamos el voto de toda la Constituyente italiana.....»

Aquí le interrumpian gritando: Pido la palabra.—A mí me corresponde.—No señor..... Aquí

se trata del Papa: el Papa es nuestro y para destituirle del Trono basta Roma: *Roma locuta est*, y el asunto está terminado; el mismo San Agustin es quien lo dice.

—Esto me importa un bledo. El Papa es italiano, y por lo mismo se requiere el voto de toda la Italia.

—Despacio, señores; si es así, el Papa es de todos; y pregunto yo: ¿ireis á buscar los votos del Austria, de España, de Francia y de Portugal?

—Sin duda que no, pues basta la Italia, como reina que es de las demas naciones: si la *Constituyente* determina: que el Papa ore y bendiga, pero que no reine, creed que todos los pueblos se adherirán al gran decreto. Pero si la Constituyente romana da nacimiento á la república, entónces sí que veremos al Austria, á Francia, á España y á Portugal, cómo acuden presurosas á arrancarla del suelo de Roma. Así, hermanos, es menester obrar con mucha prudencia.....

La república no teme á nadie: es invencible y eterna. Pronúnciese la palabra *República*, y ella sola hará que se levanten como por encanto los Brutos, Fabios, Marcelos, Torcuatos, Escipiones y Pompeyos, que vencerán y sujetarán á todos los pueblos del mundo. A más de que Francia es ya república, y las demas naciones ó lo serán pronto, ó serán exterminadas. ¡Viva la república romana!

¡Viva! ¡viva! gritaron todos con tal ruido, que Mamiani y los suyos, lavándose las manos, como Pilatos, protestaron diciendo que no se contase con ellos. Mamiani es más astuto que aquellos furiosos, y vereis que en presentándose la ocasion triunfará de sus contrarios el que ahora parece vencido. Es claro que la república no podrá durar mucho: pues ó se viene al suelo como edificio sin cimientos, ó vienen las Monarquías católicas y lo reducen á escombros. ¿Y entónces qué sucederá? bien para los Mamianistas. Estos se hacen la gatita muerta; y si acontece que vuelva el antiguo régimen, los veremos presentarse con la frente baja y los brazos cruzados en el pecho como otros tantos Hilariones ó Pacomios.—Vuelvo á mi antiguo oficio: como no he querido jurar esa república sacrílega, han sido infinitos mis sufrimientos, y los peligros que he corrido: ¡cuántas veces he tenido el puñal en la garganta! ¡cuántas he sido robado! ¡y cómo me he visto perseguido por esos rebeldes!—Y mientras tanto..... ¡Pobre Mamiani! «*Serve bone et fidelis, intra in gaudium Domini tui.*»—Mamiani y los suyos entrarán en su gozo, querido Bártolo; y una vez hayan puesto el pié, dejadlos, que son más astutos que el diablo, y saben muy bien llevar el agua á su molino.

Pero como estas disputas eran públicas, y las razones alegadas por los Mamianistas podian ser de bastante peso; hé aquí los periódicos empe-

ñados en probar cómo dos y dos hacen cuatro, que aunque se proclamase la república, ni las Potencias católicas se moverian, ni tampoco serian llamadas por el Papa. *La Palas*, en su número de 2 de Enero, haciéndose devota y melíflua como una beata, nos anunció que en Gaeta «los Cardenales (¡dale siempre con los Cardenales!) hubieran deseado una intervencion armada, esta idea horrorizó al Papa por el temor de una guerra civil. Así se niega á subir á la silla ensangrentada con la sangre de sus hijos (¡qué hijos tan buenos, dóciles, sumisos, obedientes y respetuosos!); no ha querido, pues, hacerse un escabel de víctimas humanas para subir á la altura de que espontáneamente descendió.» (¡Oh qué espontaneidad! la misma con que el conde Rossi bajó la escalera de la Cancillería; la misma con que se abrió la puerta del Quirinal incendiada con aguarrás; la misma, en fin, con que Monseñor Palma quedó tendido al pié de su ventana: no hay duda en que del cañon apuntado, de las mil espadas y fusiles al pié del palacio, nace una maravillosa espontaneidad!) «Aunque léjos de sus pueblos, no por esto les ama ménos.» (Esto es certísimo); «pues con estos emprendió la obra de la regeneracion.» (¿Con estos? ¡Me gusta la salida! Lo hizo todo de sí y por sí; mientras que estos, ó mejor *vosotros*, le echásteis á perder todo lo que hizo); «porque con estos restituyó el decoro, la estimacion y el

respeto al sacerdocio.» No os riais, Bártolo: *La Palas*, *D. Pirlone*, *El Contemporáneo* y el *Círculo Popular*, debieran ponerse capa pluvial para rodear al Trono pontificio y aumentar con el Papa el decoro del sacerdocio. Mas tarde os escribiré la estimacion y respeto que tienen al sacerdocio.

«No; PIO no se bajará á firmar el decreto tremendo de la intervencion extranjera: PIO, siempre que sea su voluntad, puede volver solo é inerme.» (Ya vosotros estais armados para recibirle con el cañon del 16 de Noviembre); «solo é inerme en medio de un pueblo que vive por sus leyes civiles, y por su preciosísimo don.» (El pueblo romano, no hay duda que sí; pero vosotros, facciosos, que mil veces gritásteis diciendo que no queriais Gobierno pontificio, no.) «Que venga, pues, y verá á una nacion entera respetar á su Príncipe constitucional.» (¿Constitucional? ¡Oh, *Palas*! ¿Tan falta estás de memoria que has olvidado que quieres república?) «Respetar á su Príncipe constitucional, acompañarle á su sede, colocarlo al frente de la grande Asamblea, que se reune, no para contradecir los derechos y prerogativas del principado.» (¿Quién lo duda?) «sino más bien para armonizarlas y conciliarlas con los derechos y garantías del pueblo.» (¡Ah, querida *Palas*! quieres casar al Papa con el pueblo; ¿pero no conoces que siendo el Papa el padre, y el pueblo el hijo el matrimonio fuera nulo?)

«En dicha Asamblea PIO podrá llamarse verdadero Rey;» (¡Ya se ve que sí!) «puesto que de la misma recibirá el poder moral, real é incontrastable que le pertenece:» (Esto ya lo sabe.) «en ella oirá la voz de la nacion entera que le presentará el pacto solemne que une la soberanía y el pueblo, los derechos y los deberes.....»

Basta, basta, amiga Palas: este solemne pacto ya lo conoció el 15 y el 16 de Noviembre, que fueron dos lecciones inolvidables. Por lo demas, dime: ¿olvidas que las lecciones que se recitan diariamente en la Asamblea, en que los Mamianistas, no quisieran ya más «principado sacerdotal;» y esto por decreto de la «Constituyente italiana;» al paso que los Mazzinianos tampoco quisieran más Papa «por decreto de la república?» ¿Y á pesar de todo, propones el matrimonio del Papa con la república?.... ¡Pero hablas de chanza! El Papa no quisiera darle su mano, por que la república es pagana, y la república tampoco quiere por esposo á un Papa, supuesto que está prometida á Mazzini: Así, déjate de charlar.

Despues de estas graciosas y dulces palabras, propias de un alma enamorada, que envió *La Palas* al Papa en Gaeta el dia 2; en breve espacio de solos seis dias; acaso de mal humor por que la camarera la habia arreglado mal el peinado, se desató en palabrotas desenfrenadas y furiosas, diciendo mil injurias y locuras contra

el Pontífice. Seis dias ántes le invitaba á volver en medio de su querido pueblo, que vivia de sus leyes civiles y de su don preciosísimo. «Que venga y vea á una nacion entera repetar á su Príncipe constitucional;» el dia 8 dice que PIO daba una constitucion tal que lo mismo hubiera podido salir de la inspiracion del Emperador de la China, por lo que el pueblo se vió obligado *á maldecirla*.

¡Don preciosísimo!—¡Respetar al Príncipe constitucional! ¿Quereis ver, Bártolo, qué *respeto? La Palas*, dos dias despues de la invitacion que hemos copiado (el 4 de Enero), para disculparse con los boloñeses, dice: «El Soberano nombraba una comision gubernativa. Hé ahí dos Gobiernos. O necesita anular el que habia proclamado el pueblo (á saber, vosotros, los facciosos), ó desconocer el que habia impuesto el Príncipe. En el primer caso habia completa certidumbre de una revolucion sangrienta (hecha por vosotros agradecidos al don preciosísimo). Y asi fué prudencia y amor de hermanos evitarla. (¡Vaya una caridad!)

En el segundo supuesto no habia peligro alguno. (Lo mismo dicen los ladrones:—Bien podemos derribar las puertas y robar la casa, puesto que el dueño no tiene armas con qua defenderse) y se resolvió quedarse con el Gobierno popular.

Pero no lo entendió así el Papa: y como en la

Asamblea le habian declarado solemnemente que tenian la generosidad de dejarle al ménos las armas espirituales, como á Pontífice y Vicario de Jesucristo, no las víbró agudas y fulminantes con su propio brazo, sino que los declaró incursos en la *escomunion* decretada por los concilios generales contra los usurpadores del Estado y de las tierras de la Iglesia.

Sobre esto, Bártolo, *la Palas*, echó mano de toda la teología y de su respeto al Pontífice manifestado el dia 2. Primeramente pregunta á modo de Catecismo: «¿Qué es excomunion?» y responde:—«Es un acto con que el Sumo Pontífice separa de la Comunion de los fieles (¡una friolera!) á una ó más personas.»

—¿Por qué culpas puede lanzarse la escomunion?

—Por heregía, por sacrilegios, por profanacion ó hurto de cosas sagradas, etc. (¿No os parece oir á Belarmino?)

—¿Por asuntos de gobierno temporal puede fulminarse la escomunion?

—No. (Asi lo afirma *la Palas*, y debemos creerlo, pues estudió teología en la posada del Gabion, del Falcon y de la Alcachofa, y fué laureada) «porque cuando Jesucristo dió á San Pedro poder para atar y desatar, quiso hablar de cosas espirituales.»—Perfectamente; ¿pero el *derecho* de una cosa ó de una persona sagrada sobre un objeto temporal, es ó no un derecho espiritual?

La Iglesia, que como esposa de Cristo es espiritual ¿tiene bienes temporales y á més derechos espirituales, si ó no? ¿Y San Pedro, como Vicario de Jesucristo era espiritual ó temporal? Si le hubieseis puesto fuego á las puertas y apuntado una pieza de artillería á su casa, hubiera podido escomulgaros? ¿Y si le ¿hubieses muerto ú su lado á sus compañeros? ¿Y si le hubieseis despojado de la capa? Todas estas son cosas temporales.

Pero vosotros mismos habeis declarado arriba que puede incurrirse en excomunion por causa de «sacrilegios,» de «profanaciones» y de «robo de cosas sagradas» añadiendo: «etcétera.» En este etcétera va comprendido tambien el «estado eclesiástico,» que entra por lo mismo en el robo de las cosas sagradas.

«Nosotros, dice *las Palas*, no le hemos quitado el estado como á Pontífice, sino como á Príncipe.»—Dime, querida *Palas*; ¿si dieses un bofeton al señor Agapito tu padre, te valiera decir: «Yo no lo dí á mi padre, sino al señor Agapito? Puedes alucinar á los tontos con tu cavilosa distincion de *Papa* y de *Príncipe*; pero á quien ve en el Pontífice una persona sagrada y la ofende, no le quita de encima el sacrilegio, decir que lo consideró como Príncipe seglar.

Luego dime: ¿por qué Ferrara es sagrada y Roma no?

—Me respondes que así la una como la otra

son cosas temporales.—Siendo así, ¿por qué cuando los austriacos entraron en Ferrara gritaste pidiendo con tal instancia al Papa que excomulgase al Emperador porque habia invadido las tierras sagradas de la Iglesia? ¡Ay, amiga Palas, consecuencia, consecuencia!

Estimado Bártolo, trato de chancearme un poco á fin de que esteis alegre; pero os aseguro que la inundacion teológica, canónica y legal de aquellos dias fué un verdadero desconcierto y trastorno: todos ellos habian amanecido doctores de Bolonia, de Pádua, de la Sorona y de Salamanca, y en el café de las Bellas Artes y en el estanco de Piccioni, se habian establecido academias, en las cuales cada disputante era un doctor sutil, un doctor eximio, angélico, seráfico, en fin, en cuya comparacion eran niños de teta los Escotos, Suarez, Santo Tomás y San Buenaventura. Los disparates y blasfemias que salian á relucir en esas aulas, era cosa de obligar á taparse los oidos; y ningun ánimo cristiano, ninguna persona sensata ó que tuviese algun pudor, nadie, en fin, que no hubiera perdido vilmente todo resto de vergüenza, podia dejar de sentir el más profundo asco é indignacion.

Todas estas maldades iban á parar á un insulto á Jesucristo, á quien hacian jefe de los *sansculottes*, miserable, pordiosero, que no habia dejado á San Pedro ni un palmo de tierra, ni una choza con techo de bálago donde abrigarse, pro-

clamando que su reino no es de este mundo; y quien diga otra cosa es enemigo del Evangelio; pues Jesucristo no pudo dar lo que él no tenia, y hacer de ello herederos á los Pontífices. De nada servia decir que Jesucristo, hecho pobre por nosotros, es criador y dueño de todas las cosas, Rey de los Reyes y señor de los señores y de los dominadores, á quien fué dado por el Padre todo poder así en el cielo como en la tierra.—Nada: aquellos bribones porfiaban en decir y jurar que no hay en la tierra ninguna razon soberana, y que debe estar contento con el cielo; por lo mismo, que su Vicario habite en las catacumbas y no en los palacios; que se ponga el gorro de pescador y no la tiara; que se eche á la espalda un andrajo, y no el manto engalanado y refulgente.

Luego vienen á pasar á Carlo-Magno y le llenan de imprecaciones y de maldiciones, llamándole temerario y diciendo: «Que no podia dar á otro lo que habia robado á Italia; como tampoco podia el Papa recibir para la Iglesia los latrocinios de los franceses.»—Ya veis, pues, Bártolo, que la Italia se ha convertido en persona, la cual tenia por dote las ciudades y provincias que poseian los longobardos; y estos nuestros lamentadores de Italia hubieran preferido continuar bajo el azote y la cuchilla longobarda, mas bien que tener un príncipe italiano.

Pero ahora la dote de Italia se la han apropiado

ellos, y la devorarán como perros rabiosos, hasta que los hijos de Carlo-Magno vengan á arrancársela de entre los dientes.

Todas estas disertaciones que nos refiere *La Palas*, resonaban en toda Roma, y los faquines de Ciceruacchio eran todos teólogos graduados, los que en vez de glosas y citas, echaban unas necedades estupendas; y no creo que las oigais tales en Ginebra, contra el Papa ó contra Jesucristo.

Querido amigo; acaso creereis que la Asamblea constituyente romana concede al Papa á lo ménos la autoridad espiritual; y que, léjos de disputársela de ningun modo, se le honran y se le dan aquellas muestras oficiosas de obediencia y respeto que le son debidas. Pues bien, preparaos, Bártolo, que voy á presentaros un ejemplo tal, que si jamás os gloriásteis de ser romano, ahora os vais á poner colorado hasta en el blanco de los ojos.

Así que desde Gaeta llegaron á Roma los primeros ejemplares de la excomunion fulminada sobre los rebeldes y sacrílegos usurpadores del Gobierno y del Estado de la Iglesia, aquel dia fué precisamente el de Job, cuando en la amargura de su alma, exclamaba:—*Dies ille vertatur in tenebras, et non illustretur lumine.*—Esas tinieblas horrorosas y llenas de vituperio para Roma la envolvieron completamente. Primeramente notóse un furor sordo y profundo rechi-

namiento de dientes; horribles blasfemias propias de demonios, salidas de boca de aquellos condenados, caras pálidas y cárdenas, y ojos hoscos y ardientes como áscuas. En todas partes veíanse corrillos; todo era leer la excomunion; los más astutos se hacian guiños con aire triste; los más furiosos pateaban, meneaban la cabeza y amenazaban al cielo con los puños, con grandes y bulliciosas exclamaciones. Otros, á manera de heraldos, entraban en los cafés haciendo gestos y anunciando con mofa:—Que, gracias, al gran Padre de la resurreccion, habian vuelto á caer en el sepulcro: «un porrazo recibido con las llaves del Papa Sixto, hércules de los Papas, nos ha dejado descalabrados; la maza de la excomunion ha caido sobre nosotros tan impetuosa y de improviso, que nos ha hecho salir los sesos y derramarlos por las escaleras del Capitolio.»

—¡Cómo! ¿la excomunion en el Carnaval de 1849? Esta es una clava como tostada con manteca, la cual, cuando da en el rostro, en vez de romper los hocicos, obliga á sacar la lengua y á lamerse los lábios. ¡Vaya! ¡una excomunion! ha... ha... ha...

—Pero el pueblo es ignorante: y para él una excomunion es como un terremoto que hace temblar la tierra bajo sus piés y les desploma las casas sobre la cabeza. Para él vale más el desaliento que le infunde una excomunion, que el asalto de todas las monarquías juntas.

—¡Chanzas! Deja para mi este asunto. Llama á Ciceruachio; este en verdad tiene trazas de no temer las excomuniones. Es un valiente republicano, que se las arrojaria á la cara de San Pedro en persona.

Dicho y hecho: hé ahí Ciceruachio con sus satélites, que viene afanoso por el Corso gritando: ¡Socorro!—¡Romanos, somos vendidos! La Inquisicion ha salido nuevamente del infierno, y se nos viene encima para devorarnos. ¡Al arma! ¡Acudid todos! ¡Trátase de la vida: quieren abrasarnos á todos vivos; desollarnos; despedazarnos; desmenuzarnos los huesos; arrancarnos los dientes y los ojos! ¡Valor, romanos, valor! ¡Muera la excomunion! ¡Muera el Papa! ¡Mueran los clérigos!

A este alboroto todos acudian: y mientras que seguian á Ciceruachio, que marchaba al frente de una turba de bribones, con una gritería de blasfemias, maldiciones, imprecaciones, ahullidos de:—¡Muera la excomunion! ¡Viva la fuerza! ¡Viva el infierno! veianse algunos miserables que llevaban el cartel de la excomunion clavado en la espalda, y tras ello una multitud escupiéndola y haciéndola mil gestos de desprecio y de burla. Algunos cívicos la llevaban ensartada en las bayonetas, gritando que con ella harian cartuchos para matar á los clérigos, y otros, en fin, la destrozaban con los sables y esparcian los pedazos por las calles de Roma. En fin, otros cor-

rian, unos riéndose y otros alabando aquella maldad.

¿Deberé deciros lo demas, Bártolo? ¿Me creereis acaso? Sabed, pues, que en medio del Corso, en una calle lateral, se habian construido ciertos lugares escusados para las urgencias de los transeuntes. Pues bien: llegados á este punto, aquella manada de fieras hicieron alto, y habiendo hecho abrir de par en par dichos lugares delante de los espectadores, (digno teatro de tan torpes sujetos), empezaron á alinearse, como un enjambre de moscas y de tábanos, en torno de tanta sociedad; y uno de los malvados, cogiendo un ejemplar de la excomunion que llevaba ensartado en la bayoneta, lo levantó al aire; y subiendo á un escalon, sacó el brazo fuera de la puertecita, diciendo:—«Romanos, ved ahí el caso que hace Roma de las excomuniones del Papa.»

Dicho esto, la arrojó solemnemente dentro de la letrina.—¡Viva la excomunion! ¡Muy bien! Esto merecen los traidores Clérigos... ¡mueran los Clérigos!

No satisfechos aún con esto los infames, encargaron al digno dibujante de las caricaturas de *D. Pirlone* que con su lapicero y su buril divulgase este hecho brutal por toda Europa mediante sus grabados. Así pues, puestos en perspectiva delante del público aquellos gabinetes con todos sus anexos y conexos, y para que

mejor entendiesen hasta los forasteros este glorioso hecho de Roma republicana, escribieron encima del dibujo en grandes letras, en frances, ingles é italiano: *Letrinas*. Pintaron debajo un faquin cargado con grandes resmas de papel con las armas pontificias, y debajo de estas escrita la palabra *Excomunion*, quien entraba á descargarlas dentro de las letrinas. En el campo del dibujo habia pintado un aldeano de los Montes y un republicano; y preguntando aquel:—Señor Paino, ¿qué significa esto?—El republicano le respondia:—Hermano, esto es papel para el establecimiento.

¿No es verdad, Bártolo, que la inscripcion fué ingeniosa? ¿Y son estos que continuamente nos hablan de la *dignidad* del pueblo, de su gravedad y de su madurez para arreglarse él mismo sus negocios, y de que es Roma el centro de la *nobleza*, maestra de la *civilizacion*, y luego la empuercan y ensucian en estos términos? Pero dejadles hacer, que la excomunion es como el rayo, serpentea, traspasa, incendia, rompe y destruye, y ademas atruena, aturde y desconcierta á los que son objeto de la misma.

Nunca crei que lo tomasen á broma; ántes al contrario: escribieron tratados de *Justitia et jure* capaces de espantar á Lessio, y controversias teológicas en todos los periódicos, definiciones ecuménicas tan redondas que bien puede callar el concilio de Trento; en los cuarteles de

la guardia cívica no se hablaba de otra cosa, y lo mismo en el café de las Bellas Artes, en el Círculo popular, entre los que hacen escavaciones en el Campo Vaccino, entre los borrachos de las tabernas, y entre los camineros de Torre de Quinto: y todos vienen á parar en la misma conclusion de que «la excomunion es nula y de ningun valor.» ¡Qué juicio, Bártolo!

Miéntras tanto van saliendo de algunas prensas ocultas á centenares y á millares los ejemplares de la excomunion; así, cuantos más cojen, rasgan, destruyen y queman los republicanos, otros tantos vienen á reemplazarles y circulan por todas partes. Conozco á una jóven que habiéndose presentado á un valiente, le dijo:—¿Quereis que llenemos el Transtiber de excomuniones? ¡Es un baldon que nadie se atreva ya á ser romano! Pues yo, siendo como soy mujer, tendria valor para pegarla al pecho del mismo Sterbini.—Dicho esto, hizo un puchero de engrudo, tomó un pincel y dió una porcion de ejemplares á su compañero, diciendo:—Vamos adelante, y se dirigieron al puente de Sixto.

En medio de la oscuridad de la noche, iba la jóven con el puchero del engrudo cubierto con un gran chal, y su compañero con el rollo de excomuniones escondido debajo de la capa; y al volver de cada esquina, parábanse un instante en ademan de estar en conversacion, daba ella dos ó tres pinceladas de engrudo en la pared, enseguí-

da pegaba el hombre la excomunion, y adelante á otra esquina.

Fué cosa de divertirse al aparecer por la mañana pegada en todas las calles de Transtiber, en las puertas y columnas de la basílica, de San Francisco de Ripa, de Santa Cecilia, de San Crisógono, de San Miguel, y hasta en el lado del cuartel de la Guardia cívica, y detrás de las garitas de los centinelas. Ya podeis figuraros la rabia de estos: mandaron arrancarlas de las esquinas y corrian los cívicos á desgarrarlas con los sables y bayonetas; sin embargo quedaron algunos pédazos que no pudieron despegarse, y son los que se ven todavia.

Hubo algunos hombres de buen humor, que haciendo de los ejemplares de la excomunion unos rollos, se metian en medio de la muchedumbre, y con mucho disimulo los metian en las anchas faltriqueras esteriores de los republicanos; de modo que cuando estos iban á sacar el pañuelo se encontraban con aquel bendito papel. Era de ver entonces el furor de que estaban poseidos; y cómo echándolo en el suelo, lo pisoteaban. Hasta dicen que se halló pegada la excomunion en la misma puerta de la sala de la Asamblea y en la del Círculo popular. Por fin se enviaron ejemplares por el correo á los principales republicanos.

Lo cierto es que la excomunion les ha penetrado hasta los tuétanos, y aunque se presentan

con la frente erguida y aparentan un orgulloso desprecio, creed, Bártolo que hubieran preferido cualquier otro castigo fuera de este. O si no, ¿qué significan, supuesto que no creen en la excomunion, estas palabras que salieron impresas, á saber:

—«¿Qué hace el Papa? Excomulga á sus hijos (á sus rebeldes, diria mejor.») «¿Puede darse un uso mas imprudente» (¡qué adjetivo tan delicado!) «del poder? Mas desgraciado abuso de las armas espirituales? Sacerdotes de Dios, dejad los rayos del Vaticano; guardadlos para herir en la frente á los enemigos de la religion Santísima, á los profanadores de los altares, á los que destruyen la hostia de Cristo, á los que conculcan los claustros de las vírgenes.» (A estos precisamente excomulga el Papa; pero crees, Bártolo, que se pintan á si mismos? De ningun modo, puesto que continuan diciendo:

«Esta raza de gentes ya la conocen todos: son los croatos, allá en la católica Lombardía. Pues bien, ¿por qué no los habeis excomulgado? á ellos debierais haber dirigido vuestros rayos espirituales, pues nada tenemos de comun nosotros con semejantes monstruos. (*Palas*, 8 de Enero de 1849.)

Aquí hace *La Palas* como los que tienen miedo por la noche y que para distraerse cantan, blasfeman y gritan: «¿Por ventura creeis espantar á las almas? ¡Oh Sacerdotes! desengañaos: el

mundo no es ya una familia de ciegos: ha pasado ya el tiempo en que bastaba pronunciar la palabra excomunion para llenar á todos de horror: hoy la razon ha reemplazado al fanatismo; y ya no es posible engañar al prójimo en nombre de Dios.»

«Cuidado que, abusando de un arma que solo debe emplearse con la más estremada parsimonia.» (Y esta, sin embargo, es la primera, aunque mereciais mil.) «vosotros mismos la haceis pedazos, y en vez de herir á las personas á quienes amenazais» (escepto siempre los croatos) «os quemais la mano que la maneja» (¿Con que quema, eh?) «y lo peor es que os esponeis á ser objeto de la burla que se trae á menudo una potencia que amenaza agonizante. (Id.)»

¿No pudiera decirse, al contrario, que la burla nace del miedo? Ya sabemos que algunos niños traviesos, á quienes sus madres para hacerles estar quietos les amenazan con que vendrá el diablo á llevárselos, por de pronto se rien; pero cuando llega la noche y viene la hora de acostarse, entonces tiemblan, rezan y juran que en adelante no causarán enfado á sus mamás.

Creedme, Bártolo, que estos son niños con bigotes. Estos amenazan á los Papas, y les dicen: «Sacerdotes, tened juicio antes de ultrajar á los pueblos: no se habla á estos con el tono de la prepotencia, no se tratan como un vil rebaño ó como esclavos de la supersticion...» ¡Ay de vos-

otros! Ellos saben muy bien que con la excomunion no valen burlas: y sus mismas palabras, arrebatos y blasfemias son manifiesto indicio de que creen en la excomunion como el mejor católico.

Pero entretanto, ¿qué os parece de estos titanes? ¿Pueden llevar á más alto grado su obstinacion y su temeridad? ¡Ved cómo el Papa con ellos restituyó el decoro, la estimacion y el respeto al sacerdocio, como lo aseguraba al mundo seis dias ántes la *Palas!*

Pero lo más extraño es ver cómo amenazan y gritan en nombre del pueblo romano, que nada tiene que ver en esto. La excomunion va dirigida «únicamente á los usurpadores de los Estados de la Iglesia,» y no á los romanos, los que leyeron esa declaracion cual si leyesen un bando del tribunal de justicia: los malos son los que tiemblan y rabian; pero los hombres de bien leen y pasan de largo diciendo:

—Está muy bien: la ley hiere con razon á los que cometen tantas maldades —Pero los rebeldes de Roma quisieron achacar sus diabluras al pueblo; y miéntras sus agentes pagados escandalizaron á Roma con la burla que hicieron de la excomunion, temiendo acaso que los romanos indignados les diesen alguna leccion de buena crianza, apareció al dia siguiente una notificacion en grandes letras que decia:—«¡Romanos! Teneis delante una grande provocacion. Pero,

¿puede esta autorizar trastornos en daño de la tranquilidad y del órden? El Gobierno, en quien habeis puesto vuestra confianza por ser querido de vosotros, verá con desagrado que abandoneis el cuidado y la vigilancia para que no se subviertan sus intentos ni sus operaciones..... Descansad en su energía y celo.—La dignidad de vuestra calma en medio de tantas pruebas ha sido la admiracion de Europa..... Confiad en la justicia de nuestra causa. Esta es santa.»—Roma 8 de Enero de 1859.»Muzzarelli —Armellini. Galeotti.—Mariani.—Sterbini.—Campello.»

«¡Teneis delante una gran provocacion!» Esto no es verdad. Excepto los que suscriben la anterior declaracion y sus paniaguados, nadie soñó siquiera que estuviese escomulgado. «La Europa admira vuestra tranquilidad.» ¿Quién lo duda? ¡Si viérais, Bártolo, qué tranquilidad! Ya sabeis que apenas fuimos libres inmediatamente nos cayó encima la ley *marcial*, como se hace con los rebeldes. Ademas, en aquellos dias en que se declaró la escomunion, uno se veia espiado por todas partes, y á cada paso hallábamos delante ciertas caras perrunas, ciertos bravos con las dagas y puñales preparados, ciertos husmeadores de escomuniones; otros daban vueltas por la plaza en medio de los vendedores, verduleras y ropavejeros, y se entrometian en los corrillos, en las tabernas, en las fondas, en las sacristías, en las gradas de los locutorios, y casi

pudiéramos decir en los confesonarios. Y todo esto, ya se entiende, era porque no creian en la escomunion, y la miraban como cosa inútil y vana.

Pero los perversos, á fin de atraerse compañeros y de regalar generosamente un poco de escomunion á muchos, publicaron un bando, segun el cual, dentro de un plazo determinado, todas las personas que desempeñasen algun cargo público debian adherirse al Gobierno, y las milicias debian *jurarle* fidelidad. Pero estos dos vocablos eran una engañifa: en cuanto á los militares, sabia muy bien el Gobierno que una vez cogidos los jefes, los demas se vienen por sí mismos: no obstante, se les exigia un juramento claro y sonante. Con respecto á los empleados civiles, se contentaban con su adhesion. Eran innumerables las glosas y comentarios que se hacian sobre la palabra adherir: todo eran consultas á los Sacerdotes y á los teólogos sobre si en conciencia era lícito adherirse; los cuales declararon no ser lícito, lo que puso á muchos en el conflicto de tener que faltar á su conciencia ó caer en la miseria. Por último, fué consultado el Papa en Gaeta acerca de este bando; y la respuesta del Pontífice fué que no era lícito ni aun prestar adhesion.

Los romanos nobles, generosos y fieles, dijeron: el Papa ha hablado claramente, y esto basta.—Y la familia, ¿con qué se mantiene?.—Dios

proveerá.—Eres un ignorante, un fanático acaso, decían: ¿crees que el Papa te envie la comida desde Gaeta?—Dios está tambien en Roma.—Pero considera que la cosa no tiene remedio; que el Papa no volverá ya más; si te quitan tu empleo, ¿qué comereis tú y los tuyos?—Por tan digna causa no me avergonzaré aunque deba pedir limosna.

Así muchísimos hubo en Roma que prefirieron vivir pobremente á mancillar su conciencia. Algunos se vieron reducidos á la necesidad de vender su plata, sus joyas y otros objetos preciosos para mantenerse; pero su conciencia permaneció tranquila, y muchas mujeres animaban á sus maridos diciéndoles:—Nunca suceda que quiera junto á mí á un excomulgado: Dios no nos bendeciria; y vale más un pedazo de pan con el favor de Dios, que todas las riquezas del mundo. ¿Con qué cara pudieras mirar á tus hijos á la mesa, al pensar que el pan que les das es pan de maldicion? ¿Qué bien haria á esos inocentes? Al contrario, fuera para ellos veneno y muerte.—Así las mujeres verdaderamente religiosas daban aliento á sus esposos, y hacian todo lo posible para aliviar en cuanto era dable la carga de la familia.

Sin embargo, amigo Bártolo, muchísimos conocidos nuestros consintieron en dar su adhesion á ese Gobierno cobarde y perverso; y estos, llenos de remordimientos, no disfrutan un ins-

tante de sosiego, ni se atreven á levantar la vista cual si llevasen impreso en la frente el sello de su culpa. Los hay que han llegado á un estado tan miserable, que de alegres y joviales que ántes fueron, se han vuelto sérios, no rien, van con la cabeza baja, pálidos y macilentos, de modo que el verlos causa lástima. Otros, impulsados por una conciencia más libre, apenas supieron la respuesta del Pontífice en que declaraba ilícita la adhesion, se desdijeron francamente, y en su pobreza se presentan con la mayor satisfaccion. Finalmente, en medio de tantas infamias, se ven acciones grandes y generosas que nos hacen envanecer de ser romanos.

Dareis expresiones de mi parte á Elisa, á esa doncella de genio tan dulce y amable, que hará sin duda la dicha del esposo á quien Dios la destine. Tambien saludareis á Mimo y á Lando. Dichosos ellos que están fuera de esas ligas y conciliábulos republicanos, y no hay quien les envuelva en los peligros con mil seducciones; aunque no faltan en Roma jóvenes que saben resistir á las olas que los combaten, y léjos de quedar sumergidos, hacen frente á la tempestad con mucha gloria de Roma. Amame y está sano.

II.

Cárlos á Bártolo.

¡Ya lo dije, querido Bártolo, que no me creerías cuando en mi última te escribí, aunque muy poco, de lo que sucedió con la excomunion impuesta, ó mejor declarada por el Papa contra los usurpadores del Estado y de la Iglesia. Há tiempo que te conozco, y sé que siempre serás el mismo Bártolo; pero de veras no me admira, porque cualquiera que tenga un corazon noble, generoso y bondadoso, jamás podrá concebir las vejaciones, trastornos, desvergüenzas y maldades á que se entregan los hombres sin fé, sin honra ni conciencia. Te has puesto sério, y no has querido admitir que unos animales inmundos hayan hecho tan asquerosas burlas de la excomunion, ni las blasfemias que unos renegados han dirigido contra el Papa; pero bien te acordarás que te indiqué, no solamente el número, sino hasta el dia en que *la Palas* lo escribió y publicó, haciendo recorrer las calles de Roma por una turba de pilluelos gritando:

¡*A un baiocco la excomunion*! ¡*A un baiocco*! ¡*Quién quiere la Palas*! ¡*Quién quiere la contestacion de la Palas*! ¡*A un baiocco*! Estos pilluelos en un momento invadian todas las tiendas, figones, tabernas, fondas, almacenes y demas lugares, y el que sabia leer lo comentaba, y el que no, aguardaba á que el muchacho volviese de la escuela. En todas partes habia expositores, comentadores y glosadores que rodeaban á las lavanderas, á las verduleras, traperas y vendedoras de trastos viejos, gritando desaforadamente y diciendo:—Aquí vereis, oh mujeres, cómo se ha de contestar á esos clerizontes: habeis de saber que *la Palas* sabe muy bien lo que dice. No hagais ningun caso del Cura, que es un traidor. Él mismo es, querida Anunciata, quien ha hecho meter en la cárcel al pobre de tu marido, donde se estuvo consumiendo durante seis meses; y cuando fuiste á pedir al Cura un certificado de vida y costumbres, que contestó con un *no* redondo como una bola.

—¿Y lo que hizo á Restituta? A esa, siempre que puesta en jarras empieza á soltar la sin hueso, al instante la manda callar. ¡Ah pobres de nosotras!

—Pues ¿no digo yo que los Curas son un atajo de bribones! ¿Y el pobre Menicomio? ese de la calle del Moro, que fué á galeras por el Cura. El desgraciado, ¡bien lo sé yo! es tan inocente como un novicio de los Padres Descalzos; pero

el Cura le queria mal, porque una noche fué á pedirle una limosna para satisfacer el hambre de sus hijos; cuando el pícaro del Cura le mandó decir por el sacristan que se fuese á dormir la zorra. ¿Qué os parece? Pero Menicomio, lleno de coraje, dió de mojicones al sacristan, entróse en la cocina, y se llevó una cacerola que fué á vender á un judío. El hambre, amigos, no tiene ley.

—Pues entonces es un ladron.

—Nada de esto absolutamente: los bienes de los Curas son nuestros: ahí está el santo Evangelio que lo dice expresamente: *quo subere piate bauperipus*: por consiguiente, cuando no nos quieren dar algo, lo pillamos. Si todos lo hiciéramos así, veríais á los Curas más blandos que una malva: ¡cómo no los ahorcan á todos!

—¡Jesus María! ¿qué estais diciendo? Dejemos que vivan, puesto que nos hacen bien, y siempre pescamos alguna moneda.

—Ya: pero al mismo tiempo nos escomulgan; y nos plantan en las puertas de la iglesia el anatema, y nos lo leen al pié del altar. A bien que, como dice *la Palas*, la excomunion fué válida hasta el tiempo de Gregorio; ahora es papel mojado.

—¿Con que sí? Pues muy al contrario me lo dijo Isabel, la que vende tocino en la plaza Navona; segun dijo «¡ay de nosotros!»—Isabel sabe de letra, y sobre esto por Navidad siempre le

hace su visita el Padre guardian, así ya veis que la excomunion es muy válida.—Pues repito que no vale dos cominos: así lo ha declarado formalmente la Asamblea, la cual es dueña y señora de Roma; y cuando el amo no quiere una cosa, no hay que replicar. Por ejemplo cuando dice: esta moneda no vale, no es de ley; nadie chista y la moneda no vale.

—Cierto que no valen las monedas en Roma, toda vez que no vemos ninguna; ahora lo que vale es el papel. Que la excomunion no valga, paciencia; pero que no corra el oro y la plata esto no hay quien lo aguante.

—Sosegáos, buenas mujeres, y tomad este billete de un escudo, y ya vereis como vale, repartidlo entre todas.

—Dios os bendiga. Vamos muchachas á la taberna del Peregrino; hoy tendremos buen almuerzo, y allí hay siempre buen vino de Velletri.

Ya ves, amigo Bártolo, cómo procuran halagar y engañar á la plebe y amoldarla conforme á sus perversas miras. Váyase donde se quiera, no se oye en Roma otra cosa que los embustes y artificiosas noticias con que esos zorros embaucan al pueblo ávido de novedades, el cual, oyéndoles hablar de felicidad, de dichas y prosperidades, pierde completamente la idea del deber y del respeto que acostumbraba tener á la religion y á las autoridades. Ellos no conocen más

Dios que su vientre, y aquel que les hace pasar el dia en la taberna, ese tal es su Papa y su Rey. Esto lo saben muy bien los malvados, y cuantas picardías propalan contra la excomunion, las acompañan con la distribucion de algunos cuartos y grandes promesas para lo venidero; y corrompida así la plebe, acude y se traga el cebo de las venenosas blasfemias que aquellos sin cesar vomitan.

Han establecido un conventículo infernal, al que dan el nombre de *Apostolado del pueblo*, y tal como se presentó en una vision á San Antonio el ermitaño, aquellos demonios recorren las calles de la ciudad sembrando lazos, redes y anzuelos para coger, enredar y envolver á los miserables ociosos. Cada taberna tiene su apóstol, y lo mismo cada oficina ó cada sitio en que hay gente reunida; y es cosa de oir las sutiles razones, las palabras venenosas, las adulaciones y lisonjas fraudulentas que salen de aquellas fétidas bocas.—¡Ah! ¡pobre y desgraciado pueblo! ¡qué desgracias no han caido hasta ahora sobre ti por causa de los Sacerdotes, los cuales mientras estábais sumidos en la miseria y en la esclavitud, comian vuestra sangre, se paseaban en coche, y nadaban en la abundancia á costa vuestra!—¡Hola, mozo! Trae acá veinte botellas para estos valientes muchachos. Bebamos, hermanos, que ahora la patria es nuestra madre, y nos trata como hijos. Los dineros que antes robaban

los Clérigos, ahora pertenecen al pueblo romano.

—¡Viva nosotros! ¡Muéran los tiranos!—Caballero, quisiera un poco de pan y queso.

—¡Mozo, pan y queso y otras veinte botellas!

Ten entendido, amigo Bártolo, que con semejante elocuencia habrian entronizado, no diré el árbol de la libertad, pero la misma guillotina. Despues de media noche salen de las tabernas hechos una cuba, y aullan por las calles como demonios, tambaleándose, dando traspiés y resbalones en el fango, pero sin dejar de desganitarse, gritando cogidos algunos del brazo:—¡Viva la república! ¡Mueran los Curas!· de manera que da asco y horror. Por la noche, molestados por semejantes orgías; de dia espantados al ver esas caras capaces de asustar al más valiente; en los cafés espías, asesinos, agentes, predicadores de la impiedad; en los teatros espectáculos torpes y obscenos, vicios y atrocidades propios para inspirar odio á los Monarcas y desprecio á toda ley divina y humana; en los cuarteles de la guardia cívica abominaciones y blasfemias que hacen erizar los cabellos; ahí tienes lo que es ahora nuestra Roma.

Puedes añadir á todo esto la corrupcion que va extendiendo y propagando sus mil raices por las diferentes clases del pueblo, pues la siembran allí donde no existe, y la riegan de contínuo para que se arraigue toda torpeza: este es el

único pasto con que se mantienen los malvados que tiranizan la ciudad de los Mártires y de los Santos. Con este objeto hicieron venir á Roma toda la gente perdida y los hombres más infames y más propios para corromper é inficionar á los pueblos, so pretesto de divertirles.

Saltadores de caballos, danzantes en la maroma, volatines, jugadores de manos, alcides, se han establecido en todos los barrios plebeyos de Roma; y llevan consigo manadas de lobas, que allí donde hincan el diente no dejan hueso sano, y llenan los hospitales de enfermos cubiertos de úlceras y de podredumbre, en términos que apestan y revuelven el estómago á los mismos cirujanos y á sus ayudantes. A más, vénse en todas partes músicos ambulantes, bufones y saltimbanquis que atraen á las turbas por medio de canciones obscenas y pantomimas lascivas y brutales, y llevan siempre consigo mujeres asquerosas y beodas: en términos que nunca llegaron á tal grado de abominacion en tiempo de los gentiles las disoluciones de las lupercales. Al mismo tiempo los apóstoles del pueblo, van de puerta en puerta á todos los establecimientos industriales, y convidan á los trabajadores á ver tan inmundos espectáculos, y hasta pagándoles la entrada y el trabajo que pierden por esta causa.

De esta suerte, amigo Bártolo, van á encenagarse á estas cloacas. Tales funciones se represen-

tan en sitios inmediatos á los templos, para que el pueblo que se dirige á visitarlos se desvie de ellos con semejantes reclamos y artificios. Principalmente una compañía de volatines se ha establecido al lado de Santa María la Mayor, y hace los mayores estragos en la inocencia. Yo mismo ví en un dia festivo cómo uno de esos apóstoles de Belial iba convidando á las mujeres á presenciar estas funciones, ponderando y levantando á las nubes las habilidades que se ejecutaban. Y ví á una multitud de mujeres locas entrar por en medio de soldados embriagados y de la hez más hedionda del populacho, cuya vista me traspasó el corazon. En los pequeños teatros se representan las más repugnantes indignidades, y se dice y hace todo aquello que puede conducir á la desmoralizacion del pueblo, lleno de imaginacion y de pasiones desordenadas. Lo ménos deshonesto que allí se representa consiste en hacer salir á la escena á los croatos, haciéndoles decir maldades y ejecutar atrocidades.

A uno lo visten de Radetzki en traje de arlequin ó de polichinela, mondando coles ó rayendo nabos, poniéndole cabeza, cola y garras de dragon, y haciéndole vomitar fuego y llamas; los reyes de Italia son representados tambien con trajes y posiciones burlescas; por último entran tambien en escena Sacerdotes, Prelados y Cardenales, con desvergonzadas alusiones y diálogos capaces de hacer salir los colores

á la cara al pueblo más pervertido del mundo. Todos los vicios hallan aquí su elogio, y todas las virtudes su disfraz. Ya puedes figurarte que estos saltimbanquis son de lo más soez que ha podido encontrarse, y son mantenidos por los mismos que les han llamado con el objeto de hacer prevaricar á la plebe romana por medio de estas infernales representaciones. En ellas se enseña directamente el fraude, el robo, el poner mano á los bienes de los ciudadanos honrados, el mover sediciones, incendiar las casas, asesinar á mansalva, y siempre andan de por medio torpes amoríos, sacrilegios de religiosos, blasfemias contra la Divina Providencia, mofas y escarnio del Pontificado.

Bártolo, esto te hace estremecer; pero considera que es nada en comparacion de lo que me dejo en el tintero. La Italia, y hasta la Europa, se admiran de que Roma haga ó diga esto ó aquello; pero yo te quisiera aquí tan solo un mes para que presenciases las artes, las seducciones y el terror que emplean para pervertir á la plebe, á la cual por un lado impelen á la rebelion y por otro la mantienen tan oprimida, que no le es dado levantar la cabeza. Y á estos esclavos miserables y tomados del vino llaman ellos pueblo romano, aunque sea esto la más torpe mentira.

¿Quieres verlo á ese pueblo romano? Yo te lo haré ver en el acto más solemne en que puede

hallarse un pueblo que se constituye bajo una una nueva forma de Gobierno, en que, segun los principios de derecho (hasta en las instituciones modernas) que favorecen la soberanía del pueblo, se requiere que todas las clases estén libres y legítimamente representadas. No obstante, verás lo que sucedió.

Queríase á toda costa la Asamblea Constituyente romana, para poder luego proclamar la república con algun viso de legalidad. La poblacion de Roma se hallaba ocupada en sus negocios, cuando hé aquí que una turba de desalmados (llamados por Sterbini, ministro de Obras públicas, por medio de su agente Ciceruacchio), entran de improviso por la puerta del Pópolo, pues venian de trabajar en el camino de la Torre de Quinto. Estos con las picas, palas, azadones y garfios al hombro, se aglomeran en la plaza, y aguardan las banderas é insignias de los distritos de Roma, y llevándolas á su frente, se dirigen á la Cancillería, en donde se hallaba reunida la Asamblea. Durante su carrera, en todas partes vociferaban; de suerte que todo el mundo salia de las fondas ó se asomaba á las ventanas, sin poder atinar en la causa de semejante alboroto. Aunque el pueblo está ya acostumbrado á esta especie de bacanales, y ya nadie se extraña de ello; no obstante, esta tenia un no sé qué de siniestro que infundia temor á los ciudadanos.

Ciertamente que no era para ménos la vista de aquellas caras barbudas, pálidas y miserables, con sus enseres de hierro al hombro y su vestido sucio y desharapado.

Llegados á la plaza de la Cancillería, los jerofantes dieron la señal, y las turbas se pararon: en seguida cada uno intimó á su cohorte que gritase:—¡Queremos la constituyente romana!

En efecto, levantóse una inmensa gritería clamando:—¡Queremos la Consistente romana; si, la queremos! ¡La Consistente! ¡la Consistente! La gente se reia, al paso que los directores de aquella farsa rabiaban.

En medio de aquella baraunda, que parecia un infierno, los ministros salieron á la tribuna de palacio. Uno de ellos estendió el brazo y sosegó con un gesto á la multitud. Todos levantan los ojos para ver lo que sucede, mientras que el ministro se expresó en estos términos:

—Pueblo romano: vuestra justa y soberana voluntad es para nosotros una ley; mientras estábamos reunidos deliberando acerca de los medios de vuestra felicidad, vosotros, usando del pleno derecho que os compete, nos pedís la Constituyente, por cuyo medio vuestros representantes declaren la forma de Gobierno que más apeteceis. Roma se envanece al ver que su pueblo tiene la suficiente madurez para ser el ár-

bitro de sus destinos, y que con voz unánime y como un sólo hombre reclama la Constituyente. Estos votos son sagrados.

Dios, que nos ha dado la soberanía, los sanciona. Pueblo romano, serás bien servido de tus ministros.—Dichas estas palabras, el orador con sus colaterales hicieron tres profundas reverencias; una dirigida al centro, otra á la derecha y otra á la izquierda, con la más cómica seriedad, y se retiraron.

Aquellos tunantes correspondian á las reverencias haciendo gestos burlescos, y dándose importancia decian:—¡Al fin parece que somos algo! ¿Habeis visto qué salutaciones?—Lo que importa es que esta tarde beberemos, pues las reverencias quedan para los señores, que se las hacen para engañarse mútuamente.

Ya lo ves, Bártolo; los conspiradores se hacen un juego de nuestra Roma, y aturden á la Europa diciendo: Que el pueblo romano delibera con dignidad sobre el modo de asegurar sus futuros destinos.—Despues de esta grave y tranquila reunion de la nata y flor de los ciudadanos romanos, que acabo de referir, leíase en todas las esquinas y en todos los papeles públicos este majestuoso preámbulo:

«Digno de admiracion eterna es el espectáculo que ofrece un pueblo cuando, en medio de trastornadores acontecimientos, los más imprevistos y solemnes, de repente se levanta unido y com-

pacto, y con el mejor órden y armonía (¡ya viste qué órden!) se apoya en la conciencia de sus propios derechos y se dirige á la fuente de donde emana toda autoridad.» (¡Esta fuente purísima son las botellas de las tabernas!) «En busca de los elementos de su reconstitucion política que debe llevarle á los más altos destinos.» ¿Qué te parece Bártolo? Aquellos bárbaros que gritaban por la Consistente, ¿no se te figuran unos verdaderos senadores?

«No faltaron provocaciones, sugestiones, excitaciones y errores imbuidos para romper la dignidad impasible de su continente; pero el pueblo despreció las unas, se mostró sordo á las otras, y presentándose como un modelo de templanza y de prudencia civil, adelantó deliberadamente por la senda que se le abria delante.

«El será el primero en la Italia que habrá proclamado un principio, y el primero que habrá buscado su aplicacion. Este principio es sagrado, es el elemento de la moderna sociedad, y el único que puede cerrar la era de las revoluciones. (Mejor diria que la abre completamente.) «Los que se levantan contra dicho principio son facciosos; pero la sociedad los vigila, etc. etc.»

Los romanos leen esto, se encogen de hombros, inclinan la cabeza y pasan de largo; y ese millar de facciosos (¡oh perdon, los facciosos somos ahora nosotros, los papistas!) nos da la ley, y pretende de todos modos hacer creer al

pueblo romano que es él quien se constituye; y á la Europa «que Roma entera con órden, unanimidad y armonía se ha constituido.» Ya ves qué crédito merecen estas palabras, pero ten presente las que siguen:—«Son facciosos los que se levantan contra dicho principio; pero la sociedad los vigila.» El modo de ejercer esta vigilancia se expresa así:

«Cualquiera que trate de impedir la convocacion de los colegios electorales, etc., queda declarado perturbador del órden público; enemigo de la patria; y como tal sujeto á todo el rigor de la ley. Para ello se ha formado en Roma una junta de seguridad pública, destinada á dar una rápida y vigorosa ejecucion á la ley.

La comision provisional de gobierno.

En vista de lo que antecede, ¿quién puede dudar de que Roma entera y unánime quiere la Constituyente? Y como todas las clases civiles (llegadas de la torre de Quinto) representaban tan sólo la ciudadanía inerme, era necesario, para mayor lustre y decoro, que se levantase tambien entera y unánime para alcanzar en la conciencia de sus propios derechos, los elementos de reconstitucion política, la clase militar; puesto que las palas, azadones y garfios de los trabajadores de carreteras que gritaron «viva la Constituyente,» sin duda se miraron como armas harto innobles para representar la fuerza armada. No obstante que contínuamente se decia que la

Guardia cívica romana no tenia más que un corazon y una lengua para pedir instituciones libres, al parecer se levantaban de sus filas algunos facciosos, en quienes se podia confiar muy poco. En efecto; entre 14,000 hombres, si esceptuamos los alborotados, los intrusos y los hombres pagados, que no fueron pocos, los romanos juiciosos y honrados más bien hubieran querido estar sujetos al gran turco, que á los nuevos tiranos que querian sobreponerse á Roma, empleando tales intrigas para deslumbrar y alucinar á Europa.

No obstante que, como te digo, la Guardia cívica, en su generalidad, no estaba en favor de la Constituyente, se dieron nuestros hombres tan buena maña, que sin que ella lo advirtiese, la hicieron caer en el lazo que le prepararon. Sabrás que Garibaldi se hallaba á la sazon en Roma, con su escolta llegada de Toscana, compuesta de la flor de los facinerosos, parte alistados en Montevideo, parte en toda la marina de Occidente, y por último, parte escogidos entre los más feroces bandidos de Lombardía, de Provenza, de la Romanía, de los Abruzos y de la Calabria; los habia de infantería y de caballería, sin que pudiese decirse cuáles eran más fieros. Hombrones atrevidos, arrebatados, de tez bronceada, de recia musculatura, de vista torva y siniestra, de negras y espesas cejas. Llevaban cabellera que les caia por encima de los hombros, y largas greñas que les cubrian las sienes, y se juntaban con

sus grandes y cerdosos mostachos; sus barbas largas, negras y aborrascadas hacian como un marco á sus bocas, que no se abrian sino para blasfemar ó para devorar.

Su uniforme se componia de unos calzones anchísimos, y arrugados en la cintura; una pequeña túnica de escarlata de color de fuego, ajustada al cuerpo por medio de una canana en que llevaban los cartuchos para cargar sus carabinas. Al lado llevaban dos pistolas, y arrastraban un gran sable con vaina de acero, que hacia gran ruido al andar. Cubríales la cabeza un gran chambergo con el ala doblada, adornano con plumas de gallo. Por último; para darse un aspecto más fiero, llevaban á modo de banda un pañuelo arrollado y atado por sus estremos. Montaban caballos de toda raza, con sillas y gualdrapas, robados en los mercados ó á los pasajeros, y enjaezados á la mameluca, á la catalana, á lo árabe, etc. Van armados con lanzas, alabardas, falconetes y picas de todas especies y hechuras, carabina á la espalda, una larga bayoneta ó estoque junto á la pistola del lado izquierdo, y en el pecho un puñal ó un cuchillo de monte.

¿Has visto, Bártolo, en tu vida fachas más espantosas que estas? Ya puedes figurarte qué delicia era para Roma verlos pasear sus calles clavando sus ojos en las mujeres, que temblaban y se estremecian; y al mismo tiempo los dueños

de las tiendas estaban siempre vigilantes y temiendo algun acto violento. Vivia Garibaldi en la plaza de piedra de Cesari; y allí hubiera visto pasearse delante de la puerta dos centinelas de aquellos perdonavidas en ademan tan orgulloso y provocativo, que los bravos del palacio de don Rodrigo eran niños de la escuela en su comparacion (1). Así Roma les miraba con odio. Los que llevaban el timon en todas las intrigas, se habian ya puesto de acuerdo en secreto con Garibaldi, y convinieron en lo que debia hacerse desde que se presentase una ocasion favorable.

Cuando llegó el momento, pues, hicieron correr la voz de que los Garibaldinos amenazaban á la ciudad con un saqueo; con lo que fué aumentándose el miedo y la rabia. Al mismo tiempo toda la Guardia cívica fué llamada á una revista general en la plaza de los Santos Apóstoles, á fin de deliberar acerca del modo de echar fuera de Roma á aquellos extraños que la mantenian en la mayor zozobra y temor.

Este anuncio causó en Roma la mayor alegría. A la mañana siguiente todos acudimos á los cuarteles, y despues de haber tocado llamada, nos condujeron á la plaza de los Apóstoles, donde formamos en vistosas columnas y en masas cerradas. Los coroneles con sus edecanes re-

(1) Aquí se hace alusion á la novela *I promessi sposi*, de Monzoni.

corrian á caballo las filas, corveteando y haciendo alinear los frentes, y mandando los movimientos y las paradas. Todos creiamos que nos habrian hecho marchar en órden para intimar á Garibaldi que limpiase á Roma de sus bravos; cuando de improviso vimos salir y subir á un lugar algo eminente á Sterbine, quien con una larga arenga por el estilo de la de César en el Rubicon, pidió á la Guardia cívica romana que se declarase por la Constituyente. Los que estaban distantes alargaban el oido y dirigian la vista al orador, cuando en un instante se vió á los que estaban ya preparados para el caso, y que se habian mezclado entre las filas, quitarse los yelmos, y enarbolarlos encima de las bayonetas, haciendo ondear los penachos y gritando con toda su fuerza:—«¡Viva la Constituyente romana! ¡La Guardia cívica quiere la Constituyente! ¡Viva, viva la Constituyente!»—Decir esto, é inmediatamente extender de ello un proceso verbal Sterbini y sus paniaguados, fué cosa de un instante, dando al mismo tiempo las gracias á la Guardia ciudadana. Nosotros quedamos como quien ve visiones; de suerte, Bártolo, que fué aquello una escena verdaderamente divertida. Luego los coroneles subieron al palacio Odescalchi, unos á firmar por sí mismos, otros por sus respectivos batallones, otros á poner ciertas reservas, y otros á protestar categóricamente de aquel acto. En cuanto á nosotros los

individuos de la Guardia cívica, parte quedamos murmurando entre dientes, parte mirando la cara de su vecino, parte guiñando el ojo, y todos callados y firmes, hasta que volvimos al cuartel y nos despidieron cada cual á su casa con el rabo entre piernas.

Pero en los cuarteles quedaron los acalorados amigos de novedades, y todo era estrecharse las manos, besucarse y esclamar:—«Bravísimo: los romanos son siempre así.—¡*Viva la Constituyente!*» Por la tarde apareció impreso en todas las esquinas de Roma que la Guardia ciudadana «como un hombre solo» se levantó para proclamar la Constituyente: y al dia siguiente todos los periódicos estaban llenos de este suceso, el cual referian con sublime estilo, con palabras áticas, con frases de oro y con períodos retumbantes, capaces de causar envidia al mismo Ciceron. Así no solo toda la Italia, sino la Europa entera, se tragó con la mejor fé del mundo una tan estupenda mentira, y dirigió imprecaciones contra Roma, llamándola desleal y traidora. Ya conocerás que nada que ver tiene Roma con semejantes intrigas.

Por el contrario, si alguno se hubiese atrevido á decir una palabra, á hacer un gesto, á tener la fisonomía triste, la cabeza baja, y el cuerpo con dejadez; al instante decian que era un negro, un enemigo de la patria, traidor, contaminador de la pública satisfaccion; y á cada

paso se lee en la *Palas*:—«¡Alerta! la patria está en peligro.»—Y nos refiere que en la calle tal, número tal, hay una cueva de facciosos que están maquinando traiciones y sediciones: primero la Asamblea, despues la Constituyente, y ahora la República.—Tened cuidado, que allí en un horno junto al Santo Espíritu hay cada noche un conventículo de *negrotes* pérfidos y turbulentos.—¡Cuidado! que en el burgo de San Pedro, encima del cuartel, concurren ciertos oficiales y se trabaja en secreto para corromper algunos batallones.—¡Cuidado! que en la cajita de las cartas hemos hallado una que nos invita á publicar que en el palacio de cierto retrógrado se leen las correspondencias de la camarilla de Gaeta, se redactan proclamas incendiarias, y el alma de ese infame conventículo es un prelado el cual..... hem..... y así por ese mismo estilo procuraban mantener los ánimos en agitacion constante.

Así la *Palas* como *D. Pirlone* no se cansaban nunca en proseguir esta tarea: un dia amenazaban, nombrándole á un coronel, y lo querian reemplazar por otro de espíritu más ciudadano; al dia siguiente tildaban de negro á un empleado en el ministerio de la Guerra, á otro del Interior ó de Hacienda; y con estilo de verdulera le llamaban estafa y ladron del público, vanguardia de los satélites del Pontífice Gregorio, que debe exterminarse y poner en su lugar un

hombre franco y desinteresado administrador de la Hacienda pública.» Y en efecto, amigo Bártolo; todos ellos son Fabios y Cincinatos de la antigua Roma, de aquellos que, segun la historia,—«*Olim summi viri arabant terram*»—pues muchos de los actuales, despues de haber arado la tierra, vienen á arar nuestros bolsillos; y la labranza queda tan perfecta y los surcos tan profundos, que no se ve la más pequeña partícula de plata ó de oro. De la misma manera se preparan á arar el campo de la Iglesia, y no hay duda que harán penetrar la reja en términos que desenterrarán lámparas, candeleros, incensarios, relicarios, y todo cuanto hay en los armarios de las sacristías, en los altares y en los tabernáculos del Señor.

Tienen ya entre manos un cabo precioso para desemarañar la madeja; pues tomando pretesto de la excomunion, aun ántes de proclamarse en Roma la república, se echaron encima de aquellos Párrocos que habian leido á los feligreses al pié del altar la dicha excomunion.—Estos verdaderos mártires de su deber se vieron en la necesidad de librarse de la furia de los demagogos, manteniéndose ocultos, ó yendo prófugos Dios sabe por dónde.

¡Oh, qué santa y católica fué la libertad que dieron á Roma los mismos que la quitaron al Papa, á los Cardenales y Prelados de la Iglesia, y á los Párrocos! Y aun porfian invocando so-

lemnemente el nombre de Dios, en testimonio de que léjos de violar la religion, la honran y la defienden de los ataques de los Clérigos; quienes movidos de avaricia, ignorancia y ambicion, la desviaron de su objeto, la mancillaron y envilecieron falseándola y convirtiéndola inicuamente de divina en humana, de celestial en mundana; y para dar de ello una idea más clara al pueblo y ponérselo á la vista, el periódico *Don Pirlone* en sus caricaturas nos pinta al Sumo Pontífice, al Vicario de Jesucristo, al doctor y maestro de la Iglesia universal, vestido de pontifical, sentado en la cátedra de la Verdad en el acto de leer el libro de los Sagrados Evangelios escrito al revés.

Pero los nuevos dueños de Roma, para probar que ellos entienden el Evangelio á derechas, apenas se anunció la república, que corrieron desatentados á quitar, derribar y despedazar de las dependencias apostólicas las sagradas insignias de las llaves y la tiara, reemplazándolas con el águila romana y la bandera tricolor. Y así como en las cátedras públicas y en las estancias de las oficinas pende de las paredes el retrato del Sumo Pontífice, y sobre las repisas de mármol está colocado el busto del mismo, así los cuadros fueron hechos girones con los sables y destrozados con los puños, y los bustos fueron rotos y hechos trizas.

En el Palacio del Gobierno, en donde tienen

su asiento los tribunales, habia un gran busto de bronce de muchísimo mérito, el cual derribaron de su pedestal de granito, y seis faquines lo llevaron abajo en el patio: luego llamaron á cuatro herreros, que con sus mazos empezaron á dar golpes en la efigie en medio de los aplausos de los que presenciaban aquel acto de barbarie, y principalmente de los comisionados del fisco, que lo miraban asomados á las ventanas. Asemejábanse á cuatro cíclopes, cuya obra de destruccion iba acompañada de la gritería y dicterios del populacho.

No contentos con esto, los satélites de Ciceruachio corrieron por las calles más nobles de Roma, y viendo pintadas ó esculpidas en las muestras de algunas tiendas de artesanos privilegiados por el Papa ó su córte las armas apostólicas, las echaban abajo gritando:—¡Fuera estas inmundicias! El ímpetu y la rabia fué mayor contra los sombrereros, quienes tenian por muestra sombreros de Cardenal, pues los arrebataron, y despues de hacer de ellos el mayor escarnio, fueron á arrojarlos al Tiber en medio de horrible batahola.

Estas bravatas eran luego referidas por los demagogos á sus corresponsales de las provincias; en donde por espíritu de imitacion se reproducian los mismos desórdenes con mil añadiduras.

Ya veis, Bártolo, hasta qué punto pueden lle-

gar unos pocos malvados hasta en una ciudad fiel y respetuosa. Aunque no debe esto causar admiracion, pues los buenos quedan aterrados y los osados aprietan más duramente la mano; desgraciado del que dice con franqueza lo que siente, pues no tarda en dar cuenta de él un puñal alevoso. Así el primero que de esta suerte se vió atacado por la espalda, fué el marqués Luis Honorati, asesinado á traicion con varias puñaladas; en seguida lo fué el celoso Canónigo D. Luis Toccaliti; luego el valiente Sr. Magagnini, teniente de carabineros, y el mismo gobernador fué tambien víctima de una mano asesina, sin embargo de que tenia fama de participar de las opiniones mazzinianas. Finalmente cayeron bajo los puñales de los sicarios Domingo Negri, Salvador Planeta, Federico Guerrieri, Santiago Leoni y un cierto Mazzoni.

Ruega á Dios que aplaque su ira contra esta pobre Italia. Consérvate con salud, y dí á Mimo y á Lando que nuestro Branduccio os referirá despues la inauguracion de la república romana. Adios.

III.

Una dulce y serena tristeza, semejante á una hermosa y melancólica noche de verano, se habia apoderado del ánimo de Elisa en Ginebra, sin que con todos sus esfuerzos pudiese apartarla de su corazon. Suspiraba, gemia sola en su estancia, levantaba el espíritu á Dios, saludaba al ángel custodio que velaba á su lado, y volvia los ojos á María, entregándose toda á ella con alma, vida y corazon.

Poníasele de contínuo delante una imágen funesta, y daba vueltas á su alrededor, ensangrentada, ya de cerca, ya de léjos, pero mirando dulcemente á la jóven, desprendiéndose de su fisonomía un amor cándido y puro como la claridad de la luz de que estaba envuelta. Por la noche, cuando se acostaba, se le aparecia tambien y la veía tranquila y sosegada acercársele á la cabecera; sentia su aliento suave y tardo, y oia en ella cierta armonía secreta que conmovia todas sus fibras, y que calmaba su corazon enfermo y fatigado.

La pobre Elisa en medio del silencio, de la soledad y tinieblas de la noche, aunque por una parte se complacia con aquella suave aparicion, por otra la causaba grande inquietud; abria los

ojos para no verla, alargaba la mano para apartarla de sí, y procuraba distraer sus pensamientos; pero la imágen permanecia en su sitio constantemente sin que pudiera desvanecerla, pues cuando Elisa creia estar libre de ella, aparecíasele de nuevo, y con una sonrisa que la penetraba hasta el alma, le modulaba un adios que la conmovia hasta en lo más íntimo del corazon.

Entónces la abandonada doncella elevaba su espíritu á María, y acudia su mano presurosa á estrechar la medalla de Nuestra Señora. Pero esta medallita era precisamente la que habia dado á Aser, que ella vió en el pecho de este mismo, que habiéndosela quitado á este Mimo, la habia entregado inmediatamente á Elisa, la cual la llevaba puesta en memoria de aquella invicta víctima de la virtud y de la fé. En medio del apreton que le dió y de la oracion á la Vírgen con que lo acompañó, parecia que la aparicion se alejase señalando al cielo, y entónces la jóven respiraba y el sueño venia á hacerle olvidar sus melancólicos pensamientos.

Una tarde, miéntras Bártolo y los primos despues de comer se habian recogido en sus cuartos, sintiéndose Elisa más y más triste, volvió sus ojos á la adorada arpa, con que acostumbraba desahogar sus penas; y tomándola y saliendo al terradito que daba al lago, sentóse y empezó á recorrer sus cuerdas. No se sentia un aliento de aire; la superficie del lago se presen-

taba lisa, tranquila y pura, reflejando en sus cristiales el mirador en que estaba Elisa, y reproduciendo tambien la imágen de esta y del arpa. La islita de Juan Jacobo se reflejaba igualmente entera con sus bosquecillos de tilos y de sauces, todo lo cual ofrecia un aspecto de suave y melancólica tranquilidad.

Elisa levantó los ojos al cielo, se recogió dentro de sí misma, meneó un poco la cabeza como para sacudir algun pensamiento molesto, y empezó á cantar con dulcísimo acento la *Plegaria de la tarde*, del maestro Bellini. La flébil voz se unia perfectamente á los tristes sonidos del instrumento, y alternaban como suspiros reproducidos por el eco de una cueva, que se debilitan y se pierden entre las anfractuosidades de la peña.

El alma suave de Bellini jamas concibió una melodía tan melíflua, amorosa y apasionada como la de esta plegaria; ni jamas entonó nadie un himno con tanta pureza y sentimiento como Elisa, la cual nunca estaba mejor que cuando entonaba alabanzas al Señor. Mientras, pues, que la jóven difundia por la tranquila superficie del lago esa armonía que espresa la tristeza y el reconocimiento y encendido amor al Dispensador de todos los bienes, así del espíritu como de la vida, acababa de llegar á Vevey, en el buque el *Aguila*, D. Baltasar, en compañía de un amigo, á quien acompañaba familiarmente, á fin de que

trabase conocimiento con Bártolo y permaneciese por un par de dias en trato y conversacion con él. Era este ciudadano de Módena, de donde huia por causa de la revolucion, que á más de sembrar la agitacion y trastorno en toda la península italiana, revolvia y desordenaba especialmente á dicha ciudad, donde tenian venturoso asiento las letras y las ciencias, patria fecunda de los más preclaros ingenios que en nuestros dias honran á nuestra infeliz Italia; y aun él mismo era hombre de profundos conocimientos y de sabia filosofía.

Recibióle Bártolo satisfactoriamente, y sin más ceremonia lo condujo con los sobrinos al mirador donde estaba Elisa; y habiendo tomado asiento alrededor de esta y admirado la deliciosa situacion de aquella quinta, entraron en plácida conversacion; y luego naturalmente vinieron á tratar de los sucesos que llenaban de agitacion y trastorno á Roma, sitiada entónces por el ejército frances. Hablaron mucho y con variedad de las tristes circunstancias en que se hallaba esa ciudad, antes reina del mundo, y entónces esclava de un puñado de conspiradores, que la mantenian aterrada y con un pié en la garganta, añadiendo la burla y el desprecio al estrago y la tirania; á cuya idea, lleno de indignacion el modenés, esclamó:—Ningun mal sufren los romanos que no lo tengan bien merecido, por su indolencia y cobardia en dejarse oprimir y tira-

nizar por unos cuantos malvados que tan funestamente los gobiernan.

Pero D. Baltasar le replicó cortesmente, diciendo:—Amigo mio, vos sois un hombre sábio, y no desconoceis el giro que toman con frecuencia las revoluciones; y que la historia nos muestra con evidencia que los tumultos y sediciones de los pueblos son obra de pocas manos y concepcion de pocas cabezas, cuando no lo son hasta de un sólo hombre. La gente pacífica y laboriosa naturalmente limita sus miras al estrecho círculo de sus diarias y acostumbradas ocupaciones, precisamente, hablando en estilo homérico, como el asno que da vueltas á una noria, que con los ojos vendados sigue su giro sin desviarse del camino: á la hora señalada le quitan del puesto, toma su pienso, bebe, pasta en el prado, donde se revuelca á su sabor, feliz en poder dar vueltas á la noria; luego vuelve á su puesto, y gira otra vez en torno del mismo eje hasta que llega la noche: entonces cesa, y duerme tranquilo sin pensar en que hay mañana.

Los conspiradores, al contrario, son como las fieras de presa, siempre vigilantes, aguzando sus garras y sus dientes, velando cuando todos duermen, errantes cuando los demas permanecen quietos, solitarias, astutas, husmeando y con la vista siempre en acecho, las armas prontas, el ánimo feroz, con el hambre que ladra, la rabia que las impulsa, el furor que las consume y la

sed de sangre que las encarniza contra los animales inermes que pacen en el prado ó en la selva mansos y pacíficos.

Los fraguadores de conspiraciones, de tumultos y de sublevaciones, en sus conciliábulos adquieren un corazon de hiena, con la crueldad del trige, el furor del oso, la perfidia del lobo y la astucia de la zorra, la ferocidad de la pantera, del leopardo, del dragon ó del cocodrilo, ó el genio destructor del ave de rapiña. Esto supuesto, ¿dígase qué gamo ó cervatillo puede creerse seguro? En tanto que los pacíficos ciudadanos se hallan entregados á sus ocupaciones, sin pensar cada cual más que en su negocio; los conspiradores en sus secretos escondrijos asestan sus máquinas para dejarse caer de improviso encima de aquellos, y sembrar la desolacion, el estrago y la ruina en las ciudades, en los reinos y en los imperios.

En efecto, observó Bártolo, por medio de vuestra comparacion nos poneis á la vista con toda la evidencia el modo cómo los pueblos, aunque mucho más fuertes que unos cuantos rebeldes, son vencidos por estos; precisamente como una manada de ciervos que, aunque en su conjunto reunan mucha más fuerza que un tigre, no obstante cuando este les ataca, en lugar de cruzar sus astas y resistirle, emprenden la fuga y se dejan despedazar por sus garras y sus dientes.

Y D. Baltasar, dirigiéndose á su compañero,

añadió: ¿Hay por ventura en Italia otra ciudad mejor y más dichosa que vuestra Módena? Teneis un Príncipe prudente, magnánimo, invicto, benigno y digno de reinar en un vasto Imperio; teneis una nobleza ilustre y generosa, hombres eminentes en todos los ramos del saber humano, y tan acordes y amigos entre sí, que las letras, las varias ciencias y diversas artes que profesan parecen hermanas gemelas, lo cual es dificilísimo entre personas doctas, y que cuando se encuentra es señal manifiesta de que su ciencia tiene por base la virtud.

No hablo del pueblo, el cual no puede ser mejor, más religioso, moderado, tratable, fiel á su Príncipe, quieto, pacífico é industrioso. ¿Qué más puede apetecerse? No obstante, Módena se vió cruelmente agitada y desordenada por los manejos é intrigas de algunos miserables, por los trastornos de algunos seducidos y engañados, y por el extravío del pueblo, el cual, sin desplegar los lábios, se dejó separar de su Príncipe y padre, entregar á un dominio extraño, y gritó que era libre é independiente en el acto mismo en que se hacia esclavo y siervo de esos pocos agitadores que le habian echado encima las cadenas y los grillos. ¿Se movió acaso alguno contra los rebeldes? ¿levantóse acaso una voz á increparles? ¿una mano que tratase de oponerse á tales excesos? Suspirar, entristecerse, deplorar en secreto la suerte de la ciudad, vivir retira-

dos ó encerrados en su casa, no atreverse á hacer ni una seña á los amigos: ahí teneis lo que aconteció en Módena, lo mismo que sucedió en Turin, en Florencia, en Parma, en Nápoles y en Roma, y lo mismo que veremos siempre en todas las sublevaciones. Los pueblos todos parecen hechos de una misma pasta, y allí donde se levanta un conspirador astuto y audaz, puede estar seguro de que en todas partes obtendrá los mismos resultados, así en Roma como en cualquier otra ciudad.

—Y aún, dijo Bártolo, no tomais en cuenta el gran dominio que ejercen los conspiradores sobre los pueblos pacíficos por naturaleza y por costumbre, ni el terror que infunden en ellos, en términos que no se atreven á levantar la vista del suelo, dejándose oprimir y poniéndose á merced de los hombres de crueldad y de rapiña, que les tiranizan al propio tiempo que les predican que son libres y señores.

—¡Oh! tratándose de terror, añadió Mimo riendo, hace algunos dias que tuve cartas de un amigo que corroboran plenamente lo que el tio Bártolo estaba diciendo de un modo general. Voy al punto á buscarlas, pues no pueden venir más al caso.—Salióse y volvió luego con las cartas, las cuales leyó, y estaban así concebidas:

Querido Mimo:

Estos dias nos referia la *Palas* que en las sublevaciones de los pueblos, y en las insurrec-

ciones de los Estados, es facilísimo caer del heroismo á lo ridículo. Si ello es así, creedme, amigo, en esta nueva república los actos heróicos provienen de la infinita paciencia de los romanos, y la ridiculez procede mil veces más á menudo de esos charlatanes vestidos de héroes. Cada uno de estos se engulle la república para gustar sus frutos, sabrosos para ellos, pero amargos y acerbos para los pobres ciudadanos, los cuales diariamente se tragan algunos pedazos que se les atragantan y desgarran el tragadero, de modo que no saben dónde volver la vista, aturdidos por los ahullidos y vociferaciones del pagado populacho, por las retumbantes frases del *Contemporáneo*, por las estumpendas mentiras de la *Palas* y por las caricaturas de don *Pirlone*.

El primer anuncio de la república fué para nosotros una espantosa barahunda; tal que si el mismo Satanás nos hubiese manifestado á son de trompeta que al dia siguiente vendria á visitarnos en el Capitolio, no nos hubiera causado tal susto. Figúrate, Mimo, que nos hallábamos en el mes de Febrero, en que las noches son largas y el frio intenso; llovia, nevaba y silbaba con furia el viento, de modo que á media noche todo el mundo se hallaba acurrucado en la cama durmiendo á pierna suelta.

De repente, oyóse un gran campaneo en el capitolio, luego en Monte Citorio, en Gesu, en los

Santos Apóstoles, en San Andrés del Valle, en San Cárlos y en Catinari.—¡Misericordia! ¡Socorro! ¿Qué barullo es ese?—La mujer grita al marido, diciendo: ¡Roma está ardiendo! ¡Dios mio! —Los niños chillan clamando: ¡Mamá! ¡Mamá!— Los vidrios retiemblan: ¿á qué tanto tocar las campanas?—Quietos, hijos mios, no es nada: cubrios la cara con la sábana y dormid.—Al mismo tiempo tiemblan las paredes al recio estampido de los cañonazos, las puertas se cierran, crujen los armarios y vacilan las camas. En medio de semejante estruendo unos gritan, otros lloran, otros se lamentan, mientras que continúa el campaneo, los cañonazos, y por añadidura los tiros de fusil desde las ventanas, terrados y balcones.

Asemejábase Roma á una ciudad tomada por asalto y pasada á sangre y fuego. Cuando en la noche de San Ignacio de Julio, Mamiani hizo echar al vuelo todas las campanas para celebrar el triunfo de Cárlos Alberto en Custoza, á lo ménos existía aun el Papa, las noches eran cortas y el calor permitia salir en paños menores á las ventanas; ¡pero en Febrero! ¡con aquella noche de lobos! Ya ves, Mimo, que era imposible, y puedes deducir cuanta era la confusion, el terror y el alboroto de las gentes del pueblo. En fin, fué tan repentino y terrible el miedo, que no pocas mujeres abortaron, muchas cayeron en mortal desmayo, y hubo calenturas, es-

pasmos nerviosos, y muchos quedaron asombrados y aturdidos.

El retumbo de la artillería, el ruido de los tiros de fusil y el resonante tañido de las campanas en medio de la oscuridad y silencio de la noche era tan escesivo, que las lechuzas que anidan en la cúpula de Boromino de San Andrés *delle Fratte* tomaban el vuelo y despedian por los aires agudos chillidos; y las palomas de las cúpulas de Gesu, San Cárlos y otras iglesias huian del nido batiendo las alas, sin saber donde posarse; los perros corrian por las calles ladrando y ahullando como rabiosos; y en medio de todo se oian en las plazas y en el Corso gritos como de endemoniados que clamaban: ¡Viva la república! ¡Romanos la república ha nacido á media noche como el Redentor! ¡Arriba, la salud de Roma brilla como un astro! ¡Viva la república romana!»

Ya que esos sacrílegos republicanos tienen la desverguñenza de comparar la obra de Dios á la obra de la revolucion, puedo decirte tambien, Mimo, que si el divino Redentor nació á media noche para redimir el mundo, la república fué abortada por el infierno á media noche para nuestra ruina y esterminio. En la cueva donde nació el niño Jesús, cantaban los ángeles en coro: «Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres;» mientras que debajo de la sala de la Asamblea que declaró y proclamó la república,

una turba de locos vociferan: ¡Muera Iesucristo! y claman guerra al austriaco y á todos los hombres de bien de Roma y de Italia.

Ruégote que consideres que los diputados de la Asamblea Constituyente, que debian sacar á luz la celestial niña estuvieron en los dolores del parto desde las tres hasta media noche; pero ántes de subir al tálamo de las parturientas, obrando como buenos cristianos, se dirigieron procesionalmente desde el palacio del Capitolio á la iglesia de *Ara cœli* á oir un oficio y entonar con devocion el himno *Veni Creator Spiritus*, para que les inspirase una luz superior para decidir si deberian devolver el Estado al Vicario de Cristo, el cual es su señor legítimo, ó constituir la papal república: y parece claramente que su Espíritu Santo (que envió por la posta José Mazzini) les inspiró que reemplazasen al Gran Sacerdote, con la jovencita república, la que milagrosamente nació ya mujer formada, adulta, y armada de punta en blanco como para entrar en batalla.

Era cosa de ver á nuestros nuevos Arcalifas, llenos de su gran concepcion, caminar con majestad desde el Capitolio, con las bandas tricolores, bajar por las principales calles de Roma con direccion al palacio de la Cancillería. Figúrate una de aquellas grandes escenas que se representaban en público el año 1847, y contempla delante la gran bandera del Círculo popular,

y detrás los gonfalones de catorce distritos, con mil estandartes y lábaros y trofeos para cada una de las bandas de estudiantes, ciudadanos, labriegos, todos con sus propias insignias y uniformes: en seguida largas filas de infantería vestida de gala, caballería de dragones y de carabineros, con grandes morriones de pieles llenos de trenzas y cordones colgantes, y el sable desnudo al hombro, formaban la cola de esta solemne procesion los trenes de artillería que á su paso hacian retemblar las casas, y á cuya vista no faltó quien dijese entre dientes:—«Volved los cañones y disparad á esa turba de impostores.»

Aquellos diputados con pobladas barbas y los cabellos ensortijados y caidos á la espalda, los que dejando las togas y mantos negros de terciopelo (ranciedades aristocráticas), llevaban unas casaquitas negras, cuyos reducidos faldones apenas llegaban á cubrir la parte más noble de sus personas, y unas bandas debajo de cuyo lazo pendian dos cabos que iban muy bien con los tirantes pantalones y las charoladas botas. Pensarás que á lo ménos llevarian en medio de su trage de gala sombrero apuntado, guarnecido con plumas y con la escarapela tricolor. Si así es te equivocas grandemente. Dar á luz la república llevando un sombrero que recuerda la pompa de la córte Real, y que solo tiene una cúspide ménos que el de los Sacerdotes, no era

en verdad conveniente; por lo que aquellos padres de la patria llevaban sombrero redondo, cuya copa sostienen unos muelles interiores, y que en caso de necesidad se bajan y aplastan tomando la figura de un plato. Así no dejaba de ser algo extraño verlos andar con tan solemne majestad con este pináculo en la cabeza, sus luengas barbas y sus reducidas casacas. Pero los gustos democráticos son de otra especie que los nuestros.

En tanto que estos diputados permanecieron encerrados en el salon de la Cancillería, el pueblo entero de Roma estaba ocupado en sus ordinarios negocios, sin que la mayor parte sospechase siquiera que dichos *Joves* tuviesen la cabeza en cinta de semejante Minerva, ni de aquel Baco el costado; pero cuando á media noche nació la república, y se oyó el repentino campaneo, el pueblo recibió el mayor susto que puede imaginarse. No obstante, al dia inmediato publicó la prensa que «el pueblo romano unánime y á una sola voz habia querido la república; que estaba contentísimo con ella, y que derramaria en defensa de la misma hasta la última gota de su sangre.»

A la mañana siguiente viéronse hordas de gente perdida, que recorriendo las calles de Roma con un gran gorro colorado, el fusil al hombro y el puñal en la mano, pasaban por las calles más populosas por delante de las más ricas

tiendas y fondas gritando: ¡*Viva la República*!

—Este es en efecto, dijo D. Baltasar, el modo como los revoltosos siembran la agitacion en las ciudades, llevan á cabo las revoluciones y sobreponen los nuevos delirios á las antiguas instituciones. ¿Cómo, pues, podremos culpar á los pueblos inermes, sorprendidos y aterrados, de que no se hayan opuesto á semejantes novedades?

—Sin embargo, replicó el modenés, el pueblo romano no es un rebaño de mujercillas, más tímidas que las palomas; sino un pueblo valiente, firme y activo, que cuando quiere no se deja imponer tan fácilmente.

—No hay duda que el pueblo romano es tal como decís; lo que equivale á decir que es una sociedad pacífica, amante del reposo; y los hombres honrados son tímidos, no precisamente por sí mismos, sino por sus mujeres é hijos, por causa de sus padres y de los negocios; al paso que los hombres turbulentos, siempre temerarios, que viven de los trastornos y en ellos medran, obran sin compasion, adoptando toda especie de medios, hasta el homicidio y el asesinato. Añádase á todas estas causas que lo que más aturde á los pueblos es el modo instantáneo como estallan las rebeliones; el no saber su marcha y el punto á donde se dirigen y el contínuo temor de empeorar las cosas, creyendo ver sobre su cuello la cuchilla, el incendio en sus casas y el veneno en sus pozos, en el pan ó en el vino. Esa con-

tínua exposicion al peligro de la persona ó de los bienes, hace que los hombres más resueltos se acobarden y que se dejen tratar de cualquier modo sin oponer la menor resistencia, como han hecho los romanos.

Pero Bártolo, exhalando un suspiro, exclamó:

—¡Ah! el pueblo romano no hubiera sido el juguete de los malvados, si nosotros al principio no hubiéramos sido tan babiecas de ayudarles y de empujarles á su ruina: pues es menester confesar que en los primeros movimientos de los demagogos hubo Príncipes, patricios y ricos ciudadanos que se dejaron engañar por la astucia é hipocresía de aquellos; de suerte que no parecia sino que se iba á renovar el siglo de oro.

El pueblo veia nuestra locura y loqueaba con nosotros. Cuando nos vimos con el agua á la garganta, huimos de Roma y abandonamos al pobre pueblo á que luchase con la marea, que lo hundió en sus remolinos.

—Es dudoso que lo hubiéseis salvado, repuso D. Baltasar; pero hablando de esos miedos que suelen tener los ciudadanos en semejantes circunstancias de perturbaciones políticas, es muy cierto cuanto ántes os estaba diciendo.

—En tanto es cierto, dijo Lando, que tengo en mi poder irrefragables pruebas, y que demuestran con evidencia que para nada debe contarse con la discrecion del pueblo, principalmente en los casos repentinos. Escribiame á fines de Mayo

un amigo (que aunque filósofo se chancea con mucha gracia sobre los sucesos del tiempo): una gran perturbacion ha tenido lugar en Veroli, que es una prueba solemne de cuanto decia D. Baltasar.

Ya sabemos qué gente tan buena, valiente y fuerte son los Ernicos; y que tal vez no se halla otra que se le asemeje en la gravedad y seriedad de costumbres, y en la entereza y sobriedad antigua mezclada con cierta aspereza rústica y silvestre, comparada con la suavidad y esquisita dulzura de la civilizacion moderna. Ellos son valientes y denodados por naturaleza, y sólo la Religion los mantiene tan sumisos, corrigiendo la fiereza y ardor de su carácter. Estos, pues, deseaban con el mayor anhelo recobrar al Papa; y no obstante, mordian el freno de la república romana, la cual, mirándoles con el mayor desprecio y temiéndoles excesivamente, les echó encima de guarnicion las numerosas hordas de los más feroces y crueles bandidos de las legiones de Masi y de Garibaldi.

Un mártes habian acudido al mercado, que cada ocho dias se tiene muy rico en Veroli, muchas gentes de Ceccano, Pofi, Fumone, Bauco, Montesangiovanni, Ripi y otros pueblos populosos del contorno: hormigueaba la plaza de vendedores y compradores de ganado, legumbres, frutas, volatería y otros géneros y mercaderías de toda especie, como telas, paño, etc.;

de improviso presentóse por la puerta Romana una escuadra armada de los hombres fieros de Masi; y al ver su siniestro y feroz aspecto, á muchos les palpitó el corazon: las mujeres que estaban sentadas junto á los huevos, pollos y la hortaliza, temblaron como azogadas, y muchos creyeron que iba á pillarse la plaza, y se pusieron en disposicion de velar por sus personas y por sus géneros.

Un gastador de la turba de aquellos bandidos, ya fuese por broma, ya con la pérfida intencion de causar miedo á las tímidas aldeanas, coge el hacha que llevaba á la espalda y empieza á dar con ella golpes en las piedras y á arrastrarla por el suelo. El ruido, en medio del sobresalto en que se hallaba la gente, la asustó, y al querer huir chocaron unos con otros en medio de los mayores alaridos y confusion, que luego fué extendiéndose por las calles y alarmando á todo el mundo.

¡Dios mio! gritaban en todas partes. ¡Dios mio! ¡piedad! ¡misericordia! Sálvese quien pueda.—¿Pero qué ha sucedido?—Que han muerto ya á cien hombres: la sangre corre á torrentes, y pegan fuego á las casas. ¡Vírgen Santísima, socorro! ¡Ah marido mio! ¡ay hermano! Los aldeanos corrian de acá para allá con los cestos en la cabeza: derraman los huevos, que se estrellan en el suelo, y los que pasan por encima resbalan y caen, y lo mismo cubren el suelo las ci-

ruelas y albaricoques; y todos huyen y se entrechocan sin saber á donde dirigirse. Gruñen los marranos, y corren por entre las piernas de la multitud, derribando las mesas de objetos de quincalla; en fin, parecia aquello el dia del juicio.

En medio de tamaño desconcierto se escapó un toro y embistió furioso por entre el gentío, derribando á unos, hiriendo á otros y pisando á no pocos; crecen los gritos y el alboroto.

Ciérranse las tiendas y todos tratan de poner dentro y en seguridad los géneros que servian de muestra y cuya mayor parte iban por aquellos suelos arrastrados, pisoteados y rasgados que era una bendicion. Las mesas de vidriado, de objetos de barro vuélcanse con estrépito; las palomas se escapan por los aires, los pollos, gallinas, ánades y toda especie de volatería, corren, saltan, vuelan, chillan, graznan y aumentan la confusion y el ruido, huyendo despavoridos por donde pueden con gran lamento de sus dueños que en su venta habian cifrado grandes esperanzas.

Veroli está situada á la altura de un montecito, y se desciende á lo largo de dos pendientes por medio de angostos senderos y de vericuetos; por lo que los fugitivos, acumulándose y estrechados á la entrada de dichos puntos de salida, en medio de su aturdimiento apretaban y oprimian á los que tenian delante, en términos que

al meterse entre ellos un cerdo ó un carnero de los que andaban perdidos y alborotados, hacian caer á los unos encima de los que tenian delante, amontonándose y ahogándose mútuamente con grandes contusiones y magullamiento de miembros. Este alboroto y tumulto tuvo efecto de un modo tan rápido é imprevisto, que en ménos tiempo del que empleo para referirlo, aquella numerosa muchedumbre de robustos aldeanos desembarazaron la plaza, dejando sus mercaderías en la mayor perdicion, tal, que parecia el mercado un campo de batalla. Bancos, mesas, cestos, sacos, pesas, balanzas, comestibles, granos, todo estaba roto, destrozado y en indescifrable mescolanza y confusion.

Al principio de aquella gritería, carreras y barahunda, cuya causa nadie sabia, celebrábase el oficio mayor en la iglesia catedral, poco despues de la consagracion, y los aturdidos Canónigos, viendo que el pueblo acudia corriendo á refugiarse en el templo desconcertado y temblando, clamaron:—Por Dios, ¿qué sucede?—¡Socorro! Veroli va á ser pasada á sangre y fuego. Los Canónigos, sin preguntar cómo ó por qué causa, se levantan, saltan por encima de los respaldos de los bancos, y se precipitan á las gradas del presbiterio; los beneficiados se sacuden de encima los sobrepellices; los asistentes y monacillos abandonan el altar, y todos huyen derribando los candeleros y los incensarios.

Cuando el pobre oficiante se vió solo en el altar, tomó á toda prisa el Santísimo Sacramento, y huyó á la sacristía, que tambien estaba desierta y se veian esparcidos por el suelo roquetes, sobrepellices y bonetes. Un capellan que vió una ventana baja en el cuartito del lavatorio, saltó á ella, y se descolgó á un zaguan que se halla entre la Iglesia y un antiguo edificio; y como viese al fondo del mismo unos maderos, fuése á ellos y se acurrucó debajo como un ratoncillo. Al mismo tiempo, uno de los sacristanes, que al principio huyó al campanario, no creyéndose aun bastante seguro, bajó por la misma ventanilla, se arrojó al zaguan y buscó tambien un escondrijo entre las maderas. El Capellan gritaba: ¡Por piedad, la vida!—Espantado el sacristan al oir aquella voz, da un salto atrás y quiere huir; pero no sabe á donde, hasta que al cabo se mete en un albañal, y allí permanece agachado temblando de piés á cabeza.

No hablemos de la algarabía que se movió en toda la ciudad; todo fué atrancar las puertas y echar los cerrojos: quién se escondió en los sótanos y bodegas, dentro de toneles vacíos, quién en las caballerizas, quién se ocultó tras de unas esteras, ó dentro de colchones: de suerte que todo el pueblo se hallaba agitado, inquieto, aterrado y temblando.

—¿Pero qué hay? ¿Qué ha sucedido? Todos se miraban espantados; pero nadie sabe responder

á estas preguntas: y el miedo les apaga la voz en la garganta.

—Véase, repuso D. Baltasar, lo que son los pueblos: ahora en Veroli todos se rien de su pánico: pero Lando nos dá una gran muestra de lo que es el pueblo con el roce de una hacha en el suelo, y Mimo con el tañido de las campañas de Roma.

—Aun no he concluido, dijo Lando, puesto que mi amigo me escribe las más estrañas noticias y que dan mucho que pensar, sobre los sustos que tuvieron lugar en las ciudades de Marítima y de Campaña despues de la retirada del ejército napolitano de los collados de Roma.

De esto, respondió Bártolo, podremos hablar en el jardin de las Plantas, cuyo paseo y agradable sombra es tan dulce. Arréglate, Elisa, que saldremos juntos; y nuestros queridos huéspedes no dudo que oirán con el mayor gusto esos casos extraños que corroboran del todo lo expuesto por D. Baltasar.

—En cuanto á mí, contestó este, siempre he tenido cordialmente compasion de los romanos, y no puedo tolerar que nadie juzgue de ellos mal y tenga á esa ínclita ciudad por rebelde y traidora á su legítimo Príncipe y Cabeza de la Iglesia de Dios. No cabe duda que hubo muchos que se mostraron indignos del nombre romano; que entrometidos en la guardia nacional, apoyaron todas las maldades, latrocinios y sacrilegios

de los triunviros: que maltrataron á los Sacerdotes, oprimieron á los buenos ciudadanos, prendieron á tantos inocentes y llenaron de tribulaciones á la Santa Iglesia romana: ¿pero qué significa esto?

El lago Fibreno, que convertido en rio recorre las deliciosas campiñas de Sora y de Arpino y desemboca en el Liri, es muy notable y famoso por sus bellas, límpidas y cristalinas aguas, las cuales brotan de la tierra formando burbujas tan puras, tersas y brillantes, que se asemejan á perlas que saltan por el césped. Así, cuando moraba cerca del insigne y complaciente Obispo de Sora, fuí un dia llevado por dos corteses amigos á ver los límpidos manantiales de ese gracioso lago; pero entrando en el rio en un barquichuelo, lo recorrimos suavemente por todas partes hasta las pendientes del monte de la Posta y hasta la islita flotante, la cual, gallardeándose con sus árboles, sus vides y sus campos de trigo, paséase como por encanto segun el impulso del viento. Parecia que navegábamos por un terso cristal; de manera que la vista alcanzaba á ver, á más de quince brazas de profundidad, hasta los granos de arena y las diminutas algas que despuntaban en el fondo y movian blandamente sus hojas y ramas por debajo de la corriente del agua.

Sin embargo, en medio de tanto brillo y candidez de las aguas, la proa de nuestra barquilla

chocaba á menudo con ciertas acumulaciones de algas muertas y hediondas, que subiendo á trechos hasta la superficie del agua, cubrian su pura diafaneidad, y se extendian fétidas y viscosas por largo espacio en derredor. En el acto de cortarlas la barquilla, parecia que pasábamos por en medio de un lodazal pútrido y nauseabundo, en el que saltaba una nube de insectos asquerosos; pero apenas salíamos de aquel parage que otra vez disfrutábamos del hermoso espejo y plateados reflejos de las trasparentes aguas.

Digo pues: ¿por qué el lago Fibreno tenga en algunos sitios tal suciedad, es por ello ménos puro y diáfano? ¿Será falsa la fama de su pureza y de su hermosura? ¿Mintieron acaso tantos poetas italianos que en dulces rimas cantaron sus hermosas, claras y trasparentes aguas? No á fé mia. Pues lo mismo debe decirse de Roma: aun cuando en este tiempo contenga bastante escoria y suciedad de ciudadanos falsos y perversos, no debemos por ello insultarla, llamándola rebelde y traidora al Papa y á la Iglesia; del mismo modo que nadie puede decir con verdad que el lago Fibreno sea cenagoso por contener á flor de agua algunos espacios cubiertos de yerbas fétidas y cenagosas.

—¡Oh! se conoce claramente que sois un excelente orador, dijo el modenés, y que argumentais por medio de comparaciones, que no

hay más que pedir; por consiguiente, doy mi causa por perdida y me someto á pagar las costas; pues con vosotros, sagrados abogados, es muy arriesgado entrar en disputas; porque no os contentais con la piel, sino que descarnais al adversario hasta los huesos.

Mimo y Lando se reian: Elisa, volviéndose luego á D. Baltasar, le dijo con gracia:—Os estoy muy reconocida por vuestro justo y completo alegato en favor de Roma; y creo que las nueve décimas partes de los romanos os agradecerian ese favor del modo que acostumbran los que se ven défendidos de una calumnia atroz y que recobran el honor y el consuelo que da la virtud.

Señorita, respondió D. Baltasar, tiene Roma ínclitas y soberanas prerogativas; pero tambien tiene graves faltas con respecto al mundo; puesto que Roma, como ciudad sacerdotal, es tanto más culpable, cuanto es mayor su representacion; y del mismo modo que el pecado del Sacerdote se pondera y aumenta por la malignidad y la envidia, ó á lo ménos, aunque el siglo vicioso quiere pecar, tiene la pretension de que el Sacerdote sea impecable, así tambien, si Roma fuera Paris ó Lóndres, nadie haria caso; al paso que siendo Roma se carga sobre ella más y más la mano. Ved, pues, el escándalo que dan los malos romanos, y cómo son indignos de tan gran-

de é ilustre pátria, la que quisiera tener ciudadanos dignos y conformes á la santidad de la cabeza que la gobierna.—Asi conversando llegaron á la puerta del jardin de las plantas

IV.

El jardin de las Plantas de Ginebra se estiende detrás de una grandiosa verja, la cual se abre á los que desean pasearse por él, y hay un largo y anchísimo cercado de paredes en que hay varias otras entradas y salidas para comodidad de los que van á visitarlo. A lo largo de estas paredes hay espalderas de plantas enredaderas que las entapizan de verdor y las cubren de florecillas, formando una agradable y deliciosa vista. La comitiva de Bártolo llegó á la verja, siguió por los caminos que dirigiéndose hácia la derecha conducen á ciertos bosquecillos, los que forman un círculo y dejan en su centro un reducido prado de finísimo césped; en derredor hay varios asientos de mármol, y en la parte media del mismo prado se levanta una fuente que con sus aguas refresca y alegra aquel retirado recinto.

Sentada agradablemente Elisa en un banquillo de vides enredadas como por un capricho de la naturaleza, al pié de un grupo de avellanos, invitó á D. Baltasar y al modenés á que se senta-

sen en los bancos de mármol, á cuyo lado tomaron asiento Bártolo y Mimo, mientras que Lando metia las manos en la pila de la fuente, y salpicaba por chanza á su graciosa prima, la cual se cubria y resguardaba con el abanico. ¡Es posible, decia, que cada dia seas más niño!—¡Ah Landito! Cabeza de chorlito, cuanto mejor no fuera que te sentases y nos leyeses algo de lo que te escriben tus amigos de Roma!

—Voy á ello, contestó; y enjugando á toda prisa las manos con el pañuelo, y habiendo buscado en sus bolsillos, exclamó: ¡Es posible! Crei habérmela traido, y la habré dejado olvidada encima de la mesa.

—No dije yo, repuso Elisa, que eres un atolondrado y el mayor desmemoriado del mundo.

—En lo de atolondrado, concedo; pero en cuanto á desmemoriado, niego: y la prueba es que leí todas las cartas, de suerte que las sé de memoria, sin faltar una letra; de modo que si te acuerdas las repetí á aquel médico florentino, que le hicieron extremecer y en ciertos pasajes le vinieron las lágrimas á los ojos.

—Verdaderamente, añadió Bártolo, no dudo en afirmar que la opinion de D. Baltasar tiene una prueba la más convincente en lo que vas á referirnos. Pues queriendo él disculpar á los romanos de la nota de felonía, achacándola entera á los pocos desnaturalizados que obraron traidoramente con el Papa y la Iglesia, la justicia con

que habló en favor de la mayoría de los ciudadanos de Roma, hallará una demostracion en lo que tú nos digas.

—Entonces, D. Baltasar, dijo al amigo de Módena, los ejemplos de las campanas que de improviso tocaron en Roma el dia 9 de Febrero, y del ruido de la segur en Mayo en el mercado de Veroli, que puso alborotados á millares de pueblos, son en mi concepto pruebas irrefragables de mi primera asercion: así, no sé qué puede añadir hoy Lando de nuevo.

—Añadiré, replicó Lando, que en las populares conmociones, basta, como sábiamente dijisteis, un hombre sólo para conducir á las muchedumbres á los arriesgados intentos; de ahí tambien el que las muchedumbres, cuando no tienen un jefe que las dirija, son todas tímidas en su esencia y conjunto, aun cuando en particular haya en ellas hombres valientes y determinados.

—Ciertamente que no faltaron entre los romanos hombres sábios, generosos y magnánimos; y con todo se dejaron arrastrar con los ojos vendados al abismo de la república; y sin el auxilio de ejércitos extranjeros, jamas hubieran salido de su miserable situacion.

Entónces Lando, sentándose enfrente de los demas empezó así su relato:—Las cartas de que estamos hablando nos cuentan algunos sucesos del país de los Ernicos, y con especialidad del

Ferentino y de las ciudades circunvecinas. Los Ernicos, como digo, son los hombres más bien formados, vigorosos, ligeros, esbeltos y valientes y decididos: aman al Papa tanto por un deber de fidelidad como á su legítimo señor, como por un afecto muy antiguo; son de costumbres sencillas y graves, sin que haya todavía penetrado entre ellos esa civilizacion que puliendo y abrillantando la corteza, taladra la médula, y que para dar mayor lozanía á las hojas, marchita los frutos y corroe hasta las raices.

Los de Ferentino, pues, cuando oyeron los excesos de Roma y la fuga del Sumo Pontífice, se enojaron en extremo; y en medio de su cólera é indignacion, formaron decididamente la resolucion de no elegir ni enviar á Roma ningun diputado á la Constituyente; lo cual hicieron, no obstante, los habitantes de Alatrí, de Fumone y de otros grandes castillos de aquella provincia. Los demagogos se irritaron sobre manera, y enviaron á Pedro Sterbini de Vico á pervertir á aquella gente, como el más propio para el caso por ser del país, estar dotado de mucha astucia, elocuencia y destreza y de un carácter mañero y adulador. En general arrastró muy pocos al partido de la república; pero allí como en todas partes eran la hez y el desecho del populacho, hombres codiciosos, ladrones, homicidas y facinerosos, y si algun ciudadano acomodado caia en los lazos del enviado, de cierto era loco ó impío y á me-

nudo una cosa y otra: lo que siempre sucede del mismo modo en las rebeliones y conspiraciones.

Despues de haber formado el pequeño partido, regresó Sterbini á Roma, y envió fuerzas para asegurar á los partidarios de la república y mantener sumisos á sus contrarios, eligiendo para este objeto á los más fieros legionarios, con órden de hacer enmudecer y escarmentar al que quisiere levantar algo más de lo conveniente la cabeza. Los Ferentinos sufrian en paz aquella guarnicion de malevólos; pero habiendo cogido algunos aisladamente que iban por las calles ociosos y echando floreos á las muchachas, les dijeron :—¡Ea, muchachos! cuidado con la lengua y con las manos, pues desgraciado del que se atreva á tocar con un dedo ó á decir una palabra á nuestras mujeres y á nuestras hijas. A más de que si fuéramos al campo y llegásemos á las manos, ya habeis podido ver á ciertas mujeres que están sentadas á la puerta de sus casas, y que fueran capaces de haceros tragar los propios dientes de una puñada.—Y en esto decian la verdad, pues entre las mujeres pelásgicas las hay altas, robustas, membrudas, y con tales fuerzas, por llevar en la cabeza sacos de granos y haces de leña, que podrian habérselas con el más pintado.

Aquellos pícaros se dieron por entendidos, y tuvieron gran cuidado de evitar las gracias de aquellas amazonas y las atenciones de sus cor-

teses maridos. A más, como buscaban el modo de amansar á los ferentinos, empezaron al anochecer á dar vueltas alrededor de la ciudad tocando su música militar, la que estaba compuesta de lombardos, toscanos, napolitanos y otros estraviados y fugitivos de sus tierras, chusma de malvados perseguidos de los tribunales de justicia por delitos y estafas cometidas, pues tales son muchos de los héroes de la república romana. Como es natural, al principio los Ferentinos se recreaban oyendo aquella música; pero viendo que esta no solo se componia de clarines, trompas y cornetas, sino de voces que cantaban canciones indecentes ó sediciosas á fin de pervertir al pueblo y excitarle á la rebelion, apurándoseles la paciencia, atravesaron la calle diciendo:

—¡Ea, señores músicos, de aquí no pasa nadie!—Y como algunos mocetones del país y ciertos cabos y sargentos de la legion querian hacer y decir esto y aquello, los ferentinos corrieron á sus hogares, y cogiendo tizones encendidos, fueron de un salto agitando sus teas como las furias, y amenazando con arrojarlas en medio de los músicos si al punto no se retiraban. Así en un instante hubiérais visto dispersarse aquellos valentones, y metiendo los instrumentos en su bolsa, correr á sus casas y encerrarse dentro para estar más seguros. Así terminó aquella música vespertina; y si en adelante qui-

sieron seguir tocando, hubieron de efectuarlo dentro de los cuarteles.

Llegó finalmente de Roma la órden de que en la plaza principal de Frosinone, de Anagni, de Alatri, de Veroli y de Ferentino, se plantase el *árbol de la libertad*, y en su cima se colocase el gorro colorado. Los veinte sediciosos de Ferentino, puesto que no pasaban de este número todos ellos, con algunos forasteros, insultando á toda aquella ciudad fiel y religiosa, haciendo quitar de todas partes las armas pontificias, enarbolaron en las torres y en el palacio municipal la bandera tricolor; plantaron el gran mástil con el gorro republicano en su extremo, y se deshicieron gritando y echando mil blasfemias contra Jesucristo y su Vicario.

La ciudad entera estaba sumergida en un profundo desconsuelo, nadie entónces salia de casa ni osaba levantar los ojos por no ver el árbol abominable ni oir las blasfemias que salian de aquellas bocas: así desde aquel dia muchos tuvieron por caso de conciencia el pasar por aquel sitio; y otros pasaban de largo haciendo la señal de la cruz, como si en el árbol habitase el demonio.

Pero lo mejor fué cierta humorada que tuvo un Canónigo de la catedral, quien el dia en que se plantó el árbol, dijo á uno de sus aldeanos:

—¿Tendríais valor para ir esta noche á fro-

tar con esta yerba al pié del árbol de la libertad?

—¿Yo? dijo el aldeano; yo quisiera frotar el hocico á uno de estos republicanotes, más bien que un árbol. Pero dígame, señor Canónigo, ¿qué capricho es ese que le ha venido al pensamiento?

—Voy á explicártelo: ¿Ves esta yerba? Pues tiene la propiedad de atraer con su olor á todos los perros de la comarca; y tiene unas cualidades tan estimulantes y excitativas, que el perro que por allí pasa la huele, alza la pata, y la rocía. Ya ves, pues, que ese dios de la república no es digno de otros honores; á más de que tales serán los frutos del árbol de la libertad cual haya sido el riego.

El aldeano se hizo cargo perfectamente del intento; y á las dos de la noche se dirigió con toda precaucion y cautela á la plaza; echó una ojeada alrededor, y viendo que todo era oscuridad y silencio, fuése paso á paso al pié del árbol, y le dió unas solemnes friegas con la tal yerba diurética. Al amanecer vióse al centinela que paseaba por delante del árbol; luego viene un perro, husmea, levanta la pata, orina y prosigue su marcha; llega despues otro perro y otro, y luego una turba de ellos, y todos echan la misma rociada, y siguen adelante. Duró esta broma algunos dias y la gente se reia; al paso que los republicanos se enfadaban y echaban

piedras á los perros, y los perseguian á palos.

Los ferentinos llevaron su paciencia hasta contemplar plantado aquel árbol á su marcado despecho por espacio de dos meses; pero apenas amaneció el primero de Mayo, echaron á un lado la flema, y se les apuró la paciencia. Téngase presente que el primero de Mayo es un dia de gran festividad para los habitantes de Ferentino, por ser el de San Ambrosio mártir, su santo patron, y se verifica en el pueblo una gran féria de ganado y mercancías de toda especie; por cuya razon acuden de toda la comarca forasteros; se hace una devota procesion del Santo, el cual se halla representado á caballo en una hermosa imágen de plata maciza, y es llevado en un magnífico trono, rico de esculturas de mérito y adornos de finísimas telas bordadas; y alrededor va el devoto acompañamiento con hachas encendidas. El Obispo, el Cabildo, y el Clero con el gonfalonero y los conservadores de la ciudad formando la comitiva; y el pueblo con grandes hachas de colores, banderas, cruces y relicarios, va arreglado por compañías y hermandades haciendo más y más lucida la procesion, y gritando á cada paso:—¡*Viva San Ambrosio*!

Algunos del pueblo, reunidos muy de mañana en la plaza, estaban contemplando tristemente el árbol de la libertad y suspiraban, cuando uno de ellos exclamó:—¿Y hemos de ver pasar á San

Ambrosio por delante de esta insignia? ¡Por vida de!... cuando pienso que en el pueblo de Ceccano hicieron pasar por delante de este árbol á Jesús crucificado el dia de Viérnes Santo, la sangre se me sube á la cabeza; pero los Canónigos de Ceccano no quisieron pasar, y los señores republicanos tuvieron que aguantarlo, y punto en boca; pues de lo contrario, ya sé yo de lo que es capaz aquel pueblo. En cuanto á San Ambrosio, os juro que no pasará.

—Silencio por Dios, dijeron los demás; porque esto fuera nuestra perdicion, y al punto caeria sobre nosotros una lluvia de garibaldinos venidos de Roma para exterminarnos á todos.

—Que, ¿por ventura tiene la lanza despuntada San Ambrosio? ¿Y qué nos harán esa raza de perros? Al hecho, amigos.

A lo ménos, consultémoslo con el Arcipreste ó con el señor Obispo

—Ello fuera peor; pues los Sacerdotes no hablan más que de prudencia, de mansedumbre y de caridad cristiana, cosas que maldito lo que tienen que ver con este árbol de Barrabás. ¡Con que, pues, mano á la segur!

En aquel instante las campanas de la catedral anunciaron la salida de la procesion. Dicho y hecho: todos corren á sas casas en busca de las segures, y vuelven corriendo á la plaza. Al primer disparo de la artillería se arrodillan delante de la iglesia y exclaman: ¡*Viva San Ambrosio*! Le-

vántanse, y empiezan á dar hachazos al pié del inmenso mástil: saltan las astillas, mientras el pueblo dice: —Benditos seais amen; muera el árbol y viva San Ambrosio.—Mientras tanto el árbol se dobla y bambolea.

—Poco á poco, muchachos, cuidado, que va á caer encima de las ventanas de las casas del lado: sostenedlo en equilibrio, ¡acompañarlo!... Así, muy bien.—Y el mástil yació en el suelo.

Arrojóse el pueblo á coger el gorro colorado, y lo pisotea y hace mil pedazos; los de las segures desahogan su rabia haciendo llover hachazos encima del aterrado árbol, el cual sacuden, hiende, destrozan y reducen á astillas, parte de las cuales sirven para encender una hoguera, y las demas formando haces son llevadas á la procesion, donde dan una astilla á cada uno de los acompañantes, los que las clavan en las hachas y celebran así el caso llevando aquel trofeo. Entónces la procesion llega á la plaza; no ve el arbol, y todos se admiran y se alegran; pero cuando llegó á este sitio la efigie del Santo, levantóse una griteria que llegaba á las nubes diciendo;—¡Viva San Ambrosio! ¡Pasad alegre, que no vereis ya el árbol de perdicion; vedlo allí que está ardiendo!—El gonfalonero decia para sí:—¡Ah! Dios nos la depare buena! El Obispo se encomendaba al Santo; los canónigos, unos temblaban y otros se alegraban y hacian guiños al pueblo. Aquel dia la fiesta se convirtió en un baile

y en júbilo, que se aumentó aun con la alegre nueva de que el Rey Fernando de Nápoles se dirigia al frente de su ejército hácia Roma, lo que llevó al colmo el gozo y entusiasmo de los ferentinos.

Todos unánimes gritaron: ¡viva el Rey de Nápoles, nuestro libertador! ¡que reviente la repúca y los republicanos!—Y no pudieron contenerse, sino que fueron al palacio de la municipalidad y arrancaron y echaron al suelo la bandera tricolor. ¡Vengan las armas del Santo Padre!—Estas vinieron pues, despues que las sacaron del envoltorio y de entre los trastos viejos donde habian sido echadas.—¡Mirad los indignos cómo trataron las armas del Papa arrinconándolas entre los trastos inservibles! ¡Delante de vuestros mismas barbas salen de nuevo al sol, bribones!—Los ciudadanos corrieron todos á las tiendas donde vendian telas; y comprando varias piezas de muselina blanca y amarilla, improvisaron algunas banderas pontificias que sacaban todos en los balcones, en las puertas y en las ventanas. Los jóvenes se pusieron cintas blancas y amarillas en los sombreros, y las mujeres en sus moños y trenzas, en el cuello y en el pecho; de modo que toda la ciudad estaba cuajada de esta divisa, y los colores del oro y de la plata ondeaban y relucian por do quiera.

—¿Cuándo llegan los napolitanos?

—Dicen que por la tarde: ya las avanzadas se

hallan en Frosinone, y los primeros batallones anoche salieron de Ceprano, y han hecho alto en los prados de Nuestra Señora de la Nieve.

—Muy bien: es preciso salir á recibirles, y que entiendan que vienen á un pais amigo: *¡Viva el Rey Fernando!*

Con tan faustos auspicios se aguardaba al ejército; pero entretanto, habiendo recogido cuantas perchas se hallaron en Forentino, bajaron á la carretera principal (que se estiende larga y recta por mas de seis millas hasta Frosinone); y desde el confin del municipio hasta las murallas de la ciudad, las plantaron á trechos de unos veinte pasos, y en sus estremos ataron hachas de viento y haces encendidas á fin de alumbrar la marcha nocturna. Hecho esto, bajaron de Ferentino unos con botellas y cueros de vino y vasos; otros con jamones, salazon, morcillas, quesos, y grandes cestos y sacos llenos de panes.

A la una de la noche, mirada desde lo alto de la ciudad, aquella larga y recta carretera, centelleante con tantos millares de luces, formaba un espectáculo de los mas hermosos y estupendos. A la llegada de los primeros guías de la vanguardia, se levantó una inmensa gritería. —¡*Aquí están*! ¡aquí! ¡Viva Nápoles! ¡Viva el Rey Fernando!—Arrójanse á las riendas de los caballos; dánse las manos con los soldados, y se las estrechan con efusion:—¡Oh benditos seais! Vamos, bebed un traguito, que estareis muertos de

sed.—Y esto diciendo, cortaban lonjas de jamon tamañas como la palma de la mano; y beben y vuelven á beber, y todo es saludarse y aclamarse de un modo que parecia el dia del juicio.

El cabo pidió dos caballos á la posta, para que á rienda suelta fuesen á dar aviso al jefe de la vanguardia: llegó el jefe de la vanguardia; y se aumentó la bulla y el entusiasmo, y el eco nocturno de los montes acrecienta y hace mas ruidoso el encuentro.

El jefe avañzaba lentamente por entre la apretura del gentío; y mientras que con la mano y la cabeza daba muestras de agradecimiento, presentáronse unos cuantos jóvenes con trage dominguero, y aproximándose al estribo, le ofrecieron bebida en limpisimos vasos en una rica salvilla, gritando:—¡General, agradecednos la oferta de nuestros corazones!—y habiéndole llenado el vaso de un esquisito vino, el general lo tomó, y lo levantó al aire diciendo:—¡A la salud de Su Santidad! ¡A la salud del Rey y á la de los fidelísimos forentineses!—Los demás contestaron: —¡Viva el Papa! ¡Viva Nápoles!

Al mismo tiempo, hombres y mujeres se mezclaban en medio de los soldados, y unos les echaban de beber; otros les presentaban jamon, queso y pan, y otros decian:—Valientes soldados, haced provision para el almuerzo de mañana.— Y les llenaban los morrales, los frascos y pequeños cueros, y les ponian en los primeros pan,

jamon y tasajos de asado; de modo que los soldados estaban profundamente conmovidos. El tránsito de las tropas duró toda la noche, la cual pasó el pueblo al sereno festejándolos en medio de la más bulliciosa alegría. Lo mismo que tuvo lugar en Ferentino, tuvo efecto en todos los pueblos de la marina y del campo hasta en las alturas de Aricia, de Albano y de Frascati.

Aquí dijo el modenés:—Sr. Lando, en vez de corroborar el dictámen de D. Baltasar, sin pensarlo venís á aclarar el mio, y si así continuais, mal defensor tendrán en vos los romanos.

—¿Por qué? preguntó Lando.

—Porque, contestó el otro, si los romanos hubiesen tenido la fé y el ánimo de los Ferentinos, no se hubieran doblegado tan fácilmente á los pérfidos designios de los conspiradores, que ahora los oprimen bajo el pesado yugo de la más triste servidumbre, y de ellos y de los objetos sagrados hacen el estrago que todo el mundo sabe. Ahí teneis lo que debe hacerse con esos malvados: echar mano de los tizones y de las segures. Apuesto mi cabeza á que todavía estarian ahora á tiempo de levantarse y dejarlos aplastados: trescientos transtiberinos bastarian para arrancar cuantos árboles de la libertad se levantan con oprobio de Roma, para hacer girones las banderas tricolores, desplumar al águila republicana, arrojar al Tiber todos los gorros colorados que coronan los obeliscos, raer las barbas

que cubren los feos rostros de los conspiradores, arrancar la corona á Mazzini, y obligar á todos los rebeldes á esconderse *in speluncis, in antris et in cavernis terræ.*

—¡Uf! ¡y cuántas cosas! exclamó Mimo. Si no hubiéseis interrumpido la narracion de Lando, hubiérais visto á dónde fueron á parar esas valentonadas de los Ernicos. El pueblo es siempre el mismo: cuando hay una cabeza que lo guie al bien, es un leon generoso y magnánimo que hace retemblar la selva; pero abandonado á sí mismo, se vuelve más tímido é irresoluto que un ciervo ó que un conejo.

—En efecto, es así, ni más ni ménos, añadió Lando. El pueblo de Ferentino, despues de las susodichas hazañas, cedió al primer encuentro, puso de nuevo los piés en el cepo, las manos en las cadenas y el cuello bajo el yugo, casi olvidado de su gallardía. El caso fué como sigue:

Despues de la famosa trégua hecha entre los franceses y los triunviros, sin que tuviese conocimiento de ella el Rey Fernando, este retiró cuerdamente sus tropas á los confines: desde entónces los republicanos, conducidos por Garibaldi descendieron ferozmente á recobrar las provincias romanas. La derrota que causaron en ellos los napolitanos bajo los muros de Veletri, en donde los fosos y los campos estaban cubiertos de muertos y de heridos, excitaron á tal punto su rábia contra las ciudades fieles al Papa,

que invadian como un rio de fuego el pais de los Ernicos respirando muerte y esterminio. Ferentino, siendo á sus ojos el pueblo más culpable, debia ser pasado á cuchillo, saqueado y entregado á las llamas; el furor y la rábia inspiraba á los rebeldes, quienes mandaron que á nadie se diese cuartel, antes que se pasasen á cuchillo hasta los niños de teta y los ancianos más decrépitos.

Corrió la noticia de esto con la velocidad del rayo por todas las ciudades y pueblos del valle de Cosa, del valle de Sacco, hasta Liri. ¿Qué debian hacer aquellos Ernicos de ánimo denodado y de vigorosos brazos? ¿Creereis sin duda que provistos de armas se acumularon en las gargantas de Valmontone y de Piperno, y que allí aguardaron á pié firme al ejército de malandrines, los cuales al primer choque quedaron derrotados y dispersos? En efecto, bastaba que un solo hombre atrevido se hubiese puesto á gritar:—¡Mueran los malvados! para que se hubiese visto á más de veinte mil valientes, apretados y cerrados como una muralla, presentar el pecho á los garibaldinos, los que solo tenian concedidos por los franceses quince dias de trégua, pasados los cuales debian volver de nuevo al asalto de Roma.

Sin embargo, ese hombre audaz no pareció, y aquel altivo y belicoso pueblo, olvidando su ánimo esforzado y sus hercúleas fuerzas, conside-

raba trémulo y desmayado el espanto de las mujeres, la angustia de los viejos padres, y el llanto de las doncellas y de los niños.

Las poblaciones de las ciudades y lugares tratando de salvar las personas y los bienes, haciendo cada cual un lio de cuanto pudo llevar consigo, huian á los montes. Otros escondian en los subterráneos, en las cuevas y sótanos, en las cisternas y pozos secos, las mejores alhajas, provisiones de grano, y harina de la despensa. Los que tenian jumentos les cargaban con los equipages de sus mujeres é hijos; y los que no los tenian lo hacian llevar por las vacas y por los bueyes, cargándoles sacos en los lomos y atándolos hasta en los cuernos. Algunos iban delante con las manadas de puercos, los rebaños y demas ganado. Las madres, poniendo á sus chiquillos dentro de cestos, los llevaban encima de la cabeza; los padres cargábanse acuestas los más grandecitos; y las hermanas mayores llevaban á los hermanitos pequeños. Viéronse tambien algunos robustos mancebos que, haciendo una camilla con troncos de árboles, conducian á sus viejos padres, temblando más por estos que por sí mismos.

Pero el mayor desconsuelo fué cuando presenciaron la fuga de los Sacerdotes, que eran los primeros que habian condenado á morir los impíos. Los venerables Obispos huian de noche por los ocultos barrancos y espesos bosques que en

medio de las mayores asperezas descienden hasta el Garigliano ó hácia los confines de Fondi y de Gaeta. Ancianos Canónigos y Curas caminaban sin saber á dónde y con el mayor afan por en medio de asperezas, sin haber podido hallar en medio de tanta confusion un jumento que los llevase. Unos huian á Aquino, otros á Roccasecca, otros á Zora y á Atina; veíase á aquellos buenos Sacerdotes, llenos del mayor susto, perderse por entre las riberas de Pisterzo y los valles de Piperno. Los pueblos de Suprino, Patrica, Marolo y Ceccano, estaban enteramente desconcertados, y huyendo y encontrándose con los de Anagni, preguntaban con afan:—¿Ha llegado Garibaldi á vuestro pueblo?—Y respondian: —Desde la cumbre del monte vimos avanzar sus feroces tropas, y tal vez nuestra ciudad sea pasada á sangre y fuego.

Las santas esposas de Jesucristo, las infelices Monjas, poseidas de un mortal espanto, fueron llevadas á salvo de la rabia y de la voracidad de aquellos lobos. Causaba lástima ver á las Clarisas de Ferentino, que habiendo dejado el monasterio á la rapacidad de los enemigos, huian á caballo en asnos, y algunas enfermas en los sillones en que la enfermedad ó la parálisis las tenia clavadas. Algunas daban la vuelta por Tichiena, otras por Alatri, otras por Ceprano, fuera de sí; y las más jóvenes se arrastraban á pié por tortuosas y encarpadas sendas, desmayán-

dose de angustia y de fatiga; y en este estado se recogian por la noche en algunas casuchas viejas y ruinosas, sin el consuelo de un poco de agua fresca para apaciguar la sed, temblando toda la noche debajo de las ruinas y expuestas á la lluvia.

Las religiosas de Banco, no estando seguras de la impetuosa rabia de los enemigos, ni por la santidad del lugar, ni por la cándida pureza de sus sagrados velos, ni por la augusta calidad de esposas de Jesucristo, ni por la inmensa altura en que tiene asiento el monasterio; ¡viéronse precisadas á emprender la fuga! ¡Qué lástima causaba ver á aquellas inmaculadas palomas temblar al oir el terrible silbido de los fieros halcones que se cernian sobre su montuoso asilo! ¡Cómo besaban las paredes de las celdas que fueron testigos de sus mortificaciones y penitencias, de su contemplacion, de sus secretos suspiros y ardientes aspiraciones hácia su celestial Esposo!

No sabian separarse de la soledad y del silencio, en que por tantos años habian vivido apartadas de todo trato profano; dolíales abandonar el sagrado ambiente del cláustro, por el aire libre del mundo. Todo en aquel recinto era grato y querido á sus corazones; los pequeños retablos que en el fondo de los cláustros y al estremo de los caminos del jardin las inducian á saludar los sublimes misterios de nuestra redencion; las imágenes de María Santísima, ante las cuales en-

cendian las palmatorias y candeleros, ponian jarros de delicadas y frescas flores, y colocaban sus exvotos; el coro en donde adoraban al Santísimo Sacramento, y cuyas bóvedas resonaban con sus devotos cánticos; el jardin en que cultivaban olorosas plantas y delicadas flores, para adornar con ellas los altares: todos estos objetos estaban grabados en su corazon, y les arrancaba el alma el tener que dejarlos.

Llegado sin embargo el fatal instante de tener que salir, vióseles abrazar el altar y besar el suelo de sus celdas, llorando amargamente y disputando porque muchas no querian pasar del umbral de la puerta; algunas corrian al cementerio á despedirse de sus difuntas hermanas, envidiosas del descanso que gozaban en la tumba, y llamándolas bienaventuradas por haber sido dignas de vivir y de morir en el cerrado huerto del divino agricultor.

Instadas luego para salir, se levantó un solemne llanto, que no bastaban á apaciguar los parientes y amigos, ni las hermosas campiñas en medio del florido Mayo, ni las lomas de los collados Ernicos, ni las frescas y corrientes aguas, ni el suave vientecillo que se agitaba en derredor. Al pasar el Liri que divide los confines de los Estados de la Iglesia y el reino de Nápoles, aumentóse el llanto y los sollozos; y despues de haberse vuelto á contemplar á Bauco, y de haberse despedido del monasterio cual si nunca

mas debiesen volverlo á ver, desterradas y errantes, fueron conducidas á la hospitalaria ciudad de Sora, en donde las recibió con paternal amor el caritativo Obispo, y les fué señalado por asilo el convento de damas de Santa Clara.

Apenas habian concluido los dulces abrazos y los corteses ofrecimientos de aquellas santas y hospitalarias vírgenes, cuando vinieron nuevos motivos de susto y de espanto. Garibaldi y sus fieros satélites vadeaban el Garigliano, y juraron rabiosos desquitarse del temor que el Rey Fernando habia causado en las turbas republicanas, haciéndolo pagar á los pueblos de las fronteras: todo querian pasarlo á sangre y fuego, haciendo morir cruelmente á todo el mundo sin perdonar á nadie; los clérigos, frailes y monjas debian ser quemados á fuego lento, despues de haberles sacado y devorado el corazon, y despues de arrastrarles á la cola de un caballo por encima de las piedras, guijarros y espinos, desgarrando sus carnes y dejándolas para pasto de los buitres.

Ya habian desmantelado y entregado á las llamas á Rocca de Arce; mientras que otros daban la vuelta hácia San German, y otros hácia Arpino, la Isla y Sora, llevando en sus pechos los más atroces y horrendos proyectos.

El tumulto y confusion se opoderó de esos pueblos: los Ernicos refugiados en ellos para estar en salvo, mezclábanse en la fuga con los mismos naturales, y confundidos se estrechaban y arre-

molinaban por los caminos de los Abrucios. Todos sienten ya detrás de si el relincho de los caballos de los garibaldinos, pareciéndoles hallarse ya bajo sus piés y oir el roce de las cimitarras; y apresuran la carrera, y se atropellan y pierden los hijos, y se estravian las mujeres, y todos llaman y nadie responde.—¡Pronto! ¡Aprisa! ¡Corre! ¡Sálvate! Los caminos y senderos estaban cubiertos de sacos y de balijas, y lios echados por el suelo, perdidos, arrojados ó caidos en medio de las carreras, del aturdimiento y de la confusion.

Hasta las mismas religiosas de Sora, con las recientes huéspedas de Bauco, se ven arrastradas en la fuga del peligro que amenaza á la ciudad, y abandonándolo todo á merced del enemigo, mezcladas con la multitud de fugitivos, buscaron su salvacion en el país de los Marsos. Los Sacerdotes y venerables Canónigos de aquella catedral, los religiosos de diferentes órdenes, los nobles y ciudadanos con las trémulas esposas y sus tiernos hijos; todos son arrastrados sin saber á dónde, por el terror que ha promovido en la ciudad el simple anuncio de la llegada de Garibaldi.

Pero Garibaldi, que hacia el fanfarron allí donde veia que á su aproximacion los pueblos huian, habiendo sabido que una columna de napolitanos se dirigia hácia él desde San Germano, y que otra bajaba de los Abrucios, temiendo ver-

se envuelto por aquellas valientes tropas, que tan funesta memoria le dejaron en Palestrina y Veletri, huyó á su turno con el mismo miedo que acababa él de infundir á la plebe; y su fuga fué tan pronta y precipitada, que habiendo vuelto la espalda, no paró hasta que hubo traspuesto las primeras cumbres de los montes. Al mismo tiempo tuvo noticia de que Roma, habiendo terminado ya la tregua, era otra vez atacada por los franceses, por lo que forzó las marchas, y recorrió á la deshilada las lagunas Pontinas y los valles de Ernico, á fin de llegar á tiempo á Roma.

—Ahí veis, dijo D. Baltasar, un vivo retrato de lo que es el pueblo en el repentino estallido de las sediciones. ¿Qué les hubiera costado á los intrépidos montañeses de Alatri, de Ferentino, de Veroli y de otros pueblos, reunirse en las gargantas de los montes, y hacer frente á un enemigo que se creia iba á exterminar ciudades y aldeas? ¿Acaso no tienen los Ernicos su pátria, sus casas, bienes y familias? Sin embargo, dejáronse imponer por una partida de salteadores, que si hubiesen querido habrian aplastado al primer encuentro.

—En tanto es esto verdad, prosiguió Mimo, que los de Ferentino, á pesar de que habia huido la mayor parte del Clero, de los nobles y de los ciudadanos acomodados, querian cerrar las puertas á los garibaldinos, y ya se disponian á

recibirles á balazos, y hasta las robustas mujeres tenian tambien fusiles, picas, horcas, piedras y agua hirviendo. Ferentino, á más de su favorable situacion en medio de una rapidísima cuesta que rodea la ciudad por todos lados, tiene sus ciclópeas murallas muy enteras, las cuales con los colosales pedruscos que con tal maestría consolidó el arte, sostienen los cimientos de las casas; las cuales aumentan su altura de modo que desde las ventanas puede á cubierto hacerse fuego al enemigo. Ni aquellas turbas que hacian la guerra á la desbandada y como guerrilleros, llevaban consigo tren de artillería, ni piezas de calibre para poder atacar plazas amuralladas ó castillos, por cuya razon los de Ferentino podian oponerse fácilmente á la entrada de aquellos rebeldes y hasta rechazarlos y derrotarlos completamente. Pero un prudente ciudadano, con el fin de evitar á todo el pais mayores desgracias, trató de disuadirles del intento de oponer resistencia; y esto sólo fué bastante para enfriar el ardor patrio de aquellos vigorosos ferentinos, poniéndolos mansos como corderos: prueba evidente de que los pueblos se dejan facilísimamente conducir por los que conocen el arte de manejarlos.

—Pues bien podeis decir otro tanto de los romanos, añadió Bártolo: si al principio hubiese salido un hombre á guiar los buenos intentos de los ciudadanos; es bien seguro que los agitado-

res con todas sus astucias y perversas artes no hubieran podido engañar tan vilmente á los romanos, ni arrastrarlos al extremo en que los hemos visto caer.

—Ni tampoco los Ernicos, repuso Lando, se hubieran dejado despojar tan fácilmente por Garibaldi, puesto que en su paso, echó sobre ellos tan exhorbitantes contribuciones, que dejaron á la ciudad enteramente exhausta de moneda; con amenazas y juramentos sobre que si dentro de diez ó doce horas no le prestaban tantos miles de escudos, iba á sepultarlos bajo las ruinas de su ciudad; y para infundir mayor terror, hacia prender y encerrar en calabozos á los ciudadanos más opulentos que habian quedado para guardar sus casas, y martirizaba á muchos: las mujeres y los padres acudian presurosos á arrojarse á sus piés suplicando que se contentase con una suma más modesta y razonable; pero él se mostraba intratable, y gritaba á sus satélites:—¡Ea, pasad sin compasion por las armas á los presos!—Al mismo tiempo tenia otros al lado con las haces encendidas y dispuestos á la menor indicacion á incendiar las casas de los ciudadanos que inmediatamente no le presentasen la suma exigida.

En varias aldeas pillaron las iglesias, desquiciaron los tabernáculos, y derramando las sacrosantas formas, ó dejándolas en los copones, robaban estos, los cálices y demas; forzaron los

armarios de las sacristías y se llevaron toda la plata y oro destinado al servicio de los altares, así como las ropas de lienzo y adornos, que luego vendian á ínfimo precio, ó lo daban á cambio de licores y de vino.

Acerca de este pillaje me escriben cosas horribles: diciendo que hubo obispado en que todo el mobiliar fué roto, destrozado y arrojado por las ventanas: quitáronse las espitas á los toneles de las bodegas pertenecientes á Curas párrocos y á monasterios; derramóse el grano de los trojes y se quemó el heno. En Tichiena, que es el gran depósito de los cartujos de Trisulti, dieron fondo á las provisiones, y en la misma Cartuja se hallaron algunos santos monges que no habian querido huir, quienes fueron cruelmente atormentados y martirizados para obligarles á descubrir el dinero y la plata de aquel antiguo templo; y no pararon los impíos hasta haber buscado por todas partes y rincones, devastando al mismo tiempo todo cuanto les llegaba á las manos. Allí fué que destruyeron unos famosos relicarios de plata afiligranada, de delicadísimo trabajo, y habiéndolos fundido se lo llevaron para acuñar moneda.

En las casas cuyos dueños habian huido, cogian al guardian, lo ataban y con las puntas de las bayonetas al pecho y los sables sobre su cabeza le amenazaban para que declarase el lugar donde el amo habia escondido el dinero y la

plata; y esos mismos que tanto se horrorizan y declaman de los tormentos de la Edad Media, torturaban sin compasion hasta á los ancianos, á las doncellas y á los niños para que declarasen donde guardaban los brazaletes, collares, sortijas y pendientes.

Aquellos pocos republicanos, ó mejor diremos, aquellos pocos bribones, que son la ruina de aquellas buenas ciudades, llevaban su maldad al estremo de acusar á los hombres mas virtuosos y á los mas pacíficos ciudadanos, calumniándoles y llamándoles traidores é instigadores del pueblo contra la república, y fautores del partido clerical. Así aquellos soldados entraban á saco por las casas, poniendo presos, golpeando é hiriendo á los dueños con gran trastorno de sus familias: ¡y ay del pobre Sacerdote que hubiese caido en sus manos!

Hubo en Ferentino un canónigo, que hallándose enfermo é imposibilitado para emprender la fuga, permaneció en la ciudad. Al aproximarse los garibaldinos, un sobrino suyo corrió á darle aviso y al mismo tiempo le llevó un traje seglar y le ayudó á mudarse el de Sacerdote. Apenas acababa de abotonarse el chaleco, que llamaron fuertemente dando culatazos en la puerta y gritando:—¡Ea! ¡abrid pronto!—Temblaban las mujeres de la casa, los niños se escondian, y los hombres perdieron el color del rostro. Repítense los culatazos y los gritos de—

¡Abridnos pronto!—Abrióse la puerta y en un instante se precipitó luego un grupo de legionarios. El padre del Canónigo se adelanta hácia la escalera, y les pregunta qué es lo que buscan. —Afortunadamente pertenecian estos á la legion lombarda, y eran jóvenes muy tratables; así, habiendo pasado adelante dijeron que estaban cansados y que deseaban comer. El Canónigo, en traje, como de criado, les dió al instante de beber, les acercó sillas y fué pronto á la despensa trayendo jamon y queso, y diciendo:—Si ustedes, señores soldados, quieren quitarse de encima el sudor, ahí tienen camisas, (y abria los cajones), pañuelos, calzoncillos; todo está á su disposicion.

—Aquellos jóvenes quedaron prendados de tanta amabilidad; y fué muy bueno para el Canónigo, puesto que á poco comparecieron los garibaldinos gritando:—¡Mueran los clérigos! ¡mueran!—Entónces los lombardos saltaron á la puerta y calmaron á aquellos hombres sanguinarios; cuando con buenos términos los hubieron alejado de allí, quedáronse guardando la casa, sin sospechar que bajo el vestido de un criado se ocultase todo un Canónigo. Entónces la mayor parte de los Sacerdotes andaban fugitivos, y muchos iban errantes por los inhospitalarios bosques sin un techo que les abrigase, ni pan que llevar á la boca; otros se refugiaron en las alturas de los montes en compañía de los pasto-

res, huyendo de cabaña en cabaña, y de dia permanecian ocultos en las cuevas, en las hendeduras de las peñas y en la impenetrable espesura de ciertas malezas y arbustos.

Un hombre, á quien cazaban con perros, viendo que iban á caerle encima aquellas fieras que le habrian despedezado, huyendo con toda la furia que le comunicaba su desesperacion, corrió por una pendiente sumamente rápida, y sin advertirlo cayó desde una altísima peña. Pero la Providencia le protegió en términos, que fué á caer encima de las entrelazadas ramas de unos ciruelos; los cuales doblándose depusieron al aturdido Sacerdote en un pequeño prado. Sin embargo, quiso la desgracia que debajo de los ciruelos se cobijaba un lobo, quien al oir el ruido salió fuera, y corrió por allí, con lo que se aumentó hasta un punto indecible el susto del Sacerdote.

—¡Pues estamos medrados! exclamó el modenés, ¿y la Italia quiere realzarse, florecer y ser libre y grande por medio de esos hombres sin honor y sin ley?

—Ya lo habeis visto, dijo D. Baltasar; si los Ernicos se hubiesen levantando para rechazar á tales malvados, no hubieran tenido que pasar tan mortales angustias, ni se hubieran visto robados y perseguidos, y hubieran quitado á la república el apoyo de aquellos bandidos que ahora devastan á Roma, y la defienden de un enemigo

que esta ciudad desea ver en su seno, pues al primer asomo de los franceses aquellas bandas feroces hubieran al punto abandonado sus muros.

Y aun el mismo pueblo de Roma ¿no pudiera cogerles como se dice entre dos fuegos? Ello no habria de ser muy difícil, pues cañoneándoles Oudinot desde el esterior y envistiéndoles el pueblo por la espalda, en pocas horas *actum esset*. Pero esto no puede hacerlo el pueblo, el cual, en medio del sumo terror y opresion que le abruma, oye zumbar las balas de cañon por encima de su cabeza y estallar y reventar las bombas encima de sus techos; y aunque tiembla y se estremece, no se atreve á levantar la cabeza en medio de la postracion y aniquilamiento en que le tiene la rabia de los republicanos. Semejantes ejemplos pudiera presentaros de la historia antigua y moderna.

—No hagais tal por favor, dijo el modenes; pues nos ofrece tantos en nuestros dias la Italia, que con solo abrir los ojos tenemos bastante para leerlos. Se nos abre un libro muy grande, nuevo y viejo á un mismo tiempo; no obstante, no sabemos ó no queremos leerlo, ni más ni ménos que si se hallase escrito en árabe ó en chinesco; y sin embargo, está escrito en grandes y hermosos caracteres italianos; tan increible es nuestra ceguedad.

Dichas estas palabras, siendo de noche y le-

vantándose hermosísima la luna en el oriente, levantóse tambien la comitiva, y saliendo del jardin de las Plantas, regresó á la posada de la Corona.

V.

Despues que Bártolo hubo salido con su pequeña comitiva del ameno vergel de Ginebra, entrada ya la noche y cuando la luna esparcia su pura claridad desde el firmamento, fué conversando sosegadamente con D. Baltasar hasta la plaza de Bergue, y dirigiéndose casi sin advertirlo hácia arriba en el puente de hierro colgante que abraza allí los dos ramales del Ródano dentro de la islita Juan Jacobo Rousseau.

Precedíalos de algunos pasos Elisa en medio de los dos primos, taciturna, suspirando, y contestando en breves y cortadas palabras á las preguntas que la dirigian estos, y gozándose tan sólo en la calma y serenidad de la noche y contemplando las ondas fugitivas del lago, que se precipitan espumosas en dos vertientes y se remolinan y hierven debajo del puente y hasta que encuentran un cauce más espacioso y pueden estenderse y recobrar su curso ordinario.

Sólo cuando la doncella se halló en el puente, parece que se detuvo algo á contemplar el hervor de las aguas, las que heridas por los rayos de la luna, presentaba el aspecto de un plateado espejo.

Cuál debia estar el corazon de la triste Elisa, que de la dulce calma en que naturalmente debia hallarse, de repente venia á parar á una extrema afliccion de ánimo que la agitaba, y no recobraba la dulce paz de la inocencia sino cuando estaba solita y podia desahogarse en Dios, único que podia aliviar su profunda tristeza.

Llegados, pues, al pradecillo de la pequeña isla, separándose de sus primos, que habian hecho corro con el padre, el modenés y D. Baltasar, parábase sola á lo largo de la calzada que comunica entre la ribera y el lado, y allí levantaba la vista al cielo, y decia suspirando:—¡Dios mio! ¡ten piedad de mi enfermo corazon! ¡Oh! ¡cuánto me engañaba á mí misma cuando creí no amar más que á tí; sin querer confesarme á mí misma que el pobre Aser ocupase un lugar tan principal en mi corazon! Hé ahí, pues, oh señor, que eres la misma bondad, que mi corazon se hallaba dividido: ¿y quién sabe el lugar que ocupaba ese pobrecillo, que me está siempre presente, sin que pueda apartar su imágen de mi alma desconsolada! En vano lucho conmigo misma, pues no puedo salir victo-

riosa. ¡Dulce padre y Dios mio, por piedad, infúndeme valor!

Mientras que Elisa estaba así retirada y absorta en estas nobles contemplaciones, bañando sus mejillas dulces lágrimas, D. Baltasar, que era muy sutil y conocedor del corazon de los hombres, y tenia un arte admirable en prestarle consuelo, separándose poco á poco de los demas, fuese al lado de Elisa, y le dijo:—¿Qué significa, Elisa, que esteis tan taciturna y que ni en vuestros ojos ni en vuestro rostro asome la alegría? ¿Por qué llorais así triste y solitaria? Elisa, si algo puedo aliviar á vuestro noble corazon, ya sabeis que es mi mayor satisfaccion consolar á los afligidos. No tengo la menor duda de que alguna pena secreta despedaza vuestro pecho; por lo mismo, si no temiera ser indiscreto, os rogaria que tuvieseis á bien hacerme partícipe de vuestros pesares; pues el mayor alivio para el afligido es desahogar su pena en el corazon de un amigo.

—Ya sabeis, Sr. D. Baltasar, respondió Elisa, el alto aprecio que de vos tengo con justicia, y en cuanta consideracion os he mirado siempre como á hombre sábio y prudente. En efecto, llámese tristeza, pesar ó afliccion, es muy cierto que mi alma está llena de uno ó de todos estos amargos sentimientos que la traspasan desde el instante en que ví al infeliz Aser herido y muerto. Jamás se aparta de mis ojos: le veo cuando

estoy despierta; véolo cuando duermo; y aun ahora mismo estaba allí pálido, paseándose lentamente por encima del lago; mirábame con dulzura y hasta parecia que deseaba hablarme: me dá el corazon que él me convida á subir al cielo, y parece decirme:—Ven, Elisa.

—Buena muchacha, añadió el incógnito Sacerdote, así que de él me hablásteis en Vevey, pude ya descubrir, que sin vos misma conocerlo, estábais vivamente enamorada de él; cuando despues me leísteis la carta en que os participaba su conversion, lo que habia sido presuncion se convirtió para mí en completa certidumbre.

—¿Pero cómo pudísteis conocerlo, cuando nunca quise confesármelo á mí misma?

—Elisa, para los hombres experimentados en leer en el fondo de los corazones, con poco hay bastante.

—Pero mejor diríais que él me amaba; puesto que continuamente permanece delante de mí, y aun cuando cierro los ojos no puedo apartarle de mi vista.

—¡Pobrecilla! esto sucede así precisamente porque está dentro de vos misma y en vuestro corazon.

—Con todo, hace poco que le ví pasearse ligero por encima de las dormidas aguas del lago.

—Es decir, que lo que paseaba era vuestra imaginacion, y no la sombra de aquel que en

estos instantes, segun es de esperar, goza de la bienaventuranza de la gloria, y no se digna ya visitar la tierra.

—¿Cómo, pues, podré desvanecer esta ilusion que tanto me aflige y me roba el alma á todas horas?

—Elisa, entregaos á la oracion, pues no hay otro remedio que cortar las alas á la imaginacion, la cual se exalta fuera de sus límites y os arrastra. Es la imaginacion el manantial de todos los gustos, asi como de todas las penas que afligen el alma, particularmente en los jóvenes: reprimida la imaginacion, que nos presenta con los falsos colores de las pasiones así los males como los bienes, lo mismo que excitaba el ódio, ó el amor, temor ó esperanza, se disipa cual una niebla á impulso del viento; y hasta con frecuencia, recobrando el hombre el recto juicio, se rie de ella, y siente un cambio de sentimientos, amando aquello mismo que le parecia aborrecible, y odiando lo que ántes se presentó á su imaginacion como atractivo, bueno, justo y amable.

—¿Entonces?....

—Entonces, Elisa, es menester que reprimais la imaginacion, y cuando lo habreis logrado, vuestro mal (que es más grave de lo que parece) dará lugar al recto juicio y restituirá la paz á vuestro corazon.

—Sr. D. Baltasar, hablais como un confesor,

y ni más ni ménos me dice el Cura párroco; pero por más que él diga no puedo lograr mi intento.

—Elisa, ya hablaremos de esto en otra ocasion; ahora ved que vuestro papá nos llama,—Y suspendiendo su conversacion se reunieron á los demas, cuando Lando, chanceándose decia:—¡Vaya qué confesion! ¡qué secretos! ¿te ha dado ya la absolucion y la penitencia?

—Sí, respondió Elisa, me ha dado por penitencia que te muerda tu lengua impertinente. Así riéndose y chanceándose llegaron á su casa y encontraron ya puesta la mesa para la cena.

Terminada esta entraron como de costumbre en su conversacion de sobremesa, y mientras Elisa preparaba el té, D. Baltasar volviéndose á Lando, dijo:—¿Cómo no vais á buscar la carta que dijísteis haber dejado olvidada? ¿Quién sabe si nos traerá buenas noticias de nuestra señora república, «única santa y eterna», como la llaman los republicanos en los periódicos y en los edictos que salen del Capitolio y caen con el ímpetu de un chubasco de verano.

—Y no faltan tampoco, dijo Bártolo, relámpagos, truenos y rayos, que jamás fulminó tantos Júpiter en sus dias sobre la roca capitolina. En efecto, son unos edictos amenazadores y espantosos contra los negros que se oponen á la gloriosa resurreccion de Italia: dicen que al que ose levantar un dedo contra la república, ponerle

mal gesto ó dirigirla una palabra descortés, desgraciado de él, pues es anatematizado en términos que no se lo quita todo un concilio ecuménico. Así los que tales imprecaciones exhalaron al saber la excomunion de Gaeta, excomulgan sin contemplaciones á los que no piensan á su gusto, echándoles de los empleos en que habian encanecido, arrancando las charreteras á los militares y quitando á los ciudadanos pacíficos hasta el derecho de respirar el aire de los siete collados.

—Pero, prosiguió Mimo, tanto como halagan á los hombres de bien que no les dan ningun cuidado, otro tanto procuran aturdir á la plebe romana, y para mantenerla quieta, en lugar de atraérsela por todos los medios, hacen con ella lo que al principio de la primera república romana hicieron, segun Tito Livio, con el Senado, los cónsules Publio Valerio Publicola y Espurcio Lucrecio.

—Y el miedo hace prudentes, dijo D. Baltasar.

—Verdaderos prudentes, replicó Mimo. Pues habeis de saber que cuando Porsena se presentó como enemigo á Roma para reponer en el Trono á Tarquino, «la plebe, como cuenta Tito Livio, fué entretenida por el Senado con muchas alabanzas; y sobre todo se tuvo buen cuidado de hacer abundante provision de vituallas, habiendo enviado á muchos á comprar trigo, unos en

Cumas, otros entre los Volscos; y tambien, como la sal la vendia el comun á un precio alto, quitado aquel gasto, fué dado permiso á los particulares para venderla: tambien se alivió á la plebe de toda gabela ó gravámen mandando pagar á los ricos y acomodados. Con tan paternales cuidados, poco despues en medio de tan miserables tiempos, en medio del sitio y del hambre mantúvose la ciudad con tal union y concordia, que el nombre de Rey ya no causaba horror á nadie desde las clases más altas á las más ínfimas de la ciudad.» (Dec. I, lib. I.)

—Echa pan al perro y no te ladrará: tal es el pueblo; como le llenes la panza permanece tan quieto como mi perrito que le rasquen las orejas.

—Lo mismo hicieron nuestros modernos Publicolas:—¡Pobre pueblo! exclamaban en la conversacion y en los periódicos, víctima de la agena codicia: érais esquilmados como ovejas para vestir á los pastores; os chupaban hasta los tuétanos, y no estaban contentos aquellos lobos hasta haber devorado enteramente vuestras carnes. No obstante, ó pueblo romano, tú eres nuestro Rey y nuestro Dios: manda, y te obedeceremos.—Y luego edictos y más edictos con que se quitaban los impuestos sobre la carne, la gabela de la sal y otros gravámenes y derechos de puertas y de la venta de ciertos géneros: por consiguiente, en medio de tantos beneficios el pueblo

bendice la sagrada, santa, caritativa y amorosa república.

—¡Es mucha su astucia! exclamó Bártolo, y por añadidura ahora ya no se pagan las deudas, pues mis procuradores de Roma no pueden sacar un cuarto de los alquileres de las casas. Estos me escriben que la plebe se ha desenfrenado de tal suerte, que nada vale con ella el temor de los tribunales, ni las amenazas de los alguaciles: que al punto les saltan encima las mujeres y gritan y se enfurecen, diciendo:

—Qué alquiler ó no alquiler; somos romanos, que esos ricachos glotones se queden enhorabuena en sus palacios, pues nosotros tenemos tambien el derecho de estar á cubierto en nuestras habitaciones. ¡Sabed que no estamos ya en el tiempo de los Curas!.... De esta suerte nos pagan con injurias, y los pobres ciudadanos revientan bajo el peso de los gravámenes, de las amenazas y del miedo, en términos que será un milagro si en vez de pagarnos los alquileres no vienen al cabo á robarnos nuestras propias habitaciones.

Efectivamente, respondió D. Baltasar; puesto que en Vevey tuve ocasion de ver á un refugiado romano, quien me refirió que ya se ha empezado á poner á la puerta de algunos palacios de príncipes que emigraron á Nápoles, este rótulo: *Propiedad de la república romana.*

—¡Perfectamente! dijo el modenés; pero no

entiendo cómo suprimiendo todos los dichos impuestos podrán llevar adelante la administracion del Estado. Los gastos son innumerables, dobles los sueldos de los empleados; los miserables que subieron á ocupar algun destino en la república quieren de una vez salir de andrajos; la plebe tiene muchos gastos de dinero y de bienes; los espías, los truhanes y sus atlateres, todos chupan, todos embolsan, y tienen los bolsillos tan hondos y vastos y el estómago tan capaz

Que en ellos la comida aumenta el hambre, como diria el Dante. Por consiguiente, ¿cómo es posible que pueda sostenerse la república con tan exhorbitantes gastos y disminuyendo los impuestos?

—¡Disminuyéndolos! Me gusta la especie, esclamó D. Baltasar. Ya vereis: multas, contribuciones, pagos rústicos y urbanos, impuestos extraordinarios, préstamos forzosos, y socaliñas de toda especie para arrancar moneda y descarnar á los infelices ciudadanos y mercaderes hasta los huesos. A más de esto, léese ya en los periódicos las promesas que se están haciendo á la plebe de enriquecerla por medio de una ley agraria, por la que se le repartirán los bienes eclesiásticos, diciendo:—Estos bienes son tuyos, pueblo romano, sangre tuya; tú debes gozar de ellos y no los Curas y frailes: ya vereis que prebendas van á caerse de las nubes!—Así sucede que los carreteros, carniceros y carboneros están

aguardando canonicatos, capellanías, beneficios, simples prioratos y encomiendas, y ya se chupan los dedos como si los tuviesen guisados y condimentados en un plato.

Y luego, añadió Bártolo, no faltará jamas pecunia en la república hasta á los más holgazanes; pues despues que han devorado todo el oro y la plata, viene papel, y papel y más papel de que se ha inundado ya á Roma. Te aseguro que ya se ha impreso por muchos millones y hay disposicion para imprimir otros tantos.

—¿Pero habrá de durar mucho tiempo semejante engañifa?—dijo Lando; á lo que D. Baltasar contestó:

—No, amigo; los republicanos saben mejor que nadie que esto no puede durar, puesto que tienen ya encima los franceses, y aun cuando los enemigos exteriores no les obligasen á romper con los locos gastos y delirante profusion con que derraman el dinero público, en breve consumirian hasta las uñas. Y si la República por su mala suerte debiese permanecer en pié algunos años todavía, apénas conociera haberse arraigado algo, que esa mismo plebe mimada ahora y delirante, fuera la primera á quien morderia y despedazaria. La República promete al pueblo los beneficios eclesiásticos, ¿no es verdad? pues fresco está el pueblo si los espera. Miéntras tanto los padres de la pátria, no dejan un lio de todo lo más precioso, que convierten

en dinero y este dinero lo envian á Lóndres, donde se lo reservan para salir de apuros en lo sucesivo.

—Ahora entiendo, dijo Lando, que acababa de volver con las cartas, ahora entiendo por qué me escribió un amigo, diciéndome que supo de boca de un banquero conocido suyo que el Rey Mazzini habia pedido una letra de 20,000 escudos sobre Lóndres, y despues otra y otra de cantidades más crecidas todavía.

—Y las que tú no sabes, observó Mimo; pero que conocen muy bien otros banqueros ingleses, que no se hacen visibles, pero que se hallan de intento en Roma para esto, bajo la sombra de cierta bandera que cubre con su dulce velo toda la extension de la Italia, é interviene en todos los enredos de esos embrollones del gorro frigio.

—Ya se sabe que son muy diestros jugadores de cubiletes, dijo Lando. Así el sobredicho amigo me añade: que hallándose en Alatri, supo que cierto dia una parienta de Sterbini, mujer muy sábia y hermosa, le dijo:—Perico mio, te has metido en un atolladero, que me temo ha de causarte muchos males.—No temas, querida parienta, dijo Pedro; no dudes de que tengo prevision y circunspeccion de sobra; nadie ve más claro ni está más convencido que yo de que la república no puede durar, y que conviene disponer con tiempo la maleta. Pero esta vez no son tan cándidos que se vayan sin haber llenado

bien los bolsillos.—Y como exclamase otro pariente diciendo:—Pobre Perico; me compadezco de tí,—contestó:

—Los que quedarán pobres serán los Clérigos, que en cuanto á nosotros, todo está previsto; y chupamos á Roma de manera que cuando vuelvan los Curas ántes de volver á redondearse, tendrán que hacer rajatablas en las ciudades y en las provincias, hasta llegarlas al corazon. Gracias á que la república, despues de haber dado fondo al dinero, dejará tales y tantas deudas, que desgraciado del Papa.—Mejor diremos: ¡desgraciados de nosotros! observó el pariente; pues al cabo todos los honrados ciudadanos tendrán que pagar vuestras malversaciones y fraudes.—En efecto, dijo Pedro, pagareis pero maldiciendo de los Curas; esto es lo que queremos y será nuestro gozo en el destierro. Nosotros que hacemos la revolucion gastamos, mientras que vosotros que habeis estado presenciándola es menester que pagueis.

—¿Se vió jamás tanto descaro y tanta vileza? esclamó Bártolo con desprecio, ¡todavía nos insultan! ¡Desdichados!

—Querido tio, estaos tranquilo, dijo Nando. Aquí está la carta: ese jovial Aldrovando nos escribe cosas que harian reir á un difunto.

Pero los vivos tienen motivo para llorar, añadió Bártolo; aunque Aldrovando, como jóven y

alegre, se sale del paso con una carcajada: ¡que Dios le bendiga!

Si con lamentaciones se pudiesen evitar los males presentes y futuros, fuera yo el primero que perderia los ojos llorando, sollozando y esclamando: ¡Ay! ¡ay! ¡ay de mí! ¡ay de nosotros! Pero como el llanto no remedia maldita la cosa, haznos el favor Elisa, de traernos el té, que nos confortará algun tanto.

—Lo echaré á los demas; pero no á tí, que has de leer y se te enfriará.

—De ningun modo, prima mia; échame á mí tambien; que al mismo tiempo que lea lo tomaré á sorbitos; y á fin de que conserve el calor echa en él una copita de ron.

—¡Otra! ¿Para que hierva, eh? Pues me parece que es tu cabeza que está hirviendo.

—Tú no sabes de química; si no hierve en la taza, hervirá dentro del estómago: ¿no aplicaste tú el espíritu de vino para hacerlo hervir? Pues lo mismo que has hecho tú por fuera lo haré yo por dentro: ¿vá bien así?

—Muy bien: un poco mas: ¡oh! ¡qué miseria! ¡más, más.

—¡Para embriagarte! Como lo harias depues para leer si se te doblaban las letras ante tus estraviados ojos.

—Acábese de una vez, dijo Bártolo, y empiece la lectura. Lando empezó á desdoblar las cartas encima de la mesa; y despues de haber to-

mado algunos sorbitos de té, empezó la lectura en estos términos:

«Amigos mios, ya os escribí acerca del universal espanto de Roma la noche que en medio del campaneo y salvas de artillería nació la república: al dia siguiente, presentaron un espectáculo jamás visto los alborotados vestidos á la republicana que hacian gran fiesta, y que gritaban en el Corso:

—¡Es preciso plantar el árbol de la libertad!

—¡Qué! decian otros; Roma no tiene necesidad de árboles, pues tiene algunos en la plaza tan desmesuradamente altos, que no hay navío ingles cuyo palo mayor no les ceda á lo ménos de un tercio.

—¿Pero en dónde están? ¿quién los ha visto nunca?

—Venid acá, majaderos; ¿no veis allá el obelisco de la plaza del Pópolo? ¿No veis el de San Pedro y el de Letrán? Arboles tan rectos, agudos y sublimes no los posee ninguna otra ciudad en el mundo; y luego ved la cruz que les añade aún veinte palmos de altura.

—¿Quién diablos será capaz de subir allá arriba, como no tenga las alas de las cornejas y estorninos?

—¡Bella hazaña! ¡como si no tuviésemos entre nosotros hombres que, cogiéndose de los puntos salientes, se encaramarian al cielo, cuanto más á los obeliscos!

Y hé aquí que comparecen escaladores, marineros, con un sombreron de hoja de lata barnizado de rojo, que puestos al pié del altísimo obelisco del pueblo, probaron á encaramarse hasta la cúspide.

Pero fué en vano, pues no pudiendo abrazarlo, ni teniendo donde cogerse con las manos ó apoyar los piés, debieron acudir á los encargados de extinguir incendios; quienes como tienen grande agilidad y destreza, sobreponiendo unas escalas á otras, y echando cuerdas y garfios, y afianzando sus estremos en puntales, al fin pudieron subir hasta la cima. El primero que llegó arriba echó una cuerda muy recia, á la que ataron el gorro, y tirando de él hácia arriba, lo encasqueté, con gran sacrilegio, encima de la cruz; luego por medio de unos alambres atravesados lo sujetó fuertemente al asta, para que el viento no se lo llevase; pero no advirtieron aquellos hombres que debajo del obelisco Sixto V mandó grabar profundamente la inscripcion *Christus vicit, Christus regnat, Christus imperat.* Hé aquí el viento que arrancará de la cruz la revolucionaria insignia, y la hundirá en el abismo de que salió.

No contentos todavía con esto, y creyendo que puesto en el ábside del obelisco aquel ídolo no seria visible desde los siete collados, pusiéronse en la cabeza colocarlo encima de la torre del Capitolio. Ya sabeis que en este sitio se levanta

puesta en un altísimo pedestal la estátua de Roma, abrazada á una gran cruz, que la sobrepuja bastante de la cabeza. ¿Pues sabeis lo que hicieron? Tanto se encaramaron, que al fin pusieron en el estremo superior de la cruz el gorro colorado; el cual desde su elevadísimo puesto está volviéndose hácia todos los lados de la ciudad. Junto á la misma estátua plantaron una asta, en la que enarbolaron la bandera tricolor, que ondea con majestad á lo alto del Capitolio.

En el centro de la plaza Capitolina hay, como sabes, la estátua ecuestre de Marco Aurelio, obra antigua de bronce; la cual como la mano izquierda sujeta el caballo, y estiende la diestra encima de Roma en señal de dominio: pues señor: en la cabeza le encasquetaron tambien el gorro frigio, y en la mano estendida le ataron una bandera tricolor.

Pero como pasaron por allí algunos republicanos instruidos gritaron: — Ea, borricos, quitad de allí ese gorro; ¿no veis que este es un emperador? Las cabezas de los tiranos no deben ir adornadas con tal diadema.—Antes bien, dijeron aquellos, lo lleva á su marcado despecho; le está abrasando los sesos, y está reventando de rábia ¡Hola! ¡eh Señor Marco Aurelio, he aqui que has encontrado una república que te ha encajado la mitra; y esto diciendo hacian mil gestos y muecas. Por último los instruidos ganaron el pleito, y Marco Aurelio perdió el gor-

ro en medio de una cencerrada de silbidos y de sartenes.

¿Qué podré decirte de las majaderías de algunos corrompidos ciudadanos, que renovaron el juego que ya otra vez vimos en el batallon de la Esperanza? Ciertamente te acordarás de cuando íbamos al monte Pincio á ver los paseos militares de aquellos *esperanzinos*: ¡cuánto nos daban que reir algunos papanatas que llevaban de la mano á sus hijitos de tres y de cuatro años con el gorrito en la cabeza y el sable al lado con uniforme infantil!

Pues bien, ahora estos ponen en la cabeza de los niños el gorro colorado, con el cuerno hácia adelante como el dux de Venecia; y algunas madres vacías de sesos, para darse aire de republicanas matriculadas, visten á las niñas de suerte que se trasluce en el traje el espíritu republicano; esto es, con gorro frigio, con un juboncito crespado y borceguíes trágicos; el cinturon bordado con dibujos de haces y segures consulares, y les hacen llevar en la mano una banderita roja.

¿Es posible llegar á mayor extremo de locura? Es no tener vergüenza vestir á los pobres angelitos inocentes con las sangrientas divisas de rebelion. No obstante, las madres nécias se envanecen presentando á esas criaturas como muestras en el Corso y en el café de las Bellas Artes, en donde los héroes les regalan tacitas y

bizcochos, y las levantan en brazos. Otras tienen en sus casas figuras de cera ó de porcelana que representan la república. Los republicanos se ponen tambien figuritas de coral por el mismo estilo en los alfileres del pecho, en los pendientes, cadenas y llaves de los relojes, y en los puños de los bastones de estoque.

Pero la mayor parte llevan un retacito de púrpura en la cinta del sombrero. Los muchachos por broma cogen un pedacito de paño, y con las tijeras le recortan dándole la figura de un gorro frigio; luego le dan una capa de yeso en una de sus caras, y con disimulo lo aplican á la espalda de los que llevan el vestido oscuro, y queda impreso en ellos la marca; de suerte que se ven muchos con cinco ó seis gorros frigios marcados con yeso en la espalda.

Así cierto dia que me estaba paseando ví que la gente me miraba y se reia, sin que pudiese yo atinar con la causa, cuando al llegar á casa mi hermana Teresita, que siempre está de broma, empezó á darme vaya y á saltar alrededor de mí, diciendo:—Ea, señor republicano, está muy bien: hasta ahora habias sido negro, en adelante eres ya de los blancos.—Yo le contestaba llamándola loca, hasta que llegados á la sala me dijo:—Puesto que hay aquí dos espejos, mírate un poco la espalda.—En efecto, miré al soslayo mi imágen en el espejo, y ví en mi vestido las marcas de yeso en forma de gorro

frigio. Los romanos naturalmente hacen asunto de risa de los objetos más dignos de lamentarse. Lo bueno es que nuestros Escipiones se comen los gorros fabricados de azúcar y de mazapan, y las pastas y bizcochos trabajados en forma de gorro republicano; y luego da gusto verlos con tantos gorros en la barriga dirigirse al Parlamento y eructar leyes contra la Iglesia y contra el justo Gobierno del Papa.

Las armas pontificias, como ya escribí otra vez, fueron borradas de todas partes, y sustituidas por el águila; por lo que se ven ciertas águilas buenas para llevar Ganimedes á Júpiter, tanto son grandes y gordas, con unas garras tan corvas, que desgraciado del que hacen su presa. La guardia cívica, que tantas veces habia jurado fidelidad al Papa, puso el águila en las astas de las banderas y pintada en el lienzo: lo mismo hicieron los dragones, los carabineros y la infantería.

La Roma de los Césares no tuvo jamas tantas águilas en sus legiones, como las que empolló nuestra República en un mes; y salen del huevo ya con el pico corvo, y las uñas afiladas; y todas arrebañan y engullen que es un contento, pues tienen un hambre insaciable; de suerte que se tragan el oro, la plata y el cobre, del mismo modo que nos comemos nosotros un tasajo de buey. Miéntras tanto el águila republicana apareja las alas para volar triunfante al Is-

tro, y amenaza con no parar hasta el Tanao y el Neva.

La insignia del águila, dicen algunos, es demasiado noble para nuestra República, á la cual le vendria mejor la loba, y Roma jamas pudo apropiársela con más propiedad de lo que seria en nuestros tiempos; pues en vez de traer á la memoria la infancia de Rómulo y de Remo, recordaria el hambre de estos nuevos Rómulos que se preparan á saciarla con sus tesoros sagrados y profanos.

Los que dicen que la República quiere habérselas con los Sacerdotes la calumnian; pues al contrario está tan enamorada de las cosas de estos, que quiso nacer en Roma más bien que en otra parte, porque Roma es la capital del orbe católico; por eso la quiere tanto la constituyente romana. Esto lo asegura con grandes letras *la Palas*, la cual llora de ternura y de compuncion; y ya desde el primer anuncio de la República nos promete que pasados mil ochocientos cuarenta y nueve años podrá decir al fin Nuestro Señor Jesucristo:—Yo REINO EN ROMA.—¿Te ries, amigo? Pues no hay que reirse; ó sino hay te remito palabra por palabra los rasgos más luminosos del escrito de *la Palas*; y si no es como digo, llámame mentiroso.

ROMA, 9 *de Setiembre de* 1849.

«El silencio y quietud de la noche ha sido interrumpido por el tañido de las campanas del

Capitolio. Ese sonido anunciábanos un dichoso acontecimiento, suceso que era esperado desde muchos siglos, y que por muchos siglos se habia retardado.» (A poca diferencia como el Mesías de los hebreos.)

»Ya desde media noche la Asamblea romana entonó el glorioso nombre de república, ese nombre que trae consigo *virtud*, *honor* y *gloria*.

»Dos cosas se desprenden inmediatamente de este solemne suceso, á saber: la *regeneracion* de los pueblos, y la *santificacion* del sacerdocio.

La palabra *república* bautiza de nuevo al hombre, el cual salió enteramente republicano de las manos de Dios (¿de la república de Mazzini ó de la de Brofferio?); y por lo mismo Dios ni le dió Reyes, ni verdugos:» (No obstante, Abel encontró uno muy pronto en su hermano Cain, primogénito de esos mazzinianos que dan á traicion una puñalada á los hombres honrados.) »Antes bien, le hizo dueño de *si mismo* y de lo criado.» (Creemos que el Señor se reservaria al ménos algun dominio hasta sobre el hombre republicano y dueño de sí mismo.) »La república restituye al hombre la dignidad de tal; lo saca de su abyecta esclavitud; lo separa del oprimido rebaño que un sacerdocio usurpador llevaba al pasto de la limosna y del oprobio.» (Principalmente á los que recibian de los Sacerdotes, cincuenta, sesenta, ciento y doscien-

tos escudos al mes, como no pocos de estos que tanto gritan contra ellos.)

«Hoy eres ciudadano, y como tal, puedes decir:—«Soy romano, italiano, republicano;» (Tan bellos títulos ya te darán pan si no lo tienes), «he vuelto á ser hombre como Dios me hizo;» (¿Antes eras por ventura mujer?) «no pertenezco ya al albedrío de un tirano, no como el pan de la deshonra, sino que tomo mi asiento en el banquete de mis hermanos; ninguno de ellos es más que yo.» (¿Ni aun los ministros de la serenísima? Ya lo advertirás en la mesa y en la bolsa;) «la ley de la República ha nivelado la condicion humana.

«Ahora volvamos la vista al sacerdocio:» (Aquí viene lo mejor) «este recibe tambien su bautismo de la República:» (Será sin duda bautismo de sangre:) «á ella es deudor de la nueva pureza de que se reviste: á ella debe el respeto que le tributarán los pueblos, á ella la soberanía de las conciencias y del dogma.» (Jesucristo puede irse á descansar; pues aunque creyó haber dado estas prerogativas al sacerdocio, se engañó completamente: quien las dispensa es la República.) «El Evangelio volverá á ser un código de salud.» (¿El de Lutero, ó el de Mazzini?) «La estola no se verá ya ensangrentada, ni el báculo goteará lágrimas humanas.» (Porque la sangre y las lágrimas quereis hacérselas derramar á la estola y al báculo.) «El Apostolado católico volverá á

empezar sus gloriosas conquistas;» (Ciertamente, y lo hará por medio de Achilli, De sanctis, Gavazzi y Rambaldi) «y poderoso con el auxilio del Verbo divino, no invocará ya ni el terror de la cuchilla, ni la fuerza de los ejércitos.» (Esto es muy cierto: ni Zambianchi, ni los garibaldinos emplean la cuchilla contra los Sacerdotes, sino las balas, el puñal, el sable y las bayonetas, lo cual es una especie de elocuencia muy aguda y convincente. Esto lo saben el Párroco de la Minerva en San Calixto y el de Giulianello en Anagni.) «Buscaremos al Sacerdote, y lo encontraremos junto á los adorados altares, y no lo veremos ya más con las reales diademas: Dios lo bendice de nuevo, porque al fin sigue la senda del Calvario.» (¡Oh en él le quisiáraís vosotros! Con que vamos, poned mano á la cruz, á los clavos, al vinagre, á la hiel, y á la lanza; y adelante, crucificad otra vez á Jesucristo en la persona de su Vicario, y de su divina esposa la Iglesia Católica!)»

Veo, amigos, que os restregais los ojos creyendo que no habeis leido bien, tantas son las blasfemias y necedades que rebosan en cada una de las antecedentes líneas. Pero yo os aseguro que habeis leido perfectamente; y para que no os quede duda, ahí os doy una copia del decreto que las confirma.

DECRETO FUNDAMENTAL.

«Artículo 1.° El pontificado ha decaido de

hecho y de derecho del gobierno del Estado romano;

»Art. 2.° La forma del gobierno del Estado romano será la democracia pura.

»9 de Febrero de 1849, á la una de la madrugada.

»El presidente de la Asamblea constituyente

»GALLETTI.

»*Secretarios*: Juan Pennachi, Ariodante Fabbretti, Antonio Zambianchi, Quirico Filopanti Barilli.»

En el año 1846 Galletti juró al Papa que derramaria toda su sangre en defensa del pontificado y de Su Santidad. Antonio Zambianchi entre tanto derrama hasta la última gota la sangre de los sacerdotes que puede coger en San Calixto: Galletti, que es ahora general de Carabineros, ve correr en Roma esa sangre inocente; y tomándose el pulso, dice:—La mia está cabal: toda la sangre de los clérigos no vale por cierto lo que una gota de la mia.

Ahora es preciso que leais tambien la proclama de los ministros.

»Acaba de tener lugar un acto grande y solemne reunida la Asamblea nacional de vuestros legítimos representantes, reconocida la soberanía del pueblo, la única forma de gobierno que nos conviene es la que hizo grandes y gloriosos á nuestros padres.

»Así lo decretó la Asamblea, y la República romana se ha proclamado hoy en el Capitolio, *etcétera*.

»Despues de tantos años volvemos á tener PATRIA y LIBERTAD; mostrémonos dignos del don que Dios nos envia, y la República será ETERNA y FELIZ.

»Roma 9 de Febrero de 1849.

»Los Ministros del Gobierno republicano.

»C. E. MUZZARELLI, L. ARMELLINI, F. GALETTI, L. MARIANI, P. STERBINI, y P. de CAMPELLO.»

Pero encima de aquel *etcétera*, despues de haber dicho que el Gobierno republicano ha nacido del voto *libre* y *universal*, declara *enemigo* de la patria á cualquiera que le niegue su *adhesion*. ¡Ya lo entendereis! El cuento significa que el que quiera salvar la piel es menester que se adhiera; de lo contrario..... ¡*hem*!, como decian dos bravos á D. Abundio (1).

Sin duda, amigos, creeis que la República *eterna* será reconocida de todas las *grandes potencias* de Europa. Pues señor, ni aun de las más diminutas y microscópicas. ¿Quereis verlo por confesion propia? Pues la *Palas* en el número 464 intitula un artículo: *Las tres faltas*, y dice:

---

(1) En la novela *I promessi sposi*, de Monzoni.

«Que el representante de Toscana no se hallase presente, no nos causa maravilla siendo un ministro microscópico: que faltase tambien el del Piamonte, no lo estrañamos; pues todo el mundo sabe que este diplomático representa á Cárlos Alberto; pero que el representante de la república francesa, adoptase un aire neutral, nos causa un verdadero asombro: semejante aire no es propio ni de un republicano, ni de un francés; sino de un jesuita. ¿Vivan los representante conejos!

Y nótese que cuando la *Palas* dirigia tales cumplimientos, se trataba de la asistencia al parto que debia tener efecto en la sala de la Asamblea cuando habia de nacer la celeste Infanta.

Luego de nacida, ningun representante le dirigió siquiera una mirada, como á miserable bastarda que era. Y en este instante en que os escribo, la república de Francia, como buena y cariñosa hermana, envia á la recien nacida desde la puerta de San Pancracio ciertas caricias de perlas, esmeraldas y rubis, para adornar la diadema, tan gordos y macizos que nunca en sus dias los llevó tales en la cabeza el gran Tamerlan.

Despues de haber leido el decreto fundamental que declara abolido de hecho y de derecho el pontificado, acaso pensaréis que el Papa se halla reducido ya al último extremo de miseria y

de abandono, sin esperanza de recobrarse nunca; principalmente al leer en el *Correo de Liorna*: «Habiendo nosotros, pueblo y Rey hecho señal una vez para siempre, hemos decretado y decretamos que todos los Papas, empezando en Pio IX, están destituidos del poder temporal. Nosotros, pueblo, con el poder que será siempre del pueblo y de Dios, arrojamos..... (y aquí blasfemias y anatemas), y lo declaramos destituido, etc.,» con otras gracias que añade E. La Cicilia, quien asegura que solo el pueblo es Vicario de Dios, cuando el Papa es solamente el Vicario de los Cardenales. ¡Vaya una teología que nos envian de Liorna los mazzinianos!

Ahora creereis sin duda que los embajadores de las córtes, convencidos y persuadidos por ese galimatías de nuestros republicanos, habrán venido todos á Roma, y que abandonando á Gaeta, y dejando plantado al Papa, han acudido corriendo en coche de gala tirado por seis caballos, con postillones adornados con la escarapela tricolor, y con la borla del látigo teñida de rojo para que reluzca á cada chasquido; entrando al galope por la puerta de San Juan, y apeándose cada cual en los palacios de Francia, de Venecia, de Austria, de Nápoles y de España; que habrán levantado al lado de las armas de sus respectivos Soberanos el águila de la república para obsequiarla; que ya todos reunidos se habrán presentado delante del Rey Mazzini, ofreciéndole sus

credenciales y sus poderes de parte de las Coronas que los han enviado á S. M. republicana? El Rey Mazzini se contonea, los recibe de pié, con la mano izquierda apoyada en la faja tricolor, y con la derecha estendida recibe sus diplomas; les dirige miradas graves y serenas, prometiéndoles su Real proteccion, y asegurándoles que la república romana tiene la mayor satisfaccion en conceder á los reinos de Europa el honor de su alianza: entabla tratados, arregla estipulaciones, sigue conferencias, establece acuerdos y forma pactos y convenios: á unos da esperanzas, á otros franquicias; en una palabra, es como el señor del *Caput mundi* que cubre con su sombra y su poderío á todos los Imperios del universo.

¡Qué! ¿os reis, amigos mios? Pues es tal la consideracion de que goza nuestra excelsa república, que no sólo le envian embajadores para enaltecerla todas las coronas cristianas, sino hasta los Sultanes sarracenos y los Monarcas paganos nos envian del Asia y del Africa admirables legaciones para ofrecer humilde vasallaje á la república como á soberana del mundo. ¿No quereis creerlo? Pues vemos en Roma turcos, sarracenos, mamelucos, beduinos, mulatos, mestizos, negros, olivaceos y paganos de todas sectas y razas, con una caterva de ateos venidos de los cuatro puntos cardinales del globo para ponerse á las órdenes del Rey Mazzini, los cuales

siempre están dispuestos, no á prestar á la república el homenaje de oro y de plata, sino á robárnoslo á nosotros ocultos tras el mando de aquella.

Al contrario, seguramente creeis que el Papa maldecido del *pueblo-dios*, habrá perdido todo el respeto y obediencia de parte de los pueblos cristianos y de sus Monarcas, y que así desamparado, vive en Gaeta triste y como peregrino, sin que nadíe piense en él ni en sus desgracias. Pues bien, nunca en los pasados tiempos ha recibido el Papa más profundos homenajes de todos los Reyes de la cristiandad, que los que ahora recibe en Gaeta; ni jamas fueron puestos más en evidencia los derechos del Pontificado por declaracion de todos los estados de Europa; miéntras que la republica romana es considerada como usurpadora, y sus jefes como traidores y renegados: por lo mismo, ya podeis figuraros si los embajadores habrán venido y la habrán reconocido de otro modo que por la burla y abominacion. Luego, para colmo de ridiculez, siempre que se presenta al público nos hace ver en medio de las sillas de los embajadores al ministro plenipotenciario de Sicilia; un legado *á latere* de Guerrazzi, y uno que otro representante radical tomado á alquiler; y es digno de verse cómo con su toga y laciclavio andan estirados é hinchados como pavos que hacen la rueda é hinchan sus colgantes y coloradas barbillas. Los

romanos, que siempre están de broma, cuando los ven se rien, y dicen que podrian apostárselas con los embajadores del gran Kan de la China ó de la Puerta Otomana.

—¿Magnífico triunfo es ese con que es obsequiada nuestra república!

¿Qué es la Rusia, el Austria y la Francia al lado de estos grandes embajadores de las excelsas Potencias del celeste Imperio? La república romana no se digna mirar á la tierra.

No por esto dejó la República de participar á todas las Córtes del mundo su nacimiento, y lo hizo con un aplomo que jamás se ha visto otro más grave y formal. Así el ministro de Negocios extranjeros escribió á todos los representantes y cónsules romanos cerca de las naciones extranjeras lo siguiente: «Al recibo de la presente (circular), obrareis con todo celo para disponer este Gobierno á que reconozca á la República romana, la que, emanando del libre voto del pueblo, es de hecho y de derecho el Gobierno más legítimo de la tierra—9 de Febrero de 1849.—C. E. Muzzarelli.»

No obstante, ni con todo el celo de los cónsules, ni con toda la legitimidad superlativa de la República pudo lograrse que la reconociesen, no diré las dobles águilas, los leones y los leopardos; pero ni siquiera los topos: mientras que todas las embajadas ordinarias y estraordinarias se hacian á la vela para Gaeta, y eran reci-

bidas con salvas de artillería de todos los fuertes y de los buques de todas las naciones empavesados, con gran júbilo, fiestas y demostraciones del más acendrado entusiasmo.

Esto precisamente cuando *D. Pirlone* en sus caricaturas nos pintaba al Papa con un manteo raido y remendado, con los piés descalzos y los cabellos erizados, en una barca carcomida y con una red en la mano cuyas mallas están rotas; para significar que el Papa vuelve á las redes, y que la Iglesia con las mallas rotas ha dejado escapar todos los peces, y no sirve ya para pescar otros.

¡Pobre *D. Pirlone*! Entónces si la Iglesia tiene rotas las redes, ¿cómo es, pues, que diariamente entran en ellas á porfía los mayores peces de Inglaterra, de Escocia, de América y de Alemania? Y estos en tan gran número, que lord Palmerston y lord Aberdeen, se ponen tamañitos de miedo y de cólera? Del mismo modo poco más ó ménos que tú, *D. Pirlone*, revientan de rabia viendo que los andrajos con que nos vistes al Papa se convierten en el más glorioso y rico manto que nunca vistió un Pontífice en los mejores tiempos de la República; porque, ya ves que Pio IX, nunca fué más grande y sublime que en el destierro, ni jamas coronó su cabeza una tiara más noble y excelsa que la diadema de sus dolores. Observa la augusta frente del Rey Fernando cual se inclina á su lado, y

cual se ponen de rodillas la Reina y los Príncipes para adorar en la persona del gran Pio, al Vicario de Jesucristo, Rey de los Reyes y señor de todos los dominadores del mundo. La Iglesia es divina en sus mismas humillaciones; al paso que los impios se muestran impuros en sus glorias y desesperados en el infortunio.

Llamas pobre al Papa porque los tuyos le han quitado sus bienes en Roma; pero sabe que el generoso Monarca de Nápoles le dice:—Vos, Santísimo Padre, sois señor mio y de mi reino.— Sabe que todos los católicos envian á su Padre en el destierro las filiales ofertas de la caridad cristiana; ni más ni ménos de lo que antiguamente hicieron las iglesias de Oriente y de Occidente á Pedro, preso por Neron en la cárcel Mamertina.

Sabe que hay inocentes vírgenes y pobres mancebos que trabajan dia y noche para ganar el óbolo que han de enviar al desterrado de Gaeta. Sabe que existen nobles Infantes que se privan de sus juguetes y dan á las madres su valor para que lo junten á las más ricas ofrendas de sus padres; sabe que mientras vosotros engalanais á vuestras damas con el dinero de la Iglesia, existen muchas señoras que dejando la pompa de sus trages, visten sin ostentacion para aumentar su oblacion al Padre de los fieles. Sabe, en fin, que los Prelados y el Clero de toda la Cristiandad envian sus colectas al soberano Pastor.

Esto lo ve bien tu república, y esto causa su rabia y su despecho.

Perdonadme, amigos, esta digresion dirigida contra el indigno instrumento de prevaricacion que los republicanos publican y pregonan todos los dias por las calles de Roma, á fin de pervertir y corromper á la plebe; pero uno á veces no es dueño de sí, viendo la profunda maldad de *D. Pirlone*.

Mientras tanto, os remito para D. Bártolo un pequeño escrito acerca del Cardenal Mezzofanti, que ha fallecido, como ya habreis visto en los periódicos, en el mes de Marzo, cuyo escrito ha redactado para los amigos nuestro D. Cosme de la Propaganda. Todos nos hemos indignado contra esa villana república, que envió á enterrar á un personaje tan distinguido como si fuera un pordiosero. Fuimos á ver á D. Cosme, que por muchos años tuvo trato familiar con dicho Cardenal, y le pedimos que nos refiriese el sin número de idiomas que aquel hablaba con soltura y escribia con una propiedad y elegancia maravillosas. Nos hizo de él un bosquejo, pero tan exacto, que á primera vista direis:—Es el mismo.—Dios os guarde.

—Lástima, exclamó el modenés, que esta noche sea tan tarde, pues espero con ánsia ver el retrato que nos envia ese D. Cosme; pues en efecto, el Cardenal Mezzofanti fué un prodigio del siglo, y

nadie pudo saber con exactitud el número de idiomas que le eran familiares.

—Espero que quedareis satisfecho, dijo Bártolo; y habiéndose levantado, cada cual se fué á su estancia á tomar descanso.

IV.

Miéntras que Elisa estaba ocupada en sus femeniles labores, dijo Bártolo á Mimo: «Ahora bien pudiéramos pasar un rato de alegre conversacion con los amigos tratando de las santas empresas que cada dia lleva á cabo la República romana, y en que se esplaya el buen humor de tus corresponsales.

—Precisamente, contestó Mimo, ayer tarde recogí algunos rasgos de los más divertidos, los cuales os harán conocer cuánta generosidad tiene la República, y como se dispone para el santo jubileo de 1850.

—¡De veras! exclamó D. Baltasar, pues ha pensado muy bien con respecto al jubileo; porque en efecto no hay otro mejor medio de lavar las manchas de tantas excomuniones como las que tiene encima y que la cubren de piés á cabeza. Pero no sé á que penitenciario querrá confesarse, y quién podrá dar á ese Padre reverendísimo la facultad de absolverla. Por poco estrecha que tenga la manga, será una gran desgracia para la pobre cristiana.

—Si es por esto, añadió Mimo, el papa Mazzini, á quien el pueblo-dios ha dado plena autoridad para desatar y para atar, dejará libres de culpa y de pena á sus penitenciarios para todo pecado que por fragilidad humana haya cometido la devota República. Será penitenciario mayor Gavazzi, quien con el clérigo Arduino, y con el otro clérigo Dell' Ongaro, redactor del *Monitor Romano*, y con el canónigo Rambaldo, se pondrá en el confesonario; llamará en su ayuda al célebre padre Giambastiani, ayudante de campo de Guerrazzi, y al canónigo Juan Chelli, penitenciario de la catedral de Grossetto, y al clérigo Barni, párroco de Santa Lucía de Mazzapagani, el cual va predicando con un celo apostólico, que el verdadero evangelio es el de De Sanctis, y que ahora no hay en el mundo otro pecado que el no odiar á los tudescos. Estos doctos teólogos se sentarán *pro tribunali* á recibir la confesion de la República en medio de la plaza del Popolo.

—Sí, dijo Lando, que estaba conteniéndose la risa; ya estoy viendo á la beata república cual anda con los ojos bajos, llena de contricion y dándose golpes en el pecho: cúbrele el gorro, y le cae por encima de los hombros un gran velo colorado y lleno de sangre; anda descalza, salvo las sandalias, que lleva sujetas con dos correitas cruzadas encima del empeine, á semejanza de las Clarisas; llava los brazos cruzados de-

lante del pecho, y al llegar al confesionario, despues de haber hecho una reverencia, dice:

—Reverendo Padre: ya hemos entrado muy adelante en el año 1849; y siendo el que sigue el del Santo Jubileo, tengo intencion de prepararme, como buena cristiana que creo ser, á fin de obtener indulgencia plenaria de culpa y de pena; por lo que me acuso y doy cuenta de mis culpas á vuestra Reverencia.

—Hija mia espiritual: eres tu tan inocente, que tu alma debe ser tan pura y bella como la de un ángel. No obstante, si la conciencia te remuerde por alguna pequeña culpa, puedes decirla.

—Acúsome, padre, de algun mal pensamiento contra el prójimo, á quien he deseado mal y le he odiado de todo corazon.

—Si se trata de los tudescos, bien puedes odiarlos, hija mia, que estos no son tu prójimo.

—Pero odio tambien á los negros, á los retrógrados, á los coletas; en una palabra, á todos aquellos que entre nosotros llamamos jesuitas.

—Esto son escrúpulos: los jesuitas no son el prójimo.

—Tambien detesto á los clérigos y á todos los frailes, de suerte que los quisiera fuera del mundo.

—Aquí, hija mia, es menester hacer una distincion: á los clérigos y frailes que siguen el nue-

vo Evangelio de Achilli y de De Sanctis, como hacemos nosotros; los que arden de amor pátrio; que se afanan por la independencia de Italia, y combaten al extranjero, á estos profésales todo amor; pero todos los demas del antiguo Credo, son unos bribones, unos pícaros y malvados, que no son el prójimo; y puedes odiarlos cordialmente.

—Acúsome padre de que digo algunas mentirillas, engañando á la plebe con promesas de la más completa felicidad; hablándole mal de los Sacerdotes y haciéndole creer que Jesucristo no es hijo de Dios, que el Evangelio lo hicieron los Papas, que los Sacramentos son invenciones del Clero para estrujar los bolsillos de los ciudadanos, que las misas en sufragio de las almas del purgatorio son la tienda y el mercado cotidiano de esos glotones, que el infierno es un espantajo y otras frioleras por este mismo estilo.

—¿Qué quieres, hija mia? Sin estas insignificantes mentiras, los pueblos italianos son tan ignorantes, tan obstinados y testarudos, que no fuera posible separarlos ni de el Papa ni de los Reyes, ni haeerlos republicanos: asi la santidad del fin justifica las veniales mentiras de que me hablas. Adelante.

—He cometido alguna leve usurpacion, de lo que humildemente me acuso. Así me he apropiado el palacio apostólico del Vaticano, el Qui-

rinal y el Lateranense, y me he hecho dueña de todo el oro y la plata que me ha venido á las manos.

—En cuanto á los palacios apostólicos, no tengas escrúpulo, hija mia; tú eres reina, y como tal te convienen los más suntuosos palacios del mundo. Los Apóstoles y los Papas antiguos habitaban en las Catacumbas; los palacios son para tu majestad, y haces muy bien en habitarlos; en cuanto á lo demás, no te dé cuidado, pues son frioleras que no valen la pena de mentarse.

—Padre mio, me he apropiado las campanas de los templos para convertirlas en cañones y tambien los cálices, copones y demás objetos de plata y oro.

—Con respecto á las campanas te absuelven todos los vecinos de las iglesias á quienes atronaban los oidos; te absuelve la patria, para cuya defensa las convertiste en cañones y morteros; en cuanto á los cálices, ¿sin duda habrás dejado uno para el divino servicio?

—En fecto, dejé todos los que hallé de laton y de cobre.

—Todavía es demasiado: ¿para qué se necesitan tantas misas? Con una en cada parroquia los dias festivos hay lo que basta.

—Padre, he destruido los coches del Papa y quemado los de los Cardenales; he quitado los

confesionarios y los he trasladado á las barricadas del Corso.

—Esto no debe afligirte, porque de aquí en adelante el pueblo, como dice tu Mazzini, no tiene necesidad de mediadores entre él y Dios, ni tampoco hay necesidad alguna de coches. Los confesionarios son tambien inútiles, puesto que dice otro que el rito de la confesion pronto será borrado del número de los Sacramentos en toda Europa; y los triunviros nos aseguran que la confesion es para los escrúpulos de las viejas: con que si has hecho de los confesionarios baluartes contra tus enemigos, entonces son para mí más sagrados que los altares. Hasta creo que esta será la última vez que te confieses; pues de hoy en adelante será siempre jubileo para los republicanos.

—Igualmente acúsome de haber dado muerte ó Pelegrin Rossi, al pié de la escalera de la Cancilleria, y de haber cometido varios homicidios, por las Marcas en la Romania y en la Comarca; de haber dado muerte á varios Sacerdotes en San Calixto y en otros lugares; puesto que soy algo irritable, y cuando alguno me aborrece algun tanto, luego le abro un ojal entre las costillas ó le corto la carótide, ó le hago algun rasguño en el vientre.

—¿Acaso te arrepientes de haber muerto á Rossi? En este supuesto te arrepentirias de tu propia vida: muerto Rossi, naciste tú, hija mia:

mors tua vita mea; así lo dice claramente *don Pirlone*.—*Dalla tomba ella culla en breve passo.*»—Vamos, que más? Tú estás tan fresca y lozana que vales por mil Rossis. A los demas muertos, yo les diré un *requiem* en sufragio de sus almas; aunque por otra parte están ya ardiendo en el infierno, puesto que fueron tus enemigos.

Al fin y al cabo, ¿quién eran ellos? clerizontes hipócritas, ó comisarios de policía, ó jueces y escribanos ó carabineros demasiado celosos: si el aguijon de esas abispas y escorpiones te era insoportable, hiciste muy bien en desembarazarte de ellos.

—Habiame nacido algun escrúpulo.

—Eres de una conciencia demasiado delicada y asustadiza; si ademas pudieses quitarte de delante á algunos otros impertinentes, no dudes que vivirias más alegre y segura.

—Padre, el dia 16 de Noviembre, habiendo ido por diversion á la caza de cuervos, disparé mi escopeta á las ventanas del Quirinal, y acaso maté á un monseñor y herí á algunos suizos. Hasta me vino el pensamiento de tirar al Papa, dado que se hubiese asomado al balcon.

—¿Y le disparaste al momento sin duda?

—No, padre mio; sino que me situé detrás del caballo de la fuente, aguardando á que saliese á la tribuna para tirarle de un modo seguro.

—¡Estas son tentaciones del demonio! ¡Capri-

chos! Basta con esto; ahora te absuelvo, y está tranquila, pues veo que no has cometido más que culpas veniales. Procura mantenerte siempre tan pura.

—Se me olvidaba, padre, acusarme de haber dicho algunas blasfemias.

—¿No lo dije que eres una vírgen inocente? Ahora que segun dicen Mazzini y Feurbacher, cada cual es dios, decir alguna vez: Cuerpo de... ¡Por la sangre de!... es como si se dijera: ¡Cuerpo de mí! ¡Por la sangre mia!... Por consiguiente, las blasfemias están borradas de los diez mandamientos.

—Padre mio, en muchos palacios de los Príncipes romanos, y en sus casas de campo, he hecho poner por escrito: Propiedad de la república. ¿Es esto tal vez un...

—Ya dije que puedes disponer de todo: el derecho de propiedad es una invencion de los Clérigos.

—Así, pues, ¿puedo apoderarme de todas las riquezas de los ciudadanos, de sus alhajas de plata, de sus caballos, de sus géneros y de su dinero?

—¿Esto que duda tiene? Todo es tuyo, tenlo bien presente.

—Así pues puedo estar segura de recibir la indulgencia plenaria del jubileo. ¿Qué penitencia me imponeis?

—Harás cantar un *Te Deum* en San Juan de Letran.

Padre, no tienen siquiera una capa pluvial; pues hice descerrajar los armarios de las sacristías y los dejé del todo vacíos.

—Pues entónces hazlo cantar en la Basílica de San Pedro.

Peor que peor. Aquellos pícaros Canónigos son tan enemigos mios que no me miran siquiera: y cuando les diga:—Vendré á cantar el *Te Deum*, se irán del coro, y me dejarán plantada y sola, como ya lo han hecho otras veces.

—¡Pues nos veremos! Entretanto imponles una multa de algunos centenares de escudos á cada uno; y si no bastase apodérate de la renta de sus prebendas. ¡Indignos negros! Con que, hija mia, vete, y haz preparar las iglesias de Roma, y los hospitales para los peregrinos: ¡ya verás cuánta gente acudirá á recibir la bendicion del Papa Mazzini!»

Bártolo y los demas amigos, tanto rieron que les dolian los costados al oir las diabluras que decia Lando; Elisa tuvo que dejar muchas veces la labor de las manos, y al ver que su primo habia terminado, dijo: ¡ah picarilla! ¿Escrúpulos de monja? ¡Pobre inocente!

—¡Oh, no hables mal de ella, dijo Lando. Tú eres un pecadora endurecida, y no puedes formarte una idea de ciertas delicadezas de conciencia. Mazzini en su redencion de Italia, pro-

pone un Evangelio más cómodo que el de tus monjas; y segun él no hay ya pecados; por lo mismo llama á su república *santa* y del todo *divina*. De esto tenemos una prueba en los edictos de Pedro Sterbini para prepararse al jubileo.

D. Baltasar dijo con aire irónico:—«Pero señor Lando intentais probar lo imposible. Sterbini ha dado ya el jubileo á los romanos identificando al pueblo con Dios. El jubileo de los Papas se funda enteramente en los méritos del Redentor y de su Iglesia, al paso que ahora, como dice Sterbini, el pueblo ata y desata en virtud de la misma omnipotencia.

—No entiendo lo que estais diciendo, dijo Bártolo.

—Pues es más claro que la luz del sol, repuso D. Baltasar. ¿No os acordais de la famosa salida del 12 de Febrero? pues hela ahí: «Sterbini presenta en nombre de la comision ejecutiva los siguientes decretos:

I. Las leyes serán establecidas en nombre de Dios y del pueblo.

II. Todos los funcionarios públicos, de cualquier ramo que fueren, quedan libres del juramento prestado al Gobierno abolido. (*Palas* 13 de Febrero.)

Asi ya sabemos lo que significa *Dios* y *pueblo* en el panteismo de Mazzini; es un oropel que encubre la miseria del *pueblo-Dios*. Mazzini y los mazzinianos, unos esplican y glosan en cien

lugares su significado; y luego Armellini lo predica en el balcon del Capitolio en su famoso discurso inaugural, diciendo al pueblo: «Tú eres nuestro soberano y nuestro Dios.»

—Con respecto á absolver del juramento, los demagogos dirigieron hace muchos años imprecaciones y maldiciones á los Papas, porque, como fundadores del imperio, absolvieron algunas veces, aunque muy raras, á los pueblos con respecto á algunos emperadores rebeldes á la Iglesia; y tenemos ahí que Sterbini y los republicanos de Roma, absuelven tranquilamente á los súbditos del juramento hecho al Vicario de Jesucristo, su señor legítimo. Y luego se atreverán á llamar perjuro y falto de fé al Rey de Nápoles, si despues de haber vencido el 15 de Mayo á los traidores que fueron los primeros en violar la fé jurada en la Constitucion del 12 de Enero, da por último un puntapie á todas las Constituciones de nuestros dias.

—¡Oh! repuso Lando: no porque Sterbini deifique al pueblo y absuelva locamente á los pueblos de los más sagrados juramentos, no por esto es ménos digno de devocion el santo jubileo de 1850; ó sino oid lo que mi amigo Aldrovando me escribe desde Roma, diciéndome que Sterbini, para cumplir bien con su destino de ministro de Obras públicas envió una circular á todos los Párrocos, Abades y priores de todas las iglesias

de Roma, en la cual se espresaba en estos términos.

Que estando muy cerca el año santo, deseaba extraordinariamente que se presentase con toda majestad el culto divino, la gloria de la Religion, el decoro de los templos y altares, el ornato y esplendor de las alhajas, la limpieza de las iglesias, y la gravedad y propiedad de las basílicas soberanas del mundo. Que tuviesen presente que Roma, siendo como es el centro de la Religion Católica, fué santificada por los Príncipes de los Apóstoles, regada con la sangre de millares de mártires; admirable por los monumentos que atestiguan su antiguo poderío, y más aun por sus nobles santuarios, por sus magníficos y prodigiosos templos, por sus catacumbas, por los augustos recuerdos de sus tradiciones, que hacen de cada piedra un monumento histórico, que vuelven santa toda yerba, venerable el ambiente que se respira y glorioso el cielo que la cubre. Que no olvidasen que para el Jubileo vendrian á Roma los devotos peregrinos de las más remotas regiones; y por lo mismo que pusiesen la mayor atencion y esmero en restaurar cuanto lo necesitase en las iglesias y que exigia la solemnidad de las circunstancias: para que nada vean sus ojos que no sea digno de la metrópoli del mundo cristiano.

—¡Cáspita! exclamó el modenés; ese hombre es un San Leon Magno, un San Gregorio; ¡ya no

es posible hablar de un modo más sublime y sacrosanto!

—¡Poco á poco, que en todas esas sublimidades y santurronerías hay gato encerrado! Habeis de saber que en esta santificacion de los republicanos se encierra toda su astucia para tener contenta á la plebe, dándole *panem et circenses*. Pero en Roma hay ademas otro pueblo siempre pobre y que nada es capaz de contentar su ambicion; y este pueblo consta de la infinita turba de los pintores, escultores estucadores, estatuarios, marmolistas, plásticos, doradores, coloristas, vaciadores de bronce, etc , etc., que forman una caterva *magna et amara valde*.

Todos estos, pues, que hicieron sus estudios en la Academia, se creen y reputan á sí mismos por unos Rafaeles, Miguel Angelos, Cellinis y Cánovas: les gusta vestir á la moda, comer manjares delicados; tener grandes habitaciones y darse buena vida, como corresponde á unos hombres de talento y de génio. Cuando Roma se hallaba en paz, en los tiempos del Pontífice Gregorio, los señores de Ultramontes y de Ultramar venian á pasar el invierno en el templado clima de Roma, y todos los mencionados sacerdotes de Minerva y de Apolo ganaban mucho dinero con poco trabajo; pues los que tenian abierta posada para los forasteros daban contínuo trabajo á los pintores de habitaciones, remendadores de muebles, ebanistas, barnizadores, tapiceros y á to-

da clase de artistas: algunos vendian cuadros antiguos, otros eran enviados por un ínfimo precio á copiarlos en los museos y en las galerías de los príncipes romanos; otros vendian las perspectivas de los antiguos edificios, como el Coliseo, el Panteon, los templos del Sol, de la Concordia y de Júpiter Stator.

Muchos retrataban en el lienzo familias enteras, esculpian bustos, modelaban figuras de Apolo, de Minerva, de Antinóo y de Laocoonte. Hasta los habia que contrahacian los antiguos bronces, camafeos y otras baratijas de perlas y de marfil, de oro y de plata; que imitaban los vasos etruscos y campanios, las monedas consulares y otras antiguallas. Todos estos encontraban ricos aficionados á las artes griegas y romanas que les compraban sus géneros como legítimos y genuinos; los pagaban á precios exhorbitantes, y se los llevaban al Támesis, al Vístula y al Neva, con un respeto y consideracion como si hubiesen estado en las manos ó en los armarios de Augusto ó de Mecenas: cuando habian sido fabricados en la plaza de España y en la calle de Condotti no hacia cuatro dias.

—¡Oh! ¡esto si que es mucho! exclamó el modenés, ¡no saber distinguir los objetos antiguos de los contrahechos! Los verdaderos tienen granitos, escamas, son oxidados ó gastados ó presentan otras señales que es menester ser ciego para no discernirlos!

—¿Diego decís! respondió Bártolo! ¿No sabeis que en el dia está tan adelantado el arte de las falsificaciones, que caerian en el engaño los mismos Tucio, Vescovali y Bassegi, que no obstante son muy linces?

—Decia pues, continuó Lando, que así como los antiguos artistas ganaban mucho dinero con la concurrencia de forasteros, los artistas de nuestros tiempos republicanos se estaban muriendo de hambre, pues no hay señores forasteros, y ni los naturales están de humor para tales bagatelas. ¿Qué ha hecho pues Sterbini para llamarlos á su partido? Ha encontrado la devocion del Jubileo, y le ha venido de perlas para su objeto; de modo que poniéndose un sobrepelliz y la estola, ensartó aquella elocuentisima *Invitacion sagrada* á los superiores de las Iglesias para que inmediatamente hiciesen embellecer y adornar con magnificencia desde los altares hasta el órgano y desde el pavimento hasta las bóvedas; por cuyo medio cree que se dará trabajo á los artistas.

Los Curas párrocos, los guardianes, los priores y los abades al principio creyeron que era un decreto del Cardenal Vicario; pero luego que leyeron:—Nos *Pedro Sterbini*, ministro de Obras públicas,—se miraron unos á otros, encogieron los hombros, y no se movieron. Pero el reverendísimo ministro despues de haber dejado pasar algunos dias, viendo que se hacian el sueco,

les volvió á llamar dirigiendoles ciertas invectivas que no eran muy propias del estilo sacerdotal; así empezó diciendo:—que nunca se habia visto semejante incuria en el clero en cuanto á embellecer los templos de Roma. ¿Será necesario que seamos la burla de los forasteros que vendrán á millares de millares á alcanzar las sagradas indulgencias? Avergüéncense los superiores de su punible desidia.—Pero Sterbini, que toma tan á pechos la gloria de Dios y de la santa madre la Iglesia pondrá un remedio á semejante escándalo; y si sus reverencias no quieren hacerlo de buena voluntad, lo habrán de hacer á la fuerza.—Así dijo y añadió aun otras gracias por el mismo estilo.

Pero hé aquí que al dia siguiente paróse un coche delante de una iglesia: era el mismo Sterbini en persona con sus satélites, que entró en la sacristía. El sacristan se quita el capucho, hace una profunda cortesía con las manos debajo del escapulario, y se mantiene así inclinado sin chistar.—¿Es Vd. el sacristan?—Sí señor.

—¡Qué frailes tan súcios! ¿Es este el modo de tener arregladas las sacristías de Roma? Hé aquí blandones, polvo..... ¿Qué es esto? ¿Qué hacen ahí todas esas gotas de cera? ¿y esa suciedad debajo del lavatorio? ¿y esos misales puercos y grasientos?.....

—Hé ahí esos cirios echados de cualquier modo encima de la mesa, y ese candelero que

claudica de un pié..... Ahí veo hermosos cálices cubiertos con velos desgarrados.—Hola, señor Gerardo; vos que sois cincelador, me parece esta obra de excelente artista, y especialmente el pié es una maravilla.

—Dice muy bien S. E., es de un trabajo muy delicado.

—¿No es una lástima que tales preciosidades se hallen en tan indignas manos? son perlas echadas á los marranos.—Diga, hermano, ¿en dónde está el guardian?—S. E. querrá decir tal vez el Padre Prior.

—Quiero decir el archipámpano del convento; id á llamarle.

—¡Padre Prior! ¡oh! Padre Prior, sírvase Vd. bajar, que aquí le espera S. E.

El Padre Prior medio aturdido bajaba la escalera, pensando cuál seria la excelencia que deseaba verle; pero en vano iba dando vueltas á su imaginacion y revolvia mil pensamientos, pues le fué imposible dar en el hito de la verdad; hasta que llegó á la puerta de la sacristía y vió aquella gran barba, aquellos anteojos y la banda tricolor, lo que le dió á conocer que se hallaba á la presencia de Sterbini.—Hallábase este en medio de la sacristía, con el sombrero puesto, las manos en los bolsillos de los pantalones, las piernas separadas y las miradas altaneras de un modo provocativo. El buen Padre hizo una profunda inclinacion, miéntras que Sterbini sacó

del bolsillo su mano derecha, y alargándola y sacudiendo el brazo bruscamente, dijo:

—¿Es Vd. el prior?

—¿En qué puedo servir á S. E.?

—¿Es así como se obedecen mis órdenes? ?Así respetan los frailes las leyes de la República? ¡Muy bien! vosotros los religiosos, que debiérais dar ejemplo á los cristianos, sois siempre los más contumaces; pero ¡vive Dios! que ya pasó el carnaval de los frailes! Vamos, acompañadnos á la iglesia, que es una vergüenza verla en tal desconcierto: bien que vosotros los frailes, como podais llenaros la barriga, maldito el cuidado que os dá el decoro de los templos y de los altares.

—El Padre Prior queda asombrado al oir tal reprimenda; pero baja los ojos, y se dirige á la iglesia, encomendándose de todo corazon á la Vírgen para que le libre de todo mal.

—Hola, caballero Antonio, dijo Stervini á uno de sus acompañantes, dad una ojeada á los mármoles, columnas, pilares y gradas de los altares; porque aquí todo está que no puede estar peor.

—S. E. me disimulará, dijo sencillamente el Prior; pero no hace aun diez años, que en vida del reverendísimo Padre Abad Bonifacio, se restauró enteramente el coro, y se estucaron de nuevo los mármoles, como V. E. puede muy bien observarlo.

—Antonio, déjale decir y atiende ahí: el capitel de esa columna está desmoronado; y debajo de aquel frontis los dentellones están gastados, hazlos recomponer.

—Pero, dijo el Prior, con perdon de su excelencia, yo no sé ver tales gastamientos ni tales desmoronamientos; á más, ¿sabe vuecencia que enorme coste tendria el levantar un arco?...

—¡Qué entiende el fraile de bellas artes!..... Mira, Antonio, conviene retocar todos esos *triglifos*, hacer más agudas aquellas *metopas*, y alisar y dar lustre á aquellas dos columnas de pórfido. ¡Pobres mármoles! un tiempo adornásteis la curia, el foro y las Termas de la grandeza romana; y ahora os cansais sosteniendo estas barbaridades frailescas!

—Perdone su excelencia, pero sostienen los altares del Dios vivo, y parece que no puede dárseles más glorioso destino.

—¡Dios y más Dios! vuestro Dios *venter est*. Vamos, Antonio, haz de nuevo aquellas hojas de los capiteles y de todos los demas adornos.

—¿Y cuánto ha de costar todo esto? dijo tartamudeando el Prior.

—Cuando esté hecho, ya se os presentará la cuenta.

—Mire su excelencia que la Iglesia no tiene rentas desde que nos las robó la república del año 96.

—Y la del 49: ya puedes añadir esto tambien. Adios.

—Pero observe su excelencia que.....

—Vosotros, señores artistas, llevareis aquí la cuenta á este reverendo.—Y dicho esto, sálese Sterbini del templo, vuelve á subir al coche, y se dirige á otra iglesia, y luego á otra, y en todas representó la misma comedia: siempre para tener contentos á los artistas; diciendo que la república es una generosa madre de las bellas artes.

—Pero la república no las paga, decian los Abades, los Sacerdotes y los Priores, sino que nos las hace pagar á nosotros.—Pagad, y dadle las gracias de que no os quita los cuadros, y no os seculariza á todos; pues necesitamos soldados y no frailes.

Ahí tienes, querido Lando, á dónde van á parar las devociones de Sterbini para el santo Jubileo; á esprimir el dinero de las iglesias para gratificar á la infinita turba de malos artistas: y creed que hacia pagarles las cuentas pronto y corrientes, sin que hubiese lugar á reclamaciones, y nadie podia recurrir á la justicia, puesto que inmediatamente acudian con la ejecucion y el pago de costas.

No lo creereis, amigos, pero sin embargo, tanto como el señor ministro de Obras públicas se mostraba celoso por la honra de Dios y del Santo Jubileo, su señora esposa, doña Carolina, mos-

trábase solícita y cuidadosa de la honra y lustre de los palacios apostólicos. ¿Cómo es posible? direis tal vez, ¿tambien del Vaticano?—¡Pues no! Tambien del Vaticano; y no hay que reirse. El Cardenal prefecto de los palacios apostólicos era un niño de teta en comparacion de madama Carolina: y da mucho gusto verla cómo se pasea como una reina por las galerias del Museo, cómo va conversando con sus amigas por las salas de las *tapicerías*, por el corredor de la *Minerva*, el panteon de la *Taza*, y la tribuna del *Belvedere*. Allí está hablando de Fidias, de Praxíteles de Microne, de Eufranore y de Lisipo; y conversa acerca de las bellezas del *Apolo*, del *Méleagro*, del *Antinóo*, y sobre el dolor y desesperacion del *Laoconte*, de modo que creeríais oir á una Aspasia, á una Linda Cleobolina, ó á una Hiparca.

Un dia, entre otros, se estaba paseando doña Carolina por los jardines debajo del *Belvedere*, y llegó á la maravillosa fuente, que representa el mar sosteniendo un magnífico navío de guerra armado de artillería, con tres órdenes de cañones.

Este enorme buque tiene la quilla unida al fondo de la pila, y recibe por medio de conductos subterráneos las aguas corrientes: estas, abriendo ciertas llaves, pasan por otros conductos interiores del buque hasta los mástiles y el aparejo, saliendo de muchos puntos surtidores,

que forman hermosísimos chorros, cascadas, lluvias, etc. Otros conductos salen á las cámaras donde están los cañones, y arrojan por estos grandes chorros de agua; en términos que todo el navío envuelto en vistosos juegos de agua, parece estar en lo mas recio del combate de Trafalgar.

Queriendo pues doña Carolina gozar de la vista de aquellos magníficos surtidores, mandó al que cuidaba de las fuentes que abriese las llaves; pero el buen hombre, quitándose el sombrero, contestó humildemente que los conductos estaban rajados y no podian dar paso á las aguas, las cuales se escapaban al través de las aberturas de los mismos.

—¡Véase lo que son estos papas! ¡véase como conservan estas preciosidades! Pero diré á mi Perico que lo mande recomponer.

Otro dia paseábase agradablemente por el jardin que Gregorio XVI hizo construir en forma de anfiteatro encima del último baluarte del Vaticano, y volviéndose doña Carolina al jardinero, le dijo:—Quisiera que me hicieseis cuatro hermosos ramilletes, compuestos de flores raras y esquisitas, para ofrecerlos á estas cuatro amigas; que no falten peonías, camelias y jacintos orientales dobles; que los haya carmesies, colorados, azules, de color violado y de blanco de nieve. Pónganse tambien rosas adamascadas, rosas elegantinas, palinuros, y la encarnada flómide que

tiene una flor tan rara. Luego añádanse....

—Por favor, dijo el jardinero interrumpiéndola; S. E. se va á los jardines del paraiso terrenal: el jardin del Vaticano está bien provisto de flores; pero no hay en él todas esas rarezas. Ya sabemos que los Papas gustan más del fruto que de las flores.

—Es una vergüenza que no haya un perfecto jardin en el Vaticano; pero ya se lo explicaré á mi Perico, y mandará poner estufas é invernáculos para conservar flores preciosas, tales que nunca se vieron iguales en los jardines de la misma Reina Victoria en Windsor.

¿Te hacen reir, Lando, esas chanzas? No obstante, se referian públicamente en Roma pocos dias ántes que un diputado acusase en plena Asamblea de defraudador al devoto ministro de obras públicas.

—¡Es posible! esclamarás, ¡defraudador, tan insigne Mecenas de las bellas artes!—¿Pero qué quieres? estas son ceremonias de la república. Antes fué tan ruda y apremiante la acusacion, que Sterbini no supo defenderse ni alegar su inocencia; pues el tribuno ademas le acusó de pérfidas influencias en las masas para hacerlas servir á sus personales intereses, añadiendo que no hay cosa, por sagrada que sea, que no sacrifique Sterbini á su propia ambicion.

—¿Qué tal, amigo Lando? ¿No te parece estar oyendo al terrible tribuno Aulo Virginio acusan-

do á Ceson, hijo de L. Quincio Cincinnato, á quien tanto estrecha y apura, que le hace saltar á un destierro? Pero los antiguos romanos no tenian la *Palas* que los defendiese de las iras de los tribunos, como la tuvo Sterbini. Oye cómo se explica la *Palas*: «El manchar casi todas las reputaciones es un vicio que no puede ya tolerarse: el tribuno acusa al ministro; pero la conciencia me obliga á tomar su defensa.» Luego la *Palas* declara bajo su conciencia que hace veinte años que le conoce, y siempre le halló el mismo: cuenta su valor civil en llevar á remolque á los Cardenales; y que desde su vuelta del destierro, su vida se halla registrada en las columnas del animoso *Contemporáneo*.

Despues exclama:—«¿Es un ambicioso? díganme quién lo es ménos que él, ó quién lo es más dignamente.»—¿No te parece oir á Tucídides ó á Plutarco hablando de Temístocles ó de Epaminondas? Así continúa:—«Es muy cierto que Sterbini se lanza contra algunos de los actuales representantes del pueblo, que ántes merecerian estar sentados (con los oidos tapados, Lando....) estar sentados en los bancos de una galera manejando el remo, que en la tribuna. Si no basta Sterbini á hacer doblar la cerviz á esa escoria de hombres, hablaremos tambien nosotros.»

Nótese que estas palabras indecentes, que son impropias hasta de los hombres peor educados, las pronunciaba la *Palas*, y llamaba á sus di-

putados *mozos de galera* el dia 9 de Febrero, dia funesto, en que esos *hombres de galera, esa escoria* anunciaron con toda solemnidad el nacimiento de la república romana. ¡A lo ménos lo hubiese dicho un mes despues! Pero no; el mismo dia 9, en que «la Asamblea romana entonó el glorioso nombre de república, cuyo nombre contiene en sí toda virtud, honor y gloria.» Es verdad qne la república fué publicada muy de mañana, y que la *Palas* suele salir al anochecer: con todo, parece imposible que en tan pocas horas «los legítimos representantes del pueblo romano,» como dice la *Palas*, «se convirtiesen en mozos de galera y en escoria de hombres. Si en tan pocas horas tan malos los hizo la república, ¿qué será cuando haya pasado mucho tiempo?

Esto son fantasmas, amigo Lando; pues la *Palas*, con un *Te-Deum*, los ha convertido en hombres virtuosos y honrados, y da de ello aviso á los ciudadanos de Roma diciendo:—«Mañana 12 de Febrero, á las once de la mañana, se cantará un *Te-Deum* en la gran basílica de San Pedro. Concurrirán la Asamblea constituyente romana (¡véase si es devota!), los representantes del Gobierno, todas las autoridades, etc., etc. la religion consagra la nueva era italiana. ¡Viva la república romana!» Un *Te-Deum* todo lo arregla. Bastante he escrito por hoy: asi, adios.

VII.

El balcon que desde la estancia de Bártolo daba á la parte del lago, estaba rodeado de una baranda, en la que Elisa tenia y cultivaba algunas macetas de flores delicadas, y como habia vuelto ya el verano, habia en dicho balcon para evitar los rayos del sol una vistosa cortina ó toldo de fajas blancas y azules, con sus orlas pendientes, que agitaba el airecillo del lago. Aquí nuestros amigos, unos sentados en sillas otros arrimados á la baranda, se recreaban conversando y fumando agradablemente; cuando el modenés, volviéndose á Mimo, le dijo:

—Paréceme que vuestro amigo Aldrovando es en sus cartas sobradamente satírico, y que entre lo agrio y lo picante se burla demasiado de todos los actos de los republicanos: siempre procura cogerlos por el lado ridículo, y tanto se chancea, y tales chistes suelta, que es fuerza reir á no poder más.

Mimo, sacudiendo la ceniza del cigarro, contestó:

—Amigo, lo que decis es mucha verdad, pero cuando Aldrovando se chancea refiriéndonos las proezas de los republicanos tales como son, nos mueve á risa sin hacer para ello el menor esfuerzo, y casi sin que él mismo lo advierta.

—Bien estais diciendo, Mimo: Aldrovando es siempre chistoso; y lo mismo es oirle cuando habla, que reir sin poder evitarlo.

Pero en nuestro caso la ridiculéz que sirve de asunto á Aldrovando, ántes nace de los mismos hechos que de las palabras; y cien veces oí repetir, cuando estudiaba lógica en el colegio romano, que lo ridículo nace siempre de lo absurdo. No hay duda que el poner en el inícuo apuro en que puso nuestro ministro de obras públicas á las iglesias de Roma, obligándolas, so pretexto del jubileo, á hacer exhorbitantes dispendios, sin autoridad y de parte de los tiranos, fué un acto de temeridad, de crueldad y de perfidia, cosa que muy lejos de mover á risa, causa tristeza y mueve á indignacion. Así el hombre juicioso exclama: «¡Pobre Iglesia de Dios, cómo te tratan los impios!» Pero al ver á estos mismos impios que cruzan las manos, bajan la vista é inclinan la cabeza poniendo la cara devota y compungida y haciéndose los santurrones para pescar á la gente sencilla é inexperta con tamañas hipocresías, es este un absurdo tan colosal y tal contradiccion de términos, que no puede ménos de hacer reventar y destornillar de risa á cualquiera. Así Ster-

bini convertido en padre espiritual de los Párrocos, de los Priores y de los Abades, se mete á hacer las veces del Cardenal Vicario de Roma; Sterbini, cuya *sollicitudo omnium eclæsiarum* oprime el corazon y lo inflama con sublimes deseos, y excita en él un amor infinito, ¿no es una ridiculéz capáz de hacer reir mil años?

—De este modo, dijo Bártolo, obra continuamente en Roma la astucia republicana. Nació de la mentira y de la perfidia, y como tal ha continuado siempre alimentándose con la mentira y la perfidia. Desde que se halló en mantillas que se puso esa pérfida máscara; y ha agitado siempre con vanas palabras á la plebe; de manera que aun tengo presente en la memoria los fragmentos de sagrada elocuencia, de ascética y de mística de sus notificaciones, circulares y decretos, cuyo espíritu se deja muy atrás al de Segneri, y de Santa Teresa.

Ahora, en cuanto á los hechos, es otra cosa, desde cien leguas se descubre quién es: no obstante, cuando se la sorprende en el hurto, sabe fingir tan bien, y jurar y afirmar con tales visos de verdad, que los incautos y los tontos la creen, y la defienden, diciendo que la han calumniado, que es inocente, y añaden que los envidiosos la quieren mal, y que porque la aborrecen hablan mal de ella.

—No obstante, siempre será lo mismo, observó D. Baltasar, y la República nunca saldrá de

su carril; siempre hará creer al pueblo romano que es más cristiana que el Papa, y que Roma es hoy más gloriosa que nunca. Así no quiero pasar por alto lo que nos dijo la *Palas* el 9 de Abril, y leí yo en Vevey; á saber: «No hay duda; la Roma republicana en nada cede á la Roma de los Papas; ántes, muy al contrario, adquiere un esplendor y un lustre que no hay gloria que pueda serle comparada.» Salvo el lustre de la moneda, pues no resplandece ya en Roma ni una gregorina, ni un escudo, y ni siquiera un julieto; pues todo es papel que ni luce ni suena.

—¡Oh! repuso Mimo: estas palabras altisonantes las dijo la *Palas* con ocasion de las fiestas de Pascua, que fué el dia 8, y Aldrovando nos las describió.

—Lo mismo sucederá con la Pascua que con el jubileo, dijo el modenes;—á lo que contestó Mimo:

—Exactamente lo mismo: los tres dómines llenos de celestial fervor (acaso por causa de la Comunion pascual que habian recibido devotamente el dia anterior), pusiéronse en la cabeza demostrar á los romanos la suma piedad de que están poseidos con respecto á la Pasion de Nuestro Divino Redentor, y á la gloria de la cruz. Ya sabreis que en tiempos pasados era costumbre en la noche del Viérnes Santo, representar el triunfo de la Santa Cruz en el Vaticano, co-

locando pendiente en el aire, debajo la grandiosa cúpula de aquella soberana basílica, una gran cruz luminosa, que desde lo alto del templo irradiaba un torrente de luz.

Pero, como la tibieza de los cristianos acostumbraba convertir en objeto de diversion aquel augusto misterio, y concurrian á la iglesia de San Pedro como si fuera un mercado, donde se galanteaba, se charlaba, y se convertia el templo en un lugar de paseo, el Pontifice Leon XII la habia prohibido hasta en el año santo. Asi pues, ¿qué hicieron los triunviros para parecer más cuidadosos del honor de la Santa Cruz de lo que lo fueron los mismos papas? Mandaron iluminar nuevamente la Santa Cruz en San Pedro.

Escribe Aldrovando que él estuvo presente cuando aquellos fueron de tropél á San Pedro y se presentaron al prelado intimándole que hiciese iluminar la cruz. El prelado contestó:—Señores, esto me lo tiene prohibido el Papa.

—¡Qué Papa!.... los romanos, que respetan á Jesucristo mas que los Papas, quieren venerar el glorioso madero de nuestra redencion. Con que salga la cruz, y designad los hombres que han de colocarla é iluminarla.—Por mas que se desgañitaron, el prelado no se movió un punto. Entonces, rabiosos como áspides, gritaron:—Pues lo haremos nosotros. Vengan acá las llaves. —Luego que las tuvieron, subieron á los alma-

cenes en busca de la cruz; la bajaron á San Pedro, y descolgando desde las altísimas bóvedas unas cuerdas, la ataron por el anillo; pusieron en torno de ella las palmatorias y las luces, y se arreglaron de modo que subieron la cruz á una mediana altura. Iban y venian por la iglesia de San Pedro, la mayor parte con el uniforme de la guardia cívica, sin descubrirse la cabeza, sin inclinarse delante del Santísimo Sacramento, blasfemando peor que los judíos en el Calvario, y amenazando á los empleados con el arreglo de la basílica porque no querian ayudarles; echando imprecaciones contra los canónigos y maldiciendo al Papa; gritando á cada instante y echando pestes contra San Pedro; de manera que daba gusto verles con sus caras de esbirros, sus ojos torvos, sus cejas contraidas y arrugadas frentes, con sus bigotes y barbas desgreñadas, y con todo su cuerpo que daba horror y miedo.

¡Ya podeis figuraros qué Viernes Santo! Aún no habia trascurrido un mes desde que la cruz resplandecia en el Vaticano, que desaparecieron de la basílica un sinnúmero de alhajas y objetos estimados, de oro, plata, perlas y piedras preciosas, y se echaron á perder todos los muebles. Hé ahí el amor y la reverencia que tienen esos señores á la cruz de nuestra redencion. En la noche del Viérnes Santo resplandecia en el aire iluminando á aquellos hipócritas que estaban delante de ella con soberbia arrogancia, como

insultando á Jesucristo; pues ningun romano fiel se atrevió á mezclarse en medio de tantos sacrilegios; y si alguno entró, fué para llorar y unirse á los ángeles del cielo, que bajaron sin duda á adorarla.

—Ved, dijo el modenés, cómo con los hechos suyos se desmentian á sí mismos los republicanos.

—En efecto, prosiguió D. Baltasar; pero entre tanto imprimiase en Roma y se ponderaba en los cafés, en los círculos y en las calles, exclamando:—¡Oh qué magnífica fiesta! ¡qué devota! ¡qué piadosa! ¡cómo aplaudió Roma entera al ver tan gran triunfo de la pasion del Señor! ¿Cuándo vieron los soberbios Papas al pueblo cristiano tan reverente como se presentó aquella noche en el Vaticano? ¡La república obra con verdad; al paso que los Papas lo hacian sólo para engañar hipócritamente á la gente sencilla y á los tontos!

—Pero, continuó Mimo, aquellos republicanos sólo trataban de burlarse del pueblo; así publicaron el presente anuncio, diciendo:—«Que por la solemnidad de la Pascua (habiendo el cruel Pastor dejado abandonada la grey), en tanto que el Papa bendecirá en Gaeta al Rey Bomba con todos los satélites de la tirania, Roma será bendecida inmediatamente por Dios en el Santísimo Sacramento. Años pasados desde la tribuna del Vaticano los siervos bendecian al pueblo romano:

pero el domingo lo bendecirá el mismo amo y señor en persona.

—¡Pícaros! exclamó el modenés.

Mimo dijo:—Aguardad un poco; sabed que los Canónigos de San Pedro, despues de haber cantado el oficio muy de madrugada para no ser cogido, de aquellos marranos, se marcharon con los Capellanes, dejando desierta la sacristía.

—¡Oh! ¿Pues quién celebró en San Pedro?

—O Anás ó Caifás; es decir un Sacerdote renegado que para poder tener oficio se trajeron los triunviros; en cuanto á los Canónigos, bien se guardó de presentarse ninguno; por cuyo motivo no conoció límites la rabia de los republicanos. Sin embargo de todo esto, la *Palas* al dia siguiente se nos descolgó con la siguiente relacion:

«Al dar una nueva descripcion de la majestuosa y magnífica funcion de ayer, estamos seguros de que nuestras palabras estarán muy distantes de corresponder á la grandiosidad del asunto. En medio de una multitud inmensa y escogida, celebróse en la basílica Vaticana el solemne acto... Al concluirse el divino oficio, el Sacerdote celebrante, en medio de un esplendidísimo acompañamiento. (De duques, Reyes y de Emperadores, esto ya se sabe), dirigióse á la gran tribuna para dar la bendicion al pueblo reunido.

Caminaba debajo de un grandioso tálamo, cu-

yas varas llevaban varios oficiales de estado mayor de todas armas, rodeados (de Canónigos no hay que hablar) de otros oficiales que llevaban hachas de cera. A los lados, iban desplegadas gloriosamente las banderas italianas. Los triunviros (el Papa Mazzini iba en medio), los representantes del pueblo, los ministros y todos los oficiales de estado mayor seguian al Sacerdote con solemne recogimiento. La tribuna se hallaba adornada con los colores nacionales. Dada la bendicion con el venerable, retumbaron por los aires las salvas de artillería del castillo..... y la Guardia nacional, levantando los gorros en las puntas de la bayonetas, gritaba: Viva (¿Jesucristo?) el nuevo general Sturbinetti.

—¡Villanos! dijo Bártolo; ¿asi se hace escarnio de Dios y de los santos?

—No os escandaliceis, tio, dijo Lando; ya sabeis lo que os escribe el amigo, y la historia de D. Alejandro que es la más chistosa y digna de oirse.

—¿Cuál es? preguntó el modenés.

—Que despues de las dichas majaderías que hicieron los triunviros para ofrecer á la vista del pueblo el espectáculo de su piedad y religiosidad, hubo ya preparados y dispuestos varios apóstoles que recorrieron inmediatamente las calles, y entrometiéndose en toda reunion de gente decian:—¡Oh que sublime espectáculo! ¡qué fiesta y qué solemnidad tan maravillosa! ¡Es otra cosa

que cuando habia el Papa! ¡Dios! ¡Dios mismo en el Santísimo Sacramento (y aquí se descubrian la cabeza y hacian una inclinacion de cabeza) se ha dignado presentarse en la tribuna y dar su bendicion al pueblo romano! Al fin y al cabo, ¿qué viene á ser el Papa? Un hombre con tiara y capa pluvial, que bendice en nombre de Dios; pero cuando el mismo Dios nos bendice con su propia mano, es cosa muy diferente. ¡Que lo niegue el Papa si puede! Él mismo se arrodilla y se postra delante de Dios omnipotente, y confiesa que es polvo, y fango, y nada.» Y la gente se quedaba con la boca abierta y decia:—Sin duda tienen razon.

Sobre esto decia un médico viejo en medio de un corrillo: «Siento tener que confesarlo; pero esos hombres astutos han encontrado el modo de dejar á los cristianos sin tener qué responder, porque en efecto, el argumento no tiene solucion.» Vale más la bendicion de Dios que la del Papa. He visto á muchos clérigos callar y encojerse de hombros, sin saber qué responder á semejante dialéctica.

—Habreis visto borricos y no Clérigos, exclamó el Capellan D. Alejandro, tontos que no saben leer en el misal. ¡Vaya! ¿Tenia Roma necesidad de la teología de Mazzini, para saber que «Dios es más que el Papa?» Y vos, viejo doctor, ¿es posible que caigais en la red de semejante silogismo?

—¡Hé ahí que D. Alejandro se irrita! ¡es particular que no abre la boca, que no se enfade! Pero con perdon vuestro decidme: ¿qué responderiais vos á ello? En cuanto á mí, he hablado de este asunto en la botica y junto al lecho de mis enfermos, y todos han dicho:—«Nada puede responderse; y es fuerza convenir en que la bendicion del Santísimo es infinitamente superior á la de su Vicario.»

—Siendo así, replicó D. Alejandro, decidme: ¿quién tiene mayor dignidad, el Rey ó su representante?

—Ya lo sabemos: el Rey.

—¡Gracias á Dios! Ahora prestadme atencion. Es costumbre que en ciertas festividades del año, como el aniversario del nacimiento de un Rey ó de sus bodas, que el gobernador de la metrópoli se presenta á la vista de los ciudadanos en actitud y maneras Reales, con grande aparato, empuñando el baston de mando y con magnífico acompañamiento de caballeros, y trompetas delante, teniendo á sus lados las régias insignias y los guardas de palacio sobre las armas; y en medio de esta pompa y espléndido cortejo, anuncia al pueblo en nombre del Rey la emision de algunas gracias, indultando de la pena de muerte á algun malhechor, ó quitando algun gravámen del comun, ó disponiendo la reparticion de alguna respetable cantidad de dinero

entre los pobres: y entónces el pueblo, que llena la plaza Real, levanta las manos y aclama á S. M. gritando: *¡Viva el Rey!*

Figuraos ahora que una turba de locos se entromete en medio del gentío y lo subleva é insurrecciona, y que los más atrevidos fuerzan el palacio, y amenazan de muerte al gobernador, el cual para salvar la vida se ve obligado á esconderse y á emprender la fuga. Luego imaginaos que arrojándose á palacio, é invadiendo las reales estancias, penetran hasta la habitacion más retirada del Rey. Cogiendo luego á éste, lo llevan á la fuerza á la tribuna, donde en lugar de los artesanos lo rodean esbirros y pícaros que le obligan á dispensar sus gracias. En esta suposicion, ¿qué os parece, señor doctor? El Rey es ciertamente más noble sin comparacion, más autorizado y soberano que su representante, pero, ¿puede creerse más honrado por sus súbditos de este modo, que si hubiesen respetado sumisos en la persona del gobernador su real majestad y sus reales mandatos?

—Es claro que no.

—Pues asimismo, aunque el Papa sea infinitamente inferior á Dios, no obstante, cuando, segun el divino mandato, bendice al pueblo cristiano, hace las veces del Dios omnipotente que le ha constituido su Vicario, y quiere bendecir á la Iglesia su esposa con la mano del Papa, y no

por sí mismo. Pero los rebeldes romanos obligan al Pontífice á que busque su salvacion en la fuga, sacan por fuerza al Santísimo Sacramento de su tabernáculo, lo hacen llevar por las súcias manos de un sacerdote apóstata; y este tiene la desfachatez de elevarlo y dar la bendicion. Y luego se envanece, y la república pública en letras de molde: «Que este año los romanos fueron bendecidos por el amo y no por el siervo.»—¡Vaya que no sé como es posible que haya tontos que no sepan rebatir tan grosero sofisma!

—Perdonad, D. Alejandro; ahora lo entiendo.

—¿Sí, eh? ¡Mazzini, que no cree en Dios, debia venir á Roma á enseñarnos que Dios es más que el Papa y Mazzini más que Dios!

—¿Mazzini mas que Dios? dijo admirado el doctor.

—En efecto: Dios está satisfecho de los canónigos de San Pedro, los cuales para no tener comunicacion con los escomulgados, cantaron el oficio de *aleluya* muy de mañana; lo que Dios y la Iglesia les agradecen y por ello les aplauden y ensalzan, llamándoles sacerdotes fieles, claro ejemplo de religiosidad, y adorno y gloria del clero romano; cuando por otra parte el dios Mazzini les denuncia y les impone multas como reos convictos de irreligiosidad con respecto á Dios y de falta de respeto á la república.

—¿Cómo es eso? dijo el doctor, algo trascordado.

—Aquí tenemos el decreto que los condena; dijo D. Alejandro sacándole del bolsillo:

»En nombre de Dios y del pueblo.

El Triunvirato.

»Considerando que los Canónigos del Cabildo Vaticano han reproducido el dia de Pascua la negativa de prestarse al desempeño de las sagradas funciones dispuestas por el Gobierno;

»Considerando que semejante negativa, al paso que ofende gravemente á la dignidad de la Religion, ofende igualmente á la *majestad* de la República;

»Considerando que el Gobierno ha debido conservar *sin menoscabo* la Religion, y castigar cualesquiera ofensas hechas á la República:

Mandamos:

»Que los Canónigos del Cabildo Vaticano en pena de la criminal denegacion que han dado con respecto al desempeño de las sagradas funciones dispuestas por la República el dia de la Pascua, satisfagan la multa personal de ciento veinte escudos, etc., etc.

Los triunviros.

C. Armellini, J. Mazzini y A. Saffi.

Luego, aquí tenemos las glosas de la *Palas*, que por cierto valen mil escudos cada una.—»Aplaudimos esta providencia. Aquellos sórdidos Sacerdotes se han visto cogidos por su lado flaco. ¡Ciudadanos triunviros! Si se niegan de

hoy en adelante á ejercer sus funciones sagradas los Sacerdotes, aplicadles multas. ¿Hacen discursos contra la República? Multas. Y aun puede añadirse otro caso en que sea necesario imponerles multas; á saber, cuando se nieguen á predicar al pueblo en favor de la libertad; entonces multadles de firme.»

¡Vaya unas gracias de borricos! Véase si á estos condenados les importa un bledo que los bendiga Dios ó el Papa! Se deshacen y afanan por hacer creer á los tontos que ellos veneran á la Religion, y se les trasluce la hipocresía en sus ojos, en sus palabras y en sus acciones de un modo que causa risa. Son lo mismo que un negro africano que quiere parecer blanco enharinándose la cara; el cual cuanto más se afana, más se le va la harina y se descubre su negra tez.

D. Baltasar, despues de haber dado el cigarro á Mimo para que este encendiese el suyo, que de tanto hablar se le habia apagado, dijo:

—¿Y os figurais que creen ellos firmemente al pueblo tan tonto que dé fé á sus necedades?

—En efecto, creo que sí; pues por una parte, los pueblos se atienen á las esteriorida des y no profundizan las cosas, y por otra esos jugadores de manos tienen la falsedad en la masa de la sangre.

—En efecto, hoy mienten; aunque mañana son descubiertos, ellos vuelven á mentir.

—¿Qué importa? A ellos les basta que el pueblo se trague la bola por la mañana, pues á la tarde tienen ya preparada otra para metérsela en el gaznate: así hacen como los muchachos que presentan á los perros un troncho de col, y se lo enseñan moviéndolo de una parte á otra: los animalitos, que lo toman por un hueso, saltan y brincan y ladran, mientras que el muchacho lo arroja léjos; entónces los perros corren, y riñen y se rebullen. No obstante, todo ello no es más que un troncho. Vuelve á empezar el juego; el muchacho les enseña otro troncho; y vuelven los perros á alborotarse.

—Despues de tantos enredos, replicó Lando, los republicanos, siempre llenos de inventiva, echaron mano, segun nos escribe el amigo, de otra estratajema para traer engañado al pueblo romano presentándose como los hombres más piadosos y devotos. Ya sabeis que en *Araceli*, iglesia de frailes menores, en el Capitolio, hay un niño Jesús, que el pueblo tiene en suma veneracion á causa de los muchos beneficios de curaciones y otras gracias que concede á los merecimientos que por la fé en la misericordia divina tienen contraidos los romanos. Así es, que no hay en Roma enfermo, que agravándosele el mal, no pida el consuelo de besar al Niño Jesús y de recibir su bendicion: para esto van á pedirlo á los frailes, los cuales lo llevan en coche acompañado de hachas encendidas, y

en una hermosa tarima cubierta de seda encarnada.

Al verlo pasar, sale la gente á las tiendas y á las puertas y ventanas, y se arrodillan todos y persignan, inclinando la cabeza y teniendo por un feliz agüero su encuentro, y por benditas las calles por donde pasa. Esta piedad y devocion se halla tan arraigada en Roma, que hasta los hombres más díscolos no se atreverian á burlarse; ántes son los primeros que se inclinan y doblan la rodilla.

A la sazon de que hablamos se hallaban los republicanos dispuestos y preparados para la guerra. Los carpinteros, los constructores de carruajes y los herreros tenian mucho trabajo en construir y arreglar los carros y trenes de la artillería, con las cajas para llevar municiones, los carros cubiertos, etc.; pero como carecian de ganado para tanto tren, secuestraron de las caballerizas de los nobles y de los ciudadanos romanos todas las caballerías; de modo que causaba indignacion ver los hermosos corceceles de Hollstein y de Mekemburgo, y las soberbias razas latinas, unidos á tan macizos y pesados trenes.

Y como invadieron tambien los palacios apostólicos, y habiendo entrado en las caballerizas del Papa sacaron de ellas los caballos, Roma vió con el mayor sentimiento aquellos negros y arrogantes palafrenes que acostumbraban á tirar del

majestuoso coche del Papa, (aquellos mismos caballos que esos hipócritas desengancharon en 1846 en la fiesta de San Vicente de Paul, para tirar triunfalmente al Santo Padre), ahora señalados para la remonta de la caballería, numerados con la marca correspondiente y destinados á arrastrar los cañones, que se volvian contra su augusto dueño, las cureñas y cajas, con todo el material de guerra. Y no contentos aun con los caballos, se arrojaron á la carroza del Pontífice, rompieron la caja, y la arreglaron para uso de la guerra.

La carroza triunfal del Papa, que hizo construir Leon XII era de una magnificencia y hermosura tal que estaba enteramente cubierta de oro y de esculturas del mayor mérito, con guarniciones de bronce dorado, con acolchado bordado y almohadones de terciopelo encarnado, y cordones, franjas y borlas de oro. En todos sus lados tenia grandes y clarísimos cristales para que de todos puntos fuese visible el Pontífice al recorrer las calles de Roma en la más gloriosa festividad de la Iglesia.

Así, pues, aquellos bribones tenian intencion de echar á perder tambien ese espléndido trono ambulante, para colocar en él la caja de llevar los panes para los soldados, cuando un hombre que tenia más juicio que aquellos furiosos, á fin de salvar tan precioso monumento, exclamó:—¡Hermanos! ¿cómo es posible que queramos echar

á perder un objeto tan majestuoso? ¿No fuera mejor darlo al Niño de Araceli, que es el único digno de pasearse por Roma en un coche tan lujoso y espléndido?

—¡En efecto, muy bien pensado! ¡al Niño, al Niño! ¡Qué! ¿somos acaso turcos?..... Que vea, pues, Roma que la república es religiosa y equitativa. Este magnífico coche, que hasta ahora fué uso del criado, ocúpelo en adelante el amo. El Papa no es digno; ¡qué Papa ni Papa! ¡Viva el Niño democrático (1)!

—Arriba, patron Angelo, anda á la posta, y dí al maestro que haga venir de gala á tres postillones, que prepare los seis caballos más hermosos que tenga, y les haga trenzar las crines con cintas verdes, blancas y coloradas, que les ponga penachos y rosetones en las grupas. Arriba, valiente Ciceruacchio: para hoy á la una de la tarde.

Ciceruacchio con sus compinches llenó á toda Roma de tales noticias, diciendo que la república solemnizaba la fiesta del Niño. Que revienten de rabia y de envidia los clérigos y los frailes, pues hará ver al pueblo quien es más religioso, ella ó ellos. ¡Mueran los clérigos! ¡Viva el Niño republicano!

---

(1) No hay en esto exajeracion, por cuanto todos pudieron oirlo gritar por las calles de Roma; lo mismo decimos de los demas hechos que referimos: todos fueron públicos y notorios.

—Pronto, anda á dar aviso á los cuarteles, para que la tropa se ponga de parada y despliegue sus banderas. Corre á decir á los dragones que acompañen á la carroza: doce delante y veinte y cuatro á retaguardia.

—Tú acudé á avisar al Padre guardian, y que no olvide que queremos los dos frailes más hermosos del convento. Vosotros, bribones, gritareis por las calles:—¡Viva el Niño!—Lo que es hoy, por la sangre de..... que nadie se atreva á jurar ni blasfemar; de lo contrario, que el demonio me lleve si no hago un ejemplar. La vista baja, el sombrero en la mano, el rostro modesto, el andar grave.....

—Patron Angelo, ¿sin duda habrá despues para beber?

—Hasta no poder más, esto se entiende.

Hechos los preparativos, Roma se dirigió hácia la subida del Capitolio, y se dividió en dos alas para abrir paso á la carroza triunfal. Hé ahí que vino de la parte de Gesu el coche con seis caballos, y los postillones en trage de gala hacian chasquear el látigo con todas sus fuerzas. Entraron en él dos frailes medio avergonzados y confusos, llevando consigo el Niño. El pueblo se arrodillaba y persignaba, y bajaba la frente con reverencia, al mismo tiempo que Ciceruacchio y los suyos herian los aires con los gritos de ¡viva el Niño!

—¡Oh! decian algunos tontos, ¡qué funcion! En

verdad que jamás se vió otra tan santa. El Niño..... sí..... no lo digo por hablar..... pero nadie habia pensado en honrarlo de esta suerte.

—¡Al fin, exclamaba otro, le han sacado de aquel coche viejo que parecia una caja de muerto, con aquel cochero remendado, en su silla súcia y con los cabellos desgreñados!.... ¡Oh santo Niño, bendecidnos! ¡No puede negarse que la república piensa en todo! ¡Estos sí que son hombres! ¡Y cuánto discurren!..... Si siempre lo hiciesen así, aún podriamos estar contentos.

Mientras tanto seguia el coche su pausada marcha por las calles más populosas de Roma; y habiendo llegado el aviso á un cuartel de que ya se acercaba, el capitan llamó á los cívicos á las armas, diciendo, cuando se divise al Niño, presentadle las armas, y cuando llegue delante de vosotros, la rodilla al suelo.

—No señor, dijo uno: ¿hemos de doblar la rodilla delante de un pedazo de madera?

Esta y otras blasfemias me escribe Aldrvoando, que oyó y que le horrorizaron. Con que se demuestra el espiritu que reinaba en estas demostraciones religiosas, tan opuestas á los hechos y á los antecedentes de los que se hallaban al frente de la república romana.

No ménos se horrorizaron Bártolo y sus compañeros, principalmente la angélica Elisa.

CONCLUSION.

Despues de haber continuado en el Hebreo de Verona el anterior estracto de las cartas que su ilustrado autor escribió en la *Civilta Cattólica* sobre la república romana, en que se ve la verdadera situacion del pueblo, vamos á terminar esta obra con una ojeada rápida sobre los sucesos posteriores al destierro de Su Santidad Pio IX. Inmediatamente constituyóse un consejo de Estado que representase el poder ejecutivo; y fueron elegidos para componerlo el príncipe Corsini, senador de Roma; Zucchini, senador de Bolonia, y el conde Filipo Cammerata, gonfalonero de Ancona. Del nombramiento de un consejo de Estado al llamamiento al pueblo no habia más que un paso; por lo que dicho consejo, de acuerdo con el ministerio, promovió la eleccion de una Asamblea constituyente, sobre la cual se espresa el autor del Hebreo de Verona y de las cartas sobre la república con la satírica gracia que le es característica.

En las circunstancias en que se hallaba la Italia, cuando en todas partes triunfaban las armas de Austria y se disponian los franceses á destruir el Gobierno ó el desgobierno que prevalecia en Roma, era un acto insensato convocar una

constituyente, pues era convidarla á unos funcrales.

Con todo, Mazzini habló, y sus satélites, oradores de los corrillos y de los clubs, creyeron cándidamente, de cuya opinion era tambien el Príncipe de Canino, que todo estaba remediado con proclamar la república, la cual en efecto se proclamó desde lo alto del Capitolio el 9 de Febrero; y el 6 de Marzo acudió Mazzini á pronunciar ante la Constituyente un discurso alusivo á las circunstancias, lleno de alabanzas á Roma, de entusiasmo y de fuego pátrio, ni más ni ménos que si la república tuviese fuerzas para vencer á todos sus contrarios.

Alucinada la Asamblea, tanto por la elocuencia del jefe de la jóven Italia, como por la gritería de los clubs, el 29 de Marzo eligió un triunvirato, compuesto de Mazzini, Armellini y Safi, y le concedió los poderes más extensos; pero no basta decretar la dictadura, sino que es necesario tener un carácter grande y enérgico, cualidades muy distintas de las que podia presentar Mazzini, hombre todo de imaginacion y vanidad, y que más bien fué el gran sacerdote de la república que su dictador. Miéntras más se estrechaba el círculo de hierro que debia ahogar á la república, mayores eran en Roma las fiestas, iluminaciones y fuegos artificiales; el dia de Páscua salió Mazzini á la tribuna de San Pedro, acompañándole el Santísimo Sacramento, y ben-

dijo á la república en lugar del Papa, en medio del ruido de las campanas y de las salvas de artillería; y esto precisamente cuando Cárlos Alberto sucumbia en Novara y el general Oudinot desembarcaba en Civita-Vecchía.

Este mismo general, el 30 de Abril situó sus tropas delante de la puerta Caballeggieri, y en seguida puso un sitio en regla á la ciudad, teniendo la gloria de entrar en ella al frente de treinta mil hombres. El 30 de Junio por la mañana, mientras que los franceses llegaban á San Pedro in Montorio y á la puerta de San Pancracio, se reunió la Asamblea en el Capitolio. En ella el diputado Gernaschi, hombre de los más exaltados, y que en la sesion del 20 de Abril, quitándose con viveza la faja de diputado, exclamó con fuego: «¡Cíñete esta faja, oh pueblo; nosotros venceremos ó moriremos contigo!» No obstante, el mismo valiente, el dia 30 de Junio, fué el primero que presentó una proposicion para que se capitulase.

Mazzini, al oir esta proposicion, hizo como quien se llenaba de indignacion y recordó el heroismo de Zaragoza; pero las contínuas derrotas habian acobardado á los representantes, quienes permanecian silenciosos. Al fin Bartolucci levanta la voz; acusa al triunviro de que oculta la verdad, y pide que la Asamblea oiga á Garibaldi. Este jefe de bandidos, que tanto terror esparció en Roma y en las aldeas y pueblos circunvecinos,

fué introducido en el salon con la cara tiznada de pólvora y ensangrentados los vestidos. Entónces le preguntan con espanto:—¿Es posible la defensa?—No, respondió el intrépido campeon del republicanismo, no hariamos mas que retardar algunos dias nuestra pérdida. Así pues, es preciso salir de Roma é ir á plantar nuestra bandera en Espoleto ó en el Apenino.

Despues de esta declaracion, la Asamblea aprobó la proposicion de Cernuschi, no obstante los esfuerzos de Mazzini y de sus adictos. Dicha proposicion estaba concebida en estos términos: «La Constituyente cesa en una defensa que se ha hecho imposible, y permanece en sus puestos.» Entónces los triunviros salieron de Roma: Garibaldi salió tambien el 2 de Julio, por la puerta de San Juan con 4000 hombres de infantería y ochocientos caballos, y se dirigió hácia Tívoli, guiado por Ciceruacchio.

Los Cardenales Della Genga, Vannicelli y Altieri, comisionados por Su Santidad, fueron á recibir todos los poderes civiles de manos del general Oudinot; y estos triunviros eclesiásticos, hicieron los preparativos para el regreso de Pio IX, anulando todos los actos de la junta y del Gobierno provisional, y resucitando el antiguo régimen administrativo. El dia 8 de Setiembre de 1849 publicó el generoso corazon del Pontífice una amnistía, en que sólo se exceptuaba á los miembros del Gobierno provisional, del

triunvirato y del Gobierno republicano, dejando libre la accion de la justicia con respecto á los que, á más de los delitos políticos, fuesen reos de otros crímenes previstos por las leyes penales. Despues de este generoso perdon, volvió Pio IX al Quirinal en medio de las aclamaciones de un pueblo embriagado de amor, y los alborozados gritos de viva Pio IX, vivan las tropas libertadoras, y lágrimas de ternura brillaban en los ojos de la multitud.

Restablecido el Sumo Pontífice en su Trono y en el lleno de su autoridad, volvieron á tomar las cosas su curso regular; y bajo el ilustrado y paternal Gobierno de Pio IX, poco á poco se fueron reparando los males causados por la anarquía y el despilfarro del Gobierno democrático.

FIN.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO SEGUNDO.

	Pág.
Cap. I.—El 15 de Mayo en Nápoles	5
II.—Luisita	43
III.—Remordimientos	57
IV.—Batalla de Curtatone	85
V.—Las cárceles de las mujeres	101
VI.—La cueva azul	115
VII.—La desesperacion	133
VIII.—El viejo de la montaña	145
IX.—Las dos cuñadas	161
X.—Ersilia	179
XI.—Los asesinos de Italia	193
XII.—Las repúblicas italianas	205
XIII.—La batalla de Santa Lucía	237
XIV.—La toma de Vicenza	275
XV.—Generosidad y gratitud de la jóven Italia	319
XVI.—El peregrino apostólico	367
XVII.—Desprecio y partida	413
XVIII.—La revista	431
XIX.—La votacion	443
XX.—El precipicio	463
XXI.—El Padre Cornelio	493
XXII.—Sor Clara	527
XXIII.—La cueva feliz	565
XXIV.—Las últimas caricias de las sociedades secretas	597
Observaciones	631
República romana (apéndice al Hebreo de Verona)	641
Conclusion	852

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO SEGUNDO.

	Pág.
Cap. I.—El 19 de Mayo en Nápoles	5
II.—Luisita	45
III.—Remordimientos	57
IV.—Batalla de Curtatone	85
V.—Las cárceles de las mujeres	101
VI.—La nueva azul	115
VII.—La desesperacion	135
VIII.—El viejo de la montaña	145
IX.—Las dos cuñadas	161
X.—Ersilia	179
XI.—Los asesinos de Italia	195
XII.—Las repúblicas italianas	205
XIII.—La batalla de Santa Luciani	237
XIV.—La toma de Vicenza	275
XV.—Generosidad y gratitud de la joven Italia	310
XVI.—El peregrino apostólico	367
XVII.—Desprecio y partida	415
XVIII.—La revista	431
XIX.—La votacion	445
XX.—El precipicio	465
XXI.—El Padre Cornelio	495
XXII.—Sor Clara	527
XXIII.—La cueva feliz	565
XXIV.—Las últimas caricias de las sociedades secretas	587
Observaciones	631
República romana (apéndice al Hebreo de Verona)	641
Conclusion	652

Biblioteca Pública de Valladolid

72009582 BPA 1705 (V.2)

EL HEBREO

DE VERONA

BPA
1705